

BEST SELLER INTERNACIONAL N° 1

CONN IGGULDEN CONQUISTADOR

LA HISTORIA ÉPICA DE
KUBLAI KHAN, NIETO DE GENGIS



Lectulandia

Un guerrero que llegaría a gobernar una quinta parte del mundo por medio de la fuerza y la sabiduría.

Un erudito que conquistó un imperio más grande que el de Alejandro Magno.

Un hombre que traicionó a su hermano para proteger una nación.

Conquistador narra la historia de Kublai Khan, nieto de Gengis, desde que era un sabio erudito hasta que se convirtió en uno de los guerreros más poderosos de la historia. Un hombre extraordinario que merece ser recordado junto a Julio César, Alejandro Magno y Napoleón como uno de los mayores líderes que el mundo haya conocido jamás.

Lectulandia

Conn Iggulden

Conquistador

La épica historia de Kublai Khan, nieto de Gengis

Conquistador - V

ePub r1.3

Maki 24.11.14

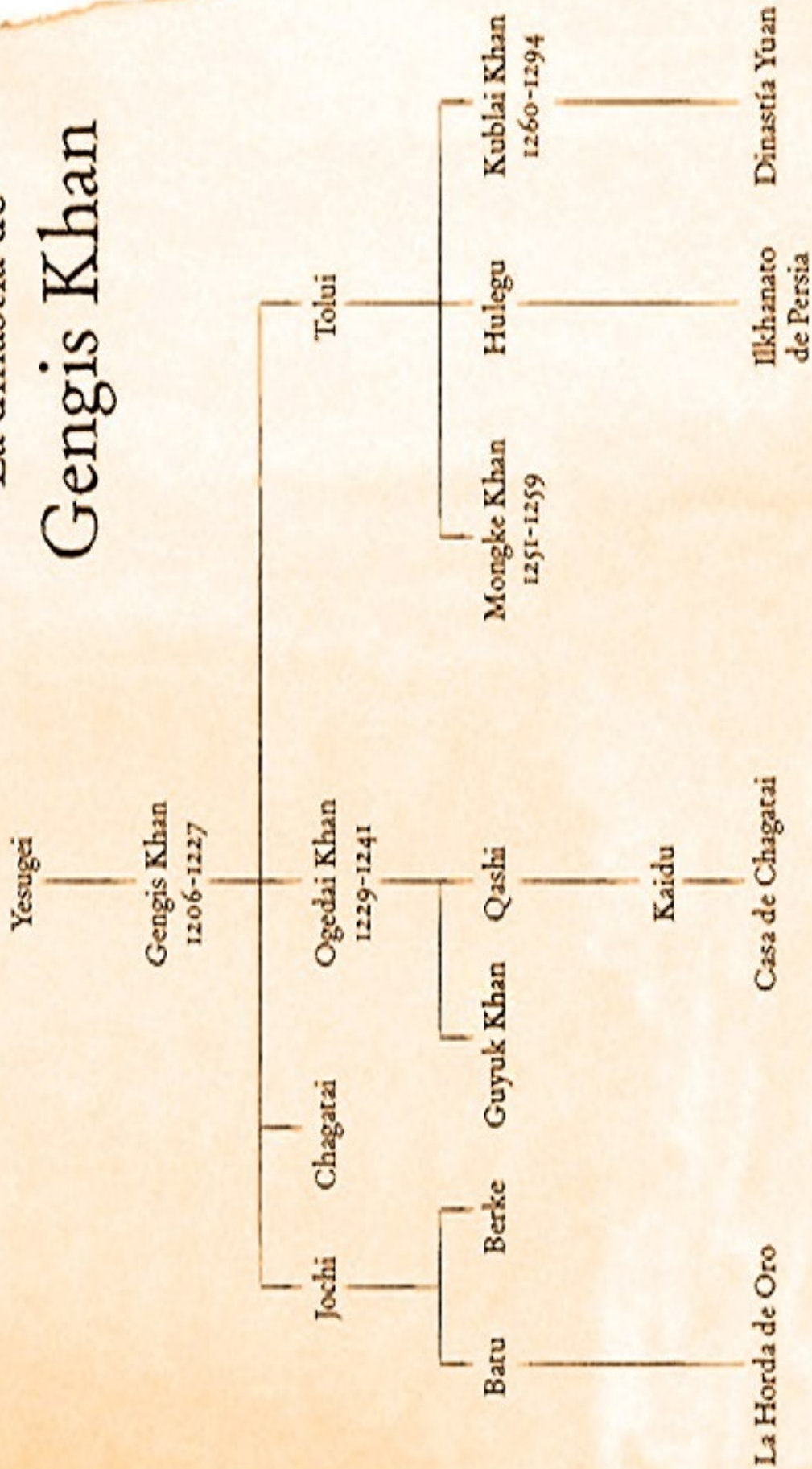
Título original: *Conqueror*
Conn Iggulden, 2011
Traducción: Teresa Martín Lorenzo

Editor digital: Maki
Fuente/scan: maperusa
Revisión y corrección de erratas: maverick, simio y asunsao
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Clive Room.

La dinastía de Gengis Khan



AGRADECIMIENTOS

Sin los valiosos esfuerzos de varias personas de gran talento y dedicación, es probable que estos libros nunca hubieran llegado a publicarse. En especial, quiero expresar mi agradecimiento hacia Katie Espiner por editar un monstruo como este, así como a Kiera Godfrey, Tim Waller y Victoria Hobbs. Sí, habría sido el doble de fácil sin vuestras continuas interferencias, pero lo que es mucho más importante, no habría sido ni la mitad de bueno.

PERSONAJES PRINCIPALES

Mongke, Kublai, Hulegu y Arik-Boke: Cuatro de los nietos de Gengis Khan.

Guyuk: Hijo de Ogedai Khan y Torogene.

Batu: Hijo de Jochi, nieto de Gengis. Batu llegará a ser señor de un vasto khanato en Rusia.

Tsubodai: El gran general de Gengis y Ogedai Khan.

Torogene: La madre de Guyuk, que gobernó como regente a la muerte de Ogedai Khan.

Sorhatani: Madre de cuatro nietos de Gengis: Mongke, Kublai, Hulegu y Arik-Boke. Esposa de Tolui, el hijo menor de Gengis, que dio su vida para salvar a Ogedai Khan.

Baidar: Nieto de Gengis. Hijo de Chagatai, padre de Alghu. Gobernante del khanato de Chagatai establecido en torno a las ciudades de Samarcanda y Bujará.

PRIMERA PARTE
AÑO MCCXLIV

I

La tormenta bramaba sobre la ciudad de Karakorum y, en la oscuridad, la intensa lluvia había transformado en torrentes sus calles y avenidas. Al otro lado de las gruesas murallas, miles de ovejas se apiñaban en sus rediles. El aceite de su vellón las protegía de la lluvia, pero sus dueños no las habían dejado ir a pastar y, acuciadas por el hambre, emitían quejosos balidos. A intervalos, una o varias ovejas se subían sin darse cuenta sobre sus compañeras, creando un montón de pezuñas pataleantes y ojos desorbitados que, al poco, volvía a deshacerse de nuevo en la masa temblorosa del rebaño.

Numerosas lámparas chisporroteantes, colocadas sobre las murallas exteriores y las puertas de entrada, iluminaban el palacio del khan. En el interior, el sonido del aguacero era como un grave rugido cuya intensidad crecía y disminuía en oleadas. Cortinas de agua inundaban los claustros, mientras los sirvientes, reunidos en grupos, se asomaban a los patios y jardines, atrapados en la muda fascinación que despierta la lluvia. Habían abandonado sus tareas hasta que amainara la tormenta y sus ropas empezaban a despedir un desagradable olor a lana y seda mojadas.

Guyuk estaba irritado, y el sonido de la lluvia no hacía más que incrementar su agitación, como si alguien hubiera interrumpido sus pensamientos tarareando una canción. Con cuidado, le sirvió una copa de vino a su invitado y se alejó de la ventana abierta, donde la humedad ya había oscurecido el alféizar. El hombre que había hecho venir ante él, nervioso, recorría con la mirada la sala de audiencias. Guyuk supuso que su tamaño resultaría imponente para una persona más habituada a las bajas gers de las llanuras. Se acordó de sus primeras noches en el silencioso palacio, abrumado por la idea de que un peso tan enorme de piedra y tejas a la fuerza acabaría derrumbándose sobre él y aplastándolo. Ahora se reía de ese tipo de cosas, pero notó cómo, en varias ocasiones, la mirada de su invitado se alzaba un instante hacia el techo. Guyuk sonrió. Su padre, Ogedai, había soñado el sueño de un gran hombre cuando construyó Karakorum.

Mientras Guyuk depositaba la jarra de vino de piedra en la mesa y regresaba junto a su invitado, la intensidad de sus pensamientos transformó su boca en una fina línea. Su padre no había tenido la necesidad de halagar a los príncipes de la nación, de sobornar, rogar y amenazar solo para que le concedieran el título que era suyo por derecho.

—Prueba esto, Ochir —dijo Guyuk, entregándole a su primo una de las dos copas—. Es más suave que el airag.

Estaba tratando de mostrarse cordial con un hombre al que apenas conocía. Pero Ochir era uno de los cientos de sobrinos y nietos del khan, hombres cuyo respaldo Guyuk necesitaba. El padre de Ochir, Kachiun, había sido un personaje de renombre, un general cuyo recuerdo todavía se reverenciaba.

Ochir le hizo la cortesía de beber sin vacilar, apurando la copa en dos grandes

tragos y eructando al final.

—Es como agua —respondió Ochir, pero volvió a alargar la copa hacia Guyuk.

La sonrisa de Guyuk se convirtió en una mueca tensa. Uno de sus compañeros se alzó en silencio y trajo la jarra de vino, rellenando las copas de ambos. Guyuk se acomodó en un diván alargado enfrente de Ochir, haciendo un esfuerzo por relajarse y ser agradable.

—Seguramente te imaginas por qué te he pedido que vengas a visitarme esta tarde, Ochir —dijo Guyuk—. Perteneces a una buena familia, una familia influyente. Estuve presente en el funeral de Kachiun allá en las montañas.

Ochir, interesado, se echó hacia delante en su asiento.

—Mi padre habría lamentado no ver las tierras a las que fuisteis —dijo Ochir—. Yo no... no le conocía demasiado bien. Tenía muchos hijos. Pero sé que quería estar junto a Tsubodai en la gran marcha hacia el oeste. Su muerte fue una terrible pérdida.

—¡Por supuesto! Era un hombre de honor —coincidió Guyuk enseguida. Quería tener a Ochir de su parte y un par de cumplidos vacíos no le hacían daño a nadie. Respiró hondo—. En parte, es debido a tu padre por lo que te he pedido que vinieras. Esa rama de las familias te considera su líder, ¿no es así, Ochir?

Ochir desvió la mirada hacia la ventana, donde la lluvia seguía tamborileando sobre los alféizares como si no fuera a cesar jamás. Estaba vestido con un simple deel, que llevaba sobre unas calzas y una túnica. Sus botas estaban gastadas y desprovistas de ornamentos. Incluso su sombrero resultaba inapropiado para la opulencia del palacio. Manchado del aceite de su pelo, su gemelo podría haberse hallado sobre la cabeza de un pastor cualquiera.

Con cuidado, Ochir posó su copa en el suelo de piedra. Su semblante poseía una determinación que a Guyuk realmente le recordaba a su difunto padre.

—No sé lo que quieres, Guyuk. Lo mismo les he dicho a los hombres de tu madre cuando han venido a cubrirme de regalos. Cuando se celebre la reunión, daré mi voto en el momento en que lo hagan los otros. No antes. No voy a precipitarme o dejarme persuadir para hacer una promesa. He intentado dejárselo claro a todo aquel que me ha preguntado.

—Entonces, ¿no prestarás juramento ante el propio hijo del khan? —preguntó Guyuk. Su voz se había tornado áspera. El vino tinto había sonrojado sus mejillas y Ochir vaciló al notarlo. A su alrededor, como perros inquietos ante una amenaza, los compañeros de Guyuk se removieron en sus asientos.

—No he dicho eso —contestó Ochir con precaución. Estaba empezando a sentirse cada vez más incómodo rodeado por aquellos hombres y decidió marcharse en cuanto se le presentara la ocasión. Al ver que Guyuk permanecía callado, siguió explicándose.

—Tu madre ha gobernado bien como regente. Nadie se atrevería a negar que ha mantenido a la nación unida, mientras que muchos otros habrían tenido que ver cómo se rompía en mil pedazos.

—Ninguna mujer debería gobernar la nación de Gengis —respondió Guyuk con sequedad.

—Quizá. Aunque lo ha hecho, y bien. Las montañas no se han derrumbado —Ochir sonrió ante sus propias palabras—. Estoy de acuerdo en que con el tiempo tenemos que nombrar un khan, pero debe ser alguien que cuente con las lealtades de todos. No debería haber ninguna lucha por el poder, Guyuk, como la que hubo entre tu padre y su hermano. La nación es demasiado joven para sobrevivir a una guerra entre príncipes. Cuando haya un hombre a quien la nación prefiera de forma clara, le daré mi voto.

Guyuk estuvo a punto de ponerse de pie, incapaz de controlarse. ¡Tener que soportar que le dieran un sermón así, como si no entendiera nada, como si no llevara dos años esperando lleno de frustración!

Ochir le estaba observando y lo que vio le hizo fruncir el ceño. Una vez más, lanzó una mirada disimulada al resto de hombres que ocupaban la estancia. Eran cuatro. Tras haber sido cacheado minuciosamente a la entrada, no llevaba armas. Ochir era un joven serio y no se sentía a gusto entre los compañeros de Guyuk. Había algo en la forma en que le miraban... como un tigre miraría a una cabra amarrada a una estaca.

Guyuk se puso en pie despacio y se dirigió hacia la jarra de vino, que seguía en el suelo. La levantó, sintiendo su peso.

—Estás sentado en la ciudad de mi padre, en su hogar, Ochir —dijo—. Soy el hijo primogénito de Ogedai Khan. Soy el nieto del gran khan y, aun así, te niegas a prestar tu juramento de lealtad ante mí, como si estuviéramos regateando por una buena yegua.

Le tendió la jarra, pero Ochir cubrió su copa con la mano, negando con la cabeza. Era evidente que tener a Guyuk tan cerca, de pie junto a él, había puesto nervioso al joven mongol. Sin embargo, habló con firmeza, sin dejarse intimidar.

—Mi padre sirvió al tuyo con lealtad, Guyuk. Pero hay otros. Está Baidar en el oeste...

—Baidar, que gobierna sus propias tierras y no tiene ningún derecho sobre estas —le cortó Guyuk con hosquedad.

Ochir dudó un momento y luego continuó:

—Si tu padre te hubiera nombrado en su testamento, sería más fácil, amigo. La mitad de los príncipes de la nación ya te habría jurado lealtad.

—Era un testamento antiguo —dijo Guyuk. De modo apenas perceptible, su voz sonó un tono más grave y sus pupilas se agrandaron, como si solo viera oscuridad. Se le aceleró la respiración.

—También está Batu —añadió Ochir, con la voz cada vez más tensa—, el mayor de los descendientes del linaje de Gengis, o incluso Mongke, el hijo mayor de Tolui. Hay otros que también tienen derecho al khanato, Guyuk, no puedes esperar...

Con un movimiento destemplado, Guyuk levantó la jarra de piedra y sus nudillos

se tornaron blancos alrededor de la pesada asa. Ochir alzó la vista hacia él, repentinamente asustado.

—¡Espero lealtad! —gritó Guyuk y golpeó fuertemente a Ochir en la cara con la jarra, haciendo que su cabeza girara con brusquedad hacia un lado. Por encima de los ojos de Ochir, empezó a manar sangre de un corte en la carne y este levantó las manos para defenderse de nuevos golpes. Guyuk avanzó hacia el bajo diván, poniéndose a horcajadas sobre Ochir, y volvió a dejar caer la jarra sobre él. Con el segundo golpe, se abrió una grieta en las paredes de piedra y Ochir gritó pidiendo ayuda.

—¡Guyuk! —exclamó uno de sus compañeros, escandalizado.

Todos ellos se habían puesto en pie, pero no se atrevían a intervenir. Los dos hombres luchaban sobre el sofá. La mano de Ochir había encontrado la garganta de Guyuk. Tenía los dedos resbaladizos de sangre y Ochir no pudo mantener la presión mientras la jarra caía una y otra vez, hasta que se rompió y, de pronto, todo cuanto Guyuk sostenía en la mano era el óvalo del asa, mellado y con picos. Guyuk jadeaba como un animal, eufórico. Con la mano libre, se limpió la sangre de la mejilla.

El rostro de Ochir era un amasijo rojo y tenía solo un ojo abierto. Sus manos volvieron a levantarse, pero ya sin fuerza. Riéndose, Guyuk las retiró con un manotazo, fácilmente.

—Soy el hijo del khan —dijo Guyuk—. Di que me darás tu respaldo. Dilo.

Ochir no podía hablar. La sangre le había obstruido la garganta y se atragantó con violencia, mientras su cuerpo se agitaba, sacudido por terribles espasmos. De sus labios entreabiertos brotó un estertor gorgoteante.

—¿No? —continuó Guyuk—. ¿Ni siquiera eso me vas a dar? ¿Algo tan pequeño como eso? Entonces, tú y yo hemos terminado, Ochir —y dejó caer la dentada asa sobre Ochir mientras sus compañeros observaban horrorizados. El sonido gorgoteante se desvaneció y Guyuk se levantó, soltando el trozo de piedra. Bajó la vista y se miró la ropa con asco, dándose cuenta de repente de que estaba cubierto de la sangre de Ochir, que le había salpicado el pelo y le había dejado una gran mancha viscosa en el deel.

Sus ojos enfocaron, regresando de muy lejos. Entonces vio las bocas abiertas de sus compañeros, tres de los cuales estaban de pie con cara de bobos. Solo uno de ellos se había quedado pensativo, como si hubiera presenciado una discusión en vez de un asesinato. La mirada de Guyuk se posó en él. Gansukh era un guerrero alto y joven del que se decía que era el mejor arquero entre los hombres de Guyuk. Él fue el primero en hablar, con voz y expresión serenas.

—Le echarán de menos, mi señor. Déjame que me lo lleve antes de que se haga de día. Si lo dejo en algún callejón de la ciudad, su familia pensará que ha sido atacado por algún ladrón.

—Mejor sería que no le encontraran jamás —dijo Guyuk. Se frotó las salpicaduras de sangre de la cara, pero sin mostrarse irritado. Su ira se había

evaporado y se sentía completamente en calma.

—Como deseas, mi señor. Están construyendo un nuevo alcantarillado en el barrio sur...

Guyuk alzó la mano para atajarle.

—No necesito saberlo. Haz que desaparezca, Gansukh, y tendrás mi gratitud —se volvió hacia los demás hombres—. ¿Y bien? ¿Se va a encargar Gansukh de solucionarlo él solo? Uno de vosotros tiene que hacer que se vayan mis criados. Cuando os pregunten, diréis que Ochir se marchó pronto. —Sonrió a través de las manchas de sangre—. Decidles que me prometió su voto en la reunión, que hizo un juramento solemne. Quizá ese necio pueda beneficiarme de muerto como no quiso hacer en vida.

Sus compañeros se pusieron en marcha y Guyuk se alejó de ellos, dirigiéndose a un baño al que podía llegar sin cruzar ningún pasillo principal. Durante un año o más, no se había lavado sin la ayuda de sus sirvientes, pero la sangre que tenía pegada a la piel le picaba y quería lavarse. Los problemas que le habían enfurecido al principio de la tarde parecían haberse volatilizado y caminaba con zancadas ligeras. El agua estaría fría, pero era un hombre que se había bañado en ríos helados desde una edad temprana. El frío le dejaría la piel tersa y le tonificaría, recordándole que estaba vivo.

Guyuk estaba desnudo dentro de una bañera de hierro de diseño Chin en cuyo borde se retorcían unos dragones ornamentales. Mientras levantaba un cubo de madera lleno de agua y se lo vaciaba sobre la cabeza, no oyó cómo se abría la puerta. El agua estaba helada: soltó un grito ahogado y, sacudido por un escalofrío, notó cómo se le encogía el pene. Cuando abrió los ojos, dio un respingo al ver a su madre de pie en la habitación. Giró la vista hacia el montón de ropa que había dejado tirada en el suelo. La sangre de la ropa ya se había mezclado con el agua y por el suelo de madera corrían varios hilos teñidos de rojo.

Guyuk depositó el cubo con cuidado. Torogene era una mujer alta y fuerte, y parecía llenar por completo la pequeña estancia.

—Si deseas verme, madre, estaré limpio y vestido en unos momentos. —Guyuk vio que su mirada se posaba en el remolino de agua ensangrentada del suelo y retiró la vista, cogió el cubo y lo volvió a llenar con el agua rosada de la bañera. El palacio contaba con sus propios desagües, que habían sido especialmente contruidos por expertos Chin con cañerías de cerámica endurecida al fuego. Cuando quitara el tapón, el incriminatorio líquido se perdería por debajo de la ciudad, mezclándose con las heces y la inmundicia de las cocinas y nadie sabría nada jamás. Un canal discurría junto a Karakorum y Guyuk suponía que sería allí adonde iría a parar el agua, o a algún profundo hoyo donde podría ser absorbida por la tierra. Ni conocía los detalles ni le importaban.

—Pero ¿qué has hecho? —preguntó Torogene. Su rostro empalideció mientras se

paraba junto al montón de ropa y recogía su túnica, empapada y arrugada.

—Lo que tenía que hacer —contestó Guyuk. Todavía estaba temblando y lo que menos le apetecía era que le interrogaran—. No es nada que te ataña. Haré que quemen estas ropas. —Guyuk alzó el cubo una vez más, pero se cansó del escrutinio de su madre. Lo soltó y salió del baño.

—He pedido que me traigan ropa limpia, madre. Ya la deben haber llevado a la sala de audiencias. A menos que pienses quedarte ahí parada mirándome todo el día, a lo mejor podrías ir a recogerla.

Torogene no se movió.

—Eres mi hijo, Guyuk. Me he esforzado por protegerte, por conseguir aliados para tu causa. En una sola noche, ¿cuántos de mis logros has anulado? ¿Acaso crees que no sé que habías invitado a Ochir a venir aquí? ¿Que nadie le ha visto marcharse? ¿Es que eres un idiota, Guyuk?

—Así que me has estado espiando —replicó Guyuk. Intentó erguirse y parecer despreocupado, pero los temblores se acrecentaron.

—Saber lo que sucede en Karakorum forma parte de mis funciones. Conocer cada trato y cada pelea... o cada error, como el que has cometido tú esta noche.

Exasperado por su altivo tono de reprobación, Guyuk renunció a seguir fingiendo.

—Ochir nunca me habría apoyado, madre. No perdemos nada con su desaparición, al contrario, puede que con el tiempo llegue a beneficiarnos.

—¿Eso crees? —preguntó Torogene—. ¿Crees que me has facilitado el trabajo, eh? Entonces, ¿es que he criado a un idiota? Sus familias, sus amigos, sabrán que se presentó desarmado ante ti y que ha desaparecido.

—No encontrarán el cadáver, madre. Supondrán...

—¡Supondrán la verdad, Guyuk! Que eres un hombre en el que no se puede confiar. Que eres el único de toda la nación cuya oferta de hospitalidad no garantiza la seguridad del invitado. Que eres un perro salvaje capaz de matar a un hombre que ha bebido té contigo en tu propia casa.

Abrumada por la ira, Torogene abandonó la habitación. Guyuk apenas tuvo tiempo de reflexionar sobre lo que le había dicho antes de que regresara y, con brusquedad, le pusiera en las manos un montón de ropa seca.

—Durante más de cuatro años —prosiguió—, he dedicado cada día a congraciarme con todo el que pudiera convertirse en tu seguidor. Los tradicionalistas a quienes podía apelar para defender que deberías ser tú quien gobernara la nación basándome en que eres el hijo mayor del khan. He sobornado a hombres con tierras, caballos, oro y esclavos, Guyuk. He amenazado con revelar sus secretos a menos que recibiera sus votos en una reunión. Y todo eso lo he hecho para honrar a tu padre y todo lo que construyó. Su linaje debería heredar el khanato, y no los hijos de Sorhatani o Batu o cualquiera de los demás príncipes.

Guyuk se vistió a toda prisa, colocándose el deel con brusquedad sobre la túnica y ciñéndoselo con un cinturón.

—¿Quieres que te dé las gracias? —respondió él—. Tus planes y tus ardidés todavía no me han hecho khan, madre. Tal vez si hubieran funcionado, no habría actuado por mi cuenta. ¿Es que creías que iba a quedarme esperando eternamente?

—No creí que pudieras matar a un buen hombre en la casa de tu padre. No me has ayudado esta noche, hijo mío. Estoy tan cerca. Todavía no sé cuánto perjuicio has causado, pero si esto sale de aquí...

—No saldrá.

—Pero si sale, habrás fortalecido las pretensiones al khanato de todos los demás hombres en la línea de sucesión. Dirán que no posees más derechos sobre este palacio, sobre esta ciudad, que Batu.

Guyuk apretó los puños, lleno de frustración.

—Siempre él. Oigo su nombre todos los días. Ojalá hubiera estado aquí esta noche... Habría quitado una piedra de mi camino.

—Él nunca se presentaría ante ti desarmado, Guyuk. No sé lo que le dijiste o hiciste en el camino de vuelta a casa, pero es evidente que ahora me resultará más difícil lograr que recibas tu herencia.

—No hice nada. ¡Y no es mi herencia! —rugió Guyuk—. Todo esto habría sido mucho más fácil si mi padre me hubiera nombrado en su testamento. ¡Ese es el origen de todos estos problemas! En vez de eso, no me dejó más opción que competir con todos los demás, como una jauría de perros peleando para conseguir un trozo de carne. Si no hubieras asumido la regencia, estaría ahí fuera, en las gers, contemplando con envidia la ciudad de mi propio padre. A pesar de todo, le admiras. ¡Soy el primogénito del khan, madre! Y, sin embargo, tengo que regatear y sobornar para conseguir lo que es mío por derecho. Si hubiera sido la mitad del hombre que tú crees que fue, habría tenido eso en cuenta antes de su muerte. Tuvo suficiente tiempo para incluirme en sus planes.

Torogene percibió el dolor en el rostro de su hijo y su ira desapareció. Suavizó su actitud y avanzó hacia él, abrazándole con un gesto automático para aliviar su pena.

—Tu padre te quería, hijo mío. Pero estaba obsesionado con su ciudad. Vivió con la muerte sobre los hombros durante mucho tiempo. Luchar contra ella agotó sus fuerzas. No tengo ninguna duda de que su deseo habría sido hacer algo más por ti.

Guyuk apoyó la cabeza en el hombro de su madre, mientras por su mente pasaban crueles y fríos pensamientos. Todavía necesitaba a su madre. La nación había aprendido a respetarla durante los años de su regencia.

—Siento haber perdido los estribos esta noche —murmuró. Emitió un sonido que imitaba un sollozo y su madre le abrazó con más fuerza—. Es que lo deseo tanto que no puedo soportarlo, madre. Todos los días les veo mirándome, preguntándose cuándo podrán convocar la reunión. Les veo sonriendo mientras piensan en mi derrota.

Torogene le acarició el pelo mojado, alisándolo con la mano.

—Shhh. Tú no eres como ellos —dijo—. Nunca has sido un hombre corriente,

Guyuk. Como le ocurría a tu padre, tus sueños son más grandiosos que los de los demás, lo sé. Ya cuentas con el apoyo del hijo de Sorhatani, Mongke. Fuiste lo suficientemente inteligente como para pedirle que prestara juramento de lealtad ante ti en el campo de batalla. Sus hermanos no desobedecerán a su madre. Esa es la clave de nuestra posición. Por otro lado, en el oeste, Baidar ha recibido a mis emisarios. Tengo confianza en que, con el tiempo, votará por ti. ¿Comprendes ahora lo cerca que estamos? Cuando Baidar y Batu nombren a su verdadero príncipe, convocaremos a la nación.

Torogene notó cómo el cuerpo de Guyuk se ponía tenso al oírle mencionar el nombre que había llegado a odiar.

—Cálmate, Guyuk. Batu es solo un hombre y no ha abandonado las tierras que le fueron concedidas. Con el tiempo, los príncipes que contaran con él verán que está satisfecho siendo un señor feudal ruso, que no ambiciona gobernar Karakorum. Entonces, vendrán a pedirte que los lideres. Te lo prometo, hijo mío. Ningún otro hombre será khan mientras yo viva. Solo tú.

Guyuk se separó de ella y la miró a la cara. Torogene vio que tenía los ojos enrojecidos.

—¿Cuánto tiempo más tengo que esperar aún, madre? No puedo esperar para siempre.

—He enviado unos mensajeros al campamento de Batu otra vez. Le he prometido que reconocerás sus tierras y sus títulos, mientras él viva y durante las próximas generaciones.

La cara de Guyuk se arrugó en una mueca contrariada.

—¡Pero es que no las reconozco! ¡El testamento de mi padre no ha sido escrito en el cielo! ¿Acaso debería dejar a un hombre como Batu rondando libremente junto a mis fronteras? ¿Comiendo los más ricos alimentos y cabalgando tranquilamente sobre yeguas blancas? ¿Debería permitir que los guerreros de su Horda de Oro engorden y tengan hijos mientras yo entablo batallas sin ellos? No, madre. O bien está bajo mi mando o haré que le destruyan.

Torogene le dio una bofetada en la cara. El golpe fue tan fuerte que le echó la cabeza hacia un lado. Mientras una mancha roja se extendía por su mejilla, Guyuk se quedó mirando a su madre con expresión atónita.

—Por eso te dije que no debías tratar de ganarte el favor de los príncipes tú mismo, Guyuk. Te dije que confiaras en mí. Escucha. Y escucha con tu corazón y con tu mente, no solo con las orejas. Cuando seas khan, tendrás todo el poder, todos los ejércitos. Tu palabra será ley. Ese día, las promesas que he hecho por ti serán polvo si decides hacer caso omiso de ellas. ¿Me entiendes ahora? —aunque estaban solos, el volumen de su susurrante voz descendió todavía más para que nadie pudiera oírla—. Le prometería a Batu la inmortalidad si pensara que eso haría que se presentara en la asamblea. Durante dos años, ha enviado sus excusas a Karakorum. No se atreve a negarse ante mí abiertamente, pero me hace llegar cuentos de heridas o achaques,

diciendo que no puede viajar. Entretanto, no deja de observar a ver qué sucede con la ciudad blanca. Es un hombre inteligente, Guyuk, nunca lo olvides. Los hijos de Sorhatani no tienen ni la mitad de su ambición.

—Entonces estás negociando con una serpiente, madre. Ten cuidado de que no te muerda.

Torogene sonrió y contestó:

—Todo tiene un precio, hijo mío, y eso incluye a todos los hombres. Simplemente, tengo que averiguar cuál es el precio de este.

—Te podría haber aconsejado —replicó Guyuk en tono malhumorado—. Conozco bien a Batu. Tú no estabas con nosotros cuando cabalgamos hacia el oeste.

Torogene chasqueó la lengua, impaciente.

—No tienes por qué saberlo todo, Guyuk. Lo único que tienes que saber es que si Batu accede, estará en la asamblea del verano. Si acepta la oferta, tendremos suficientes príncipes respaldándonos para convertirte en khan. ¿Ves ahora por qué no deberías haber actuado por tu cuenta? ¿No te das cuenta de lo que has puesto en peligro? ¿Qué importa la vida del jefe de una familia en comparación con esto?

—Lo siento —respondió Guyuk, bajando la cabeza—. No me has mantenido al tanto de lo que hacías y estaba enfadado. Deberías haberme incluido en tus planes. Ahora que los conozco un poco más, puedo ayudarte.

Torogene contempló a su hijo, con todos sus defectos y debilidades. Aun así, le amaba más que a la ciudad que los rodeaba, más que a su propia vida.

—Ten fe en tu madre —dijo—. Serás khan. Prométeme que no habrá que quemar más ropa manchada de sangre. Que no habrá más errores.

—Te lo prometo —contestó Guyuk, aunque su mente ya estaba repasando todos los cambios que tendrían lugar cuando fuera khan. Su madre le conocía demasiado bien para poder sentirse cómodo con ella cerca. Le encontraría una casita lejos de la ciudad donde pudiera pasar sus últimos días. Guyuk sonrió al imaginárselo y ella se animó al ver su sonrisa, reconociendo de nuevo al muchacho que su hijo había sido una vez.

II

Silbando sobre su caballo, Batu atravesó una verde pradera en dirección a la pequeña ger que se elevaba en un recodo de las colinas. Mientras cabalgaba, no dejaba de mirar a izquierda y a derecha, buscando a posibles centinelas o exploradores. No había anunciado su visita a la patria del pueblo mongol y podía nombrar a unos cuantos que se habrían mostrado muy interesados al saber que se encontraba allí. Años atrás, Sorhatani había heredado las tierras de nacimiento de Gengis Khan de su marido. Había regresado con los tumanes a las abiertas estepas, junto a decenas de miles de familias cuya única aspiración era vivir como siempre lo habían hecho, a la sombra de las montañas, en campo abierto.

No había nada que despertara sospechas en torno a la tienda de Tsubodai. El anciano se había retirado renunciando a todo símbolo o manifestación de poder, rechazando todos los honores que Torogene, insistente, había tratado que aceptara. Batu se alegró del mero hecho de haberle encontrado, aunque el viejo orlok no se desplazaba tanto como otros mongoles. No se había llevado consigo ningún gran rebaño que le obligara a buscar nuevos pastos cada pocos meses. Al aproximarse, Batu vio únicamente unas cuantas docenas de ovejas y cabras sueltas pastando tranquilas en la pradera. Tsubodai había elegido un buen lugar junto al lecho de un arroyo, sobre lo que parecía una antigua planicie aluvial, suavizada y allanada por el paso de los milenios. El sol brillaba en el cielo y Batu se encontró admirando a Tsubodai una vez más. El anciano general había comandado al mayor ejército de la nación, más de cien mil guerreros que se habían abierto paso luchando hasta las montañas del norte de Italia. Batu se dijo de nuevo que, si el khan no hubiera fallecido, obligándoles a regresar a casa, habrían creado un imperio que se hubiera extendido de mar a mar. Los recuerdos le hicieron esbozar una mueca, avergonzado por haber disfrutado entonces del fracaso de Tsubodai. Era la época en la que Batu creía que su generación dejaría a un lado las mezquinas rencillas e intrigas políticas que habían arruinado el mundo que conocía.

Batu siguió acercándose lentamente, sabiendo que no era buena idea sorprender a Tsubodai. No eran exactamente amigos, aunque su respeto por él no había dejado de crecer en los años siguientes a la gran marcha. Aun así, Batu necesitaba el consejo de alguien que ya no formara parte de los juegos de poder, alguien en cuya palabra pudiera confiar.

Cuando todavía se encontraba a cierta distancia de la ger, Batu oyó ladrar a un perro. El corazón le dio un vuelco al ver a un perrazo salir de detrás de la tienda y detenerse, levantando la cabeza. A Batu no le gustaban demasiado los perros y ese era negro y enorme. Gritó: «¡*Nokhoi Khor!*!», pidiéndole a alguien que saliera a sujetar a aquella bestia, pero no había ni rastro de Tsubodai o su esposa. El perro olfateó el aire, girando la cabeza a un lado y a otro. Le estaba mirando fijamente a través del prado cuando, de repente, gruñó y echó a correr, volando por encima de la hierba.

Los belfos y las mejillas saltaban arriba y abajo con la velocidad de la carrera, y Batu podía verle los colmillos y los ojos. Mientras el animal se aproximaba, sus manos descendieron hasta posarse en su arco, pero no lo sacó. Sus probabilidades de obtener una calurosa bienvenida disminuirían bastante si mataba al perro de Tsubodai.

Su poni dio un salto hacia un lado y Batu empezó a gritarle al perro con todas sus fuerzas, probando distintas palabras de mando. El gigantesco animal continuó avanzando y se vio obligado a hincar los talones en su caballo y trotar formando un gran círculo, con el perro siguiéndole. Se fijó en los espumarajos blancos que le salían de la boca cuando empezó a aullar y rechinar los dientes, rompiendo su silencio al ver que Batu se le escapaba.

Por el rabillo del ojo, Batu vio que una mujer salía de la ger. Por lo visto, el aprieto en el que se encontraba le pareció muy divertido y se dobló en dos por las carcajadas. Todo cuanto Batu podía hacer era cabalgar en círculos, evitando las poderosas fauces del animal.

—¡*Nokhoi Khor!* —volvió a pedirle a la mujer y esta se irguió, mirándole con la cabeza echada hacia un lado. Al poco, se encogió de hombros y se llevó la mano a la boca para emitir dos sonoros silbidos. Al oírla, el perro se tiró al suelo, aunque sus ojos negros seguían clavados en el jinete que había osado penetrar en su territorio.

—Quieto —le ordenó Batu al animal, mientras le rodeaba con su caballo. Nunca había visto un perro de ese tamaño y se preguntó dónde lo habría encontrado Tsubodai. Mientras avanzaba, el perro no dejó de vigilarlo ni un solo momento y Batu siguió siendo muy consciente de su presencia mientras desmontaba lentamente, sin hacer movimientos súbitos.

—Estoy buscando a Orlok Tsubodai —dijo Batu a la mujer.

Oyó un grave gruñido a sus espaldas y tuvo que hacer un esfuerzo para no volverse a mirar por encima del hombro. Mientras le observaba, la mujer no pudo reprimir una sonrisa.

—A lo mejor él no quiere verte, hombre sin nombre —contestó con buen humor.

Batu se sonrojó antes de contestar.

—Me conoce bien. Estuve con él en el oeste. Me llamo Batu, soy el hijo de Jochi.

Al oír ese nombre, una sombra oscureció el semblante de la mujer, como si lo hubiera oído pronunciar muchas veces, y clavó en él la mirada, como si buscara algo.

—Si fuera tú, ni se me ocurriría poner la mano en un arma. El perro te destrozaría la garganta.

—No he venido aquí para vengarme —dijo Batu—. Mi espíritu quedó en paz con ese tema hace mucho tiempo.

—Me alegro que uno de vosotros haya encontrado la paz —respondió ella.

La mirada de la mujer se posó un instante en algún punto situado detrás de Batu y este se volvió, convencido de que el perro le estaba atacando. En vez de eso, vio a Tsubodai, que salía a pie de un bosquecillo cercano guiando a un caballo. Batu se sorprendió al notar la sensación de alivio que le inundó al verle. En el pasado había

odiado a aquel hombre, aunque la verdad era que en aquellos días había odiado a muchos hombres. Con el tiempo había aprendido a respetarle. Batu no había examinado sus sentimientos con demasiado detalle, pero, en muchos sentidos, pensaba en Tsubodai como en un padre. No era algo que hubiera dicho jamás. Simplemente ver a Tsubodai con vida y comprobar que, al menos en apariencia, se encontraba bien, fue como un rayo de luz sobre su actual estado de ánimo. Nada parecía tan difícil si tenías a Tsubodai de tu lado. Si ese era el caso, por supuesto. Batu todavía no estaba muy seguro de cómo sería recibido.

Esos pensamientos cruzaron su cerebro a toda velocidad mientras Tsubodai se acercaba. El viejo le silbó a su perro y Batu observó cómo el salvaje animal se levantaba y echaba a correr hacia él, transformándose al instante en un cachorro entusiasmado que, al saludarle, no movía solo el muñón de su cola sino todo el cuerpo. Tsubodai caminaba con una mano envuelta en las riendas mientras con la otra acariciaba la enorme cabeza del perro. Cuando miró a Batu y luego a su mujer, ya no sonreía.

—¿Le has ofrecido té?

—Todavía no —contestó su mujer—. Pensé que era mejor dejar que lo decidieras tú.

—Bien. Entonces ponte en camino de nuevo, Batu. No tengo nada que decirte.

Batu aguardó, pero, para Tsubodai, la conversación había terminado. El anciano pasó por su lado, chasqueando la lengua para indicar al perro que se quedara con él.

—He recorrido un largo camino para verte, orlok —dijo Batu.

—He dejado atrás ese tipo de títulos —exclamó Tsubodai por encima de su hombro—. Me he retirado.

—No estoy aquí para pedirte que seas nuestro líder, sino para pedirte consejo.

Al oírle, Tsubodai, que se había agachado para entrar por la puerta de su ger, se detuvo, pero sin levantar la vista dijo:

—Adiós.

Batu observó con frustración cómo Tsubodai desaparecía en la penumbra del interior de su tienda, acompañado por su perro. Impotente, Batu se volvió hacia la mujer de Tsubodai, que seguía allí de pie, con la misma sonrisa irónica. Sin duda sus años fértiles habían quedado atrás, pero cuando posó su mirada en el decepcionado Batu, su aspecto adquirió un aire vagamente maternal.

—No me gusta ver que un visitante es rechazado sin tomar nada —dijo—. ¿Quieres un té con sal?

Batu oyó que un gruñido de irritación salía de la ger. Las paredes eran lo suficientemente delgadas como para que Tsubodai la hubiera oído.

—Será un honor —respondió Batu.

Aún seguía allí cuando cayó la tarde, pero Tsubodai no pareció sentirse demasiado contrariado por su presencia. El viejo se había contentado con lanzarle una silenciosa mirada de hostilidad y se había puesto a reparar un arco mientras Batu

charlaba educadamente durante horas. Al menos ahora sabía cuál era el nombre de la esposa de Tsubodai. Airuna era una mujer muy agradable y, cuando se relajó, se mostró fascinada ante las noticias que Batu traía. Incluso Tsubodai resopló cuando Batu habló sobre las tierras que había recibido en virtud del testamento de Ogedai. Con una pincelada de tinta, Ogedai le había concedido un vasto feudo en Rusia. Sabiendo que Tsubodai estaba escuchando atentamente, Batu le contó a Ariuna que parte de esas tierras habían pertenecido una vez a su padre, después de que abandonara a Gengis. En aquel momento, había sentido la mirada de Tsubodai posarse sobre él, que era consciente de que sus recuerdos de Jochi seguían vivos. Batu no había levantado la vista hacia él y, al poco, Tsubodai había vuelto a concentrarse en sus cacharros de agua hirviendo, su cuerno y su cola de pegar.

Cuando se puso el sol, Tsubodai se puso en pie y estiró la espalda con un gruñido.

—Tengo que ir a ver a los animales —le dijo a su esposa.

Batu se quedó mirándose los pies y solo cuando Ariuna exclamó: «¡Vamos! ¡Ve tras él!», se levantó con una ancha sonrisa y salió de la ger. En ocasiones, las mujeres eran vitales para las conversaciones entre hombres.

Encontró a Tsubodai con su perro, que se volvió y le enseñó los dientes hasta que Tsubodai lo controló con una sola palabra. Juntos, Batu y él comprobaron los nudos que mantenían unido un pequeño corral para después dirigirse a palpar el vientre de una cabra que estaba a punto de dar a luz. El silencio entre ellos era ahora un silencio cómodo, mucho mejor que cuando estaba en el hogar del orlok como huésped no deseado. En el exterior, el anciano pareció relajarse un poco y le indicó a Batu con un gesto que examinara a la cabra. Batu asintió y presionó ligeramente con los dedos el bulto del nonato.

—Falta poco —fue su veredicto—. Parece que la madre está bastante bien.

—Lo está —coincidió Tsubodai, enderezándose—. Y yo también. La vida es dura, Batu, pero al menos puede ser simple. Aquí, es simple.

La edad le había convertido en un hombre más delgado que el Tsubodai que Batu recordaba, pero su presencia todavía era imponente. Nadie tomaría a Tsubodai por un pastor, independientemente de dónde se lo encontraran. Sus ojos habían visto el auge y la caída de imperios. Sus ojos habían visto a Gengis de joven.

Batu no contestó. Después de un momento, Tsubodai suspiró y apoyó las manos en la barra de madera del corral.

—Bueno, dime qué te ha hecho recorrer tantos kilómetros. Te advierto que no sé nada de las intrigas políticas de Karakorum. Ya no tengo ninguna red de espías, si es que contabas con ello.

—No. Solo quiero el consejo de alguien en quien pueda confiar.

Como Ariuna había hecho antes, Tsubodai le miró a los ojos durante unos instantes y luego la tensión le abandonó.

—Pregunta, chico. No sé si te gustará mi respuesta.

Batu respiró hondo.

—Conoces bien a Guyuk —Tsubodai permaneció callado—. ¿Sabías que el nuevo khan todavía no ha sido elegido?

El antiguo orlok asintió.

—No vivo en el desierto. Eso, al menos, lo sé.

—Tendrá que ser Guyuk, o Mongke, o Baidar... o yo. Somos los únicos cuatro que estamos a mano y Mongke dio su palabra hace años, cuando supo que Ogedai había muerto. Apoyará a Guyuk.

Tsubodai se rascó el cuello.

—Entonces, está hecho. Únete a Mongke y a Guyuk. Baidar te imitará, una vez que sepa que estáis juntos. Guyuk será khan y a mí me dejaréis tranquilo.

—¿Eso es lo que tú harías? —preguntó Batu con seriedad.

Tsubodai se rio. Era un sonido áspero, desagradable.

—¿Yo? No. Pero yo no soy tú y ya he hecho todas mis elecciones, las buenas y las malas.

—Entonces, ¿por qué quieres que le apoye? Si estuvieras en mi lugar, ¿qué harías?

Tsubodai no respondió inmediatamente. Posó la mirada en los campos, cada vez más oscuros, y sus ojos recorrieron el arroyo y las distantes colinas. Batu esperó.

—No estoy en tu lugar —contestó finalmente Tsubodai—. No sé cuáles son tus motivaciones. Si quieres conseguir la mejor oferta, entonces aguanta todo cuanto puedas y juzga el momento en el que los regalos de Guyuk estén a punto de convertirse en amenazas. Asegúrate de conservar tus propias tierras y quizá sobrevivas el tiempo suficiente para disfrutarlas.

—¿Y si me da exactamente igual la mejor oferta? —preguntó Batu, ofendido—. ¿Y si creo que Guyuk no debería dirigir la nación?

—Entonces no puedo ayudarte. Si te interpones en su camino, serás destruido, sin duda —por un momento, pareció que el viejo general iba a añadir algo, pero entonces cerró la boca con firmeza.

—¿Qué pasa? Estás hablando en acertijos, anciano. Me dices que tú no le seguirías, pero que me destruirá si no lo hago. ¿Qué tipo de elección es esa?

—Una sencilla —contestó Tsubodai con una sonrisa. Se giró para mirar directamente a Batu por primera vez—. No has venido a verme para que te dé respuestas. Sabes todo cuanto necesitas saber. ¿Te preocupan los que comparten la cama de Guyuk? ¿Es eso? ¿Sus compañeros te llenan de ira, o es más bien envidia? —dijo Tsubodai y soltó una risotada.

—Por mí puede llevarse cabras muertas a la cama —respondió Batu con una expresión de asco en la cara—. Lo que me importa es que es un hombre pequeño, un hombre sin ningún tipo de sueños. Solo tiene astucia, cuando la nación necesita inteligencia. No puedes decirme que crees que sería un buen khan.

—Sería un khan terrible —respondió Tsubodai—. Bajo el mando de Guyuk, veremos cómo la nación se marchita o se fragmenta. Pero si tú no te enfrentas a él,

¿quién lo hará? De todos modos, es demasiado tarde. Ya vas de camino a una asamblea. Le jurarás lealtad a Guyuk y será khan.

Batu parpadeó sorprendido. Sus guerreros le aguardaban en un valle a más de un día de camino a caballo. Era imposible que Tsubodai lo supiera, a menos que le hubiera mentido respecto a no contar ya con fuentes de información. Tal vez había unos cuantos viejos que todavía iban a compartir té y noticias con el orlok después de todo.

—Para ser un hombre que afirma no ser más que un simple pastor, sabes unas cuantas cosas.

—La gente habla. Como tú. Siempre hablando, como si no hubiera nada mejor que hacer. ¿Querías que dijera que estás tomando la decisión adecuada? Quizá sea así. Ahora, déjame tranquilo.

Batu contuvo su irritación.

—He venido a preguntarte qué habría hecho Gengis. Tú le conociste.

Ante esas palabras, Tsubodai esbozó una enorme sonrisa, enseñándole los dientes. Le faltaban dos a un lado, por lo que la mejilla estaba hundida en ese punto. Su piel se extendía tirante sobre el hueso y era fácil reconocer la forma de su cráneo.

—Tu abuelo era un hombre que no hacía concesiones. ¿Comprendes lo que eso quiere decir? Hay muchos que dicen «yo creo esto», pero ¿se mantendrían fieles a esas creencias si amenazaran a sus hijos? No. Pero Gengis lo haría. Si le dijeras que ibas a matar a sus hijos, te diría que lo hicieras, pero que fueras consciente de que el coste sería infinito, que arrasaría ciudades y naciones y que el precio nunca quedaría satisfecho. Gengis no mentía y sus enemigos lo sabían. Nunca faltaba a su palabra. Así que dime tú mismo si apoyaría a un hombre como Guyuk para que fuera elegido khan.

—No —murmuró Batu.

—Ni en un millar de años, chico. Guyuk es un seguidor, no un líder. Hubo una época en la que hasta tú lo tuviste trotando en tu estela. Eso no es una debilidad en un carpintero o en un hombre que fabrica tejas para un tejado. El mundo no puede estar lleno de perros guía, o de lo contrario la manada se rompería —le frotó a su perro detrás de las orejas y el animal gruñó y le baboseó—. ¿No es verdad, Temujin? —le preguntó al perro—. No todos pueden ser como tú, ¿a que no? —el perro se tumbó sobre el estómago con un gruñido, estirando las patas delanteras.

—¿Le has puesto a tu perro el nombre de Gengis? —inquirió Batu, atónito.

Tsubodai soltó una risita.

—¿Por qué no? Me apeteció hacerlo —el viejo alzó la vista de nuevo—. Un hombre como Guyuk no puede cambiar. No puede decidir sin más un día que va a ser un líder y que lo hará bien. No está en su naturaleza.

Batu apoyó las manos en el larguero de madera. El sol había empezado a ponerse mientras hablaban y las sombras se espesaban y fundían alrededor de ambos hombres.

—Pero si me resisto a su nombramiento, seré destruido —dijo con suavidad.

Tsubodai se encogió de hombros en la oscuridad.

—Quizá. No hay certezas absolutas. Eso no impidió a tu padre llevarse a sus hombres y abandonar la nación. Para él no había término medio. Era otro hombre hecho del mismo molde de Gengis.

Batu echó una ojeada hacia el anciano, pero apenas podía distinguir sus rasgos en la penumbra.

—Aquello no salió demasiado bien.

—Eres demasiado joven para entenderlo —contestó Tsubodai.

—Prueba —dijo Batu, y sintió que la mirada del viejo se posaba en él.

—Las personas siempre tienen miedo, chico. Tal vez uno deba vivir mucho tiempo para ser capaz de verlo. A veces pienso que he vivido demasiado. Todos vamos a morir. Mi esposa morirá. Yo moriré, tú, Guyuk, todos aquellos que has conocido alguna vez. Otros caminarán sobre nuestras tumbas y nunca sabrán que reímos ni que amamos, ni que nos odiamos entre nosotros. ¿Crees que les importa algo si lo hicimos? No, tendrán sus propias vidas, ciegas y cortas, esperando ser vividas.

—No entiendo —replicó Batu, frustrado.

—No, porque eres demasiado joven —dijo Tsubodai encogiéndose de hombros. Batu le oyó suspirar para sí—. Es muy probable que haya huesos enterrados en este valle, huesos de hombres y mujeres que una vez pensaron que eran importantes. ¿Y pensamos en ellos? ¿Compartimos sus miedos y sus sueños? Por supuesto que no. No significan nada para los vivos y ni siquiera conocemos sus nombres. Solía pensar que me gustaría ser recordado, que hubiera gente que pronunciara mi nombre dentro de mil años, pero no me importará nada si lo hacen, porque entonces no seré más que polvo y espíritu. Tal vez solo polvo, pero sigo teniendo esperanzas respecto al espíritu. Cuando te hagas mayor, te darás cuenta de que lo único que importa, lo único en absoluto, es haber tenido coraje y honor. Pierde esas dos cosas y no morirás más deprisa, pero serás menos que el barro de tus botas. Serás polvo, pero habrás perdido tu breve tiempo en la luz. Tu padre fracasó, sí, pero fue fuerte y trató de hacer las cosas bien con su pueblo. No malgastó su vida. Eso es todo cuanto un hombre puede pedir —el esfuerzo de hablar parecía haber fatigado al anciano. Carraspeó y escupió sin más en el suelo—. Uno no pasa demasiado tiempo en el mundo. Esas montañas seguirán estando aquí después de que yo me haya ido, o tú.

Batu permaneció callado durante largo rato. Por fin, volvió a hablar.

—Nunca le conocí, a mi padre. Ni siquiera llegué a ser presentado ante él.

—Yo lamento haberlo conocido —contestó Tsubodai—. Así es como aprendí lo que sé sobre el honor, chico. Solo cuando lo pierdes te das cuenta de lo valioso que es, pero para entonces ya es demasiado tarde.

—Eres un hombre de honor, si sé algo de la vida.

—Puede que en el pasado lo fuera, pero debería haberme negado a acatar aquella

orden de tu abuelo. ¿Matar a su propio hijo? Era una locura, pero yo era joven y le veneraba enormemente. Debería haberme alejado con mi caballo y no haber ido nunca a buscar a Jochi a las llanuras de Rusia. No puedes entenderlo. ¿Has matado a un hombre alguna vez?

—¡Sabes que sí!

—No en batalla; desde muy cerca, lentamente, mientras le miras a los ojos.

Batu asintió despacio. Tsubodai gruñó, apenas capaz de ver su gesto.

—¿Hiciste bien matándole? ¿Quitándole todos los años que le quedaban de vida?

—En aquel momento, creí que sí —respondió Batu, incómodo.

—Todavía eres demasiado joven. Antes creía que podría convertir mi error en algo bueno. Que mi culpa sería la fuerza que me haría mejor que los demás hombres. Pensé, en mis años de mayor fuerza, que aprendería de él, pero hiciera lo que hiciera, siempre estaba allí. No podía deshacer lo que había hecho, Batu. No podía enmendar mi pecado. ¿Conoces esa palabra? Los cristianos hablan de una mancha negra en el alma. Es una descripción muy apropiada.

—También dicen que puedes quitártela mediante la confesión.

—No, eso no es verdad. ¿Qué tipo de hombre sería si pudiera borrar mis errores hablando? Un hombre tiene que vivir con los errores que ha cometido y seguir adelante. Ese es mi castigo, quizá —entonces, se echó a reír por lo bajo, acordándose de algo—. ¿Sabes? Tu abuelo simplemente se olvidaba de sus días malos, como si nunca hubieran existido. Solía envidiarle por eso. A veces, todavía le envidio —vio que Batu le miraba y suspiró—. Tú solo mantén tu palabra, chico, eso es todo cuanto puedo decirte.

Una ráfaga de aire pasó junto a ellos y Tsubodai se estremeció.

—Si eres tú, Gengis, no me interesa —musitó, tan bajo que Batu apenas pudo oír sus palabras—. El chico puede cuidarse solo.

El anciano se ciñó el viejo deel que llevaba.

—Es demasiado tarde para regresar junto a tus hombres —le dijo Tsubodai elevando un poco la voz—. Te ofrezco la hospitalidad de mi casa. Te despediré por la mañana después del desayuno. ¿Vienes?

No aguardó a que Batu respondiera. La luna estaba apareciendo por el horizonte y Batu observó cómo el viejo volvió hacia la ger. Se alegró de haber venido y pensó que ya sabía lo que tenía que hacer.

Sorprendía encontrar un edificio como la estación de posta brotando en medio de la nada. A unos cuatrocientos ochenta kilómetros al norte de Karakorum, tenía un único propósito: funcionar como punto de conexión para las cadenas de mensajeros que se extendían hasta las tierras de los Chin, hacia el oeste hasta el interior de Rusia y por el sur hasta Kabul. Los suministros y el equipo viajaban por la misma ruta, en carros más lentos, para que fuera prosperando. Donde antes había una sola ger con unas

cuantas monturas extra, había ahora un edificio de piedra gris, cubierto con un tejado rojo. Las gers seguían rodeándolo, seguramente para las familias de los jinetes y los pocos guerreros lisiados que se habían mudado allí después de retirarse. Batu se preguntó distraídamente si algún día se acabaría convirtiendo en una aldea en el desierto. Los jinetes de los yans no podían moverse con las estaciones del año como habían hecho sus antepasados.

Había evitado las paradas de posta en su viaje desde sus nuevas tierras. La mera visión de su tumán habría provocado la partida inmediata de un jinete. Nadie avanzaba más deprisa que los jinetes de los yans por terreno accidentado y las nuevas de sus movimientos habrían llegado a Karakorum días antes que él mismo. Incluso para ese mensaje, había dejado a sus guerreros en un bosque de pinos y abedules, demasiado lejos para que fueran descubiertos. Se había adelantado con su caballo y solo dos exploradores hasta que llegaron a un risco donde pudo amarrar a su caballo y ordenar a los exploradores que siguieran avanzando sin él.

Batu se tendió al sol boca abajo para observar su progreso hacia la estación de posta. Una columna de humo salía de su chimenea y, desde la distancia, distinguió las diminutas figuras de unos caballos pastando en la hierba. Cuando vio que sus batidores entraban en el edificio, se dio media vuelta y se quedó mirando al cielo azul.

Había habido una época en su vida en la que había querido ser khan. Si se lo hubieran ofrecido en aquellos días, habría aferrado el tallo espinoso sin dudarlo con tal de obtener esa rosa. La vida era más sencilla en aquella época, mientras cabalgaba hacia el oeste junto a Tsubodai. La muerte de Ogedai no solo había supuesto el abandono de la gran marcha hacia las naciones occidentales. El khan había hecho lo indecible para sacar a Batu de la pobreza, ascendiéndole de forma acelerada hasta ponerle al frente de diez mil hombres selectos. No debería haber sido una sorpresa que Ogedai le incluyera en su testamento, pero, de hecho, Batu se había sorprendido. No había esperado nada. Cuando había viajado hasta sus nuevas tierras, había hallado vestigios de un campamento mongol, con gers en estado ruinoso y unas bastas construcciones de madera. Las había recorrido todas y en una de ellas se había encontrado con una silla de montar medio podrida que llevaba la marca del tumán de su padre. Ogedai le había dado las tierras que su padre había elegido cuando abandonó a Gengis. Aquel día, Batu había abrazado la silla y había llorado por un hombre que nunca conoció. Era consciente de que, a partir de ese momento, algo había cambiado en él. Mientras contemplaba el perfecto azul del cielo, buscó en su interior la cosquilla del deseo, de la ambición, pero no encontró nada. Su único propósito era asegurarse de que los mejores asumían el mando de la nación. Alargó la mano y la hundió en la tierra sobre la que estaba tendido, arrancando un puñado de hierba y tierra. En la paz de aquel cálido día, deshizo el terrón entre sus dedos y dejó que la brisa se llevara las pequeñas partículas de polvo.

Sobre él, un halcón que revoloteaba a lo lejos se detuvo, quizá interesado por el

hombre tumbado sobre la hierba de las llanuras, y se quedó suspendido en el aire, planeando. Batu alzó la mano hacia él, sabiendo que el ave podía ver hasta el más pequeño detalle incluso desde esa gran altura.

Para cuando sus exploradores regresaron, el sol había avanzado en el cielo. Bien entrenados, al llegar al risco no hicieron ningún gesto que delatara que le habían visto hasta que estuvieron fuera de la vista de cualquiera que pudiera estar observando desde la estación de posta. Pasaron con sus ponis junto a él y Batu les siguió, echando una ojeada hacia atrás de vez en cuando para comprobar que nadie les seguía. Las paradas de posta eran famosas por su eficiencia. Ya habría un jinete galopando en dirección a la siguiente estación de la ruta, situada a unos cuarenta kilómetros de Karakorum. Torogene tendría su carta sellada entre las manos dentro de apenas tres días.

Mientras trotaba a través de la tupida y verde hierba, Batu repasó mentalmente la situación: sabía que el prestigio de Guyuk se vería mermado cuando la reunión se viniera abajo. El otro mensaje que Batu había mandado le llegaría a Baidar aproximadamente al mismo tiempo que a Torogene el suyo y si actuaba movido por su promesa de respaldarle, muchas cosas cambiarían. Baidar sería mejor khan que Guyuk, Batu estaba seguro. Durante un instante, Batu oyó un suspiro de la antigua voz que le decía que él también sería un buen khan, el primogénito del primogénito de Gengis. Sería lo apropiado, como si la nación, con un brusco tirón, hubiera retornado al camino correcto después de tanto tiempo. Su padre había intentado encontrar su propio camino, lejos de los khanes y de los rebaños. Hablar con Tsubodai le había transmitido a Batu una sensación de amplias extensiones de tiempo, le había permitido tener una fugaz visión de las décadas, incluso de los siglos, a través de los ojos del anciano. Se esforzó por aferrarse a ella.

Batu intentó imaginar todos los posibles futuros y, a continuación, se rindió. Ningún hombre podía preverlo todo. Se preguntó si su poni estaría cabalgando sobre los huesos de hombres muertos siglos atrás y se estremeció ligeramente, a pesar del calor del sol.

III

Hacía muchos años que no se veía una asamblea tan multitudinaria en Karakorum. Todo lo que alcanzaba la vista, la tierra estaba cubierta de tiendas y de caballos propiedad de las familias de la nación, que se habían acercado para ver la ceremonia de juramento de lealtad al nuevo khan. Baidar había traído consigo dos tumanes de guerreros desde el oeste, veinte mil hombres que levantaron un campamento junto al río Orkhon y aseguraron sus fronteras. El campamento de los cuatro hijos de Sorhatani estaba cerca, con otras treinta mil familias. Las verdes llanuras habían quedado ocultas bajo las huestes mongolas y los últimos en llegar tuvieron que levantar las gers en lo alto de las colinas para encontrar buenas tierras.

Con una aglomeración tal, era imposible tener un momento de paz: grandes rebaños de ovejas, cabras, camellos y yaks deambulaban balando o mugiendo alrededor de la ciudad, saliendo todas las mañanas a tierra abierta, donde podían pastar y beber hasta saciarse. Las orillas del río se habían transformado en una masa de fango marrón durante las pasadas semanas y las rutinas se habían ido estableciendo. Ya se habían producido varias peleas e incluso algún asesinato. Era imposible reunir a tantas personas en un solo lugar sin que alguien desenfundara su espada. Aun así, los días transcurrían en una paz relativa y todos aguardaban con paciencia, comprendiendo que el mundo era vasto. Algunos de los hombres más respetados de la nación llegarían a casa desde tierras tan lejanas como Koryo, al este del territorio Chin. Otros habían partido de nuevos asentamientos en Persia tras haber sido convocados desde Karakorum. En total, la *quiriltai*, la gran asamblea nacional, tardaría casi tres meses en formarse. Hasta el día del juramento, los miembros de la nación se contentaban con vivir de la comida que iba saliendo de la ciudad para alimentarles.

Torogene apenas conseguía recordar cuándo había sido la última vez que había dormido. Había logrado descansar unas pocas horas el día anterior, ¿o quizá hacía dos días? Sus pensamientos avanzaban con lentitud y le dolían todas las articulaciones del cuerpo. Sabía que pronto tendría que dormir o acabaría convirtiéndose en un ser inútil. A veces, creía que lo único que la mantenía en pie era su estado de nervios y expectación. Había invertido años de su vida en organizar la reunión y, sin embargo, todavía quedaban mil cosas por hacer. El mero hecho de alimentar a la nación con la inmensa cantidad de alimentos que habían almacenado requería poner en marcha a un ejército de criados. A cada príncipe o líder de un clan, de los cuales había más de cuatrocientos, se le había asignado una cantidad de grano y carne seca.

Se pasó la mano por la frente, mirando con afecto a Guyuk, que estaba mirando por la ventana abierta. Las murallas de la ciudad eran más altas de lo que lo fueran originalmente, pero el joven podía ver el mar de gers, cuyos límites se difuminaban en la distancia.

—Hay tantos —murmuró para sí.

—Ya solo faltan unos pocos por llegar —asintió Torogene—. Chulgetei no ha aparecido todavía, aunque creo que era el que tenía más trecho que recorrer. Batu no puede estar lejos. Tal vez una docena de nombres menos importantes estén todavía en camino, hijo mío. He enviado a unos exploradores para que les insten a avanzar más deprisa.

—Ha habido veces que pensaba que jamás sucedería —dijo—. Nunca debería haber dudado de ti.

Torogene sonrió y el cariño y la indulgencia iluminaron su semblante.

—Bueno, has aprendido a tener un poco de paciencia. Es una buena cualidad en un khan —Torogene sintió una leve sensación de mareo y se dio cuenta de que no había comido en todo el día. Ordenó a sus sirvientes que fueran rápidamente a buscar algo con lo que romper su ayuno.

—La clave está en Baidar —dijo Guyuk—. Estoy seguro de que ha sido su presencia lo que ha hecho que Batu cambiara de idea. ¿Me dirás por fin qué fue lo que le prometiste a mis queridos primos?

Torogene dudó unos instantes, pero luego asintió con la cabeza.

—Cuando seas khan, tendrás que saberlo todo —dijo—. Le ofrecí a Baidar diez mil lingotes de plata.

Guyuk se volvió hacia ella, con los ojos desorbitados. Una suma así representaba la producción total de todas las minas que conocían, posiblemente durante varios años.

—¿Es que me has dejado sin nada? —exigió saber Guyuk.

Torogene se encogió de hombros.

—¿Qué importa? La plata seguirá saliendo de la tierra. Cuando está almacenada en cámaras cerradas bajo el palacio no sirve para nada.

—¡Pero diez mil lingotes! No sabía que hubiera tantos en el mundo.

—Entonces, muéstrate educado cuando te jure lealtad, Guyuk —respondió su madre con una sonrisa cansada—. Es más rico que tú.

—¿Y Batu? Si las cámaras del tesoro están vacías, ¿qué quiso a cambio de su precioso juramento?

Torogene vio la mueca que se dibujaba en el rostro de su hijo y frunció el ceño.

—Tendrás que mostrar dignidad cuando te reúnas con él también. No dejes que lea nada en tus ojos, hijo mío. Un khan no le muestra a los hombres menores que significan algo para él.

Suspiró mientras su hijo continuaba mirándola fijamente.

—Intercambiamos unas cartas a través de los jinetes yan. No podía negarse cuando le dije que Baidar había prometido jurarte lealtad a ti. No habría sido necesario ofrecerle nada, creo. Solo lo hice para no herir su orgullo.

—Tiene demasiado orgullo, pero da igual. Haré que se hunda delante de toda la nación.

Torogene alzó la vista hacia el techo, súbitamente frustrada. ¿Cuántas veces tendría que explicarle a su hijo las cosas antes de que por fin empezara a entender?

—Si haces eso, tendrás un súbdito y un enemigo —alargó la mano hacia Guyuk y le agarró por el hombro cuando empezaba a alejarse—. Tienes que entender esto, a menos que pienses que he gobernado Karakorum solamente gracias a la buena suerte. Cuando eres khan, debes congraciarte con los hombres de poder. Si arruinas a alguien, pero le dejas con vida, te odiará hasta el final de sus días. Si le robas su orgullo, no desperdiciará ninguna oportunidad para vengarse.

—Gengis hizo caso omiso de este tipo de tejemanejes políticos —contestó Guyuk.

—Pero tu padre no. Él comprendía mucho mejor que Gengis cómo había que gobernar una nación. Gengis solo consiguió conquistar un imperio. Nunca habría podido ser la mano segura que necesitaba una vez había sido creado. Yo he sido esa mano, Guyuk. No desprecies con tanta facilidad lo que te estoy diciendo.

Su hijo la miró sorprendido. Torogene había gobernado la nación durante más de cinco años, desde la muerte de su padre. Durante dos de esos años, había estado casi a solas con Sorhatani, mientras el ejército permanecía en tierras distantes. No se había parado a pensar demasiado en su esfuerzo.

—Te estoy escuchando —le dijo—. Supongo que volviste a prometerle que respetaría el territorio que recibió, ¿o le ofreciste la posición de orlok en el ejército?

—Le ofrecí ambas cosas, pero rechazó el cargo de orlok. Entonces supe que no sería khan. La ambición no arde en su interior, hijo mío, y por eso no representa ninguna amenaza para nosotros. No sé si se debe a la debilidad o a la cobardía, pero no importa. Cuando te haya jurado lealtad, puedes alejarlo de aquí con caros regalos. No volveremos a oír hablar de él.

—Es el único al que temo —dijo Guyuk, casi para sí mismo. Fue un momento de rara honestidad y su madre le aferró por el hombro.

—Es un descendiente directo de Gengis, el primogénito de su primogénito. Tienes motivos para temerle, pero eso se acabó, ¿entiendes? Cuando llegue el último de ellos, convocarás a los príncipes y generales en tu tienda de la llanura, a Batu entre ellos. Te prestarán juramento de lealtad y a lo largo de la siguiente semana irás visitando todos y cada uno de los campamentos y todos se arrodillarán ante ti. Hay medio millón de personas que tienen que verte. Demasiadas para traerlas a la ciudad. Eso es lo que te he dado, hijo mío. Eso es lo que has conseguido con tu paciencia.

Sorhatani, montada detrás de su hijo mayor, descendió con cuidado de la silla. Mongke alargó el brazo para ayudarla y ella alzó la mirada hacia él, sonriéndole. Se alegraba de ver Karakorum de nuevo. Su hogar en las montañas Altai estaba lejos de la sede del poder, pero eso no significaba que no hubiera seguido cada tira y afloja de la negociación por el poder de Torogene y Guyuk. Cuando miró a Mongke, deseó que

no hubiera jurado lealtad a Guyuk tan pronto, pero las aguas habían seguido su curso. Su hijo mayor había visto cómo su padre, Tolui, mantenía su palabra, incluso cuando estaba a las puertas de la muerte. Mongke no podía romper su palabra después de eso; no estaba en su naturaleza. Sorhatani observó a su hijo mientras desmontaba con dignidad y, una vez más, vio al guerrero mongol tradicional en todo cuanto hacía. Mongke era perfecto para el papel, con su ancha cara y sus amplias espaldas. Llevaba una sencilla armadura y ya era conocido como alguien a quien le irritaban las cosas Chin. Esa noche no habría comidas elaboradas en las gers. Una lástima, se dijo. Su hijo era un devoto de la simplicidad, veía en ella una nobleza que Sorhatani no lograba percibir. Lo irónico era que había muchos en la nación que habrían seguido a un hombre como él, en especial los generales de más edad. Algunos de ellos susurraban entre sí que Guyuk no era un varón entre varones, que hacía el papel de una mujer en el palacio de su padre. Todavía había más que criticaban con desagrado el hecho de que Guyuk mantuviera la costumbre de su padre de rodearse de perfumados eruditos Chin y sus incomprensibles garabatos. Si Mongke hubiera levantado una mano, habría tenido a la mitad de la nación bajo sus estandartes antes de que Guyuk supiera siquiera que estaba siendo amenazado. Sin embargo, su hijo nunca faltaba a su palabra y había prestado juramento de lealtad a Guyuk hacía siete años. Ya ni siquiera discutía la cuestión con su madre.

Sorhatani se volvió al oír un grito de alegría a sus espaldas y extendió los brazos al ver a sus demás hijos avanzar cabalgando hacia ella. Kublai fue el primero en llegar y su madre se echó a reír cuando bajó de su poni de un salto y la abrazó, dando una vuelta con ella en vilo. Era raro ver a sus niños convertidos en hombres adultos, aunque Hulegu y Arik-Boke seguían siendo unos jóvenes guerreros.

Sorhatani percibió un delicado aroma a manzana en Kublai cuando la dejó en el suelo y dio un paso atrás para dejar que abrazara a sus otros hermanos. Era un signo más de la influencia que ejercían los Chin en él y el contraste con Mongke no podría ser más grande. Kublai era más alto y de constitución nervuda, aunque sus hombros se habían ensanchado durante los pasados meses. Iba peinado al estilo Chin, con una larga coleta que le caía por la espalda y el resto del pelo muy tirante y pegado al cuero cabelludo. La coleta se movía adelante y atrás cuando se movía, como el rabo de un gato enfadado. Al menos, llevaba un deel sencillo, pero nadie que mirara a Kublai y a Mongke pensaría que eran hermanos.

Sorhatani dio un paso atrás, llenándose de orgullo mientras observaba a aquellos cuatro jóvenes a los que amaba a cada uno a su modo. Entonces vio cómo Kublai saludaba con una inclinación de cabeza a Mongke y cómo su hermano mayor apenas respondía a su gesto. Mongke no aprobaba las maneras de Kublai, aunque probablemente eso sucediera siempre entre los hermanos más próximos en edad. Por su parte, a Kublai le molestaba la manera en que Mongke asumía que, por el hecho de ser el mayor, tenía autoridad sobre los otros tres. Sorhatani suspiró y su buen humor se evaporó bajo el sol.

—Hay una ger preparada para ti, madre —dijo Mongke, levantando un brazo para guiarla hasta ella.

Sorhatani le miró dirigiéndole una ancha sonrisa.

—Luego, Mongke. He hecho un largo viaje para presenciar el juramento de fidelidad, pero todavía no estoy cansada. Dime cómo están las cosas en los campamentos.

Mongke hizo una pausa antes de responder, sopesando sus palabras. Durante esa breve vacilación, Kublai contestó.

—Baidar ya está aquí, muy estirado y cuidadosamente formal. Dicen las malas lenguas que jurará lealtad a Guyuk. La mayoría de los príncipes mantienen la boca cerrada respecto a sus intenciones, pero la impresión general es que Guyuk y Torogene han hecho suficiente. Cuando Batu y los demás lleguen, creo que tendremos un nuevo khan.

Mongke clavó una mirada hostil en su hermano por haber hablado antes que él, pero Kublai no pareció darse cuenta.

—¿Y tú, Kublai? —preguntó su madre—. ¿Le jurarás lealtad a Guyuk?

Kublai frunció la boca en un gesto de disgusto.

—Tal y como me has ordenado, madre. No porque pienso que sea lo correcto, sino porque no deseo enfrentarme solo contra él. Obedeceré tus deseos.

—Es lo que debes hacer —continuó Sorhatani, en un tono del que había desaparecido toda ligereza—. Un khan no olvidará a aquellos que estuvieron a su lado... o a aquellos que se le opusieron. Ya cuenta con el apoyo de tu hermano. Si Batu y Baidar se arrodillan ante él, yo también le juraré fidelidad, en nombre de las tierras de tu padre. No debes ser una voz solitaria entre las otras. Eso sería... peligroso. Si lo que dices es verdad, sospecho que no habrá ningún oponente de importancia. La nación le elegirá por unanimidad.

—Qué lástima que Mongke le jurara lealtad durante la gran marcha —dijo Kublai, lanzando una mirada a su hermano—. Esa fue la primera piedra de la avalancha —vio que Mongke le miraba enfadado—. Venga, hermano. ¡No puedes sentirte satisfecho con tu elección! Te precipitaste, en cuanto oíste que el khan había muerto. Todos lo comprendemos. Pero sé honesto: ¿es Guyuk el hombre que elegirías si fueras libre?

—Es el hijo del khan —replicó Mongke y miró hacia otro lado con expresión tensa, como si la cuestión hubiera quedado zanjada.

—Un khan que ni siquiera nombró a su hijo como heredero en su testamento —dijo Kublai al instante—. Eso es muy revelador, ¿no crees? Te lo juro, Mongke, la verdad es que creo que eres tú el que nos has reunido a todos aquí hoy. Te comprometiste con él en un arrebato, antes de que ninguno de nosotros supiera nada. Guyuk empezó esta carrera un paso por delante de ti. Espero que estés contento. Haga lo que haga Guyuk como khan, será responsabilidad tuya.

Mongke se debatía consigo mismo, intentando decidir si era indigno de él discutir

lo que afirmaba su hermano. Como siempre, Kublai consiguió hacerle entrar al trapo.

—Tal vez si hubieras comandando algún ejército en batalla, hermanito, sabrías lo importantes que son la autoridad y el rango. Guyuk es el primogénito de Ogedai. Él es el heredero del khanato. No necesito uno de tus documentos Chin para saberlo.

Aquel era un punto delicado entre ambos y Mongke no pudo resistir la tentación de provocar a su hermano. Mientras él había peleado junto a Tsubodai, Batu, Guyuk y el resto, Kublai había permanecido en la ciudad aprendiendo diplomacia e idiomas. Ambos eran hombres muy distintos y Mongke se burlaba de las habilidades de su hermano.

—¿Y su padre también había sido el primogénito, esa posición tan importante? —respondió Kublai—. No, Mongke, era el tercero de sus hijos. Prestarás juramento de lealtad por algo que el resto de nosotros ni siquiera reconocemos. ¿Por qué? ¿Porque tú eres el primogénito de esta familia? ¿Crees que eso te convierte en un padre para el resto de nosotros?

—Si es necesario, sí —dijo Mongke sonrojándose—. Tú no estabas allí cuando nuestro padre entregó su vida.

En aquel momento estaban ya uno frente al otro, cada vez más furiosos.

—¿Y te dijo nuestro padre que lideraras nuestra pequeña familia, Mongke? ¿Te dijo: «Guía a tus hermanos, hijo mío»? No lo habías mencionado nunca.

—Me cedió a sus otras mujeres —contestó Mongke con frialdad—. Creo que está claro...

—No, no está claro, idiota —soltó Kublai—. Nada es tan simple. Nada es tan simple como tú.

Mongke estuvo a punto de pegarle. Su mano tembló y se movió hacia la espada que pendía de su cintura. Kublai se puso tenso y en su mirada apareció un brillo desafiante. De niños se habían peleado miles de veces, pero los años los habían cambiado a los dos. Si volvían a enzarzarse en una pelea, era posible que acabara en algo más grave que unos meros moretones.

—Dejadlo ahora mismo —dijo Sorhatani—. ¿Vais a pelearos ante los ojos de la nación? ¿Estáis dispuestos a deshonar a vuestro padre, vuestro nombre? ¡Parad! Los dos.

Hubo un momento de silencio y, a continuación, Mongke saltó hacia adelante, levantando el brazo derecho para golpear y derribar a Kublai. Kublai calculó las distancias y le dio una patada a su hermano en la entrepierna con todas sus fuerzas. La armadura no cubría esa parte y Mongke se derrumbó sin emitir ni un solo sonido, chocando contra el suelo con violencia. Había sido un golpe tremendo y en el pequeño grupo se hizo el silencio. Cuando Sorhatani se volvió hacia él furiosa, los ojos de Kublai se agrandaron. Mongke gruñó y empezó a levantarse. El dolor tenía que ser terrible, pero la ira que sentía su hermano corría también por sus venas. Mientras se ponía en pie tambaleándose, pequeños espasmos sacudían sus piernas. Kublai, nervioso, tragó saliva mientras Mongke avanzaba vacilante hacia él con la

mano aferrada a la empuñadura de su espada.

Sorhatani se interpuso entre ambos, apoyando las manos desnudas en el pecho blindado de Mongke. Durante un instante, estuvo a punto de empujarla. Su enorme mano izquierda se elevó hasta el cuello del vestido de su madre y agarró la tela, pero, a pesar de su dolor, fue incapaz de arrojarla a un lado. Jadeando, Mongke miró con furia a Kublai por encima de la cabeza de Sorhatani con los ojos húmedos e inyectados en sangre.

—He dicho que lo dejéis —dijo Sorhatani con suavidad—. ¿Es que me vas a tirar al suelo para atrapar a tu hermano? ¿Ya no haces caso a tu madre?

Los ojos de Mongke empezaron a aclararse y bajó la vista para mirar a Sorhatani y luego de nuevo a Kublai, que aguardaba listo para reaccionar si le atacaba. La boca de Mongke se curvó en un gesto de desdén al reconocer la postura de combate Chin que el antiguo canciller del khan les había enseñado de niños. Soltó el cuello del traje de su madre cuando esta le puso la mano en la mejilla para reclamar su atención.

—No vais a pelear, Mongke. Todos vosotros sois hijos míos. ¿Qué tipo de ejemplo estarías dándoles a Hulegu y a Arik-Boke? Fijaos en cómo os están mirando.

La dura mirada de Mongke se posó en sus hermanos, que les observaban con la boca abierta. Volvió a gruñir y dio un paso atrás, controlándose.

—Guyuk será khan —aseguró Mongke, con voz ronca pero sonora—. Su padre gobernó bien y su madre ha mantenido unida a la nación. Ningún otro puede decir lo mismo. El idiota eres tú, Kublai, al menos si crees que algún otro debería gobernar.

Kublai decidió no responder. Su hermano tenía la fuerza de un toro furioso. No quería provocarle de nuevo, así que se encogió de hombros y se alejó. En cuanto se hubo marchado, Mongke relajó los músculos y estuvo en un tris de caerse. Intentó mantenerse erguido, pero el dolor se expandió en oleadas desde la entrepierna hacia su estómago, haciendo que sintiera ganas de vomitar. Solo la presencia de su madre evitó que ahuecara las manos y se cubriera el sexo con ellas como hacían los niños.

—A veces, me siento desolada —dijo Sorhatani con pena—. ¿Creéis que viviré para siempre? Habrá un momento en el que tus hermanos serán todo cuanto tengas, Mongke. Serán los únicos hombres en los que podrás confiar sin reservas.

—Se comporta y se viste como una puta Chin —espetó Mongke—. ¿Cómo puedo confiar en un hombre así?

—Kublai es tu hermano, tu propia sangre. Tu padre está en él, Mongke, igual que está en ti.

—Me pincha siempre que puede. No soy ningún tonto, madre, solo porque no conozca los veintisiete pasos de sus absurdos rituales Chin.

—¡Pues claro que no eres ningún tonto! Os conocéis lo suficiente como para haceros verdadero daño cuando os enfadáis, eso es todo. Él y tú cenaréis juntos esta noche y compartiréis una copa de airag. Por vuestra madre, volveréis a ser amigos.

Mongke hizo una mueca, pero no dijo nada, así que Sorhatani continuó.

—Porque me duele pensar en que mis hijos están tan enfadados entre sí. Pensaré

que he fracasado como madre. Haz las paces con él, Mongke, si es que te importo en algo.

—Por supuesto que me importas —respondió Mongke. Sabía muy bien que le estaba manipulando, pero cedió a pesar de todo—. De acuerdo, pero puedes decirle que...

—Ni amenazas ni bravuconerías, Mongke. Si me quieres, harás las paces con él. En unos pocos días o en unas pocas semanas, tendrás al khan que deseas. Todo cuanto Kublai puede hacer es ceder ante la necesidad. Muéstrate digno en tu victoria.

La expresión de Mongke se suavizó al pensar en lo que le decía su madre. Podía ser magnánimo.

—Me culpa del ascenso de Guyuk —murmuró.

—Y otros hombres te honrarán por ello. Cuando Guyuk sea khan, seguro que te recompensará por haber sido el primero que se unió a sus estandartes. Piensa en eso la próxima vez que Kublai y tú riñáis como un par de críos.

Mongke sonrió, temblando ligeramente mientras el agudo dolor de su ingle se convertía en una sorda molestia.

—De acuerdo, madre. Las cosas se harán a tu manera, como siempre.

—Bien. Tal vez deberías enseñarme dónde está mi ger. Parece que sí que estoy cansada, después de todo.

El jinete de los yans estaba totalmente cubierto de polvo. Mientras seguía a un criado a través de los pasillos del palacio, sentía su peso en cada arruga y costura de sus ropas, incluso de su piel. Dio un pequeño traspié al dar la vuelta a una esquina y su fuerza se desvaneció, convirtiéndose súbitamente en fatiga. Había cabalgado a máxima velocidad durante todo el día y le dolían los riñones. Se preguntó si le permitirían lavarse en uno de los baños del palacio. Durante unos cuantos pasos, se dejó llevar por una fantasía de agua caliente y jóvenes criadas secándole con briosos masajes... pero sabía que la fantasía no se haría realidad. A los jinetes de las líneas de posta se les abrían las puertas allá donde iban. Si decían que llevaban un mensaje personal del propio khan, les dejaban pasar incluso en medio de una batalla. Pero el jinete estaba seguro de que esa noche se estaría bañando en el río para después alojarse en un campamento espartano y calentarse frente a un fuego que encendería él mismo. Los jinetes de los yans no transportaban tiendas o gers sencillas, ni ningún otro peso que pudiera ralentizar su avance. Se tendería boca arriba bajo las estrellas y metería los brazos en las anchas mangas de su deel. Los jinetes de más edad le habían dicho que, en un plazo de unos veinte años, los días húmedos le dolerían las articulaciones, pero abrigaba la secreta convicción de que eso a él no le sucedería. Era joven y estaba absolutamente en forma, con toda la vida por delante. A lo largo de sus viajes, había visto suficientes veces cómo comerciaban las gentes entre sí para saber cuáles eran los artículos que más codiciaban. Se dijo que, en unos pocos años,

habría ahorrado suficiente dinero para comprar el cargamento de una de las caravanas que se dirigían a Bujará. Él no sufriría de dolor de articulaciones y, además, amasaría una fortuna. Mientras caminaba, se estremeció ligeramente cuando levantó la vista hacia el techo abovedado que se alzaba sobre su cabeza. No soñaba con poseer un palacio. Tal vez una casa en la ciudad sería de su agrado, con una esposa que cocinara para él, unos cuantos niños y un establo lleno de buenos caballos para entrenar a sus hijos para el servicio en el yan. No era una mala vida.

El sirviente se detuvo delante de unas relucientes puertas de cobre. Dos guardias diurnos del antiguo regimiento del khan, vestidos con una armadura roja y negra que les daba un aspecto de coloridos insectos, las protegían con expresión impasible.

—Mensaje de los yans para la regente —anunció el criado.

Uno de los guardias rompió su perfecta inmovilidad y giró la cabeza hacia el polvoriento jinete, que todavía apestaba a caballos y a sudor de varios días. Le registraron con rudeza y le quitaron su yesquero y un cuchillito que llevaba. Cuando intentaron coger el fardo de los papeles, el joven lo apartó con brusquedad, maldiciendo por lo bajo. El mensaje que contenía no había sido escrito para sus ojos.

—Quiero que me devolváis el resto cuando salga —dijo.

El guardia le echó una mirada sin dignarse responder y guardó los objetos mientras el criado llamaba a la puerta y la abría, haciendo que la luz inundara el oscuro pasillo.

Al otro lado había habitaciones dentro de habitaciones. El correo de los yans había visitado antes el palacio, pero nunca había llegado tan adentro. Se fijó en que cada una de las habitaciones exteriores contaba con su propio encargado y uno de ellos se levantó al verle entrar y le condujo a la siguiente. Poco después, se encontró ante una mujer robusta rodeada de consejeros y de escribas que iban anotando cada palabra que ella pronunciaba. Cuando entró, la regente alzó la vista y él hizo una profunda reverencia, dejando atrás a su último guía para aproximarse a ella. Para su sorpresa, vio que en el grupo había dos hombres que conocía, jinetes del yan como él mismo. Sus miradas se encontraron y le saludaron con una breve inclinación de cabeza.

Otro sirviente de algún tipo tendió la mano hacia él para recoger los papeles que transportaba.

—Deben ser entregados directamente a la regente —dijo el jinete, repitiendo sus instrucciones.

El criado frunció la boca como si hubiera comido algo amargo, pero retrocedió. Nadie se interponía ante un jinete del yan.

Torogene había reanudado su conversación, pero la interrumpió de nuevo al oír sus palabras y aceptó el paquete de sus manos. Era un fardo delgado, envuelto en cuero. Deshizo los nudos con rapidez y sacó una única hoja doblada. El jinete la observó mientras sus ojos se movían adelante y atrás, leyendo. Podría haberse marchado inmediatamente, pero sentía curiosidad. Esa era la maldición de su oficio:

transportaban las noticias más interesantes, pero casi nunca llegaban a saber cuáles eran.

Consternado, vio que el semblante de Torogene empalidecía. A continuación, la regente levantó la vista hacia él, repentinamente irritada al ver que el joven seguía allí, expectante, como si fuera a compartir las nuevas con él.

—Ya es suficiente por hoy —le dijo a todo el grupo—. Dejadme, todos, y decidle a mi hijo que venga. Despertadle si es necesario. —Tamborileó con los dedos de una mano en el dorso de la otra y luego arrugó el papel que el jinete acababa de entregarle.

IV

La luna había salido y, en la noche sin nubes, su resplandor iluminaba el vasto ejército que se extendía frente a Karakorum. Murmullos de interés recorrían ya las gers: voces y susurros viajaban como hojas en la brisa. Las puertas de la ciudad se abrieron en la oscuridad y una tropa de jinetes salió rápidamente, descendiendo por el camino del oeste. Llevaban antorchas en la mano y avanzaban como una burbuja de luz a través del parpadeante paisaje, convocando a su paso miles de fugaces visiones de rostros atentos y gers mugrientas. Guyuk cabalgaba en el centro y, ataviado con una recargada armadura, era una figura reluciente contra cuya cadera golpeaba una espada con cabeza de lobo. Más asombrosa para aquellos que los observaban era la imagen de Torogene cabalgando a su lado. Montaba como un hombre, con la espalda erguida y su larga melena recogida en una gruesa coleta. Cuando el óvalo de oro creado por las antorchas había recorrido algo menos de dos kilómetros al trote, Torogene hizo una señal a los guardias y estos se desviaron del camino principal, adentrándose en la llanura de hierba que se extendía entre las gers. Cabalgar de noche siempre entrañaba peligros; asustados, los rebaños se dispersaron entre balidos cuando los jinetes los atravesaron al trote. Muchos animales fueron derribados o aplastados bajo los cascos de los caballos. De las tiendas brotaron voces de alarma y a su alrededor se fueron encendiendo más y más antorchas por las colinas, a medida que los miembros de la nación iba saliendo de sus lechos con las espadas en ristre.

Guyuk emitió un potente silbido y señaló hacia una zona en sombra marcada con los estandartes de Sorhatani y sus hijos. Tres de sus guardias de noche tiraron de las riendas y obligaron a sus monturas a girar, emprendiendo el trote en una nueva dirección. El resto continuó, siguiendo los senderos que se abrían entre las gers de la nación, que serpenteaban y zigzagueaban precisamente para evitar el tipo de maniobra que estaban realizando. No había caminos rectos en la llanura de las gers. Guyuk entornó los ojos tratando de localizar los estandartes que buscaba. Conocía la disposición de las distintas tribus de la asamblea, pero en la oscuridad era difícil tomar el rumbo correcto.

Al llegar a una zona abierta que ninguno reconocía, los jinetes soltaron una maldición, pero, en ese mismo momento, uno de los guardias gritó, señalando algo. El grupo giró y frenó en seco ante el campamento de tiendas de Baidar. Sus banderas se agitaban en la brisa nocturna por encima de sus cabezas, iluminadas por antorchas. Mientras Guyuk ayudaba a su madre a desmontar, vio cuántos hombres se habían reunido para averiguar qué estaba sucediendo. Fila tras fila, todos aguardaban con las armas desenfundadas. Guyuk se acordó de que el padre de Baidar, Chagatai, había intentado dar un golpe de estado en Karakorum años atrás, también en la noche del juramento. Entre todos los hombres, Baidar sería el que primero en sospechar una traición.

Guyuk vio al hombre que una vez había llamado su amigo, de quien los acontecimientos vividos por la nación y el asesinato de su padre le habían distanciado. Baidar estaba de pie, como si esperara ser atacado, con la espada en ristre y levantada hasta la altura del hombro. Sus ojos amarillos brillaban fríos bajo la luz de la antorcha y Guyuk le mostró las palmas de las manos vacías, aunque se juró a sí mismo que no se desabrocharía la espada con cabeza de lobo por nadie. Baidar era el khan de una vasta región situada al oeste y Guyuk tragó saliva contrariado cuando se dio cuenta de que tendría que hablar antes, como si fuera a pedirle algo. No importaba que fuera el hombre que había sido marcado como gur-khan, por encima de los khanatos menores. Esa noche, no era más que un heredero.

—Me presento ante ti con las manos vacías, Baidar. Todavía recuerdo nuestra amistad, cuando éramos poco más que muchachos con espadas.

—Pensé que habían concluido las negociaciones —contestó Baidar, con voz áspera—. ¿Por qué has venido a perturbar mi sueño y sembrar la confusión entre mi gente?

Guyuk parpadeó, revisando su opinión sobre el hombre que tenía delante. Estuvo a punto de volverse hacia su madre buscando su consejo, pero sabía que eso le haría parecer débil. La última vez que había visto a Baidar estaba cabalgando hacia casa con su tumán, con el cuerpo rígido tras saber que su padre era considerado un traidor. Había habido un momento en que Baidar podría haber sido el khan de Karakorum, si el padre cielo hubiera deseado que cambiara la suerte de su familia. Por el contrario, había heredado y había vivido tranquilamente en el khanato occidental. Guyuk apenas le consideraba una amenaza, pero la autoridad había cambiado a Baidar. Hablaba como un hombre habituado a ver a otros saltar para obedecer al instante sus órdenes, como si no hubiera alternativa posible. Guyuk se preguntó si él también desprendía ese aire. En la penumbra, su rostro se retorció en una mueca al sentir cómo la duda brotaba en su interior.

—Le he pedido a Mongke que se reúna con nosotros... mi señor —Guyuk se mordió el labio. Vio que Baidar había notado su vacilación, ¡pero estaban frente a Karakorum! Para Guyuk, que no tenía ningún título, era casi doloroso reconocer los de Baidar. Notó que su madre se removía sobre el caballo y recordó sus palabras. Todavía no era khan. Hasta entonces, se mostraría humilde.

En vez de responder, Baidar reaccionó también ante el movimiento de Torogene haciendo una profunda reverencia ante ella.

—Mis disculpas, mi señora. No esperaba que fueras parte de un grupo de jinetes que avanza en la oscuridad. Te doy la bienvenida a mi hogar. El té está frío, pero haré que hiervan hojas nuevas.

Guyuk notó cómo le hervía la sangre: el saludo a su madre solo servía para recalcar su propia falta de estatus. Se preguntó si Baidar le había ignorado deliberadamente o si se trataba de un respeto genuino por la mujer de más poder de la nación. Siguió a su madre hasta la ger de Baidar y observó con impaciencia lo que le

rodeaba mientras Torogene agachaba la cabeza para entrar. Los soldados de Baidar le miraban fijamente. No, no le miraban a él, miraban la espada de su cadera. Guyuk se irritó ante su tentativa de intimidación. Como si fuera tan necio como para sacar una espada con su propia madre en la ger.

Para su estupefacción, uno de los guardias de Baidar se acercó a él e hizo una honda reverencia. Los hombres de Guyuk le rodearon al instante ante la potencial amenaza, pero su señor les indicó con un gesto que se alejaran.

—¿Qué quieres? —preguntó, con un deje de irritación en la voz.

—Mi señor, me preguntaba si me permitirías tocar la espada que llevas, la empuñadura nada más. Sería algo que podría contarles a mis hijos un día.

De repente, Guyuk comprendió la mirada fija de los guerreros de Baidar y esbozó una sonrisa de condescendencia. La espada con la cabeza de lobo había sido llevada por su padre Ogedai y también por Gengis. Había visto a otros hombres contemplarla antes con una especie de temor reverencial. Sin embargo, no quería que unos vulgares guerreros pusieran sus manazas sobre ella. La sola idea le hizo estremecer.

—Tengo muchas cosas que debatir con tu amo... —empezó a decir.

Furioso, vio que el guerrero alargaba la mano, como en trance, clavando la mirada en la empuñadura como si estuviera ante una de esas reliquias cristianas. Guyuk retrocedió un paso y se imaginó cortándole la mano para hacerle notar su impertinencia, pero era muy consciente de las atentas caras que le rodeaban, la mayoría hombres leales a Baidar antes que a él.

—En otra ocasión —espetó y, agachándose, penetró en la tienda de Baidar antes de que el guerrero pudiera presionarle más.

En la ger, Baidar y Torogene se habían sentado muy cerca el uno del otro. Había pasado bastante tiempo desde que Guyuk viera el interior de una de aquellas viviendas de fieltro y mimbre. Se sintió agobiado y vio con nuevos ojos lo pequeña que era y notó el olor que desprendían las mantas de lana húmeda y la grasa de cordero. Una vieja tetera silbaba en medio de la tienda, atendida por una criada que preparaba los cuencos y, en su nerviosismo, los hacía chocar entre sí. Había poco lugar para los símbolos de riqueza y poder en una ger. Allí era más fácil vivir sencillamente en vez de estar tropezando a cada paso con algún caro cacharro Chin. Guyuk luchó consigo mismo durante unos instantes. Le daba la sensación que sentarse junto a Baidar era una intrusión, pero si se sentaba junto a su madre, estaría definitivamente subordinado en la conversación. Lleno de resentimiento, se sentó en la cama junto a ella.

—Eso no cambia nada —estaba diciendo Torogene en voz baja—. Toda la nación ha venido hasta Karakorum: todos los hombres y mujeres de poder, excepto uno. Somos suficientes para celebrar la ceremonia de juramento.

—Si sigues adelante, será un riesgo —contestó Baidar—. Conozco bien a Batu, Torogene. Es peligroso dejarle fuera de la nación.

Su semblante tenía una expresión pensativa, preocupada. Guyuk le observó con

atención, pero no descubrió ningún signo de alegría o de traición.

Todos oyeron el sonido de unos caballos que se aproximaban y Baidar se puso en pie. Echó una ojeada a la tetera que iba a empezar a hervir.

—Quedaos aquí. Sírveles té salado, Erden.

Baidar les dejó solos, aunque Guyuk no era tan ingenuo como para creer que nadie les oiría si hablaban. Se mantuvo en silencio y aceptó un tazón de té de manos de la chica. Se lo presentó a la manera de los esclavos, hundiendo la cabeza entre sus brazos extendidos. Guyuk estaba a punto de cogerlo cuando se dio cuenta de que se lo estaba entregando a su madre. Apretó la mandíbula mientras aguardaba su té. El estatus, una vez más. Bueno, todo eso estaba a punto de cambiar. No dejaría que Batu arruinara su oportunidad de convertirse en khan, independientemente de lo que planearan los demás.

Baidar entró con Mongke y Guyuk se puso de pie para saludarlos. Torogene permaneció donde estaba, bebiendo su té a pequeños sorbos. La ger ya estaba abarrotada, pero la presencia de Mongke la hizo asfixiante. Sus hombros eran de una enorme anchura y de algún modo había hallado el momento para ponerse la armadura. Guyuk se preguntó si dormiría con ella. Nada le sorprendería en una noche como aquella.

Mongke saludó primero a Torogene y a continuación a Guyuk, inclinándose profundamente como era debido en un hombre que había jurado lealtad ante su amo. El gesto no le habría pasado desapercibido a Baidar y Guyuk sintió que su ánimo mejoraba. Abrió la boca para decir algo pero, para su irritación, su madre empezó a hablar cuando él todavía estaba tomando aire.

—Batu no va a venir a la reunión, Mongke —dijo—. Me ha mandado un mensaje diciéndomelo.

—¿Y qué razón da? —preguntó Baidar sobre el estupefacto silencio de Mongke.

—¿Eso importa? Alega que ha sufrido una herida de caza que le impide viajar. Pero eso no cambia nada.

—Eso lo cambia todo —señaló Mongke. Su voz era lenta y deliberada. Guyuk se encontró a sí mismo inclinándose hacia delante para no perderse ni una sola palabra—. Significa que la asamblea ha terminado. ¿Qué otra cosa podríamos hacer? Batu no es un jefe de familia menor. Es una voz poderosa en la nación, aunque no utilice su influencia. Si Guyuk es nombrado khan sin él, en el futuro podría desencadenarse una guerra civil. Ninguno de nosotros quiere algo así. Regresaré junto a mis tumanes, mis familias. Les contaré que el juramento no tendrá lugar este año —Mongke se volvió hacia Guyuk—. Mi lealtad está contigo, mi señor, no lo he olvidado. Pero necesitarás más tiempo para lograr que Batu vuelva al redil antes de que podamos continuar.

—¡No necesito más tiempo! —exclamó Guyuk—. Todos vosotros me habéis prestado juramento de lealtad. Bien, recurro a él ahora. Haced honor a vuestra palabra y ya me ocuparé de Batu más tarde. No podemos permitir que un solo hombre provoque el caos en la nación, sea cual sea su linaje o su nombre.

Viendo que estaba a punto de ordenarles que le obedecieran, Torogene se precipitó a intervenir antes de que pudiera ofender a alguno de los poderosos hombres de la ger.

—Todos nos hemos esforzado para que los juramentos no fueran cuestionados, para que no hubiera disensión respecto al hombre elegido como khan. Eso ya no es posible, pero tengo que darle la razón a Guyuk. La nación está lista para tener un nuevo khan. Han pasado casi cinco años desde que mi esposo murió. ¿Cuántas nuevas tierras han sido conquistadas en esos años? Ninguna. La nación está esperando y, entretanto, nuestros enemigos se están volviendo a fortalecer. Sigamos adelante con la ceremonia de juramento, en la que solo faltará un nombre. Una vez tengamos un khan, Batu puede ser convocado para prestar juramento él solo, obedeciendo las órdenes de la única autoridad auténtica de la nación.

Mongke asintió lentamente, pero Baidar retiró la vista y se rascó una oscura mancha de sudor de la axila. Ningún otro en la ger sabía que había recibido un mensaje privado a través de los yans. Revelar que Batu le había prometido respaldarle si presentaba su candidatura al gran khanato significaría la condena a muerte para su viejo amigo, estaba casi seguro. A menos que Baidar se lanzara a la lucha. Esa noche y solo esa noche, Guyuk, Torogene y Mongke estaban a su merced, rodeados por sus guerreros. Podría hacerse con el poder, tal y como, evidentemente, Batu esperaba que hiciera.

Baidar apretó los puños durante un instante y, después, dejó caer ambas manos. Su padre Chagatai no habría vacilado, se dijo. La sangre de Gengis corría por las venas de todos, pero Baidar había visto demasiadas veces el dolor y la destrucción que causaba la ambición sin escrúpulos. Por fin, meneó la cabeza: había tomado una decisión.

—Muy bien. Convoca el juramento para la nueva luna, dentro de cuatro días. La nación debe tener un khan y voy a hacer honor a mis promesas.

La tensión en la abarrotada tienda era casi dolorosa cuando Guyuk se volvió hacia Mongke. El corpulento hombre asintió, moviendo la cabeza arriba y abajo.

Guyuk no pudo evitar sonreír, aliviado. Aparte de aquellos que se encontraban en la ger y el propio Batu, no había ningún otro que pudiera suponer un desafío para su pretensión al khanato. Después de tantos años de espera, por fin los títulos de su padre estaban a su alcance. Apenas registró la voz de su madre, que estaba prometiendo algo como que Batu podía ser convocado a la ciudad cuando la nación hubiera hablado. Se preguntó si creían realmente que iba a darle la bienvenida a Batu como a un amigo después de todo aquello. Tal vez su madre esperaba que actuara como un gran señor, que mostrara piedad ante aquellos que habían intentado, sin éxito, provocar su ruina.

La tensión se evaporó, transformándose en risa. Baidar trajo un odre de airag y unas copas. Mongke le dio unas palmadas en la espalda para felicitarle y Guyuk se rio entre dientes, sintiendo un agradable vértigo ante su cambio de suerte. Batu había

estado a punto de destruir años de trabajo, pero fueran cuales fueran sus intenciones, había fracasado. Guyuk levantó una copa para brindar con los otros y disfrutó del mordisco del frío licor en su garganta. Ajustaría las cuentas con Batu. Ese era un juramento que podía prestar con total certeza en el silencio de sus pensamientos.

Con la primera luz del alba, la nación estaba lista. Habían pasado muchas semanas preparándose para la ceremonia del juramento, reuniendo vastas cantidades de comida y bebida y también arreglando, zurciendo y puliendo cada pieza de ropa y de armadura que poseían. Los guerreros, dispuestos en cuadrados perfectos, guardaron un silencio total mientras se abrían las puertas de Karakorum. Toda la precipitación y el pánico de los cuatro días anteriores se había desvanecido. Guyuk cabalgaba a la cabeza de una columna, sentado con dignidad sobre su montura. Llevaba un deel de color gris y azul oscuro; había elegido deliberadamente la simplicidad en vez de unas ropas ostentosas o extranjeras.

Se habían celebrado tan pocas asambleas desde la primera convocada por Gengis que apenas contaban con tradiciones que seguir. Se había erigido un enorme pabellón delante de la ciudad y, junto a las colinas orientales iluminadas por el sol, Guyuk desmontó y le entregó las riendas a un criado. Caminó hasta su puesto y se situó frente a la tienda de seda mientras el primer grupo se aproximaba a él. A menos que su vejiga estuviera a punto de estallar, no entraría en el pabellón en todo el día, ni se sentaría, por muy fuerte que brillara el sol. La nación tenía que ver cómo se convertía en khan.

En ese primer grupo destacaban las figuras de Baidar y Mongke, así como Sorhatani, Kublai y sus demás hijos. Entre los primeros cuatrocientos, se encontraban los jefes de las principales familias, por una vez despojados de su séquito, criados y esclavos. La mayoría de ellos vestían sedas de colores, o la armadura más sencilla, dependiendo de su respectiva percepción de la ocasión. Se les negaba incluso el derecho a llevar los estandartes de su rango. Se acercarían a Guyuk con sencilla humildad, doblarían ante él la rodilla y prestarían sus juramentos.

Incluso dentro de ese grupo había una jerarquía. Torogene iba la primera, seguida por Sorhatani. Las dos mujeres habían gobernado la nación solas, manteniéndola intacta tras la muerte de Ogedai Khan. Guyuk percibió únicamente satisfacción en la cara de su madre cuando esta se arrodilló ante él. Casi no la dejó tocar el suelo antes de ayudarla a alzarse y abrazarla.

No se dio tanta prisa con Sorhatani. Aunque su juramento suponía la confirmación de su lealtad, nunca se había sentido cómodo ante la mujer que controlaba las tierras originarias de la nación. Pensó que, con el tiempo, le concedería sus títulos a Mongke, tal y como su padre debería haber hecho. Sorhatani había sobrevivido, era una persona con suerte, pero las mujeres eran demasiado caprichosas, había demasiadas posibilidades de que cometieran algún terrible error.

Mongke nunca actuaría sin pensar, por un impulso, Guyuk estaba seguro de eso. Observó con placer cómo Mongke se le acercaba y repetía el juramento que había prestado en aquellas tierras lejanas: la primera piedra de la avalancha que les había llevado a todos a aquel lugar.

Kublai fue el siguiente y, cuando se arrodilló ante él y repitió las rituales palabras sobre las gers, los caballos, la sal y la sangre, Guyuk se quedó impresionado ante la aguda inteligencia que transmitían los ojos del joven. También él necesitaría ocupar una posición de autoridad dentro de un tiempo. Guyuk empezó a regodearse ante tales decisiones, por fin libre para pensar como un khan, en vez de simplemente soñar con serlo.

El día fue avanzando poco a poco: un desfile de rostros tan largo que al final casi no conseguía distinguir uno de otro. Millares de personas fueron pasando por el pabellón: cabezas de familia, gobernantes de tierras situadas a miles de kilómetros de distancia. En algunos de ellos se hacían ya evidentes los matrimonios interraciales y los hijos mayores de Chulgetei tenían rasgos propios de los habitantes de Koryo. A Guyuk se le ocurrió que podía ordenarles que procrearan solo con miembros de la nación, para mantener pura la cepa mongola antes de que fuera devorada por la masa de razas súbditas. La mera idea de ejercer un poder así fue como un río de airag en su sangre que hizo que su corazón latiera con fuerza. Después de ese día, su palabra sería ley para un millón de personas... y para millones más bajo su mando. La nación había crecido hasta hacerse más grande de lo que Gengis hubiera imaginado jamás.

Cuando cayó la noche, Guyuk recorrió todos los campamentos principales. No hubo un único momento en el que se produjera su nombramiento como khan ante la aclamación universal. En vez de eso, cabalgó de un lugar a otro, permitiendo que miles de miembros de su pueblo se arrodillaran ante él y entonaran sus juramentos. Había ordenado a sus guerreros que se mantuvieran alerta para abalanzarse sobre cualquiera que se negara a obedecer, pero cuando la luz empezó a debilitarse y se encendieron las antorchas, quedó claro que su preocupación estaba injustificada. Guyuk comió un poco y regresó al palacio para cambiarse de ropa y vaciar sus tripas y su dolorida vejiga. Antes del amanecer, salió de nuevo y se dirigió a visitar a los menos importantes entre aquellos sobre los que mandaría: las familias de curtidores y una hueste de trabajadores de numerosas naciones distintas. Ante su única oportunidad de ver al khan, todos ellos lanzaban exclamaciones de admiración mezclada con temor, esforzándose en la débil luz del alba por obtener una fugaz visión de su rostro que recordarían eternamente.

Cuando el sol salió al día siguiente, Guyuk sintió que su luz le inundaba, le elevaba y dulcificaba su ánimo. Era khan y la nación ya se estaba preparando para los días de banquetes que les aguardaban. Incluso la idea de Batu en su feudo ruso había pasado a ser solo una distante irritación. Aquel era el día de Guyuk. La nación era suya por fin. Pensó en las celebraciones de los próximos días, sintiéndose cada vez más animado. El palacio sería el centro de los festejos: una nueva generación de

jóvenes, altos y apuestos, alejando de un soplo las cenizas del pasado.

V

Torogene se sentó en uno de los bancos del pabellón del jardín, sintiendo cómo el espíritu de su marido la rodeaba por todas partes. El verano había sido largo y la ciudad ardía. Durante meses, el raro calor había desencadenado tormentas que luego dieron paso a un día o dos de una dulce frescura, antes de que la tierra volviera a secarse y el proceso comenzara de nuevo. El propio aire pesaba en momentos así, cargado con la promesa de la lluvia. Había perros jadeantes tendidos por las esquinas y cada amanecer aparecía un cadáver o dos que tenían que ser retirados, o se veía a una mujer llorando. Torogene ya había comenzado a echar de menos los poderes de los que había disfrutado. Antes de que Guyuk fuera khan, podría haber enviado a los guardias de día a extraer una confesión de una docena de testigos o bien ordenarles que desahuciaran a una familia de delincuentes, abandonándolos a todos en los caminos que partían de la ciudad. De un día para otro, ya no mandaba sobre ellos y lo único que podía hacer era presentar una petición ante su hijo, junto con otros millares de súbditos.

Mientras descansaba entre la ligera lluvia de hojas, Torogene buscó en su interior algún sentimiento de paz, pero no fue capaz de encontrarlo, ni siquiera en compañía de Sorhatani.

—No me digas que te alegras de marcharte de la ciudad —dijo Sorhatani.

Torogene dio unas palmaditas a su lado, en el banco, pero su amiga no quería sentarse.

—Ningún joven khan debería tener a su madre vigilando todos y cada uno de sus movimientos, todos y cada uno de sus errores. Al parecer, lo viejo debe dejar paso a lo nuevo —Torogene pronunció esas palabras a regañadientes, imitando el pomposo discurso que Guyuk le había soltado esa misma mañana—. Tengo un palacio maravilloso que Ogedai construyó para mí. Estaré cómoda en mi retiro. Y es verdad que soy vieja. Es increíble lo cansada que me siento algunos días.

—Se está librando de ti —dijo Sorhatani. Recogió una rama delgada del camino. Debía de haberse caído esa misma mañana o los jardineros Chin ya la habrían retirado. Se dobló en sus manos con la flexibilidad de un látigo—. Un hijo debería honrar lo que has conseguido, mantener a la nación unida cuando parecía abocada a separarse en mil pedazos.

—Aun así, él es el khan. Trabajé durante años para lograrlo. ¿Voy a quejarme ahora que he obtenido lo que deseaba? ¿Qué clase de tonta sería si lo hiciera?

—Una madre —contestó Sorhatani—. Todas nos comportamos como unas tontas con nuestros hijos. Les limpiamos el culo y los amamantamos y todo cuanto esperamos de ellos es que se muestren agradecidos al final de sus días.

Se rio para sí: de pronto su humor había cambiado. Torogene sonrió también, aunque en realidad las órdenes de su hijo la habían herido.

—No ha sido a ti a quien ha amenazado con obligarte a marchar, Sorhatani —

dijo.

—No, porque todavía está cuidando sus atenciones para con Mongke. Orlok de los ejércitos. Es más de lo que mi hijo hubiera deseado jamás. Juro que nunca habíamos planeado algo así, nunca.

—Lo sé. Guyuk aceptó mi consejo en una ocasión, al menos. Mongke pertenece al linaje de Gengis y los tumanes le seguirán. Mi hijo confía en él por completo, Sorhatani. Eso es importante.

Sorhatani permaneció en silencio. Era cierto que Mongke había sido ascendido en la primera sesión de Guyuk como khan, tal como había predicho. Sin embargo, Kublai nunca lideraría ejércitos mientras Guyuk estuviera al mando. Algo en ellos sacaba lo peor de cada uno cuando se encontraban. En dos ocasiones, había alejado a Kublai pidiéndole que hiciera algo para ella antes de que su hijo se buscara la ruina en presencia de Guyuk. Se irritaban el uno al otro como dos gatos y ni ella ni Kublai lograban explicar el motivo de forma satisfactoria. Había veces en que deseaba que Guyuk la enviara de vuelta a sus tierras, lejos de las intrigas políticas que acababan con la paz de los mejores días. Aun así, albergaba algunas sospechas. No creía que Guyuk la valorara como consejera y conservaba un recuerdo de su padre que seguía perturbándola. Años atrás, Ogedai le había pedido que se casara con su hijo. La sola idea aún le daba escalofríos. Ogedai había sido un hombre demasiado bueno para obligarla, pero Guyuk no tendría escrúpulos si decidía hacerlo. Tal y como estaban las cosas, la tierra natal de Gengis sería heredada por Mongke cuando ella muriera, o quizá a uno de sus otros hijos si escribía un testamento y se cumplía lo que dispusiera en él. Todo cuanto podía esperar era que Guyuk se sintiera satisfecho gobernando khanatos separados. No obstante, no daba la impresión de tener ese tipo de visión. De hecho, a Sorhatani le parecía exactamente el tipo de necio codicioso que intentaría quedárselo todo para él. Era una pena ver a un joven tan apuesto con tantas sombras en su interior. El poder sacaba lo mejor de algunos hombres, pero Guyuk no mostraba ningún signo de estar alcanzando ese tipo de madurez.

Esa era otra de las cosas de las que no podía hablar con Torogene, que seguía llorando a su marido y había situado a su hijo en el trono para que gobernara la nación. No le correspondía a Sorhatani hacerle ver a Torogene las debilidades de su vástago. Solo una semana antes, Guyuk se había negado a recibir a una delegación de príncipes de Koryo y había preferido irse de caza con sus amigos. Sorhatani frunció el ceño sin darse cuenta al recordar la tensa reunión que había celebrado con los hombres de Koryo. Se había esforzado en suavizar con palabras y regalos el insulto que suponía la ausencia del khan, pero notó su ira en las miradas silenciosas que intercambiaron entre sí. Cuando Guyuk había regresado, días más tarde, había enviado a su canciller, Yao Shu, a escuchar sus peticiones. La propia Sorhatani podría haberse ocupado de eso si Guyuk le hubiera concedido algún tipo de autoridad.

El recuerdo la irritó, coloreándole las mejillas. Por una vez, había hecho caso omiso de los violentos criados de Guyuk y se había abierto paso hasta él. Había

confiado en hacerle comprender que su vida no podía ser solo un largo banquete o una interminable sesión de caza con sus amigos. Un khan tenía que gobernar día a día, adoptar las decisiones que no pueden tomarse sin él.

No encontró ningún signo de contrición en Guyuk cuando se lo explicó. Al contrario, incluso se había reído, despidiéndola con una actitud deliberadamente ofensiva. Tampoco eso se lo mencionaría a Torogene, no cuando estaba a punto de marcharse tras haber cumplido con la labor de su vida. Sorhatani se dio cuenta de que echaría de menos a su amiga, pero siempre había habido temas sobre los que nunca se había atrevido a hablar.

Sorhatani se dijo que, si no hubiera tenido a Kublai, se habría vuelto loca, metida en ese nido de idiotas y mentiras y alianzas. Al menos su hijo la escuchaba: absorbía toda nueva información que le comunicaba y demostraba una perspicacia que nunca dejaba de asombrarla. Kublai parecía estar al tanto de todo lo que sucedía en la ciudad, hasta el punto que su madre llegó a pensar que contaba con un círculo de espías tan eficiente como el suyo. Sin embargo, hasta el mismo Kublai había estado preocupado en los últimos días. Guyuk estaba planeando algo y las órdenes viajaban desde el palacio a los tumanes. Sus guerreros se entrenaban en las llanuras todos los días, practicando con los cañones y llenando toda la ciudad de un penetrante olor a pólvora. Uno de los hombres de Sorhatani estaba dispuesto a leer los mensajes del yan, pero a menudo estaban sellados. Los abriría si ella se lo pedía, pero eso significaría la muerte para él y Sorhatani no estaba dispuesta a desprenderse de él con tanta ligereza. El propio hecho de que algo fuera secreto ya era una información relevante, pero tenía la sensación de estar caminando a través de la niebla. Tal vez Kublai hubiera oído algo, se dijo, o al menos fuera más hábil que ella a la hora de hacer conjeturas. Decidió que hablaría con él esa noche.

Torogene y ella alzaron la vista cuando oyeron los pasos de los guardias de día de Guyuk. Torogene se puso en pie con un suspiro, mirando a los lejos como si pudiera llevarse consigo el recuerdo de la ciudad. Mientras los guardias esperaban, impasibles, Sorhatani y ella se abrazaron. Carros, caballos y criados aguardaban para llevarla al distante palacio sobre el río Orkhon. El verano se estaba acabando y Sorhatani no pensaba que a su amiga le permitieran volver. Guyuk no había sido capaz de ocultar el placer que le producían aquellas órdenes, por mucho que las envolviera en bellas palabras y sonoros elogios.

—Te visitaré —le dijo Sorhatani, luchando por controlar sus emociones. No podía prometerle a Torogene que la mantendría informada, no con tantos hombres escuchando, dispuestos a dar parte de cada palabra que intercambiaran. Torogene sonrió, aunque tenía los ojos brillantes por las lágrimas. Había educado a su hijo y conseguido que fuera khan, y su recompensa era el exilio, independientemente de cómo lo llamara Guyuk. Mentiras y alianzas, eso era lo único que parecía brotar de las áridas piedras de la ciudad. Sorhatani observó cómo Torogene se alejaba con los guardias, una figura frágil y encorvada flanqueada por la juventud y la fuerza de

aquellos hombres. Sorhatani se sintió repentinamente asustada al comprender que, con Torogene, uno de sus propios protectores había sido eliminado. A pesar de todas sus excursiones de caza y sus despilfarros, Guyuk se estaba esforzando en consolidar su poder. Sorhatani era incapaz de sentirse en paz cuando pensaba en el futuro. Ni siquiera podía regresar a sus tierras a menos que Guyuk le diera permiso para hacerlo. Era como si durmiera en la misma habitación que un tigre hambriento, sin saber nunca cuándo saltaría y la destrozaría con sus garras.

A lo lejos, oyó el estruendo de los cañones disparando y se sobresaltó levemente. Mongke estaría ahí fuera, en el campo de tiro, supervisando a sus hombres mientras se ejercitaban en las habilidades de la guerra. Sorhatani rezó una silenciosa oración para que sus hijos estuvieran a salvo al mando de ese nuevo khan.

Guyuk atravesó a grandes zancadas los pasillos vacíos. Sabía que había aterrorizado a los sirvientes del palacio al dar la orden de que se mantuvieran fuera de su vista. Días antes, se había tropezado con una joven que había sido demasiado lenta para retirarse de su paso y había gritado la orden sin reflexionar. Estaban demasiado acostumbrados al avance majestuoso: al paso de hombres ancianos y, en especial, al de su padre. Su intención había sido que la nueva orden estuviera en vigor solo unos cuantos días, hasta que los criados hubieran aprendido a saltar al verle aparecer. Sin embargo, había descubierto que le divertía ver a hombres y mujeres salir disparados en cada esquina del palacio, convencidos de que sus vidas estaban en juego si él llegaba a vislumbrarlos siquiera.

Aceleró el paso sonriendo mientras, muchos metros delante de él, algunos criados se metían como una flecha en habitaciones situadas a un lado del pasillo y hacían correr la voz de que el khan estaba de ronda. Sin detenerse, abrió de un empujón las puertas de cobre y entró en la sala de audiencias.

Sorhatani estaba allí, así como Yao Shu, el antiguo canciller de su padre. Otras diez o doce personas estaban esperando su turno y tratando de disimular que habían permanecido en esa habitación más de medio día antes de que el khan se dignara hacer acto de presencia. Guyuk hizo caso omiso de todos ellos y atravesó el suelo de piedra hasta una silla dorada, adornada con gemas de lapislázzuli, que brillaba bajo la luz que entraba por las ventanas. Al menos la brisa que llegaba desde el exterior refrescaba el aire. Guyuk se había acostumbrado al hábito Chin de bañarse y el hedor de la carne sin lavar que se acumulaba en las habitaciones cerradas podía provocarle arcadas.

Sorhatani estudió todos los detalles de la calculada entrada de Guyuk, controlando cuidadosamente su propia expresión. Podría haber sido la primera en hablar, pero Yao Shu y ella habían acordado un orden de participación durante las horas de espera. Una vez más, volvió a sentir la irritación de la ofensa, como si no tuviera otra ocupación que esperar a Guyuk mientras jugaba al escondite con sus criados. No podía dejar que nada de eso se le notara. Tenía que esforzarse en recordar que la palabra de Guyuk era ley, que podía quitarle las tierras o la vida al primer

signo de ira en su rostro. Tal vez fuera mejor que Yao Shu abriera la sesión. El anciano había perfeccionado sus maneras de cortesano de tal manera que solo en raras ocasiones era capaz de percibir sus auténticas emociones.

—Mi señor khan —comenzó a decir Yao Shu, acercándose a Guyuk y haciendo una profunda reverencia. Tenía en la mano un fajo de pergaminos y Guyuk le miró con desagrado—. Se ha acumulado un gran número de asuntos sobre los que solo un khan puede decidir. —Por un momento dio la sensación de que Guyuk iba a responder, pero Yao Shu continuó antes de que pudiera hablar—. El gobernador de Koryo oriental solicita que se le envíe un tumán para repeler a los piratas que están asaltando sus costas. Esta es la tercera vez que ha enviado a unos emisarios a Karakorum —Yao Shu hizo una pausa para respirar, pero todo cuanto Guyuk hizo fue acomodarse mejor en su asiento.

—Vamos, Yao Shu, ¿qué más? —preguntó Guyuk en tono agradable.

—Tenemos tumanes en los territorios Chin, mi señor. ¿Debo dar orden a través del yan de que pueden ir en su ayuda?

—Muy bien, mándale dos. ¿Qué más? —dijo Guyuk agitando la mano.

Yao Shu parpadeó al ver a Guyuk en ese humor tan extraño. Continuó apresuradamente, determinado a sacar provecho de ello mientras pudiera.

—El mmm... El gobernador de Xi Xia afirma que los impuestos de su región son demasiado altos. Han sufrido el azote de la peste en los campos y puede que haya perdido a la mitad de los trabajadores de los cultivos. Ha pedido un año sin impuestos para poder recuperarse.

—No, es mi vasallo.

—Mi señor, si pudiéramos tener un gesto con él, sería un aliado más fuerte en el futuro.

—Y, como resultado, me encontraría con todos los hombrecillos del mundo llorando ante mi puerta. He dicho que no, canciller. Pasa al siguiente tema.

Yao Shu asintió y se puso a revolver sus papeles a toda prisa.

—Aquí tengo más de ochenta peticiones de matrimonio, mi señor.

—Ponlas a un lado. Las leeré en mis aposentos. ¿Hay alguna que destaque especialmente?

—No, mi señor —contestó Yao Shu.

—Entonces prosigue.

Sorhatani se dio cuenta de que Yao Shu estaba empezando a acalorarse. Hasta ese momento, Guyuk se había mostrado perezoso, apenas capaz de ocultar su impaciencia mientras sus consejeros hablaban. Tomar decisiones a tanta velocidad era tan extraño en él que Sorhatani no podía por menos que preguntarse que estaba intentando demostrar ante ellos. La aversión que le producía Guyuk le revolvió el estómago. Su padre no habría hecho caso omiso de las noticias sobre una peste en sus tierras con tanta facilidad, como si los miles de muertos no importaran en absoluto, como si no pudiera propagarse. Escuchó cómo Yao Shu le explicaba la necesidad de

construir barcos y notó el tono burlón de Guyuk cuando se negó a gastar los fondos requeridos para ello. Sin embargo, poseían una costa en las tierras Chin, y había naciones que navegaban esas aguas con habilidades que los mongoles no podían ni imaginar.

Yao Shu cubrió decenas de temas y, en cada caso, recibió respuestas rápidas. Sorhatani gruñó para sí ante varias de ellas, pero, al menos, aquello era mejor que el estancamiento de días anteriores. El mundo no se detendría porque Guyuk estuviera de caza con sus preciosas aves. En el exterior, la luz cambió y Guyuk ordenó que le trajeran comida y bebida, pasando totalmente por alto las necesidades de los demás presentes. Por fin, horas después, Yao Shu retrocedió y Sorhatani pudo hablar por fin.

Cuando se adelantó, vio que Guyuk reprimía un bostezo.

—Creo que es suficiente por hoy —dijo—. Serás la primera de mañana, Sorhatani.

—¡Mi señor! —exclamó, horrorizada mientras una oleada de descontento se difundía por la abarrotada habitación. Había otros allí a quienes Guyuk no podía permitirse ignorar, hombres importantes que habían viajado muchos kilómetros para verle. Se armó de valor para continuar—. Mi señor, el día todavía es joven. ¿Puedes al menos decirme si Batu ha respondido a tu llamado? ¿Va a venir a Karakorum, señor, a jurarte lealtad como khan?

Guyuk se detuvo en el acto de marcharse y se volvió hacia ella.

—Eso no es asunto de mis consejeros, Sorhatani —dijo con tono reprobador—. Lo tengo todo bajo control. —Su sonrisa era desagradable y Sorhatani se preguntó por primera vez si habría llegado siquiera a transmitirle sus órdenes a Batu.

—Seguid trabajando —ordenó Guyuk por encima del hombro cuando llegó a la puerta—. La nación no duerme nunca.

Al día siguiente, al rayar el alba, Sorhatani fue despertada por sus sirvientes. Seguía conservando sus aposentos en el palacio, los que le habían sido concedidos cuando ayudó a Torogene durante los años de crisis que siguieron a la muerte de Ogedai. Guyuk todavía no se había atrevido a quitárselos todavía, aunque Sorhatani pensaba que lo haría cuando su poder estuviera consolidado. Se incorporó y se quedó sentada en la cama mientras su chambelán llamaba a la puerta y aparecía a su lado con la cabeza gacha para no ver ni un centímetro de su ama. Nadie en la nación dormía desnudo, pero Sorhatani se había acostumbrado a la tradición Chin de llevar una túnica finísima en la cama y se habían producido algunas escenas embarazosas antes de que sus criados estuvieran al tanto de su rutina.

Supo que algo iba mal en cuanto vio a un hombre junto a su lecho en vez de a las jóvenes que la ayudaban a bañarse y vestirse cada mañana.

—¿Qué quieres? —preguntó, adormilada.

—Tu hijo Kublai, ama. Dice que tiene que hablar contigo. Le he pedido que

regrese cuando estés vestida, pero no quiere marcharse.

Sorhatani reprimió una sonrisa ante la mal disimulada irritación del sirviente. Kublai podía tener ese efecto sobre los demás. Solo la presencia de sus guardias personales había impedido que irrumpiera sin más en su habitación.

Se puso una túnica más gruesa y se la ciñó a la cintura mientras entraba en una habitación iluminada por el suave gris del amanecer. Sorhatani se estremeció al ver a Kublai allí, vestido con un traje de seda azul oscuro. Kublai alzó la vista cuando entró su madre y, a continuación, miró por la ventana hacia el sol naciente.

—¡Al fin, madre! —exclamó, y sonrió al verla despeinada y todavía medio dormida—. El khan se está llevando a los tumanes de la ciudad.

Con un gesto, señaló hacia la ventana y Sorhatani le siguió, dirigiendo la vista a las llanuras. Sus habitaciones eran muy altas y la vista le alcanzaba muy lejos: distinguió las oscuras masas de jinetes cabalgando en formación. Pensó en la manera en que las sombras de las nubes se deslizaban sobre la tierra en verano, pero tensó la boca y sus pensamientos se agudizaron de repente.

—¿Te había dicho Guyuk que planeaba salir con ellos? —le preguntó Kublai.

Su madre negó con la cabeza, a pesar de que le dolía admitir que no había confiado en ella.

—Eso es... extraño —dijo Kublai, con voz suave.

Sorhatani le miró a los ojos y, con un ademán, mandó a sus sirvientes a preparar un té fresco. Juntos, observaron cómo se marchaban y, cuando estuvieron solos, Kublai se relajó sutilmente.

—Si está haciendo algún tipo de exhibición de poder, o incluso simplemente entrenándolos, creo que te lo debería haber dicho —continuó Kublai—. Sabe que media ciudad estará saliendo a trompicones de sus cálidos lechos para verlos marchar. No hay manera de desplazar a los ejércitos en secreto. Guyuk lo sabe.

—Entonces, dime, ¿qué está haciendo?

—Dicen que se dirigirá al oeste para poner a prueba a los nuevos hombres y ligarlos a él en las montañas mediante duras marchas y ejercicios de resistencia. Todos los comerciantes del mercado han oído el mismo rumor, y eso me resulta sospechoso. Parece una historia inventada por alguien, una buena historia, por cierto.

Sorhatani contuvo su impaciencia mientras su hijo repasaba todas las posibilidades antes de detenerse en una. Le conocía suficientemente bien como para confiar en su juicio.

—Batu —dijo Kublai por fin—. Tiene que ser él. Un ataque rápido para eliminar al único hombre que no ha prestado juramento de lealtad al khan.

Sorhatani cerró los ojos durante un momento. Seguían estando solos, pero siempre había oídos atentos y se aproximó a su hijo, bajando la voz hasta que fue solo un suspiro.

—Podría advertirle —susurró.

Kublai se alejó un poco de ella, buscando su mirada.

—Pondrías nuestras vidas en peligro —contestó, apoyando su cabeza en la de ella, como para consolarla. Ni siquiera un espía escondido podría estar seguro de que estuvieran hablando mientras murmuraba en su pelo, aspirando su perfume.

—¿Me dices que no haga nada mientras tu primo es asesinado? —inquirió ella.

—Si es la voluntad del khan, ¿qué elección tienes?

—No puedo quedarme parada mirando sin darle una oportunidad de escapar. Los jinetes del yan pueden adelantar al ejército.

Kublai meneó la cabeza.

—Eso sería peligroso. Los jinetes recordarían haber llevado el mensaje. Si Batu logra escapar, Guyuk seguiría la cadena hasta llegar a ti. No puedo permitir que hagas eso, madre.

—Puedo hacer que alguno de mis criados lleve el mensaje a los establos de la ciudad.

—¿En quién confiarías cuando el khan apareciera lleno de furia, buscando la fuente? Los criados pueden ser comprados o torturados hasta que hablen. —Se detuvo un momento, con la mirada perdida en la distancia—. Podría hacerse, un jinete dispuesto a utilizar los caballos del yan pero que no sea uno de ellos. No habría otro modo de ir lo suficientemente deprisa para alertar a Batu a tiempo. Si estás segura de que eso es lo que quieres hacer.

—Deberías haber sido khan, Kublai —dijo Sorhatani.

Él le aferró los brazos con fuerza, casi haciéndole daño.

—Madre, no deberías decir eso, ni siquiera a mí. El palacio ya no es un lugar seguro.

—Exacto, Kublai. Ahora hay espías en todas partes. Hace solo un año, no tenía que medir mis palabras por si acaso algún perfumado cortesano sale corriendo a susurrar en el oído de su amo. El khan ha echado a Torogene. Yo no duraré mucho, ahora que ha puesto sus ojos en mí. Déjame que frustré sus intenciones en este caso, hijo mío. Consigue que sea así.

—Yo llevaré el mensaje —dijo Kublai—. Así no habrá papeles, ni registros.

Kublai esperaba que su madre se negara, pero Sorhatani comprendió que no había nadie más y asintió, alejándose un poco de él. Elevó la voz al volumen normal, con la mirada llena de orgullo.

—Muy bien, Kublai. Sal a las llanuras y observa la marcha de los tumanes. Cuéntamelo todo cuando regreses esta noche. Quiero conocer hasta el último detalle. —Un espía no habría oído nada alarmante en su conversación, aunque ambos sabían que Kublai no volvería esa noche.

—Mongke estará con el khan —dijo—. Cuánto le envidio.

—Es el orlok del khan, su más leal seguidor —contestó ella.

No hacía falta pronunciar la advertencia en voz alta. Mongke nunca debía saber que habían decidido actuar para salvar a Batu. Era un secreto que de ningún modo no podían confiarle.

VI

Guyuk sabía que su esbelta figura componía una bella estampa sobre su caballo, un semental blanco de la manada del khanato que había heredado. A pesar de los festines nocturnos de vinos y abundantes comidas, su juventud le mantenía delgado, quemando todos sus excesos. No había traído consigo la inmensa panoplia de carros y materiales que su ejército necesitaba para una larga campaña con el fin de mantener el mito del entrenamiento en las montañas el mayor tiempo posible. Con todo, cada uno de sus guerreros contaba con dos o tres monturas extra. En conjunto, Guyuk llevaba suficientes provisiones y comodidades para convertir el viaje en un placer en vez de en un fastidio.

Era fácil imaginar a su abuelo cabalgando por las mismas tierras, con los exploradores delante y un ejército detrás. Guyuk tenía sus propios recuerdos de la gran marcha hacia el oeste con Tsubodai y experimentó un sentimiento próximo a la nostalgia al encontrarse formando parte de un ejército de nuevo. Cierto que habían partido a media mañana en vez de al amanecer, ya que fue necesario esperar un tiempo hasta que la cabeza dejó de martillearle y su estómago se calmó. Cabalgaba con los ojos inyectados en sangre, pero el esfuerzo le despejó la mente y pronto volvió a tener hambre. Se llevó la mano a la cintura mientras cabalgaba, temiendo encontrar los primeros síntomas de gordura en esa zona. Seguro que atravesar más de tres mil kilómetros a caballo le mantendría en forma y fortalecería los músculos de su estómago.

El humor de Guyuk se agrió cuando posó de nuevo la mirada en las llanuras que se extendían ante él. Tenía que ser discreto, aunque a veces pensaba que todos sus generales conocían sus secretos. No obstante, había evitado ser completamente honesto con ellos, por mucho que lo deseara. Mongke no estaba muy lejos de él, entre los tumanes, y en ese semblante serio, que sonreía poco, Guyuk vio todos los de los demás que le criticarían por sus apetitos. Volvió a pensar en la madre de Mongke, la arpía sonriente que había manipulado a su padre a voluntad. Guyuk quería echarla del khanato, pero difícilmente podía desterrar a la madre de un hombre de tanto rango. Su mente daba vueltas mientras avanzaba, sumergiéndose en fantasías en las que comunicaba en un susurro sus deseos a algún guerrero de confianza y Sorhatani, simplemente, desaparecía. Había hombres que no cuestionarían la palabra del khan, aunque les costara la propia vida. Tener tanto poder era embriagador, pero todavía recelaba de él. Controlaba su lengua lo mejor que sabía hasta que el esfuerzo le resultaba imposible.

Guyuk salió de un respingo de su ensoñación al oír el sonido de los cuernos de batalla a su izquierda. Levantó la vista y vio dos tumanes esgrimiendo sus lanzas, como habían hecho una docena de veces ya esa mañana. Cabalgaron al galope durante tres o cuatro kilómetros y luego permitieron que sus monturas pastaran mientras los demás se ponían a su altura. Aquella era la imagen pública de sus

maniobras y no podía quejarse de que le molestaran el estruendo y los gritos. Cuando se detuvieron, miles de guerreros colocaron dianas y practicaron el tiro a pleno galope, soltando y recopilando millares de flechas. Resultaba una visión impresionante y, al principio, se había sentido emocionado al ver que disponía de un poder así. Sin embargo, tras la primera semana, había empezado a aburrirle, aunque se pasaba las horas imaginándose a Batu amarrado a una diana.

Solo pensar en eso encendió las mejillas de Guyuk. Había creado una red de espías que eclipsaba cualquiera que su padre hubiera controlado jamás. En la ciudad, una cadena de hombres informaba de miles de conversaciones, que eran reunidas al final de cada jornada por el jefe de sus espías y, a continuación, transmitidas a Guyuk. Incluso en los tumanes, aquellos hombres que eran lo bastante tontos como para criticar a su khan se veían arrastrados ante él para responder por sus estúpidas palabras. Sin embargo, nadie había criticado a Batu. Batu había sido el favorito de Tsubodai, decían, un nieto de Gengis que no se había manchado las manos con intrigas políticas y acuerdos. Guyuk hirvió de rabia al recordar los detalles que mencionaban. Los guerreros comunes habían aprendido a cuidar sus palabras, incluso entre amigos. La información que recibía se había reducido hasta convertirse en un hilillo después de los primeros castigos ejemplares, pero Guyuk seguía manteniendo a sus espías. Había ordenado que ataran a sus detractores y que les dieran una sangrienta paliza. Había mandado que mataran a dos de ellos alegando que habían hablado de insurrección y deslealtad al khan. Guyuk había observado cómo le arrancaban la lengua con una tenaza de hierro a uno de aquellos hombres antes de acabar con él. Esbozó una leve sonrisa al recordarlo. No volverían a hablar de esa manera.

Estaba seguro de que ese tipo de hechos no dañarían su autoridad. En todo caso, los castigos ejemplares que había impartido la incrementarían. A sus hombres no les vendría mal saber que su khan no dudaría en hacer respetar su poder con métodos tan implacables como los de Gengis, o más. Los guerreros le temían y eso era lo apropiado. No echarían a correr ante un enemigo con Guyuk vigilándoles.

Se dirigió al oeste con su ejército durante unos ciento cincuenta kilómetros, deteniéndose dos días para practicar formaciones y cambios. A la tercera mañana, Guyuk hizo girar al ejército hacia el norte, cabalgando hacia las tierras rusas que su padre había cedido a un enemigo de un modo tan estúpido. Se había dado cuenta de que aquel era un linaje podrido. El padre de Batu había sido un traidor y sus defectos se habían conservado puros en su vástago. Nunca podrían confiar el uno en el otro, aun cuando hubiera convocado a Batu en Karakorum para prestar juramento. Un linaje así envenenaría a la nación y lo único que podía hacerse era cortarlo y quemarlo hasta la raíz. Pensó en su madre y Sorhatani, hermanadas por la manipulación a la que le sometían. Ninguna de las dos entendería la necesidad de eliminar a sus enemigos. Dejar a Batu en paz no era la acción de un gran khan, sino de un khan débil, demasiado asustado para entrar en batalla. Guyuk sonrió para sí.

Darí­a un ejemplo que iluminarí­a el camino a seguir, una demostraci3n para todos aquellos que buscaban poner a prueba la fuerza del nuevo khan. ¡Que todos vieran c3mo actuaba! Desde los príncipes de Koryo hasta los árabes y las naciones del oeste. Que todos supieran de la muerte de Batu y vacilaran cuando se plantearan resistirse a la naci3n mongola. El destino de Batu serí­a p3blico y terrible. Pasarí­a de boca en boca a trav3s de los desiertos, las montaí­as y las verdes planicies. Batu podrí­a ser la hoguera de Guyuk en la cumbre de la montaí­a, su mensaje para todos sus estados vasallos. De ese modo, Batu servirí­a bien a su khan.

Desde kil3metros de distancia, Kublai observ3 el paso del ej3rcito, una columna vasta y polvorienta de hombres y caballos. Era peligroso arriesgarse a que le vieran, pero conocí­a los patrones de exploraci3n mejor que nadie y los esquiv3, siguiendo de cerca a la fuerza del khan mientras avanzaba. El hecho de no ser el único hombre sobre las llanuras le resultaba útil. El movimiento de tantos guerreros y caballos hací­a que los pastores de cabras y las familias pobres salieran de sus hogares y con frecuencia podían ser vistos en las afueras, retirándose con rapidez del camino del khan. El propio Kublai iba vestido con un sucio y viejo deel y tení­a la cara y las manos ennegrecidas por la mugre. Confiaba en poder pasar por uno de ellos si le descubrían.

Mientras permanecí­a tendido sobre la alta hierba, pas3 la mano por el oscuro hocico y los belfos de su caballo. Estaba totalmente tumbado, con la mejilla apoyada en el suelo como le habían enseñado. Aun así, el animal necesitaba que le acariciara para conservar una postura tan antinatural. Los líquidos ojos marrones le miraban, pero Kublai no pudo evitar que moviera la cola para ahuyentar las moscas, poniendo en peligro su posici3n. Ningún lugar era completamente seguro estando al alcance de la vista de los tumanes y sus exploradores, pero tení­a que saber qué estaba pasando. El mensaje que habí­a memorizado supondrí­a la muerte de muchos hombres si el khan llegaba a averiguarlo. Kublai sabí­a que tení­a que estar seguro de que era siquiera necesario transmitirlo. Si el khan se alejaba con su ej3rcito de las tierras de Batu, Kublai podrí­a escabullirse y regresar a Karakorum sin más. El tema nunca volverí­a a ser mencionado.

Los tumanes se habían desviado hacia el norte esa maí­ana. Karakorum habí­a quedado muy atrás y Kublai habí­a seguido observando con creciente ira sus maniobras, seguro de que por fin habí­a descubierto el auténtico prop3sito del khan. Aun entonces, habí­a decidido esperar, observándolo todo para asegurarse de que no daban media vuelta o se detenían en alg3n lago para dar de beber a los animales. Llevaba carne seca y leche en polvo en sus alforjas y, si era necesario, podrí­a cubrir casi el doble de la distancia que recorrían los tumanes cada dí­a. Como máx­imo, el ej3rcito del khan recorrí­a sesenta y cinco kil3metros, partiendo poco antes de mediodía y cabalgando sin prisas. Kublai no les quitaba la vista de encima y abrig3 la

esperanza de haberse equivocado hasta que fue imposible negar la verdad por más tiempo. Cuando las últimas filas hubieron partido, le dio unas palmaditas a su montura en el hocico y el animal se levantó con un ágil salto. Kublai había estado descansando todo el día, pero no podría correr a galope tendido a través de la noche. Si su caballo se rompía una pierna avanzando por un terreno que en la oscuridad no podría ver, no volvería a alcanzar a los tumanes y Batu nunca recibiría su aviso.

Al amanecer del día siguiente, se encontraba a apenas veinticinco kilómetros al norte del ejército, cerca de un pueblecito situado junto a un arroyo, al abrigo de unas bajas colinas. A Kublai se le estaba acabando el agua y tomó la decisión de hacer un alto y comprarles algunos víveres a los aldeanos. Las colinas que veía a su alrededor estaban vacías y sabía que iba a cabalgar mucho durante todo el día.

Dirigió hacia allí a su caballo a paso lento, asegurándose de que los pastores pudieran ver que estaba solo. La aldea contaba únicamente con cuatro gers que habían sido reforzadas con madera con el fin de convertirlas en una vivienda más permanente. Pasó junto a unas malolientes letrinas y asintió para sí al ver que aquellas familias eran pobres pero limpias.

Su presencia provocó la espantada de un rebaño de cabras, cuyo nervioso balido era tan eficiente como el ladrido de cualquier perro guardián para despertar a los habitantes del pueblo. Pasaron solo unos momentos antes de que dos hombres aparecieran ante él con los arcos tendidos.

—Quiero comprar comida y llenar un odre de agua de vuestro arroyo —dijo con voz potente.

Los hombres se miraron un momento y uno de ellos asintió a regañadientes. Kublai dio unos golpecitos en la pequeña bolsa de monedas de plata que llevaba en la cadera, atrayendo su mirada hacia la espada que colgaba del mismo sitio. Ambos hombres se quedaron mirando fijamente el arma y Kublai se preguntó si habrían visto alguna vez una espada larga. La codicia relució en sus ojos y, con un mal presentimiento, el joven comprendió las miradas que habían intercambiado. Probablemente, aquellos hombres se ganaran unas monedas robando a los que fueran lo bastante tontos como para pasar por aquel camino y ambos seguían sosteniendo en alto sus arcos mientras el suyo continuaba a su espalda. Decidió no desmontar para evitar que se abalanzaran sobre él.

—Traed suficiente para unos cuantos días y me marcharé —dijo.

Llevó la mano al monedero y sacó dos monedas de plata. Ambos hombres bajaron los arcos y uno se aproximó para coger las monedas mientras el otro observaba atentamente, todavía receloso.

Kublai sacó los pies de los estribos y se inclinó para entregarle el dinero. A pesar de que, en parte, lo estaba esperando, se sorprendió cuando el hombre le agarró por la manga y trató de tirarle de la silla. Al instante, lanzó una breve y fuerte patada que golpeó a su atacante en la mandíbula haciendo que se alejara tambaleante, con la boca teñida de rojo por un mordisco en la lengua. El otro se quedó boquiabierto y levantó

el arco, pero Kublai hizo avanzar a su montura con un golpe de sus talones, desenfundó su espada y apoyó la punta en la garganta del hombre.

En ese momento Kublai oyó una nueva voz hacer una pregunta con sequedad. Se atrevió a alzar la vista del aterrorizado hombre que mantenía a punta de espada y se le encogió el corazón. Dos de los exploradores de Guyuk se habían acercado al pequeño grupo de casas desde el otro lado y habían entrado llevando a sus caballos al paso mientras él estaba distraído.

Kublai enfundó la espada y, de inmediato, desmontó por el lado más alejado de los pastores mientras los pensamientos se agolpaban en su mente. No podía echar a correr y dejar atrás a los hombres de Guyuk. Estaban más acostumbrados a las largas distancias de lo que él lo estaría jamás y le alcanzarían antes de que terminara el día. Se maldijo por haber cometido un error así y luego alejó de sí su malhumor, recuperando la calma perfecta que había aprendido a los pies del canciller del khan, muchos años atrás. El pánico no proporcionaba ningún beneficio y adoptó algunas decisiones rápidas mientras aguardaba a que estuvieran más cerca.

Los batidores se mostraron precavidos, pero todo cuanto vieron fue tres hombres inmersos en algún tipo de disputa, a uno de los cuales le salía un hilo de sangre de la boca. Se aproximaron al trote sobre sus monturas y Kublai bajó ligeramente los hombros, encorvándose para ocultar su altura y simulando ocuparse de su caballo. Estaba tan sucio como los otros dos hombres y su túnica estaba tan raída como la de ellos. Solo su espada le hacía destacar y confiaba en que los exploradores no la observaran con demasiada atención. Los dos ladrones hicieron una profunda reverencia ante los exploradores del khan y Kublai los imitó, fingiendo temor y respeto ante hombres tan importantes.

—Permaneced quietos —ordenó con brusquedad uno de ellos.

Su compañero se quedó unos pasos atrás, pero el primero se les acercó. Kublai supuso que era el explorador de más rango, habituado desde hacía mucho tiempo a la autoridad que le confería ser uno de los hombres del khan.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó el batidor. Era mayor de lo que Kublai habría esperado, pero delgado como un junco a pesar de su edad.

Kublai se apresuró a contestar.

—Solo un malentendido, señor —contestó agachando la cabeza—. Una discusión sobre unas cabras que quería comprar.

Por el rabillo del ojo vio que el pastor herido se le quedaba mirando estupefacto. Un explorador podría sentirse tentado de imponer un castigo ejemplar a un asaltador de caminos, e incluso podría ocurrírsele llevarles a todos ante el khan para que impartiera justicia. Pero no le interesaría saldar una disputa local. Kublai solo podía esperar que los otros hombres mantuvieran la boca cerrada y le dejaran hablar a él para librarse de los exploradores.

—Tengo la costumbre de cortarle la oreja izquierda a mis animales, dos veces, como puedes ver aquí —prosiguió Kublai, señalando a una cabra. El explorador no se

giró, demasiado veterano para dejarse distraer así—. Mis primos hacen lo mismo, y les he dicho que eso puede dar lugar a un... malentendido como este, señor. Los animales son míos, los reconocería en cualquier parte. Eres un hombre del khan, señor. Si pudieras decidir sobre este asunto, quedaría muy agradecido... —Su palabrería relajó al explorador, que se volvió con una ancha sonrisa hacia su compañero.

El pastor al que había golpeado en la boca intentó hablar y Kublai se giró hacia él como un rayo.

—Cierra la boca, Hakhan, todo esto es culpa tuya. Conozco a esa marrón como si la hubiera parido.

Ambos pastores miraron atónitos a aquel loco que les hablaba como si los conociera, pero los exploradores estaban empezando a perder el interés. Kublai mantuvo la mirada baja, reforzando su papel con todas sus armas.

—Mi señor, si pudieras quedarte aquí mientras reúno a mis animales, le rezaré cien oraciones al padre cielo en tu nombre. Mi esposa está embarazada otra vez. No tenemos mucho y no puedo permitirme perder a mis mejores criadoras ahora.

—Vámonos —le dijo el explorador de más edad a su compañero. Había perdido todo interés en ese mugriento trío que se había peleado en medio del camino. Kublai siguió suplicándoles que le ayudaran mientras daban media vuelta para marcharse, pero el alivio que le inundó al verles alejarse fue enorme. Por fin volvía a estar solo con los dos cabreros, que le observaban como habrían mirado a un perro rabioso. El de la herida en la boca escupió sangre en el suelo y habló, a pesar de que se notaba que tenía que hacer un gran esfuerzo.

—¿Quién eres? —consiguió decir.

—Un simple viajero —respondió Kublai. Sus músculos habían permanecido demasiado tiempo en tensión, listos para atacar, y le temblaron las manos cuando los relajó—. Necesito comida y agua, como dije. Ahora, si seguís pensando en robarme, no tendré piedad de vosotros una segunda vez. Un solo grito los hará volver.

Los cabreros se giraron instintivamente hacia el lugar por donde habían desaparecido los batidores y ambos parecieron a disgusto con la idea de que volvieran. Había escasa justicia en las llanuras. Incluso la distante presencia de los hombres del khan bastaba para infundir terror en sus corazones.

Evitando darle la espalda a aquella pareja, Kublai montó de nuevo y siguió a los dos hombres al trote con su caballo mientras llenaban su odre y preparaban un pequeño paquete de cordero recién asado y pan casero. Tenía un olor delicioso, pero no rompería su ayuno hasta haber dejado muy atrás el ejército del khan. Las tierras de Batu se hallaban a más de mil quinientos kilómetros hacia el norte, pero no bastaría con llegar hasta él poco antes que las huestes del khan. Kublai adoptó una actitud adusta cuando se puso en marcha, manteniéndose alerta para distinguir cualquier posible signo de los exploradores a lo lejos. Para poder huir, Batu necesitaría todo el tiempo que Kublai pudiera darle.

VII

Durante tres días seguidos, Kublai cabalgó a toda velocidad, llevando a su caballo hasta el agotamiento. El animal triscaba hierba mientras él dormía, pero nunca tenía suficiente tiempo para recuperarse antes de que su amo lo tuviera que montar de nuevo. Al cuarto día, Kublai notó un agudo dolor cuando trepó a la silla: carecía de los callos de los exploradores y la cabalgada le había arrancado grandes trozos de piel de las nalgas y la región lumbar. Cada mañana tenía que soportar un auténtico martirio hasta que se le rompían las postillas, lo que le producía un sufrimiento sordo que duraba todo el día. No sabía exactamente cuánto había avanzado, solo que había dejado muy atrás a los ejércitos del khan. Batu se había quedado con todo un tumán de guerreros y sus familias cuando se trasladó a sus nuevas tierras. Su número habría crecido y un grupo tan nutrido no podía esconderse fácilmente. Kublai confiaba en encontrar signos de su presencia, aunque ese era un reto al que tendría que enfrentarse otro día.

Su problema inmediato era que su caballo había perdido peso de manera alarmante y había empezado a sudar y a echar espuma amarilla por la boca. Había llegado el momento de poner a prueba las líneas de los yans en un plan que había parecido sencillo cuando aún estaba en Karakorum. De sus alforjas, Kublai sacó un juego de campanitas cosidas a una tela, extendió la tela sobre su silla y, observando las lomas que le rodeaban, comprobó su rumbo una vez más. No había nadie a la vista, pero había visto una estación del yan unos treinta kilómetros atrás y se situó sobre el trillado camino empleado por los jinetes. Hizo un último balance de su situación y torció el gesto ante su propio cansancio. Ningún jinete del yan cabalgaba con paquetes en su montura. El peso lo era todo. Con una mueca, desabrochó de un tirón las hebillas de sus alforjas y dejó que cayeran al suelo todas sus provisiones. A continuación se deshizo de su arco y, durante un largo momento, sostuvo su espada antes de colocarla sobre la pequeña pila de cuero y tela. En territorio hostil, se sintió tan vulnerable como un recién nacido sin ella, pero no tenía alternativa. Se quedó únicamente con una bolsita de cuero que podía atarse a la espalda, exactamente del tipo que llevaban los jinetes mensajeros. Había escrito incluso una inocua carta dirigida a un nombre falso, lista para ser mostrada en caso de que le pararan y le registraran, aunque no era probable. Nadie se interponía en el avance de un jinete de los yans.

En un impulso, cortó las bolsas en tiras y luego envolvió firmemente la espada enfundada con ellas, haciendo un paquete que podía esconder. La espada era valiosa y, aunque dudaba de que volviera a verla de nuevo, no podía simplemente dejarla allí en el polvo a merced de los maleantes o, lo que era peor, de los exploradores del khan que llegarían allí detrás de él.

Kublai condujo su caballo hacia un bosquecillo y se instaló allí a esperar el crepúsculo. No podían faltar más que unos cuantos kilómetros y quería llegar a la

estación de posta con la puesta de sol, o incluso de noche. Había sido el propio Gengis el que estableció las distancias entre las estaciones en cuarenta kilómetros. Algunas habían estado activas tanto tiempo que anchos caminos se extendían entre ellas, y algunas familias de jinetes habían levantado hogares de ladrillo y arcilla. Se apoyó en el tronco del árbol con las riendas enlazadas al puño.

Se despertó rodeado de árboles oscuros. No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado y soltó una maldición mientras se levantaba y cogía la silla de montar. Su caballo relinchó y se retiró unos pasos, y Kublai tuvo que darle un manotazo en el morro para que se estuviera quieto.

En apenas unos momentos se encontraba de nuevo en camino, trotando y agudizando el oído en busca de algún signo de vida. La luna acababa de salir y dio gracias a que todavía fuera de noche. Al poco, vislumbró unas luces frente a él y obligó a su montura a ponerse al galope una vez más. Los cascabeles de su silla tintineaban a cada paso, resonando con nitidez en la oscuridad.

La estación del yan era de reducido tamaño, construida con pedernal y caliza en medio de la vacía llanura, y consistía en unas pocas dependencias y un patio adoquinado. Cuando le oyeron acercarse, los encargados de la parada encendieron algunas antorchas y Kublai entró con confianza: vio que le esperaban dos hombres. Uno de ellos sostenía un odre repleto de agua y el otro una bandeja de carne humeante que seguía goteando vapor del puchero donde la habían cocinado. Ya estaban sacando otro caballo de los establos y preparándolo mientras él desmontaba.

—¿Quién eres? —preguntó de repente el hombre de la bandeja.

—Vengo de Karakorum con un mensaje urgente —contestó con sequedad Kublai—. ¿Quién eres tú?

—Perdona —contestó el hombre. Seguía pareciendo sospechar y Kublai notó que su mirada se posaba en el caballo que había traído. Kublai no había sido el primero al que se le había ocurrido robar un poni del yan de esa manera, pero la calidad de las monturas que solían llevar los ladrones solía delatarles. Kublai vio que el hombre asentía para sí, pero no del todo convencido. Volvió a hablar mientras Kublai se metía en la boca un puñado doble de jugosas tiras de cordero y empezaba a masticarlas.

—Si eres de Karakorum, conocerás al jefe del yan de allí.

—¿Teriden? —preguntó Kublai con la boca llena—. ¿Un cristiano enorme con la barba pelirroja? Le conozco bien.

Era un examen sencillo para un joven que había crecido en la ciudad, aunque el corazón le saltó en el pecho cuando pensó en que podía ser descubierto. Intentando disimular la rigidez de movimientos a la que le forzaban sus llagas, montó en el caballo de refresco y se recolocó el pequeño paquete sobre los hombros mientras aceptaba el odre y daba un largo trago de airag mezclado con agua. Era barato y sabía ácido, pero le calentó, y tosió un par de veces antes de lanzárselo de vuelta a los hombres de la estación. A partir de ese punto, su único sustento provendría de los puestos del yan.

—Le diré que tienes una buena casa por aquí —dijo mientras tomaba las riendas y llevaba el caballo al trote hacia la puerta de piedra. El personal ya se estaba ocupando de desensillar y lavar a su último caballo. La luz de las antorchas iluminaba el vapor que desprendía el animal. Nadie se preocupó de contestar. Kublai sonrió e hincó los talones en su montura, que salió al camino con un repiqueteo de cascos en dirección al norte. Había funcionado y volvería a funcionar. Tenía que funcionar si quería seguir manteniendo la ventaja sobre el ejército del khan. Ningún mensaje podía avanzar más deprisa que aquellos jinetes. Hasta que hablara con el propio Batu, este sería completamente inconsciente de la amenaza que se cernía sobre él.

Cuando Kublai se marchó, el empleado del yan se quedó mirando pensativo hacia la puerta. Nunca antes había visto ojos tan amarillos. Se decía que Gengis tenía los ojos así. El hombre se rascó una picadura de pulga de la mejilla, sumido en sus pensamientos. Un rato después, se encogió de hombros y regresó a su trabajo.

Los cuatro hombres habían seguido el rastro durante tres días, cazando en parejas, de modo que todas las noches habían tenido conejo para el estofado. Había una madriguera inmensa cerca de allí y era muy fácil poner trampas de lazo. Desde su posición elevada, disfrutaban de una amplia vista del camino que se abría paso entre las montañas, así que se pasaban el tiempo charlando o apostando con tabas o simplemente reparando equipo antiguo. Sabían que podían contar con ser relevados de su puesto en un plazo de dos días y estaban acercándose al final de su jornada. Había habido poco movimiento. Solo una familia de vendedores ambulantes había pasado por allí y a los hombres no les interesaban las baratijas que transportaban en su carrito, tirado por un viejo poni con un ojo blanco. Con ásperas carcajadas y un puntapié, les habían puesto en camino de nuevo.

—Viene alguien —dijo Parikh, el benjamín del grupo.

Los otros tres se arrastraron hacia el borde de su pequeño campamento y observaron el sendero que discurría por debajo con cuidado de no asomar la cabeza. Sus arcos estaban bien envueltos para protegerlos de la humedad, desmontados para que las cuerdas no se dieran de sí. No obstante, cada uno de ellos mantenía el arma al alcance de la mano. Podrían tener una flecha lista para disparar en cuestión de instantes. Escudriñaron el camino, maldiciendo la bruma matutina que desdibujaba las formas y parecía brotar de las propias piedras antes de deshacerse bajo el sol.

A pesar de la bruma, distinguieron a un hombre que caminaba despacio, guiando a un caballo cojo. Tenía la cabeza gacha y todo el aspecto de un guerrero pobre que regresaba a casa tambaleándose tras muchas noches de caza o de perseguir a un animal perdido. Aun así, los centinelas habían sido estacionados en ese camino como primera línea de defensa y desconfiaban de cualquiera. El mayor de ellos, Tarrial, tenía a las espaldas una generosa ración de emboscadas y batallas. Era el único que tenía cicatrices en los antebrazos y los demás siempre confiaban en él a la hora de

tomar las decisiones. El sonido llegaba muy lejos en las montañas y, con un gesto silencioso, Tarrial envió a Parikh a vigilar el risco. Si había alguien más, el muchacho descubriría a cualquiera que estuviera acechándoles, además de disponer de una segunda oportunidad para disparar, sin ser visto, si algo salía mal. Los otros aguardaron hasta que Parikh alcanzó una posición desde donde podía divisar casi un kilómetro de la trasera del camino. El joven levantó una palma abierta hacia ellos, visible en la distancia: despejado.

Tarrial se relajó.

—No es más que un hombre. Quedados aquí y no me robéis la comida. Bajaré hasta él.

No hizo ningún amago de ocultar su avance mientras bajaba a trompicones por la cuesta de rocas sueltas. De hecho, hizo tanto ruido como pudo para evitar despertar el nerviosismo de un desconocido. Años atrás, Tarrial había visto cómo el oficial de su jagun era asesinado mientras patrullaba en Samarcanda. El oficial se había mantenido oculto entre las sombras mientras unos ladrones atracaban un almacén y, cuando uno de ellos pasó por su lado, había salido y había apoyado su pesada mano en su hombro, confiando en darle al ladrón un susto de muerte. Su treta había funcionado, pero el hombre, en un acto reflejo provocado por el pánico, le había hundido una daga en las costillas. Tarrial sonrió con afecto al recordar el rostro del oficial.

Para cuando había alcanzado el sendero, el desconocido estaba suficientemente cerca de Tarrial como para permitirle distinguir sus rasgos. Era alto, casi un gigante, y, por cómo caminaba, sin apenas levantar los pies, parecía agotado. Su poni estaba tan cubierto de polvo como él mismo y andaba mal, apoyando todo el peso en la pata delantera derecha.

Kublai percibió la mirada de Tarrial y levantó bruscamente la cabeza. Se llevó la mano a la cadera, pero allí no había ya ninguna espada y, con una mueca, alzó la mano libre para mostrar que estaba desarmado.

—¿Jinete de los yans? —preguntó Tarrial.

—Sí —contestó Kublai. Se sintió furioso consigo mismo por haberse internado tan ciegamente en las colinas. Había perdido la cuenta de los días transcurridos y hasta de los caballos que había intercambiado en las estaciones del yan a lo largo del camino. Ahora, todo cuanto había conseguido podía echarse a perder por culpa de unos cuantos ladrones. No por primera vez, lamentó haber dejado atrás sus armas.

—¿Para quién es el mensaje? —inquirió Tarrial. Había algo en aquel hombre que hizo que sus instintos se pusieran alerta, aunque no habría sabido decir qué era. A pesar de toda la mugre que le cubría, sus ojos amarillo pálido le fulminaban y, en varias ocasiones, la mano del jinete se había deslizado hasta su cadera, como si estuviera habituado a llevar espada. Extraño en un simple correo, que siempre viajaban desarmados.

—Nadie detiene al yan —dijo Kublai con severidad—. El mensaje no es para ti, quienquiera que seas.

Tarrial sonrió. Aquel hombre no podía ser mucho mayor que Parikh, pero hablaba como alguien acostumbrado a tener autoridad. También eso era extraño en un correo. No pudo resistirse a insistir un poco más, solo para obtener una reacción.

—Pues a mí me parece que un espía diría eso mismo —dijo Tarrial.

Kublai levantó los ojos al cielo durante un instante.

—¿Un espía montando un caballo del yan, con una bolsa de cuero? Que no lleva nada de valor en sus bolsillos, podría añadir.

—Oh, no somos ladrones, chico. Somos soldados. Hay una diferencia. Bueno, no siempre, lo admito, pero normalmente sí.

Para su sorpresa, Kublai se enderezó de manera sutil y su mirada pareció agudizarse.

—¿Quién es tu oficial minghaan? —preguntó con sequedad.

—Se encuentra a cientos de kilómetros de distancia, chico, así que no creo que vaya a molestarle hablándole de ti, hoy no.

—Su nombre —insistió Kublai, brusco. Había solo diez minghaans en cada tumán. Conocía el nombre de casi todos los que ocupaban algún cargo en la nación.

Su tono irritó a Tarrial, aun cuando a la vez le asombrara. Solo, desarmado, a cientos de kilómetros de ninguna parte y aquel hombre seguía conservando una especie de aura que movió a Tarrial a reconsiderar sus primeras palabras.

—No eres como los demás jinetes del yan que he conocido —dijo con recelo.

—No tengo tiempo para esto —respondió Kublai, perdiendo la paciencia—. Dime su nombre o apártate de mi camino. —Antes de que Tarrial pudiera contestar, tiró de las riendas y volvió a emprender la marcha, dirigiéndose directamente hacia el guerrero.

Tarrial vaciló. Se sintió tentado de darle una buena paliza. Nadie le culparía, pero un cierto instinto de supervivencia detuvo sus puños. Desde las primeras palabras, todo había salido mal en ese encuentro.

—Su nombre es Khuyildar —dijo. Tarrial estaba seguro de que, si el jinete intentaba darle un empujón para pasar por su lado, podría derribarle. Sin embargo, el hombre se detuvo y cerró los ojos un momento, asintiendo.

—Entonces el mensaje es para su amo, Batu de los Borjigin. Un mensaje urgente y solo para sus oídos. Será mejor que me lleves ante él.

—Solo tenías que pedirlo, chico —replicó Tarrial, con el ceño todavía fruncido.

—Ahora.

VIII

No hubo demasiada conversación mientras Tarrial y Parikh guiaban a Kublai a través de las montañas. Habían dejado un solo hombre atrás vigilando el camino, mientras el último miembro del grupo de cuatro batidores cabalgaba en dirección a su oficial para informarle. El caballo cojo de Kublai descansaba junto a las otras monturas, y le habían entregado el más pequeño de los ponis de los exploradores, un animal irritable que intentaba morder cada vez que veía un dedo.

Parikh compartió su odre de agua con el extraño jinete de los yans, pero ni Kublai ni Tarrial parecían estar de humor para charlar y sus primeros esfuerzos fueron ignorados. Con Tarrial en cabeza, recorrieron un ancho sendero que subía serpenteando por las colinas. Kublai podía ver las montañas a lo lejos, pero tenía una idea muy vaga de dónde se encontraba, a pesar de todos los mapas que había memorizado en su juventud. El aire estaba limpio y frío y, mientras avanzaban al paso o al trote con sus monturas, la vista abarcaba varios kilómetros.

—Ya he perdido un día por culpa de ese caballo cojo —dijo Kublai después de un tiempo—. Tenemos que ir más deprisa.

—Y eso ¿por qué? —preguntó Tarrial de inmediato. Lanzó una mirada airada al misterioso jinete que repartía órdenes como si todos los demás fueran sus criados. Tarrial no daba crédito al ver que Parikh prácticamente se ponía firme cada vez que el desconocido le miraba. Ningún mensajero estaba tan acostumbrado a la autoridad. Tarrial sabía que tenía que ser algún tipo de oficial, quizá alguien que buscaba solucionar sus propios asuntos y utilizaba las líneas de los yans sin permiso. Se dijo que Kublai no iba a responder... pero lo hizo, a regañadientes.

—Hay un ejército detrás de mí. En una semana, tal vez diez días, estarán aquí. Tu amo querría poder ser avisado de su presencia cuanto antes.

Parikh le miró boquiabierto y el ceño de Tarrial, súbitamente preocupado, se deshizo al instante.

—¿Cómo es de grande ese ejército? —preguntó.

Como respuesta, Kublai hincó los talones en los flancos de su caballo, urgiéndole a avanzar.

—Lo descubrirás cuando le dé el mensaje a tu amo —gritó por encima del hombro.

Tarrial y Parikh se miraron durante un momento y, luego, ambos iniciaron un trote largo para alcanzarle y adelantarle.

Mientras Kublai cabalgaba, trataba de evaluar las cualidades defensivas de las tierras que le rodeaban. Parecía que Batu se había construido un campamento en los valles de una cordillera, a menos que los exploradores le estuvieran mintiendo respecto a las distancias. Volvió a evocar las descripciones que había leído en la biblioteca de Karakorum. Bajo el mandato de Gengis, los tumanes habían destruido

en una ocasión una fortaleza de Asesinos, derribándola piedra a piedra. Ningún baluarte que Batu pudiera haber construido resistiría más tiempo que aquella fortaleza. Kublai llevaba las peores noticias posibles: que Batu tenía que desplazar a todo su pueblo. Con el ejército del khan en camino, Batu tendría que correr y seguir corriendo y solo disponía de una pequeña oportunidad de no ser atrapado y masacrado.

A un ritmo más rápido, los exploradores le guiaron a través de una serie de riscos y de valles. La mayoría de ellos estaban cubiertos de espesos bosques, en los que los únicos caminos eran las estrechas sendas de los animales y por ellas avanzaron, pero los bosques retrasarían al ejército de Guyuk y les obligarían a formar una sola fila. Esperarían encontrarse con emboscadas y trampas y, en consecuencia, perderían algún día. Kublai meneó la cabeza mientras atravesaba la oscuridad al trote: la frondosa bóveda de ramas bloqueaba los rayos de sol. Había perdido la noción del tiempo y de la distancia, pero el sol se estaba poniendo cuando llegaron al anillo interno de los campamentos de exploradores y Tarrial hizo un alto para rellenar su odre, vaciar su vejiga y cambiar los caballos. Con un crujido de huesos, Kublai desmontó y le imitó. Notó las hostiles miradas de los guerreros de Batu posarse sobre él mientras saludaban a Tarrial y a Barikh con una inclinación de cabeza. Unos diez o doce hombres, que rotaban en una guardia constante, vivían en aquel húmedo lugar. Kublai dudaba de que alguien pudiera acercarse a Batu sin que él lo supiera, pero eso no le ayudaría.

Con fatiga, Kublai montó en su nuevo poni y siguió a Tarrial y a Parikh, dejando atrás el campamento interno de batidores. Poco después, cayó la noche y Kublai se dio cuenta de que estaba completamente perdido. Si no hubiera tenido a Tarrial guiándole, Kublai sabía que nunca habría sido capaz de abrirse paso entre aquellos árboles. El bosque parecía interminable y empezó a sospechar que Tarrial le estaba haciendo dar vueltas deliberadamente, para que no supiera encontrar el camino de vuelta ni llevar a nadie hasta allí.

Cabalgaron toda la noche, hasta que Kublai empezó a dar cabezadas al compás de los pasos de su caballo. Nunca había estado tan cansado. Los últimos senderos habían desaparecido y empezó a preguntarse si Tarrial estaría tan perdido como él mismo. No podían ver las estrellas para orientarse y Kublai tenía la sensación de estar soñando despierto mientras sus caballos superaban obstáculos invisibles y se abrían paso entre el matorral obedeciendo las secas órdenes de los tres hombres que los instaban a seguir. A medida que se adentraban en bosque cerrado, sus caras y sus manos se iban llenando de los arañazos de las ramas y las espinas.

El amanecer llegó lentamente: la luz grisácea devolvió el bosque a la realidad. Kublai estaba empapado en un sudor agrio y apenas podía levantar la cabeza. La espalda le dolía terriblemente y, a intervalos, se enderezaba y se encorvaba intentando aliviar los pinchazos. Tarrial le observaba con mal disimulado desdén, pero la verdad era que el explorador llevaba un mes cabalgando hasta el límite de sus fuerzas,

quemando todas sus reservas y comiendo tan poco que se le notaban todos los huesos del cráneo. Kublai había llegado a un punto en el que sentía un amargo resentimiento hacia Batu, sin razón alguna. Sabía que nunca apreciaría lo que había pasado para darle la noticia antes de que llegara el ejército de Guyuk y su malhumor iba creciendo a medida que avanzaba el día. A veces era lo único que le sostenía.

Cuando el sol estuvo más alto en el cielo, Kublai tuvo la impresión de que el número de árboles había disminuido en comparación con la imposible maraña de la noche anterior. Ese momento estaba ya convirtiéndose en un extraño recuerdo, compuesto de fognazos incoherentes. Alzó la cara hacia el sol cuando empezó a calentarse, abriendo los ojos inyectados en sangre para descubrir que por fin habían dejado atrás los árboles.

Un suave valle se abrió al final del bosque. Kublai esforzó la vista para distinguir qué había más allá y vio un nuevo muro de árboles. No se trataba de un prado natural, sino que el inmenso claro se debía al trabajo de años y de miles de hombres que habían despejado la tierra para que las familias de Batu pudieran establecerse en paz. A su alrededor, el bosque se extendía muchos kilómetros en todas direcciones. Por primera vez, Kublai se preguntó cómo habría encontrado Batu aquel lugar. Entre los robles y las hayas, Kublai ni siquiera había oído el humo de sus hogueras.

Su llegada no había pasado inadvertida. En cuanto los tres hombres salieron de los árboles sobre sus monturas, empezaron a oírse gritos y órdenes, cuyos ecos se perdían en la distancia. Del arracimado conjunto de hogares y gers salieron numerosos guerreros que formaron un grupo y avanzaron a caballo hacia ellos. Kublai sacudió la cabeza para deshacerse de la fatiga, consciente de que tenía que permanecer alerta para el encuentro que estaba a punto de tener lugar. Cogió su odre y lo apretó, lanzándose un chorro de agua templada sobre la cara, y luego se frotó con fuerza la barba que le había crecido sobre el labio y en la barbilla. Debía de tener un aspecto terriblemente desaliñado y sucio: su disfraz de pobre jinete de los yans se había convertido en realidad.

Los guerreros, que avanzaban a medio galope sobre sus descansados caballos, parecían irritablemente alerta. Kublai se masajeó los ojos mientras se aproximaban, tratando de aliviar su dolor de cabeza. Sabía que pronto necesitaría comer algo o, muy probablemente, se desmayaría en algún momento antes de que cayera la noche.

Cuando el oficial del jagun abrió la boca para hablar, Kublai levantó la mano.

—Mi nombre es Kublai de los Borjigin, primo de Batu y príncipe de la nación. — Notó cómo Tarrial y Parikh daban un respingo y se giraban hacia él sobre sus sillas. No les había dicho quién era—. Llévame ante vuestro amo de inmediato. Querrá oír lo que tengo que decirle.

El oficial cerró la boca y sus dientes se entrechocaron con un chasquido mientras se esforzaba en conciliar la idea de un príncipe y el mugriento mendigo que tenía ante sí. Los ojos amarillos relucieron hostiles a través de la suciedad y el oficial recordó las descripciones de Gengis que había oído. Asintió.

—Ven conmigo —dijo, haciendo dar media vuelta a su montura.

—Y comida —murmuró Kublai, demasiado tarde—. Me gustaría comer algo y tal vez beber un poco de airag o de vino.

Los guerreros no respondieron y les siguió. Tarrial y Parikh le vieron desaparecer con los ojos desorbitados. Se sentían responsables de él y les costaba marcharse y regresar a su solitario puesto en las colinas.

Un poco después, Tarrial suspiró irritado.

—Podría ser buena idea que nos quedemos aquí para averiguar qué está sucediendo. Al menos, deberíamos mojarnos la garganta antes de presentar nuestro informe.

Al entrar en el campamento propiamente dicho, Kublai se fijó en que había amplios caminos de tierra por entre las casas. Algunas de ellas eran gers del estilo que él conocía, pero muchas otras habían sido construidas con madera, quizá incluso con los grandes troncos que habían talado para abrir el propio claro donde se asentaba el campamento. Había miles de ellas. Las diez mil familias originales de Batu habían tenido hijos durante esos años en aquellas tierras perdidas. Había esperado encontrarse un campamento solitario, pero lo que vio era una nación en ciernes. Había madera en abundancia y las construcciones eran altas y sólidas. Observó con interés las viviendas de dos pisos y se preguntó cómo podrían escapar sus ocupantes en caso de incendio. La piedra era escasa y todo el campamento olía a pino y a roble. Cuando el oficial se detuvo ante una enorme casa en algún punto del centro del campamento, se dio cuenta de que su cansada mente se había puesto a divagar. Con un inmenso alivio, Kublai vio a Batu delante de la puerta de roble, apoyado en un poste de madera, con los brazos cruzados sobre el pecho. Dos grandes perros asomaron la cabeza para ver al desconocido y uno de ellos empezó a gruñir antes de que Batu bajara la mano y le acariciara las orejas.

—Eras casi un niño la última vez que te vi, Kublai —dijo Batu sonriendo, y se le formaron arrugas en torno a los ojos—. Te doy la bienvenida a mi hogar. Te concedo derechos de huésped aquí.

Cuando desmontó, a Kublai se le doblaron las piernas y estuvo a punto de caerse. Unos fuertes brazos le sostuvieron y el joven murmuró gracias a algún extraño.

—Metedle en casa antes de que se desplome —oyó que decía Batu.

La casa de Batu era más grande de lo que parecía desde el exterior, quizá porque tenía muy pocos tabiques de separación. La mayor parte era un espacio abierto, con una escalera de madera que llevaba a una plataforma destinada a dormir en un extremo, casi como un pajar levantado sobre sus cabezas. El suelo estaba abarrotado de divanes, mesas y sillas, de manera aparentemente azarosa. Kublai entró delante de dos de los guerreros, haciendo una pausa en el umbral para dejar que los perros le olieran la mano. Parecieron aceptar su presencia, aunque uno de ellos siguió

observándole tan atentamente como los dos hombres que le seguían. Con paciencia, permitió que le registraran para ver si llevaba armas, sabiendo que no encontrarían nada. Mientras esperaba, vio las cabezas de unos niños espiándole desde el segundo piso. Les sonrió y estos desaparecieron al instante.

—Pareces exhausto —señaló Batu, cuando los guerreros se dieron por satisfechos.

Llevaba un largo puñal en la cadera y Kublai se dio cuenta de que había estado listo para sacar la hoja al primer signo de lucha. Batu nunca había sido ningún tonto y una de las leyendas de la nación contaba que, en una ocasión, Gengis había matado a un hombre con una afilada escama de su armadura, cuando todo el mundo creyó que estaba desarmado. Un deel que hedía a orina y sudor antiguos no constituía una amenaza demasiado grave.

—No importa —dijo Kublai—. Te traigo un mensaje de Karakorum. De mi madre para ti. —Fue un alivio pronunciar las palabras que llevaba ocultando tanto tiempo—. ¿Me puedo sentar?

Batu se sonrojó ligeramente.

—Por supuesto. Por aquí.

Dio orden de que trajeran té y comida y uno de los guerreros salió corriendo a buscarlos. El otro era un hombre bajo y nervudo de rasgos Chin que tenía un ojo blanco. Se situó junto a la puerta y Kublai vio que le guiñaba el ojo ciego a los niños que seguían curioseando desde arriba antes de fijar la vista en lo que tenían delante.

—Gracias —dijo Kublai—. Ha sido un viaje largo. Solo desearía que las noticias fueran mejores. Mi madre que ha pedido que te advierta de que Guyuk viene hacia aquí. Ha sacado al ejército de la ciudad. Le seguí durante varios días hasta asegurarme de que se dirigían hacia el norte. Después, me he mantenido por delante de ellos, pero no puedo haberles sacado más de una semana, si acaso. Lo siento.

—¿Cuántos tumanes tiene? —preguntó Batu.

—Diez, con dos o tres monturas extra para cada hombre.

—¿Catapultas? ¿Cañones?

—No. Cabalgan como si hubieran emprendido una razia a gran escala. Todos los suministros son transportados sobre los caballos de refresco, al menos por lo que yo vi. Primo, mi madre se ha arriesgado mucho enviándome ante ti. Si se supiera...

—No saldrá de mi boca, te doy mi palabra —respondió Batu. Tenía la mirada distante, como si estuviera meditando sobre lo que le acababa de decir. Bajo la silenciosa presión de la mirada de Kublai, volvió en sí y se centró—. Muchas gracias, Kublai. No lo olvidaré. Me vendría bien disponer de más de una semana para prepararme, pero tendrá que ser suficiente.

Kublai parpadeó.

—Guyuk tiene cien mil guerreros. ¿No estarás pensando en luchar?

Batu sonrió.

—No creo que deba discutir eso contigo, primo. Descansa aquí unos cuantos días,

come y recupera las fuerzas antes de regresar a la ciudad. Si sobrevivo, te demostraré mi gratitud... Saluda a tu madre de mi parte.

—Mi hermano Mongke está con el khan —prosiguió Kublai—. Es el orlok de los ejércitos de Guyuk y sé que no es ningún idiota. ¡Tienes que entrar en razón, Batu! Te he avisado para que pudieras huir.

Batu le miró, percibiendo el terrible cansancio de Kublai en la forma en que se dejaba caer sobre la mesa.

—Si discuto sobre esto contigo, no podría dejarte marchar, ¿lo entiendes? Si los exploradores de Guyuk te capturan, ya tienes demasiada información.

—No se atreverían a torturarme —dijo Kublai.

Batu meneó la cabeza.

—¿Si Guyuk lo ordenara? Te tienes en demasiada estima, amigo mío. Me imagino que si tu madre está viva es solo porque Mongke ha respaldado a Guyuk con la máxima lealtad. Y solo cabe uno en ese trato de excepción.

Kublai tomó una decisión, en parte porque, tal y como se sentía en aquel momento, le costaba imaginarse volviendo a subir a un caballo algún día.

—Me quedaré aquí hasta que pueda irme sin peligro. Ahora dime que no estás pensando atacar al ejército del khan... ¡al ejército que tomó Yenking, asaltó la fortaleza de los Asesinos y humilló a las tribus afganas! ¿Qué tienes tú, doce mil guerreros como mucho, algunos de ellos muchachos que nunca han entrado en batalla? Sería una masacre.

Llegaron la comida y el té y Kublai se abalanzó sobre ella con ganas, mientras su hambre desterraba todas sus demás preocupaciones. Batu sorbió la bebida de su tazón mientras le observaba con atención. Kublai era famoso por su inteligencia. Incluso Gengis se había percatado de su extraordinaria agudeza y le había dicho a sus hermanos que recurrieran a Kublai si querían soluciones. Batu no podía hacer caso omiso de la opinión de Kublai cuando hablaba con tanta firmeza en su contra.

—Si huyo, estaré huyendo toda mi vida —dijo—. Estuve en Hungría, Kublai, a ocho mil kilómetros de casa. No quedan muchos hombres con vida que entiendan tan bien como yo que es imposible dejar atrás al khan. Guyuk me perseguiría hasta el fin del mundo sin pensárselo dos veces.

—Entonces, ordena a tu pueblo que se disperse en cien direcciones distintas. Haz que se adentren en las estepas rusas y se hagan pasar por pastores. Diles que entierren su armadura y sus espadas, para que al menos puedan sobrevivir. No puedes resistir, Batu.

—El bosque es vasto... —empezó a decir Batu.

Kublai había revivido con el trago de té salado y golpeó la mesa con el puño, interrumpiéndole.

—El bosque solo servirá para retrasarles, no les detendrá. Gengis escaló montañas alrededor de la muralla de los Chin con hombres exactamente iguales a esos. Dices que conoces ese ejército. Piensa, entonces. Es el momento de salir huyendo. Te he

conseguido unos pocos días, suficientes para que mantengas la ventaja sobre ellos. Ni siquiera eso es... Bueno, es todo cuanto tienes.

—Y me siento agradecido, Kublai, ya te lo he dicho. Pero si huyo, ¿cuántas de las personas que viven en este valle seguirán vivas dentro de un año? ¿Unos pocos miles? ¿O incluso unos cientos? Me han confiado sus vidas. Estas tierras son mías, me las entregó Ogedai Khan. Nadie tiene derecho a arrebatármelas.

—¿Por qué no fuiste a Karakorum? Si hubieras doblado la rodilla ante él entonces, si le hubieras jurado lealtad, no habría un ejército viniendo hacia aquí.

Batu suspiró y se frotó la cara. Durante un momento, pareció casi tan cansado como Kublai.

—Solo quería que me dejaran en paz. No quería que Guyuk usara a mis guerreros para alguna guerra sin sentido. Le ofrecí mi respaldo a Baidar, el hijo de Chagatai, pero al final decidió no luchar por el khanato. No puedo decir que le culpe. No esperaba que la reunión siguiera adelante sin mí, pero ya ves. Llámalo vanidad, tal vez, o simplemente un error. Podría haber salido de otra forma.

—Pero ¿después de eso? Podrías haberte presentado cuando Guyuk fue nombrado khan.

La expresión de Batu se tornó fría.

—Para salvar a mi pueblo, habría hecho incluso eso. Me habría arrodillado delante de ese sapo perfumado y habría perdido mi honor jurándole fidelidad.

—Pero no lo hiciste —dijo Kublai, molesto por el alcance de la ira contenida que percibía en aquel hombre.

—No me lo pidió, Kublai. Tú eres la primera persona de Karakorum que veo desde que Guyuk fue nombrado khan. Por un momento, pensé incluso que habías venido a convocarme para prestar juramento. Estaba dispuesto a hacerlo —agitó una mano abarcando todo el campamento que les rodeaba, así como los perros, los niños, las familias—. Esto es todo cuanto quiero. El viejo khan eligió bien cuando me cedió estas tierras. ¿Lo sabías?

Kublai negó con la cabeza, sin hablar.

—Cuando llegué aquí —prosiguió Batu—, me encontré con un par de gers destartaladas y unas cuantas casas de madera, perdidas en el bosque. Me quedé atónito. ¿Qué estaban haciendo estas cosas de la nación tan lejos de casa? Entonces encontré una silla de montar rota que todavía estaba marcada con el símbolo de mi padre. Estas son las tierras en las que Jochi se estableció cuando salió huyendo de Gengis, Kublai. Las tierras elegidas por el primogénito del gran khan. El espíritu de mi padre está aquí y, aunque es posible que Guyuk nunca lo comprenda, este es mi hogar. Si simplemente se mantuviera alejado, yo nunca supondría una amenaza para él.

—Pero viene para acá. Arrasará completamente este campamento —dijo Kublai con suavidad.

—Y por eso tengo que enfrentarme a él —replicó Batu asintiendo para sí mismo

—. Tal vez acepte un reto personal, entre los dos nietos de Gengis. Creo que podría gustarle el componente teatral.

—Ordenaría que te atravesaran con flechas antes de que pudieras hablar —dijo Kublai—. No estoy disfrutando hablándote así, Batu. Pero tienes que saber que Guyuk nunca arriesgaría su propia vida. Olvídate de esos planes de loco. Hablas así porque estás desesperado, ¿te entiendo! Pero no tienes otra elección...

Kublai se interrumpió, se le había ocurrido algo mientras hablaba. Batu notó que su atención se concentraba en algún punto interior y, de pronto, alargó la mano y le cogió el brazo a su primo.

—¿Qué? ¿Qué se te acaba de pasar por la cabeza?

—No, no es nada —respondió Kublai, quitando el brazo para que Batu le soltara.

—Déjame juzgar si no es nada —pidió Batu.

Kublai se puso en pie de repente, haciendo que uno de los perros le gruñera.

—No. Nada de precipitación. Dame tiempo para pensarlo con cuidado.

Empezó a caminar arriba y abajo por la habitación. La idea que se le había ocurrido era monstruosa. Sabía que estaba demasiado habituado a solucionar problemas en los seguros confines de la ciudad, sin tener que considerar las consecuencias. Si pronunciaba en voz alta su plan, el mundo cambiaría. Vigilaría su boca, negándose a decir una palabra más hasta estar preparado.

Sin atreverse a abrigar ninguna esperanza, Batu le observaba ir de un lado a otro. De niño, Kublai había sido el alumno favorito del canciller del khan. Cuando hablaba, hasta los grandes hombres se interrumpían y escuchaban. Batu aguardaba inmóvil y en silencio. Su único gesto fue lanzar una mirada con el ceño fruncido para amonestar a uno de sus hijos, que se había deslizado por debajo de la mesa y se había enroscado en su pierna. El pequeño alzó una mirada llena de confianza hacia él, convencido de que su padre era el hombre más fuerte y valiente sobre la tierra. Batu solo podía desear que fuera cierto.

A Kublai le estaba resultando difícil pensar con la presión de las esperanzas y las necesidades de Batu pesando sobre él, y salió sin decir palabra. El guerrero del ojo blanco salió tras él y se mantuvo cerca, observando. Kublai hizo caso omiso de su mirada fija y se dirigió al camino, situándose en medio y dejándose envolver por el bullicio del pueblo de su primo. El campamento había sido diseñado como una ciudad, con caminos serpenteantes atravesándolo en todas direcciones. Sonrió para sí al darse cuenta de que ninguno era recto, lo que impedía que un enemigo pudiera utilizarlos para lanzar una carga. Como en los campamentos de gers, los senderos giraban y daban vueltas sobre sí mismos para confundir a un posible atacante. El lugar desprendía una fuerte energía, con sonoras voces que ofrecían mercancía uniéndose a la sinfonía constante de las obras de construcción. Desde su posición, Kublai vio a dos hombres, que transportaban un tronco hacia un destino desconocido, pasar por su lado cargados con un peso casi excesivo para sus fuerzas. Había niños corriendo a su alrededor, sucios pilluelos aún felices en su ignorancia de las

realidades del mundo adulto.

Si él no hacía nada, Batu o bien atacaría y sería destruido, o bien huiría y sería cazado. ¿De verdad había recorrido tantos cientos de kilómetros para contemplar la aniquilación de las familias de Batu? Y, sin embargo, Kublai había prestado juramento de lealtad al khan. Había jurado servirle con gers, caballos, sal y sangre. Nunca faltaba a su palabra, y se sintió atrapado entre su juramento y la urgencia de hacer lo necesario.

Repentinamente furioso, le dio una patada a una piedra del camino, que desapareció de su vista dando saltos. Uno de los niños, sorprendido, soltó un grito y le clavó una mirada hostil mientras se frotaba la pierna. Kublai ni siquiera le vio. Ya se había permitido soslayar el juramento alertando a Batu, pero con eso podía vivir. Lo que estaba planteándose hacer era mucho peor.

Cuando por fin regresó, encontró a Batu en el umbral, junto al guerrero tuerto, con los perros tendidos a sus pies. Kublai asintió con la cabeza.

—Muy bien, Batu. Tengo otra idea.

IX

A Guyuk le encantaban las largas tardes de verano, cuando el mundo, envuelto en una luz plomiza, parecía haberse quedado eternamente en suspenso. El aire estaba nítido y cálido y Guyuk se sentía en paz mientras contemplaba cómo el sol comenzaba a deslizarse hacia el oeste, tiñendo el cielo de mil matices de rojo, naranja y púrpura. Se había situado junto a la pequeña puerta de una ger desde donde podía observar el campamento de sus tumanes. Siempre los construían del mismo modo: era como ver surgir una ciudad en medio de la nada. Todo cuanto necesitaban era transportado sobre los lomos de los caballos de repuesto. Podía oler la carne y las especias en el aire y respiró hondo, sintiéndose fuerte. La luz duraría aún algún tiempo y estaba hambriento. Intentó burlarse de su propia precaución. Era el khan; las leyes de Gengis no le atarían.

Guyuk se subió de un salto a su poni, notando con placer su energía y juventud. Tenía un saludable rubor en el rostro. Dos de sus oficiales minghaan estaban cerca, esforzándose en mirar en cualquier dirección excepto hacia él. Le hizo un gesto a su criado Anar y este, que estaba aguardando, se aproximó con su águila cazadora, ambos, hombre y ave, enmudecidos por la tensión. Guyuk levantó el antebrazo derecho, protegido por una larga funda de cuero que le cubría desde los dedos hasta un poco por encima del codo. Asimiló el peso del ave y ató las pihuelas. A diferencia de sus halcones, el águila siempre se había resistido a dejarse poner la caperuza y tenía la cabeza descubierta, con los ojos brillantes de exaltación. Durante un momento, el ave aleteó con furia, revelando el blanco plumaje inferior al desplegar y batir las alas. Guyuk retiró la mirada del airado animal hasta que este empezó a calmarse, tembloroso. Le acarició la cabeza sin perder de vista el gran pico curvado, que podía desgarrar la garganta de un lobo adulto.

Cuando el ave se tranquilizó, Guyuk emitió un suave silbido y uno de los oficiales minghaan se aproximó con la cabeza baja. Era como si no deseara ver nada, no saber nada de lo que estaba sucediendo. Guyuk sonrió ante su cautela, comprendiéndole. La vida de aquel hombre estaba en sus manos, podía arrebatársela por una mirada o una palabra mal elegida.

—Cazaré hacia el este esta tarde —informó Guyuk—. ¿Habéis hecho regresar a los exploradores? —El corazón le latía con violencia y le pareció que su voz sonaba ahogada, pero el minghaan solo asintió como respuesta, sin decir nada. Siete veces a lo largo de un mes en el que habían cabalgado sin parar, Guyuk había hecho lo mismo, impulsado por pasiones que nunca había sentido con su joven esposa en Karakorum—. Si me necesitáis, envidad a los hombres directamente hacia allí.

El minghaan inclinó la cabeza sin levantar los ojos. Guyuk aprobó su discreción. Sin una palabra más, el khan hizo un gesto a Anar y ambos hombres pusieron a sus monturas al trote para salir del campamento. Guyuk sostenía con suavidad al águila, que mantenía la vista al frente.

Cada vez que se cruzaban con algún guerrero, todo cuanto Guyuk veía eran cabezas agachadas. El khan, con la cabeza alta, entró en una amplia llanura de hierba. Decenas de miles de monturas de refresco pastaban allí, una manada tan vasta que cubría la tierra como una sombra y cada noche devoraba la alta hierba de las planicies. También había algunos guerreros, que estarían de guardia toda la noche vigilando a los animales. Uno o dos de ellos le distinguieron a lo lejos y se acercaron al trote sobre sus caballos hasta que reconocieron que se trataba del khan. Entonces, de repente, se volvieron ciegos y sordos y dieron media vuelta como si no hubieran visto nada.

La luz del atardecer se difuminaba en suaves tonos mientras Guyuk dejaba atrás a la inmensa manada. Con cada kilómetro que recorría, sentía que se despojaba de parte de su peso y se erguía más y más alto sobre la silla. Contempló las sombras que se iban alargando delante de él y su humor se aligeró; se sintió tentado de perseguirlas, como si fuera un crío. Se alegraba de poder dejar a un lado la seriedad de su vida, aunque fuera por unas horas. Eso también era algo que echaba de menos cuando regresaba a los campamentos. Cuando volvía, sentía siempre las responsabilidades envolviéndole como una pesada capa. Los días estarían repletos de debates sobre tácticas, informes y castigos. Guyuk suspiró para sí al pensarlo. Vivía para los esplendorosos momentos que disfrutaba cuando se alejaba de todo aquello, cuando podía ser él mismo, al menos por un tiempo.

Unos veinte kilómetros hacia el este del campamento, Anar y él encontraron un arroyuelo que discurría entre las planicies, un hilo de agua sobre un curso casi seco. Había algunos árboles flanqueando las riberas y Guyuk eligió un lugar donde estaba creciendo la sombra, anticipando con placer aquella paz y soledad absolutas. Ese tipo de cosas eran muy valiosas para un khan. Guyuk estaba constantemente rodeado de hombres y mujeres, desde los primeros momentos del despertar hasta las reuniones a la luz de las antorchas, antes de meterse en la cama. El sencillo hecho de situarse junto a un arroyo y escuchar el fluir del agua y la brisa le hacía sentir completamente feliz.

Desató las pihuelas que aseguraban las patas del águila y aguardó hasta que el ave estuvo lista antes de levantar el brazo y lanzarla al aire. Se elevó rápidamente con sus poderosas alas y empezó a dar vueltas cientos de metros por encima de él. Era demasiado tarde para cazar y Guyuk pensó que no se alejaría de él. Desató su señuelo y desenrolló el cordón mientras la observaba con orgullo. Su oscuro plumaje tenía unos toques de rojo y pertenecía a un linaje tan excelente como el suyo: descendía de un ave capturada por el propio Gengis cuando era un niño.

Empezó a hacer girar el señuelo a su alrededor y, a medida que fue incrementando la velocidad de giro del peso, el cordón empezó a desaparecer hasta volverse invisible. Por encima de su cabeza, vio al águila hacer un brusco viraje y caer en picado, oculta por un momento detrás de una colina. Guyuk sonrió, al tanto de las tácticas del ave. Aun así, el ave le sorprendió, apareciendo por su lado en vez de por

donde estaba esperándola. Tuvo tiempo de ver una mancha borrosa detenerse desplegando las alas antes de lanzarse sobre el señuelo y arrastrarlo al suelo con un agudo chillido. El joven lanzó un grito, felicitando al ave mientras esta sujetaba a su presa. Le dio un pedazo de carne fresca con la mano protegida por el cuero y ella lo engulló con avidez mientras Guyuk volvía a atar las pihuelas y la levantaba sobre su brazo. Si hubiera habido más luz, tal vez habría salido a cabalgar con ella en busca de un zorro o una liebre, pero ya estaba anocheciendo. La dejó atada al cuerno de su silla, silenciosa y alerta.

Mientras él ejercitaba al ave, Anar había extendido unas gruesas mantas para caballos sobre la blanda hierba. El joven estaba nervioso, como había aprendido a estar. Guyuk se quitó el rígido guante de cuero y se quedó un momento quieto, observándole. Cuando el khan enseñó los dientes, la que se dibujó en su rostro fue la lenta sonrisa de un depredador.

Pero entonces, el sonido de unos cascos distantes y de un apagado tintineo de campanas borró la sonrisa de su cara. Guyuk miró a su alrededor, furioso de que alguien se atreviera a aproximarse. Hasta los jinetes de los yans deberían haber recibido órdenes de no interrumpirle esa tarde. Con los puños apretados, sintiéndose observado, aguardó al recién llegado. Fuera cual fuera la urgencia del mensaje, le haría regresar al campamento y esperar hasta la mañana siguiente. Por un instante, se preguntó si algún necio se habría alegrado de que el khan fuera a ser molestado. Era el tipo de malicia simplona con la que disfrutaban los hombres del vulgo y se prometió memorizar el nombre del mensajero. Se deleitaría imponiendo un castigo por gastar esa broma.

Al principio, en la escasa luz del crepúsculo, no reconoció a Batu. Guyuk no le había visto desde que había regresado de la gran marcha hacia el oeste, y el jinete se acercó con la cabeza gacha, al trote. Cuando Batu alzó la cabeza, Guyuk abrió los ojos como platos. En ese instante, supo que estaba más solo de lo que lo había estado en años. Su precioso ejército estaba fuera de su alcance, demasiado lejos para intentar llamarle. Vio que Batu esbozaba una siniestra sonrisa sobre su montura. Anar le preguntó algo desde la sombra, pero Guyuk no le oyó mientras corría hacia su propio caballo y sacaba la espada que llevaba sujeta con correas a la silla. Su águila se revolvió, inquieta y molesta por la presencia del desconocido. En un impulso, Guyuk soltó el cordón que le ataba las patas antes de avanzar unos pasos para disponer de más espacio.

—No hay por qué correr, mi señor —exclamó Batu. Esperó hasta estar seguro de que Guyuk no iba a intentar salir corriendo y entonces desmontó—. Esto llevaba fraguándose mucho tiempo ya. Unos momentos más no le harán daño a nadie.

Angustiado, Guyuk vio que Batu llevaba una espada abrochada a la cadera. Mientras la miraba fijamente, Batu desenfundó la hoja de acero y examinó el filo.

Guyuk apretó los dedos sobre la espada con cabeza de lobo que había heredado: una hoja de acero azulado con empuñadura tallada. Había estado en su familia

durante generaciones, pasando de khan a khan. Al sentirla entre sus manos, cobró fuerzas y arrojó la vaina a un lado, a la hierba.

Batu se aproximó lentamente, en perfecto equilibrio, pisando con firmeza y aplomo en el suelo. La luz era baja y la oscuridad se aproximaba veloz, pero Guyuk podía distinguir el brillo de sus ojos. Entonces lanzó un grito, despojándose de su miedo. Era más joven que Batu y había sido entrenado por maestros en el arte de la espada. Giró los hombros con un movimiento ligero y notó cómo una delgada capa de transpiración brotaba en su frente cuando su corazón se aceleró. No era ningún cordero que se dejara ser sacrificado sin luchar. Batu pareció percibir su confianza y se detuvo, lanzando una breve mirada a Anar. El compañero de Guyuk, conmocionado, se había quedado inmóvil a una docena de pasos, con la boca abierta como un pájaro sediento. Guyuk se dio cuenta con una punzada de que él también moriría si la locura de Batu tenía éxito. Apretó la mandíbula y levantó su espada.

—¿Vas a atacar al khan de la nación? ¿A tu propio primo?

—No eres mi khan —contestó Batu, avanzando un paso más—. No te he jurado fidelidad.

—Venía a verte para que prestaras ese juramento, Batu —dijo Guyuk.

Batu volvió a pararse y Guyuk notó con satisfacción que había logrado preocuparle. Cualquier pequeña ventaja podía ser decisiva. Estando sin armadura, ambos sabían que la lucha no podía durar más de unos momentos. Tal vez dos maestros hubieran sido capaces de mantener al otro a distancia durante un tiempo, pero, para unos guerreros normales, la longitud de los afilados aceros que sostenían era demasiado letal. Un único tajo podía llegar al hueso o cercenar un miembro.

Batu pasó junto al poni de Guyuk y este le ordenó con un grito:

—¡Dale!

Batu se alejó del animal con un ágil movimiento, temiendo que le diera una coz. Ambos habían visto los caballos de guerra de la caballería cristiana, entrenados para actuar como armas en la batalla. El poni de Guyuk no se movió, pero, de improviso, el águila que descansaba en su lomo salió disparada abriendo al máximo sus alas. Al mismo tiempo, Guyuk dio un salto adelante, rugiendo con todas sus fuerzas.

Asustado, Batu golpeó al ave con la espada, que cayó sobre ella en diagonal antes de que sus garras pudieran tocarle. Las alas del animal ocultaron la herida de la vista de Guyuk, pero la oyó chillar y se desplomó casi a los pies de su amo. Guyuk se abalanzó hacia Batu con la espada en ristre y sintió una ola de exultación al ver que la hoja de Batu estaba demasiado baja para poder bloquear su ataque.

Batu se movió a un lado, sacando la espada del maltrecho cuerpo del ave. La había herido en la espalda y, mientras sus garras seguían arañando el aire, seguía tratando de alcanzarle con el pico. Por un instante, el brazo de Batu se quedó extendido. Guyuk había puesto toda su fuerza en la embestida y apenas pudo recuperar el equilibrio, pero logró girar hacia arriba la espada y pasar el filo por las costillas de Batu antes de retroceder para asestar otro golpe. El ligero deel,

desgarrado, se abrió y dejó ver la sangre de la herida. Batu lanzó una maldición y siguió moviéndose para alejarse del alcance del ave y de su amo.

Guyuk sonrió, aunque, interiormente, estaba furioso por el daño infligido a su águila. No se atrevió a mirar hacia abajo, pero sus chillidos eran cada vez más débiles.

—¿Habías pensado que sería fácil? —dijo provocando a Batu—. Soy el khan de la nación, primo. Llevo conmigo el espíritu y la espada de Gengis. Y él no me dejará caer ante un traidor sin ninguna posibilidad de vencer.

Sin despegar los ojos de Batu, Guyuk le habló a su criado por encima del hombro.

—¡Anar! Coge tu caballo y vuelve al campamento. Trae a mis vasallos. Acabaré con esta ave de rapiña mientras espero.

Si su intención había sido provocar a Batu para que le atacara, entonces su deseo se cumplió al instante. Mientras Anar se dirigía hacia su yegua blanca, Batu saltó hacia delante levantando su espada, que pareció cobrar vida en sus manos. Guyuk avanzó su propio acero para bloquear la embestida y gruñó al notar la fuerza del hombre que había propinado el golpe. Su confianza se disipó de repente y dio un paso atrás antes de reafirmar los pies para defender la posición. Un recuerdo de sus primeras lecciones atravesó fugazmente su mente: una vez que has empezado a retroceder, resulta muy difícil dejar de hacerlo.

La hoja de Batu se movía tan deprisa que Guyuk no conseguía verla. Solo el entrenamiento de su infancia le salvó cuando rechazó dos golpes más guiándose únicamente por su instinto. Los aceros entrechocaron ruidosamente y Guyuk sintió un agudo escozor en el antebrazo. Consternado, se dio cuenta de que ya había empezado a jadear, mientras que Batu luchaba con la boca cerrada, descargando tajos sobre él sin parar. Guyuk detuvo otro ataque que le habría abierto en dos como a una cabra, pero le dolían los pulmones, mientras que Batu parecía infatigable, y cada vez más veloz. Guyuk sintió otra quemazón en la pierna: la punta de la espada de Batu le había alcanzado, abriendo un profundo corte en el músculo. El joven khan volvió a retroceder, pero le falló la pierna y estuvo a punto de caer. No podía girarse para buscar a Anar y todo cuanto oía era su propia respiración y el metálico choque de las espadas. Confiaba en que su criado habría salido huyendo. Guyuk estaba empezando a pensar que no podría vencer a ese hombre que empleaba la espada con la misma despreocupada fuerza que un leñador talando árboles. Continuó defendiéndose desesperadamente, sintiendo un hilo de sangre caliente descender por su pierna mientras trataba de disponer al menos de una oportunidad para golpear.

No vio a Anar, que llegaba corriendo desde un lado. La respuesta de Guyuk ante una entrada a fondo de Batu le había obligado a adelantar mucho la espada, dejándole en una posición vulnerable. En ese momento, Anar se abalanzó contra Batu, haciendo que ambos cayeran dando vueltas por la hierba, y Guyuk oyó los fuertes latidos de su propio corazón, como si el mundo se hubiera quedado en silencio.

Anar estaba desarmado, pero intentó sujetar a Batu cuando este se puso en pie de

un salto, dándole a Guyuk una oportunidad de atacar. Batu clavó dos veces su espada en el costado de Anar, dos estocadas mortales que le arrebataron el aire y la vida. Aun entonces, las manos de Anar siguieron aferrando la túnica de Batu, haciéndole perder el equilibrio. Guyuk se adelantó, lleno de rabia y violencia. Su primera embestida se desperdició cuando, con un movimiento brusco, Batu utilizó a Anar como escudo, antes de dejarlo caer. Guyuk se abalanzó con la espada apuntando hacia el corazón de Batu, pero fue demasiado lento. La espada de Batu le atravesó antes de que pudiera propinar el golpe. Notó cada centímetro del metal mientras iba introduciéndose en su pecho, a través de las costillas. Guyuk giró con la espada y, fortalecido por su ira, intentó atrapar la hoja con las manos. Emitió un ronco jadeo cuando la hoja le desgarró las entrañas, pero Batu no podía sacarla. Se mantenían juntos casi como en un abrazo, demasiado cerca como para que Guyuk pudiera hacer uso de su propia espada. En vez de eso, golpeó la cara de Batu con la empuñadura, rompiéndole la nariz y destrozándole los labios. Guyuk notaba que la fuerza se le escapaba del cuerpo como el agua de un odre y sus ataques se fueron haciendo cada vez más débiles hasta que casi no fue capaz de levantar las manos.

La espada se le deslizó de las manos y, de repente, se sentó: sus piernas no le sujetaban. El acero de Batu cayó con él, todavía hundido en su pecho. Anar estaba tendido en el suelo, ahogándose y aspirando entrecortadamente aire mezclado con sangre. Las miradas de Guyuk y Anar se encontraron y Guyuk retiró la vista, indiferente al destino de un sirviente.

La oscuridad fue creciendo ante sus ojos. Sintió que Batu tiraba de la empuñadura de la espada como una presión distante, casi sin dolor. Cuando por fin la liberó, Guyuk notó que sus tripas y su vejiga se vaciaban. No fue un final rápido y siguió con vida un tiempo, boqueando mecánicamente antes de que todo el aire hubiese salido de sus pulmones.

Batu se levantó y miró a su primo muerto a través de sus ojos hinchados. Su compañero tardó aún más en morir y Batu permaneció en silencio mientras aguardaba a que cesaran los estrangulados estertores y se calmaran sus desesperados ojos. Cuando ambos hubieron muerto, se dejó caer sobre una rodilla, colocó la espada a su lado en el suelo y se llevó una mano a la cara para comprobar el alcance de sus heridas. Un pegajoso hilo de sangre le salía de la nariz y escupió en la hierba cuando la notó goteando por su garganta. Su mirada se posó en la espada de Guyuk, con la empuñadura en forma de lobo aullando. Meneó la cabeza ante su propia codicia y recorrió los alrededores buscando la vaina. Con movimientos rígidos, limpió la hoja antes de volver a enfundarla y colocarla sobre el pecho de Guyuk. La túnica del khan se notaba pesada, empapada de su sangre, que ya se estaba enfriando. Batu tenía la espada al alcance de la mano, a su disposición, pero no pudo cogerla.

—Mi enemigo, el khan, está muerto —murmuró Batu para sus adentros, contemplando el semblante inmóvil de Guyuk. Gracias a la información que le había proporcionado Kublai, había sabido que Guyuk dejaría atrás a sus guardias y la

seguridad de su campamento. Había esperado tres preciosos días, arriesgándose a ser descubierto por los exploradores mientras le acechaba. Durante todo el tiempo las dudas le habían asaltado sin descanso, peores que la sed. ¿Y si Kublai se había equivocado? ¿Y si estaba desperdiciando los días que necesitaba para poner a su pueblo a salvo? El estado de Batu estaba próximo a la desesperación cuando, por fin, Guyuk, salió del campamento con su caballo.

Batu se puso en pie, sin levantar la mirada. La oscuridad de la noche estival había llegado, aunque estaba seguro de que había luchado apenas unos momentos. Posó la vista en el águila muerta y sintió una punzada de remordimiento al recordar que el linaje del ave se remontaba a la época del propio Gengis. Estiró la espalda, creciendo unos centímetros y, al aspirar el aire limpio, empezó a notar los golpes y las heridas que había recibido. Pero no eran graves y se sintió fuerte. Podía sentir la vida fluyendo por sus venas y respiró hondo, disfrutando de la sensación. No lamentaba su decisión de enfrentarse al khan con una espada. Llevaba también un arco y podría haber eliminado a ambos hombres antes de que supieran siquiera que estaban siendo atacados. En vez de hacerlo, los había matado con honor. De pronto, Batu se echó a reír a carcajadas, alegrándose de estar vivo después de la lucha. No sabía cómo se las arreglaría la nación sin Guyuk. No le importaba. Su propio pueblo sobreviviría. Todavía riéndose entre dientes, Batu restregó su espada con una zona limpia de la túnica del criado y la enfundó antes de regresar caminando hasta su caballo.

Los guerreros rodeaban el cuerpo de su khan, estupefactos y silenciosos, cuando Mongke llegó con su caballo. Mientras salía el sol, los cuervos graznaban en los árboles. Las ramas más bajas aparecían repletas de aquellos pájaros negros y más que uno daba saltitos sobre la hierba, abriendo las alas y lanzando miradas ávidas a la carne muerta. Cuando Mongke desmontó, uno de los guerreros, irritado, intentó propinarle una patada a un cuervo, pero este alzó el vuelo antes de que pudiera alcanzarle.

Guyuk yacía donde había caído, con la espada de su padre descansando sobre su pecho. Mongke avanzó a grandes zancadas entre sus hombres y se asomó a mirar el cadáver del khan, ocultando sus emociones tras la impassible expresión que todos los guerreros tenían que aprender a adoptar. Se quedó así, mirando durante largo tiempo, y nadie se atrevió a hablar.

—Unos ladrones se habrían llevado la espada —dijo por fin. Su voz grave estaba ronca de ira mientras alargaba la mano y recogía la espada, desenfundando una parte de la hoja para ver si la habían limpiado. Su mirada recorrió los cuerpos, deteniéndose en las manchas que exhibía la túnica del criado del khan.

—¿No viste a nadie? —preguntó de repente Mongke, girándose hacia el explorador más próximo a él. Temblando, el hombre respondió.

—Nadie, señor —respondió meneando la cabeza—. Cuando el khan no volvió

salí a buscarle... Después, partí en tu busca.

Los furiosos ojos de Mongke se clavaron en él y el batidor retiró la mirada, aterrorizado.

—Era tarea tuya reconocer el terreno hacia el este —dijo Mongke, con suavidad.

—Mi señor, el khan dio órdenes a los exploradores de regresar al campamento — prosiguió el explorador sin atreverse a levantar la vista. Estaba sudando visiblemente y un hilillo semejante a una lágrima descendía por su mejilla. Cuando Mongke sacó la espada con cabeza de lobo, se encogió ligeramente, pero no retrocedió, sino que se quedó allí, con la cabeza gacha.

El rostro de Mongke permaneció en calma mientras se movía. Descargó el filo de la espada sobre el cuello del explorador con todas sus fuerzas, separándole la cabeza del tronco. El cuerpo cayó hacia delante, súbitamente lacio, mientras Mongke retornaba junto a los cadáveres. Deseó que Kublai estuviera allí. Por mucho que le desagradaran las ropas y las maneras Chin de su hermano, sabía que Kublai le habría aconsejado bien en aquel momento. Se sentía perdido. Matar al batidor apenas había conseguido aplacar toda la rabia y frustración que sentía. El khan había muerto. Como orlok del ejército, la responsabilidad solo podía ser de Mongke. Se mantuvo en silencio durante largo tiempo y luego inspiró honda y lentamente. Su padre, Tolui, había entregado su vida para salvar a Ogedai Khan. Mongke había permanecido a su lado hasta el final. Mejor que ningún otro, comprendía el honor y las exigencias de su posición. No podía hacer menos que su padre.

—He fracasado en la tarea de proteger a mi señor, al que me ligué por juramento de lealtad —murmuró—. Mi vida está en vuestras manos.

Uno de sus generales se había aproximado mientras Mongke observaba el cadáver del khan. Ilugei era un viejo guerrero, un veterano de la gran marcha de Tsubodai hacia el oeste. Conocía a Mongke desde hacía muchos años y, al oír sus palabras, negó de inmediato con la cabeza.

—Tu muerte no le devolverá la vida —dijo.

Mongke se volvió hacia él y la ira le sonrojó la piel.

—¡La responsabilidad es mía! —exclamó.

Ilugei inclinó la cabeza para evitar sostener su mirada. Vio la espada moverse en la mano de Mongke y se enderezó, avanzando un paso, sin dar muestra alguna de miedo.

—¿Me cortarás la cabeza a mí también? Mi señor, debes dejar a un lado tu rabia. La muerte no es una elección posible para ti, no hoy. El ejército solo te tiene a ti para liderarlos. Estamos lejos de casa, mi señor. Si tú caes, ¿quién nos liderará? ¿Adónde iremos? ¿Hacia delante? ¿A desafiar a un nieto de Gengis? ¿A casa? Tienes que guiarnos, orlok. El khan ha muerto, la nación no tiene líder. Está indefensa, rodeada de una jauría de perros salvajes. ¿Estallará el caos, la guerra civil?

A regañadientes, Mongke se obligó a sí mismo a pensar más allá de los inmóviles cuerpos que reposaban en el claro del bosque. Guyuk no había vivido el tiempo

suficiente para darles un heredero. Sabía que había una esposa en Karakorum. Recordaba vagamente haber conocido a la joven, pero no conseguía que su nombre le viniera a la mente. Se dio cuenta de que ya no importaba. Pensó en su madre, Sorhatani, y fue como si oyera su voz en su oído. Ni Batu ni Baidar contaban con el respaldo del ejército. Como orlok, Mongke estaba perfectamente situado para hacerse con el mando de la nación. Al pensarlo, se le aceleró el corazón y se ruborizó como si todos los que le rodeaban pudieran oírle. Nunca había soñado con ese puesto, pero la realidad se había presentado ante él en forma de esos cadáveres que yacían espatarrados a sus pies. Observó el rostro de Guyuk, tan laxo y pálido, sin una gota de sangre.

—He sido leal —le susurró Mongke al cadáver. Pensó en las desenfrenadas fiestas que Guyuk había celebrado en la ciudad y en cuánto le habían asqueado. Conociendo sus gustos, Mongke nunca se había sentido realmente cómodo con Guyuk, pero todo eso había quedado atrás. Se esforzó en darle forma a una visión del futuro, tratando de imaginársela. Una vez más, deseó que Kublai estuviera allí en vez de a más de mil kilómetros, en Karakorum. Kublai sabría qué había que hacer, qué había que decirles a los hombres.

—Pensaré sobre ello —le contestó Mongke a Ilugei—. Haz que amortajen el cadáver del khan y que lo preparen para viajar —miró hacia el cuerpo destrozado del sirviente de Guyuk, fijándose en la marea de sangre seca que había manado de su boca. De pronto, tuvo una inspiración y volvió a hablar.

—El khan murió como un valiente, luchando contra su atacante. Haz que los hombres lo sepan.

—Entonces, ¿dejo aquí el cadáver de su asesino? —preguntó Ilugei con los ojos brillantes. A nadie le gustaba más una mentira que a un guerrero mongol. Incluso podría haber sido cierto, aunque se preguntaba cómo un moribundo podría haber limpiado la espada de Guyuk y haberla colocado con tanto cuidado sobre su pecho.

Mongke lo meditó unos instantes y luego negó con la cabeza.

—No. Que lo descuarticen y arrojen los pedazos en una de las letrinas. Démosles un festín a las moscas y al sol.

Al oír la orden, Ilugei hizo una reverencia solemne. Le parecía haber visto el brillo de la ambición encenderse en los ojos de Mongke. Estaba seguro de que no rechazaría el derecho de ser khan, independientemente de cómo hubiera llegado a sus manos. Ilugei había sentido un hondo desprecio por Guyuk y pensar en Mongke liderando la nación era un alivio para él. No le gustaban las insidiosas influencias Chin que habían pasado a ser una parte tan importante de la cultura de la nación. Mongke gobernaría como Gengis lo había hecho, como un khan mongol tradicional. Ilugei se esforzó para no sonreír, aunque su corazón exultaba de júbilo.

—Como deseas, mi señor —dijo, con voz firme y templada.

X

El ejército tardó un mes en regresar a casa, a Karakorum, casi la mitad del tiempo que había tardado en el viaje de ida. Liberado del mando de Guyuk, Mongke hacía que los hombres se levantaran todos los días antes del amanecer, avanzando a buen paso y concediéndoles de mala gana las breves paradas que hacían para comer o para dormir.

Cuando avistaron las pálidas murallas de la ciudad, el ánimo que reinaba entre los hombres era difícil de definir. Transportaban el cadáver del khan y había muchos que se sentían culpables de haber fracasado en sus deberes para con Guyuk. Y, sin embargo, Mongke cabalgaba erguido frente a ellos, ya seguro en su nueva autoridad. Guyuk no había sido un khan popular. Muchos de los guerreros imitaron la actitud de Mongke y se negaron a bajar la cabeza.

Las noticias habían llegado antes que ellos por medio de los jinetes del yan. Como resultado, Sorhatani había dispuesto de tiempo para preparar la ciudad para los días de duelo. Numerosos braseros habían sido encendidos con astillas de cedro y madera negra de aloe ese amanecer, al ver que se aproximaba el ejército. Una nube de humo gris se elevó en el aire en todo Karakorum, envolviendo la ciudad en niebla y ricos aromas. Por una vez, el hedor de las alcantarillas atascadas quedó enmascarado.

Con los guardias de día vestidos con su mejor armadura, Sorhatani aguardaba junto a la puerta de la ciudad, asomándose al camino para ver al ejército de su hijo volviendo a casa. Kublai había logrado regresar antes que su hermano por muy poco y eso solo readoptando su disfraz de mensajero de los yans. Mientras esperaba en la brisa, observando el polvo que levantaban las decenas de miles de caballos y hombres, Sorhatani se sintió mayor. Uno de los guardias carraspeó y, a continuación, le entró un ataque de tos que no pudo controlar. Sorhatani le lanzó una mirada, advirtiéndole que guardara silencio. Mongke todavía estaba a cierta distancia y se acercó al guerrero, poniéndole la mano en la frente. Estaba ardiendo y Sorhatani frunció el ceño. Con la cara roja, el guerrero era incapaz de responder a sus preguntas. Mientras ella le hablaba, él levantó una mano con un gesto de impotencia y Sorhatani, irritada, le permitió con un ademán que abandonara la fila.

Sorhatani sintió un picor en la garganta y tragó saliva para controlarlo antes de quedar en ridículo. Dos de sus criados estaban en cama con la misma fiebre, pero ahora no podía pensar en eso, no con Mongke regresando a casa.

Sus pensamientos se desviaron hacia su marido, muerto hacía tantos años. Había dado su vida por Ogedai Khan y nunca habría osado soñar que uno de sus propios hijos se alzaría con el khanato. Y, sin embargo, ¿qué otro podría ser khan ahora que Guyuk había muerto? Batu se lo debía todo a Sorhatani, no solo su vida. Kublai estaba seguro de que no supondría un obstáculo para su familia. Elevó una oración silenciosa al espíritu de su esposo, agradeciéndole el sacrificio que había hecho posible todo aquello.

El ejército se detuvo y se instaló alrededor de la ciudad, descargando los caballos y permitiéndoles correr libres para ir a pastar en los campos de hierba, que se extendían exuberantes gracias a su ausencia. No pasaría mucho tiempo antes de que las llanuras de Karakorum volvieran a convertirse en tierra desnuda, se dijo Sorhatani. Observó a Mongke, que entraba a caballo junto a sus oficiales minghaan, y se preguntó si alguna vez podría confiarle el papel que había desempeñado en la muerte de Guyuk. Su intervención no había funcionado tal como Kublai y ella habían planeado. Todo cuanto Sorhatani había pretendido era salvar a Batu. Con todo, no sentía ninguna pena por la desaparición del khan. Ya había presenciado cómo algunos de sus favoritos se echaban a temblar, horrorizados, al saber que su protector había fallecido. Le había costado no deleitarse en su sufrimiento, tras haber soportado durante tanto tiempo su mezquino dominio. Había despedido a los guardias que Guyuk había asignado a su vigilancia. En realidad no tenía autoridad para hacer algo así, pero también ellos habían sabido percibir el cambio de viento y habían abandonado sus aposentos a una velocidad bastante indecorosa.

Mongke llegó hasta ella y desmontó, abrazándola con torpe formalidad. Sorhatani se dio cuenta de que llevaba la espada con cabeza de lobo en la cadera izquierda, un potente símbolo, pero no dio muestras de haberla visto. Mongke todavía no era khan y tendría que recorrer un camino difícil en los siguientes días, hasta que Guyuk fuera enterrado o incinerado.

—Ojalá hubiera podido regresar con mejores noticias, madre —las palabras todavía tenían que ser pronunciadas—. El khan ha sido asesinado por su criado, mientras estaba de caza.

—Es un mal día para la nación —respondió Sorhatani formalmente, inclinando la cabeza. El pecho se le encogió por la amenaza de un ataque de tos y tragó saliva varias veces seguidas—. Habrá que celebrar otro quiriltai, otra asamblea de los príncipes. Enviaré a los jinetes de los yans para instarles a que vengan a la ciudad la siguiente primavera. La nación necesita tener un khan, hijo mío.

Mongke la miró fijamente. Quizá solo él podía percibir el sutil énfasis que había puesto en las últimas palabras, pero sus ojos relucían. Hizo una pequeña inclinación de cabeza como respuesta. Entre los generales, ya habían aceptado que Mongke sería el sucesor de Guyuk. Solo tenía que proclamarse khan. Inspiró hondo y recorrió con la mirada a la guardia de honor que Sorhatani había reunido. Cuando habló, su voz transmitía una serena confianza.

—A la ciudad no, madre, no a este lugar de fría piedra. Soy el khan electo, nieto de Gengis Khan. La decisión es mía. Convocaré a la nación en la llanura de Avraga, el lugar donde Gengis reunió por primera vez a su pueblo.

Espontáneas, lágrimas de orgullo brotaron de los ojos de Sorhatani. Agachó la cabeza, muda.

—La nación se ha apartado de los principios defendidos por mi abuelo —prosiguió Mongke, elevando la voz para que llegara hasta sus oficiales y los guardias

—. Yo la llevaré de nuevo al buen camino.

Atravesó con la mirada la puerta abierta, observando la ciudad que se extendía ante él, donde decenas de miles de personas trabajaban para administrar el imperio, desde los impuestos de los más humildes hasta los ingresos y palacios de los reyes. Su rostro revelaba su desdén y, por primera vez desde que supo de la muerte de Guyuk, una sombra de preocupación perturbó a Sorhatani. Había pensado que Mongke necesitaría su consejo cuando asumiera el control de la ciudad. Sin embargo, su hijo parecía mirar a través de Karakorum hacia algún tipo de visión interior, como si no la viera en absoluto. Cuando habló de nuevo, Mongke confirmó sus temores.

—Deberías retirarte a tus habitaciones, madre. Al menos durante unos días. He traído una rama ardiendo a Karakorum. Haré que esta sucia ciudad quede limpia antes de ser khan.

Sorhatani dio un paso atrás mientras Mongke volvía a montar y atravesaba a caballo la puerta de la ciudad en dirección al palacio. Todos sus hombres estaban armados y vio sus adustas caras bajo una nueva luz cuando siguieron a su señor al interior de Karakorum. El polvo que levantaron al pasar le provocó un nuevo acceso de tos, haciendo que sus ojos volvieran a llenarse de lágrimas.

Por la tarde, los perfumados braseros estaban parcialmente consumidos y la ciudad había iniciado el periodo oficial de duelo por Guyuk Khan. Su cuerpo yacía en el fresco sótano del palacio, listo para ser lavado y vestido para la pira funeraria.

Atravesando las pulidas puertas de cobre, Mongke entró con amplias zancadas en la sala de audiencias. El personal de mayor rango de Karakorum se había reunido por orden suya y se arrodillaron al verle entrar, tocando el suelo de madera con la frente. Guyuk se había sentido cómodo con ese tipo de cosas, pero hacerlo ante Mongke fue un error.

—En pie —espetó Mongke al pasar por su lado—. Haced una reverencia si es estrictamente necesario, pero no toleraré esta costumbre Chin de postrarse en mi presencia.

Se sentó en el ornamentado trono de Guyuk con expresión de disgusto. Los empleados se alzaron, vacilantes, y Mongke frunció el ceño mientras los observaba con atención. No había ningún mongol auténtico en la estancia, ese era el legado de los pocos años de Guyuk como khan y de su padre antes que él. ¿Qué ventaja tenía haber conquistado una nación si el khanato estaba siendo conquistado desde dentro? La sangre de tu sangre era lo primero, aunque esa simple verdad se había perdido a causa de hombres como Guyuk y Ogedai. Los hombres que llenaban esa sala dirigían el imperio, imponían impuestos y se enriquecían mientras sus conquistadores seguían viviendo en la más sencilla pobreza. Mongke enseñó los dientes al pensarlo, asustándolos aún más. Su mirada se posó en Yao Shu, el canciller del khan. Mongke le estudió durante un momento, recordando las antiguas lecciones con el monje Chin.

De Yao Shu había aprendido budismo, árabe y mandarín. Aunque Mongke despreciaba buena parte de lo que le había enseñado, seguía admirando a aquel anciano y, probablemente, Yao Shu fuera indispensable. Mongke se levantó del trono y caminó entre las filas, distinguiendo a los hombres de más rango apoyando brevemente la mano en sus hombros.

—Acercaos al trono —les dijo, sin dejar de avanzar mientras ellos, obedientes, se deslizaban hacia allí. Al final, eligió a seis y luego se detuvo ante Yao Shu. El canciller se mantenía muy erguido, a pesar de que era, con mucho, el hombre más viejo del grupo. Había conocido a Gengis en su juventud y Mongke le trataría con honor aunque solo fuera por eso.

—Puedes conservar a estos hombres como personal, canciller. El resto provendrá de la nación, hombres de sangre mongola exclusivamente. Prepáralos para que os sustituyan. No permitiré que mi ciudad esté gobernada por extranjeros.

Yao Shu se puso lívido, pero solo acertó a hacer una reverencia como respuesta.

Mongke sonrió. Iba vestido con la armadura completa, una señal destinada a ellos de que los días de la seda llegaban a su fin. La nación había nacido de la guerra y, después, había sido regida por cortesanos Chin. Eso era inaceptable. Mongke se dirigió a uno de sus guardias y murmuró una orden en su oído. El hombre partió a la carrera y los escribas y los cortesanos aguardaron nerviosos con Mongke frente a ellos, todavía sonriendo ligeramente mientras contemplaba la ciudad por la ventana abierta.

Cuando el guerrero regresó, traía un delgado bastón con una tira de cuero en el extremo. Mongke lo cogió e hizo girar sus hombros para desentumecerlos.

—Habéis engordado alimentándoos de una ciudad que no os necesita —le dijo a los hombres, restallando el látigo en el aire—. Eso se ha acabado. Salid de mi casa.

Durante un instante, los hombres reunidos en la estancia se quedaron paralizados, escandalizados ante sus palabras. Esa breve vacilación fue suficiente para él.

—Y os habéis vuelto lentos con Guyuk y Ogedai. Cuando un hombre, cualquier hombre de la nación, os da una orden, ¡obedecéis!

Azó con el látigo el rostro del escriba más cercano, asegurándose de golpearle también con la vara de madera. Con un aullido, el hombre cayó de espaldas y Mongke empezó a golpear a diestro y siniestro con amplios movimientos de brazo. Los hombres lanzaban gritos de pánico a la vez que se esforzaban por alejarse de él. Una ancha sonrisa flotaba en los labios de Mongke mientras golpeaba y volvía a golpear, en ocasiones haciendo sangre a sus víctimas, que salieron en tropel de la sala. Presa de un ardiente frenesí, los persiguió, dándoles latigazos en las piernas y en la cara, donde podía.

Los dirigió hacia abajo, hacia los claustros, y los obligó a salir al patio de maniobras del palacio, donde el árbol de plata se erguía reluciente bajo el sol. Algunos tropezaron y cayeron y, riéndose, Mongke les hizo levantar de un puntapié, obligándoles a continuar avanzando a trompicones con el costado dolorido. Era un

guerrero entre ovejas y utilizaba los golpes del látigo para reagruparlos como habría hecho con un rebaño de corderos. Los cortesanos siguieron adelante dando traspiés hasta que la puerta de la ciudad, desde cuyas dos torres varios guardias les miraban con expresión divertida, apareció imponente ante ellos. Aunque estaba sudando con profusión, Mongke no cejó en sus esfuerzos. Les propinó empujones, patadas y latigazos hasta que el último de ellos estuvo al otro lado de las murallas. Solo entonces se detuvo, jadeante, con la sombra de la puerta cayendo sobre él en diagonal.

—Ya habéis recibido bastante de la nación —les gritó—. Es hora de que trabajéis para ganaros el pan como hombres honestos, o de que os muráis de hambre. Si volvéis a entrar en mi ciudad, os haré decapitar.

Un sonoro aullido de angustia y rabia brotó del grupo y, por un momento, Mongke pensó que iban a abalanzarse sobre él. Muchos tenían esposas e hijos en la ciudad, pero nada de eso le importaba. Su avidez por castigar era tan fuerte que casi deseó que se atrevieran a atacarle para poder sacar la espada. No tenía ningún miedo de los eruditos y los escribas. Eran Chin y, por mucha que fuera su furia e inteligencia, no había nada que pudieran hacer.

Cuando la rabia del grupo se hubo transformado en un impotente murmullo, Mongke levantó la vista hacia los guardias que observaban la escena por encima de su cabeza.

—Cerrad la puerta —ordenó—. Memorizad sus caras. Si volvéis a ver a uno solo de ellos dentro de las murallas, tenéis mi permiso para atravesarlo con una flecha.

Entonces, al ver el resentimiento y el horror pintados en los rostros de la muchedumbre de maltrechos y magullados cortesanos, soltó una carcajada. Esperó a que las puertas estuvieran cerradas, contemplando cómo la franja visible de las planicies se iba estrechando con un crujido hasta desaparecer. Fuera, los cortesanos gemían y lloraban mientras Mongke hacía un gesto de asentimiento hacia los guardias de día y arrojaba por fin el ensangrentado látigo, emprendiendo solo el regreso al palacio. A su paso, vio miles de rostros Chin espiando desde sus casas al hombre que sería khan en primavera. Hizo una mueca recordando de nuevo que la ciudad se había alejado enormemente de sus orígenes. Bien, él no era como Guyuk, que había permitido que sus ambiciones se vieran entorpecidas durante años. La nación era suya.

El aroma de la madera de aloe había disminuido desde la mañana. La ciudad hedía de nuevo, recordándole a Mongke el olor de la tienda de los heridos después de una batalla. Pensó con amargura en las heridas supurantes que había visto, hinchadas y relucientes por el pus. Hacía falta valor y una mano firme para drenar una herida así: era necesario un tajo y un dolor agudo para poner en marcha el proceso de curación. Mientras caminaba, esbozó una sonrisa. Él sería esa mano.

Al caer la noche, toda la ciudad estaba revuelta. Por orden de Mongke, grandes números de guerreros habían entrado en Karakorum y grupos de diez o veinte hombres recorrían cada calle y cada casa y examinaban las posesiones de millares de familias. Al primer signo de resistencia, sacaban a los propietarios a rastras a la calle y les daban una paliza públicamente, dejándolos tirados sobre los adoquines hasta que sus parientes se atrevían a salir para meterlos de nuevo en las casas. Algunos permanecieron en el mismo sitio donde habían caído durante toda la noche.

Incluso los lechos de muerte fueron registrados en busca de oro o plata, mientras los ocupantes, envueltos en sus sábanas, eran desalojados con violencia de su cama y obligados a permanecer de pie en el frío hasta que los guerreros se daban por satisfechos. Esos casos eran muy numerosos, y también aquellos en los que los enfermos, febriles, tosían lánguidamente mientras esperaban con la mirada vidriosa a que los guerreros terminaran. Las familias Chin sufrieron más que otros grupos, aunque los joyeros musulmanes perdieron toda su mercancía en una sola noche, desde las materias primas hasta los artículos terminados que ya tenían listos para la venta. En teoría, todo quedaba inventariado, pero la verdad era que cualquier objeto de valor encontrado desaparecía en los deels que los guerreros llevaban sobre la armadura.

El alba no trajo respiro alguno y solo sirvió para revelar el alcance de la destrucción. En cada una de las calles había como mínimo un cadáver despatarrado, y desde todas las esquinas de Karakorum se oía el llanto de mujeres y niños.

El palacio era el centro de aquel tumulto, que comenzó con un registro de las suntuosas estancias que habían pertenecido al personal y los favoritos del khan. Sus esposas, o bien eran reclamadas por los oficiales de Mongke o expulsadas al otro lado de las murallas con sus maridos. Los ostentosos símbolos de estatus fueron descolgados y destrozados, desde los tapetes a la estatuaria budista. Allí, al menos, podía percibirse el ojo vigilante de Mongke, y los tesoros encontrados fueron recogidos y apilados en los almacenes subterráneos. La mayor parte fue quemada en enormes hogueras encendidas en las calles.

Cuando cayó la noche del segundo día de Mongke en la ciudad, convocó a sus generales de más confianza en la sala de audiencias del palacio. Ilugei y Noyan eran mongoles de su misma clase, hombres fuertes que habían crecido con un arco en las manos. Ninguno de aquellos hombres había adoptado hábito o signo alguno de la cultura Chin y los que sí lo habían hecho ya habían empezado a afeitarse la cabeza y a librarse de los artefactos de esa nación. El deseo del orlok había quedado perfectamente claro cuando echó a latigazos de la ciudad a los escribas Chin.

El mero hecho de celebrar una reunión de oficiales sin la presencia de los escribas Chin para tomar nota representaba un cambio respecto a la corte de Guyuk. Mongke sabía que Yao Shu estaba fuera, pero haría esperar al anciano hasta que el debate

sobre los auténticos asuntos hubiera concluido. No se sentía precisamente contento ante la necesidad de hacer frente a las deudas de Guyuk. Solo el padre cielo sabía cómo había conseguido el khan que le prestaran tanto dinero con un erario prácticamente vacío. Ya habían llegado al palacio varias delegaciones de mercaderes a recoger oro a cambio de sus papeles. El pensamiento hizo que Mongke torciera el gesto. Con el capital que le había arrebatado a los extranjeros de Karakorum, podría satisfacer casi todas las promesas en papel de Guyuk, aunque se quedaría sin fondos durante meses. Su honor exigía adoptar ese curso de acción, además de la consideración práctica de que necesitaba contar con la benevolencia de los mercaderes y la actividad comercial que generaban. Al parecer, el papel de un khan implicaba algo más que ganar batallas.

Mongke todavía no estaba seguro de si había actuado bien al retirar al personal de palacio de sus cómodos puestos. Parte de él sospechaba que Yao Shu le presentaba hasta el más insignificante de los problemas como un modo de criticar lo que había hecho. Aun así, el recuerdo de haberlos echado de la ciudad a fuerza de latigazos le producía una inmensa satisfacción. Había considerado necesario poner de manifiesto que él no era Guyuk, que la ciudad sería gobernada siguiendo directrices mongolas.

—¿Has enviado los hombres a Torogene? —le preguntó a Noyan.

El general se erguía con orgullo ante él vestido en un deel tradicional, con la piel reluciente de grasa fresca de cordero. No llevaba armadura, aunque Mongke le había permitido conservar la espada para la reunión. No temería a sus propios hombres, como habían hecho Guyuk y Ogedai.

—Sí, mi señor. Me informarán directamente cuando hayan cumplido su misión.

—¿Y la esposa de Guyuk, Oghul Khaimish? —siguió Mongke, pasando a mirar a Ilugei.

Ilugei apretó la boca antes de responder.

—Eso todavía no... todavía no está solucionado, mi señor. He enviado a unos hombres a sus habitaciones, pero les prohibió el paso y pensé que querrías que la cosa se llevara con discreción. Mañana tendrá que salir.

Al oírle, Mongke se quedó quieto y en silencio, haciendo que Ilugei empezara a sudar bajo su mirada amarilla. Por fin, el orlok asintió.

—El método que emplees para cumplir mis órdenes es cosa tuya, Ilugei. Tráeme las nuevas cuando las tengas.

—Sí, mi señor —dijo Ilugei, respirando aliviado. Mongke había retirado ya su mirada de él cuando Ilugei volvió a hablar—. Ella es... popular en la ciudad, mi señor. Las noticias de su embarazo se han propagado por todas partes. Podría dar lugar a disturbios.

Mongke fulminó con la mirada al tembloroso guerrero.

—Entonces sácala de allí por la noche. Haz que desaparezca, Ilugei. Te he dado una orden.

—Sí, señor —Ilugei se mordió los labios mientras reflexionaba—. Nunca se

separa de sus dos compañeras, señor. Me han llegado rumores de que la más anciana conoce la ciencia de las hierbas y antiguos rituales. Me pregunto si no habrá infectado a Oghul Khaimish con sus hechizos y palabrería.

—No he oído nada al respecto... —comenzó a decir Mongke, pero se interrumpió—. Sí, Ilugei. Eso servirá. Descubre cuánto hay de cierto en ese rumor. —Ser acusado de brujería conllevaba un castigo terrible. Nadie estaría dispuesto a defender a Oghul Khaimish una vez que esa sospecha hubiera caído sobre ella.

Mongke se sintió cansado cuando dio permiso a sus oficiales para retirarse y dejó entrar en la sala a Yao Shu. Las jornadas de un futuro khan eran largas, pero Mongke había encontrado su propósito. Abriría la herida y dejaría que sangrara hasta que quedara limpia. En unos pocos meses, estaría al frente de un imperio mongol de cuyo corazón habría desaparecido la corrupción Chin. Era un hermoso sueño y sus ojos brillaban de satisfacción cuando Yao Shu se inclinó ante él.

XI

En el palacio de verano de su marido, Torogene se había acomodado en una silenciosa sala, iluminada por una única lámpara que chisporroteaba dulcemente. Estaba vestida con pulcritud, llevaba un deel blanco y unos zapatos nuevos también blancos de lino bordado. Tenía los canosos cabellos recogidos en la nuca, muy tirantes, de modo que ni un solo mechón escapaba de los broches gemelos. No llevaba joyas, las había regalado todas. En un momento así, era difícil revisar la propia vida, pero no podía centrarse en el presente. Aunque todavía tenía los ojos hinchados de llorar a Guyuk, en su interior había hallado una especie de paz. Todos sus criados se habían ido. Cuando el primero de ellos le había informado de la presencia de unos soldados en el camino de Karakorum, había sentido que el corazón le daba un vuelco en el pecho. Había vivido con doce criados, algunos de los cuales habían estado junto a ella durante décadas. Con lágrimas en los ojos, Torogene les había entregado toda la plata y el oro que pudo encontrar y les había dicho que se marcharan. De otro modo, los soldados les habrían asesinado al llegar, estaba segura. La noticia de las listas de la muerte de Mongke ya había llegado hasta ella, junto a unos cuantos detalles sobre las ejecuciones en la ciudad. Mongke se estaba deshaciendo de cualquiera que hubiera secundado a Guyuk como khan y al saber que había enviado a unos soldados a su palacio, no experimentó sorpresa alguna, sino una inmensa fatiga.

Cuando el último de sus sirvientes se hubo ido, Torogene había buscado un lugar tranquilo en el palacio de verano desde donde contemplar la puesta de sol. Era demasiado vieja para huir, aun cuando creyera que habría podido despistar a sus perseguidores. Era extraño ver la muerte como algo inevitable, pero se dio cuenta de que podía apartar todo su miedo y su ira ante la perspectiva de morir. El dolor por la pérdida de su amado hijo todavía estaba reciente, quizá era demasiado grande para permitirle sentir algún tipo de pena por sí misma. Estaba cansada, como alguien que ha sobrevivido a una tormenta y yace deslavazada sobre las rocas, demasiado aturdida para hacer otra cosa que respirar y mirar.

Oyó voces en la oscuridad del exterior cuando los hombres de Mongke llegaron y desmontaron. Podía percibir, amortiguados, todos los sonidos que producían, desde el crujido de sus pies sobre las piedras hasta el tintineo de sus arneses y armaduras. Torogene levantó la cabeza, evocando años mejores. Su marido Ogedai había sido un gran hombre, un gran khan, derribado demasiado pronto por un destino vengativo. Si hubiera vivido... Suspiró. Si hubiera vivido, ella no estaría sola y esperando a la muerte en un palacio que una vez había sido un hogar feliz. Pensó de repente en los rosales que Ogedai le había regalado. Crecerían salvajes en los jardines sin nadie que los cuidara. Su mente saltaba de una cosa a otra y, a la vez, su oído seguía con atención los pasos que se acercaban.

No sabía si Ogedai se habría sentido orgulloso de Guyuk al final. Su hijo no había

sido un gran hombre. Ahora que le arrebataban todo su futuro, Torogene observaba el pasado con más claridad y se arrepintió de muchas decisiones, pensando en muchos caminos que desearía no haber tomado. Era una necedad mirar hacia atrás y desear que las cosas hubieran sido diferentes, pero no podía evitarlo.

Cuando oyó una bota raspar la puerta exterior de la sala, sus pensamientos se desintegraron en polvo y alzó la vista, repentinamente asustada. Sus manos se retorcieron nerviosas sobre el regazo mientras los guerreros entraban con sigilo en la habitación, uno detrás de otro. Caminaban con paso leve, con las armas en ristre por si acaso eran atacados. Su cautela casi le hizo reír. Lentamente, se puso en pie, sintiendo cómo protestaban sus rodillas y su espalda.

El oficial se presentó ante ella, mirándola a los ojos con expresión desconcertada.

—¿Estás sola, señora? —inquirió.

Durante un momento, los ojos de Torogene brillaron.

—No estoy sola. ¿Es que no los ves? Mi marido, Ogedai Khan, está a mi derecha. Mi hijo, Guyuk Khan, a mi izquierda. ¿No ves a esos hombres observando tus acciones?

El oficial palideció ligeramente y sus ojos se movieron a izquierda y a derecha como si pudiera ver los espíritus que protegían a la anciana. Después hizo una mueca, consciente de que sus compañeros estarían escuchando y cada palabra sería repetida ante Mongke.

—Tengo órdenes, señora —dijo, casi disculpándose.

Torogene levantó la cabeza todavía más, enderezándose tanto como pudo.

—Muerdo a manos de unos perros —murmuró. El desprecio había expulsado al miedo de su pecho y su voz sonó potente cuando volvió a hablar—. Todas las cosas tienen su precio, soldado —miró hacia arriba, como si pudiera atravesar con la vista el tejado de piedra que se cernía sobre sus cabezas—. Mongke Khan caerá. Sus ojos se llenarán de sangre y no conocerá el descanso o el sueño o la paz. Vivirá sumido en el dolor y la enfermedad y al final...

El oficial desenfundó su espada y le cortó la garganta con un rápido movimiento. Con un gemido, Torogene se desplomó como una marioneta sin cuerdas, mientras la sangre manaba de su cuello y salpicaba las botas del guerrero. Los hombres que observaban la escena permanecieron en silencio mientras esperaban a que muriera. Cuando montaron en sus caballos y se alejaron al galope, todos evitaron la mirada de sus compañeros.

Cuando se enfrentó a Mongke, el general Ilugei se sintió extrañamente perturbado, una emoción poco habitual en él. Sabía que eliminar a todos aquellos que habían respaldado a su predecesor era una táctica sensata para un nuevo líder. Más allá de eso, era puro sentido común acabar con cualquiera que tuviera un vínculo de sangre con el antiguo régimen. No habría rebeliones en el futuro, como cuando los hijos olvidados se hacían hombres y aprendían a odiar. Las lecciones de la propia vida de Gengis habían sido transmitidas a su descendencia.

Ilugei había disfrutado especialmente incluyendo a sus propios enemigos en las listas que preparaba para Mongke, un nivel de poder que nunca antes había disfrutado. Solo tenía que pronunciar un nombre ante un escriba y, un día más tarde, los leales guardias del khan habían encontrado y ejecutado al hombre en cuestión. La posibilidad de apelar las listas no estaba contemplada.

No obstante, lo que Ilugei había visto esa mañana le había puesto nervioso, arruinando su habitual compostura. No era la primera vez que se enfrentaba a un niño mortinato. Sus propias esposas habían dado a luz a cuatro de ellos a lo largo de los años. Quizá por eso, la visión de aquel diminuto cuerpo sin vida le había desazonado tanto. Sospechaba que Mongke lo consideraría una debilidad, así que mantuvo la calma al hablar, comunicándole la noticia en un tono de absoluta indiferencia.

—Creo que la mujer de Guyuk ha perdido el juicio, mi señor —le dijo a Mongke—. Hablaba y lloraba como si fuera una niña. No paraba de acunar al bebé muerto como si siguiera con vida.

Mongke se mordió el labio inferior al imaginarlo, irritado por el hecho de que algo sencillo se hubiera vuelto tan complicado. El heredero había sido la amenaza, no ella. Si no hubiera existido, tal vez habría enviado a Oghul Khaimish de vuelta con su familia. Se recordó que era khan en todos los sentidos excepto en el nombre. Y, sin embargo, su nueva autoridad tenía un alcance limitado. En silencio, maldijo al hombre de Ilugei por dar una información tan pormenorizada de los delitos de la mujer. Era imposible ignorar una acusación pública de brujería. Apretó el puño, pensando en las otras mil cosas que tenía que hacer aquel día. Cuarenta y tres de los partidarios más cercanos a Guyuk habían sido ejecutado en unos cuantos días: su sangre aún húmeda se podía ver en el terreno de entrenamiento de la ciudad. Se producirían más ejecuciones en los próximos días mientras seguía sajando el forúnculo de Karakorum.

—Déjalo estar —dijo por fin—. Añade su nombre a la lista y pongamos fin a esto.

Ilugei inclinó la cabeza, ocultando su misteriosa decepción.

—Como deseas, mi señor.

XII

De pie junto a la ribera del río Orkhon, Oghul Khaimish observaba el fluir de las oscuras aguas. Tenía las manos atadas a la espalda, y se le estaban hinchando y adormeciendo por las ligaduras. Había dos hombres flanqueándola para impedir que se arrojara al río antes de tiempo. Se estremeció levemente en el frío del amanecer e intentó controlar el terror que amenazaba con despojarla de su dignidad.

Mongke estaba allí, junto a varios de sus favoritos. Le vio sonreír ante algo que decía uno de sus oficiales. Atrás habían quedado los días en que esos hombres hubieran compuesto una escena brillante y animada. Del primero hasta el último, todos los guerreros y hombres de rango de Mongke estaban vestidos con sencillos deels, sin más decoración que un pequeño bordado. La mayoría llevaban los tradicionales peinados mongoles, con el cuero cabelludo afeitado excepto por una mata de pelo en la coronilla. Tenían los rostros brillantes de grasa fresca de cordero. Solo Yao Shu y sus escasos escribas Chin estaban desarmados. El resto llevaban espadas largas que les llegaban casi a los tobillos, pesadas hojas de caballería diseñadas para golpear desde arriba. Karakorum poseía su propia fundición, donde los armeros sudaban todo el día junto al fuego. No era ningún secreto que Mongke estaba preparándose para ir a la guerra una vez hubiera masacrado hasta el último de los seguidores y amigos de Guyuk.

A los seguidores y amigos de su marido. Oghul no podía sentir nada ese día, como si su corazón hubiera desarrollado una envoltura protectora. Había perdido demasiado en un tiempo demasiado corto y aún no se había recuperado de todo lo que había sucedido. No podía soportar mirar a su antigua criada, Bayarmaa, atada junto a otros doce más, esperando en lúgubre silencio a que Mongke ordenara sus muertes.

El orlok parecía no tener prisa alguna. Se alzaba como una sólida figura en el centro de su grupo, con unos hombros casi el doble de anchos que los del guerrero más alto de su séquito. A pesar de su tamaño, se movía con facilidad, seguro de su fuerza y todavía joven para disfrutar de ella. Oghul se imaginó que moría de repente delante de todos ellos, pero aquello era pura fantasía. Mongke era indiferente al dolor de la fila de prisioneros apiñados a unos pasos de él. Mientras le observaba, Mongke aceptó una copa de airag de un criado, riendo con sus amigos. De algún modo, eso le dolió más que cualquier otra cosa, el hecho de que le importara tan poco la suerte de sus prisioneros, aun cuando aquel fuera el último día de vida de todos ellos. Oghul vio que uno de los hombres atados había perdido el control sobre su vejiga y un delgado hilo de orina estaba oscureciendo sus calzas y formando un charco a sus pies. Él mismo, con mirada inexpresiva, no parecía haberse dado cuenta. Retiró la vista, tratando de recobrar el valor. Todo lo que ese hombre tenía que temer era un cuchillo. A ella le habían reservado una muerte lenta.

El hecho de que Mongke hubiera decidido que la esposa de un khan era un

personaje de sangre real no representaba ninguna ventaja. Oghul observó el oscuro canal que Ogedai había construido y volvió a estremecerse. Notó la necesidad de vaciar su propia vejiga, aunque había tomado la precaución de no beber esa mañana. Su rostro y sus manos se iban quedando helados a medida que la sangre brotaba y sus latidos se aceleraban. Aun así estaba sudando y, bajo sus axilas, la tela estaba ya húmeda. Se centró en los pequeños cambios experimentados por su cuerpo mientras aguardaba, intentando desesperadamente distraerse.

Mongke apuró su airag y le lanzó la copa a su criado. Hizo una señal de asentimiento con la cabeza a uno de sus oficiales y este bramó la orden de firmes. Todos los que le rodeaban se enderezaron, incluso algunos de los prisioneros, estirándose tanto como les permitían sus ligaduras. Oghul meneó la cabeza, sintiendo pena de aquellos pobres necios. ¿Esperaban acaso impresionar a sus torturadores y obtener clemencia? No había en ellos clemencia alguna.

Yao Shu estaba presente y Oghul creyó poder distinguir los signos de la enorme tensión del anciano. Había oído que el canciller había estado ausente de las primeras ejecuciones, alegando enfermedad. Con un delicado sentido de la crueldad, Mongke había percibido su malestar y ahora Yao Shu desempeñaba un papel en todas las ejecuciones. Oghul escuchó la lista de los nombres, observando con tristeza cómo cada prisionero alzaba ligeramente la cabeza al oír el suyo.

Después de la interminable espera, el procedimiento empezó a acelerarse de repente. A patadas, los hombres de Mongke obligaron a los prisioneros a arrodillarse y un guerrero muy joven salió del grupo del futuro khan, desenfundando una larga espada. Oghul sabía que habría obtenido ese honor como recompensa por algún servicio a Mongke. Muchos de los guerreros ansiaban desempeñar esa tarea si todavía no habían participado en una batalla. Oghul recordó que Gengis le había quitado la vida a decenas de miles de personas en una ciudad extranjera con el único propósito de entrenar a sus hombres en la realidad de matar.

No escuchó la voz temblequeante de Yao Shu cuando leyó las acusaciones de la página que sostenía. El verdugo se preparó junto a la primera figura arrodillada, resuelto a tener una buena actuación delante de Mongke.

Oghul posó la vista en el río cuando comenzó la matanza, haciendo caso omiso de los gritos de aprobación y las carcajadas que brotaban del grupo de Mongke. Bayarmaa era la cuarta en la fila y Oghul tuvo que obligarse a mirar cuando llegó el turno de la anciana. Su delito tenía que ver únicamente con su asociación con Oghul Khaimish, como aquella que había corrompido a la esposa del khan iniciándola en la magia negra.

Bayarmaa no había inclinado la cabeza ni alargado el cuello y el guerrero le habló con dureza. La anciana le ignoró y dirigió la vista hacia donde estaba Oghul. Sus miradas se encontraron y, antes de ser ejecutada con dos potentes espadazos, Bayarmaa le sonrió.

Oghul volvió a posar la vista en las aguas oscuras hasta que todo acabó. Cuando

el último de ellos hubo muerto, se giró para mirar al joven guerrero, que examinaba su hoja con expresión afligida. Seguro que se había mellado al golpear el hueso. Mongke se adelantó y le dio unas palmadas en la espalda, poniéndole una copa de airag en las manos mientras Oghul los observaba sumida en un odio sombrío. Cuando Mongke dirigió su mirada hacia ella, la joven sintió que su corazón se encogía de pánico y sus manos entumecidas se retorcieron en sus ligaduras.

Yao Shu pronunció su nombre. Esta vez se percibía un evidente temblor en su voz y Mongke le miró con el ceño fruncido. Gengis había decretado que su pueblo nunca derramaría sangre real de la nación, pero la alternativa infundía en Oghul un miedo cerval.

—Oghul Khaimish, que ha infamado el nombre del khan con brujería y oscuras prácticas, hasta el punto de... matar a su propio hijo.

Las manos de Oghul se cerraron en puños ante estas últimas palabras y se aferró a la frialdad que reinaba en su interior para mantenerse en pie.

Cuando Yao Shu terminó de leer la acusación, preguntó si había alguien que estuviera dispuesto a hablar en su defensa. El olor a sangre flotaba pesado en el aire y nadie se movió. Mongke asintió con la cabeza como señal en dirección a los guerreros que la custodiaban.

Mientras la levantaban en el aire y la colocaban sobre una gruesa alfombra de fieltro, Oghul temblaba sin cesar. Sintió varios espasmos incontrolables en los músculos de las piernas. Su cuerpo quería huir y no podía. De pronto, Yao Shu empezó a entonar una oración por ella, con la voz quebrada. Mongke le fulminó con la mirada, pero el anciano continuó.

Los guerreros la envolvieron en el fieltro y el apolillado paño le apretó la cara y le llenó los pulmones de polvo. Sintió el terror crecer en su pecho y gritó, mientras su afanoso jadeo era silenciado por la tupida tela. Notó los tirones de los guerreros cuando ataron el fardo cilíndrico de su cuerpo con riendas de cuero, abrochando con fuerza las hebillas. No gritaría pidiendo ayuda con Mongke escuchando, pero no pudo reprimir un gemido de miedo, que salió de ella como de un animal atrapado en una trampa. El silencio pareció prolongarse eternamente. Podía oír los latidos de su corazón en su pecho y oídos con la cadencia de un tambor. De improviso, se estaba moviendo, daba vueltas poco a poco: la llevaban rodando hacia el canal.

El agua helada llegó como una tromba y entonces se debatió salvajemente y vio docenas de diminutas burbujas de plata brotando a su alrededor. El rollo de fieltro se hundió rápidamente. Contuvo la respiración tanto tiempo como pudo.

Sorhatani se cubría con una única sábana, a pesar de que la noche era fría. Kublai estaba arrodillado a su lado y, cuando tomó la mano de su madre en la suya, la encontró tan caliente que casi la soltó. La fiebre se había abierto paso a través de Karakorum y cada día se conocían unos cuantos casos nuevos. Todos los veranos

sucedía lo mismo. Unas decenas o tal vez unos cientos sucumbirían ante algún tipo de pestilencia. Muy a menudo eran aquellos que habían sobrevivido a la anterior, todavía débiles y delgados.

Kublai notó el escozor de las lágrimas en los ojos mientras oía a su madre toser, un sonido que iba creciendo hasta casi ahogarla, arqueando su espalda y abultando las finas líneas de sus músculos. Aguardó hasta que pudo tomar aire entrecortadamente. Pareció avergonzada de que su hijo la viera postrada y le miró con una débil sonrisa en los labios y los ojos vidriosos por la fiebre.

—Continúa —le animó.

—Yao Shu se ha encerrado en sus aposentos. Nunca le he visto tan consternado. No fue una buena muerte.

—La buena muerte no existe —dijo Sorhatani, resollando—. Nunca es amable, Kublai. Todo lo que podemos hacer es ignorarla hasta que llegue nuestra hora —el esfuerzo que hacía para hablar era enorme y su hijo intentó detenerla, pero ella rechazó sus objeciones con un ademán—. La gente sabe hacer eso tan bien, Kublai. Viven sabiendo que morirán, pero independientemente de cuántas veces digan esas palabras, en el fondo no lo creen de verdad. De algún modo se persuaden de que serán los únicos a los que la muerte olvidará, que vivirán y vivirán y que nunca se harán viejos —volvió a toser y Kublai hizo un gesto de dolor al oír el ronco sonido, esperando con paciencia a que pudiera tomar aire de nuevo.

—Incluso ahora, yo misma espero... vivir, Kublai. Soy una vieja tonta.

—Ni tonta ni vieja —replicó él con suavidad—. Y todavía te necesito. ¿Qué haría si no pudiera hablar contigo? —vio que le sonreía otra vez, pero su piel se arrugó como una tela vieja.

—No tengo previsto... unirme a tu padre esta noche. Me gustaría decirle a Mongke lo que pienso de sus listas de condenados a muerte.

La expresión de Kublai se agrió.

—Por lo que he oído, ha impresionado a los príncipes y a los generales. Son el tipo de hombres que admiran las carnicerías. Están diciendo que es un nuevo Gengis, madre.

—Tal vez... lo sea —dijo Sorhatani, atragantándose. Kublai le puso un vaso de zumo de manzana en las manos y ella le dio un sorbo con los ojos cerrados.

—Podría haber desterrado a Oghul Khaimish y a su anciana criada —dijo Kublai. Había estudiado la vida de su abuelo Gengis y sospechaba que su madre tenía razón, pero eso no eliminaba el regusto amargo. Con menos de cien muertes, su hermano había adquirido la reputación de ser implacable. Desde luego, eso no le había perjudicado a los ojos de la nación. Le consideraban alguien que traería una nueva era de conquista y expansión. A pesar de sus dudas y su rechazo personal, Kublai sentía que probablemente acertaban al pensar así.

—Mongke será khan, Kublai. No debes cuestionar lo que hace. No es Guyuk, recuérdalo. Mongke es fuerte.

—Y estúpido —murmuró Kublai.

Su madre se echó a reír y el ataque de tos que sufrió fue el peor que él había presenciado hasta entonces. Siguió y siguió y cuando se limpió la boca con la sábana, Kublai vio una mancha de sangre en la tela. No podía retirar los ojos de ella.

Cuando por fin consiguió controlar la tos, Sorhatani meneó la cabeza, con la voz tan débil que era casi un suspiro.

—No es ningún tonto, Kublai. Comprende mucho mejor las cosas de lo que te imaginas. Los vastos ejércitos del khan no pueden volver a convertirse en un puñado de pastores, ya no. Está cabalgando a lomos del tigre, hijo mío. Y no se atreve a bajar.

Kublai frunció el ceño, irritado al ver que su madre parecía respaldar a Mongke en todo. Su deseo había sido compartir su ira con ella, no oír cómo excusaba los actos de su hermano. Cuando estaba a punto de volver a hablar, lo entendió. Sorhatani había sido su amiga además de su madre, pero nunca podría ver las cosas con claridad en lo que respectaba a sus hijos. Eran una especie de punto negro para ella. Con tristeza, supo que lo único que podría conseguir sería hacerle daño. Cerró la boca, callándose todos los argumentos que podría haber expuesto.

—Pensaré en ello —dijo—. Ahora recupérate, madre. Querrás estar allí, para ver cómo Mongke es nombrado khan.

Ella asintió débilmente ante sus palabras y Kublai le secó el sudor de la frente antes de dejarla.

El cuerpo de Guyuk fue quemado en una pila funeraria a las afueras de Karakorum y las honras funerarias alcanzaron su clímax. Incluso en los frescos sótanos del palacio, el cadáver había empezado a pudrirse y el humo de la pira estaba cargado del olor a aceites perfumados. Mongke observó cómo la construcción se desplomaba sobre sí misma en una súbita llamarada. La mitad de la nación se había emborrachado, por supuesto. No les hacía falta una razón muy importante para beber y la ocasión de acompañar al espíritu del khan en su tránsito hacia el nuevo mundo sin duda era más que suficiente. Millares de hombres y mujeres se acercaron ebrios a la enorme hoguera, salpicándola con unas gotas de airag que lanzaban con los dedos o con la boca. Más de uno se acercó demasiado y se retiró de un salto chillando porque la ropa se le había prendido y hubo que apagarla a manotazos. En la oscuridad, las polillas y los mosquitos chisporroteaban en la hoguera, atraídos por la luz desde la ciudad y las gers. Morían a millones, motas negras que dibujaban estelas por encima de la pira justo antes de caer sobre las llamas. Mongke recordó a las jóvenes, criados y guerreros que habían sido enterrados con Gengis. Sonrió al pensar que Guyuk solo tendría a una hueste de moscas para atenderle cuando estuviera muerto.

Cuando la enorme pira quedó reducida a un montón de brasas, aún más alta que un hombre, Mongke mandó llamar a sus hermanos. Kublai, Hulegu y Arik-Boke se unieron a él como había ordenado y el pequeño grupo regresó a pie a través de la

silenciosa ciudad, dejando que la nación continuara sus celebraciones. Algunos niños nacerían como resultado de esa noche. Algunos hombres y mujeres morirían en alguna riña de borrachos, pero así eran las cosas: la vida y la muerte entrelazadas para siempre. Y así es como debía ser.

Mientras la recorrían juntos, la ciudad parecía vacía. Casi sin darse cuenta, Mongke y Kublai se habían puesto a la cabeza del grupo, opuestos en su físico y en su perspectiva. A sus espaldas, Hulegu tenía la misma frente ancha y la misma corpulencia de Mongke, mientras que Arik-Boke era el más bajo y sus ojos saltaban de uno a otro de sus hermanos mientras caminaba. Una antigua cicatriz desfiguraba al benjamín, una gruesa línea que atravesaba el rostro de Arik-Boke, de un color que iba del rosa oscuro al amarillo de un callo. Había sufrido un accidente años atrás que le había dejado sin tabique en la nariz y ahora todos podían oírle respirar por la boca mientras avanzaban. Cualquiera que les viera, aun sin conocerles, habría sabido que eran hermanos, pero se respiraba más tensión que amistad en ese reducido grupo. Se mantenían callados, esperando a ver qué tenía planeado Mongke para ellos.

Kublai sentía la tensión con más intensidad que los otros. Solo él se había negado a abandonar su estilo Chin, desde su corte de pelo hasta la fina seda de sus túnicas. Era una pequeña rebelión, pero, por el momento, Mongke había preferido no forzar la situación.

Había guardias de noche en el palacio, celebrando su propia vigilia bajo la luz de las lámparas en posición de firmes. Al ver a Mongke aproximarse, se transformaron en estatuas, pero él no pareció darse cuenta, tan sumido estaba en sus pensamientos. Atravesó el patio exterior y Arik-Boke tuvo que ponerse al trote para no quedarse atrás mientras pasaban por los claustros en dirección a la principal sala de audiencias.

Más hombres de la guardia del khan aguardaban allí, junto a las puertas de cobre pulido. No había ningún indicio de verde en las relucientes planchas y se percibía un fuerte olor a cera y abrillantador de suelos flotando en el aire. Puede que Mongke todavía no fuera khan, pero sus órdenes eran ley en la ciudad y hacía que todos trabajaran sin descanso.

Ocultando su irritación, Kublai observó cómo Mongke entraba y atravesaba la estancia, retirando la tela que cubría una jarra de vino y sirviéndose una copa que apuró en rápidos tragos. No había lugar para sentarse. La habitación estaba prácticamente vacía a excepción de una larga mesa sobre la que se veían, esparcidos sin cuidado, numerosos pergaminos y mapas, algunos de ellos atados con hilo de color vivo. El resplandeciente trono de Guyuk y Ogedai había desaparecido, sin duda destinado a languidecer en algún almacén hasta el siglo siguiente.

—Bebed si queréis —dijo Mongke.

Hulegu y Arik-Boke se unieron a él junto a la mesa, dejando a Kublai atrás, solo, esperando a que su hermano le dijera por qué estaban allí.

La respuesta no tardó mucho en llegar.

—Seré khan en primavera —dijo Mongke. Habló sin ningún deje de triunfalismo

en la voz, afirmándolo como un simple hecho—. Soy el orlok del ejército y el nieto de Gengis. Baidar no desafiará mi derecho al khanato y Batu ha escrito para decirme que cuento con su respaldo.

Hizo una pausa mientras Kublai cambiaba ligeramente de postura. Los dos príncipes de más rango de la nación habían recibido vastas tierras por deseo de Ogedai. No desafiarían a su hermano. A pesar de que su mente no era demasiado ágil, había ascendido por encima de todos ellos. Daba su nombramiento por sentado y, a decir verdad, era el único hombre a quien los tumanes aceptarían.

—Así que vas a ser khan, hermano —dijo Kublai, aceptando la afirmación de Mongke—. Nuestro padre estaría orgulloso de ver a uno de sus hijos llegar tan alto.

Mongke le miró fijamente, buscando algún signo de burla. No encontró ninguno y soltó un leve gruñido, satisfecho de su propio poder.

—Aun así, no os dejaré atrás —le dijo Mongke a sus hermanos. Kublai se percató de que se dirigía a Hulegu y Arik-Boke, pero asintió igualmente mientras Mongke proseguía—. Vosotros ascenderéis conmigo, como nuestro padre habría querido. Esta noche debatiremos el futuro de nuestra familia.

Kublai dudaba de que hubiera demasiado debate. Mongke se sentía seguro en su nueva autoridad y dispensaba sabiduría como un padre lo haría ante sus hijos, no como un hermano. Dio una palmada a Hulegu en el hombro y Kublai pensó en cuánto se parecían. Aunque Mongke era un poco más ancho de espaldas, Hulegu tenía la misma frialdad en la mirada.

—No esperaré a la primavera para iniciar las campañas —añadió Mongke—. El mundo lleva demasiado tiempo aguardando a que perezca un khan débil. Nuestros enemigos se han fortalecido sin sentir nuestra mano en la garganta o un cuchillo en los cuellos de sus seres queridos. Es hora de recordarles quiénes son los amos.

Hulegu emitió una especie de gruñido de aprobación mientras vaciaba otra copa de vino tinto y se relamía. Mongke le miró con satisfacción, viendo en él las mismas cualidades que veía Kublai.

—Hulegu, he dado orden por escrito de que tomes el mando del ejército del oeste de Baidar, con tres tumanes más de Karakorum. Te he nombrado orlok de cien mil hombres y te he cedido a tres de mis mejores hombres: Baiju, Ilugei y Kitbuqa.

Para bochorno de Kublai, Hulegu incluso se arrodilló y agachó la cabeza.

—Gracias, hermano —dijo, levantándose de nuevo—. Es un gran honor.

—Arrasarás los territorios al sur y al oeste, utilizando Samarcanda como centro de operaciones. Baidar no se opondrá a mis órdenes. Completa el trabajo que comenzó nuestro abuelo, Hulegu. Ve más allá de lo que él nunca fue. Mi objetivo es que te construyas un nuevo khanato para ti allí, lleno de riquezas.

Mongke le entregó un rollo de pergamino a Hulegu y observó cómo su hermano desenrollaba un mapa de la región, copiado con gran esmero y marcado con las líneas curvas y los puntos de alguna mano persa fallecida mucho tiempo atrás. Kublai, fascinado, se quedó mirando fijamente el plano, acercándose a él sin poder evitarlo.

La biblioteca de Karakorum poseía muchas maravillas que todavía no había visto.

Hulegu extendió el mapa sobre la mesa, sujetando los bordes con copas de vino. Recorrió las tierras representadas con los ojos brillantes. Mongke le dio unos golpecitos en la espalda mientras se inclinaba, señalando con la mano libre.

—La ciudad más grande está aquí, hermano, a orillas del río Tigris. El propio Gengis nunca llegó tan lejos. Es el centro de la fe que llaman islam. Hablas suficientemente bien su lengua, Hulegu. Lo conquistarás para mí y será el corazón de tu nuevo khanato.

—Lo haré, hermano —afirmó Hulegu, conmovido.

Mongke percibió su placer y sonrió, volviéndose para rellenar otra copa para él.

—El linaje de Tolui gobernará la nación —dijo, lanzando una breve mirada a Kublai—. No dejaremos que se nos escape, esta vez no. El camino iniciado por Gengis será continuado por nuestra familia. Es el destino, hermanos. Nuestro padre dio su vida por un khan y nuestra madre mantuvo la ciudad y la patria unidas cuando podría haber acabado destruida —en sus ojos brillaba una visión del futuro—. Todo lo que ha sucedido ha servido para preparar nuestro linaje para este momento, aquí. Cuatro hermanos en una habitación, con el mundo esperándonos como una dulce virgen.

Kublai observó en silencio como Hulegu y Arik-Boke esbozaban una enorme sonrisa, dejándose llevar por las grandilocuentes palabras de Mongke. No se sentía cómodo apartado de ellos y, en un impulso, se llenó una copa vacía y se la bebió. Sus hermanos menores se hicieron a un lado para que pudiera coger la jarra, aunque Mongke frunció levemente el ceño. Mientras Kublai daba un sorbo al vino, se dio cuenta de que Arik-Boke, con la cicatriz de un rosa tan oscuro que era casi rojo, estaba prácticamente temblando mientras esperaba a que le comunicaran cuál era su destino.

Mongke eligió ese momento para coger del brazo a su hermano pequeño.

—Arik, he hablado con nuestra madre y está de acuerdo con esto.

Al oírle decir eso, Kublai alzó la cabeza. No creía que Sorhatani se encontrara lo suficientemente bien como para haber hablado sobre nada.

Mongke continuó, ajeno a las sospechas de Kublai.

—Ella y yo hemos decidido que tú heredarás el khanato de la patria, todo excepto la propia Karakorum, que seguirá siendo propiedad del khan. Yo no quiero este lugar pestilente, pero todos me dicen que se ha convertido en un símbolo para el pueblo. El resto es tuyo, lo gobernarás en mi nombre.

Arik-Boke estuvo a punto de derramar su vino cuando él también hincó la rodilla y agachó la cabeza como signo de lealtad. Cuando se puso en pie, Mongke le agarró por la nuca y le sacudió afectuosamente.

—Esas tierras eran de nuestro padre, Arik, y, antes de eso, pertenecieron a Gengis. Cuídalas bien. Haz que estén siempre verdes y rebosantes de rebaños.

—Lo haré, hermano, lo juro —contestó Arik. Con unas pocas palabras, había

entrado en posesión de una inimaginable riqueza. Millones de cabezas de ganado y caballos, además de un importante estatus en la nación. Mongke le había convertido en un hombre de poder en un suspiro.

—Seguiré hablando con vosotros dos mañana —continuó Mongke—. Regresad al amanecer y compartiré con vosotros todo lo que he planeado.

Se volvió hacia Kublai y los hermanos menores se quedaron inmóviles, captando la tensión que siempre estaba presente entre ambos hombres. Cada centímetro de Mongke representaba al guerrero mongol en todo su esplendor. Kublai era más alto y su túnica Chin marcaba un fuerte contraste entre ambos.

—Marchaos, Hulegu, Arik —dijo Mongke con suavidad—. Quiero hablar en privado con nuestro hermano.

Ninguno de los dos miró a Kublai mientras se marchaba. Ambos parecían caminar sobre muelles, inmersos de repente en sus mayores ambiciones. Kublai casi sintió envidia de su confianza y de la facilidad con la que se la habían proporcionado.

Cuando estuvieron solos, Mongke rellenó cuidadosamente las copas y le entregó una a Kublai.

—¿Y qué voy a hacer contigo, hermano?

—Pareces haberlo planeado todo. ¿Por qué no me lo dices?

—En toda tu vida, apenas has salido de la ciudad, Kublai. Mientras cabalgaba con Tsubodai hacia el oeste, tú estabas aquí, jugando con tus libros y tus plumas. Cuando yo estaba tomando Kiev, tú estabas aprendiendo a vestirte como una mujer Chin y a bañarte dos veces al día —Mongke se inclinó hacia su hermano y olfateó el aire, frunciendo el ceño al percibir el delicado perfume que desprendía Kublai—. Quizá un puesto en la biblioteca de la ciudad sería apropiado para un hombre de tus... gustos.

Kublai se puso rígido, consciente de que Mongke le estaba provocando de forma deliberada. Aun así, notó que las mejillas se le coloreaban ante los insultos.

—No hay nada vergonzoso en la erudición —repuso con los dientes apretados—. Si tú eres khan, tal vez mi máxima felicidad sería estar aquí en la ciudad.

Mongke sorbió su vino, meditabundo, aunque Kublai sospechaba que ya había tomado una decisión mucho antes de aquella reunión. Su hermano no poseía una inteligencia destacada, pero era concienzudo y paciente. Esas cualidades podían servir a un hombre casi igual de bien.

—Sin embargo, prometí a nuestro padre que cuidaría de la familia, Kublai. Dudo que pretendiera que te dejara aquí con los dedos manchados de tinta y rodeado de pergaminos polvorientos —Kublai resistió el impulso de mirarse las manos, aunque su hermano estaba en lo cierto—. Quería que sus hijos fueran guerreros, Kublai, no escribas Chin.

A su pesar, Kublai no pudo evitar contestar a la pulla de su hermano.

—Cuando éramos pequeños, hermano, el propio Gengis le dijo a sus hombres que se dirigieran a mí cuando tuvieran un problema. Les dijo que yo podía ver a través de la maraña más espesa de espinas. ¿Estás preguntándome qué es lo que quiero de ti?

Lentamente, Mongke esbozó una sonrisa.

—No, Kublai. Te estoy diciendo lo que yo quiero para ti. Hulegu arrasará los bastiones del islam, Arik-Boke mantendrá a salvo la patria. Tengo otros cientos de posibilidades a mi alcance, hermano, de aquí hasta Koryo. Todos los días se presentan ante mí los emisarios y embajadores de una docena de pequeñas naciones. Soy el khan electo, el corazón de la nación. Pero tú tienes otro camino que recorrer, la labor que Ogedai y Gengis dejaron sin terminar.

La mente de Kublai saltó a la conclusión y tragó saliva con dificultad.

—Los Song —murmuró Kublai.

—Los Song, Kublai. Docenas de ciudades, millones de campesinos. Será el trabajo de tu vida. En mi nombre, llevarás a término lo que Gengis comenzó.

—¿Y cómo te gustaría que cumpliera ese gran sueño que tienes? —preguntó Kublai en voz baja, disimulando su nerviosismo con un largo trago de vino.

—Gengis inició la conquista de los Chin por la región de Xi Xia. Mis consejeros han encontrado otra puerta de entrada hacia los Song. Me gustaría que llevaras un ejército a lo largo de la frontera suroeste, Kublai, hasta la región de Yunnan. Hay una sola ciudad allí, aunque puede convocar a un ejército equivalente al mío. Con todo, creo que no será una tarea demasiado ardua, incluso para alguien que nunca ha entrado en batalla —sonrió para que su tono condescendiente resultara menos insultante—. Me gustaría que te convirtieras en el nieto que Gengis quería, Kublai, en un conquistador mongol. Creo que tengo los medios y la voluntad para cambiar tu vida. Júrame fidelidad hoy y te daré autoridad para comandar tumanes. Te convertiré en el terror de la corte de los Song, un nombre que no se atreverán a pronunciar en voz alta.

Kublai apuró su copa y se estremeció, sintiendo que se le ponía la carne de gallina en los brazos. Tenía que manifestar su primera sospecha a riesgo de que la duda le persiguiera toda su vida.

—¿Es que confías en que me matarán, hermano, si me envías a luchar contra un enemigo así? ¿Es ese tu plan?

—¿Sigues pensando en juegos y conspiraciones? —replicó Mongke con una risotada—. Creo que Yao Shu te tuvo demasiado tiempo a su cuidado, hermano. A veces las cosas son sencillas, como tienen que ser. Perdería unos cañones muy valiosos y a mi mejor general junto contigo. ¿Mandaría a Uriang-Khadai a la muerte? Estate tranquilo, hermano. Dentro de unos pocos meses, seré khan. ¿Tienes idea de lo que eso significa para mí? Me acuerdo de Gengis. Ocupar el que fue su lugar vale... más de lo que soy capaz de explicar. No necesito juegos ni tramar complicados planes. Los Song ya han realizado incursiones en territorio Chin, en más de un frente. A menos que responda pronto y con contundencia a sus ataques, irán recuperando poco a poco lo que Gengis conquistó. Ese es mi único plan, Kublai. Mi único objetivo.

Kublai examinó la mirada de su hermano y solo vio verdad en ella. Asintió.

Como en una revelación, se dio cuenta de que su hermano estaba tratando de cumplir con el papel que había alcanzado. Un khan necesitaba amplitud de miras, ser capaz de superar las mezquinas disputas de su familia y de la nación. Mongke estaba tratando de hacer precisamente eso. Era impresionante y, con un esfuerzo, se deshizo de sus dudas.

—¿Qué tipo de juramento te gustaría que hiciera? —preguntó por fin. Mongke le observaba con atención, ocultando por completo sus emociones.

—Júrame que abandonarás tus maneras Chin, que cuando estés en campaña te vestirás y actuarás como un guerrero mongol, que te entrenarás con la espada y el arco cada mañana hasta quedar exhausto. Júrame que no leerás ni uno solo de tus libros eruditos mientras dure la campaña, ni uno solo, y te daré un ejército hoy mismo. Te daré a Uriang-Khadai, pero el mando será tuyo —por un momento, un leve gesto de desdén se dibujó en su boca—. Si lo que te encomiendo es demasiado para ti, entonces puedes regresar a las bibliotecas de la ciudad y esperar a que pasen los años, siempre preguntándote quién podrías haber sido, qué podrías haber hecho con tu vida.

Los pensamientos se agolparon en la mente de Kublai. Mongke estaba tratando de ser un khan. Al parecer, creía que era posible efectuar un cambio similar en su hermano. Resultaba casi entrañable ver a ese gran bruto mostrar tanta vehemencia. Kublai pensó en Yao Shu y en los apacibles años que había vivido en Karakorum. Había disfrutado de los silencios del estudio, de la gloria de descifrar el conocimiento. Y, sin embargo, parte de él siempre había soñado con liderar hombres en batalla. La sangre de su abuelo corría por sus venas tanto como por las de Mongke.

—A Hulegu le has prometido un khanato si consigue tomar Bagdad —dijo Kublai después de un silencio que pareció infinito.

Mongke soltó una sonora carcajada, que resonó en las paredes de la estancia. Había empezado a temer que su estudioso hermano fuera a rechazar su propuesta. Mientras alargaba la mano hacia el montón de mapas y documentos, se sintió casi borracho ante su capacidad para adivinar los ocultos deseos de Kublai.

Puso el dedo en las vastas tierras del norte de China y lo clavó sobre ellas.

—Hay dos zonas aquí, hermano. Nan-ching y Ching-chao. Son mías. Elige cualquiera de ellas, con mi bendición. Tendrás derecho a tierras Chin, a tener tus propios estados. Si aceptas mi propuesta, podrás ir a visitarlas. Antes de que te prometa más, déjame ver que puedes ganar batallas en mi nombre —siguió sonriendo mientras veía a Kublai examinar los mapas minuciosamente, fascinado—. Entonces, ¿estamos de acuerdo?

—Dame a Yao Shu como consejero y lo estaremos —dijo Kublai, dejando que las palabras brotaran de su boca antes de haber repasado con cuidado sus opciones. Había ocasiones en que una decisión había que tomarla rápidamente y parte de él estaba experimentando la misma exaltación que había visto en sus hermanos

menores.

—Es tuyo —contestó Mongke al instante—. Por el padre cielo, si dices que sí a mi plan, ¡puedes quedarte con todos los eruditos Chin que quedan en Karakorum! Haré que mi familia ascienda, Kublai. El mundo conocerá nuestros nombres, lo juro.

Kublai había continuado observando los mapas con detenimiento. Nan-ching se encontraba cerca del río Amarillo y recordó que la llanura era proclive a inundarse. La zona era populosa y seguro que Mongke esperaba que la eligiera. Ching-chao estaba más lejos de Yenking, en la frontera de la patria mongola. Apenas había ninguna ciudad marcada en esa zona. Deseó que Yao Shu estuviera allí para dar su opinión.

—Con tu permiso, escojo Ching-chao —dijo por fin.

—¿La pequeña? No es suficiente. Te doy... —con el dedo, Mongke trazó una línea en el mapa mientras lo escudriñaba— Huai-meng también. Son estados tan grandes que conforman casi un khanato, hermano. Te daré más si sales airoso de las campañas. No puedes decir que no he sido generoso.

—Me has dado más de lo que esperaba —respondió Kublai con honestidad—. Muy bien, hermano. Tienes mi juramento. Intentaré ser el hombre que deseas —le tendió la mano y Mongke la apretó lleno de orgullo y satisfacción. Ambos se quedaron sorprendidos ante la fuerza del otro.

En primavera, la nación se reunió en la llanura de Avraga, en el mismo corazón de la patria ancestral de los mongoles. Los hombres y mujeres más ancianos de la nación todavía recordaban cuando Gengis unió a las tribus allí, sustituyendo los estandartes individuales por una sola vara adornada con crines de caballo teñidas de blanco. La llanura era amplia y casi completamente plana, por lo que podían divisarse kilómetros y kilómetros de terrenos en todas direcciones. Un único arroyo discurría por una parte de la llanura y Mongke se detuvo deliberadamente a beber de sus aguas, pensando en que Gengis había estado allí muchos años atrás.

Batu, que era la viva imagen de su padre, Jochi, había abandonado sus estados rusos y se había presentado en la asamblea rodeado de su guardia de honor. Le había afligido visiblemente encontrar a Sorhatani tan extenuada y flaca, atormentada por una enfermedad y una tos que empeoraba día a día. Tenía accesos intermitentes de fiebre y había veces en que Kublai pensaba que se estaba aferrando a la vida solo para ver a Mongke convertido en khan.

Baidar, el hijo de Chagatai, llegó desde el oeste. Su riqueza era evidente en el oro de su vestimenta y los excelentes caballos de sus mil guardias. Como khan de la patria, Arik-Boke lo había organizado todo para que fueran reuniéndose a lo largo de un plazo de dos meses. Uno a uno, los príncipes y los generales fueron presentándose y estableciendo sus campamentos hasta que incluso una llanura tan vasta como aquella se tiñó de oscuro, ocupada por hombres y animales. Los monjes cristianos llegaron desde zonas tan lejanas como Roma o Francia y los príncipes de Koryo viajaron muchos miles de kilómetros para asistir a la ceremonia de nombramiento del

hombre que les gobernaría. Hasta que todos hubieron llegado, los presentes se dedicaron a comerciar e intercambiar bienes y caballos, cerrando tratos que harían ricos a algunos y pobres a otros durante una generación. El airag y el vino fluían con generosidad y decenas de miles de animales fueron sacrificados para alimentarlos a todos.

Cuando llegó el momento, Mongke recorrió las huestes a caballo y las gentes se fueron arrodillando ante él y prestando juramento. Nadie se presentó como rival. Era el nieto de Gengis Khan y había demostrado que era un miembro legítimo de su linaje, que tenía derecho a liderar. Todos dejaron atrás con resolución los amargos años vividos bajo el mandato de Guyuk. Kublai se arrodilló junto a los demás, pensando en el ejército que debía llevar a tierras Song. Se preguntó si Mongke entendía realmente el reto que le había planteado. Había afinado su mente con las grandes filosofías de Lao Tsu, Confucio y Buda, pero ahora todo aquello había terminado. Cuando Mongke fue proclamado khan con un rugido aprobador de la multitud, Kublai se estremeció, y, al instante, se aseguró a sí mismo que había temblado de entusiasmo y no de miedo.

SEGUNDA PARTE

«El fuego es la prueba del oro; la adversidad, la de los hombres fuertes».

SÉNECA

XIII

Suleimán era viejo, pero las montañas y los desiertos habían endurecido su carne y bajo su piel se apreciaba el movimiento de los tendones y los apretados músculos. Con sesenta años de edad, su voluntad seguía siendo fuerte: la vida que había llevado le había conferido la dureza de un diamante. Cuando habló, su voz denotaba una ligera reprobación.

—Eso no es lo que te he preguntado Hasan, ¿o sí? Te he preguntado si sabías quién había robado comida de las cocinas, no si el ladrón habías sido tú.

Temblando ostensiblemente, Hasan murmuró una respuesta ininteligible y, al momento, se arrodilló en el suelo de piedra delante de la gran silla de Suleimán. Su amo se había cubierto con varias pesadas túnicas para protegerse del frío de las horas previas al alba, mientras que Hasan llevaba solo un mugriento blusón de lino. A la sombra del monte Haudegan, la habitación recibía luz de sol solo durante las tardes. Hasta entonces, podría haber sido empleada para almacenar carne sin miedo de que se echara a perder.

—Acércate, Hasan —dijo Suleimán, riéndose entre dientes.

Aguardó a que el hombre se arrastrara de rodillas hasta el pie de su silla y entonces, en un visto y no visto, extendió el brazo y le dio una bofetada en la cara con el dorso de la mano. Hasan se cayó hacia atrás y se encogió sobre sí mismo, recogiendo las piernas y escondiendo la cabeza entre las manos. Le salía sangre de la nariz y, en un silencio aterrorizado, miró cómo caían las relucientes gotas. Mientras Suleimán le observaba, el joven alargó un dedo y dibujó una línea roja en las losas. Los ojos se le llenaron de lágrimas y Suleimán se echó a reír a carcajadas.

—Unos cuantos pasteles, Hasan. ¿Realmente merecían la pena?

Hasan se quedó paralizado, dudando de si la pregunta ocultaba una trampa. Asintió lentamente y Suleimán chasqueó la lengua, desaprobador.

—Ojalá todos los hombres mintieran tan mal como tú, Hasan. El mundo sería menos interesante, pero habría tantos problemas que desaparecerían sin más... ¿Hay alguna parte en esa cabeza tuya que entienda que no debes robarme? ¿Que siempre lo descubro y te castigo? Y, sin embargo, sigues haciéndolo. Vete a buscar mi palo, Hasan.

El muchacho miró a su amo con abyecta desolación. Negó con la cabeza, pero había aprendido que era peor si se negaba. Bajo la mirada divertida de Suleimán, se puso en pie a trompicones y cruzó la helada estancia, notando las protestas de su cuerpo. Eran pocos los días en los que no recibía una buena tunda. No entendía por qué su amo le hacía daño. Deseó haberse resistido a los pastelillos de miel, pero su fragancia casi le había vuelto loco. A lo largo de los años, Suleimán le había roto demasiados dientes para poder comer sin dolor y los pasteles de miel eran blandos y se disolvían en su lengua llevándole a una especie de éxtasis.

Suleimán le dio unas palmaditas a Hasan en la mano cuando le entregó el palo.

Era un bastón con un peso en la punta y una hoja de daga escondida en la empuñadura, apropiado desde todos los puntos de vista para el líder del clan de los Asesinos Ismaelitas en Alamut. Vio que Hasan estaba llorando y le rodeó los hombros con su flaco brazo mientras se ponía en pie.

—Vamos, vamos, chico. ¿Es el palo lo que temes? —preguntó con tono amable. Hasan asintió abatido.

—Lo comprendo. No quieres que te pegue. Pero si no te pego, volverás a robarme, ¿verdad?

Hasan no entendió y, con la mirada vacía, se volvió hacia el anciano, hacia sus crueles ojos negros y su rostro descarnado. Hasan era más joven y más corpulento que Suleimán, sus hombros se habían fortalecido por las largas horas de trabajo en los jardines. Incluso podría ser más alto que Suleimán si enderezara la espalda. No obstante, se encogió cuando el anciano se inclinó y le besó en la mejilla.

—Es mejor que aceptes el castigo como un buen chico. ¿Puedes hacer eso por mí? ¿Puedes ser valiente?

Hasan agachó la cabeza y las lágrimas brotaron de sus ojos.

—Eso es. Perros, chicos y mujeres, Hasan. Todos ellos necesitan que les pegues, o se estropean —Suleimán hizo girar el palo en el aire con un movimiento repentino, golpeando a Hasan en el cráneo. El joven chilló y cayó hacia atrás mientras Suleimán se echaba hacia delante, descargando una lluvia de golpes sobre él. Desesperado, Hasan se cubrió la cara con las manos y, al instante, Suleimán le golpeó en el pecho con su huesudo puño, en el punto situado justo sobre el estómago y debajo del esternón. Tirado en el suelo, Hasan se dobló en dos con un quedo gemido, respirando con esfuerzo.

Suleimán le observó con afecto, sorprendido al darse cuenta de que estaba jadeando ligeramente. La vejez era una maldición. Podría haber continuado castigando a aquel simple si su hijo no hubiera elegido aquel momento para subir las escaleras hasta la habitación. Sin apenas mirar a Hasan, Rukn-al-Din entró a grandes zancadas.

—Han enviado una respuesta, padre.

El humor de Suleimán se agrió al oírle y se puso en pie, pensativo, limpiando una mancha de sangre del palo con el pulgar.

—¿Y qué dicen, hijo mío? ¿Vas a tenerme esperando todavía más?

Rukn se ruborizó.

—Han enviado a nuestro hombre de vuelta sano y salvo, pero el mensaje es que abandonemos nuestra fortaleza.

Suleimán le indicó a Hasan con un ademán que se alzara y le dio el palo para que lo retirara de allí. Era extraño, pero a veces prefería la presencia de aquel bobalicón a la de su propio hijo, como la de un perro favorito. Tal vez fuera porque Hasan nunca podría decepcionarle, dado lo poco que Suleimán esperaba de él.

—¿Nada más? —preguntó Suleimán—. ¿Ninguna negociación, ninguna

contraoferta? ¿Es que ese hermano del khan, ese Hulegu, no me da nada por los esfuerzos que he hecho?

—No, padre, lo siento.

Suleimán no soltó una maldición ni mostró ninguna reacción. Consideraba que ese tipo de exhibiciones eran, en última instancia, fútiles o, aún peor, ventajosas para sus enemigos. A pesar de que se había acalorado pegándole a Hasan, seguía siendo capaz de hablar con calma y amabilidad. Mientras reflexionaba, oyó el distante entrecuchar de unas tazas de porcelana ascendiendo por la sinuosa escalera que llevaba a su torre. Sonrió ante la perspectiva del té.

—Ya es casi la hora de mi té matutino, Rukn. ¿Te tomas uno conmigo?

—Por supuesto, padre —contestó Rukn. No había oído aproximarse a la mujer y sus ojos se giraron hacia ella con sorpresa cuando entró cargada con una pesada bandeja. A veces, los talentos de su padre parecían rozar lo místico. Desde luego estaba al tanto de todo cuanto sucedía en la fortaleza, desde el más sutil susurro hasta las habilidades y entrenamiento de cada uno de los hombres.

Hasan se volvió con rapidez cuando oyó a la mujer. Kameela significaba «de la máxima perfección» en árabe y ella era tan hermosa como su nombre sugería, con los cabellos negros y una suave tez aceitunada. Sus caderas oscilaban al caminar y Hasan no podía quitar los ojos de ellas.

Suleimán se rio para sí al ver a Hasan tan subyugado. Dos años antes, por capricho, se la había dado a Hasan como esposa. Suleimán había disfrutado enormemente al percibir la confusión y el terror en aquel bobo cuando entendió lo que significaba el regalo. Hasan no había estado nunca con una mujer y Suleimán se divirtió como un niño. Si había un campo en el que era realmente experto, era en identificar las debilidades de los demás seres humanos. Podía obligar a Hasan a hacer cualquier cosa amenazando con hacerle daño a Kameela. A veces, Suleimán podía tratar el dolor casi como si fuera un arte, empleando a aquel tonto como lienzo. Tomaba nota de gran parte de lo que acaecía entre ellos, para la edificación e instrucción de futuros líderes de la orden. Había escasos registros tan detallados como el suyo en ese ámbito y se complacía aumentando el conocimiento del mundo.

Kameela le sirvió el té sin mirar ni una sola vez a su marido. Suleimán observó con placer su autocontrol. A un perro solo se le podían enseñar trucos sencillos, pero los humanos eran maravillosamente sutiles y complejos. Sabía que no se atrevía a saludar a Hasan en su presencia. En varias ocasiones, Suleimán le había azotado hasta dejarle lleno de sangre a los pies de ella por una mera palabra o sonrisa. Había sabido que el tonto se enamoraría de la hermosa joven, pero el milagro había sido que ella parecía corresponderle en su afecto. Suleimán envolvió su taza de té con sus esqueléticas manos y siguió observando la escena por encima del borde mientras inhalaba el delicado aroma. Si pudiera hacer que los generales mongoles danzaran a su son con tanta facilidad como con sus criados...

Cuando Kameela se inclinó ante él, Suleimán alargó la mano y le pasó lentamente

el dedo por la línea de la mandíbula.

—Eres muy hermosa —le dijo.

—Me honras, mi señor —respondió ella, con la cabeza gacha.

—Sí —dijo Suleimán y enseñó sus amarillos dientes mientras colaba el té—. Llévate a Hasan contigo, flor mía. Tengo que hablar con mi hijo.

Kameela inclinó la cabeza ante la orden y Suleimán observó a Hasan salir tras ella arrastrando los pies, con las manos temblorosas. Se sintió tentado de hacerles entrar de nuevo, de hecho eso es lo que pretendía, pero Rukn-al-Din empezó a hablar antes de que pudiera llamarles. La irritación relucía en los ojos de su hijo.

—La fortaleza de Shirat podría ser destruida, como demostración de nuestra determinación. En cualquier caso, no es un lugar seguro ahora mismo, está lleno de lagartijas y de piedras agrietadas. Si hacemos una demostración destruyendo Shirat, al menos conseguiríamos otro año más. Tal vez para entonces los ejércitos mongoles hayan pasado de largo.

Suleimán contempló a su hijo, deseando una vez más haber engendrado a un hombre de inteligencia. Durante años había confiado en llegar a tener un heredero forjado a su propia imagen y semejanza, pero hacía mucho que esos sueños y esperanzas se habían esfumado.

—Uno no aplaca a un tigre alimentándolo con la propia carne —dijo con sequedad. Hasan y Kameela habían logrado escapar y se sintió irritado con Rukn por haber interrumpido sus placeres—. Si una abominación así va a ser mi legado, ese khan tendrá que arrancárnoslo de las manos. Tenemos que averiguar qué desea ese general y rezar para que no sea como su abuelo Gengis. No lo creo. Hombres como él son raros.

—No entiendo —dijo Rukn.

—No, porque eres un hombre hecho de debilidad combinada con apetitos, y por eso tienes barriga y tienes que visitar a mis médicos para que te quemen las verrugas de tu hombría.

Suleimán hizo una breve pausa, esperando a ver si su hijo respondía a sus insultos. Rukn-al-Din guardó silencio y Suleimán emitió un sonido desdeñoso antes de continuar.

—Cuando Gengis se presentó en la casa de mi padre, solo deseaba destruir. Al khan no le importaban las riquezas y confiaba en su propia capacidad para obtener poder y títulos. ¡Da gracias de que en el mundo no haya habido demasiados hombres así, hijo mío! Con el resto, siempre hay algo. Le has ofrecido la paz a este Hulegu y la ha rechazado. Ahora ofrécele oro y veamos lo que dice.

—¿Cuánto oro debería llevar? —preguntó Rukn.

Su padre suspiró.

—Ni una sola moneda. Si vuelves ante él cargado de carros de joyas, se preguntará cuánto sigue quedando en nuestras arcas. Se esforzará aún más en hacer que nuestra fortaleza caiga. Incluso Gengis exigía un tributo de las ciudades, porque

los que le rodeaban se deleitaban con el brillo de los metales preciosos y los rubíes. Ofrécele... exactamente la mitad de todos los tesoros que tenemos. Así podremos doblar la oferta cuando la rechace.

—¿Querías que le diera todo cuanto tenemos? —preguntó Rukn atónito.

Su padre le dio un bofetón brutal en la cara, haciéndole retroceder, dolorido e incrédulo. Suleimán siguió hablando con una serenidad absoluta.

—¿Qué consuelo sería tener los bolsillos llenos de oro si hemos perdido Alamut y Shirat? No hay nadie en el mundo que se atreva a amenazarnos aparte de estos. Los mongoles no deben entrar aquí, hijo mío. Ninguna fortaleza puede resistir eternamente, ni siquiera Alamut. Le ofrecería las ropas que llevo puestas si creyera por un instante que eso haría que nos dejara en paz. Quizá podamos comprarle con oro. Lo averiguaremos.

—¿Y luego? Y si lo rechaza, ¿entonces qué? —inquirió Rukn, con la mejilla ardiendo por el golpe.

—Si rechaza el oro, reduciremos a escombros Shirat, que una vez fue la joya más valiosa de nuestras posesiones. ¿Sabías que nací allí, hijo mío? Y sin embargo, la cederé si con eso salvamos el resto —meneó la cabeza con un gesto de cansado cinismo—. Si el príncipe mongol pide todavía más, no tendré más remedio que enviar a nuestros mejores hombres a envenenar su comida y su vino, a matar a sus oficiales y a asesinarle mientras duerme. He intentado evitar ese curso de acción, hijo mío. No quiero encolerizar a ese destructor de ciudades, a ese animal que masacra mujeres y niños.

Suleimán apretó el puño durante un momento. Su padre había enviado a sus hombres a matar al gran khan y habían fracasado. El resultado había sido una oleada de destrucción que había arrasado ciudades, dejando una estela de muerte que había atravesado toda la región. Hasta ese día, por donde Gengis había pasado no había más que desiertos.

—Si no nos deja otra opción, le quitaré la vida. El hombre que amenaza nuestra misma existencia no es más grande que los cabreros que cuidan mis rebaños. Todos ellos pueden morir.

Hulegu observó los cadáveres balanceándose suavemente en la brisa. Mongke estaría orgulloso de él, estaba seguro. No había mostrado ninguna piedad en su avance hacia el sur y el oeste de Samarcanda. Sin duda se correría la voz de que había un nuevo khan y que todos debían temerle. Hulegu comprendía cuál era su tarea y estaba deseando obtener la aprobación de su hermano mayor. Solo nueve jóvenes de la ciudad seguían con vida después de que los guerreros de Hulegu hubieran masacrado todo rastro de vida. La poderosa corriente había drenado la sangre de los muertos que habían arrojado al río y las aguas se habían teñido de rojo. Hulegu se sintió complacido: imaginó que el color era arrastrado por el torrente durante cientos de kilómetros, aterrizando a todos los que lo vieran. No se encontraría con puertas cerradas a medida que avanzara, ya no.

Había prendido fuego a tres ciudades pequeñas y docenas de pueblos mientras marchaba hacia el oeste, matando a pocos, pero dejando a los habitantes hambrientos y en la miseria después de que sus hombres hubieran arramblado con cada hogaza de pan y cada tarro de aceite o sal. No conocía el nombre de la ciudad amurallada que había intentado resistirse ante ellos, bloqueando sus puertas con varas de hierro y retirándose a los sótanos mientras sus soldados defendían las murallas.

Había caído en un solo día. Aunque no sabía cuántas unidades de artillería le había entregado Mongke a Kublai, él había tenido suficientes. En una línea de ochenta, las pulidas balas de piedra echaron abajo las puertas con dos impactos, pero no se había detenido a asaltar la ciudad. En vez de eso, había ordenado que los cañones siguieran disparando, convirtiendo las enormes piedras en cascajos y haciendo saltar por los aires a los defensores entre chorros de sangre. Los tumanes habían observado la escena con indiferencia mientras aguardaban sus órdenes.

Solo darse cuenta de que no debía desperdiciar su menguante reserva de pólvora negra movió a Hulegu a ordenar a los artilleros que se detuvieran. Le encantaba ese trueno que podía convocar con un mero ademán. Resultaba embriagador decir «que caiga» y ver que la muralla de una ciudad se desmoronaba violentamente ante sus ojos. Esa tarde permitió a sus hombres entrar en la ciudad y se precipitaron hacia allí a grandes zancadas, luchando por llegar los primeros para asaltarla y saquearla.

Después de violadas, las muchachas fueron atadas en grupos sollozantes, listas para ser objeto de apuestas y negociaciones. Los niños y los ancianos fueron exterminados sin contemplaciones. Al igual que los maltrechos hombres de la ciudad, carecían de valor para ellos. Todas las casas fueron despojadas de los artículos de oro y de plata, que fueron apilados en la plaza central a la espera de ser pesados y tasados. Hulegu llevaba sus propias forjas con él. Tenía la costumbre de fundir los metales preciosos, filtrando las impurezas y aleaciones que flotaban por encima del oro, más denso. Unos químicos persas dirigían el trabajo, arrojando objetos antiguos al fuego para alimentar las llamas. Hulegu les permitía quedarse con un porcentaje de todo lo que obtenían, una parte de mil, que repartían entre ellos. Ya eran hombres ricos y Hulegu se había visto obligado a talar cientos de árboles y esperar a que sus hombres construyeran carros con sus troncos para poder transportar su enorme fortuna.

Muchos de los defensores habían caído cuando los muros se desmoronaron, tosiendo y ahogándose en el polvo. Algunos intentaron rendirse, pero Hulegu no sentía más que desprecio por esos hombres. Observó con placer a los cadáveres meciéndose en el aire. No les había ahorcado, lo que les habría garantizado una muerte rápida. Unos cuantos estaban colgados por los pies, pero a la mayoría los habían sujetado con cuerdas por debajo de las axilas y les habían abierto un tajo en el estómago para que se desangraran hasta morir. Sus agonías eran largas y sus gritos podían oírse a través de las colinas.

Cuando la ciudad ardió en llamas, Hulegu indicó con un gesto al general Ilugei

que cortara las ataduras que sujetaban a los prisioneros. Todos ellos eran hombres que habían luchado con coraje y habían sido derribados a golpes. De una ciudad de diez mil, era una cifra lastimosamente pequeña, pero al menos podía sentir un vislumbre de respeto por esos pocos. Observó en severo silencio cómo se ponían en pie y se frotaban las muñecas. Dos de los nueve estaban llorando, mientras que el resto le miraban fijamente, mudos de horror y de impotente rabia. Saboreó su odio como un sorbo de buen vino, sintiéndose fortalecido.

No hablaba la lengua local, así que hizo que uno de los químicos, un musulmán llamado Abul-Karim que iba tocado con un turbante, repitiera sus palabras.

—Os daré caballos —dijo Hulegu—. Iréis delante de mis guerreros, de mis carros y de mis cañones. Cabalgad hacia el suroeste y decidles a todos que vamos hacia allá. Decidles a todos los hombres que encontréis que deben abrir sus puertas ante mí, que deben entregarme a sus esposas e hijas, que a partir de entonces serán mías, y cederme sus posesiones, que también serán mías. Que así les dejaré con vida. Decidles que si una ciudad, o un pueblo, o incluso una única casa cierra sus puertas ante mí, llevaré la destrucción sobre ellos hasta que la propia tierra aülle de dolor.

Después, dio media vuelta sin molestarse en esperar a que el traductor acabara de transmitir su mensaje. Bagdad se encontraba al suroeste y su califa le había hecho llegar nuevas amenazas y mentiras llenas de violencia. Desde el norte, Hulegu sentía la atracción de los bastiones de los Asesinos. Irritado, emitió un gruñido al verse atrapado entre ambos deseos.

XIV

Kublai tenía una multitud ante sí, desde los hombres que estaban excavando las letrinas hasta los guerreros que trasladaban caballos o las mujeres que atendían los fuegos donde cocinarían para sus maridos e hijos. Nunca había conocido la vida de una tribu en movimiento, pero algo dentro de él se sentía en paz formando parte de ella. Dirigiendo su mirada hacia la lejanía, volvió a maravillarse al contemplar aquella muchedumbre, una auténtica nación, que le acompañaba hacia el sur. Debía de haber medio millón de personas en la columna que descendía por la frontera de las tierras Song. Ni siquiera estaba seguro de su número exacto.

Estiró la espalda con un suave gemido mientras su esposa y su hijo preparaban su ger. No es que el pequeño Zhenjin fuera de mucha ayuda, la verdad. Las órdenes de Mongke no se habían extendido a su familia y el chaval, de diez años, seguía llevando una túnica de seda Chin y calzas, junto con un par de suaves botas de piel de borrego. Su trenza de pelo moreno se movía adelante y atrás con cada movimiento. Kublai se esforzó por no reírse al ver que el chico birlaba un puñado de las humeantes tiras de carne que Chabi estaba metiendo en bolsillos de pan. Su mujer había mirado hacia otro lado solo un instante, pero el chico tenía las manos rápidas. Zhenjin se había atiborrado los carrillos antes de que su madre volviera la vista. Fue simple mala suerte que eligiera ese preciso momento para hacerle una pregunta... o quizá no. Chabi adoraba y mimaba a su primogénito, pero eso no significaba que sus instintos se hubieran embotado. Mientras Zhenjin se esforzaba en responder con un bocado de carne caliente en la boca, ella le clavó un dedo en la barriga y el niño escupió un montón de trocitos de comida, riéndose.

Kublai sonrió. Todavía podía sorprenderse ante la intensidad de sus emociones cuando contemplaba a su familia. No era solo que el niño le llenara de alegría, sino que un momento con su familia podía hacerle entender de repente a sus propios padres. Su padre había entregado su vida para salvar a un khan y, por fin, Kublai había conseguido apreciar el alcance de ese sacrificio. Su padre había actuado por el bien de la nación, sabiendo que nunca volvería a ver a sus hijos o a su esposa. De un modo extraño, su gesto había dejado una deuda pendiente que todos ellos debían pagar, así como la certeza de que, fueran cuales fueran sus vidas, nunca podrían igualar ese acto final de su padre. Kublai intuía que Mongke se enfrentaba a esa misma carga. Su hermano mayor estaba tratando de alcanzar un ideal, pero nunca encontraría la paz buscando la aprobación de los muertos.

Al menos, Mongke no había escatimado en hombres ni suministros. Kublai, a quien se le había asignado Uriang-Khadai como orlok y Bayar como general en jefe, viajaba con doscientos cañones de hierro y miles de carros llenos de pólvora y piezas de equipamiento cubiertos por pesadas lonas. Contaba con un personal de noventa y cuatro hombres y mujeres destinado a hacerse cargo de las necesidades de la nación

en movimiento. Mientras se dejaba llevar por su ensoñación, vio a algunos de ellos en las inmediaciones. Cuando hubiera terminado de comer, le visitarían en su ger para comunicarle los detalles, las quejas y los problemas de muchos. Suspiró ante la perspectiva, pero sabía que las tareas de las que debía ocuparse no le sobrepasaban, todavía no. Caía como una piedra en el sueño todas las noches, pero, aun así, seguía levantándose antes de que amaneciera para practicar con la espada y el arco. Cuando la armadura había dejado de resultarle pesada, Kublai pudo incluso imaginarse dándole las gracias a Mongke por los cambios que había propiciado en él. El khan sabía más sobre lo que significaba ser un guerrero que su hermano menor. Por desgracia, era lo único que sabía.

Kublai notó un picor en la axila y metió el pulgar por debajo de las escamas de hierro para rascarse la zona escocida, con un gruñido de placer. Era una buena vida. Había visto los estados Chin e imaginó brotes verdes creciendo velozmente en la negra tierra. Con solo hundir unos cuantos palos pintados en el blando terreno, había marcado el comienzo de una nueva gran empresa en su vida. Yao Shu había organizado el arrendamiento de miles de parcelas, cuya renta se pagaría con las primeras cosechas. Si los granjeros Chin prosperaban, dos quintos serían para Kublai, que destinaría el dinero a construir una ciudad en el norte.

Era un sueño que merecía la pena, algo que iba más allá de la masa de guerreros y caballos que ocupaban la vista que se extendía hasta el horizonte. Aunque era poco más que un vasto cuadrado marcado en la llanura de hierba, sus hombres ya habían empezado a llamarlo Shangdu, la «Capital Superior». Los que no hablaban las lenguas Chin lo llamaban Xanadú. Susurrando, pronunció la palabra.

Con un suspiro, Chabi se pasó la mano por la frente y le dijo a Zhenjin que llevara la bandeja dentro, para el horno. La boca de Kublai se llenó de saliva. Esos días, tenía hambre continuamente. Su esposa se puso en pie y enderezó la espalda. Kublai volvió la vista hacia ella y sus miradas se encontraron, unidos en su fatiga. La mente de Kublai estaba perdida en visiones de palacios mientras su estómago rugía.

—¿Me has traído un odre de vino? —le preguntó.

—Por supuesto —contestó ella—, aunque espero que no vuelvas a vaciarlo y mañana te quejes de que te estalla la cabeza. No encontrarás ninguna comprensión en mí.

—¡Nunca me quejo! —protestó Kublai, dolido—. Soy como una piedra de lo calladamente que sufro.

—Ah, ¿entonces era algún otro el que rondaba por la ger dando trompicones esta mañana? ¿Maldiciendo y exigiendo saber quién le había robado el sombrero? Pensé que eras tú. De hecho, espero que fueras tú, porque quienquiera que fuera se mostró muy activo ayer por la noche.

—Estabas soñando, mujer.

Chabi le miró con una sonrisa de oreja a oreja y se retiró la larga melena de la cara, atándosela con rápidas y hábiles manos. Kublai le miró con deliberación los

pechos, que se balancearon bajo la tela, y ella resopló.

—A la puerta hay un cubo de agua recién traída para que te laves, viejo chivo. No te quedes ahí fantaseando, que se nos va a enfriar la comida. Sé que te quejarás de todos modos, pero no pienso hacerte caso.

Entró en la tienda y Kublai la oyó reprendiendo a Zhenjin por robarle unos cuantos bolsillos de carne. Kublai se rio para sí. Cuando salió de Karakorum no sabía cuánto tiempo tardarían en llegar a las tierras Song. Habían pasado casi dos años desde que Mongke fuera nombrado khan y Kublai había pasado un año simplemente viajando, desplazando sus enormes huestes hacia el sur, día tras día. Sus tumanes iban acompañados de sus familias y no había síntoma alguno de impaciencia en sus filas. No necesitaban detenerse para vivir. Para ellos, el viaje formaba parte de sus vidas tanto como llegar a destino. Por las noches, jugaban con sus hijos, cantaban, apostaban, hacían el amor, cuidaban a los animales o hacían un millar más de pequeñas cosas que podían hacer en cualquier sitio. Para un hombre que había vivido la mayor parte de su vida en Karakorum, era extraño presenciar algo así.

Kublai había mantenido el juramento que le había hecho a Mongke y no había abierto un solo pergamino o libro desde que abandonara la ciudad. Al principio, le había costado un gran esfuerzo y había dormido mal, soñando con textos antiguos. En las fronteras de las tierras Song había numerosos signos de aquella antigua cultura. Ya habían dejado atrás cientos de pueblos y aldeas y Kublai no había podido resistirse a llevarse las obras escritas que había encontrado en ellos. Su creciente colección viajaba con él y era como un picor constante en el fondo de su mente.

Había sido Yao Shu el que se había ofrecido a leérselos por las noches. Aunque Kublai se sentía incómodo por eludir de ese modo el juramento, no podía negar que suponía un consuelo para él. Su hijo Zhenjin parecía disfrutar de la monótona voz del viejo y se quedaba levantado hasta tarde cuando debería estar durmiendo, absorbiendo cada palabra que oía. La mente de Kublai había sufrido como un desierto en tiempo de sequía y las ideas caían sobre él como una lluvia, haciéndole revivir.

También su cuerpo se había endurecido en los meses de viaje. Las úlceras producidas por la silla de montar no eran más que un doloroso recuerdo. Como a los guerreros experimentados, se le había formado una capa de callo de color amarillo oscuro en la zona baja de la espalda, aproximadamente del ancho de una mano de hombre. Alargó la mano hacia allí para rascarse, frunciendo el ceño al notar el pegajoso sudor que se mantenía en su piel por mucho que se bañara. Aunque llevaba la armadura de escamas, Kublai sufría menos de erupciones y llagas que sus hombres. Durante el húmedo verano, el hedor a carne podrida superaba incluso al olor de la lana mojada y los caballos. Kublai seguía echando de menos el frescor de las túnicas Chin, que tanto habían llegado a gustarle.

El orlok de sus tumanes poseía una ger al alcance de la vista de Kublai, con tres esposas y una hueste de criadas que atendían todas y cada una de sus necesidades. Kublai entrecerró los ojos para ver mejor a Uriang-Khadai, de pie junto a una de

ellas, dándole instrucciones sobre la mejor manera de bordar una silla de montar. La espalda del orlok estaba recta como un palo, como siempre. Kublai resopló. Ya había decidido que Uriang-Khadai era el hombre de Mongke, los ojos del khan en su expedición. El orlok era un oficial experimentado del tipo de los que más impresionaban a su hermano. Incluso se había lacerado las mejillas para que dejara de crecerle la barba. Los bultos queloides de su cara proclamaban que ponía el deber por delante del ego, aunque Kublai los consideraba un signo de una suerte de retorcida vanidad.

Mientras Kublai le observaba, Uriang-Khadai notó que estaba siendo escudriñado y se giró bruscamente hacia él. Pillado espiando, Kublai levantó la mano en forma de saludo, pero el orlok fingió no haberle visto y se volvió hacia su propia ger, su pequeño universo personal dentro del campamento. Kublai sospechaba que Uriang le tenía por un mero erudito, al que su hermano había conferido autoridad sin mérito relevante por su parte. Cuando se reunían cada día, podía percibir el sutil aire de diversión que envolvía a Uriang-Khadai cuando Kublai exponía sus estrategias. No habían simpatizado demasiado pero eso no importaba realmente mientras el orlok continuara obedeciéndole. Kublai volvió a bostezar. La brisa le trajo el olor de su comida y deseó tener un trago de vino para apaciguar sus pensamientos, para dejar de deshacer en pedazos cada idea y luego crear otras nuevas con los restos. Con una última mirada a su alrededor, se dio cuenta de que era capaz de relajarse. Parte de la tensión abandonó sus hombros y espalda mientras se agachaba para entrar en la ger, donde, al instante, Zhenjin, que le había esperado emboscado pacientemente, se le echó encima.

Los tumanes nunca habían estado tan solos como en su descenso hacia el sur. Con una hueste tan vasta y tan lenta, era imposible sorprender a la nación Song. Siempre había exploradores vigilando desde las colinas más próximas. La noticia de su llegada se les había adelantado. Los últimos pueblos por los que habían pasado estaban abandonados, y en algunos de ellos habían hallado extrañas marcas de sangre en el camino. Kublai se preguntó si los habitantes habrían sido masacrados antes de permitirles servir de ayuda a un enemigo. Le parecía plausible. Aunque amaba aquella cultura, no se hacía ilusiones; conocía su brutalidad y el tipo de ejércitos a los que sus hombres se iban a enfrentar. Los Song les superaban en número en una proporción de varios cientos a uno. Poseían ciudades amuralladas, artillería y armas incendiarias, buen acero, ballestas y una excelente disciplina. Mientras trotaba sobre su caballo, repasó mentalmente sus puntos fuertes y sus debilidades, como había hecho un millar de veces antes. Sus puntos fuertes eran intimidatorios, imposibles. Las únicas debilidades que había sido capaz de identificar era que tenían poca caballería y que elegían a sus oficiales por nobleza de nacimiento o con exámenes escritos celebrados en sus ciudades. Comparados con hombres como Uriang-Khadai

y Bayar, Kublai confiaba en que los generales Song también pudieran considerarse unos eruditos amanerados. Él podía vencer a unos eruditos.

Por el rabillo del ojo, vio que uno de sus batidores se dirigía hacia Uriang-Khadai para presentar su informe. Kublai siguió mirando hacia delante, aunque sintió que su corazón se aceleraba al saber que había noticias. Cuatro días antes, la columna mongola había atravesado la frontera Song y había emprendido camino hacia el este. Fuera lo que fuera lo que los ejércitos Song hubieran estado haciendo durante los meses que él había dedicado a aproximarse, ahora tendrían que reaccionar. Había estado esperando entablar algún tipo de contacto. Había hecho todo cuanto había podido con sus formaciones y planes de batalla, pero todo eso cambiaría cuando por fin se enfrentara al enemigo. Kublai sonrió ante el recuerdo de un libro que había aparecido súbitamente en su mente. Hacía muchos años, había memorizado la obra de Sun Tzu. Era consciente de la ironía que suponía que se tratase de un libro dedicado al arte de la guerra escrito por un general Chin. Los Song lo conocerían tan bien como él.

Uriang-Khadai cabalgó con parsimonia hacia él, tomándose su tiempo con absoluta deliberación, aunque miles de ojos interesados observaban el progreso del orlok. Llegó a Kublai e inclinó formalmente la cabeza.

—El enemigo ha salido al campo de batalla, mi señor —dijo, con la voz tan segura y tan seca como si hablara de las raciones de los guerreros—. Han tomado posiciones al otro lado de un río, a unos treinta kilómetros al sureste. Mis exploradores hablan de doscientos mil soldados de infantería y aproximadamente diez mil jinetes.

El orlok ocultaba intencionadamente toda emoción en su voz, pero Kublai notó que el sudor le brotaba de repente debajo de las axilas, haciendo que le picaran las costras de las úlceras. Eran unas cifras terroríficas. Por lo que sabía, Gengis nunca se había enfrentado a tantos hombres, excepto tal vez en la Boca del Tejón, muy lejos, en el norte.

—¿Puedo continuar, mi señor? —preguntó Uriang-Khadai ante su silencio.

Kublai le indicó que prosiguiera con una inclinación de cabeza, reprimiendo su irritación ante su tono pomposo.

—Podrían haber atacado después de que cruzáramos el río, pero, con el río todavía entre nosotros, sugiero que sigamos cabalgando por esta orilla. Podemos obligarles a alejarse de cualquier trampa o zanjas que nos hayan preparado. La ciudad de Ta-li, en Yunnan, está a solo unos cientos kilómetros más al sur. Si continuamos avanzando hacia allí, no tendrán más opción que seguirnos.

Uriang-Khadai aguardó pacientemente mientras Kublai reflexionaba. Al orlok no le habían importado las continuas interferencias de Kublai en el tema de suministros y formaciones. Ese tipo de cosas eran de esperar en un advenedizo. Sin embargo, las batallas eran la responsabilidad del orlok. El propio Mongke lo había dejado claro antes de que partieran.

—Cuídale —había dicho el khan—. No dejes que mi hermano pequeño pierda la vida mientras está inmerso en una de sus ensoñaciones. —Los dos veteranos habían intercambiado una sonrisa de comprensión y, a continuación, Uriang-Khadai se había marchado. Ahora había llegado el momento y estaba preparado para guiar a Kublai a través de su primer contacto con una guerra.

Mientras esperaba, Uriang-Khadai se frotó las abultadas cicatrices de sus mejillas. Había algunos pelos obstinados que, de algún modo, habían sobrevivido a los años de laceración. Nunca estaba seguro de si debía cortarse otra vez o simplemente arrancarse esos pelos rebeldes cuando estuvieran lo suficientemente largos. Mientras Kublai ponderaba la situación, Uriang-Khadai se enrolló un pelo largo en el dedo y se lo quitó de un tirón.

—Tenemos que cruzar el río Chin-sha Chiang —dijo Kublai de repente. Había revisado los mapas en su imaginación, recordándolos casi a la perfección. Uriang-Khadai parpadeó, sorprendido, y Kublai asintió, tomando una decisión—. Ese es el nombre del río que te mencioné, orlok. Está situado entre nosotros y la ciudad que me han encargado que conquiste. Tenemos que atravesarlo por algún punto. Ellos conocen el terreno y por eso se han congregado en esa orilla. Están dispuestos a defenderlo por cualquier sitio que elijamos cruzar. Si encontramos un vado, con las líneas de nuestra formación reducidas, nos masacrarán en el agua.

Uriang-Khadai meneó la cabeza, esforzándose en encontrar las palabras adecuadas para persuadir a un académico que había vivido entre algodones, sin apenas salir de Karakorum en toda su vida.

—Mi señor, ya poseen todas las ventajas. No podemos cederles también la elección del terreno, o nos arriesgamos a ser aniquilados. Déjame que les haga seguirnos a lo largo de la ribera durante unos cincuenta kilómetros y, entretanto, ordenaré a los batidores que busquen lugares para cruzar. Habrá más de uno. Podemos hacer que los arqueros cubran a los que crucen y, después, podemos aparecer a sus espaldas.

Kublai percibía claramente la silenciosa presión ejercida por Uriang-Khadai, que aguardaba a que cediera. Su intención era demasiado obvia e irritó a Kublai.

—Como dices, orlok, han elegido el terreno cuidadosamente. Esperarán que nos precipitemos al otro lado del río como la salvaje tribu que creen que somos y que luego muramos a millares —de pronto, se le ocurrió un modo de lograr que un grupo suficientemente grande de hombres cruzara con rapidez el río y sonrió—. No. Les haremos frente aquí, orlok. Les sorprenderemos.

Por un momento, Uriang-Khadai tartamudeó.

—Mi señor, tengo que aconsejarte que no tomes esa decisión. Yo...

—Envíame al general Bayar, Uriang-Khadai. Vuelve con los tumanes.

El orlok inclinó la cabeza al instante y todo rastro de su ira se esfumó como si se apagara una vela.

—Como deseas, mi señor.

Se alejó con la espalda todavía más estirada que cuando había llegado. Kublai le observó marcharse con gesto malhumorado. Bayar no tardó en ocupar el lugar del orlok, con expresión preocupada. Era un hombre de treinta y pocos años, relativamente joven para la autoridad que tenía. A diferencia de Uriang-Khadai, su rostro estaba liso, a excepción de un mechón de pelo negro en la barbilla. Le rodeaba un poderoso olor a podrido, pero hacía mucho que Kublai se había habituado a eso. Aceptó el saludo de Bayar sin más. No estaba de humor para calmar los recelos del general.

—Tengo una tarea para ti, general. Te ordeno que la lleves a cabo sin quejas ni discusiones, ¿entiendes?

—Sí, mi señor —contestó Bayar.

—Cuando era niño, leí la historia de unos guerreros de Gengis que cruzaron un río utilizando una balsa hecha con piel de borrego. ¿Habías oído hablar de ello?

Bayar bajó la cabeza, sonrojándose ligeramente.

—No sé leer, mi señor.

—No importa. Me acuerdo de la idea que tuvieron. Tendrás que sacrificar a unas seiscientas ovejas para lo que tengo en mente. Recuerda clavar el cuchillo en la parte alta del cuello para que la piel quede intacta cuando se la quitamos. Creo que hay que afeitar la lana. Es un trabajo delicado, Bayar, así que encárgaselo a los hombres y mujeres más cuidadosos que tengas bajo tu mando.

Bayar se le quedó mirando con expresión vacía y Kublai suspiró.

—No hay nada malo en saber un poco de historia, general. No deberíamos tener que reaprender todas nuestras habilidades a cada generación. No cuando el trabajo más duro ya ha sido hecho. La idea es coser los orificios de la piel dejando únicamente uno cerca del cuello. Un grupo de hombres fuertes pueden hinchar la piel soplando y utilizar brea o savia de árbol para sellar las rendijas. ¿Entiendes? Da orden de que pongan a hervir varias cubas con ambas sustancias. No sé cuál funcionará mejor. Cuando estén tirantes y llenas de aire, las pieles flotarán, general. Entonces las ataremos a una estructura de palos delgados y ya tendremos unas balsas capaces de transportar a muchos hombres al mismo tiempo. —Hizo una pausa para calcular las cantidades en su cabeza, algo que siempre hacía con gran rapidez—. Con tres balsas, digamos mil ochocientas pieles de oveja, deberíamos poder llevar al otro lado del río a... mil doscientos guerreros cada vez. En medio día podríamos tener a unos veinte mil hombres al otro lado. Pongamos que se tarda otro medio día para hacer que crucen los caballos, utilizando las balsas para guiarlos. Sí, con cuerdas atadas al cuello para ayudarles a nadar contra la corriente. Un día en total, si no surge ningún contratiempo. ¿Cuánto tiempo necesitas para fabricar las balsas?

Los ojos de Bayar se agrandaron cuando notó que el príncipe dejaba de mirar hacia su interior y volvía a centrarse en él.

—Dos días, mi señor —respondió con falsa confianza. Necesitaba impresionar al hombre que le comandaba y Uriang-Khadai ya había quedado mal. Bayar no quería

provocar él también el disgusto del hermano mismo del khan.

Kublai inclinó la cabeza mientras pensaba.

—Muy bien. Esa es tu única tarea hasta que la hayas llevado a término. Entonces tienes dos días, general. Ahora, da la orden de que la columna se detenga. Haz que los exploradores vuelvan a la zona donde espera el enemigo. Quiero conocer cada detalle del río: sobre su corriente, las orillas, el terreno. Ningún dato es demasiado trivial. Diles que me informen después de la cena.

—Sí, mi señor.

Nervioso, Bayar tragó saliva mientras Kublai le daba permiso para retirarse. Nunca había oído hablar de pieles de oveja utilizadas de esa manera. Iba a necesitar ayuda y sospechaba que Uriang-Khadai no era el hombre a quien debía preguntar. Cuando los cuernos dieron la señal de parar y los tumanes empezaron a desmontar y a ocuparse de sus caballos, Bayar vio el carro en el que viajaba el principal consejero de Kublai, Yao Shu. El anciano monje Chin sabía algo de cosas extrañas como balsas de piel de borrego, Bayar estaba casi seguro.

Cuando el sol salió al día siguiente, Bayar ya se había entregado por completo a la difícil tarea. Las primeras pieles bulbosas estaban preparadas desde la noche anterior y habían sido trasladadas a caballo hasta el cercano río. Con gran ceremonia, las bamboleantes plataformas habían sido colocadas en el agua y dos voluntarios se habían subido a ellas para intentar cruzar el río. Ambos hombres se habían hundido antes de llegar a medio camino y habían tenido que ser sacados tirando de las cuerdas que llevaban atadas a la cintura. Parecía una empresa imposible pero, según afirmaba Yao Shu, realmente se había hecho en el pasado, aunque a menor escala. Probaron a frotar las pieles con aceite justo después de afeitarles la lana y luego inflarlas y sellarlas enseguida, antes de ponerlas a secar. Cuando Bayar regresó a la orilla, recitó mentalmente una oración a la madre tierra. Había apostado por la idea del aceite y había puesto a miles de familias a trabajar en ello. Si la última tanda fallaba también, no cumpliría el límite que él mismo se había impuesto. De pie en la penumbra matutina, Bayar miró de reojo a Yao Shu y su calma le infundió confianza. Estaban uno junto al otro mientras dos guerreros se ataban sendas cuerdas a la cintura y, tras tenderse sobre las pieles flotantes, se empujaban para alejarse de la orilla. Ninguno de los dos guerreros sabía nadar y, mientras atravesaban las oscuras aguas ayudándose con las manos, se les notaba muy incómodos.

A medio camino, la corriente del río era muy fuerte y los hombres que sujetaban las cuerdas desde la orilla fueron arrastrados curso abajo junto con los guerreros de las balsas. Aun así, continuaron avanzando y Bayar lanzó un grito de alegría cuando vio que uno de ellos se ponía en pie y levantaba el brazo desde la ribera opuesta antes de trepar de nuevo a la balsa para emprender el viaje de vuelta, que fue mucho más rápido, ayudado por la fuerza de muchas manos tirando de las cuerdas.

Bayar dio unas palmadas en la espalda de Yao Shu, notando los huesos debajo de la colorida túnica.

—Nos arreglaremos con eso —dijo el general, tratando de disimular su alivio. Uriang-Khadai no estaba allí. El orlok había decidido hacer como si no hubiera notado que, de repente, todo el mundo se había puesto manos a la obra en el campamento. Mientras las familias trabajaban las pieles, aceitándolas y cosiéndolas a toda marcha, el orlok puso a sus hombres a practicar con el arco y a los equipos de artilleros a sudar para mejorar su velocidad en el manejo de los cañones. A Bayar le daba igual. Había descubierto que la tarea que le habían encomendado le resultaba fascinante y por la tarde del segundo día se dirigió con amplias zancadas a la tienda de Kublai, incapaz de reprimir una ancha sonrisa mientras esperaba a que le diera permiso para entrar.

—Está hecho, mi señor —dijo con orgullo.

Para su alivio, Kublai sonrió, uniéndose a la evidente satisfacción de Bayar.

—Nunca dudé de que sería así, general.

El calor y la sed atormentaban a Hulegu mientras cabalgaba hacia el norte. El grueso de su ejército había partido sin él para poner sitio a Bagdad. El centro del islam era una poderosa ciudad junto al río Tigris y sabía que no caería rápidamente. La decisión había sido difícil, pero había pensado que su desvío hacia el baluarte de Alamut sería una operación veloz, que le costaría tan poco como aplastarle la cabeza a una serpiente con el tacón antes de sumergirse en el trabajo de verdad. Sin embargo, llevaba cientos de kilómetros sufriendo a través del país más hostil que había visto jamás. El sol había despertado en él una furia latente que parecía llevar semanas fraguándose en su interior. Levantó la vista, cubriéndose los ojos con la mano para observar las montañas, y vio nieve en la cumbre de un pico conocido como el Trono de Salomón. En algún lugar de aquellos remotos riscos se encontraba la fortaleza más poderosa de los Asesinos Ismaelitas.

Hacía mucho que las últimas ciudades y pueblos habían quedado atrás. Sus guerreros atravesaron una llanura abrasadora, pasaron por una superficie de rocas sueltas y derrubio que dejó cojos a muchos de sus caballos. En un lugar así no había pasto en absoluto y Hulegu había perdido bastante tiempo buscando la forma de obtener grano y agua para los hombres y los animales. Originalmente, tres tumanes le habían acompañado al norte, pero, cuando vio lo desolado que era el terreno, había ordenado a uno de ellos que regresara a Bagdad y a otro que actuara como un cuerpo de relevos para garantizar el suministro de agua. No tenía ningún deseo de ver cómo sus mejores monturas morían de sed. Sin embargo, Hulegu no se dejó disuadir por las dificultades. Si acaso, le reafirmaron en su decisión. Ninguna meta debería conseguirse fácilmente, se dijo. El sufrimiento engendra valor.

En otra época, Gengis había prometido aniquilar a la secta de los Asesinos. Tal vez el gran khan creyera incluso que lo había logrado, pero habían sobrevivido, como las malas hierbas entre las rocas. Cuando Hulegu recorrió con la vista el tumán que le quedaba, se sentó más erguido en la silla, mostrando claramente su orgullo. Había crecido con las historias de Gengis y enfrentarse a uno de sus antiguos enemigos en el campo de batalla le resultaba más que satisfactorio. Ordenaría que sus apreciadas fortalezas fueran derruidas, convertidas en unos ennegrecidos bloques de piedra en medio de los valles. Hulegu se prometió a sí mismo que, cuando se marchara de allí, solo las serpientes y los lagartos se arrastrarían por donde los Asesinos habían caminado. Bagdad no caería en la siguiente estación. Tenía tiempo para poner fin a ese asunto personal entre su familia y los musulmanes que habitaban en Alamut.

Tres guías conducían a los tumanes a través de la planicie, reclutados a punta de cuchillo en el último pueblo por el que habían pasado. Hulegu tenía exploradores y espías repartidos por el país para recabar información, pero ninguno de ellos había sido capaz de facilitarle la ubicación exacta de la fortaleza. Incluso las cartas que había intercambiado con los Asesinos habían llegado a través de importantes

mercaderes de las ciudades, llevadas por sus propios jinetes. La mejor información de la que disponía le había revelado la cordillera de montañas donde se encontraba y nada más. Incluso eso le había costado una fortuna en plata y todo un día dedicado a torturar a un hombre que había sido entregado por los suyos. No importaba. Hulegu siempre había sabido que tendría que llegar hasta aquella zona para darles caza. Preguntaba constantemente a los guías, pero todo cuanto hacían era pelearse entre sí en árabe y encogerse de hombros mientras señalaban a las montañas. No se habían topado con ningún ser vivo en mucho tiempo cuando sus batidores, cuyos caballos estaban cubiertos de un sudor espumoso, se presentaron ante él.

Al verles abriéndose paso hasta él a través de las primeras filas del tumán, Hulegu frunció el ceño. A pesar de la distancia, podía percibir su urgencia en el modo en que montaban sus caballos y, como estaba habituado a hacer, se obligó a mantener una expresión impasible.

—Mi señor, hay unos hombres más adelante —dijo el primer explorador. Se tocó la frente, los labios y el corazón con la mano derecha en señal de respeto—. A unos veinte kilómetros, quizá algo más. Solo veía ocho caballos y una amplia tienda de seda, así que me acerqué mientras mi compañero se mantenía fuera de su alcance, listo para regresar hasta ti.

—¿Has hablado con ellos? —preguntó Hulegu. Bajo la armadura, gotas de sudor rodaban por su espalda, pero su humor mejoró al pensar que tenía que estar cerca si había hombres congregándose en la falda de las colinas para esperarle. El explorador asintió.

—El líder dijo que era Rukn-al-Din, señor. Afirmó tener autoridad para hablar en nombre de los Ismaelitas. Me pidió que te informara de que había una tienda fresca y unas bebidas preparadas para ti, mi señor.

Hulegu se puso a reflexionar, arrugando el entrecejo. No le apetecía especialmente sentarse a hablar con hombres que negociaban con la muerte. Desde luego no podía ni comer ni beber con ellos. Del mismo modo, no podía permitir que sus guerreros notaran que tenía miedo de un grupo tan reducido de hombres.

—Dile que iré —contestó. El explorador se alejó al trote a través de las líneas para conseguir un caballo descansado y Hulegu convocó al general Ilugei, saludándole con una inclinación de cabeza cuando le vio aproximarse.

—Han preparado un lugar para que nos reunamos, general. Quiero que lo rodees, para que entiendan las consecuencias de una posible traición. Iré allí, pero si no vuelvo, quiero que los destruyas por completo. Si caigo, Ilugei, quiero que dejes una marca en su historia para que sean conscientes de su error. ¿Entiendes? No por mí, sino por los que vendrán después de mí.

Ilugei inclinó la cabeza.

—Como desees, mi señor, pero no conocen tu cara. Déjame ir en tu lugar para ver cuáles son sus intenciones. Si planean quitarte la vida, déjame ser yo quien les haga salir de su escondite.

Hulegu lo meditó unos instantes, pero luego negó con la cabeza. Sentía cómo se le removía en el estómago un gusano de miedo y eso le enfurecía, haciéndole arder por dentro tanto como le abrasaba el calor del día. No podía frenar ese miedo, pero podía hacerle frente.

—Esta vez no, Ilugei. Los Asesinos confían en el temor que infunden. Es parte de su poder, puede que incluso su esencia. Con unas pocas muertes cada año, provocan el terror en todos los hombres. No les daré eso, no lo obtendrán de mí.

Rukn-al-Din, vestido con unas túnicas ligeras, daba pequeños sorbos de una bebida enfriada con hielo. Si el general mongol no se presentaba pronto, toda la preciosa reserva que había traído de las cumbres se derretiría. Echó un vistazo al goteante bloque blanco que habían situado en un cubo de madera a su lado e indicó con un gesto que le añadieran unas cuantas virutas más a la bebida. Al menos, podía disfrutar del lujo mientras aguardaba.

Los mongoles seguían cabalgando en torno a su pequeño grupo, formando un muro móvil de hombres y caballos. Durante medio día, se habían divertido gritando y lanzando chillidos de miedo fingido mientras los hombres de Rukn los ignoraban por completo. Situar en posición a diez mil guerreros llevaba su tiempo y Rukn se preguntó si vería al hermano del khan antes de la puesta de sol. No había ninguna fuerza oculta que los mongoles pudieran descubrir, aunque no tenía ninguna duda de que desperdiciarían sus energías registrando minuciosamente las colinas que los rodeaban. Por milésima vez repasó las ofertas que podía hacer en nombre de su padre. No era una lista demasiado larga. Oro y, en segunda instancia, una fortaleza, ofrecida de tal modo que pareciera que se la estaban arrebatando. Rukn frunció el ceño deseando que su padre estuviera allí para llevar a cabo la negociación. El anciano era capaz de vender su propia sombra en pleno mediodía, pero Rukn sabía que había una posibilidad de que no sobreviviera a la reunión. Los mongoles eran impredecibles, como niños enfadados armados con espadas. Podían tratarle con honor y cortesía o simplemente cortarle la garganta y seguir adelante con absoluta indiferencia. A pesar de la brisa de la tarde y la fresca bebida, Rukn notó que, después de todo, estaba transpirando. No sabía qué hacer si sus ofertas eran rechazadas. Nadie había contado con que los mongoles aparecieran por esa zona, cuando fuentes fidedignas le habían informado de que se dirigían hacia Bagdad, a cientos de kilómetros de distancia. Ni siquiera la barrera natural de la árida planicie parecía haberles retrasado apenas y Rukn se dio cuenta de que estaba asustado. Antes de la puesta del sol, podía haberse convertido en otro cadáver esperando a ser reclamado por el polvo.

Al principio, no se percató de que Hulegu había llegado. Rukn-al-Din estaba acostumbrado a la grandiosidad de los califas y esperaba al menos algún tipo de séquito, de fanfarria. Por el contrario, un guerrero polvoriento desmontó en medio de

otros muchos como él. Rukn le observó, notando la extraordinaria anchura de sus hombros cuando se detuvo a hablar con dos o tres de los que le rodeaban. A los mongoles les encantaba la lucha, una de las escasas costumbres civilizadas que tenían. Rukn-al-Din se estaba preguntando si podría lograr que el hermano del khan se interesara en un desafío con uno de los suyos cuando vio que ya estaba avanzando hacia la tienda con grandes zancadas. Se levantó, dejando a un lado su bebida.

—*Salaam alaikum*. Te doy la bienvenida. Supongo que eres el príncipe Hulegu, hermano de Mongke Khan. Soy Rukn-al-Din, hijo de Suleimán-al-Din.

Su intérprete tradujo sus palabras del árabe a la áspera lengua mongola y, mientras le escuchaba, Hulegu lanzó una breve mirada a Rukn, que eligió ese momento para hacer una profunda reverencia. Su padre se lo había ordenado, aunque a Rukn le había molestado incluso imaginarse haciéndola. El guerrero le miró con frialdad y Rukn observó cómo sus ojos se movían de un lado para otro revisando el interior de la tienda, absorbiendo todos los detalles. Hulegu todavía no había entrado en la tienda en sombra. Permanecía en el umbral, estudiando el interior con una mirada hostil, mientras sus diez mil continuaban armando un escándalo espantoso a su alrededor. La luz del sol poniente iluminaba el polvo, que flotaba en el aire en espirales girantes. Rukn se esforzó por mantener la calma.

—Tendrás sed, mi señor —continuó Rukn, confiando en no estar exagerando con los títulos y los honores—. Por favor, siéntate a la sombra. Mis hombres han traído hielo para que estemos frescos.

Hulegu gruñó. No confiaba en el hombre de débiles facciones que tenía delante, hasta el punto de resistirse a revelar que comprendía su lengua. Pensó en la oferta de Ilugei de ir a la reunión en su lugar y se preguntó si aquel desconocido sería quien decía ser. Presionado por la palma abierta de Rukn, Hulegu se relajó lo suficiente para entrar. Frunció el ceño al ver que la silla que le habían destinado tenía el respaldo de espaldas a los criados de Rukn y, con sequedad, dio una orden a sus hombres. Uno de los oficiales mongoles, que irradiaba peligro en todos sus movimientos, con paso tranquilo, penetró tras él en la tienda. Rukn se mantuvo inmóvil mientras la silla era arrastrada por el suelo alfombrado hasta ser situada contra la pared de seda. Por fin, Hulegu se sentó y despidió con un gesto a su hombre y al criado que sostenía una bandeja de vasos altos.

—Os dije que destruirais vuestras fortalezas —dijo Hulegu. Colocó las manos en las rodillas, sentándose muy recto y listo para levantarse de un salto—. ¿Lo habéis hecho?

Rukn se aclaró la garganta y dio un sorbo a su bebida mientras el intérprete hablaba. No estaba habituado a que los negocios se discutieran de forma tan abrupta y se puso nervioso. Había planeado iniciar una negociación que duraría toda la noche y quizá la mayor parte del día siguiente, pero bajo esa cruel mirada, se encontró balbuceando parte de sus promesas a toda prisa, mientras las advertencias de su padre se deshacían en su mente como el hielo de su bebida.

—Me han dicho, señor, que empezaremos a trabajar en el castillo de Shirat la próxima primavera. A finales del año que viene habrá desaparecido y podrás decirle a tu khan que te hemos obedecido.

Hizo una pausa para permitir al intérprete que tradujera, pero al final de la traducción Hulegu no dijo nada. Rukn se esforzó por encontrar palabras para continuar. Su padre le había dicho que les hiciera comprender a los mongoles que derruir miles de toneladas de piedra tallada era una tarea que llevaba meses. Si aceptaban la oferta, la obra sería retrasada una y otra vez. Se invertiría mucha energía y esfuerzo, pero el castillo tardaría años en ser demolido. Tal vez para entonces el distante khan se hubiera roto el cuello o el gran ejército de Hulegu hubiera encontrado otros blancos sobre los que dirigir su saña.

—Shirat está situada en lo alto de las montañas, señor. No es fácil derruir algo que se ha mantenido en pie durante milenios. Sin embargo, entendemos que querrás informar al khan, tu hermano, de que has tenido éxito. Hemos preparado algunos regalos para él, suficiente oro y joyas como para llenar una ciudad —por primera vez, vislumbró un destello de interés en los ojos de Hulegu y se tranquilizó en parte.

—Enséñamelos —dijo Hulegu, y su petición fue traducida con un breve sonido por el intérprete.

—Mi señor, no están aquí. Tú y yo respondemos ante señores más poderosos. Yo soy solo un emisario de mi padre, como tú hablas en nombre de tu khan. No obstante, me ha autorizado a ofrecerte cuatro mil pequeños lingotes de oro, así como dos cofres de dinares. —El mero hecho de pronunciar esas palabras hizo que Rukn-al-Din volviera a sudar. Las cantidades eran enormes, suficientes para fundar una pequeña ciudad. Por su parte, el mongol le siguió mirando fijamente sin más, mientras el intérprete traducía sus palabras en tono monótono.

—Aceptáis tributo de vuestros aliados, ¿verdad? —preguntó Rukn, presionándole. Hulegu aguardó pacientemente a que acabara la traducción.

—No. Aceptamos tributos de aquellos que nos sirven —replicó Hulegu—. Has hablado, Rukn-al-Din. Has dicho lo que te habían ordenado decir. Ahora escúchame —hizo una pausa mientras el intérprete hablaba, sin dejar de observar atentamente a Rukn—. Lo que me interesa es el centro del islam, la ciudad de Bagdad. Voy a tomar ese lugar, ¿lo entiendes?

Rukn asintió, incómodo, al oír las palabras.

—En comparación con eso, tu padre y tu secta tienen muy poca importancia para mí. Por el honor de mi abuelo, me habría gustado verlos reducidos a cenizas, pero me has ofrecido oro y amistad. Muy bien, aceptaré el doble de la suma en oro y la destrucción de dos de vuestras fortalezas. Aceptaré un juramento de lealtad de vuestra secta a mi familia y a mí —dejó que el traductor llegara hasta el final para observar la reacción de Rukn-al-Din—. Pero no te daré mi palabra. Como tú mismo has dicho, ambos tenemos que responder ante alguien. Cuando regrese junto a mi hermano, me preguntará si he hablado con Suleimán. No se dará por satisfecho con ninguna otra

cosa, ¿entiendes? Puede haber paz entre nuestras familias, pero solo cuando haya hablado con Suleimán. Llévame a Alamut para que me reúna con él.

Rukn luchó para disimular su placer. Había temido que el mongol rechazara todas sus ofertas, incluso que llegara a matarle en su propia tienda. Pero un zarcillo de sospecha se introdujo en su alegría. El líder mongol podría considerar ventajoso hacer avanzar su ejército hasta el antiguo bastión. Rukn no sabía si los guías de aquel hombre podrían siquiera encontrarlo por sí solos. Pensó en la inexpugnable fortaleza, a la que se accedía por un único sendero a través de una escarpada pared de roca. Bueno, que se acercaran y alzaran la vista hacia ella. Los proyectiles de sus catapultas y cañones no alcanzarían una altura tan grande. Podían rugir y bramar durante un siglo al pie de la cumbre y no conseguir entrar jamás.

—Haré como dices, mi señor. Ordenaré a un mensajero que se adelante a avisar y te daremos la bienvenida como amigo y como aliado —su mirada se tornó astuta y, meneando la cabeza con pesar, dijo—: En cuanto al oro, no creo que haya tanto en el mundo entero. Si aceptas la primera parte como regalo, estoy seguro de que el resto podríamos ir enviándotelo cada año como tributo.

El líder mongol sonrió por primera vez. No parecía que el joven se hubiera dado cuenta todavía de que su vida estaba en manos de Hulegu.

Suleimán respiró hondo, deleitándose en el olor a excremento de ovejas que flotaba en el claro y limpio aire. El diminuto prado situado en el extremo más lejano de Alamut era un milagro producto de un raro ingenio, un testamento de la habilidad y visión de sus antepasados. Unos arbolitos daban sombra al rebaño y, a menudo, Suleimán se dirigía hacia allí cuando necesitaba pensar en paz. El prado no ocupaba ni una hectárea en total, lo justo para sustentar a una docena de ovejas y seis cabras. Bajo la luz del sol, tenían un aspecto rollizo y la piel reluciente, y su permanentes balidos eran un bálsamo para su alma. Algunas de ellas se aproximaron al verle, sin miedo, confiando en recibir algún alimento y él les sonrió, enseñándoles las manos vacías. En el fondo de su corazón, siempre se había considerado un pastor, tanto de hombres como de animales.

Paseó por la tupida hierba hasta alcanzar la escarpada pared de roca que había en uno de los lados del prado y recorrió su superficie con los dedos. Había allí una pequeña cabaña, con sacos de pienso para el invierno y unos grises bloques de sal para que los lamieran los animales. Comprobó el estado de los sacos con cuidado, asegurándose de que no tuvieran moho, que podría ser venenoso para su precioso rebaño. Durante un tiempo, transportando los sacos a una zona de luz y comprobando su contenido, se olvidó de todo lo demás. En un lugar así, costaba creer que se enfrentaba a la completa aniquilación de su clan.

Era difícil negociar con alguien cuyo solo deseo parecía ser destruirle. Suleimán deseó que su hijo regresara con algo, pero no confiaba mucho en que fuera así. El

líder mongol insistiría en ver Alamut y, una vez que conociera el camino a través del laberinto de valles y senderos, pondría sitio a la fortaleza y empezaría a matarlos de hambre. Suleimán observó con pesar su pequeño prado. Los animales no podrían sustentar a su pueblo demasiado tiempo. Rara vez había más de sesenta o setenta hombres en el bastión de Alamut, con aproximadamente el mismo número de criados. Siempre había sido una comunidad reducida, incapaz de sobrevivir sin el pago en oro por sus trabajos. No podía resistirse a los mongoles por la fuerza, del mismo modo que su padre no habría podido vencer a Gengis por la fuerza. Suleimán hizo una mueca cuando se dio cuenta de que no le quedaban alternativas. Tres de sus hombres se hallaban fuera, en el mundo, ocupándose de encargos cuyo pago estaba esperando. En silencio, enumeró los nombres de los mercaderes cuyo asesinato les había encomendado. No volvería a saber nada de sus hombres hasta que el trabajo estuviera hecho. Otros dieciocho estaban en plena forma en Alamut, entrenados en los métodos del asesinato sigiloso. Era tentador enviarles a todos fuera, pero la realidad era que lo único que conseguiría con eso es que se entorpecieran los unos a los otros. Su entrenamiento nunca les había preparado para ningún tipo de ataque en masa. Todo lo que les habían enseñado se centraba en lograr acercarse sin ser vistos y asestar un único golpe, ya fuera con la mano o con un arma. En sus días de juventud, Suleimán había despachado a un acaudalado mercader simplemente drogando su vino y luego cerrándole la boca y la nariz con las manos mientras dormía. No había quedado ninguna marca en su cuerpo y todavía era considerado un ejemplo cuasiperfecto de su oficio. Suspiró, recordando tiempos mejores. Los mongoles no tenían respeto por la tradición y, por lo visto, tampoco temían las represalias a las que podrían enfrentarse. Sus Asesinos tendrían que ser enviados contra el propio khan, quizá mientras Alamut soportaba el sitio al que sin duda la someterían. Suleimán estaba seguro de que la ira del khan se encendería si su hermano caía, independientemente de cómo lo disfrazaran. El anciano calculó mentalmente los tiempos de viaje, intentando encontrar la mejor estrategia para acabar con los dos. Todavía confiaba en poder sobornarlos o engañarlos, pero su papel como pastor de su rebaño implicaba que tenía que planificar todas las posibilidades.

Sumido en sus pensamientos, Suleimán no vio a Hasan salir de detrás de la sombra de la cabaña. Suleimán miraba hacia el prado, cubriéndose los ojos con la mano para protegerse de los últimos rayos del sol. De repente, el joven se abalanzó como una flecha sobre él y le golpeó la sien con una piedra plana. Sonó un crujido y Suleimán gritó de sorpresa y de dolor. Se tambaleó hacia un lado y, con la visión desenfocada, estuvo a punto de caer en cuclillas. Pensó que se trataría de una roca que había caído de lo alto del muro de piedra y seguía aturdido, palpándose la cara en busca de sangre, cuando Hasan volvió a golpearle, haciéndole caer al suelo.

Suleimán reconoció el sabor de la sangre que resbalaba por su garganta desde su destrozada boca. Alzó la mirada, atontado y atónito, incapaz de comprender qué estaba sucediendo. Cuando reconoció a Hasan, de pie a su lado, su vista se posó en la

piedra manchada de rojo que el joven todavía sostenía en la mano.

—¿Por qué, hijo mío? ¿Por qué haces algo así? ¿Es que no he sido como un padre para ti? —le preguntó, atragantándose. Se percató de que Hasan, que jadeaba como un perro bajo el sol del desierto, era presa de un torbellino de emociones. Parecía horrorizado ante lo que había hecho y, cuando el mundo dejó de girar, Suleimán levantó una mano hacia él.

—Ayúdame a ponerme en pie, Hasan —le dijo con voz amable.

El joven se adelantó y, por un momento, Suleimán creyó que iba a hacer lo que le pedía. En el último instante, Hasan volvió a levantar la piedra y a dejarla caer en un tremendo golpe sobre la frente de Suleimán, rompiéndole la bóveda craneal. A partir de entonces ya no supo nada más, y no oyó cómo el tonto se alejaba llorando hacia la fortaleza.

Hulegu tenía que admitir que Alamut le había impresionado. La fortaleza estaba construida en una piedra diferente de la de las montañas que la circundaban. No podía ni imaginarse el arduo trabajo que había supuesto transportar cada bloque hasta esa grieta en las rocas, ampliar la hendidura con martillos y cinceles, para luego poner piedra sobre piedra hasta que pareciera que el baluarte había aflorado del propio paisaje.

Levantó la cabeza para observarlo bien y fue estirando más y más el cuello hacia atrás. En la posición de elevación máxima, sus cañones no podrían más que arañar su superficie y sus letales misiles rebotarían sin fuerza contra los muros. No contaba con ninguna otra arma que pudiera llegar siquiera hasta la fortaleza desde el valle y sus ojos identificaron un único sendero que llevaba hasta la pared de roca. No podrían asaltar las puertas. Dudaba de que más de dos hombres pudieran situarse frente a ellas sin que alguien se despeñara y encontrara la muerte cientos de metros más abajo.

Habían tardado muchos días en alcanzar la fortaleza y Hulegu sabía que le habría costado infinitamente encontrarla sin Rukn-al-Din. Sí, sus diez mil guerreros podrían haber cubierto todos los valles y caminos cortados de la zona, pero habrían invertido meses. Sus tres guías parecían tan impresionados como los mongoles y Hulegu sospechaba que solo el terror les había hecho prometerle que conseguirían hallar el camino de entrada.

Se había producido un ligero desencuentro con Rukn-al-Din después de su primera reunión. El joven ismaelita había insistido en que solo un guardia de honor acompañara a Hulegu en el último tramo. Hulegu volvió a esbozar una sonrisa al recordarlo. Para negociar, un hombre necesitaba poseer alguna ventaja y Rukn no tenía ninguna. Hulegu no había hecho más que describir las numerosas formas en que se podía torturar a un hombre para sacarle la información que se necesitaba y Rukn se había callado. Ya no cabalgaba con tanto orgullo, charlando con los hombres que le rodeaban. Sus compañeros y él se habían dado cuenta de que eran poco más que

prisioneros, a pesar de todas las promesas que se habían hecho.

Y, sin embargo, fue la propia Alamut la que melló la confianza hasta entonces completa de Hulegu. Su ejército meridional estaba descendiendo hacia Bagdad y no quería tener que imponer un sitio que podría llevar dos años o más. Cuando llegó al inicio del sendero, vio que había varios hombres bajando por él, posiblemente con algún mensaje del padre de Rukn. Hulegu miró con irritación los empinados escalones y, en un impulso, ordenó a uno de sus hombres que los subiera a caballo. Albergaba una vaga esperanza de que los pequeños caballos mongoles pudieran subirlos sin perder el equilibrio. Conocían las montañas de la patria y eran animales ágiles.

Hulegu observó con interés cómo el solitario jinete guiaba a pie a su montura hasta la primera curva, a casi cien metros por encima de sus cabezas. Oyó a sus oficiales intercambiar apuestas en susurros y, de pronto, uno de ellos lanzó una maldición y Hulegu se protegió los ojos con la mano para mirar hacia arriba.

El caballo y el jinete se estrellaron contra el suelo un momento después, y el estrépito resonó en las colinas que los rodeaban. Ninguno de los dos sobrevivieron a la caída y Hulegu maldijo entre dientes mientras Ilugei, contento, recogía monedas de plata de los demás oficiales.

Los hombres que descendían se habían detenido, asomándose al borde y haciéndose gestos antes de continuar. Cuando por fin llegaron al terreno llano, ambos estaban manchados de polvo y de sudor. Con prisas, se inclinaron ante los mongoles oficiales mientras sus ojos buscaban a Rukn-al-Din. Hulegu desmontó y se acercó hacia ellos en el momento en que hacían una reverencia ante el joven.

—Amo, tu padre ha muerto —oyó que decía uno de ellos. Rukn lanzó un sonoro grito de angustia y dolor y Hulegu se rio entre dientes.

—Parece que será el nuevo amo de Alamut quien me mostrará el camino hasta la fortaleza, Rukn-al-Din. Mis hombres irán delante. Mantente cerca de mí. No quiero que te caigas y te mates en este momento de dolor.

Rukn-al-Din le miró boquiabierto, con la mirada apagada por la desesperación. Su espalda se encorvó al oír las palabras de Hulegu y empezó a caminar como hipnotizado, siguiendo a los primeros hombres que se disponían a recorrer el camino hasta la elevada fortaleza.

XVI

Cuando Kublai le dio el alto a sus huestes junto a la ribera del río, el atardecer pintaba franjas de oro y de rojo en el cielo. Había explorado el área y, al divisar el vado que aparecía en sus mapas, les había ordenado parar. Al otro lado del amplio tramo de oscuras aguas, el comandante Song aguardaba expectante. Sabía que Kublai tendría que cruzar el río en algún momento, quizá incluso esa misma noche. En la penumbra del crepúsculo, Kublai sonrió de oreja a oreja al ver las columnas Song maniobrando para aproximarse sutilmente al vado, listos para reaccionar ante cualquier tipo de ataque que hubieran planeado. Los dos vastos ejércitos se miraron el uno al otro a través de la caudalosa barrera. Kublai se imaginó la confusión que reinaría en las tiendas de los mandos cuando vieran que los tumanes mongoles no les atacaban. Dudaba de que consiguieran conciliar el sueño esa noche.

Antes de que la última luz hubiera desaparecido, los equipos de artilleros de Kublai terminaron sus preparativos, marcando los lugares apropiados para los cañones y colocando en el extremo de unos palos unas lámparas provistas de puertecitas que disimulaban la luz. Por la noche, antes de que saliera la luna, los cañones fueron trasladados hasta las posiciones marcadas, empujados en silencio por decenas de esforzados voluntarios. Al mismo tiempo, la fuerza principal retrocedió, alejándose del río. Kublai no había visto signos de que en el campamento Song se estuvieran llevando a cabo operaciones similares, pero no quería verse sorprendido por algún oficial emprendedor que hubiera tenido su misma idea. Por una vez, los guerreros pasarían la noche sobre las sillas o en la hierba junto a sus caballos. Las familias se encontraban otro kilómetro y medio más lejos que los tumanes, bien apartados del peligro. Kublai se preguntó qué estaría haciendo Chabi en ese momento. Sabía que esa noche sería peligrosa para él, pero no había mostrado ningún miedo, como si no hubiera hombre sobre la tierra que pudiera hacerle algún daño a su esposo. Kublai la conocía lo bastante bien para notar que, en parte, se trataba de mero fingimiento, pero aun así su actitud le resultaba extrañamente tranquilizadora. La idea de tener que decirle a su esposa y a su hijo que había fracasado era mejor motivación para él que nada que pudiera hacerle Mongke.

La luna se elevó despacio en el firmamento y Kublai se detuvo a observarla, frotándose las palmas húmedas en la armadura y deseando haberse puesto una túnica más ligera. Hasta las noches eran calurosas en un territorio tan meridional y nunca se sentía cómodo. Sus cañones estaban cubiertos por ramas sueltas para disimular sus formas y se dijo que el enemigo no sería capaz de descubrir lo que había hecho. Por sí sola, la artillería habría sido únicamente, a lo sumo, un gesto, una pequeña dosis de terror en la noche antes de que se retiraran y se reinstaurara el orden. Un comandante joven podría haber tomado esa decisión con la intención de matar a unos cuantos y hacer que el enemigo corriera de un lado para otro durante algún tiempo. Kublai se

rio para sí. Él esperaba conseguir más. El cálculo de los tiempos sería decisivo y Kublai entrecerró los ojos en la oscuridad, tratando de vislumbrar una señal. Llevaba varios días sin hablar con Uriang-Khadai, aparte de las cortesías más básicas. Era evidente que el orlok estaba resentido por el modo en que Kublai había ejercido su autoridad sobre él, haciendo que una formalidad vacía se convirtiera en una realidad palpable. Kublai notaba que Uriang-Khadai se estaba conteniendo, esperando a que cometiera algún error. La batalla que tenían ante sí era importante en muchos sentidos y le preocupaba todo lo que estaba en juego. No solo tenía que vencer al ejército Song, sino que también tenía que demostrarles a sus generales que era apto para el liderazgo. Kublai sintió que un dolor de cabeza empezaba a martillearle detrás de los ojos y se planteó ir a ver a un chamán para que le diera polvo de corteza de sauce, o bien hojas de mirto. No, no se arriesgaría a estar lejos de su posición cuando llegara la hora.

Bayar observó la salida de la luna e inició un suave trote. Calculaba que se encontraba a menos de quince kilómetros al norte del ejército Song, al otro lado del río. Al final, Kublai y él habían acordado perder dos días más en la tarea de trasladar a suficientes hombres a la otra orilla sobre las balsas de piel de borrego. Tres tumanes habían cruzado el río en ese tiempo, la mayor parte del cual había sido destinado a la operación de trasladar sus caballos y sus armas. Las balsas funcionaban y Bayar notaba cómo la exaltación previa a la batalla embargaba a sus filas. Con un poco de suerte, los Song ni siquiera se enterarían de que se habían separado del ejército de Kublai. Bayar aceleró el paso, ajustándolo a la velocidad que estimaba que necesitaban para cubrir la distancia sin cansar en exceso a los caballos. Quince kilómetros no era un trayecto largo para los ponis mongoles. Podían recorrerlo antes de que la luna alcanzara su cénit y, al final, todavía podría ordenar que los caballos emprendieran el galope y saber que responderían.

Lejos del río, el terreno era firme y había escasos obstáculos, aunque a ningún jinete le agradaba cabalgar de noche, fueran cuales fueran las condiciones. Habría caídas y bajas, pero Bayar tenía sus órdenes y se sentía feliz. A su pueblo le encantaban los ataques sorpresa; a él, la mera idea le llenaba de regocijo. El hecho de que Uriang-Khadai se hubiera quedado en la orilla de Kublai ayudaba: el orlok se había mostrado desdeñoso al ver las grandes balsas y Bayar estaba encantado de poder alejarse de su ceñuda mirada. Por otro lado, percibía una camaradería en Kublai que no había esperado encontrar. En muchos aspectos, el hermano del khan no estaba suficientemente capacitado para enfrentarse a uno de los más poderosos enemigos que había conocido la nación en toda su historia y Bayar, sonriendo sobre su caballo, pensó que no tenía ninguna intención de defraudarle.

En la distancia, Kublai vio una resplandeciente chispa trazar una línea en el cielo. Desde tan lejos, era poco más que una aguja de luz, que desapareció tan pronto como había aparecido. Había tenido miedo de pasar por alto la señal y ahora intentó relajar sus agarrotados músculos, que había mantenido demasiado tiempo en tensión. Bayar estaba allí y había encendido y lanzado un cohete Chin al aire. Mientras Kublai se volvía para dar las órdenes, otra chispa apareció en el cielo, enviada por si acaso no habían visto la primera. En la otra orilla del río, se oyeron varias voces nerviosas bramando órdenes confusas.

—A mi señal, empezad a disparar —gritó Kublai. Desmontó para ocuparse de su propio artefacto, un largo tubo de pólvora negra apoyado en una estructura de hierro. Acercó una de las lámparas y encendió la mecha, retrocediendo cuando empezó a silbar y chisporrotear antes de elevarse en el aire creando una gran estela de luz.

Los equipos de artilleros habían estado esperando pacientemente a que llegara su momento y, cuando vieron la señal, las enormes máquinas de hierro empezaron a disparar, lanzando sus truenos por encima del río. Los estallidos de luz iluminaron ambas orillas durante brevísimos instantes, estampando fantasmas en la visión de todos los que observaban la oscuridad. No podían ver dónde aterrizaban las balas, pero unos gritos distantes hicieron que los artilleros se echaran a reír mientras limpiaban los tubos y volvían a cargar los cañones, introduciendo en ellos bolsas de pólvora negra y acercando las cañas a los fogones. Las bocas de los cañones vomitaban fuego, pero las propias balas ascendían sin ser vistas hacia el otro lado del curso de agua. Kublai tomó nota de las tandas de disparos con los mejores tiempos y se preguntó cómo podría mejorarlos. Se producía una pausa demasiado larga entre disparo y disparo, pero había alineado casi cien piezas de artillería pesada en las orillas, todas las que podía utilizar contra las posiciones Song. Desde luego, la descarga de artillería sería devastadora. Se imaginó los súbitos destellos y estallidos desde la perspectiva de los Song, a los que seguían el silbido de las balas de piedra destrozando su campamento. Muchos de los proyectiles se desintegraban en el momento de disparar, lo que reducía su alcance, aunque arrojaban afiladísimas esquilas a lo largo de su trayectoria.

Cualquier otra noche, los soldados Song se habrían retirado rápidamente. Kublai deseó poder oír a los tumanes de Bayar, pero el estruendo de los continuos disparos era demasiado grande. Esperó tanto tiempo como fue capaz y luego lanzó un segundo cohete hacia el cielo nocturno. Los truenos cesaron cuando los equipos lo vieron, aunque unos cuantos disparos resonaron en el aire después de la última descarga. Tras el ruido, la noche se quedó repentinamente silenciosa y la oscuridad fue absoluta. Kublai agudizó el oído. A lo lejos, percibió un ruido nuevo que iba creciendo poco a poco. Soltó una carcajada al reconocer el sonido de los tamborcillos mongoles, que hacían restallar sus propios truenos en la oscuridad de la otra orilla.

Bayar nunca había entablado batalla de noche. Había visto la señal del cohete y, a continuación, había contemplado maravillado cómo, en una oleada de destrucción, la orilla del río se encendía con los estallidos dorados. En una ocasión había presenciado una tormenta de rayos sin lluvia durante la cual el denso aire iluminaba a intervalos por fuertes fogonazos de luz. Aquello era similar, pero cada estallido de luz y sonido revelaba una escena del caos que reinaba en el campamento Song. Tenía que confiar en que Kublai detuviera la descarga de la artillería antes de que los guerreros de Bayar estuvieran entre los Song. Los picos de luz le permitieron calcular la distancia de tiro y empezó a vaciar su carcaj de treinta flechas, sacándolas y colocándolas en la cuerda casi sin pensar. No podía apuntar con aquellos fogonazos como única luz, pero contaba con una amplia línea de carga formada por miles de hombres y las flechas salían sin cesar de sus filas. Perdió la cuenta de las que había disparado y solo lo supo cuando sus dedos se cerraron sobre el vacío y, con una maldición, tuvo que colgar el arco del gancho de la silla de montar. Bayar desenfundó la espada y su acción fue imitada a lo largo de la línea.

Los Song les habían oído llegar, pero, entre sus apretadas filas, había cadáveres por doquier. Kublai había tenido mucho más éxito del que podía imaginar. Los soldados Song se habían agrupado en las orillas del río, apiñándose unos junto a otros para repeler el ataque nocturno que pensaron que llegaría a través de las aguas. Las balas de cañón habían excavado senderos carmesí en esa masa de hombres expectantes. Miles habían perdido la vida. Las líneas se habían disuelto en puro pánico cuando los hombres intentaron huir de la terrible muerte invisible que estaba arrasando su campamento. Corrían para ponerse fuera del alcance de los proyectiles, y algunos de ellos arrojaron incluso sus escudos y espadas para correr más deprisa.

Brotando de la oscuridad, las flechas de los tumanes de Bayar hicieron estragos entre los soldados Song que, al verse atrapados entre las fauces mongolas, empezaron a empujarse unos a otros y a dar media vuelta, formando un enorme agolpamiento de hombres en su intento de despejar un camino para huir de la destrucción. Las primeras líneas de Bayar se abalanzaron a toda velocidad sobre un informe montón de soldados, abriendo una brecha entre ellos. Los caballos y los hombres chocaron entre sí y la propia montura de Bayar cayó al suelo tras golpear a un grueso nudo de soldados, que salieron despedidos en todas direcciones. El general se estrelló con fuerza contra el suelo y rodó por encima de alguien, que aulló en su oído. El fuego de los cañones cesó en ese momento y, en la oscuridad, Bayar se encontró luchando a brazo partido con un hombre al que no podía ver. Había perdido la espada, pero llevaba los puños protegidos hasta los nudillos por una malla y golpeó a la oscura figura una y otra vez hasta que se quedó inmóvil.

En el ejército Song reinaba un desorden absoluto. Bayar lanzó una maldición al notar que alguien más chocaba contra él, pero el hombre se levantó y siguió corriendo. Los Song no tenían ni idea de las dimensiones de la fuerza que había

salido de la noche para penetrar en sus filas y los oficiales habían perdido el control sobre sus soldados. Los tumanes se mantuvieron unidos, avanzando al paso con sus caballos en formación y matando todo lo que encontraban en su camino.

Bajo la luz de la luna, Bayar vio a un poni y un jinete surgir frente a él.

—¡Dame tu caballo! ¡Y si me hieres, te corto las orejas! —gritó antes de que la espada levantada pudiera descender sobre él.

El guerrero desmontó de inmediato, entregándole las riendas. Otra fila se cernía ya sobre ambos y, de nuevo, Bayar tuvo que gritar para ser reconocido. Se dio cuenta de que no podía dejar allí al guerrero sin montura o sus propios hombres acabarían con él, así que le dijo que subiera a su caballo. El poni resopló al notar el peso extra y Bayar le calmó frotándole las orejas antes de salir trotando hacia la fila precedente. Los mongoles se dispersaron por todo el campamento Song y Bayar vio que algunos de sus hombres habían arrancado las lámparas de los mástiles de los centinelas y las estaban utilizando para prender fuego a las tiendas y los carros. La luz de las llamas empezó a restaurar su percepción del campo de batalla y lo que vio le impresionó y complació. El ejército Song huía a la carrera mientras que él mismo cabalgaba sobre una alfombra formada por miles de cadáveres amontonados unos encima de otros. Las primeras filas seguían matando y, cuando ordenó con un bramido la rotación de las filas frontales, fue más para proporcionar experiencia en batalla a los que iban detrás que para dar un descanso a los brazos de los que se encontraban delante.

Los cuernos respondieron al instante a sus órdenes. Las primeras cinco filas se detuvieron y las siguientes se adelantaron, con Bayar entre ellos. Pasó junto a hombres jadeantes, salpicados de la sangre de sus enemigos, que se encorvaban sobre la parte delantera de sus sillas, reposando los brazos con los que habían manejado la espada en la alta perilla. Muchos de ellos se dirigieron a los hombres de las filas que los adelantaban, preguntándoles dónde habían estado mientras ellos llevaban a cabo el auténtico trabajo. Estaban alegres y animados y Bayar se rio entre dientes mientras seguía avanzando. El resplandor de las llamas fue incrementándose a medida que los guerreros incendiaban más y más tiendas. Frente a él, vio una masa de hombres que se empujaban desesperadamente entre sí para alejarse de la oscura línea de caballos. Bayar vio a un poni sin jinete y paró un momento para que su desconocido compañero se hiciera con la montura. Había un cadáver cerca y descubrió, encantado, que había un carcaj con media docena de flechas junto a él. Descendió de un salto, le dio la vuelta al cuerpo y cogió también un largo cuchillo del suelo, aunque no pudo encontrar la espada. Su fila había continuado sin él y llevó su caballo al trote para ponerse a su altura mientras la matanza se reanudaba.

Sumido en un angustioso suspense, Kublai esperaba noticias. Podía oír los sonidos de la batalla a lo lejos, en la oscuridad, los tronconazos y los gritos lanzados por hombres y animales al morir. No tenía forma de saber cómo le estaba yendo a Bayar

y deseó que hubiera luz como nunca había deseado nada antes. Se preguntó si los cohetes podrían ser disparados todos juntos para iluminar un campo de batalla, pero solo contaba con una pequeña reserva. Con todo, la idea era tentadora. Era una cosa más a tener en cuenta en el futuro.

—Ya ha pasado suficiente tiempo —dijo, casi para sí mismo. Cogió otro cohete de un montón envuelto en un trapo impregnado con aceite y lo colocó en su horquilla, apuntando hacia el cielo. Este se elevó con un largo y agudo silbido, similar al que producían las puntas de flecha talladas que a veces empleaban los mongoles. Los tumanes, en su lado del río, estaban listos para recibir la señal y empezaron a cabalgar hacia el vado. Si los Song todavía seguían defendiendo su orilla, los tumanes estarían cruzando sin una cobertura apropiada. Sus arqueros lanzarían una lluvia de flechas hacia allá, pero en la oscuridad sería imposible apuntar. Kublai desenvainó la espada, prefiriendo sentir en la mano su tranquilizador peso.

Su montura entró en las aguas del vado junto a millares de otros caballos que intentaban atravesar el río al trote. Kublai sintió cómo su caballo se tambaleaba al pisar en un agujero y enseguida enfundó la espada para no perderla. Necesitaba ambas manos y notó que las mejillas se le calentaban por la vergüenza mientras se esforzaba en mantener el equilibrio sobre la silla.

Bufando y relinchando, su caballo salió trepando por la orilla opuesta y se unió al avance con los demás. Kublai no podría haber controlado al animal ni aunque lo hubiera intentado y se encontró galopando a toda velocidad hacia los sonidos de la batalla. Todos los planes que había trazado se disolvieron en la confusión y perdió la noción de la posición de los tumanes e incluso de la dirección en la que corría. A la luz de las tiendas en llamas, percibió una inmensa masa de hombres. Solo esperaba no estar a punto de cargar contra los tumanes de Bayar. Era inútil tratar de distinguir voces mongolas o a los muchachos tocando los tambores: el ruido de los caballos que le rodeaban ahogaba todo lo demás y, no sabía cómo, se le había metido agua en el oído mientras cruzaba, por lo que estaba sordo de un lado.

Unos doscientos metros por delante de él, las primeras filas salidas del vado del río se encontraron con los soldados Song huyendo en tropel de los tumanes de Bayar. Los guerreros mongoles no habían colocado las cuerdas de sus arcos mientras cruzaban y apenas tuvieron tiempo para sacar las espadas antes de que las dos fuerzas chocaran. Kublai fue incapaz de frenar o desviarse hacia un lado. Atrapado en la melé de caballos al galope, fue arrastrado inexorablemente hacia delante. Se dio unos golpecitos en la cabeza inclinada para despejarse el oído y notó el intenso olor a sangre que flotaba en el aire. Estaba empezando a darse cuenta de que, por muchos beneficios que tuviera un ataque nocturno, tenía el peligro de inducir al caos en ambos bandos. Oyó unos gritos delante de él y el inconfundible sonido de unos guerreros mongoles felicitándose por el triunfo. Kublai trató de evaluar cuánta noche quedaba por la posición de la luna y se preguntó distraídamente dónde estaría Uriang-Khadai. No había visto a su orlok desde la primera tanda de disparos de los cañones.

Los vítores se intensificaron y se dirigió hacia ellos, ayudado por el resplandor de las tiendas incendiadas, cuyas llamas habían comenzado a propagarse a través de toda la llanura.

Kublai se detuvo junto a la luz de tres carros que ardían apilados unos contra otros. Con una oleada de alivio, reconoció a Bayar en el grupo de hombres, vociferando órdenes e imponiendo un cierto orden. Cuando el general vio a Kublai, le sonrió de oreja a oreja y cabalgó hacia él.

—La mitad de ellos, como mínimo, se han rendido —le informó Bayar. Hedía a sangre y fuego, pero estaba exultante. Kublai se obligó a adoptar una expresión impasible, recordando de repente que se suponía que debía ser una figura de distante y terrorífica autoridad. Bayar no pareció notarlo—. Hemos destruido a sus mejores regimientos —continuó Bayar— y los que no han echado a correr, han arrojado al suelo sus armas. Hasta que salga el sol no podré conocer los detalles, pero no creo que vayan a contraatacar esta noche. Has obtenido la victoria, mi señor.

Kublai envainó su espada, todavía limpia. Mientras contemplaba las pilas de hombres muertos, experimentó una sensación de irrealidad. El plan había funcionado, pero su mente se llenó con una docena de cosas que podría haber hecho de modo diferente.

—Quiero que investigues la posibilidad de utilizar cohetes para iluminar un campo de batalla —dijo.

Bayar le miró con expresión perpleja, viendo a un joven que apoyaba relajado las manos en la perilla de su silla, con las calzas empapadas. Mientras Kublai recorría con mirada interesada la escena que les rodeaba, Bayar asintió.

—Muy bien, mi señor. Empezaré a hacer pruebas mañana. Primero debería acabar de reunir a los prisioneros. Tendremos que hacer jirones sus propias ropas para atarles.

—Sí, sí, por supuesto —contestó Kublai. Miró hacia el este, pero no había nada que anunciase el amanecer.

De pronto se le ocurrió algo y, sonriendo como un niño travieso, volvió a hablar.

—Envíame al Orlok Uriang-Khadai. Me gustaría oír su valoración de la victoria. Bayar inclinó la cabeza, reprimiendo su propia sonrisa.

—Como deseas, mi señor. Le diré que se presente ante ti en cuanto lo encuentre.

El sol salió sobre una escena de completa devastación. En su imaginación, Kublai solo podía compararlo con la descripción que había leído de la batalla de la Boca del Tejón, librada en el norte de las tierras Chin. Millones de moscas se habían congregado sobre los cadáveres de los soldados Song, que eran demasiados para considerar enterrarlos o incinerarlos siquiera. No podían hacer otra cosa que dejarlos atrás, pudriéndose y secándose al sol.

Durante un tiempo, el amanecer había infundido una cierta reanimación: los

guerreros dieron caza al resto de regimientos Song y las familias mongolas atravesaron el río con lenta precaución. Los tumanes partieron con los carcajs nuevamente repletos y atraparon a sus dispersos enemigos antes de que el sol hubiera acabado de salir. Miles más fueron forzados a regresar al río, donde les despojaron de armas y armadura y fueron atados con el resto. Entre ellos caminaban algunas mujeres y niños mongoles, que se habían acercado para ver a los temibles hombres que sus maridos, hermanos y padres habían derrotado.

Yao Shu había permanecido en el campamento principal durante la batalla. Atravesó el vado con las familias cuando hubo bastante luz para cabalgar sin caerse al agua. A mediodía, se presentó en la ger de Kublai, montada en el campo de batalla por orden suya. Chabi se encontraba ya allí, mirando con ojos preocupados a su agotado esposo. Iba de aquí para allá sin parar, sacando ropas frescas y preparando suficiente comida para alimentar a cualquiera que fuera a hablar con Kublai. Yao Shu le dio las gracias con una inclinación de cabeza mientras aceptaba un cuenco de algún tipo de guiso y se ponía a comer enseguida para no ofenderla. Se le quedó mirando hasta que se lo terminó todo. Yao Shu se sentó en una cama baja en la que había unos pergaminos que el khan tenía que leer, sin poder hacer o decir nada hasta que le dieran permiso. Aun después de una batalla, las normas de cortesía de las gers se mantenían firmes.

Zhenjin entró a la carrera, derrapando un poco al detenerse, con los ojos muy abiertos. Yao Shu sonrió al niño.

—¡Hay muchísimos prisioneros! —exclamó Zhenjin—. ¿Cómo los has derrotado, padre? He visto chispazos y oído truenos durante toda la noche. No he pegado ojo.

—Sí que durmió —murmuró Chabi—. Ronca como su padre.

Zhenjin posó una mirada desdeñosa en su madre.

—Estaba demasiado nervioso para dormir. ¡Vi a un hombre sin cabeza! ¿Cómo hemos podido vencer a tantos soldados?

—Planificando la batalla —respondió Kublai—. Mejores planes y mejores hombres, Zhenjin. Pregúntale a Uriang-Khadai cómo lo hicimos. Él te lo contará.

El pequeño levantó la vista con admiración hacia su padre, pero negó con la cabeza.

—No le gusta que hable con él. Dice que hago demasiadas preguntas.

—Es verdad —coincidió Chabi—. Coge un cuenco lleno y vete a otro sitio a comértelo. Tu padre tiene que hablar con muchos de sus hombres.

—Quiero oírles —dijo el niño casi gimiendo—. Estaré callado, lo prometo.

Chabi le dio un capón y le puso un cuenco en la mano. Zhenjin se marchó lanzándole una mirada furiosa que su madre ignoró por completo.

Kublai se sentó y aceptó su propio cuenco, que acabó enseguida. Cuando estuvo listo, Yao Shu le leyó el recuento de muertos y mutilados, así como el balance del botín que habían conseguido, largas listas que se prolongaron monótonas en el denso aire. Al rato, Kublai le indicó con un gesto que parara. Tenía los ojos hinchados y

enrojecidos y su voz sonó áspera.

—Ya basta. No me estoy enterando. Regresa por la tarde cuando haya descansado.

Yao Shu se levantó e hizo una reverencia. Había entrenado a Kublai desde que era un niño y no sabía cómo podía mostrarle lo orgulloso que se sentía de él. Habían destruido un ejército el doble de grande que el suyo, en territorio extranjero. Las noticias ya estaban viajando hacia Karakorum con los más veloces de sus exploradores. Galoparían hasta las líneas de posta de las tierras Chin y, a partir de ahí, las cartas viajarían más deprisa, llegando a Karakorum en cuestión de semanas. Yao Shu se detuvo en la puerta de la ger.

—Orlok Uriang-Khadai está esperando que decidas sobre los prisioneros, mi señor. Hemos... —consultó un grueso pergamino donde se habían anotado las cuentas, sujetándolo con el brazo totalmente extendido para poder leerlo—. Cuarenta y dos mil setecientos, muchos de ellos heridos.

Kublai hizo una mueca al oír la cifra y se frotó los ojos.

—Alimentadlos con sus propios víveres. Decidiré más tarde lo que haremos con ellos... —se interrumpió cuando Zhenjin volvió a entrar en la ger. La cara del niño estaba increíblemente pálida y respiraba con dificultad.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Chabi. Zhenjin simplemente se la quedó mirando.

—¿Y bien, chico? ¿Qué pasa? —dijo Kublai. Alargó la mano y revolvió el pelo de su hijo. El gesto pareció sacarle del trance y Zhenjin habló como si se tragara cada palabra que pronunciaba entre jadeos.

—Están matando a los prisioneros —respondió Zhenjin. Parecía mareado y sus ojos se desviaron hacia el cubo que había a la puerta como si creyera que lo iba a necesitar.

Kublai soltó una maldición. No había dado esa orden. Sin decir nada más, retiró a su hijo a un lado y salió de la tienda. El general Bayar estaba allí, llegando a grandes zancadas a la ger. Pareció aliviado al ver a Kublai. Con un ademán, ordenaron a los sirvientes que les trajeran los caballos y ambos montaron con presteza, internándose al trote en el campamento.

Yao Shu echó una mirada a su propio caballo, vacilando. Nunca había sido muy buen jinete, pero Kublai y Bayar ya se habían ido. Zhenjin salió de la ger y echó a correr tras ellos sin mirar atrás. Suspirando, el anciano llamó a un joven guerrero para que le ayudara a montar.

Kublai empezó a pasar junto a filas de prisioneros atados mucho antes de ver a Uriang-Khadai. Ordenados en líneas que se perdían en la distancia, había cuarenta mil hombres arrodillados en el suelo, esperando con la cabeza baja. Algunos de ellos hablaban en susurros y varios alzaron la vista cuando Kublai pasó junto a ellos, pero la mayoría tenían la mirada vacía, con la desolación y la derrota pintadas claramente

en sus rostros.

Kublai maldijo entre dientes al ver al orlok haciendo gestos a un grupo de jóvenes guerreros. Ya había docenas de cadáveres decapitados colocados en pulcras líneas y, mientras se acercaba, Kublai vio cómo las espadas se agitaban en el aire y más hombres se desplomaban bajo su mirada. Oyó un tenue gemido de terror brotar de los que estaban más cerca de ellos y el sonido le llenó de ira. Se contuvo cuando Uriang-Khadai alzó la mirada y le vio. No podía humillar a su orlok delante de los hombres, por mucho que lo deseara.

—No he dado la orden de matar a los prisioneros —dijo. Kublai permaneció montado intencionadamente, para poder mirar desde arriba a su general.

—No quería molestarte con pequeños detalles, mi señor —respondió Uriang-Khadai. Parecía ligeramente desconcertado, como si no pudiera entender por qué el hermano del khan le interrumpía mientras cumplía con su deber. Kublai notó cómo la ira afloraba de nuevo y volvió a controlarla.

—Cuarenta mil hombres no son un detalle, orlok. Se han rendido ante mí y me corresponde a mí ahora proteger sus vidas.

Uriang-Khadai se agarró las manos detrás de la espalda y apretó los labios.

—Mi señor, son demasiados. ¿No estarás pensando en dejarlos marchar a todos? Tendríamos que enfrentarnos a ellos de nuevo.

—Te he dicho cuál es mi decisión, orlok. Que les den de comer y atiendan sus heridas. Luego, libéralas. Después de eso, te veré en mi ger. Eso es todo.

Uriang-Khadai guardó silencio mientras digería las noticias. Después de un momento demasiado largo, inclinó la cabeza, justo antes de que Kublai le relevara de su autoridad en un arrebato de furia.

—Como deseas, mi señor —dijo el orlok—. Pido disculpas si te he ofendido.

Kublai hizo caso omiso de sus palabras. Yao Shu y Bayar acababan de llegar y Kublai lanzó una breve mirada a Yao Shu antes de volver a hablar. Primero en un mandarín fluido y luego chapurreando el cantonés, Kublai se dirigió a los prisioneros que podían oírle.

—Os permitiré vivir y regresar a vuestro hogar. Haced corred la voz. Llevad la noticia de esta batalla con vosotros y decidle a todo el que escuche que habéis sido tratados con clemencia. Sois súbditos del gran khan y estáis bajo mi protección.

Yao Shu asintió hacia él satisfecho y Kublai dio media vuelta a su caballo y clavó en él los talones. Notó la furiosa mirada de Uriang-Khadai posada en su espalda durante mucho tiempo, pero no le importaba. Tenía planes para las ciudades Song, planes que no podían empezar con la masacre de unos hombres desarmados.

En el camino de regreso a la ger, vio a su hijo corriendo a su lado, con la cabeza gacha y resoplando. Kublai tiró de las riendas y alargó la mano hacia él. Zhenjin se aferró a su brazo y su padre le izó y le sentó en la silla detrás de él. Continuaron así cabalgando juntos y, al rato, Kublai notó que su hijo se revolvía incómodo sobre el caballo. Zhenjin había visto cosas terribles ese día. Kublai llevó la mano hacia atrás y

palmeó la pierna del chico.

—¿Les has ordenado que dejaran de matar a esos hombres? —preguntó Zhenjin con un hilo de voz.

—Sí, sí, ya han parado —respondió Kublai y, un momento después, sintió cómo el peso que se apoyaba en su espalda aumentaba: su hijo se había relajado.

Alamut era un lugar de quietud y de calma. A lo largo de su vida, Hulegu había encontrado escasas cosas que amar en las ciudades, pero había algo en esa fortaleza espartana que le atraía. Se sorprendió a sí mismo al notar una punzada de pesar al pensar que tenía que destruirla. Se había situado en el muro más alto, bajo la poderosa luz del día, y contemplaba el paisaje de montañas que se extendía muchos kilómetros en la distancia. Incluso se preguntó por un momento si podría dejar a cien familias allí con el encargo de mantener el lugar en funcionamiento para el khan, pero no era más que una fantasía. Había visto el arroyuelo que discurría detrás de los edificios principales. Los animales que vivían junto a él solo podían sustentar a unos pocos. La fortaleza estaba tan completamente aislada que no podía imaginar que se comerciara en ella o que se organizara cualquier otra cosa que implicara un contacto con el mundo. Alamut no custodiaba ningún paso en las montañas, no poseía ningún valor estratégico. Había sido el lugar perfecto para los Asesinos, pero no era apropiada para nada más.

Mientras caminaba por las murallas, Hulegu se tropezó con el cadáver de una joven y tuvo cuidado de no pisar el charco de pegajosa sangre que rodeaba su cabeza. La miró y frunció el ceño. Había sido una mujer hermosa. Supuso que el arquero que le había atravesado el cuello con su flecha lo había hecho desde lejos. Era una pena.

Habían invertido todo un día en introducir a doscientos hombres en la fortaleza, ya que los guerreros habían tenido que ascender a pie el difícil y estrecho sendero de uno en uno y luego sujetar la puerta al siguiente. Rukn-al-Din no pudo evitarlo y carecía del coraje necesario para arrojarse por el precipicio. Tampoco se lo hubieran permitido, pero habría sido una tentativa honorable. Los mongoles se habían desperdigado por las estancias y pasillos de Alamut con tranquila deliberación mientras los Asesinos Ismaelitas simplemente les observaban, inmóviles, respetando aún la autoridad de Rukn-al-Din. Cuando comenzó la matanza, se dispersaron para intentar proteger a sus familias. Hulegu sonrió al recordarlo. Sus guerreros habían arrasado el castillo, habitación por habitación, piso por piso, atravesando con sus espadas y sus flechas a todo lo que se movía. Durante un tiempo, un grupo de Asesinos se había encerrado en una estancia, bloqueando la entrada, pero la puerta cayó bajo las hachas mongolas y fueron arrollados. Otros habían luchado. Hulegu se asomó por encima de las almenas para observar el distante patio, donde habían depositado los cadáveres de sus propios hombres. Treinta y seis habían sido asesinados, un número mayor de lo que esperaba. La mayoría habían muerto debido a

que los Asesinos empleaban hojas envenenadas, con heridas a las que, de otro modo, habrían sobrevivido. Al atardecer, solo Rukn-al-Din seguía con vida, sentado en el patio, sumido en una pesada desesperación.

Hulegu era consciente de que había llegado el momento de acabar de una vez. Tendría que dejar a algunos hombres atrás, pero para destruir, no para vivir. Les llevaría meses echar abajo la fortaleza y no podía esperar mientras Bagdad se resistía ante su ejército. Había sido un riesgo, un lujo incluso, ir en busca de los Asesinos, pero no se arrepentía. Por un breve periodo de tiempo, había caminado sobre los pasos de Gengis.

Tardó una eternidad en descender los escalones de piedra excavados en la parte interior de los muros. Por fin, Hulegu salió a la luz y, acostumbrado a la penumbra, el sol radiante le hizo parpadear. Rukn-al-Din estaba sentado con las rodillas apretadas contra el pecho, los ojos enrojecidos. Cuando Hulegu apareció ante él, alzó la vista y tragó saliva, nervioso, sabiendo con certeza que estaba a punto de morir.

—Levántate —le ordenó Hulegu.

Uno de sus guerreros le dio un fuerte puntapié y Rukn se puso en pie a trompicones, tambaleándose ligeramente debido al cansancio. Lo había perdido todo.

—Dejaré a unos cuantos hombres aquí para que destruyan la fortaleza, piedra a piedra —dijo Hulegu—. No puedo quedarme más tiempo. De hecho, no debería haber invertido tanto tiempo para venir aquí. Cuando vuelva por este camino, espero tener oportunidad de visitar las otras fortalezas que controlaba tu padre —sonrió, regodeándose en la derrota absoluta infligida sobre el enemigo que tenía en su poder—. ¿Quién sabe? Lo único que queda vivo en Alamut son las ratas, y saldrán huyendo de las llamas cuando la arrasemos.

—Tienes lo que querías —replicó Rukn con voz ronca—. Podrías dejarme marchar.

—No derramamos la sangre de la realeza —contestó Hulegu—. Era una norma de mi abuelo y yo la respeto. —Vio que un destello de esperanza se encendía en los ojos de Rukn. La muerte de su padre había quebrado el espíritu del joven. No dijo nada mientras los mongoles recorrían Alamut como una plaga de langostas, confiando en que le perdonaran la vida. Levantó la cabeza.

—¿Voy a vivir? —preguntó.

Hulegu se echó a reír.

—¿No acabo de decir que respeto al gran khan? Ningún filo te cortará, ninguna flecha atravesará tu carne —Hulegu se giró hacia los guerreros que rodeaban a Rukn-al-Din—. Sujetadle contra el suelo.

El joven chilló cuando las manos de sus enemigos le agarraron, pero eran demasiados y su resistencia fue inútil. Le cogieron de los brazos y las piernas y las estiraron, dejándole tendido e indefenso en medio del patio.

Hulegu le dio una patada en las costillas con todas sus fuerzas. Las oyó romperse pese al aullido de Rukn. Le propinó dos patadas más, notando cómo las costillas se

hundían en la carne.

—Deberías haberte cortado el cuello —le dijo Hulegu mientras Rukn-al-Din jadeaba, loco de dolor—. ¿Cómo puedo respetar a un hombre que ni siquiera es capaz de hacer eso por su pueblo? —Hizo un gesto con la cabeza a un guerrero y este empezó a pisotear con violencia el destrozado pecho. Hulegu estuvo observando un rato y luego se alejó, satisfecho.

XVII

Extrañas emociones embargaban a Yao Shu mientras se bamboleaba adelante y atrás en el carro que le llevaba hacia tierras Song. Había conocido a Gengis cuando era un joven monje, antes incluso de que se convirtiera en el primer khan de la nación mongola. Yao Shu había dejado a un lado el curso natural de su vida para observar a ese hombre extraordinario mientras unificaba las tribus y atacaba el imperio Chin. Aun en aquellos días de juventud, Yao Shu había confiado en poder influir sobre el khan, introducir un cierto sentido de la civilización en su corte.

De algún modo, los años habían pasado. Yao Shu había abandonado por el camino aquellas primeras ambiciones. Era extraño cómo un hombre podía olvidarse de sí mismo en las miles de tareas del día. Siempre había un nuevo problema que resolver, algún trabajo que realizar. Yao Shu había visto cómo la vida se le escapaba entre los dedos, y cada año que pasaba habían sido menos las veces que alzaba la mirada de los absorbentes detalles. Había habido un tiempo en que podría haber escrito la lista de sus ambiciones y deseos en un solo pergamino. Todavía no estaba seguro de si había perdido la facultad para pensar con tanta claridad como antes o si, sencillamente, en el pasado había sido meramente un ingenuo.

No obstante, su esperanza se había mantenido viva. Cuando Gengis murió, Yao Shu había trabajado con Ogedai Khan, y luego con Torogene como regente. Había permanecido en Karakorum como canciller durante el corto y amargo reinado de Guyuk. Ogedai había sido un khan prometedor, se dijo, mirando atrás. El tercer hijo de Gengis había sido un hombre de gran visión, hasta que su corazón falló y permitió que un hijo débil gobernara la nación. Yao Shu suspiró mientras contemplaba las ingentes filas de jinetes que le circundaban. Se había hecho viejo mientras servía a los khanes.

El auge de Mongke había sido un terrible revés. Si alguna vez había existido un hombre semejante a Gengis, ese había sido Mongke. Gengis había sido implacable, pero, al fin y al cabo, había estado rodeado de enemigos que perseguían su destrucción. Se había formado en el conflicto y había pasado toda su vida en guerra. Yao Shu sonrió con pesar al recordar a ese viejo cabrón. La filosofía de Gengis Khan habría escandalizado a sus maestros budistas, casi hasta hacerles desmayar. Nunca habían conocido a nadie como ese alegre destructor de ciudades. Había mantenido a salvo a su nación en ciernes masacrando a sus enemigos, pero, además, había disfrutado enormemente mientras lo hacía. Yao Shu recordó la ocasión en que Gengis se había dirigido a un consejo de señores Chin respecto a la cuestión de los rescates. Les había dicho con toda solemnidad que un mahometano capturado solo podía conseguir la libertad pagando cuarenta monedas de oro, mientras que el precio de un señor Chin era un simple asno.

Yao Shu se rio entre dientes. Mongke no había heredado esa capacidad de

disfrutar, esa exuberante vitalidad que había hecho que los hombres se sintieran atraídos hacia Gengis y que Yao Shu no había visto en nadie más. Desde luego, no en su nieto. No había auténtica comprensión en los sinceros esfuerzos que hacía Mongke para ser un buen khan. Al remontarse con la memoria varias generaciones, Yao Shu, preocupado, se dijo que tal vez había desperdiciado su vida atraído como una polilla hacia la luz, que tal vez había malgastado sus años de fuerza para nada.

La luz se había apagado cuando Gengis murió. Yao Shu había pensado muchas veces desde entonces que debería haber vuelto a casa en aquel momento, ahora que el sueño había terminado. Él mismo le habría aconsejado exactamente eso a un desconocido. Y, sin embargo, había esperado a ver qué sucedía, asumiendo labores y labores hasta que Ogedai acabó confiando en él para todo.

Yao Shu observó las masas de jinetes que se extendían en todas direcciones. Por fin, había tomado la decisión de abandonar la corte. No, Mongke la había tomado por él cuando expulsó a latigazos a los eruditos de Karakorum y le demostró que aquel ya no era un lugar en que se daba la bienvenida a los hombres civilizados. Había sido casi un alivio iniciar los preparativos para el largo viaje a casa. Yao Shu tenía muy pocas posesiones y le había dado a los pobres de la ciudad la mayor parte de su riqueza. No necesitaba gran cosa y sabía que había monasterios que le acogerían como a un hijo largamente perdido. La idea de deleitar a los monjes budistas con historias de sus aventuras le resultaba atractiva. Incluso podría leerles partes de la Historia Secreta y permitirles atisbar fugazmente un mundo muy diferente al suyo. Dudaba de que dieran por ciertas la mitad de las cosas que había visto.

De vuelta en Karakorum, Yao Shu estaba revisando con tristeza su colección de libros cuando llegó un mensajero informándole de adónde se dirigía Kublai. El anciano había sonreído ante los caprichos del destino: había resuelto su problema de cómo recorrer seguro miles de kilómetros hacia el este. Iría con Kublai hacia las tierras Chin y, entonces, una noche se levantaría de una hoguera y se alejaría de todos sus recuerdos. No estaba atado por juramento a ningún hombre vivo y había una especie de equilibrio en el hecho de que fueran los mongoles quienes le devolvieran a casa, como habían sido ellos quienes, una vez, le sacaran de las tierras que le vieron nacer.

Y, sin embargo, no se había marchado. A lo largo de los meses de conversación y viaje, había vuelto a sentirse fascinado por Kublai, que había despertado su interés mientras recorrían, hablando, los nuevos estados de las tierras Chin. ¡Oh, cómo hablaba Kublai! Yao Shu siempre había sabido que era inteligente, pero sus ideas y su ilimitada curiosidad habían avivado la imaginación de Yao Shu. En apenas unos meses, habían inspeccionado y seleccionado millares de nuevas granjas. Kublai sería un terrateniente que se quedaría solo un porcentaje razonable y que permitiría que sus súbditos prosperaran. Yao Shu casi no se atrevía a creer que por fin hubiera encontrado a un descendiente de Gengis que pudiera amar la cultura Chin tanto como él mismo. En una tarde de primavera, Yao Shu había llegado a un punto en el que

sabía que, por un desvío del camino, a menos de cincuenta kilómetros, se elevaba un monasterio y, aun así, había permanecido sentado en su carro toda la noche y no había dado un solo paso hacia allí. Un año más no supondría un cambio demasiado relevante en su vida, se había dicho.

Ahora estaba de camino hacia Ta-li, una ciudad Song, y, de nuevo, había esperanza en su corazón. Había visto cómo Kublai le perdonaba la vida a cuarenta mil prisioneros y Yao Shu dudaba de que el joven comprendiera siquiera cuán extraordinario había sido su acto. El orlok, Uriang-Khadai, todavía seguía enfurruñado en su tienda, incapaz de comprender por qué había sido avergonzado delante de sus hombres. Yao Shu meneó la cabeza maravillado al recordar la acción de Kublai, temeroso de ser decepcionado una vez más. Gengis había destruido ciudades para enviar un mensaje a cualquiera que pudiera resistirse ante él y, hasta aquel día, Yao Shu había perdido la esperanza de encontrar a alguien de su linaje que no siguiera los pasos del gran khan.

No podía marcharse todavía. Tenía que ver qué hacía Kublai en la ciudad. Por primera vez en décadas, Yao Shu se sentía entusiasmado, sentía que tenía un propósito. Kublai era un animal muy distinto a sus hermanos Hulegu y Mongke. Todavía podía tener esperanza.

La región de Yunnan era una de las menos populosas de las tierras Song. Solo una ciudad conectaba el distante territorio con el resto de esa extensa nación, que sustentaba unos pocos miles de granjas y apenas una docena de pueblos y ciudades pequeñas. La región no había experimentado crecimiento alguno desde que los vivos podían recordar, quizá durante siglos, y los beneficios de la paz eran evidentes. El ejército de Kublai atravesó millones de hectáreas de tierras fértiles, ocupadas por arrozales o cultivos de secano y dedicadas a la crianza de una rara raza de vacas de largos cuernos de la que se decía que daba la mejor carne en miles de kilómetros a la redonda.

La ciudad de Ta-li estaba circundada por altas murallas y puertas, aunque un suburbio de casas de comerciantes crecía pegado a la ciudad interior, como el musgo a la piedra. Esa parte del territorio Song era un mundo aparte de las tierras que Gengis había conquistado. Nadie había visto jamás allí a un guerrero mongol o a ninguna fuerza armada que no fueran los soldados de su propio emperador.

Kublai contempló una escena de quietud y tranquilidad en la que su vasto ejército estaba fuera de lugar. Observó las columnas de humo ascendiendo de mil chimeneas repartidas por toda la ciudad, pero todos los granjeros habían abandonado sus cosechas y se habían reunido en la ciudad para protegerla. Los campos y los barrios periféricos, que se extendían más allá de lo que alcanzaba la vista, habían quedado abandonados.

La tierra estaba seca y se encontraban lo suficientemente cerca de la ciudad para

suponer que sus ocupantes les estaban observando en aterrorizado silencio. Kublai le dio una orden a Bayar, que estaba a su lado, y permaneció donde estaba mientras sus instrucciones iban pasando de boca en boca a través de la línea de autoridad. Las huestes mongolas desmontaron y empezaron a levantar el campamento.

Kublai observó cómo montaban su ger, empezando por el entramado de maderas atadas. Un grupo de guerreros, a quienes la rutina había imprimido una gran velocidad, realizaba por él todo el trabajo. Elevaron una columna central y encajaron unos esbeltos palos para conformar el tejado, utilizando tramos de tendones humedecidos para atarlos entre sí. Después, apilaron varias alfombras de grueso fieltro unas encima de otras y atadas y, por último, colocaron la pequeña puerta y transportaron un pequeño fogón hasta el interior de la tienda. En poco tiempo, su ger se había unido a las miles que fueron apareciendo sobre el terreno, impermeables y abrigadas. Chabi y Zhenjin, que se agarraba a la cintura de su madre, llegaron trotando sobre el mismo poni. Kublai extendió los brazos y Chabi acercó la montura lo suficiente como para que Zhenjin pudiera dar un salto hacia su padre.

Kublai gruñó y se tambaleó hacia atrás al recibir el peso del niño.

—Te estás haciendo demasiado mayor para esto —le dijo, sosteniéndolo un momento antes de depositarlo en el suelo. En Zhenjin ya había indicios de que alcanzaría la altura de su padre y tenía los mismos ojos dorados que le identificaban como perteneciente al linaje de Gengis. Zhenjin se estiró al máximo para parecer más alto, haciendo reír a su padre.

—Tengo tu arco, Zhenjin. Sácalo de la ger y te ayudaré a practicar.

Zhenjin dio un grito de alegría y desapareció por la puerta. Kublai siguió sonriendo. Sentía de forma muy intensa la responsabilidad de ser padre. Con el paso del tiempo, Zhenjin sería un hombre independiente. En aquel momento, sin embargo, seguía siendo un niño, piernilargo y desgarbado, con dos dientes sobresaliendo al frente de su dentadura. Kublai se alegraba de haberse traído a su familia a la campaña. La esposa y los hijos de Uriang-Khadai se habían quedado a salvo, en Karakorum, pero Kublai no había querido dejar a Zhenjin al cuidado de Mongke durante tantos años. Se habría encontrado a un desconocido al regresar a casa.

Kublai devolvió el gesto a los guerreros que habían inclinado la cabeza ante él antes de marcharse con premura a levantar sus propias moradas antes del anochecer. Mientras Chabi desmontaba y le besaba en el cuello, sus criados personales entraron en la ger con las primeras brazadas de utensilios de cocina y un enorme recipiente metálico para preparar el té. Oyó a Zhenjin preguntarles dónde estaba su carcaj. Kublai hizo caso omiso de las voces, dedicando los últimos momentos del día a observar la ciudad que debía conquistar. La primera.

Chabi le rodeó la cintura con el brazo.

—Estoy embarazada —le anunció.

Kublai se volvió y la separó de sí, sin soltarle la mano. Su corazón dio un vuelco y la abrazó. El hermano mayor de Zhenjin había fallecido cuando era un niño y otro

había nacido muerto. Le rompía el corazón volver a ver cómo la esperanza y el miedo se mezclaban en los ojos de su mujer.

—Este será fuerte —dijo Kublai—. ¡Nacerá en campaña! ¿Otro niño? Le diré al chamán que lance las tabas. Si es un niño, he estado pensando en varios nombres.

—Todavía no —dijo Chabi con los ojos llenos de lágrimas—. Dejemos que nazca primero y entonces le pondremos nombre. No quiero enterrar a otro hijo.

—No lo harás, mujer. Eso sucedió en Karakorum, donde el padre era un mero estudioso. Ahora el padre es un temible general, que comanda sobre el fuego y el hierro. Siempre recordaré que me lo dijiste antes de conquistar mi primera ciudad. Podría llamarle Ta-li, aunque suena más a nombre de chica...

Chabi le tapó la boca con la mano.

—Chist, marido. Sin nombres. Solo reza para que viva y hablaré de nombres contigo todo cuanto quieras.

Kublai volvió a abrazarla y se quedaron así, unidos, mientras el campamento bullía a su alrededor. Chabi percibió cómo los pensamientos de Kublai se dirigían a la ciudad que tenía que tomar para el khan.

—Lo harás bien —murmuró, descansando la cabeza en su hombro.

Kublai asintió, pero no respondió. Se preguntó si Gengis había sentido alguna vez ese tipo de aprensión. Las murallas de Ta-li parecían sólidas, inexpugnables.

Estaban entrando en la ger cuando Yao Shu se les acercó. El anciano alzó una mano para saludarles y Kublai repitió el gesto. Había conocido a Yao Shu durante casi toda su vida y el monje siempre era una presencia bienvenida.

—¿Querrás que lea para ti esta noche, mi señor? —preguntó.

—Esta noche no... a menos, por supuesto, que hayas encontrado algo que merezca la pena ser oído —Kublai no pudo resistirse a indagar. Yao Shu tenía talento para descubrir textos interesantes, que cubrían todos los temas, desde la cría de animales a la fabricación del jabón.

El viejo monje se encogió de hombros.

—He encontrado varios escritos menores sobre la administración de los criados en una casa noble. Pueden esperar para mañana, si estás cansado. Te... tenía la esperanza de poder hablar contigo de otras cuestiones, mi señor.

Kublai había estado cabalgando todo el día. Aunque las nuevas que le había dado Chabi le habían encendido la sangre, el entusiasmo ya estaba empezando a remitir. Se caía de cansancio, pero Yao Shu no era una persona propensa a molestar por una minucia.

—Pasa y come con nosotros entonces. Te concedo derechos de huésped, viejo amigo.

Ambos se agacharon para atravesar el bajo dintel y Kublai, con un crujido de su armadura, tomó asiento sobre una cama situada junto a la curva pared. Olió el cordero y las especies doradas a fuego vivo en una amplia cacerola y se le hizo la boca agua. Guardó silencio hasta que Chabi les pasó un cuenco bajo de té salado.

Zhenjin había encontrado su arco y su carcaj y, revolviéndose con impaciencia, aguardaba con ellos apoyados en las rodillas. Kublai hizo caso omiso de su insistente mirada mientras sorbía el té, sintiendo cómo el cálido líquido le reconfortaba.

Yao Shu aceptó su propio tazón. Se sentía incómodo hablando delante de la esposa y el hijo de Kublai. Pero tenía que saberlo. A la edad que tenía Yao Shu, Kublai era su último alumno. No habría otros.

—¿Por qué le perdonaste la vida a esos hombres? —preguntó por fin.

Kublai bajó su cuenco y le miró con expresión extrañada. Chabi levantó la vista de la olla y Zhenjin dejó de revolverse, olvidando su arco.

—Una pregunta extraña en un budista. ¿Crees que tendría que haberles matado? Uriang-Khadai sí, desde luego.

—Gengis habría argumentado que sus muertes actuarían como una advertencia para cualquier otro que pudiera plantearse enfrentarse a ti. Era un hombre que comprendía el poder del miedo.

Kublai se rio entre dientes, pero no era un sonido alegre.

—Olvidas que Mongke y yo viajamos con él cuando éramos tan pequeños que casi no sabíamos sostenernos sobre un caballo. Vi la tienda blanca levantada delante de varias ciudades —hizo una mueca, lanzando una mirada fugaz a Zhenjin—. Vi las tiendas roja y negra y lo que sucedía a continuación.

—Pero tú le has perdonado la vida a un ejército, pese a que podrían luchar contra ti de nuevo.

Kublai se encogió de hombros, pero la mirada del anciano no se retiró. Bajo aquella silenciosa presión, continuó hablando.

—Yo no soy mi abuelo, viejo. No quiero tener que luchar a cada paso que doy por estas tierras. Los Chin sienten escasa lealtad hacia sus líderes. Espero encontrar esa misma costumbre aquí. —Hizo una pausa, reacio a revelar cuáles eran sus esperanzas. Como Yao Shu permaneció callado, prosiguió, en voz baja—. Cuando se enfrenten a mis tumanes, sabrán que la rendición no es el fin para ellos. Eso me ayudará a ganar. Si arrojan sus armas al suelo, les liberaré. Con el tiempo, llegarán a saber que pueden confiar en mi palabra.

—¿Y las ciudades? —inquirió de repente Yao Shu—. Los que viven en ellas son rehenes de sus líderes. No podrían rendirse ante ti, aunque quisieran.

—Entonces serán destruidos —contestó Kublai con calma—. Más no puedo hacer.

—Matarás a miles de personas por la idiocia de unos pocos hombres —dijo Yao Shu. Había tristeza en su voz y Kublai clavó en él la mirada.

—¿Es que tengo otra opción? Cierran sus puertas ante mí y mi hermano está vigilando.

Yao Shu se echó hacia delante, con los ojos brillantes.

—Entonces demuéstrole a Mongke que hay otro camino. Envía emisarios a Ta-li. Promételes que no matarás a la gente. Tu preocupación son los ejércitos Song, no los

comerciantes y los granjeros.

Kublai se rio suavemente.

—Los comerciantes y los granjeros nunca confiarán en un nieto de Gengis. Su sombra pesa sobre mí, Yao Shu. ¿Le abrirías tú las puertas a un ejército mongol? Yo creo que no.

—Tal vez ellos no. Pero los siguientes sí. Del mismo modo que los soldados que liberaste difundirán tu acto de clemencia por todas las tierras Song —Yao Shu se detuvo un momento para permitir que Kublai reflexionara sobre sus palabras antes de continuar—. En sus propias historias, había un general Song llamado Cao Bin, que tomó la ciudad de Nanjing sin que se perdiera ni una sola vida. La siguiente ciudad ante la que se presentó le abrió las puertas, sintiéndose segura al saber que no se produciría ninguna masacre. Posees un ejército poderoso, Kublai, pero la mejor fuerza que uno posee es la que no tiene que usar.

Kublai dio un sorbo al té, pensando. Había una parte de él que se sentía atraído por esa idea. Parte de él anhelaba impresionar a Mongke. ¿Se sentiría cómodo con el tipo de matanza que Mongke esperaba? Se estremeció ligeramente. No. Se dio cuenta de que esa pregunta había estado posada sobre sus hombros, aplastándole como la armadura que estaba obligado a llevar. La mera idea de que hubiera otra forma de hacer las cosas era como una luz en una habitación oscura. Apuró su tazón y lo dejó a un lado.

—¿Qué pasó con ese Cao Bin al final?

Yao Shu se encogió de hombros.

—Creo que fue traicionado, que le envenenaron sus propios hombres, pero eso no le resta mérito a lo que hizo. Tú no eres tu abuelo, Kublai. A Gengis no le importaba en absoluto la cultura Chin, mientras que tú sabes apreciar su valor.

Kublai pensó en los instrumentos de tortura que había descubierto en algunos puestos militares abandonados, en las calles manchadas de sangre y los cadáveres en putrefacción de los criminales. Pensó en el suicidio masivo de Yenking, cuando sesenta mil muchachas se lanzaron desde las murallas de la ciudad antes que verla caer ante Gengis. Sin embargo, el mundo era un lugar cruel, fueras donde fueras. Los Chin no eran peores que los rollizos monjes cristianos que no perdían su exuberante apetito mientras contemplaban cómo destripaban a unos herejes. Con la mirada de Yao Shu sobre él, pensó en las obras impresas que había visto, en las vastas colecciones de letras talladas en madera de boj y organizadas mediante una labor monótona y tediosa solo para difundir las ideas de las ciudades Chin. Pensó en su comida, en sus fuegos artificiales, en su dinero en papel, en la brújula que llevaba siempre consigo y que, de algún modo, siempre señalaba en la misma dirección. Era un pueblo ingenioso y él lo apreciaba de corazón.

—¿Tomó una ciudad sin que hubiera ni una sola muerte? —preguntó con voz suave.

Yao Shu sonrió y asintió.

—Yo puedo hacer eso, viejo. Al menos, puedo intentarlo. Mandaré unos emisarios a Ta-li y veremos qué pasa.

A la mañana siguiente, Kublai ordenó que su ejército rodeara la ciudad amurallada. Se aproximaron a Ta-li desde cuatro direcciones en gigantescas columnas, uniéndose justo a una cierta distancia de la ciudad, fuera del alcance de la artillería. Los que se encontraban dentro de la ciudad verían que no tenían escapatoria y, si no lo sabían ya, se darían cuenta de que el ejército del emperador no acudiría en su ayuda, tal vez porque no podía. Kublai quería que vieran su poder antes de enviar a unos hombres a negociar. Yao Shu manifestó su deseo de unirse al pequeño grupo que entraría en la ciudad, pero Kublai se lo prohibió.

—La próxima vez, viejo, te lo prometo. Puede que la gente de Ta-li no haya oído hablar de Cao Bin.

La sala de administración de Ta-li era un lugar desnudo, sin lujos. Las paredes estaban cubiertas de yeso blanco y la parte superior del suelo, que era de una rara madera, el sándalo rojo, había sido tallada a todo lo ancho y largo de la estancia, de modo que, mientras se aproximaban al prefecto de la ciudad, los visitantes caminaban sobre una tracería de delicadas formas y dibujos.

Mientras esperaba, Meng Guang contempló una pequeña ventana situada entre las vigas del techo. Allí arriba podía distinguir una ráfaga de lluvia finísima, casi una niebla, cayendo de esos grises cielos que reflejaban a la perfección el estado de ánimo de la ciudad. Iba vestido con la parafernalia de su cargo, un tejido grueso y pesado bordado en oro sobre una túnica de seda. Su peso le reconfortaba, saber que los ornados sombrero y capa que llevaba eran más viejos que él mismo y habían sido llevados por hombres mejores, o al menos, más afortunados que él. Una vez más recorrió con la vista la habitación abierta, dejando que su paz le inundara. El silencio, en cierto modo, era una capa más, el exacto contrario de los mongoles, con su infantil ira y su ruido constante. Les oyó llegar desde lejos, atravesando con fuertes pisotones los pasillos de los edificios gubernamentales sin pensar ni por un momento en la dignidad o la edad de lo que les rodeaba. Meng Guang rechinó los dientes en silencio. Sus sentidos estaban tan alerta que percibió a sus guardias esforzándose por ver a los intrusos, encrespados como feroces perros guardianes. No podía permitirse mostrar esos mismos sentimientos, se aconsejó a sí mismo. El ejército del emperador les había traicionado, dejando la ciudad a la merced de esos rudos y agresivos extranjeros. Se había preparado para la muerte, pero entonces el general mongol había enviado una docena de hombres a pie hacia las murallas de la ciudad.

En vez de un disparo de cañón, Meng Guang había recibido una educada petición de audiencia. No sabía todavía si se trataba de una burla, algún tipo de regodeo mongol en la humillación de sus víctimas. Ta-li no podría resistirse ante aquel ejército que la rodeaba con sus oscuras columnas. El prefecto no era un hombre dado

a engañarse a sí mismo con falsas esperanzas. Si los mongoles aguardaban un año, sabía que había ejércitos que podrían defender la provincia de Yunnan, pero las distancias eran inmensas y el tranquilo discurrir de los días se había detenido con una sacudida en torno a su ciudad. Le resultaba difícil expresar siquiera la indignación que sentía. Había sido prefecto de la ciudad durante treinta y siete años y, en ese tiempo, su ciudad había trabajado y dormido en paz. Antes de los mongoles, Meng Guang se había sentido satisfecho. Su nombre no sería recordado en los anales de la historia, y la sutileza de ese logro era de lo que más le gustaba alardear ante sus hijas. Ahora, sospechaba que le reservarían un lugar en los archivos, a menos que los futuros gobernantes encargaran a sus escribas que borrarán su nombre de los registros oficiales.

Cuando los emisarios mongoles entraron en la estancia, Meng Guang reprimió una mueca ante su temor de que sus botas dañaran la delicada madera de sándalo, que relucía lustrosa bajo la luz de la mañana en un tono rojo oscuro adquirido a base de siglos de pulido y capas de cera de abeja. Estupefacto, notó que el fétido olor que desprendían superaba el aroma del abrillantador. Sus ojos se agrandaron cuando la intensidad de su olor fue captada por los orificios de su nariz y tuvo que hacer un gran esfuerzo para disimular. El hedor a carne podrida y lana mojada era como una fuerza física en la habitación. Se preguntó si los mongoles eran siquiera conscientes de su hedor, si sabían el malestar que su mera presencia le estaba provocando.

De la docena de hombres del grupo, diez tenían la piel rojiza y la corpulencia que asociaba a los mongoles, mientras que dos de ellos poseían rasgos más civilizados, ligeramente embrutecidos por la mezcla de sangres. Supuso que procedían del norte del territorio Chin, aquellos peles que habían perdido sus tierras ante Gengis. Ambos hombres inclinaron brevemente la cabeza, bajo la mirada de vacía curiosidad de sus compañeros mongoles. Meng Guang cerró los ojos un instante, armándose de valor para soportar los insultos que iba a sufrir. No le importaba perder la vida. Un hombre podía elegir deshacerse de ella como quien se deshace de una taza de latón y el gesto sería apreciado en los cielos. Su dignidad, eso era cuestión aparte.

—Señor prefecto —empezó a decir uno de los Chin—, el nombre de este humilde mensajero es Lee Ung. Te traigo las palabras de Kublai Borjigin, nieto de Gengis Khan y hermano de Mongke Khan. Mi amo nos envía a tratar contigo la rendición de Ta-li ante su ejército. Ante testigos, ha jurado que ningún hombre, mujer o niño sufrirá daños si Ta-li le acepta como su amo y señor. Me ha encargado que diga que el khan reclama esta ciudad y estas tierras como suyas. No tiene interés alguno en ver los ríos teñirse de rojo. Busca la paz y te brinda la oportunidad de salvar las vidas de aquellos que reconocen tu liderazgo.

Mientras escuchaba aquella venenosa insolencia de boca de Lee Ung, la sangre fue abandonando lentamente la cara de Meng Guang. La reacción de los guardias del prefecto fue un eco de la suya: aferraron la empuñadura de sus espaldas y sus cuerpos tensos se inclinaron levemente hacia delante, aunque sin avanzar un solo paso. El

pequeño grupo mongol no iba armado y sintió el deseo de lanzar a sus hombres contra ellos, aplastando su arrogancia con un par de eficientes mandobles. Vio que los mongoles miraban a su alrededor y murmuraban entre sí en su bárbara lengua. Meng Guang sintió que su presencia le ensuciaba y tuvo que obligarse a mantenerse inmóvil mientras pensaba. El pequeño traidor Chin le observaba aguardando una respuesta y Meng Guang creyó ver un brillo de diversión en sus ojos. Era demasiado.

—¿Qué es una ciudad? —preguntó Meng Guang de repente, encogiéndose de hombros—. No somos unos necios campesinos Chin, sin honor o un lugar en la rueda de la fortuna. Nosotros vivimos por deseo del emperador y morimos cuando él lo ordena. Todo cuanto veis es suyo. No puedo entregar lo que no es mío.

Lee Ung permaneció muy quieto mientras hablaba y los demás le escucharon mientras su compañero traducía sus palabras. Negaron con la cabeza y más de uno farfulló algo ininteligible. Meng Guang se puso en pie lentamente y, a una mirada suya, los guardias desenvainaron sus largas espadas. Los mongoles observaron la exhibición con suprema indiferencia.

—Trasladaré tus palabras a mi amo, señor prefecto —repuso Lee Ung—. Se sentirá... decepcionado al ver que rechazas su clemencia.

Meng Guang sintió que le invadía una oleada de ira que devolvía el color a sus pálidas mejillas. El traidor Chin hablaba de imposibilidades, conceptos que no tenían lugar en el tranquilo orden de su provincia. Por un momento, Meng Guang se sintió incapaz incluso de expresar su desdén. No importaba que hubiera un millón de hombres esperando fuera de la ciudad. No existían ni tenían ninguna relevancia en el destino que él elegía. Si el emperador rescataba Ta-li, Meng Guang sabía que se sentiría agradecido. Pero si el emperador decidía dejar que la ciudad fuese destruida, ese sería su destino. Meng Guang no movería una mano para salvarse. Pensó en sus esposas e hijas y supo que ellas también preferirían la muerte al deshonor que ese necio creía que podría contemplar. No era una opción en absoluto.

—Cogedlos y atadlos —dijo por fin.

Los dos traductores Chin no tuvieron tiempo de repetir sus palabras y Lee Ung se quedó mirándole con ojos vidriosos, mientras su boca se abría como la de una carpa. Los guardias de Meng Guang ya estaban avanzando aun antes de que hubiera terminado de hablar.

Al verse atacados, los mongoles pasaron de una aburrida inmovilidad al tumulto en un abrir y cerrar de ojos, lanzando una violenta sucesión de puñetazos y patadas, utilizando sus botas, sus codos, todo su cuerpo. Era otra prueba de sus zafias maneras y Meng Guang los despreció todavía más por ello. Vio que uno de sus guardias retrocedía tambaleándose después de recibir un puñetazo en la nariz y tuvo que retirar la vista para evitar avergonzarse todavía más. Meng Guang centró la vista en la alta ventana, cubierta por el vaho que dejaba la lluvia. Más guardias entraron a la carrera en la sala, pero él hizo caso omiso de los gruñidos y los gritos ahogados hasta que los emisarios quedaron en silencio.

Cuando Meng Guang bajó la cabeza, vio que tres componentes del grupo estaban inconscientes y el resto jadeaban y se debatían en sus ligaduras, enseñando los dientes como los animales que eran. No sonrió. Pensó en las bibliotecas y los archivos de Ta-li que los mongoles amenazaban y solo sintió desprecio. Nunca entenderían que las elecciones de un hombre civilizado podían no incluir la cobarde rendición, independientemente de las consecuencias. La forma en que un hombre moría era siempre y, en última instancia, elección de ese hombre, siempre que pudiera verlo con claridad.

—Llevadlos a la plaza pública —ordenó—. Cuando me haya refrescado, asistiré a su azotamiento y ejecución.

Al sudar, el olor de los mongoles se había intensificado y llenaba toda la estancia. Meng Guang tuvo que hacer un esfuerzo para contener sus arcadas y empezó a respirar a bocanadas breves y superficiales. Desde luego, necesitaba cambiarse de ropa antes de poner fin a aquel asqueroso asunto. Ordenaría que, mientras se bañaba, las prendas que vestía en ese momento fueran quemadas.

XVIII

Los prisioneros fueron amarrados por las muñecas a unos postes de hierro que habían sido hundidos en el suelo de la gran plaza de Ta-li mucho tiempo atrás, con el fin de atar a criminales condenados. Para cuando llegó Meng Guang, el sol estaba alto en el cielo y hacía mucho calor en la ciudad, y una inmensa multitud se había congregado en la plaza, llenándola en todas direcciones. Una unidad de sus guardias tuvo que despejar el camino utilizando unos palos para que Meng Guang pudiera supervisar el castigo y luego llevaron una confortable silla a la plaza para que el prefecto reposara sus ancianos huesos. Otro grupo de hombres erigió un palco para protegerle del sol y, mientras se acomodaba, dio unos sorbos a una bebida fría. Su rostro no revelaba ninguna emoción.

Cuando por fin estuvo listo, Meng Guang hizo un gesto hacia los hombres situados junto a los postes, cada uno de los cuales sujetaba un pesado látigo. Las cuerdas eran de cuero engrasado, gruesas como el dedo de un niño, de modo que caían sobre la carne con un golpe sordo tan doloroso como el impacto de un garrote. Meng Guang confiaba en que los mongoles chillaran, humillándose. Estaban hablando entre sí, animándose a mantener el valor, supuso. Se dio cuenta asimismo de que los traductores Chin estaban hablándole a la multitud. El más menudo, Lee Ung, se agitaba en sus ligaduras mientras les echaba una perorata. Meng Guang meneó la cabeza: ese traidor nunca comprendería a los campesinos Song. Para ellos, los nobles vivían en otro plano de la existencia, tan elevado por encima del suyo que les resultaba incomprensible. El prefecto observó cómo su dócil pueblo miraba fijamente a los prisioneros, con expresiones vacías. Uno de ellos se agachó incluso para coger una piedra y la arrojó con fuerza contra él, haciendo que Lee Ung se encogiera de dolor. Ante eso, Meng Guang se permitió esbozar una pequeña sonrisa, que ocultó llevándose la copa a los labios.

Los primeros latigazos comenzaron con un ritmo regular. Como había esperado, los hombres Chin aullaron y trataron de liberarse de sus ataduras, arqueando la espalda y tirando de los postes de hierro como si creyeran que podían arrancarlos del suelo. Los mongoles soportaron los golpes como estúpidos bueyes y Meng Guang frunció el ceño. Envió a uno de sus guardias a dar la orden de que les pegaran con más fuerza y se relajó en su silla cuando el sonido y la velocidad se intensificaron. Para su sorpresa, vio que uno de ellos se reía ante un comentario de otro mongol. Meng Guang meneó ligeramente la cabeza, pero era un hombre paciente. Había otros látigos, con dientes de afilado metal cosidos al cuero. Haría que esas temibles armas silbaran para ellos.

Lee Ung llevaba apenas un año al servicio de Kublai. Se había alistado en los ejércitos del hermano del khan cuando los tumanes atravesaron las tierras

septentrionales Chin, cubriendo miles de granjas en una vasta zona. En aquel momento había sabido que aquella empresa entrañaba unos riesgos, pero la paga era buena y llegaba con regularidad y, además, siempre se le habían dado bien las lenguas. Con lo que no había contado era con que el viejo tonto que estaba al cargo de la ciudad de Ta-li le capturara y le torturara.

El dolor era insoportable, simplemente. Llegó una y otra vez al punto en que ya no podía más y, sin embargo, el castigo continuó. Estaba atado al poste y no tenía escapatoria, no había modo de que la tortura parara. Lloró y suplicó ante cada latigazo, haciendo caso omiso de los mongoles, que miraban hacia otro lado, avergonzados. Alguno de ellos le gritó animándole a que se mantuviera en pie, pero no tenía fuerza en las piernas y colgaba contra el poste, sostenido solo por las cuerdas de las muñecas. Anhelaba desmayarse o volverse loco, cualquier cosa que pudiera alejarle de allí, pero su cuerpo se negaba a desfallecer y se mantenía alerta. Si acaso, sus sentidos se agudizaron y el dolor empeoró hasta que no podía creer que hubiera nada que pudiera hacerle sufrir más que aquellos latigazos.

Oyó al prefecto dar una orden con voz seca y en toda la plaza cesó el azotamiento. Lee Ung se levantó con esfuerzo, obligando a sus rodillas a sostenerle. Miró a su alrededor y escupió sangre: se había mordido la lengua. La plaza era parte de un antiguo mercado situado cerca de las murallas de la ciudad. Desde su sitio, podía ver la enorme puerta que ocultaba el ejército de Kublai. Lee Ung gimió ante la idea de que sus rescatadores estuvieran tan cerca y, aun así, no pudieran verles. No podía morir. Era demasiado joven y ni siquiera se había casado.

Vio cómo los ensangrentados látigos eran lavados en unos cubos y luego pasaban a otros hombres que los aceitaban y envolvían en una tela protectora. Con temor creciente, distinguió otros rollos que unos guardias estaban sacando y disponiendo en el suelo. Lee Ung se esforzó por ver mejor, poniéndose de puntillas para saber qué contenían mientras los soldados retiraban el grueso lienzo de los fardos. La muchedumbre empezó a murmurar, expectante, y Lee Ung volvió a gritarles a voz en cuello, ya ronco.

—¡Cientos de cañones aguardan al otro lado de estos muros, listos para convertirlos en escombros! —bramó—. ¡Os enfrentáis a un enorme ejército y sin embargo un noble príncipe ha prometido que ni una sola vida se perderá en Ta-li! Os ofrece clemencia y dignidad, pero vosotros capturáis a sus hombres y los torturáis con latigazos. ¿Cómo reaccionará ahora, cuando vea que no regresamos? ¿Qué hará entonces? Como nuestra sangre está siendo derramada, así será derramada la vuestra, la de todo hombre, toda mujer y todo niño de esta ciudad. Recordad entonces que eso es lo que habéis elegido. ¡Que podríais haber abierto vuestras puertas y vivir!

Entonces vio cómo su torturador desenrollaba un largo látigo y se desmoronó, desesperado, al distinguir el brillo del metal entre las cuerdas. En una ocasión, Lee Ung había presenciado cómo un hombre era despellejado hasta morir, un violador que había sido capturado por las autoridades de su ciudad natal. Al recordarlo, se le

quedó la boca seca. Su vejiga se vaciaría, su cuerpo se convertiría en un amasijo de temblores y espasmos incontrolables al ser fustigado. En algún lugar lejano, Lee Ung oyó un suave silbido. El sonido se hizo más y más fuerte y la multitud salió con un respingo de su ensoñación cuando un objeto pesado golpeó la enorme puerta de entrada a la plaza, creando un eco que resonó por encima de sus cabezas.

—¡Ahí viene! —les chilló Lee Ung con voz estridente—. El destructor está aquí. Derrocad a vuestros amos y vivid, o las calles estarán teñidas de rojo cuando se ponga el sol.

Se oyó otro poderoso impacto y, a continuación, dos más: los artilleros de Kublai buscaban la mejor posición de tiro. Una bala de cañón pasó sobrevolando la plaza, sin rozar siquiera la muralla y esfumándose antes de destrozar un tejado justo al otro lado de la plaza. Cuando el fugaz borrón de la bala desapareció, el gentío se estremeció.

—¡Ahí viene! —gritó Lee Ung de nuevo, loco de alivio. Oyó a alguien dar una orden, pero seguía teniendo el cuello estirado para mirar hacia la temblorosa puerta y no vio al guardia llegar hasta él y cortarle la garganta con un único y eficiente movimiento. Los mongoles de los postes bramaron indignados mientras su sangre salpicaba el seco terreno. Empezaron a tirar de los postes, moviéndolos adelante y atrás, arrojando todo su peso contra lo que los sujetaba. Meng Guang volvió a hablar y otro grupo de soldados desenfundó sus espadas en el mismo momento en que la puerta de la ciudad se desplomaba con estrépito.

En la nube de polvo que brotó de las murallas, la multitud pudo distinguir una línea de jinetes mongoles, negros contra la luz del sol, y de inmediato empezó a dispersarse, aterrorizada, mientras los jinetes penetraban en la ciudad en filas perfectas.

Meng Guang se incorporó poco a poco mientras la plaza se vaciaba, con el semblante de una palidez antinatural. Tambaleándose, se puso en pie y observó cómo su mundo se desmoronaba a su alrededor. Se había convencido a sí mismo de que el ejército de las afueras de Ta-li no existía, de que nada que el enemigo pudiera hacer influiría sobre él. Y, sin embargo, habían entrado y le obligaban a verles. Meng Guang se quedó paralizado, tan conmocionado que su mente se había quedado completamente en blanco. Vagamente, se dio cuenta de que sus guardias abandonaban los sangrientos postes para protegerle, con las espadas en alto. Movié la cabeza en una lenta negación, como si pudiera denegar la entrada a Ta-li aun entonces.

Con largos estandartes de seda ondeando a derecha e izquierda, el enemigo cabalgaba por la ciudad en una reluciente armadura que destellaba al sol. Meng Guang miró boquiabierto a Kublai, que se detuvo cerca del grupo de hombres armados, desdeñando la amenaza que representaban. Kublai sabía que los que le rodeaban podían inundar el aire de flechas al menor signo de agresión, pero los guardias de Meng Guang permanecieron inmóviles. Su moroso acercamiento los amilanó, haciéndoles sentir que era invulnerable, tan superior a ellos en estatus que

les era imposible amenazarle. Bajo su hostil mirada, muchos de los soldados bajaron la vista, como si el propio sol les quemara los ojos.

Kublai vio a un anciano marchito de aire desorientado, vestido con unas túnicas limpias, que se erguía ante él con la mirada vacía. Las masas habían huido y en la plaza reinaba un silencio absoluto.

En esa calma, uno de los mongoles atados consiguió arrancar su poste de hierro de las piedras que lo sujetaban. Rugió, triunfante, y, agarrándolo como un arma, se dirigió hacia Meng Guang con intención clara. Kublai levantó una mano y el hombre se detuvo al instante, mientras su pecho subía y bajaba por la intensa emoción que le embargaba.

—Dije que no destruiría Ta-li —intervino Kublai en perfecto mandarín—. ¿Por qué no me escuchaste?

La mirada de Meng Guang estaba perdida en la distancia y su mente se había convertido en un mero bulto helado, incapaz de responder. Había vivido largos años y había sido prefecto de la ciudad durante décadas. Había sido una buena vida. Oyó la voz del enemigo como juncos susurrando en la oscuridad, pero no respondió. No podían obligarle a acusar recibo de su presencia. Se preparó para la muerte, inspirando una larga bocanada de aire y soltándola poco a poco de modo que los veloces latidos de su corazón adoptaron un ritmo regular.

Al no obtener ninguna reacción, Kublai frunció el ceño. Veía el miedo en los soldados del prefecto y la ira en los rostros de sus propios hombres, pero el prefecto se erguía en la plaza mirando la ciudad como si fuera el único hombre allí. Una brisa sopló y Kublai meneó la cabeza, rompiendo el hechizo. Había visto el cadáver de Lee Ung colgando de las muñecas y tomó su decisión.

—Provengo de una casa noble —dijo Kublai—. Mis tierras del norte estuvieron una vez unidas a los territorios Song bajo el gobierno de un solo emperador. Así será de nuevo. Reclamo esta ciudad como propia, por derecho. Mi protección, mi sombra, se extiende sobre todos vosotros a partir de este momento. Rendíos ante mí y mostraré clemencia, como un padre hacia sus hijos.

Meng Guang no dijo nada, aunque levantó por fin la vista y su mirada se encontró con la de Kublai. Casi como un escalofrío, negó con la cabeza.

—Muy bien —continuó Kublai—. Veo que tendré que decepcionar a un amigo. Llevaos a este y colgad su cadáver de las murallas. El resto vivirá.

Observó atentamente cómo el mongol que iba cargado con el poste de hierro se abría paso entre los guardias y empujaba a Meng Guang hacia la primera fila. El viejo avanzó sin protestar y sus guardias no movieron un dedo. No se atrevían a mirarse entre sí, comprendiendo al fin que sus vidas dependían de una sola palabra de ese extraño príncipe que hablaba la lengua de la autoridad.

—Nunca falto a mi palabra —dijo Kublai a los guardias, mientras se llevaban a Meng Guang—. Vuestro pueblo llegará a saberlo, con el tiempo.

Cuando se detuvo y le pasó su águila cazadora a su adiestrador, Hulegu resoplaba ligeramente. El ave chilló y batió las alas, pero el hombre la conocía bien y la calmó poniéndole la mano en el cuello.

El general Kitbuqa llevaba un cernícalo con manchas blancas en el brazo derecho, pero de su cinturón colgaban solo dos palomas y en su rostro había pintada una expresión agria. Hulegu le sonrió de oreja a oreja mientras desmontaba y descargaba un ciervo de pequeño tamaño, cuya cabeza colgaba sin vida. Su cocinero era persa, un hombre de la zona que afirmaba haber trabajado en el pasado al servicio del mismo califa. Cuando le habían capturado, en el camino de regreso a la ciudad desde algún mercado distante, Hulegu le había incorporado a su personal. Le complacía alimentarse con comidas que debería estar disfrutando el califa, aunque se cercioraba bien de que alguien las probara primero. El cocinero hizo una reverencia al recoger el cadáver del animal, sin quitarle la vista de encima al águila, que se revolvió. Su pueblo amaba la cetrería. Los halcones y los cernícalos eran considerados tesoros, pero las enormes águilas eran prácticamente desconocidas en aquella región. El ave de color dorado oscuro que descansaba en la muñeca del adiestrador valía una fortuna.

Hulegu miró hacia Bagdad, a solo tres kilómetros hacia el norte. Sus ejércitos habían rodeado la antigua ciudad amurallada, hasta el punto de bloquear el Tigris con pontones que habían construido durante su ausencia. En todas direcciones, veía las manchas oscuras de sus tumanes, aguardando pacientemente. El califa se había negado a destruir las murallas como expresión de su buena fe. Hulegu todavía conservaba la carta en algún lugar, entre sus cosas. Las palabras en sí estaban claras, pero seguían siendo un misterio para él. El hombre había hablado sobre los seguidores de Mahoma, seguro de que se levantarían para defender el centro de su fe. Hulegu se preguntó dónde estarían todos aquellos fieles mientras su ejército cercaba la ciudad. En una generación anterior, el califa podría haber tenido razón, pero Gengis se había abierto paso por medio de terribles masacres a través de la región, no una vez, sino dos. A Hulegu le divertía pensar en los supervivientes, que apenas habrían empezado a levantarse de entre los escombros cuando se encontraron con que, después de haber pasado por el territorio Xi Xia, Gengis volvía por allí en su última campaña. Bagdad carecía del respaldo con el que había contado en siglos anteriores, pero el califa parecía casi inconsciente de su propio aislamiento.

Hulegu aceptó un zumo de naranja, que había sido refrescado en el río durante la noche. Lo apuró de un trago y le lanzó la copa a un criado sin volverse a mirar si la había atrapado. El pueblo de Bagdad no compartía la confianza de su amo en Dios. Todas las noches, algunos de ellos descendían con cuerdas por las irregulares murallas, arriesgándose a romperse todos los huesos. Hulegu no tenía ni idea de cuántas personas había en el interior de la ciudad, pero cada amanecer otro centenar aparecía ante sus ojos, empujado como ganado por sus guardias. Casi se había convertido en un juego para ellos. Hulegu permitió que practicasen el tiro con arco

sobre los grupos, entregándoles a los hombres y los niños para su cruento ejercicio y dejándole las mujeres y las adolescentes a aquellos que habían complacido a sus oficiales. El califa no se había rendido. Hasta que lo hiciera, dispondría a su antojo de las vidas de los que capturaran.

Hulegu oyó el sonido de carne chisporroteando en grasa caliente: su cocinero había puesto unos filetes recién cortados de venado en la sartén. En el aroma se percibían unas trazas de ajo y se le hizo la boca agua. Aquel hombre era una maravilla. Las miserables palomas de Kitbuqa no añadirían mucha carne al almuerzo del general, se dijo, pero, claro, es que había una diferencia entre las águilas y los halcones. Su águila podía derribar incluso a un lobo. Hulegu y ella eran iguales, se dijo complacido. Los depredadores no necesitaban clemencia. Envidiaba la perfecta e inquebrantable impiedad de su ave. No tenía dudas ni miedos, nada que pudiera perturbar a una mente dedicada solo a matar.

Una vez más, posó la mirada en Bagdad y apretó la boca, de modo que sus labios formaron una fina línea. Sus cañones apenas habían conseguido mellar las piedras de la muralla. Gracias al diseño de los muros defensivos de la ciudad, construidos en declive, las balas rebotaban sobre ellos, causando escasos daños. Cuando la pólvora negra se terminara, solo le quedarían las catapultas de torsión y los pesados fundíbulos. Con el tiempo, esas máquinas de guerra también derrumbarían los muros, pero carecían de ese terrorífico rugido, no transmitían esa sensación de poder de los dioses. Era bien sabido que en los alrededores de Bagdad no había grandes rocas en muchos kilómetros a la redonda, pero sus hombres habían previsto ese inconveniente, y las habían ido recogiendo en carros en su camino hacia el sur. En un momento dado, se agotarían y tendría que enviar a sus tumanes a recoger más.

Hulegu hizo una mueca, cansado de tener los mismos pensamientos dándole vueltas en la cabeza cada día que pasaba. Tenía la posibilidad de asaltar los muros en cualquier momento, pero sus enemigos seguían siendo fuertes. Unos defensores tenaces podían eliminar a cuatro o cinco de sus hombres por cada hombre que perdieran ellos. Después de todo, ese era el propósito de los castillos y las ciudades amuralladas. Verterían nafta y arrojarían rocas a los que intentaran escalar. Sería una carnicería y no quería ver cómo perdían la vida miles de sus hombres, por mucha riqueza que, supuestamente, encerraran sus muros. Siempre sería mejor echar abajo las murallas con sus proyectiles, o dejar que el hambre hiciera que el califa entrara en razón.

—Si me haces esperar mucho más —murmuró Hulegu, con la mirada fija en la distante ciudad—, lo vas a pasar mal.

El general Kitbuqa alzó la vista al oírle hablar y Hulegu se dio cuenta de que todavía abrigaba la esperanza de que le invitara a compartir su almuerzo. Sonrió, recordando el picado de su águila. Había demasiada carne para un solo hombre, pero no se ofreció a compartirla. Los halcones y las águilas no volaban juntos, se recordó a sí mismo. Pertenecían a razas diferentes.

El califa al-Mustasim era un hombre preocupado. Sus antepasados habían conseguido reunir un pequeño imperio en torno a Bagdad que había perdurado cinco siglos, con la ciudad como su joya más preciada. Había sobrevivido incluso a los ataques de Gengis cuando barrió toda la zona décadas atrás. A al-Mustasim le gustaba creer que Alá había impedido que los ojos del khan mongol, aunque la tuviera ante sí, pudieran ver la ciudad, haciendo que pasara junto a ella sin detenerse. Tal vez fuera cierto. Al-Mustasim no solo pertenecía al linaje real de los abasidas, sino que era también el líder de los miembros de la fe musulmana en el mundo, para quienes su ciudad era una luz que los iluminaba a todos. Seguro que había ejércitos dirigiéndose a liberar Bagdad, ¿no? Entrelazó las manos y sintió cómo sus dedos se deslizaban unos sobre otros por el sudor mientras los juntaba y separaba, una y otra vez. El califa era un hombre de constitución corpulenta, cuya carne había ido ablandándose a lo largo de años de lujo. Sintió la pegajosa transpiración de sus axilas y chasqueó los dedos para que unas jóvenes esclavas se aproximaran y le secaran con unos paños. No logró apartar de su mente sus atemorizados pensamientos mientras le atendían, levantándole los brazos y limpiando la suave extensión morena que quedó expuesta al retirar sus sedas y sus capas. Las esclavas habían sido elegidas por su belleza, pero ese día no tenía ojos para ellas. Apenas se dio cuenta de que una de ellas cogía unos pegajosos caramelos de un cuenco y se los metía en la boca como si estuviera engordando a un toro premiado en un concurso.

Mientras estaba tumbado sobre un diván, un montón de niños entró riendo en la habitación y el califa los miró con cariño. Traían consigo ruido y vida, suficiente para penetrar en la sorda desesperación que le abrumaba.

—¡La *qamara*! —exigió su hijo, levantando hacia él una mirada implorante. Los demás niños esperaban junto a él con la esperanza de ver aquella maravilla y la expresión de al-Mustasim se suavizó.

—Muy bien, pero solo un poco y después regresaréis a vuestros estudios —concedió.

Agitó una mano y se dispersaron con gritos de alborozo delante de él. El ingenio había sido construido siguiendo las especificaciones del gran científico musulmán, Ibn al-Haitham. «Qamara» era sencillamente la palabra árabe para «habitación oscura», pero al final se había quedado con ese nombre. Solo unos pocos criados le acompañaron cuando recorrió el pasillo que conducía a la estancia donde había sido instalado. Los chiquillos corrían frente a él, entusiasmados, contándoles a aquellos que todavía no lo habían visto todo cuanto podían recordar.

El ingenio era una habitación en sí misma, una amplia estructura de tela negra cuyo interior estaba tan oscuro como la noche. Al-Mustasim observó afectuosamente el cubo, tan orgulloso como si lo hubiera inventado él mismo.

—¿Quién de vosotros va a ser el primero? —preguntó.

Todos saltaron gritando su propio nombre y el califa eligió a una de sus hijas, una

niña pequeña llamada Suri. Mientras la colocaba en el lugar adecuado, la niña temblaba de placer. Cuando cayó la cortina, sumiéndolos a todos en la oscuridad, los niños lanzaron chillidos nerviosos. Sus criados trajeron una llama y pronto la pequeña Suri estuvo iluminada por la viva luz de las lámparas. Ante la atención de la que era objeto, la niña se atusó y al-Mustasim se rio entre dientes al verla.

—Los demás podéis atravesar ahora ese tabique. Cerrad los ojos y no los abráis hasta que yo lo diga.

Le obedecieron y avanzaron palpando a través de la capa de tela negra.

—¿Estáis preparados? —preguntó.

La luz de las lámparas que iluminaban a Suri pasaría a través de un diminuto agujero en la tela. No comprendía del todo cómo la luz podía transportar la imagen invertida de la niña, pero allí estaría, dentro de la habitación, con ellos, en luces y sombras. Era un prodigio y sonrió mientras les decía que abrieran los ojos.

Oyó cómo los niños, maravillados, soltaban una exclamación y se instaban unos a otros a mirar.

Antes de que al-Mustasim pudiera organizar el siguiente turno, para que Suri fuera sustituida por otro de los niños, oyó la voz de su visir, Ahriman, hablando fuera con los criados. Al-Mustasim frunció el ceño: su momento de simple gozo había quedado arruinado. Ese hombre nunca le dejaba en paz. Al-Mustasim suspiró mientras Ahriman carraspeaba desde el exterior de la qamara, reclamando su atención.

—Lamento molestarte, califa. Traigo unas nuevas que debes conocer.

Al-Mustasim dejó a los niños con sus juegos, que ya habían empezado a tornarse traviosos en la oscura tienda. Parpadeó al regresar a las habitaciones iluminadas por el sol y dedicó un momento a enviar a un par de criados a asegurarse de que los niños no rompían nada.

—¿Y bien? ¿Ha cambiado algo desde ayer, o desde el día de antes de ayer? ¿Seguimos rodeados de infieles, de sus ejércitos?

—Así es, califa. Al amanecer, enviaron otra descarga de flechas por encima de las murallas.

Sostenía una en la mano, con el pergamino todavía atado a su alrededor. Ya había desenrollado otro y lo alzó para que su amo lo leyera. Al-Mustasim le detuvo con un gesto como si su tacto pudiera contaminarle.

—Vuelven a pedirnos que nos rindamos, estoy seguro. ¿Cuántos de estos mensajes hemos visto ya? Su líder nos amenaza y nos hace promesas, nos ofrece la paz y luego nos asegura la aniquilación. Nada ha cambiado, Ahriman.

—En este mensaje dice que aceptará nuestro tributo, califa. No podemos seguir ignorándole. Este Hulegu ya se ha hecho famoso por su codicia. En todas las ciudades que destruye, sus hombres entran y preguntan: «¿Dónde está el oro? ¿Dónde están las joyas?». No le importa que Bagdad sea una ciudad sagrada, solo que posee cámaras del tesoro repletas de metales preciosos.

—¿Quieres que le entregue la riqueza de mi estirpe?

—¿A cambio de salvar la ciudad de las llamas? Sí, califa, sí. No va a marcharse. Lleva el olor de la sangre pegado a los orificios de la nariz y el pueblo tiene miedo. Por todas partes corren rumores de que los árabes ya están negociando con él, desvelándole dónde se encuentran las entradas secretas a la ciudad.

—¡No hay entradas secretas! —espetó al-Mustasim. Su voz sonó chillona y petulante, incluso a sus propios oídos—. Yo lo sabría si las hubiera.

—En cualquier caso, de eso es de lo que están hablando en los mercados. Cada noche que pasa, creen que los guerreros mongoles van a entrar sigilosamente en Bagdad. Dicen que ese hombre solo quiere el oro. Dicen: «¿Por qué el califa no le da la riqueza del mundo, para que podamos salvarnos?».

—Estoy esperando, Ahriman. ¿Es que no tengo aliados? ¿O amigos? ¿Dónde están ahora?

El visir meneó la cabeza.

—Se acuerdan de Gengis, califa. No vendrán a salvar Bagdad.

—No puedo rendirme. ¡Soy la luz del islam! Solo las bibliotecas... Mi vida no vale lo que uno solo de esos textos. Los mongoles los destruirán todos si ponen el pie en mi ciudad.

Sintió que la ira le inundaba al ver el ceño fruncido en el rostro de Ahriman y se alejó unos pasos más de la qamara para que los niños no oyeran su discusión. Era exasperante. Se suponía que Ahriman tenía que apoyar a su califa, hacer planes y derrotar a sus enemigos. Y, sin embargo, todo cuanto el visir sabía sugerir era que le arrojara el oro a los lobos.

Ahriman observó a su amo con frustración. Hacía muchos años que se conocían y comprendía los temores de al-Mustasim. Estaban justificados, pero no se trataba de elegir entre la supervivencia y la destrucción, sino de elegir entre rendirse y mantener una cierta dignidad o arriesgarse a despertar la furia de la raza más destructiva que Ahriman había conocido jamás. Había demasiados ejemplos en la historia como para ignorarlos.

—El sah de Corasmia resistió ante ellos hasta el final —dijo Ahriman con suavidad—. Era un hombre entre los hombres, un guerrero. ¿Dónde está ahora? Sus ciudades son piedras ennegrecidas, su pueblo ha sido destruido: o son esclavos o están muertos. Siempre me has pedido que te diga la verdad. ¿La escucharás ahora cuando te pido que abras las puertas y salves a tantos como puedas? Cada día que le hacemos esperar bajo el calor del sol, su furia se incrementa.

—Vendrá alguien a liberar la ciudad. Entonces sabrán con quién están tratando —replicó al-Mustasim con voz quejosa. No lo creía ni él mismo y todo cuanto Ahriman hizo fue resoplar, desdeñoso.

Al-Mustasim se levantó de su diván y caminó hasta la ventana. Hasta él llegaba el aroma de los jabones perfumados del mercado, millares de bloques confeccionados en talleres del barrio occidental. Era una ciudad de torres, de ciencia y prodigios, y,

sin embargo, se encontraba amenazada por hierros afilados y pólvora negra, por hombres que ni siquiera comprenderían qué era lo que tenían ante sí mientras lo demolían. Al otro lado de las murallas vio a los ejércitos mongoles, moviéndose como negros insectos. Tal era el dolor que sentía que al-Mustasim apenas podía hablar y los ojos se le llenaron de lágrimas. Pensó en los niños, tan felizmente ignorantes de la amenaza que les rodeaba. La desesperación cayó sobre él como una losa.

—Esperaré otro mes. Si nadie ha venido a prestar ayuda a mi hogar para entonces, saldré a ver a mis enemigos —tenía un nudo en la garganta y sentía que se asfixiaba al hablar—. Saldré a verles y negociaré nuestra rendición.

XIX

Las enormes puertas, empujadas por equipos de hombres dirigidos con látigos, se abrieron con un crujido ante Hulegu. Ya estaba sudando y notaba el sol calentando su piel mientras iba aumentando de intensidad. Moreno de nacimiento, nunca se había quemado con el sol antes de aquellas interminables semanas de asedio sobre Bagdad. En aquel momento, hasta la primera tibieza del día le quemaba la piel como un hierro candente. Le escocía su propio sudor, que goteaba sobre sus cejas y pestañas irritándole los ojos y cegándole. Había hecho cuanto había podido para mantener a los tumanes en forma y alerta, pero el profundo aburrimiento de un asedio era como una de esas erupciones que se extendían poco a poco a través de la piel de hombres que, por lo demás, estaban completamente sanos. Se rascó la entrepierna al pensarlo, notando los quistes. Era peligroso permitir que su chamán se los extirpara, porque a menudo se manifestaba una infección, pero todas las noches, en la intimidad de su propia ger, Hulegu se abría los peores con los dedos, estrujando y reduciendo los duros bultos hasta que el dolor le obligaba a parar. La sustancia blanquecina y aceitosa se le quedaba pegada a los dedos y, mientras esperaba, inmóvil, a que apareciera el califa, todavía percibía su olor acre.

Al menos, dentro de poco todo habría acabado. Se habían producido dos tentativas de escapar a su cerco, ambas a través del río. La primera se había servido de unas barquitas construidas dentro de las puertas de hierro del río. Las habían destruido con nafta: desde las orillas, habían arrojado jarras de barro llenas de ese aceite inflamable sobre los impotentes hombres de su interior y, a continuación, les habían prendido fuego con flechas ardientes. Hulegu no sabía quiénes habían muerto ese día. No habría habido forma de identificar los cadáveres, aunque hubiera querido hacerlo.

El segundo intento había sido más sutil, perpetrado por solo seis hombres con los cuerpos ennegrecidos con hollín y aceite. Habían llegado a los pontones que sus hombres habían construido a través del Tigris y que habían anclado hundiendo varios pesados troncos en el blando lecho del río. La aguda vista de uno de sus exploradores los había descubierto deslizándose por las aguas y sus guerreros habían sacado los arcos, afinando cada disparo mientras se reían y se señalaban los blancos unos a otros. Puede que aquel hubiera sido el golpe de gracia a las esperanzas del califa, Hulegu no lo sabía. Al día siguiente, había sido informado de que al-Mustasim se reuniría con él en el exterior de la ciudad.

Hulegu frunció el ceño al ver a un largo séquito saliendo a pie de la ciudad. Había solicitado una vez más la rendición, pero el califa ni siquiera había respondido, prefiriendo esperar a la reunión. Hulegu fue contando a medida que la pequeña columna se alargaba. Doscientos, trescientos, quizá cuatrocientos. Por fin la comitiva terminó y las puertas se cerraron tras los soldados del califa, encomendados con la

misión de acompañar a su amo hasta Hulegu.

Hulegu no había permanecido ocioso la noche anterior. No contaba con ninguna tienda suficientemente amplia para albergar al séquito del califa, pero había despejado una zona del pedregoso terreno y la había cubierto de gruesas alfombras tomadas de las ciudades conquistadas a su paso. Los límites del lugar habían sido marcados con mullidos cojines y Hulegu le había añadido unos toscos bancos de madera, muy similares a los de las iglesias cristianas que había visto en Rusia. No había altar, solo una simple mesa y dos sillas para que se sentaran los dos líderes. Los generales de Hulegu permanecerían de pie, listos para desenvainar las espadas al primer signo de traición.

Hulegu sabía que los hombres del califa le habrían puesto al corriente de todas sus acciones, visibles desde las murallas de la ciudad. La pequeña columna se dirigió hacia el lugar con paso certero, haciendo que Hulegu sonriera ante el perfecto avance de los soldados en marcha. No había puesto límite alguno a los soldados que el califa podía traer consigo. Diez tumanes circundaban la ciudad y se había asegurado de que la ruta del califa estuviera flanqueada por sus propios jinetes, fuertemente armados y con gesto adusto. El mensaje era lo bastante claro.

El califa iba montado en un carro tirado por dos enormes caballos castrados. Al ver el tamaño del califa que gobernaba la ciudad y se hacía llamar la luz del islam, Hulegu parpadeó. No era un guerrero, pues, no alguien así. Las manos que se agarraban a la parte delantera del carro estaban hinchadas y los ojos que buscaban a Hulegu estaban casi ocultos por la carne abotagada. Hulegu guardó silencio mientras el califa descendía asistido por uno de sus criados. El general Kitbuqa estaba allí para guiarle hacia su puesto y, entretanto, Hulegu repasó los objetivos que esperaba alcanzar con esa reunión. Se mordió el interior del carrillo mientras los hombres del califa se acomodaban. Todo aquello era una farsa, una máscara para permitir que aquel hombre conservara un resquicio de dignidad cuando no merecía ninguna. Aun así, Hulegu no había rechazado la oferta, ni había puesto ninguna objeción respecto a los detalles. Lo importante era que el califa estaba dispuesto a negociar. Solo él podía hacerlo y Hulegu se preguntó por enésima vez cuáles serían las dimensiones de la fortuna que encerraba aquella ciudad considerada por muchos el centro del mundo. A lo largo de miles de kilómetros había oído historias sobre Bagdad, cuentos de antiguas armaduras de jade y lanzas de marfil, de reliquias sagradas y estatuas de oro macizo más altas que tres hombres subidos uno encima de otro. Ansiaba poder ver esas maravillas. Hasta ahora había convertido el oro capturado en lingotes y toscas monedas, pero anhelaba encontrar piezas que impresionaran a sus hermanos, tanto a Mongke como a Kublai. Se sentía incluso tentado de conservar las bibliotecas, para que Kublai supiera que eran suyas. Un hombre nunca podía amasar suficiente riqueza, pero, al menos, podía tener más que sus hermanos.

Cuando el califa depositó su mole en la silla, Hulegu apretó y aflojó las manos, aferrándose con un gesto inconsciente a lo que se le debía. Se sentó a su vez y clavó

su fría mirada en los ojos llorosos de al-Mustasim. Hulegu notó la picadura del sol en la nuca y se planteó pedir un toldo hasta que se dio cuenta de que los rayos del sol caían directamente sobre la cara del califa. A pesar de su sangre persa, el rollizo caudillo no estaba cómodo en el calor. Hulegu le saludó con la cabeza.

—¿Qué piensas ofrecerme, califa, a cambio de tu ciudad y de tu vida? —le preguntó.

Kublai cabalgaba hacia el este a través de un tupido bosque que parecía interminable. Sabía que no tenía motivos para temer un ataque: sus batidores se habían repartido en todas direcciones en un radio de casi cincuenta kilómetros. Aun así, los árboles crecían muy juntos, creando una oscuridad antinatural que hacía que su caballo se encabritara ante las sombras. Le habían informado de que había un claro natural más adelante, pero el sol se estaba poniendo y todavía no podía ver ni la enorme roca ni el lago que sus exploradores habían descrito.

El general Bayar cabalgaba justo delante de él, un jinete experto que atravesaba el espeso follaje con pasmosa facilidad. Kublai carecía de la sencilla pericia de Bayar, pero no lo perdía de vista, rodeado por sus guardias personales. Sus hombres y él habían encontrado una aldea abandonada perdida en la espesura y a varios kilómetros del camino más cercano. Quienquiera que hubiera construido las miserables casas se había esfumado mucho tiempo atrás.

Durante la mitad del día, el terreno había ido subiendo suavemente y, cuando el sol rozaba el horizonte, Kublai alcanzó un risco elevado. Desde allí se divisaba un escarpado valle con un perfecto cuenco de aguas negras a sus pies. Su caballo, tan sediento y lleno de arañazos como el propio jinete, relinchó agradecido al verlo. Kublai dejó que Bayar encabezara la marcha, dispuesto a seguir sin reparos el sendero que eligiera. Juntos condujeron a los caballos pendiente abajo, viendo unas lámparas encendidas frente a ellos como una hueste de luciérnagas.

Bayar no parecía tan cansado como Kublai se sentía. No era mucho más joven que él, pero estaba más en forma que lo que la vida de Kublai entre los libros de Karakorum había permitido. No importaba cuánto ejercitara su cuerpo, nunca parecía capaz de adquirir la fácil resistencia de los guerreros y hombres de poder. La mitad de sus tumanes habían partido antes que él y muchos estarían ya dormidos en los estrechos confines de las gers, o durmiendo bajo las estrellas si no había ningún sitio apropiado para montarlas.

Kublai suspiró al pensarlo. Casi no podía recordar la última vez que había dormido toda la noche seguida: soñaba y se despertaba con bruscos sobresaltos, sintiendo cómo su agitada mente se alejaba aleteando como si tuviera existencia propia. Chabi le calmaba poniéndole una mano fresca sobre la frente, pero volvía a quedarse dormida enseguida, dejándole insomne y pensando. Se había visto obligado a mantener un libro de piel con las páginas en blanco junto al lecho, para poder

escribir las ideas que se presentaban justo en el momento en que por fin se estaba adormeciendo. Con el tiempo, copiaría su diario en un papel mejor y tendría un registro del periodo que había pasado entre los Song. Si continuaba como había comenzado, sería un volumen digno de las estanterías de Karakorum.

Después de que la ciudad de Ta-li cayera ante él, otras tres la habían seguido en el plazo de un mes. Había dado orden a sus exploradores de que se adelantaran muchos kilómetros a sus huestes para difundir la noticia de su clemencia. Eligió para la tarea a hombres Chin entre los que se habían ido uniendo a sus tumanes a lo largo de los años. Comprendían lo que pretendía y, por supuesto, lo aprobaban, por lo que Kublai no tenía ninguna duda de que hablarían bien del líder mongol que se comportaba como un auténtico señor Chin.

Había habido un momento en aquellos primeros meses en el que había sido capaz de soñar que atravesaría como una ola todas las tierras Song, que los ejércitos y las ciudades se rendirían sin necesidad de dar un solo golpe hasta que, por fin, se encontraría ante el propio emperador. El sueño había durado hasta la siguiente ocasión en que Uriang-Khadai se había decidido a aproximarse a él. Kublai frunció el ceño al recordarlo, seguro de que el maduro general había disfrutado con su papel de portador de malas noticias.

—Los hombres no están recibiendo paga alguna —le había sermoneado Uriang-Khadai—. Has dicho que no están autorizados a saquear las ciudades y se están encolerizando. Nunca antes había visto este nivel de descontento, señor. Tal vez no fuiste consciente de que les desagradaría la compasión y la amabilidad que has mostrado ante nuestros enemigos —Kublai recordó el brillo de ira contenida que había visto en los ojos del orlok antes de seguir hablando—. Creo que resultará complicado manejarlos si continúas manteniendo esa medida. No la entienden. Todo lo que los hombres saben es que les has arrebatado sus baratijas y sus recompensas.

Mientras guiaba a su caballo a través de una zona de tupido matorral, Kublai soltó aire lentamente. Las buenas decisiones nunca se toman en un momento de ira. Yao Shu le había enseñado esa verdad años atrás. Puede que Uriang-Khadai se hubiera deleitado diciéndole algo tan obvio, pero el problema que describía era un problema real. Por su khan, o por aquel que los comandara en su nombre, los tumanes entregaban sus vidas y su fuerza sin preguntar. A cambio, se les permitía llevarse consigo riqueza y esclavos allí donde los encontraran. Kublai podía imaginarse su codicia al pensar en todas esas orondas ciudades Song, a las que la guerra nunca había llegado y que se habían enriquecido a lo largo de siglos de comercio. Sin embargo, Kublai se había negado a quemarlas y poco más de una docena de funcionarios Song habían muerto, solo los que se habían negado a rendirse. En la última ciudad, la población había sacado a su prefecto por la puerta y le habían arrojado al polvo ante los ojos de Kublai. Habían comprendido la elección que les brindaba: vivir y prosperar en vez de resistirse y ser destruidos.

Kublai desmontó con movimientos rígidos, saludando a Bayar con una

inclinación de cabeza mientras el general se llevaba a los caballos. Era una noche apacible y solo se oía el ulular de un búho en algún lugar de las inmediaciones, sin duda molesto al ver a tantos hombres pasar a través de su territorio de caza. Kublai se agachó, alargando la mano ahuecada para recoger un poco de agua fría, que se restregó por la cara y el cuello con un gruñido apreciativo. Tenía una solución al problema: pagaba a muchos de los hombres que acompañaban a los tumanes y poseía cientos de miles de monedas de plata y oro. Podía pagar también a los guerreros, al menos por el momento. Kublai torció el gesto y tomó un poco más de agua para peinarse hacia atrás los cabellos. Vaciaría el cofre de guerra que Mongke le había dado, y que ya no era tan pesado como al principio, en cuestión de meses. Después ya no le quedaría dinero para sobornos ni contaría con ninguna nueva fuente de ingresos. Yao Shu le había garantizado que los granjeros de las tierras septentrionales tendrían cosechas en los campos, pero no podía decidir sobre el futuro a partir de cantidades desconocidas. Los ejércitos tenían que recibir comida y suministros. Añadir más plata a sus reservas parecía bastante lógico, si supiera dónde encontrar toda la que necesitaba.

Allí de pie, observando el agua, Kublai se quedó inmóvil, luego levantó los ojos al cielo y se echó a reír a carcajadas. Estaba en una tierra donde a los soldados se les pagaba como a cualquier comerciante. Tenía que encontrar las minas de donde se sacaba el metal. Estaba fatigado y hambriento, pero, por primera vez ese día, no lo notó. Un año antes, habría considerado esa empresa como una tarea imposible, pero, en el tiempo transcurrido desde ese momento, había visto cómo las ciudades Song abrían sus puertas y se rendían ante un señor Chin. Para cuando la plata de Mongke se hubiera acabado, estaría recibiendo tributos de sus nuevas tierras, aunque no consiguiera dar con las reservas del emperador. ¡Podía hacer que las ciudades financiaran su propia conquista!

No oyó a Yao Shu llegar por su espalda. A pesar de su edad, el anciano seguía moviéndose con extremo sigilo. Kublai dio un respingo cuando le habló, y luego sonrió.

—Me complace verte de buen humor —dijo Yao Shu—. Estaría más contento si Bayar no hubiera elegido un lugar con tantos mosquitos para acampar.

Todavía inmerso en su idea, Kublai le comunicó sus pensamientos. Habló a toda velocidad en mandarín, sin darse cuenta de que su perfecta fluidez hacía que el viejo se enorgulleciera de él. Yao Shu asintió con la cabeza cuando concluyó.

—Creo que es un buen plan. Una mina de plata requiere muchos trabajadores. No debería ser demasiado difícil encontrar a alguien que haya oído hablar de una mina, o incluso que haya trabajado en una. Mejor todavía si podemos conseguir que la paga de los soldados Song quede interrumpida. Además de encontrarnos con las monedas ya acuñadas, sufrirían mientras nosotros nos beneficiamos y puede que perdieran un poco de fe en los hombres que les pagan.

—Mañana mismo encomendaré esa misión a unos exploradores —prometió

Kublai, bostezando—. Hasta entonces, tengo suficiente dinero para pagar a nuestros hombres en buena moneda Chin. ¿Podrías calcular las cantidades por mí?

—Por supuesto. Tendré que averiguar el precio de una puta barata en una ciudad pequeña para usarlo como base. Creo que un hombre debería tener que ahorrar durante un día o dos para poder permitirse ese lujo. Como mínimo, eso les enseñaría disciplina —respondió Yao Shu, y sonrió—. Es un buen plan, Kublai.

Se sonrieron el uno al otro, conscientes de que Yao Shu solo utilizaba su nombre personal cuando nadie más podía oírle.

—Vete a ver a tu esposa, ahora —le instó Yao Shu—. Come, engendra bebés o descansa. Tienes que mantenerte sano —su tono severo despertó en Kublai los recuerdos de las clases de su infancia—. En algún lugar lejos de aquí, el emperador de los Song se está enfureciendo al recibir sus informes. Ha perdido un ejército y cuatro ciudades. No esperará a que vayas a por él. Puede que confiara en que tus hombres se agotaran recorriendo sus tierras y, sin embargo, las noticias que recibirá son que prosperas y cada vez eres más fuerte, que comes bien pero que todavía estás hambriento.

Kublai esbozó una ancha sonrisa ante la imagen pintada por Yao Shu.

—Estoy demasiado cansado para preocuparme por él esta noche —dijo, dando un bostezo tan grande que notó cómo su mandíbula crujía—. Creo que por una vez voy a dormir bien.

Yao Shu le miró con expresión escéptica. Rara vez descansaba más de cuatro horas al día y consideraba que dormir más era de una haraganería espantosa.

—Mantén tu libro cerca de la cama. Me gusta leer lo que escribes.

La boca de Kublai se abrió.

—Es un diario privado, viejo. ¿Te ha dejado Chabi que lo leas? ¿Es que no hay respeto en este mundo? —protestó.

—Te sirvo mejor si sé cómo piensas, mi señor. Y considero que tus observaciones sobre Orlok Uriang-Khadai son extremadamente interesantes.

Kublai resopló al ver la plácida expresión del anciano monje.

—Ves demasiado, viejo amigo. Ve a descansar tú también. ¿Te has parado a pensar en cómo se dice «banco» en mandarín? Se dice «movimiento de plata». Vamos a descubrir el lugar de dónde la sacan.

Hulegu estaba disfrutando de la sensación de poder que tenía ante el califa de Bagdad. Las pretensiones de aquel viejo quedaron destrozadas durante las horas de la mañana. Hulegu observó con paciencia cómo al-Mustasim hablaba con su consejeros y comprobaba interminables listas de cantidades escritas en fino pergamino, haciendo ofertas y contraofertas, la mayoría de las cuales Hulegu, sencillamente, ignoró hasta que el califa comprendió cuál era la verdadera situación. A lo largo de la mañana, Hulegu hizo que los equipos encargados de los cañones y las catapultas practicasen

sus rutinas en las inmediaciones, poniendo nerviosos a los escribas. El califa contempló con gesto de desagrado las móviles filas de guerreros y las incontables gers que se extendían en todas direcciones en un radio de varios kilómetros. El vasto ejército mantenía la ciudad en un férreo cerco y él ni contaba con una fuerza capaz de romper el asedio, ni tenía ninguna esperanza que le diera un poco de paz. Nadie iba a llegar a salvar Bagdad: la certeza que tenía de ello se percibía en su rostro y en su postura al sentarse, con los hombros hundidos en los gruesos rollos de carne.

Resultaba embriagador haber reducido a un orgulloso líder a ese estado de total desaliento, observar cómo el califa cobraba consciencia lentamente de que todo lo que valoraba estaba en manos de hombres a quienes no les importaba nada su pueblo o su cultura. Hulegu rechazó con un ademán la última de sus ofertas. Sabía que a la gente de aquella región le gustaba negociar, pero aquello no era más que el espasmo final de un cadáver. Todo cuanto podían ofrecer estaba contenido en la propia Bagdad y la ciudad abriría sus puertas ante los mongoles. Podría saquear a voluntad las cámaras del tesoro y los templos. Aun así, aguardó a que al-Mustasim perdiera hasta el último resquicio de esperanza.

Hicieron una pausa a mediodía durante la cual los miembros de la comitiva del califa desenrollaron las alfombras para la oración y agacharon las cabezas, entonando juntos unos rezos. Hulegu empleó ese tiempo para caminar hasta sus generales de más rango y asegurarse de que estuvieran alerta. No podía haber sorpresas, estaba seguro. Si otro ejército se acercaba a menos de cien kilómetros, lo sabría mucho más deprisa de lo que la esperanza podía renacer en el califa. Hulegu había tomado la decisión de que el hombre que gobernaba Bagdad sería asesinado si recibía esa noticia. Al-Mustasim era más que un señor para su pueblo, por su estatus espiritual. Podía ser un símbolo, o incluso un mártir. Hulegu sonrió ante la idea. Los musulmanes y los cristianos daban mucho valor a sus mártires.

Se puso a escuchar su letanía y meneó la cabeza, divertido. Para él el padre cielo estaba siempre encima de su cabeza y la madre tierra a sus pies. Si es que estaban vigilando lo que sucedía en el mundo, desde luego no interferían en la vida de los hombres. Ciertamente, los espíritus de la tierra podían ser malignos. Hulegu no podía olvidar el destino de su propio padre, que había sido elegido para reemplazar la vida de Ogedai Khan, reclamada por los espíritus. Bajo la luz del sol, se estremeció al pensar en los millones de espíritus que le estarían observando en aquel lugar.

Levantó la cabeza, negándose a tener miedo. Nunca habían atacado a Gengis y su abuelo había sido responsable de una importante dosis de destrucción: había arrancado a más hombres del mundo iluminado por el sol que la mayoría. Si los espíritus furiosos no se habían atrevido a tocar a Gengis, no le inspirarían terror a su nieto.

El momento que había estado esperando llegó bien entrada la tarde, cuando incluso Hulegu había permitido a sus criados que le cubrieran la nuca quemada con un paño humedecido. Las magníficas túnicas del califa estaban salpicadas de amplias

manchas oscuras y parecía exhausto, aunque no había hecho más que estar sentado y sudar durante todo el día.

—Te he ofrecido las riquezas de Creso —dijo el califa al-Mustasim—. Más riquezas de lo que ningún hombre haya visto jamás. Me has pedido que valore mi pueblo, mi ciudad, y lo he hecho. Aun así, ¿vuelves a rechazar mi oferta? ¿Qué más querrías de mí? ¿Por qué estoy aquí siquiera si no vas a aceptar nada a cambio de ellos?

Tenía la vista cansada y Hulegu tomó asiento una vez más, apoyando la espada sobre sus muslos.

—No consentiré que me traten como a un tonto, califa. No aceptaré unos cuantos carros llenos de cosas bonitas, ni permitiré que los hombres digan que no sabía que la antigua ciudad encerraba mucho más. No, no te reirás cuando me haya ido.

El califa le miró, absolutamente confundido.

—¿Has visto las listas, los registros oficiales del tesoro!

—Listas que tus escribas muy bien podrían haber redactado en las semanas previas a este momento en que sales armado con ellas. Yo elegiré el tributo de Bagdad, no me lo concederás tú a mí.

—¿Qué...? —el califa se interrumpió y meneó la cabeza. Una vez más, miró al ejército que le rodeaba, tan extenso que las últimas filas se perdían en un borrón reluciente. No dudaba de que pudieran destruir la ciudad si les daba la oportunidad. Su corazón latía dolorosamente en el pecho y a sus narices llegaba el penetrante olor de su propio sudor—. Estoy intentando negociar un final pacífico al sitio. Dime lo que quieres y empezaré de nuevo.

Hulegu asintió como si el califa hubiera dicho algo acertado. Se rascó la barbilla, notando los pelos que estaban volviendo a crecer.

—Ordena a tu pueblo que entregue las armas. Que arrojen cada espada, cada cuchillo, cada hacha fuera de sus casas, para que mis hombres puedan recogerlas. Entonces, tú y yo entraremos juntos en Bagdad, acompañados únicamente de una guardia de honor para mantener a raya al populacho. Cuando eso se haya cumplido, volveremos a hablar.

Con cansancio, el califa se puso en pie. Las piernas se le habían quedado dormidas y, al dar el primer paso, se tambaleó. Recuperó el equilibrio.

—Me pides que deje indefenso a mi pueblo.

—Ya están indefensos —respondió Hulegu, con un ademán. Puso las botas sobre la mesa y se echó para atrás en la silla—. Mira a tu alrededor otra vez, califa, y dime si no es así. Estoy tratando de buscar una solución pacífica. Cuando mis hombres hayan registrado tus palacios, sabré que no se trata de alguna artimaña. No te preocupes, te dejaré un poco de oro, suficiente para comprarte túnicas nuevas, al menos.

Los presentes se rieron entre dientes y el califa se quedó mirando a Hulegu con furia impotente.

—¿Me das tu palabra de que no habrá violencia?

Hulegu se encogió de hombros.

—A menos que me obligues. Te he comunicado mis condiciones, califa.

—Entonces, regresaré a la ciudad —contestó al-Mustasim.

Hulegu se quedó pensando un momento.

—Eres mi huésped. Envía a un hombre para que transmita la orden. Esta noche te quedarás en una ger, para aprender nuestras costumbres. Tenemos musulmanes en el campamento. Tal vez agradezcan tu guía.

Sus miradas se encontraron y fue el califa el primero que retiró la vista. Sabía que no tenía ninguna elección, se sentía como un pez atrapado al final de un sedal que Hulegu se divertía recogiendo a su propio ritmo. Todo cuanto podía hacer era tratar de aferrarse a la más leve oportunidad de alejar al mongol de Bagdad sin que se derramara sangre por las calles. Asintió.

—Será un honor para mí —dijo con suavidad.

Desarmar a toda la ciudad de Bagdad no era tarea fácil. Comenzó bastante bien; al fin y al cabo, la población podía ver el vasto ejército mongol rodeando sus murallas. Los heraldos del califa leyeron sus órdenes en todas las esquinas de la ciudad y no pasó mucho tiempo antes de que las primeras armas fueran sacadas a la calle para que los mongoles las recogieran. Era común entre las familias poseer una espada o una lanza en su hogar, como reliquia de una antigua guerra, o simplemente para proteger la casa. Muchos de ellos no querían entregar un arma que su padre o su abuelo habían utilizado. No fue sencillo convencer a los carniceros, los carpinteros y los obreros de que debían renunciar a sus valiosas herramientas. Al final de la primera mañana, reinaba en la ciudad un ánimo de hondo resentimiento y algunos volvieron incluso a meter sus armas en casa antes de que fueran recogidas. Antes de la puesta del sol, los guardias de la ciudad del califa tuvieron que hacer frente a algunas turbas airadas y, en un momento dado, los violentos estuvieron a punto de acorralarlos. En distintos puntos de la ciudad, tres mil guardias se enfrentaban a la furia latente de los ciudadanos, siempre mucho más numerosos que ellos. Los grupos de hombres del califa recorrieron calle tras calle, intentando emplear el uso masivo de la fuerza sobre un único punto y, a continuación, avanzar juntos hacia el siguiente. Como resultado, la recopilación de armas se retrasó todavía más. No era un inicio prometedor y los problemas aumentaron cuando cayó la noche.

Los guardias tenían que conservar sus armas para hacer cumplir el mandato del califa, pero, cuando los ciudadanos los veían, se inflamaban pasiones que empezaban a representar una amenaza seria. Todo padre e hijo les temían una vez habían entregado sus propias armas. Mientras supervisaban las calles, los guardias eran bombardeados con tejas y verduras podridas lanzadas desde arriba o por chiquillos que pasaban como una flecha por su lado maldiciéndoles a gritos.

Cuando terminaron los días de calor, multitudes vociferantes seguían todos sus movimientos. Los guardias apretaban los labios con furia mientras continuaban con su trabajo e intentaban ignorar a los que, armados con espadas y cuchillos, salían corriendo de una calle en el momento en que ellos entraban.

Al cuarto día, a uno de los hombres del califa le golpeó la cabeza algo podrido que fue resbalando húmedamente desde su coronilla hasta su nuca. Llevaba mucho tiempo soportando una intensa presión: le habían llamado traidor y cobarde, le habían abucheado y escupido. Ciego de ira, se giró sobre sí mismo con la espada en ristre y descubrió a un grupo de adolescentes riéndose de él. Se dispersaron, pero en su furia, alcanzó a uno de ellos y lo derribó de un golpe. Angustiado, el guardia soltó aire al darle la vuelta al cuerpo. Había matado al más pequeño de todos, un muchacho delgado, que yacía con un enorme tajo rojo en el cuello, feo y ancho, por el que se veía el hueso. El guardia alzó la vista y se encontró con los semblantes de los

fornidos hombres a los que había pagado para acarrear las armas. Uno de ellos dejó caer su carga con estrépito y se alejó. Otros salieron detrás de él, llamando a la gente para que se unieran a ellos y vieran lo que el guardia había hecho. La ira iba creciendo y el guardia sabía lo que era la ruda justicia de las calles. El miedo se pintó en su expresión y empezó a retroceder. Solo consiguió retroceder unos pasos antes de que alguien le pusiera la zancadilla y le tirara al suelo. La turba cayó sobre él en una oleada de rabia y terror, atacándole con las uñas, hundiéndole en la carne los puños y los zapatos.

Desde el final de la calle llegaron corriendo una docena de guardias. Como obedeciendo una señal, la muchedumbre se dispersó de repente en todas direcciones, echando a correr sin pensar adónde iban. Junto al cadáver del niño, dejaron otro cuerpo sin vida, tan maltrecho y destrozado que casi no parecía humano.

Al amanecer del día siguiente, se desataron disturbios en distintos puntos de Bagdad. Viéndose atrapado en el campamento mongol, el califa perdió la paciencia al recibir la noticia. Sí, sus guardias estaban en clara inferioridad numérica en la populosa ciudad, pero contaba con ocho puestos de vigilancia principales, contruidos en buena piedra, y dotados con tres mil hombres. Se aseguró de que la orden era leída en cada rincón de la ciudad. Los guardias recibieron con deleite la noticia y afilaron sus espadas. Uno de los suyos había caído a manos de la turba; eso no volvería a suceder. Se desplazaban en grupos de doscientos que peinaban las áreas una por una, acompañados por cientos de hombres contratados para llevar las armas a las murallas y depositarlas fuera. Si alguien protestaba, los guardias le golpeaban con unos pesados palos hasta dejarlo sin sentido y después le propinaban unas cuantas patadas por si acaso no había tenido suficiente. Si alguien blandía airado una espada contra ellos, lo mataban con rapidez y dejaban el cadáver donde pudiera ser visto. No había en los guardias ni rastro de vergüenza o de miedo a encender el ansia de venganza de la multitud, sino que sostenían desafiantes la mirada de los ciudadanos mientras llevaban a cabo su misión.

Ante la agresión sancionada ejercida por los guardias, las turbas fueron reduciéndose y replegándose a las sombras de la vida normal. La gente susurraba el nombre del niño muerto entre sí como un talismán contra el mal, pero la recopilación de armas continuó igualmente.

Después de once días, a Hulegu estaba a punto de agotársele la paciencia cuando llegó el mensaje de que el desarme se había completado y que podía entrar a inspeccionar la ciudad. El ingente peso de las armas era impresionante y Hulegu se vio obligado a emplear todo un tumán para amontonarlas en carros y retirarlas. La mayoría fueron enterradas, destinadas al óxido y al olvido; solo unas cuantas piezas selectas hallaron nuevos propietarios entre los oficiales mongoles. Bagdad esperaba ante Hulegu, verdaderamente indefensa por primera vez en su historia. Saboreó la idea mientras se subía al caballo y aguardaba a que un minghaan compuesto por mil hombres formara a su alrededor. En la posición de cabeza, el califa, con las ropas

sucias y la piel cubierta de picaduras de pulga, se acomodó en su carro. Al verle, Hulegu soltó una carcajada y, a continuación, dio la orden de entrar.

Entrar en la ciudad todavía entrañaba un cierto peligro, Hulegu estaba seguro. Ya solo unos cuantos arcos escondidos disparando desde los tejados a su paso podrían desencadenar otra oleada de disturbios. Se había puesto la armadura completa, así como el casco, y su peso y solidez le hicieron sentir invulnerable cuando clavó los talones en su montura y atravesó por fin las puertas de la ciudad. Sus tumanes estaban listos para asaltar la ciudad y dejó a algunos hombres en todos los puntos de entrada para mantener las puertas abiertas. Creía haber pensado en todo y su ánimo era alegre mientras recorría al trote una calle principal, vacía y resonante.

Poco después, las murallas exteriores habían quedado muy atrás. Hulegu notó que la mayor parte de la ciudad había sido construida en un ladrillo cocido de tono marrón. Le recordaba a la ciudad de Samarra, más pequeña, situada al norte. En su ausencia, sus tumanes habían librado una batalla campal allí, antes de saquearla. Para cuando llegó del sur desde la fortaleza de los Asesinos, Samarra había sido sometida al pillaje de sus guerreros y la sangre resbalaba por las alcantarillas y algunas zonas de la ciudad habían quedado reducidas a escombros. Esa era una de las razones por las que la ciudad del califa no tenía ninguna opción de ser liberada: los oficiales de Hulegu habían sido extremadamente concienzudos.

Bagdad era mucho más grande que Samarra y entre los edificios ocres aparecían algunas mezquitas de decoración muy elaborada. Los azulejos de color azul brillante y los extraordinarios motivos geométricos reflejaban la luz del sol, centelleando en los pardos caminos como fogonazos de color. Hulegu sabía que los artistas musulmanes realizaban esos complejos dibujos de formas reflectantes y entrelazadas debido a que no se les permitía representar la forma humana. Se decía que sus matemáticas habían surgido de su arte, de hombres que se habían visto forzados a considerar los ángulos y la simetría para venerar a su dios. Para su sorpresa, Hulegu descubrió que le gustaba ese estilo mucho más que las escenas de batallas que Ogedai había encargado realizar en Karakorum. Había algo relajante en las formas y líneas repetidas que cubrían los vastos muros y patios. Sobre los demás edificios, descollaban también las manchas de color de los minaretes y las torres. Cuando Hulegu levantaba la vista, veía figuras distantes observándole desde lo alto. Sin duda, cuando miraran a lo lejos, también podrían ver a su ejército rodeando las murallas.

Pasó junto a la famosa Casa de la Sabiduría y se agachó sobre la silla para espiar bajo un arco el patio azul oscuro que se abría en su interior. Había nerviosos eruditos oteando desde todas las ventanas y se acordó que se decía que poseían la mayor biblioteca de la región. Si Kublai hubiera estado allí, Hulegu sabía que su hermano habría empezado a salivar de ganas de entrar en ella, pero él quería ver otras cosas. Su minghaan seguía a un reducido grupo de guardias del califa a través de la ciudad y, en un momento dado, había atravesado el Tigris por un puente de mármol blanco. Bagdad era más grande de lo que Hulegu había creído: su auténtica escala solo era

visible desde el interior de sus murallas.

Llegaron al palacio del califa, circundado por una verja, y entraron por una puerta a unos verdes jardines interiores. Hulegu resopló al ver a un pavo real salir huyendo ante la visión de los hombres armados, con la cola temblorosa.

Solo una parte de los guerreros del minghaan entró en la residencia del califa, mientras que la mayoría se quedó fuera, con orden de visitar todos los bancos de la ciudad. Mientras desmontaba, una lenta procesión formada por un tumán de diez mil hombres seguía entrando en la ciudad, guerreros disciplinados que encontrarían toda la riqueza escondida sin desencadenar nuevos disturbios.

Mientras los sirvientes del califa le guiaban a través de frescas habitaciones y descendía las escaleras que le conducían al lugar donde aguardaba su amo, Hulegu estaba de excelente humor. Sabía que podían tenderle una emboscada, pero confiaba en que su seguridad estaría garantizada por la amenaza que representaban sus hombres. El califa tenía que estar loco para permitirle entrar con tantos mongoles en la ciudad... y con tan pocas armas para luchar contra ellos. Hulegu estaba seguro de que todavía había alijos de espadas y puñales en Bagdad. Era casi imposible encontrar todos los cuchillos, espadas y arcos de una población que poseía sótanos y habitaciones secretas. La recogida de las armas había sido fundamentalmente un acto simbólico, aunque incrementaba la sensación de impotencia que experimentaban los habitantes de Bagdad mientras esperaban a que cumpliera su palabra y se marchara.

El califa al-Mustasim aguardaba al final de un tramo de escalones de piedra que continuaban en otros dos tramos superiores, de manera que las cámaras del tesoro estaban excavadas en un profundo lecho de roca e iluminadas únicamente por lámparas. La luz del sol no llegaba tan abajo, pero el lugar era seco y polvoriento en vez de húmedo. Incluso vestido con sus mugrientas túnicas, el líder de la ciudad parecía mucho más seguro de sí allí que en el campamento mongol. Cuando los guardias del califa retiraron una pesada tranca de hierro, tan enorme que incluso a dos hombres les costaba levantarla, Hulegu agudizó sus sentidos para identificar cualquier signo de engaño. A continuación, al-Mustasim se adelantó y apoyó las manos en las puertas, empujándolas hasta que se abrieron de par en par sin hacer ningún ruido. Incapaz de contenerse, Hulegu se acercó al umbral para echar la primera ojeada a los contenidos de la cámara. Por su parte, el califa se volvió a mirarle a él, descubriendo el brillo de la codicia en sus ojos.

La cámara del tesoro debía de haber sido una cueva natural situada bajo la ciudad. Las paredes, que se perdían en la distancia, seguían siendo rugosas en algunos puntos. Era evidente que los criados del califa habían estado allí antes, porque el lugar estaba bien iluminado por unas lámparas que pendían del techo. Hulegu sonrió al darse cuenta de que la pomposa escena de la apertura de las puertas había sido representada exclusivamente para él.

La espera había merecido la pena. El color único del oro resplandecía en pilas de lingotes gruesos como dedos, pero eso era solo una pequeña parte del todo. Al ver la

extensión de la cueva, Hulegu tragó con dificultad: todos los recovecos estaban repletos de estatuas y estanterías. No podía evitar preguntarse cuánto se habrían llevado antes de ese día. El califa querría conservar una porción de su riqueza y Hulegu sabía que tendría que luchar para encontrar las demás habitaciones y cofres, dondequiera que estuvieran escondidos. Con todo, era una visión impresionante. Solo esa habitación equivalía o superaba todas las cámaras de Mongke juntas. Aunque Hulegu sabía que tendría que cederle al menos la mitad a su hermano, cobró consciencia de que, de un plumazo, se había convertido en uno de los hombres más ricos del mundo. De pronto, mientras observaba la riqueza de antiguas naciones, se echó a reír.

El califa sonrió con nerviosismo al oírle.

—Cuando compruebes las listas que te di, verás que está todo incluido. He actuado de forma honorable por mi ciudad.

Hulegu se giró hacia él y le puso una mano en el hombro. Uno de los guardias del califa se agitó irritado y, al instante, se encontró con una espada apoyada contra su garganta. Hulegu hizo caso omiso del incidente.

—Me has mostrado los tesoros visibles, sí. Son magníficos. Ahora, enséñame el resto, la verdadera riqueza de Bagdad.

El califa miró con expresión horrorizada al sonriente mongol. Meneó la cabeza, sin palabras.

—Por favor, no hay nada más —dijo por fin.

Hulegu alargó la mano y agarró con firmeza una de las mejillas del califa, sacudiéndola con suavidad.

—¿Estás seguro? —preguntó.

—Lo juro —respondió el califa. Retrocedió para liberarse del insultante gesto mientras Hulegu se dirigía a uno de los guerreros mongoles.

—Dile al general Kitbuqa que empiece a incendiar la ciudad —dijo. El guerrero subió a la carrera los escalones y al-Mustasim le observó marchar con el rostro crispado por el pánico.

—¡No! Muy bien, hay una reserva de oro oculta en los estanques del jardín. Eso es todo. Te doy mi palabra.

—Ya es demasiado tarde —respondió Hulegu, con pesar—. Te pedí que hicieras un recuento preciso del tributo y no lo has hecho. Tú mismo has hecho caer la desgracia sobre ti, oh califa, y sobre tu ciudad.

El califa sacó una daga de los pliegues de su túnica y trató de atacar, pero Hulegu simplemente se echó a un lado y dejó intervenir a sus guardias, que arrancaron el arma de los rollizos dedos del califa. Hulegu la recogió, asintiendo para sí.

—También solicité el desarme completo y no lo has cumplido —prosiguió—. Llévadle a una estancia pequeña y mantenedle allí prisionero mientras trabajamos. Estoy cansado de su verborrea y sus promesas vacías.

No era tarea fácil arrastrar la mole del califa escaleras arriba, por lo que Hulegu

dejó que sus guardias se encargaran de ello mientras él se internaba en la cámara para examinar lo que había obtenido. Kitbuqa sabía lo que tenía que hacer. Hulegu y él habían elaborado sus planes una semana antes. La única parte difícil había sido planear cómo asegurarse de obtener los tesoros de Bagdad antes de destruir la ciudad.

El invierno era suave en esa región y los tumanes de Kublai se asentaron en sus nuevas tierras, refugiándose en la seguridad de sus gers. Por los registros de las campañas rusas de Tsubodai, Kublai sabía que el invierno era la mejor época para lanzar un ataque, pero, al estar tan al sur, la ventaja natural de los mongoles en los enfrentamientos a bajas temperaturas quedaba prácticamente anulada. Los ejércitos seguían desplazándose durante las estaciones frías y no tenía garantía alguna de que pudiera disfrutar de una tregua en la lucha. Sus enemigos debían estar experimentado el mismo problema. Los mongoles habían penetrado en sus tierras y nadie sabía sobre qué punto lanzarían su próximo ataque.

Kublai había creído que tendría que luchar por cada paso que avanzara en territorio Song, pero, tras la primera batalla, casi parecía que le estuvieran ignorando. La ciudad de Kunming había abierto sus puertas ante él sin ofrecer resistencia y lo mismo había sucedido a continuación con Qujing y Qianxinan. Se preguntó si la indignación y el ultraje habrían dejado paralizado al emperador. Habían pasado siglos desde la última vez que alguien había emprendido la conquista de sus tierras, pero, sin duda, no habría sido fácil pasar por alto las lecciones extraídas de la experiencia de los Chin. Si Kublai hubiera estado en el poder, habría armado a todo su pueblo para lanzar una guerra total, obligando a millones de hombres a enfrentarse a la máquina de guerra mongola hasta dejarla reducida a polvo. Seguía temiendo que sucediera precisamente eso. Su único consuelo era que la región de Yunnan estaba aislada por una vasta cordillera de colinas y montañas del resto del territorio Song. Para alcanzar una ciudad Song de importancia, sus mapas revelaban que había que atravesar más de trescientos kilómetros de terreno abrupto, sin dar más detalles al respecto. La inquietud de Kublai aumentaba con cada semana que pasaba mientras esperaba noticias de los hombres y el dinero que había enviado para localizar las minas de plata del emperador Song. El encargo llevó mucho más tiempo de lo que había previsto. Muchos de sus exploradores regresaron con las manos vacías o con falsas pistas que supusieron un despilfarro de tiempo y energía. Cuando habían pasado dos meses sin que hubieran obtenido ningún resultado, se vio obligado a avanzar hacia el este, hacia las primeras colinas, dejando pequeños grupos de guerreros en sus ciudades pacificadas para asegurarse de que el flujo de suministros continuaba llegando.

Diez tumanes y su hueste de seguidores del campamento atravesaban lentamente la tierra. Kublai le había dado a Uriang-Khadai órdenes permanentes de que comprara la comida en vez de cogerla sin más, pero la consecuencia era que sus reducidos

fondos estaban visiblemente mermados. El orlok había insistido en celebrar una reunión para poner de manifiesto la estupidez que suponía dejar plata Chin en unas aldeas de campesinos, pero Kublai se negó a discutirlo y le hizo volver junto a los tumanes sin satisfacer sus demandas. Sabía que disfrutaba demasiado atormentando a su orlok... pero no estaba dispuesto a explicar sus motivos ante alguien que nunca comprendería lo que estaba intentando hacer. Las ciudades de las montañas, grandes y pequeñas, permanecían intactas tras el paso de las filas mongolas y las monedas habían empezado a circular mes a mes, de modo que, al poner a su montura al trote, se oía tintinear hasta al guerrero de menor rango. Los hombres transportaban las monedas Chin en correas de cuero que llevaban al cuello o que colgaban de sus cinturones como ornamentos. La novedad les había mantenido callados mientras esperaban a ver qué podían comprar con esas monedas en las ciudades Song. Solo Uriang-Khadai rechazó su paga mensual, diciendo que Kublai no le convertiría en un mercader, no mientras conservara su rango. Bajo la hostil mirada del orlok, Kublai se había sentido tentado de relevarle de ese rango, pero se había resistido al impulso, sabiendo que lo habría hecho por despecho. Uriang-Khadai era un comandante competente y Kublai necesitaba todos los hombres de valía que tenía.

La marcha era lenta, aunque había senderos entre las colinas. No se trataba de montañas demasiado altas, era solo un distante horizonte de cumbres y depresiones reverdecidas por las fuertes lluvias. Los aguaceros duraban varios días seguidos, convirtiendo la arcilla en pegajosos terrones donde los carros se atascaban y que ralentizaban aún más su paso. Avanzaban pesadamente, siempre adelante, mientras las mujeres y los niños se iban quedando tan delgados como los rebaños que sacrificaban para mantener fuertes a los hombres. El pasto era lo único bueno de la marcha y Kublai pasaba las tardes junto a Chabi y Zhenjin en una ger que tenía una gotera, escuchando leer a Yao Shu en voz alta la poesía de Omar Khayyam. En cada nueva población, Kublai preguntaba por el paradero de soldados o de minas. En esos lugares tan remotos rara vez habitaba alguien que hubiera estado siquiera en las ciudades, por lo que se sintió aliviado cuando sus exploradores le pidieron que acudiera a la granja de un soldado Song retirado llamado Ong Chiang. Al verse frente a guerreros armados, Ong Chiang había descubierto que sabía bastantes cosas. El antiguo soldado le habló a Kublai de la ciudad de Guiyang, que estaba a solo sesenta y cinco kilómetros de unos cuarteles imperiales y de una mina de plata. No era ninguna coincidencia que ambas cosas estuvieran juntas, dijo. Mil soldados vivían y trabajaban en una ciudad que existía solo para mantener las minas locales. Ong Chiang había estado estacionado allí durante parte de su carrera y habló con deleite de la dura disciplina, mostrándoles una mano en la que solo quedaban dos dedos y el pulgar para ilustrar su argumento. Haber nacido en las ciudades que rodeaban Guiyang significaba morir en las minas, les dijo. Era un lugar pobre para los que vivían allí, pero producía una enorme riqueza. Era muy posible que Ong Chiang nunca hubiera disfrutado de un público tan atento en toda su vida. Se echó para atrás,

arrellanándose en su pequeño hogar, mientras Kublai absorbía cada una de sus palabras.

—¿Y viste cómo sacaban la tierra a la superficie y luego la calentaban?

—En hornos gigantescos —respondió Ong Chiang, encendiendo su pipa mientras hablaba y dando pequeñas chupadas placenteras a la larga caña—. Unos hornos que rugen todo el día con tanto estruendo que los obreros se quedan sordos a los pocos años. Nunca quise acercarme a esas cosas, mi misión era únicamente custodiarlos.

—Y dices que extraen plomo...

—Mineral de plomo mezclado con la plata. Se encuentran juntos, aunque no sé por qué. La plata es un metal puro y el plomo puede fundirse. Los vi vertiendo la plata en lingoteras en el yacimiento y teníamos que estar allí para asegurarnos de que los mineros no robaban ni siquiera unas virutas.

Se puso a contar una anécdota sobre un hombre que intentó tragarse varias piezas afiladas de plata que le revolvió el estómago a Kublai. Sospechaba que aquel veterano Song sabía poco más del proceso en sí que él mismo, pero en su farragoso discurso reveló muchos detalles de utilidad. No había duda de que la mina de Guiyang era un proyecto descomunal, una ciudad que existía solo con el fin de extraer menas de mineral. Hasta ese momento, Kublai se había imaginado algo de menor escala, pero Ong Chiang hablaba de miles de trabajadores, golpeando con el martillo y cavando día y noche para llenar las arcas del emperador. Alardeaba de que había al menos otras siete minas en las tierras Song, una fanfarronada que Kublai tenía que desechar como una mera fantasía. Su propio pueblo trabajaba en dos ricos filones, pero él nunca había visitado los yacimientos. Pensar en que hubiera ocho minas, en sus menas siendo convertidas en valiosas monedas, implicaba una visión de tal riqueza y poder que le resultaban casi inconcebibles.

Por fin, al hombre se le acabó la cuerda y se quedó en silencio, más a gusto todavía gracias a la petaca de airag que Kublai había sacado de los pliegues de su deel. Se puso en pie y Ong Chiang le dirigió una sonrisa desdentada.

—¿Tienes suficiente plata para pagar a un guía? —preguntó. Kublai asintió y el hombre se levantó con él, alargando el brazo y empezando a moverlo arriba y abajo—. Entonces lo haré. No encontrarías la mina sin un guía.

—¿Y qué le sucederá a tu granja, a tu familia? —inquirió Kublai.

—La tierra aquí es una mierda y ellos lo saben. No hay más que caliza y pedruscos. Un hombre tiene que ganar dinero y puedo olerlo en ti.

La mirada de Ong Chiang recorrió la limpia túnica de Kublai arriba y abajo y su mano mutilada se estremeció como si quisiera tocar el fino tejido. A Kublai le hizo gracia, a pesar suyo. Entonces reparó en la presencia de la esposa del granjero, que le estaba fulminando con la mirada desde la entrada. La mirada de ambos se encontró por un momento y ella bajó la vista de inmediato, aterrorizada por los hombres armados que rodeaban su casa.

—¿Cómo sé que puedo confiar en ti? —preguntó Kublai.

—Ahora soy Ong Chiang el granjero, pero una vez fui Ong Chiang, oficial al mando de ocho hombres... antes de perder los dedos por la pala de un imbécil. Me dijeron que entregara la armadura y la espada y me dieron mi paga, y eso fue todo. Veinte años de servicio y me hacían marchar con las manos vacías. No creas que te causaré ningún problema. No puedo sostener una espada, pero te enseñaré el camino. Me gustaría verles las caras cuando vean llegar a tus hombres —Ong se echó a reír, cacareando y resollando, y dio otra chupada a su pipa, como si fuera un pecho que le sirviera para confortarse. Los silbidos se convirtieron en gorgoteos y cuando por fin se calmaron, Ong tenía la cara roja.

—Pago a mis hombres cuatro monedas de plata al mes —dijo Kublai—. Tú obtendrás una paga extra cuando me encuentres una mina de plata.

El rostro de Ong Chiang se iluminó.

—¡Cuatro! Por ese dinero, caminaré día y noche e iré a donde quieras.

Kublai confiaba en que Yao Shu no se hubiera excedido en sus cálculos de la paga de un soldado. Era un área en la que el monje budista carecía de experiencia. Kublai estaba perdiendo medio millón de monedas de plata de sus fondos de campaña cada mes y, aunque Mongke había sido más que generoso, tenía como máximo seis meses antes de que volviera a presentarse el problema del saqueo. Kublai todavía estaba esforzándose por comprender el impacto de esa sencilla decisión, pero tuvo una visión de sus hombres entrando en una ciudad pacífica con demasiada riqueza en sus bolsas. Los precios se dispararían. Sus guerreros se beberían todo el alcohol que encontrarán, se pelearían por las putas locales y luego se pelearían hasta caer inconscientes.

Su rostro se crispó al pensarlo. Muy al norte, Xanadú estaba siendo construida por obreros Chin que daban por supuesto que él regresaría con la paga que les debía. La nueva capital que había imaginado quedaría en ruinas si no encontraba una nueva fuente de plata.

—Muy bien. A partir de este día, eres Ong Chiang, el guía. ¿Necesito advertirte de lo que te pasará si nos conduces por un camino equivocado?

—No, no creo que sea necesario —dijo Ong, mostrando otra vez sus estropeadas encías.

El califa lloró mientras veía cómo ardía la Casa de la Sabiduría. La ciencia y la filosofía recopiladas durante siglos habían prendido como la yesca y las llamas se propagaron a toda velocidad, transformándose enseguida en un auténtico infierno que alcanzó a los edificios que se apretaban a su alrededor. Sus guardias mongoles le habían dejado a solas, deseosos de participar en el pillaje de la antigua ciudad. Al-Mustasim había aguardado un tiempo y luego había salido del edificio del palacio y había echado a andar, esquivando cadáveres y dejando atrás los estanques de los patios donde, en el barro, había estado escondida la reserva de barras de oro. Los estanques habían adquirido un color marrón y todos los peces estaban muertos, asfixiados en el fango o alanceados por diversión por los mongoles mientras sacaban los lingotes.

Una vez fuera del recinto, siguió caminando, atravesando calles marcadas con huellas y salpicaduras de sangre. Más de una vez, un guerrero mongol había salido corriendo de una calle secundaria con una espada manchada de rojo. Reconociendo su inmenso tamaño, le habían ignorado, confirmando una extraña impresión de pesadilla a su avance. Nadie debía tocar al califa, por orden de Hulegu. El resto de la ciudad no disfrutaba de la misma protección y al-Mustasim se echó a llorar mientras miraba a los muertos y percibía el olor a humo en la brisa. La Casa de la Sabiduría solo era uno de los numerosos incendios, aunque se demoró allí algún tiempo, con los ojos cada vez más rojos por efecto del acre humo.

Aproximadamente un millón de personas vivían en Bagdad en el momento en que los tumanes de Hulegu la habían cercado. Había barrios enteros dedicados a los perfumes, otros a la alquimia y artesanos de mil clases diferentes. Una zona había sido edificada en torno a unos baños de tintes tan grandes que los hombres podían meterse en ellos y sumergir los pies en aquellos líquidos de colores brillantes. Las llamas se habían extinguido al llegar allí y al-Mustasim permaneció un tiempo contemplando los cientos de esas enormes pilas de piedra. En algunas de ellas flotaban los cadáveres de hombres y mujeres ahogados, sus caras teñidas con los tintes, con los ojos aún abiertos. El califa siguió caminando, cada vez más aturdido, su mente insensibilizada. Intentó aceptar la voluntad de Alá; sabía que, al ejercer su libre albedrío, los hombres podían causar grandes males, pero la realidad de ese mal, su inmensa escala, le dejaba mudo y vacío, y avanzaba como un mendigo tambaleante por sus propias calles. Los muertos estaban por todas partes y el hedor combinado de la sangre y el fuego atravesaba toda la ciudad. Todavía se oían gritos: la masacre no había acabado. No podía imaginarse la mente de un hombre como Hulegu, que podía ordenar la aniquilación de una ciudad sin ningún sentimiento de culpa. Para entonces, al-Mustasim había comprendido que Hulegu había tenido la intención de destruir Bagdad desde el principio, que todas sus negociaciones no habían sido más que un juego para él. Era una maldad tan colosal que el califa no

lograba asimilarla. Caminó dando trompicones durante kilómetros a través de la ciudad, perdiendo sus sandalias al escalar una pila de cadáveres, y continuó descalzo. A medida que avanzaba el día, vio tantas escenas de dolor y tortura que creyó que estaba en el infierno. Tenía los pies ensangrentados y magullados por los filos de los guijarros, pero no podía sentir el dolor. Entonces, las palabras del Corán aparecieron en su mente: «Prendas de fuego han sido confeccionadas para los infieles. Agua hirviendo se les derramará sobre la cabeza, abrasándoles la piel y lo que está en sus vientres. Y serán fustigados con barras de hierro». Los mongoles no eran ni cristianos, ni hindúes ni judíos, pero ellos también sufrirán cuando llegue el momento, como las gentes de su ciudad habían sufrido. Era su único consuelo.

Sobre un puente de níveo mármol, al-Mustasim contempló el río que discurría a través de la ciudad. Descansó los brazos en la piedra y observó los cientos de cadáveres que arrastraba la corriente, enganchados entre sí en las rojizas aguas, con las bocas abiertas como peces mientras se alejaban curso abajo. El tormento de aquellos desgraciados había terminado, pero su angustia no hacía más que intensificarse hasta que creyó que el corazón iba a estallarle en el pecho.

Cuando se puso el sol, todavía seguía allí, atrapado en su desesperación, y el general Kitbuqa tuvo que sacudirle para que volviera en sí. Con ojos enrojecidos, al-Mustasim miró a los ojos al oficial mongol. No podía entender sus palabras, pero los ademanes eran claros: Kitbuqa tiraba de él para que se pusiera en movimiento. Se encaminaron de vuelta al palacio, donde se habían encendido las lámparas. Al-Mustasim solo deseaba que la muerte se lo llevara. No se atrevía a pensar en las mujeres de su harén, o en sus hijos. El olor de la sangre en el aire se intensificó y, sin previo aviso, se dobló en dos y vomitó una marea de agua. Le empujaron para que continuara avanzando y obedeció, dejando rojas pisadas en los suelos de mármol.

Hulegu se encontraba en una de las habitaciones principales, bebiendo de una copa de oro. Algunas de las esclavas del califa le estaban atendiendo y sus rostros empalidecieron al reconocer al hombre que había sido su amo.

—Te dije que te quedaras en el palacio... y no lo has hecho —dijo Hulegu, meneando la cabeza—. Entraré en tu harén esta noche. Me han dicho que la puerta que da a esa parte del palacio se conoce como la puerta del placer.

Al-Mustasim alzó la mirada con fatiga. Sus esposas e hijos todavía vivían y la esperanza renació en él.

—Por favor —dijo con voz suave—. Por favor, permíteles vivir.

—¿Cuántas mujeres hay? —preguntó Hulegu con interés. Sus hombres habían iniciado la tarea de vaciar el abovedado sótano, almacenando obras de arte como si fueran leña junto a los tesoros de siglos pasados. Aparte de eso, la zona principal del palacio permanecía intacta.

—Setecientas mujeres, muchas de ellas madres, o embarazadas —contestó al-Mustasim.

Hulegu reflexionó durante un momento.

—Puedes quedarte con cien mujeres. Las demás se las entregaré a mis oficiales. Han trabajado duro y merecen una recompensa.

Los hombres que circundaban a Hulegu sonrieron complacidos y su amo se puso en pie, tirando al suelo la copa de vino, que repiqueteó con un estrépito metálico.

Hulegu encabezó el camino a través de pasillos y salas, para llegar por fin ante la puerta candada que ocultaba a la vista los jardines del harén. Hulegu se volvió expectante hacia al-Mustasim, pero el califa ya no tenía la llave en su poder, ni sabía dónde se encontraba. Hulegu señaló hacia la puerta y, en breves momentos, sus hombres la habían echado abajo a patadas.

—Solo cien, califa. Es demasiado generoso, pero esta noche estoy de buen humor.

Al-Mustasim se esforzó por endurecer su alma, parpadeando para contener las lágrimas que amenazaban con brotar de sus ojos. Las mujeres gritaron al ver quiénes habían entrado en los jardines privados, pero el califa las calmó. Las mujeres se pusieron en pie, con la cabeza gacha, mientras Hulegu las inspeccionaba como si fueran ganado, disfrutando del proceso. Permitió que al-Mustasim eligiera a cien de las llorosas mujeres y luego ordenó que se llevaran a las demás a sus hombres, que habían estado esperando ese momento y lanzaron gritos de entusiasmo. Los niños se quedaron allí, abrazados como lapas a las mujeres que conocían, o sollozando desconsoladamente al ver que se llevaban a sus madres.

Hulegu asintió mirando a al-Mustasim.

—Excelentes elecciones, califa. Me quedaré a estas cien para mí. No necesito a los niños.

Habló en su gutural lengua a los guardias, que empezaron a sacar a rastras a las mujeres de los jardines una por una, tirando al suelo de un empujón a los pequeños que intentaban seguir aferrados a ellas. Al-Mustasim se encogió, horrorizado, ante esta última traición, aunque parte de él lo esperaba. Se dirigió a sus esposas y a sus hijos utilizando palabras del Corán. No podía mirarles a la cara, pero les prometió a todos un lugar en el cielo, con el profeta y el amor de Alá durante toda la eternidad.

Hulegu aguardó hasta que hubo concluido.

—Aquí ya no queda nada más que hacer. Llevaos a ese gordo y colgadle.

—Y los niños, ¿señor? —preguntó uno de sus hombres.

Hulegu miró al califa.

—Te pedí que te rindieras y no lo hiciste —dijo—. Tal vez me hubiera mostrado clemente si lo hubieras hecho. Matad a los niños primero y luego colgadle. Le he sacado a Bagdad todo su jugo. Aquí ya no hay nada que merezca la pena robar.

Tumbado boca abajo en el suelo, Kublai lanzó una maldición entre dientes. Había enviado a sus exploradores a buscar plata, llevaba cientos de kilómetros pagando a hombres para que le informaran, y en ningún momento se había parado a considerar que el emperador Song acabaría recibiendo noticias de su interés y reaccionaría.

Había sido un error y, aunque maldecía su propia ingenuidad, no podía conseguir que el ejército que había acampado en torno a las minas de Guiyang se evaporara sin más con solo desearlo. Sus propios tumanes seguían estando a unos treinta kilómetros o más hacia el oeste, y él se había adelantado acompañado únicamente por Ong Chiang, su flamante guía, y dos batidores para observar los detalles. Cuidando de mantenerse pegado a la tierra, Kublai hizo una mueca mientras estudiaba las masas de hombres y máquinas situados al otro lado de las colinas. No era un regimiento de guardia enviado para proteger la plata, sino una gigantesca fuerza provista de artillería y decenas de miles de piqueros, lanceros y ballesteros. Era imposible sorprender o tender una emboscada a un ejército así y, sin embargo, necesitaba la plata que yacía en el mismo medio de esa hueste. Aun así, Kublai dudaba de que el emperador hubiera dejado mucho de valor aparte de la mena en bruto. Se planteó abandonar el ataque y solo la idea de que Mongke llegara a enterarse de su retirada le hizo seguir adelante con sus planes.

La mina se encontraba en un valle de escasa profundidad, lo que serviría para imprimir velocidad a la carga de sus guerreros. Entretanto, si conseguían llevar los pesados artefactos hasta el borde, sus equipos de artilleros estarían disparando hacia abajo, mientras que los soldados Song tendrían que disparar hacia arriba. Ninguna ventaja era demasiado pequeña cuando uno se enfrentaba a tantos. Kublai observó el terreno con la atención de un agrimensor, absorbiendo cada detalle del terreno que podría serle de utilidad. Se percató de que los cañones serían cruciales. Hasta ahora, nunca los había usado en una batalla inmóvil, al menos a la luz del día, pero lo más probable era que los comandantes Song tuvieran más experiencia que él. No podía dar por sentado que los oficiales hubieran obtenido sus cargos gracias a contactos en la corte imperial, o a través de exámenes, independientemente de lo que le hubieran contado. Repasó mentalmente todo lo que había leído sobre el arte de la guerra de los Song, cómo, aún más que en el caso de los Chin, las batallas se desarrollaban según un ritual, con ataque y contraataque. Rara vez luchaban hasta la aniquilación, solo hasta que uno de los bandos se daba por satisfecho. Eso también sería una ventaja. Sus tumanes luchaban para destruir, para destrozarse y quebrantar la voluntad del enemigo hasta que fuera polvo bajo sus botas.

Kublai se volvió hacia un lado, mirando a Ong Chiang, que había estado observando las filas Song con tanta intensidad como él, por encima de la tupida hierba. Cuando el granjero sintió la mirada de Kublai sobre él, levantó la vista y se encogió de hombros.

—Habías hablado de una paga extra cuando encontrara la mina, mi señor —dijo. Mientras hablaba se registraba los bolsillos buscando su pipa y Kublai alargó la mano y le detuvo. No podía permitirse dejar que una delgada columna de humo se elevara desde su posición.

—Tengo una batalla que planificar, Ong el Repentinamente Rico —le susurró Kublai—. Ven a verme cuando haya terminado y te daré un vale para que lo presentes

ante mi intendente.

Ong Chiang volvió a mirar al gigantesco campamento que rodeaba el pueblo minero y se mordió un poco los labios, añorando su pipa.

—Creo que preferiría que me lo dieras antes de la batalla, mi señor. Por si acaso las cosas no van demasiado bien para vosotros —vio la expresión de Kublai y continuó a toda prisa—. Estoy seguro de que irá bien, pero si pudiera recibir mi paga ahora, me pondría en marcha para reunirme con mi familia.

Kublai alzó la vista un momento. Junto con Ong Chiang y los exploradores, retrocedió arrastrándose sobre el estómago hasta que estuvo seguro de que ninguno de los batidores Song podía verles. No había localizado a ningún vigía durante su cuidadoso acercamiento y no sabía si se debía a que no había ninguno apostado o a que eran mucho mejores que él a la hora de no ser descubiertos. No llevaba ningún signo de su rango, sabiendo que si le reconocían por lo que era, le perseguirían para atraparlo. El mero hecho de cabalgar aquellos treinta kilómetros había supuesto un riesgo, pero ver lo que le aguardaba en persona había sido imprescindible.

Cuando regresó junto a los tumanes, Kublai pagó generosamente a Ong Chiang, entregándole una bolsa bien llena de plata que dibujó una radiante sonrisa en el rostro del antiguo oficial. El granjero empleó dos de las monedas para comprar la vieja yegua que le habían prestado y al poco se puso en camino, sin mirar atrás. Kublai sonrió al verle marchar. La plata era una inversión que recuperaría con creces si conseguía conquistar la mina.

Al día siguiente, en una mañana clara y magnífica, Kublai reunió a sus generales. Uriang-Khadai había perdido parte de su habitual amargura ante la perspectiva de la batalla. También Bayar estaba contento y escuchaba con la máxima atención cada una de las palabras de Kublai, que describió la escena con increíble detalle.

—Tienen que alimentar a esa enorme cantidad de soldados —decía Kublai— y es imposible que las granjas de la zona puedan sustentar a un ejército así. Bayar, envía un minghaan a rodear el yacimiento formando una amplia línea. Descubre su línea de suministros o el lugar donde almacenan su comida. Destruyelo todo. No pelearán tan bien con el estómago vacío.

Bayar asintió, pero se quedó donde estaba.

—Son más numerosos que nosotros —prosiguió Kublai—, pero si les han ordenado que protejan la mina, lucharán a la defensiva, en vez de salir cuando les atacemos. Eso nos favorece. Uriang-Khadai, situarás nuestra artillería en hileras apretadas para abrir fuego ininterrumpido sobre ellos. Empieza con un disparo de medición desde el risco y luego traslada rápidamente los cañones al punto que nos permita alcanzar de lleno su posición. Si alguien trata de detener nuestra artillería, deberá ser destruido. Eso me permitirá eliminar a todos los hombres de retaguardia y utilizarlos para cargar en los flancos.

Uriang-Khadai asintió a regañadientes.

—¿Cuántos jinetes tienen? —preguntó.

—He visto como mínimo diez mil caballos. No sé cuántos de ellos serían monturas de fresco. Podría tratarse de una caballería de cinco mil jinetes. No debemos permitir que nos inmovilicen rodeándonos por los lados, pero contamos con suficientes buenos arqueros como para mantenerlos a raya —Kublai respiró hondo, sintiendo que el estómago se le encogía de expectación y de nervios—. Recordad que no han tenido guerras durante generaciones, mientras que nuestros guerreros han luchado toda su vida. Eso marcará la diferencia. Por ahora, vuestra misión es disponer a los tumanes en formación de ataque tan rápido como sea posible, moviendo los cañones más deprisa de lo que lo hayamos hecho nunca. Las familias permanecerán aquí con los carros cargados y los suministros. Necesito un avance veloz para abalanzarnos contra ellos antes de que sepan que estamos atacando. Necesito un frente sólido si quiero golpearles en el ala —miró a sus dos hombres de más rango y supo que ambos eran personas muy distintas, pero que podía confiar en los dos—. Os daré nuevas órdenes según avance el ataque. Hasta entonces, rezad para que no llueva.

Como un solo hombre, levantaron la vista al cielo, pero había pocas nubes y las que había estaban muy arriba, apenas unos jirones en un cielo primaveral.

Mongke arrojó un fajo de informes a un montón casi tan alto como su silla y se frotó los ojos, fatigado. Había engordado desde que fue nombrado khan y sabía que ya no estaba tan en forma como antes. Durante años había dado por supuesta la enorme fortaleza de su cuerpo, pero el tiempo nos arrebató todas las cosas, cambiando a los hombres de modos tan pequeños que no se dan cuenta hasta que es demasiado tarde. Metió barriga mientras estaba allí sentado, diciéndose por centésima vez que tenía que practicar más con la espada y el arco si no quería perder todo rastro de fuerza y vitalidad.

Los problemas de un vasto khanato no tenían nada que ver con los que había conocido siendo un oficial. Durante la gran marcha hacia el oeste con Tsubodai la vida había sido más sencilla, los obstáculos que habían tenido que superar eran más básicos. Entonces no podría haber soñado siquiera que estaría intentando solucionar una compleja disputa entre los taoístas y los budistas, o que las monedas de plata se convertirían en una parte tan importante de su vida. Las líneas de los yans le mantenían informado trayéndole una marea de información que casi le asfixiaba, a pesar del cuadro de escribas mongoles que trabajaba en la ciudad. Mongke se enfrentaba a un centenar de pequeños problemas todas las mañanas y leía casi el mismo número de informes, tomando decisiones que afectaban a las vidas de hombres a los que nunca vería o conocería. En el fajo que había tirado al suelo había una petición de fondos de Arik-Boke, unos cuantos millones de monedas de plata que tenía que ser extraída de las minas y fundida. Mongke tal vez envidiara la sencilla vida que llevaba su hermano en la patria mongola, pero la verdad que había

descubierto sobre sí mismo era que le encantaba su puesto. Resolver problemas de otros hombres resultaba gratificante, ser la persona a la que recurrían para presentar sus preguntas o catástrofes. Desde lugares tan remotos como Siria y Corea, recurrían a Karakorum, como Ogedai Khan una vez esperó que sucediera. Los banqueros podían obtener plata a cambio de un pagaré en distintos países gracias a la paz que Mongke había fomentado. Si había bandidos o ladrones, existía una amplia red para atraparlos, miles de familias dedicadas a recorrer las tierras del khan, en su nombre, con su autoridad respaldándolas. Con pesar, se dio unas palmaditas en la barriga. Como sucedía con todas las cosas, la paz tenía un precio.

Las rodillas le crujieron cuando se levantó y, al ver llegar al trote a su consejero principal, Urigh, con más papeles para él, emitió un suave gruñido.

—Es casi mediodía. Esos los repasaré cuando haya comido —dijo Mongke. Disfrutaría de una hora con sus hijos cuando llegaran corriendo de la escuela a la que asistían en la ciudad. Aprenderían a hablar mandarín y persa además de su propia lengua. Vería a sus hijos convertidos en khanes cuando fueran mayores, del mismo modo que su madre había trabajado para situar a su primogénito por encima del resto.

Urigh depositó a su lado la mayoría de los papeles que llevaba, un fajo de pergaminos atados con un cordel. En su mano quedó solo uno, que sostuvo en alto ante Mongke, que suspiró, conociendo perfectamente a su consejero.

—De acuerdo, dime de qué se trata, pero que sea rápido.

—Es un informe de los dominios de tu hermano Kublai en las tierras Chin —dijo Urigh—. Los costes de su nueva ciudad son astronómicos, tengo las cifras aquí —le entregó el pergamino y Mongke volvió a sentarse para leerlo, frunciendo el ceño para sí.

—Cuando se le acabe el dinero, tendrá que parar —respondió, encogiéndose de hombros.

Urigh parecía encontrarse incómodo hablando del hermano del khan. Los sentimientos de Mongke por Hulegu, Arik-Boke y Kublai eran complejos y nadie quería interponerse entre ellos, por mucho que Mongke se quejara de sus hermanos.

—Como puedes ver, se ha gastado casi todos los fondos que le diste para la campaña, mi señor. He recibido informes que afirman que ha estado buscando minas de plata en las tierras Song. ¿Podría haber encontrado alguna y no haberlo declarado ante ti?

—Lo sabría —dijo Mongke—. Tengo hombres situados en su entorno más próximo que me dan cuenta de todos sus movimientos. El último mensaje llegó hace una semana a través de las líneas de posta y todavía no había encontrado ninguna mina. No puede ser. ¿Y qué pasa con esas nuevas granjas tuyas? Arrendó millares de parcelas hace dos años. Ya habrán sido aradas y plantadas dos veces a estas alturas, más si están cultivando arroz en las llanuras aluviales. En los mercados Chin, eso habrá producido suficiente plata para seguir construyendo sus palacios —Mongke arrugó el ceño mientras consideraba sus propias palabras y comprobaba los detalles

de las cuentas de Xanadú. Se habían hecho enormes pedidos de mármol, suficientes para edificar un palacio tan grande como el suyo de Karakorum. Sintió que la sombra de la desconfianza brotaba en su pecho.

—No he interferido en su campaña, ni en la de Hulegu.

—Hulegu ha enviado una fortuna inmensa a Karakorum, mi señor. Solo Bagdad ha supuesto una cantidad de oro y plata que servirá para mantener la ciudad durante un siglo.

—¿Y cuánto hemos recibido de Kublai? —preguntó Mongke.

Urigh se mordió el labio.

—Por ahora nada, mi señor. Di por supuesto que tenía tu permiso para invertir los fondos en esa nueva ciudad.

—No se lo prohibí —concedió Mongke—. Pero las tierras Song son ricas. Quizá haya olvidado que actúa para el khan.

—Estoy seguro de que eso no es verdad, mi señor —dijo Urigh, esforzándose por adoptar una línea de precaución. No podía criticar al hermano del khan, pero la ausencia de una contabilidad apropiada de las tierras Song llevaba meses inquietándole.

—Tal vez debería ir a ver esa Xanadú con mis propios ojos, Urigh. Me he puesto gordo en esta época de paz y puede que mis hermanos se sientan demasiado seguros de sí mismos sin mi ojo vigilante sobre ellos. Kublai ha hecho suficiente, yo creo —se quedó callado y reflexionó un momento—. No, eso no es justo. Ha hecho las cosas bien con lo que yo le di, mejor de lo que me atrevía a esperar. A estas alturas, habrá descubierto que me necesita para acabar con los Song. Puede que incluso haya aprendido un poco de humildad, que haya adquirido un poco de lo que hace falta para liderar a los tumanes hacia la batalla. He sido paciente, Urigh, pero quizá ha llegado el momento de que el khan salga al campo de batalla —se dio unos golpecitos en la barriga con una sonrisa pesarosa—. Mándame a tus hombres cuando vengan con su próximo informe. Me hará bien cabalgar de nuevo.

XXII

Kublai observó cómo los regimientos Chin salían corriendo de sus tiendas y formaban disciplinadamente en pulcras líneas. Le parecía increíble lo cerca de la mina que habían llegado sus tumanes antes de que sonaran los cuernos de alarma. A solo tres kilómetros, el distante gemido del cuerno de metal había empezado a aullar, amortiguado por el terreno en descenso. El oficial Song debería haber tenido a más exploradores en posiciones exteriores, relevados de forma regular por hombres del campamento principal. Kublai rezó en silencio para que aquel fuera el primero de una larga lista de errores del oficial.

Kublai cobró ánimos al ver a la larga línea de jinetes que trotaban a su lado, a izquierda y a derecha. El minghaan de Bayar había cortado las líneas de suministro de los Song cuatro días antes y, después, había aguardado para tender una emboscada a todo el que mandaran hacia allá. Ni un solo hombre de cien había conseguido regresar al campamento Song. Kublai confiaba en que estuvieran pasando hambre. Necesitaba contar con todas las ventajas posibles.

La depresión que conducía hacia la mina terminaba en una llanura de varios kilómetros de diámetro. Kublai trató de ponerse en el lugar del general Song. El terreno no era demasiado bueno para librar un batalla defensiva. Ningún líder elegiría un lugar desde donde no pudiera controlar las alturas más próximas. Y, sin embargo, ese era exactamente el tipo de batalla que tenía lugar cuando un emperador situado a miles de kilómetros ordenaba a uno de sus hombres de alto rango que defendiera una posición, sin tener en cuenta quién la atacaba o cuál era la fuerza del atacante. No habría retirada, Kublai estaba seguro. Levantó el puño y las filas mongolas se detuvieron, dibujando una suave curva al alcanzar el borde de uno de los riscos que circundaban el valle. El sol lucía alto en el cielo y era un día caluroso. Desde la altura, podía divisar una amplia extensión de terreno, la propia mina y, más allá, el pueblucho que la abastecía de trabajadores todas las mañanas. El propio aire relucía sobre parte del vasto yacimiento, revelando la ubicación de los hornos de fundición. A Kublai le complació comprobar que todavía estaban funcionando. Quizá hubiera plata en los almacenes después de todo. Distinguió un río de mineros abandonando el lugar y, mientras esperaba a que su artillería estuviera en posición, los lejanos destellos cesaron. La mina estaba cerrada y el aire se quedó completamente quieto.

A sus espaldas, los equipos de artilleros fustigaban con sus látigos a los caballos que arrastraban los pesados cañones, luchando por conseguir un último arranque de velocidad en la subida del peñasco. Kublai y Bayar habían experimentado con bueyes y caballos, incluso con camellos, intentando encontrar la mejor combinación de velocidad y resistencia. Los bueyes eran exasperantemente lentos, por lo que había decidido dejarlos en el campamento con las familias y utilizar tiros de cuatro caballos. Una vez que los cañones estuvieran en movimiento, podrían triplicar la velocidad de avance hacia el frente, aunque el coste en caballos fuera enorme.

Cientos de ellos quedarían cojos o sufrirían graves problemas respiratorios por tirar de los cañones, junto con los carros cargados de munición y pólvora.

Kublai repasó las órdenes mentalmente. Los Song habían formado con presteza en la llanura del valle y, en aquel momento, vio las oscuras formas de sus propios cañones llegando a la línea del frente, acompañados por los braseros destinados a prender la pólvora negra. Cargar contra ese campamento implicaría cabalgar a través de una lluvia de proyectiles y, al pensarlo, Kublai sintió que el estómago se le encogía por el miedo. Frunció el ceño al ver que los regimientos Song se mantenían firmes en su posición, seguros de que él avanzaría hacia ellos.

Kublai envió a una avanzadilla de guerreros para que reconocieran el terreno antes de dar la orden de avance a los tumanes. Miles de ojos en ambos bandos los observaron descender poco a poco la suave pendiente con sus monturas. Los guerreros mongoles esperaron para ver si sus batidores descubrían algunas zanjas ocultas o pinchos escondidos entre la hierba, mientras los regimientos Song se tensaban ante la aproximación de lo que podrían haber sido los primeros representantes de una carga suicida. Los braseros de la artillería Song humeaban con furia: los encargados de mantener los cañones encendidos echaban más y más carbón en su interior. Kublai notó los fuertes latidos de su corazón mientras aguardaba a que cayera alguno de los jinetes. Cuando llegaron sanos y salvos al pie del risco y cabalaron hasta el límite de alcance de los arcos enemigos, en sus emociones se mezclaron el alivio y la inquietud. Eran jóvenes y no le sorprendió ver que se paraban para gritarles bravuconadas a sus rivales. Lo que resultaba más preocupante era que el comandante Song no hubiera tendido trampas en el camino. Dedujo que quería que sus enemigos avanzaran a galope tendido para poder destruirlos. O bien se trataba de una confianza justificada o de una completa estupidez y Kublai empezó a sudar, incapaz de saber cuál era la verdad, mientras sus jinetes regresaban a sus respectivas filas entre los gritos y las risotadas de sus amigos. La tensión había sido insoportable, pero, con una ojeada, Kublai vio que cuatro de sus propios cañones estaban listos, y sus braseros también estaban encendidos y humeantes, bien alejados de los montones de sacos de pólvora y de las balas de cañón. El resto seguía enganchado a los equipos que los arrastraban, listos para aproximarse cuando supieran cuál era la distancia de disparo adecuada. Se dijo que, seguramente, los Song no habrían esperado que los mongoles contaran con tanta artillería pesada.

Seguía confiando en sorprenderlos. Los químicos persas que trabajaban en Karakorum habían creado un polvo más fino, con más salitre que la mezcla Chin. Kublai no entendía mucho de aquella ciencia, pero, al ser más pequeños, los granos ardían más deprisa y arrojaban la bala con más fuerza. El concepto estaba claro para cualquiera que hubiera frito un buen pedazo de carne, o que hubiera visto cómo lo cortaban en pequeños trozos para cocinarlo. Observó con ansiedad cómo los artilleros desencajaban a martillazos los cuatro cañones de sus estructuras de transporte y añadían nuevos bloques de madera para elevar al máximo las negras bocas. Con

frecuencia, los bloques, que habían sido cortados a mano de un tronco de abedul, quedaban destrozados con los disparos y los equipos iban sacando otros nuevos de unos sacos de recambios. Las bolsas de pólvora se introducían en las ánimas de hierro y, en cada uno de los equipos, un hombre fornido cogía una bala de piedra con las dos manos, a horcajadas, como si la estuviera pariendo y, con un brutal tirón, levantaba las balas hasta el borde, mientras otro miembro del equipo se aseguraba de que no se caía hacia atrás. Por un momento, Kublai estuvo a punto de ordenar que metieran una segunda bolsa de pólvora, pero no se atrevió a arriesgarse a que los cañones explotaran al ser disparados. Los necesitaba absolutamente todos.

A poco más de un kilómetro por debajo, ocupando el fondo del valle, los regimientos Song aguardaban en filas perfectas y relucientes. Podían ver lo que estaba sucediendo en el risco, pero, con sus banderas y estandartes ondeando al viento, se mantenían inmóviles como estatuas. Kublai oyó a sus equipos de artilleros bramar las instrucciones, empleando esas mismas banderas para evaluar la fuerza y dirección del viento. Empezaron a entonar las breves órdenes, poniendo especial énfasis en la cuarta sílaba. Casi como una sola, las armas de hierro se colocaron en posición, elevadas con un gruñido por la enorme fuerza de sus hombres. Las máquinas dispararían en línea recta hasta que el viento cambiara.

Kublai levantó la mano y cuatro mechas fueron encendidas y protegidas de la brisa mientras los oficiales se preparaban para poner la llama en contacto con la caña, rellena de la misma pólvora negra: la chispa que desgarraría la bolsa del interior y lanzaría las balas violentamente por los aires.

Kublai bajó el brazo, casi estremeciéndose de expectación. El estruendo que se produjo a continuación fue incomparable. Ni siquiera el trueno parecía tan terrible. El humo y las llamas brotaron de las ánimas de hierro y unas manchas borrosas se elevaron hacia el cielo. Kublai siguió las curvas líneas con la vista y su corazón se aceleró al ver que era muy probable que los proyectiles alcanzaran a los Song. Se quedó con la boca abierta mientras observaba cómo las balas se cernían sobre los regimientos y estallaban demasiado lejos para poder valorar los daños que habían causado.

Hubo un instante de quietud y, a continuación, todos aquellos que pudieron verlo lanzaron un súbito rugido de satisfacción y el resto de los equipos de artilleros fustigaron a sus caballos con renovada urgencia para que avanzaran, situando los cañones en posición. Podían alcanzar al enemigo. O los Song habían infravalorado el beneficio del risco, o la pólvora mongola era mucho mejor que la suya.

A todo pulmón, Kublai repartió nuevas órdenes, imbuido por la urgencia de aprovechar su repentina ventaja. Observó las operaciones de los equipos para reajustar las armas, que se le hicieron insoportablemente lentas: los artilleros cogieron unos enormes martillos y empezaron a golpear los bloques para soltarlos mientras que otros levantaban las barras de hierro para hacer sitio.

En el fondo del valle, los cuernos gimieron y, en la repentina confusión, los

oficiales Song dieron órdenes contradictorias. Kublai vio que algunos de ellos creían que lo único que tenían que hacer era acercarse más a la mina. Otros que habían visto las balas pasar justo por encima de ellos estaban gritando, enfurecidos, y señalando hacia el risco. No había ningún lugar seguro para ellos. Tendrían que atacar o abandonar la mina y salir del campo de alcance de la artillería mongola, en cuyo caso Kublai decidió que ordenaría que los tumanes entraran a toda velocidad y capturaran los cañones Song. Su cuerpo se tensó al ver que sus equipos ponían a punto todos los cañones para iniciar una descarga cerrada.

Cuando dispararon, las bolas de piedra pulida ascendieron y se estrellaron contra las filas Song. Caballos y hombres se arrugaron como si hubieran apoyado sobre ellos una punta de hierro candente. Dos de los cañones Song fueron alcanzados y saltaron por los aires, atrapando a varios hombres debajo al caer. Kublai estaba exultante y sus equipos, sudando a chorro, siguieron trabajando.

Los equipos intentaban superarse entre sí y los disparos fueron sucediéndose cada vez con más rapidez, creando una cascada de estruendos a lo largo de la línea de artillería. Kublai miró a su alrededor, alarmado, cuando el tubo de una de las máquinas de hierro estalló, matando a los hombres que se encontraban junto a la boca. Otro hombre murió cuando su compañero no enfrió el tubo con el pisón y la esponja con suficiente presteza: la bolsa de pólvora subió mientras él seguía introduciendo el pisón en el interior del tubo y, en su celo, la rompió. La intensa llamarada solo tenía una salida y lo abrasó en un abrir y cerrar de ojos. La lección no pasó inadvertida a los demás equipos y el desenfrenado ritmo deceleró un poco después de esos dos accidentes.

Kublai estaba demasiado lejos de Bayar para ver su expresión, pero podía imaginársela. Disponía de unas armas diseñadas para pulverizar los muros de una ciudad y la oportunidad para utilizarlas contra las filas de un ejército permanente. Los guerreros que le circundaban seguían fascinados ante la capacidad de destrucción de los cañones y Kublai se preguntó si cabalgarían con igual rapidez hacia los cañones Song ahora que habían visto a la luz del día lo que esos ingenios podían hacer.

Las líneas Song volvieron a formar por encima de sus muertos, pero Kublai dudaba de que pudieran resistir mucho tiempo bajo aquel mortífero fuego de artillería. No envidiaba la posición del comandante Song, quienquiera que fuera. Esperó a ver si los Song retrocedían, pero se mantuvieron en posición mientras las sangrientas garras de los mongoles iban haciendo huecos entre sus filas. Kublai echó una ojeada a la pila de balas de cañón más próxima y se mordió el labio al descubrir que apenas quedaba una docena. Su gran peso hacía que desplazar los proyectiles fuera tan difícil como trasladar los propios cañones y algunos de los carros se habían roto en el trayecto. Observó como hipnotizado cómo el montón iba mermando hasta que la última bala estuvo sola en el suelo. El ánima del cañón fue limpiada por última vez. Una nube de vapor silbó y chisporroteó sobre los hombres que manipulaban las armas, parte de una nube mayor que envolvía todo el risco. A Kublai le irritaba que el

humo le tapara la visión, cegándolo durante largos momentos hasta que la nube se despejaba. Oyó al equipo de artilleros que tenía al lado disparar el último tiro. Para entonces, la mayoría de las armas se había quedado en silencio y sus equipos aguardaban, orgullosos, en posición de firmes. Unos cuantos disparos procedentes de los equipos más lentos resonaron todavía y por fin los cañones callaron, repentinamente inútiles tras la masacre y destrucción causadas.

Kublai sintió como si le hubieran vaciado por dentro cuando, de pronto, su poder para disparar y golpear se desvaneció. El aire estaba cargado de sulfuro y vapor y tuvo que esperar a que la brisa los hiciera jirones para volver a ver.

Cuando los regimientos Song reaparecieron ante sus ojos, comprobó que el ataque había causado graves estragos entre sus filas. Miles de hombres estaban retirando a los muertos, y los oficiales cabalgaban arriba y abajo de las líneas exhortándoles, señalando hacia el risco y sin duda gritando que lo peor ya había pasado. Kublai tragó saliva con dificultad: los Song se mantenían en pie. Mientras observaba la distante escena, descubrió a los propios equipos de artilleros de los Song precipitarse como un enjambre sobre sus armas. El tiempo se ralentizó para él y, mientras levantaba la mano, oyó cada uno de los latidos de su corazón. Los tumanes tenían que atravesar casi un kilómetro de terreno, entre ciento veinte y ciento ochenta latidos. Sentiría cada uno de ellos. Bramó las órdenes y sus hombres sobrepasaron el risco, hincando los talones en sus monturas para ponerlas al galope. Kublai permaneció inmóvil mientras pasaban como un río por su lado, sabiendo que tenía que ser el centro de calma, el ojo que lo observaba todo desde lo alto, leyendo la batalla y reaccionando dependiendo de su desarrollo, como no podían hacer los guerreros desde allí abajo.

Los tumanes se abalanzaron sobre las líneas Song y un bramido rabioso y desafiante brotó de las gargantas de hombres que habían tenido que hacer frente a los momentos más terroríficos de sus vidas. Kublai rugió las órdenes a sus portaestandartes y estos levantaron las banderas que dividirían a Uriang-Khadai y a Bayar, arrojándolos contra los flancos enemigos.

No podía confiar en los latidos de su corazón para medir el tiempo. Cuando se puso un dedo en el cuello, al principio no pudo encontrarlo y luego percibió un pulso tan rápido que decidió dejarlo estar. Los tumanes iniciaron el galope tendido en la corta llanura al fondo de la depresión y distinguió las negras agujas de las flechas avanzando frente a ellos, una variante nueva del terror para aquellos Song que todavía seguían en pie y les retaban a acercarse.

Cuando los cañones Song lanzaron las primeras andanadas, se estremeció. Desde arriba, podía seguir con la vista las trayectorias de las balas, cayendo como hachas gigantes sobre las filas al galope. Los tumanes cubrieron el terreno a una velocidad temeraria y, mientras los equipos Song recargaban, sus hombres dispararon sus silbantes flechas contra ellos, de manera que los artilleros Song caían más deprisa de lo que podían ser sustituidos. En las alas, Uriang-Khadai y Bayar se habían

aproximado a la carrera, para detenerse a unos doscientos pasos. De cada uno de sus diez mil salió una flecha disparada por arcos demasiado duros para que otros hombres pudieran siquiera tensarlos. No tenía cañones en los flancos, pero la mayoría de los arqueros de Kublai podía acertarle a un huevo a cincuenta pasos. Podían acertarle a un hombre a doscientos pasos y los mejores entre ellos podían incluso elegir dónde.

Miles de guerreros seguían pasando junto a él. Todo un tumán estaba superando el peñasco, avanzando con urgencia para no perderse la batalla. Los equipos de artilleros, ahora descansando, gritaban palabras de ánimo, sabiendo que su papel ya había terminado. Kublai se dio cuenta de que estaba temblando cuando vio al último guerrero abandonar el risco. Se había quedado con una guardia personal de apenas veinte hombres y un tamborcillo sobre un camello para transmitir las señales. Todos los oficiales podían verle desde el fondo del valle y él era el único que podía valorar todo el campo de batalla. Luchó contra el impulso de dar nuevas órdenes, pero, en ese momento, probablemente no habría hecho más que obstaculizar el trabajo de sus oficiales.

Durante un tiempo, se irguió al máximo, poniéndose de pie en la silla para poder ver exactamente lo que estaba sucediendo. El engranaje de su mente seguía revisando ideas y planes y sabía que tendría que construir forjas para fabricar balas de hierro para los cañones. Era una labor difícil fabricar una auténtica esfera, sin imperfecciones que pudieran engancharse en el tubo y hacerlo estallar o mandar la mortífera bala en la dirección equivocada. El hierro tenía que calentarse hasta que fluyera como agua y las temperaturas superaban con mucho las que podían soportar las forjas portátiles con las que contaba. Las balas de plomo eran una alternativa, pero el blando metal tenía tendencia a deformarse. Kublai se preguntó por un instante si podría utilizar la fundición de la mina. Pulir piedra era mucho más fácil, pero la tarea llevaba semanas y, como había comprobado, podía agotar las reservas de la mayor parte del año en una sola mañana.

Sacudió la cabeza para detener ese constante carrusel de pensamientos. Los regimientos Song, atacados por todos los flancos, estaban retrocediendo. Más de la mitad de sus efectivos yacían muertos y cualquiera que portara una armadura de oficial había sido abatido y su frío cadáver estaba erizado de flechas. Bajo la atenta mirada de Kublai, sus dos alas dispararon sus últimas flechas. Las filas de retaguardia pasaron hacia delante unas lanzas y las primeras filas se pusieron al galope, persiguiendo a sus enemigos y bajando las largas armas para perforar sus cuerpos. Los de atrás desenvainaron sus espadas e, incluso desde la distancia, Kublai pudo oír su grito de batalla.

Hulegu estaba cansado. Durante los meses que siguieron a la quema de Bagdad, había estado inmerso en la administración de una vasta área. Había entrado en Siria y tomado la ciudad de Aleppo, aplastando a un pequeño ejército y masacrando a tres

tribus de kurdos que asaltaban las poblaciones locales como bandidos. Los nobles de Damasco se habían presentado ante él mucho antes de que atacara su ciudad. Habían aprendido la lección de la destrucción de Bagdad y se rindieron antes incluso de que Hulegu llegara a amenazarles. Instaló a un nuevo gobernador en su nombre y, aparte de unas pocas ejecuciones ejemplarizantes, la ciudad quedó intacta.

Le había sorprendido averiguar que Kitbuqa era cristiano, pero no parecía que su fe mermara su indignada furia contra las ciudades musulmanas. Kitbuqa había empezado a celebrar misa en las mezquitas capturadas antes de quemarlas, un insulto deliberado contra sus fieles. Hulegu sonrió al recordarlo. Juntos, habían acumulado más riqueza de la que Tsubodai, Gengis u Ogedai hubieran visto jamás, buena parte de la cual había sido enviada a su hermano a Karakorum. Una cantidad mayor fue utilizada para reconstruir las ciudades en las que había instalado un nuevo gobernador. Hulegu movió la cabeza divertido al pensar en ello, todavía sorprendido de poder granjearse la gratitud de la población por actos así. La memoria humana es muy corta, se dijo, o quizá funcionaba porque había matado a todos aquellos que podrían haberse opuesto a su voluntad. Bagdad estaba siendo reconstruida con una mínima parte del propio tesoro del califa, una nueva ciudad con un gobernador mongol. Las familias de mercaderes la visitaban a diario para buscar una vivienda en la ciudad, donde, de pronto, la tierra y las casas eran baratas. Las actividades comerciales ya estaban prosperando y estaban empezado a recaudarse los primeros impuestos, aunque la ciudad todavía no era ni una fracción de lo que había sido.

Esa noche, Hulegu descansó en una posada del camino, masticó con parsimonia su comida y deseó únicamente que los musulmanes dedicaran su considerable ingenio al alcohol. Había probado su café y, en comparación, le había resultado amargo, en absoluto una bebida apropiada para un hombre. Hacía mucho tiempo que sus existencias de vino y airag se habían agotado y hasta que encontraran otra fuente de abastecimiento, su ejército estaba seco, lo que volvía a los hombres irritables e irascibles. Hulegu sabía que tendría que importar unos centenares de familias para que fabricaran el potente licor que había disfrutado desde que era un niño. Aparte de esa pequeña reserva, estaba encantado con las tierras que había conquistado. Sus hijos tendrían un khanato y Mongke le colmaría de honores. Mientras comía, Hulegu soltó una risita cansada para sí. Era extraño que siguiera aspirando a recibir la aprobación de Mongke. A su edad, una diferencia de unos pocos años no debería importar, pero, de algún modo, importaba. Vació un vaso de una bebida frutal, haciendo una mueca al paladear la empalagosa dulzura, con un regusto metálico.

—¿Un poco más, amo? —preguntó el criado, levantando una jarra.

Hulegu le despidió con un ademán, tratando de no pensar en cómo el viejo airag podría borrar esa dulzura de su boca y quemarle la garganta. Sintió una punzada de dolor en el abdomen y se lo masajeó con sus cortos y romos dedos. Persistió durante un tiempo, pero no expulsó ninguna ventosidad y el dolor se incrementó. Un sudor frío empezó a cubrirle la cara.

—Tráeme agua —ordenó, frunciendo el ceño.

El criado sonrió.

—Es demasiado tarde para eso, amo. En vez de agua, te he traído un saludo de Alamut y una paz que seguramente no merezcas.

Hulegu se le quedó mirando boquiabierto y, a continuación, intentó ponerse en pie. Sentía una terrible flojera en las piernas y se tambaleó, pero tuvo la fuerza suficiente para gritar:

—¡Guardias! ¡A mí!

Cayó contra la mesa. La puerta se abrió con un golpe y dos de sus hombres entraron con las espadas en ristre.

—Cogedle —gruñó Hulegu.

Le atravesó una ola de debilidad y se dejó caer de rodillas. Se metió dos dedos en la garganta, muy adentro, y mientras sus hombres le observaban en horrorizada confusión, Hulegu vomitó los contenidos de su estómago. Vomitó abundantemente: había comido bien y dio arcada tras arcada hasta que el punzante olor inundó la estancia. El dolor no hacía sino incrementarse, pero su cabeza se despejó un poco. El criado no se había resistido y se quedó allí sin más, rodeado por sus guerreros, observando atentamente la escena con el ceño fruncido.

Hulegu era un toro, pero su corazón palpitaba con violencia y tenía la cara empapada de sudor como si hubiera estado corriendo todo el día. Así encorvado, las gotas caían de la punta de su nariz al suelo de madera.

—Carbón —rugió—. Moled tanto como podáis encontrar... en agua. Cogedlo de las chimeneas. Traed a mi chamán... —experimentó un fuerte vahído y tuvo que esforzarse para no desfallecer antes de poder volver a hablar—. Si me desmayo, obligadme a tragar esa mezcla líquida de carbón, tanto como podáis —vio que los guardias vacilaban, ya que ninguno de ellos quería soltar al sirviente. Hulegu se exasperó, sintiendo una rabia y un dolor crecientes.

—Matadle y marchaos —gritó, dejándose caer hacia atrás.

Oyó un sonido gutural cuando sus hombres le cortaron el cuello al criado y salieron a la carrera de la habitación. Hulegu intentó vomitar otra vez, pero tenía el estómago vacío y cada arcada seca le hacía ver chispas móviles delante de los ojos. Tenía la sensación de que su cabeza, llena de sangre palpitante, era enorme. La excesiva velocidad a la que latía su corazón le mareaba y se sentía muy débil. Vagamente, percibió la estrepitosa llegada de unos hombres a la habitación y notó que le apretaban un cuenco contra los labios. El cuenco contenía una negrura que bebió para vomitarla al instante sobre su ropa en un torrente arenoso. Se obligó a beber otra vez, cuenco tras cuenco, hasta que tuvo la impresión de que le iba a estallar el estómago. Mientras intentaba despejarse la boca y la garganta, tomando aire entre trago y trago, le rechinaban los dientes. Para entonces había una docena de hombres en la estancia, todos ellos dedicados a pulverizar pedazos de madera carbonizada con cualquier herramienta que pudieran encontrar. Al poco, Hulegu se

sumió en la oscuridad total, cubierto en sus propios ácidos.

Cuando despertó, era de noche. Algo le cubría los ojos y tenía los párpados pegados entre sí. Se llevó una mano a la cara y se frotó un ojo, notando cómo se caían las pestañas. Los presentes advirtieron su gesto y oyó unas voces que avisaban de que se había despertado. Hulegu gimió, pero el agudo dolor había desaparecido de su estómago. Notaba la boca en carne viva y todavía sentía entre los dientes la arenilla del carbón que le había salvado. Esa misma porquería había salvado a Gengis en una ocasión y Hulegu le dio las gracias en silencio al espíritu del anciano por proporcionarle el conocimiento que había necesitado. Al principio, el Asesino se había mostrado seguro de sí, recordó. Seguramente se había librado por muy poco; habría sido una muerte segura si el carbón ingerido no hubiera absorbido el veneno. Si se hubiera mantenido callado, Hulegu habría muerto sin saber por qué.

No podía creer lo débil que se sentía. El general Kitbuqa se inclinó sobre él, pero Hulegu era incapaz de incorporarse. Notó cómo le levantaban y vio que estaba en otra habitación de la posada, con un grueso montón de mantas levantándole la cabeza y los hombros.

—Has tenido suerte —dijo Kitbuqa.

Hulegu gruñó, reacio a recordar siquiera los atroces momentos vividos antes de desmayarse. Todo había sucedido tan de repente: de estar disfrutando de una buena comida a luchar por su vida ante la mirada complacida de su asesino. Notó que todavía le temblaban las manos y cerró sus enormes puños bajo las mantas para que Kitbuqa no lo viera.

—Entonces el carbón ha funcionado —murmuró.

—Yo creo que eres demasiado testarudo para morir —continuó Kitbuqa—. Tu chamán me ha dicho que estarás cagando negro durante unos días pero que sí, que diste las órdenes apropiadas.

—¿Has rezado por mí?

Kitbuqa percibió el tono burlón y lo ignoró.

—Por supuesto que he rezado. Estás vivo, ¿no?

Los pensamientos de Hulegu se despejaron de repente y volvió a intentar incorporarse.

—Tienes que alertar a mis hermanos, especialmente a Mongke. Envía a una docena de exploradores veloces por las líneas del yan.

—Ya han partido hacia allá —dijo Kitbuqa—. El ataque tuvo lugar ayer, mi señor. Has estado durmiendo desde entonces.

Hulegu se echó para atrás. El esfuerzo de levantarse y pensar le había dejado exhausto, pero estaba vivo cuando había creído que moriría. Allí tendido, se estremeció: fognazos de recuerdos perturbaban su calma. ¿Habría enviado el líder de Alamut a sus hombres para matarle aun antes de que visitara la fortaleza? Era posible. Y, sin embargo, era más probable que en aquel momento tuviera hombres repartidos por el mundo y que, al regresar a Alamut, se la hubieran encontrado en

ruinas. Hulegu podía imaginarse a aquellos hombres jurando vengarse contra quienes habían destruido su secta y asesinado a sus líderes. Cerró los ojos, notando cómo el sueño se adueñaba de él rápidamente. ¿Cuántos más podría haber? Tal vez hubiera solo uno, que ahora no era más que otro cadáver en un camino.

Kitbuqa bajó la vista y se sintió complacido al ver que el rostro de su amigo había recobrado un poco de color. Todo cuanto podía esperar era que el ataque hubiera sido el último espasmo de un clan moribundo. Aun así, sabía que pasarían años antes de que Hulegu fuera a ningún sitio sin rodearse de una tropa de guardias. Aunque hubiera sobrevivido un solo Asesino, siempre habría peligro. Kitbuqa deseó que el envenenador estuviera todavía vivo: se lo habría llevado a los bosques y le habría interrogado a base de fuego y hierro.

XXIII

Kublai había dado órdenes estrictas de que nadie tocara a los trabajadores del pueblo minero. Por una vez, Uriang-Khadai no tuvo nada que decir al respecto. Alguien tenía que continuar extrayendo el metal de la tierra y ninguno de los hombres de Kublai entendía los procesos implicados en la extracción, aunque habían visto los hornos de fundición y los sacos llenos de extraños polvos en los edificios que los rodeaban. En el yacimiento había un gigantesco montón de plomo negro y escoria de metal, y el acre olor a productos químicos flotaba siempre en el aire, secándole la garganta a los guerreros de tal modo que no dejaron de toser y de escupir mientras lo registraban.

Cuando encontraron la plata lista para ser extraída, Bayar le llevó él mismo la noticia. Kublai leyó en la cara de su general que había merecido la pena y, al oír de sus labios los datos reales, se quedó atónito. El metal refinado, hallado tras una puerta de hierro que los guerreros tuvieron que echar abajo porque nadie consiguió encontrar la llave, llenaba un alargado edificio de piedra. En el interior, unas esbeltas barras yacían dispuestas sobre mesas de caballetes, negras por la falta de lustre y listas para ser amontonadas en carros y trasladadas a la capital del emperador.

Bayar ni siquiera las había contado y Kublai tuvo el placer de ocuparse de los primeros cálculos. Contó doscientas cuarenta sobre una mesa y luego lo multiplicó por las ochenta mesas hasta alcanzar un total que daba vértigo. Cada barra podía ser fundida para acuñar al menos quinientas monedas pequeñas si encontraba el equipo adecuado. Durante un tiempo, en aquella silenciosa estancia, Kublai se dedicó a pensar hasta que una sonrisa iluminó su rostro y Bayar se echó a reír. Los contenidos de la sala ascendían a un total de casi diez millones de monedas, suficiente para pagar a su ejército los honorarios actuales durante dos años de campaña. Frunció el ceño al pensar en enviarle una parte a Mongke en Karakorum, pero hacía mucho que tenía que haberlo hecho. Recordando la reacción de Ong Chiang ante su oferta, Kublai se preguntó si habría algún modo de reducir la paga mensual sin perder la confianza de sus hombres. Desde luego, alegar un estado de penuria después de un hallazgo tal era imposible. Las nuevas estarían ya circulando por todo el campamento.

—Busca al hombre de más rango del pueblo, el que esté al mando de la mina —le ordenó a Bayar—. Necesito saber si esta cantidad es el producto de un mes o de un año. Tendré que dejar a un grupo de hombres para defender este lugar y mantenerlo en funcionamiento.

—La mina es tan valiosa que el emperador luchará para recuperarla —contestó Bayar, que seguía mirando en derredor entre impresionado y sobrecogido.

—Eso espero. Quiero que nos envíe a los mejores, general. Al paso que voy, seré un anciano cuando llegue a la capital. Que vengan y así podremos añadir nuevas tierras al khanato.

Por un momento, sintió una punzada de rabia al pensar que todo cuanto había

ganado, todo cuanto había conseguido serviría para aumentar la gloria de Mongke en Karakorum, pero reprimió el pensamiento de inmediato. Mongke había sido generoso: con los hombres, con sus generales, con la artillería e incluso con las tierras. Kublai se dio cuenta de que ya no echaba de menos la vida de erudito en Karakorum. Mongke se había propuesto cambiarle y, en un aspecto importante, lo había conseguido. Kublai no podía volver a ser el hombre que había sido. Incluso se había habituado a la armadura de escamas. Descubrió que estaba deseoso de que llegaran las futuras batallas, las pruebas y los momentos difíciles a los que se enfrentaría con los tumanes de élite de su nación. Kublai palmeó a Bayar en el hombro.

—Un pueblo minero tendrá algo que beber, estoy seguro. Más vale que nos pongamos en marcha rápido antes de que los hombres se lo acaben todo.

—Lo primero que he hecho ha sido poner guardias en las tabernas del pueblo —dijo Bayar.

Ambos se volvieron al oír el ruido de unos pasos a la carrera. Kublai sintió cómo la boca se le quedaba seca al ver a uno de sus batidores, sudoroso y polvoriento. El explorador estaba a punto de derrumbarse y se apoyó en una de las mesas, advirtiéndole apenas la riqueza que exhibía mientras comunicaba jadeante su mensaje.

—Hay un ejército Song, mi señor, avanzando a marchas forzadas en esta dirección —por un instante, se puso pálido, como si fuera a vomitar. Kublai le agarró del hombro.

—¿A qué distancia? —inquirió.

El explorador tomó aire entrecortadamente; bajo la mano de Kublai, su cuerpo temblaba.

—A unos ochenta kilómetros, tal vez menos. Yo he recorrido esa distancia de una sola vez.

—¿Cuántos son?

—Más que los tumanes. No lo sé con seguridad. Los vi y entonces me alejé galopando tan rápido como pude —el batidor, preocupado pensando que tenía que haberse quedado más tiempo, posó sus ojos en los de Kublai, buscando aprobación.

—Hiciste bien —le tranquilizó Kublai—. Vete a comer algo y busca algún hueco en un carro para dormir. No vamos a quedarnos aquí —cuando se giró hacia Bayar, toda la anterior ligereza había desaparecido de sus maneras—. Ahora no parará, general. Había confiado en disponer de un poco más de tiempo, pero hemos metido la mano en un nido de avispas y nos atacarán con todo lo que tengan, con todo ejército que puedan reunir y poner en marcha.

—Les destruiremos —afirmó Bayar.

Kublai asintió, pero una sombra oscurecía su mirada.

—Nosotros tenemos que ganar todas las batallas. Ellos solo tienen que ganar una.

—He conocido situaciones peores —contestó Bayar encogiéndose de hombros.

Kublai lo miró parpadeando y luego soltó una carcajada, liberándose de parte de

la tensión.

—Hemos penetrado en el corazón de las tierras Song, Bayar. No has conocido situaciones peores.

—Nuestro pueblo derrotó al emperador Chin —replicó Bayar, sin inmutarse—. Ciudad tras ciudad, ejército tras ejército. Ten fe en tus hombres, mi señor. No te decepcionaremos.

Durante un momento, Kublai se quedó sin habla. Al principio, había liderado a los tumanes como un ejercicio intelectual, deleitándose en el desafío que representaban las maniobras y las tácticas, la tarea de encontrar modos de confundir a sus enemigos. Las palabras de Bayar hicieron que revisara por completo esa visión. Iba a pedirles a sus tumanes que murieran por él, por su familia. En cierto modo, el propio hecho de que le siguieran era una auténtica locura. De improviso, Kublai se sintió conmovido ante lo que vio en las caras de Bayar y del explorador. Se contuvo y no se lo dijo, recordando casi demasiado tarde que debía mantener una cierta distancia. Todavía no había logrado codificar la habilidad de los líderes. Todo sucedía a su alrededor como en una extraña forma de alquimia. Era algo más que el rango y la disciplina, más que la estructura de un ejército que su familia había reunido, más incluso que la leyenda de su abuelo. Algunos de los guerreros seguían a su líder por esos motivos, o simplemente porque disfrutaban de la vida de los tumanes. Otros, los mejores, lo arriesgarían todo por Kublai porque le conocían. Le habían evaluado y ponían sus vidas libremente en sus manos. Por una vez, Kublai fue incapaz de expresar lo que significaba eso para él y eligió refugiarse en unas bruscas órdenes.

—Haz que empaqueten la plata, general. Mandaré a unos exploradores de regreso al campamento para que sepan que estarán solos durante algún tiempo más. Dales instrucciones a tus hombres de que busquen un buen lugar desde el que nuestro ejército pueda hacer frente a esos Song. Los arrollaremos a todos.

Bayar esbozó una sonrisa de oreja a oreja, viendo que el fuego se encendía de nuevo en la mirada de Kublai.

Chabi estaba fuera de la ger cuando llegó Kublai a caballo. Al verle, dejó a un lado las pieles de cabra que había estado cortando y cosiendo. Zhenjin descubrió a su padre en el mismo momento y se dirigió como un rayo a la pared de la tienda, donde había colocado un taburete. Mientras Kublai frenaba y desmontaba, su hijo se subió al tejado de fieltro y trepó en equilibrio precario por la puerta. A su alrededor, las mujeres estaban congregándose para obtener noticias. No interrumpirían al hermano del khan, pero Chabi sabía que la acosarían a preguntas en cuanto Kublai se marchara.

—Hay otro ejército en camino —dijo Kublai, jadeando ligeramente. Chabi le pasó un odre de airag y él le dio un largo trago—. Necesito cambiarme de ropa y vamos a levantar el campamento.

—¿Hay alguna amenaza para nosotros? —preguntó Chabi, tratando de conservar la calma.

Kublai negó con la cabeza.

—Por ahora no, pero si los tumanes tienen que avanzar deprisa, no quiero dejaros en una posición vulnerable. Tengo que mantener a las familias cerca de los tumanes.

Chabi alzó la vista cuando, de repente, una ger se colapsó en las inmediaciones, pasando de ser un hogar a convertirse en unos meros rollos de fieltro en un abrir y cerrar de ojos. Kublai no había venido solo y se oían gritos por todo el campamento: su apacible quietud se trocaba en un veloz desmantelamiento. Todo había sido concebido para moverse con rapidez y Chabi tenía sirvientes para realizar esa tarea. Vio que dos de ellos se acercaban con unas riendas y un arnés sobre los hombros para el carro de bueyes.

—Bájate, Zhenjin —le ordenó Kublai a su hijo. Sabía que el niño había estado esperando para saltar sobre él cuando pasara, pero no había tiempo para juegos. Zhenjin le lanzó una mirada cargada de hostilidad, pero se bajó.

—Pareces preocupado —dijo Chabi con suavidad.

Kublai se encogió de hombros y le sonrió.

—Nuestros hombres son mejores, pero ¡las cifras, Chabi! Si los señores Song se alían entre sí, pueden llevar un ejército al campo de batalla que haría parecer al mío un grupo de asalto.

—Ellos no tienen a nadie como tú —respondió Chabi y Kublai asintió.

—Tenemos esa baza —contestó con una sonrisa—. Soy un hombre poco habitual.

Cuando la mirada de su marido recorrió el campamento sin detenerse, absorbiendo todos los detalles, Chabi percibió que estaba distraído.

—No tienes que preocuparte por nosotros —dijo.

Kublai se volvió lentamente, intentando escuchar a su esposa al mismo tiempo que resolvía otro problema y fracasando en ambos cometidos.

—¿Hmmm?

—No estamos indefensos, Kublai. ¿Qué hay, trescientas mil personas en el campamento? Es una ciudad, Kublai, y todo el mundo está armado —se sacó una larga espada del cinturón—, incluyéndome a mí. Debe de haber suficientes guerreros mutilados como para reunir un par de tumanes más. Muchos de ellos todavía pueden cabalgar o utilizar un arco.

Kublai se obligó a centrar su atención en su esposa de nuevo. Irritado, vio que estaba tratando de tranquilizarle y reprimió el impulso de describir los salvajes horrores de un ataque sobre un campamento. No serviría de nada asustarla. Miles de vidas dependían de la capacidad de Kublai para protegerlas. Las palabras y las promesas no significaban nada ante una carga así. Al final, simplemente asintió con la cabeza y ella pareció aliviada.

—Hay cordero frío y algunas cebolletas en la olla. Te cortaré unas rebanadas. Tengo pan ácimo: puedes usarlo para envolver la carne y te lo comes de camino.

—Y ajo —dijo Kublai.

—Voy a buscarlo mientras hablas con tu hijo. Lleva tres días esperando para poder saltar sobre ti. Cada vez que un hombre pasa a caballo por la ger él corre a encaramarse al tejado para estar preparado.

Kublai suspiró.

—¡Zhenjin! Ven aquí.

El chico reapareció, todavía enfurruñado. Kublai señaló hacia la ger.

—Venga, vamos. No tengo todo el día.

Chabi resopló y soltó una carcajada al ver cómo se iluminaba la cara de Zhenjin. El crío trepó por la pared de fieltro y, una vez más, se agazapó como una araña sobre la puerta.

—Creí que podría ver a mi hijo —dijo Kublai—. No sé, a lo mejor está dentro —se agachó para entrar y Zhenjin se le tiró encima, haciendo que Kublai, con un grito de fingida sorpresa, retrocediera unos pasos tambaleándose. Al poco, dejó al chico en el suelo—. Bueno, ya vale. Ayuda a tu madre y a los criados. Vamos a trasladar el campamento.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó Zhenjin.

—Esta vez no. Cuando seas más mayor, te lo prometo.

—Ya soy más mayor.

—Es verdad, pero más mayor todavía.

Zhenjin empezó a quejarse con su aguda voz mientras Chabi salía con dos paquetes de comida. Desde la llegada de Kublai, en toda la superficie del campamento, cientos de gers habían sido desmontadas y cargadas en los carros.

—Les vencerás a todos, Kublai. Lo sé. Le demostrarás a tu hermano que tenía razón cuando te envió a luchar contra los Song —se puso de puntillas y le dio un beso en el cuello a su marido.

Kublai observaba, callado y tenso, mientras sus tumanes formaban frente a él. Los Song le encontrarían allí donde decidiera situar su ejército, así que eligió una verde llanura junto a una pequeña colina y, desde aquella posición elevada, observó los relucientes regimientos avanzando en dirección a sus hombres. Todos y cada uno de sus guerreros sabían que él estaba allí, la mano que sostenía una espada sobre ellos. Lucharían bien sabiendo que él los estaba mirando.

El sol brillaba, pero seguía estando de mal humor. No podía ni imaginar cuáles serían las tácticas de su enemigo. Sus exploradores le habían informado de que había más de un ejército dirigiéndose hacia el campamento principal de Kublai, pero no marchaban juntos. Cada uno se aproximaba como si no formara parte de una nación mayor. Le dio las gracias al padre cielo por ello, aunque también soltó una maldición al ver las inmensas cifras que habían conseguido reunir para luchar contra él.

Kublai inclinó la cabeza: una señal para el chico que estaba montado en un camello a su lado, que se llevó un largo cuerno metálico a los labios e hizo sonar una nota larga y quejumbrosa. Al momento, Bayar y Uriang-Khadai respondieron y,

tomando cuatro tumanes, avanzaron hacia los cuadrados regimientos del adversario. Veinte mil hombres se quedaron atrás como reserva, montados y armados de paciencia mientras esforzaban la vista para divisar lo que sucedía en la distancia. Kublai se sacó una piedra del bolsillo y acarició con el pulgar sus curvas líneas. Yao Shu había dicho que le relajaría.

Sus generales dividieron los tumanes para dirigirse hacia los flancos de la hueste Song, situándose a la distancia perfecta, justo fuera del alcance de las ballestas. Bajo la supervisión atenta de Kublai, un súbito borrón de saetas atravesó la extensión de aire que separaba las fuerzas, como la sombra de una nube recorriendo el campo abierto.

Una serie de demoledoras descargas de flechas lanzadas cada seis u ocho latidos siguió a la primera. Las filas de soldados de infantería Song se apretaron unas contra otras, empujadas por el retroceso de sus flancos. Su ritmo de avance descendió y, mientras proseguían la marcha, fueron dejando un reguero de muertos y hombres aullantes a su paso. No podían responder a los tumanes y Kublai apretó los puños al ver cómo los regimientos de espadas se esforzaban por adelantarse bajo aquellas terribles espigas que llovían con violencia sobre sus escudos y armaduras. Uriang-Khadai retrocedió cuando cargaron, pero la tormenta de flechas no vaciló y el ataque de los espadas Song se desmoronó. Entonces, los tumanes del orlok regresaron a la primera línea de fuego.

Kublai aguardaba, sintiendo cómo latía su corazón. Las últimas saetas se elevaron hacia los Song y, casi antes de que la última hubiera aterrizado en su blanco, los guerreros estaban urgiendo a sus monturas a lanzarse al galope. Bajaron las lanzas, pero los Song bajaron sus picas y afianzaron los extremos hundiéndolos en el suelo. Los tumanes del orlok se cerraron sobre ellos como fauces, imitados por los hombres de Bayar en el otro flanco. Kublai movió la cabeza al pensar en los hombres y los caballos abalanzándose contra las letales armas de metal, pero no percibió ninguna vacilación en ellos. Para entonces, estaban lo suficientemente cerca de él como para poder ver el rojo brillante de los tajos en los cuerpos, animales y humanos, de los empalados.

—Que entre la reserva —ordenó con voz clara.

El tamborcillo estaba siguiendo la batalla con la boca abierta y Kublai tuvo que repetir la orden para que levantara el cuerno de nuevo. Otros dos tumanes salieron al trote para, a continuación, poner sus monturas a medio galope. Las lanzas funcionaron bien contra las picas que encrespaban la línea del frente Song, pero Kublai tenía que hacer un esfuerzo para no encogerse anticipando cada encontronazo. No envidiaba a sus hombres en ese momento.

Desde el collado, vio cómo sus tumanes emprendían un nuevo ataque contra los rodeados regimientos Song, cuyos flancos seguían siendo asediados, y frenaban su progreso. Desde su posición, no podía ver lo que sucedía en su retaguardia, pero confiaba en que algunos de ellos, aterrorizados, hubieran emprendido la huida.

Su vista se giró al oír un estruendo de cascos de caballos y sus ojos se abrieron desmesuradamente. Unos cuarenta jinetes habían entrado al galope en los bosques que crecían en la falda de la colina. Alcanzó a ver las cabezas de los animales echadas hacia delante mientras ascendían velozmente la suave cuesta en su dirección.

Sus guardias no se quedaron parados. Antes de que Kublai pudiera dar la orden, los veinte se precipitaron a rechazar la amenaza, bajando al galope por la pendiente al tiempo que preparaban sus arcos. Con brusquedad, Kublai se dio la vuelta en la silla, buscando otras amenazas. La batalla proseguía frente a él, apenas a ochocientos pasos de su posición, pero de pronto estaba a solas con el tamborcillo, que se había quedado tan blanco como el fieltro nuevo. Kublai desenvainó la espada, furioso consigo mismo por no haber ordenado reconocer el bosquecillo. La humillación le quemaba por dentro mientras recordaba la confianza que había sentido aquella mañana, cuando seleccionaba el mejor lugar para divisar la batalla. Algún oficial Song había adivinado dónde se colocaría y había ordenado a unos cuantos hombres que se ocultaran para esperar el momento oportuno. Kublai se sonrojó al darse cuenta de que alguien había sido más astuto que él. Vio las primeras flechas subir en el aire, muchas de las cuales se clavaron en los escudos levantados por los jinetes Song. Aun así, tres de los caballos se desplomaron dando coces al aire con los cascos y relinchando de dolor.

Los guardias mongoles volvieron a tensar las cuerdas y a disparar, derribando con violencia a más soldados Song. Habían apurado al máximo y casi no tuvieron tiempo de arrojar los arcos y desenvainar las espadas antes de que los dos bandos se encontraran, y la velocidad de ambos grupos se sumó de modo que hombres y animales chocaron brutalmente unos contra otros y cayeron aturdidos o muertos. Kublai oyó los terribles alaridos y empezó a sudar de nuevo. Recorrió con la vista la batalla que continuaba ante sus ojos, pero no vio en ninguna parte la señal de que su posición necesitaba refuerzos.

Apenas cien pasos más adelante, en la pendiente, sus guardias luchaban como salvajes para frenar la aproximación del enemigo. Kublai tragó saliva, sintiendo una gran pesadez en los miembros. Comprendió que era miedo. El comandante Song habría mandado a sus mejores hombres para esa misión, quienes, sin esperanzas de sobrevivir a la empresa, peleaban con la determinación de llegar hasta él.

Sus guardias habían luchado con espadas y arcos desde la infancia y no eran fáciles de derribar. Absorto, Kublai observó cómo cinco soldados enemigos escapaban del cerco de sus hombres y espoleaban a sus monturas para avanzar. Esgrimiendo sus ensangrentadas espadas, aullaron al verle sobre su caballo, acompañado únicamente de uno de los niños camelleros.

Desde atrás, uno de los guardias arrojó su espada con una fuerza feroz, clavándosela en la espalda a uno de los Song, que lanzó un grito espantoso. Cayó con las manos firmemente aferradas a las riendas, arrastrando a su montura en la caída. A continuación, Kublai vio cómo derribaban al guardia mongol, repentinamente

indefenso. Había entregado su vida en aquella acción, pero no sería suficiente. Cuatro jinetes Song alcanzaron la cima y aceleraron, sosteniendo las hojas en alto, listas para acometer el ataque que acabaría con él. Kublai les observó, paralizado por el terror. No podía correr. La cobardía era el pecado menos perdonable y si corría, sabía que nunca más volvería a comandar tumanes.

Algunos de sus guardias seguían luchando con el enemigo más abajo, pero dos de ellos habían visto la amenaza que se cernía sobre él y se liberaron a espadazos de sus rivales. Kublai les vio aparecer en la cumbre de la colina tras los cuatro soldados enemigos. Notaba cada latido de su corazón mientras su mente trabajaba con claridad, evaluando las posibilidades. Sacudió la cabeza: la visión de los hombres que iban a por él le transmitía la imagen de su propia muerte. Levantó la espada y el miedo se desvaneció de improviso, dejándole ligeramente mareado. Volvió a respirar, consciente solo entonces de que la había tenido aferrada en la mano todo el tiempo. Cuando el paralizante terror le abandonó, por un momento, se sintió casi eufórico: podía moverse y, con el despertar de sus sentidos, el sonido de la batalla regresó a sus oídos.

Los cuatro jinetes se abalanzaron sobre él y el tamborcillo, bruscamente, se movió, chillando y espoleando a su montura. El camello avanzó de un salto con un ronquido largo y áspero y se interpuso directamente en el camino del enemigo. Con un tremendo golpe, el hombre que iba en cabeza chocó contra el lanudo costado del animal y salió volando por encima del chico. Su caballo atropelló al camello que, bramando y alargando el cuello, cayó al suelo de rodillas.

Los hombres a la izquierda de Kublai tiraron rudamente de las riendas, maldiciendo por haber perdido esa oportunidad de ataque. Ahora Kublai tenía solo a un hombre ante sí y su brazo se movió sin pensar para rechazar la hoja que se precipitó como un borrón gris sobre su cara. Un potente sonido metálico quedó resonando en el aire mientras el soldado Song pasaba al galope por su lado. Fuera quien fuera aquel hombre, controló hábilmente a su resoplante montura, frenando como un rayo y girándose para descargar un espadazo salvaje sobre Kublai. Este se defendió con serenidad: era fuerte y sus sentidos estaban sobreexcitados, imprimiendo velocidad a sus movimientos. Contraatacar no fue una decisión consciente, pero su cuerpo reaccionó tras miles de horas de entrenamiento. En cuanto las hojas entrechocaron, supo de manera instintiva cómo adelantar la espada en una estocada directa. El soldado Song se agitó, dando un respingo, cuando la punta de la hoja de Kublai se hundió en su garganta y se enganchó en el cartílago. La sangre los roció a ambos y Kublai pestañeó para aliviar el escozor.

En aquel momento, el camello se puso de pie de repente con un bramido espeluznante, y, presa del pánico, empezó a lanzar coces, haciendo que el caballo de Kublai se retirara hacia un lado dando brincos nerviosos. Cuando el primer Song se desmoronó, resbalando hasta el suelo, otro de los jinetes se abalanzó sobre Kublai, que notó cómo su confianza aumentaba cuando desvió una embestida hacia un lado y

alargó la mano en un movimiento que Yao Shu le había enseñado una vez: entreabriendo los dedos de la mano con la que sostenía la espada para agarrar al hombre por la manga y tirar secamente de ella con el fin de hacerle perder el equilibrio.

Sin embargo, su caballo se movió en el peor momento, retrocediendo mientras Kublai tiraba. En vez de asestar un puñetazo en la expuesta barbilla cuando la cabeza del soldado se vino para delante, todo cuanto Kublai pudo hacer fue no soltar la manga y arrastrar al hombre, tirándolo de la silla. Vio que se le había quedado el pie enganchado en el estribo y cuando Kublai por fin le soltó, la pierna se retorció, con un sonoro chasquido. El soldado gritó y agitó los brazos, impotente, mientras seguía colgando, con la cabeza rozando el suelo, y cada movimiento desmenuzaba aún más el hueso fracturado.

Algo arañó el brazo de Kublai, que soltó un gruñido dolorido y se volvió, encontrándose ante el soldado que había herido al camello y ahora levantaba su espada para asestar otro golpe. Al chocar contra el suelo, el rostro del hombre se había convertido en un amasijo sanguinolento y, cuando se alejó un paso de Kublai, se tambaleó. Kublai sacó los pies de los estribos y le propinó una patada, alcanzándole en la mandíbula. Al moverse, sintió un golpe en el peto proveniente de alguien que se esforzaba por agarrarle. Kublai se giró en la silla, blandiendo desesperadamente su espada. Captó una imagen fugaz de su agresor desapareciendo de su vista al ser arrastrado por alguien desde el suelo y, al bajar los ojos, Kublai se quedó mirando fijamente a uno de sus guardias mientras aplastaba salvajemente al soldado Song con sus botas, pisoteándolo una y otra vez hasta que sus costillas cedieron.

Jadeando como si hubiera corrido varios kilómetros, la mirada de Kublai se encontró con la del guardia, que asintió con la cabeza hacia él, no como un guerrero ante su oficial, sino como un gesto entre dos hombres que acaban de sobrevivir a un enfrentamiento. Kublai soltó aire poco a poco, mirando a su alrededor. Todos los Song estaban muertos, pero solo cuatro de sus guardias seguían en pie. Tres de ellos daban vueltas entre los cadáveres que había al pie de la colina, hundiendo sus espadas con gestos breves y violentos ante el menor movimiento de los heridos. Su furia todavía no se había calmado y Kublai se quedó solo con el último de ellos, el que le había salvado la vida.

El camello volvió a bramar de dolor y Kublai se dio cuenta de que se había roto la pata, que colgaba como si la piel fuera lo único que la mantuviera unida al cuerpo. Su mente se despejó y buscó en derredor al tamborcillo que se había lanzado contra los atacantes. Kublai cerró los ojos un instante al descubrir una figura despatarrada en el suelo. Desmontó y las magulladuras, que se hicieron notar con el movimiento, le arrancaron un quejido. Tendrían que darle algunos puntos en el corte del brazo. Notaba cómo algo le goteaba por los dedos y, sorprendido, levantó la mano. Una herida que producía tanta sangre roja y brillante tendría que doler mucho más.

El chico había quedado inconsciente por el golpe y exhibía un enorme bulto en la frente. Kublai le abrió un ojo con su áspero pulgar y vio que la pupila se encogía al recibir la luz. Estaba a punto de hablarle cuando se quedó paralizado y recordó la batalla que se suponía que estaba liderando. Sus piernas y espalda protestaron cuando volvió a ponerse en pie. No intentó montar, sino que se protegió los ojos con la mano y estudió el campo de batalla.

Los Song se habían desmoronado. Miles de ellos, guardando un abatido silencio, levantaron las manos para mostrar que habían depuesto las armas. Muchos de ellos ya estaban atados y permanecían de rodillas, con la cabeza gacha, agotados. A lo lejos, unos cuantos se alejaban a la carrera del sangriento escenario de la lucha y eran perseguidos por parejas o tríos de guerreros mongoles. Por fin, Kublai soltó el aliento contenido, increíblemente aliviado. El muchacho gimió y Kublai regresó junto a él, que se revolvió.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Kublai. Debería saberlo, pero sentía su mente lenta y espesa.

—Beran, mi señor —respondió el chico con voz débil. Tenía una pequeña hemorragia en el ojo, pero viviría.

—Tu valentía me ha salvado. No lo olvidaré. Cuando seas lo suficientemente mayor, ven a verme y te pondré al mando de cien hombres.

A pesar del dolor, el niño parpadeó y una sonrisa empezó a dibujarse en sus labios antes de que tuviera que volverse hacia un lado para vomitar en la hierba.

Kublai le ayudó a incorporarse y siguió a Beran con la mirada mientras caminaba tambaleante hacia el camello. En la cara hinchada del chico se pintó una expresión consternada al ver lo que había sucedido.

—Te conseguiré otra montura, chaval. Ese camello está acabado.

El chico hizo una mueca de dolor al oírle, aunque lo comprendió. Durante un momento, la mirada de Kublai se cruzó con la del guardia que seguía a su lado, cuyo rostro tenía un gesto, en cierto modo, inapropiado. También él había salido mal parado en la lucha y Kublai no conseguía encontrar las palabras adecuadas para agradecerse. Quería recompensarle, pero, al mismo tiempo, el guerrero no había hecho más que cumplir con su deber.

—Ven a verme esta noche a mi tienda —dijo Kublai—. Creo que tengo una espada que te gustará. Algo para recordar nuestra pequeña pelea en la colina.

El guardia esbozó una sonrisa de oreja a oreja que dejó al descubierto una boca llena de sangre y más de un hueco en su dentadura.

—Gracias, mi señor. Si me lo permites, me gustaría llevar a mi hijo de vuelta con su madre. Estará preocupada.

Sorprendido, con la boca ligeramente abierta, Kublai asintió con rigidez mientras el guardia le daba unos golpecitos al tamborcillo en el hombro y descendía la colina junto a él. No pudo evitar preguntarse si el guardia habría peleado con el mismo desenfrenado ardor si no hubiera visto cómo derribaban a su hijo, pero no importaba.

Solo, Kublai dejó caer los hombros y reposó sobre el flanco de su caballo. Había sobrevivido. Sus manos empezaron a temblar y las levantó ante sí, descubriendo abultados callos producidos por la espada en cada uno de los dedos de su ensangrentada mano derecha. Ya no tenían manchas de tinta. Por primera vez, Kublai se sintió verdaderamente cómodo en la armadura que, sin duda, le había salvado la vida. Se echó a reír y se apoyó en su montura, alargando una mano para frotarle el hocico. Sacando la lengua, el animal borró la brillante mancha de sangre que Kublai le había dejado en el morro.

XXIV

Xuan, Hijo del Cielo y heredero del imperio Chin, contempló la especular superficie del lago de Hangzhou y escuchó las risas de sus hijos, que estaban jugando a salpicarse unos a otros bajo el sol. Podía ver cómo las ondas que producían en la orilla se extendían hacia aguas profundas, donde un barquero pescaba truchas y observaba con demasiada desfachatez a la familia del emperador Chin. Xuan suspiró para sí. Era poco probable que un hombre tan humilde fuera un espía de la corte Song, pero nunca se podía saber. En sus años de apacible cautiverio, Xuan había aprendido a no confiar en nadie aparte de su mujer y sus hijos. Siempre había alguien vigilando e informando de todas sus palabras y actos. En el pasado había creído que con el tiempo llegaría a acostumbrarse, pero, de hecho, era justo al contrario. Cada vez que sentía unos ojos posarse sobre él, era como si clavaran una aguja una y otra vez en una piel ya sensible hasta que sentía unos deseos irrefrenables de increpar al espía y de gritarle. En una ocasión lo había hecho y el desafortunado escriba que le había enfurecido había sido retirado sigilosamente de su puesto, solo para ser reemplazado por otro antes de que acabara el día. No disfrutaba de una auténtica privacidad. Xuan había entrado en tierras Song para escapar de un ejército mongol y los Song nunca habían tenido demasiado claro qué debían hacer con él. Era primo carnal del emperador Song y tenía que ser tratado con respeto. Al mismo tiempo, las ramas gemelas de la familia llevaban siglos sin ser amigas ni aliadas y, lo que era más importante, Xuan había perdido sus tierras, su riqueza y su poder: un signo seguro de que la mala suerte acechaba su casa. La verdad era que la suerte había desempeñado un papel muy pequeño en las tragedias que había sufrido. Los ejércitos de Gengis habían conquistado Yenking, su capital. Xuan había sido traicionado por sus propios generales y le habían obligado a hincar la rodilla ante el khan. Incluso décadas más tarde, los recuerdos se agitaban inquietos bajo la expresión de calma que mostraba al mundo. Yenking había sido arrasada, pero los lobos de Gengis no habían dejado de perseguirle, nerviosos y salvajes. Había pasado su juventud huyendo de ellos, de ciudad en ciudad, año tras año. Los hijos y hermanos de Gengis habían devastado sus tierras hasta que el único lugar seguro era el territorio Song al otro lado de la frontera. Había sido la peor de todas las elecciones, pero era la única que le quedaba.

En un principio, Xuan había creído que le harían asesinar. Cuando lo trasladaron por las distintas regiones Song, de noble a noble, solía salir de un salto de la cama ante cualquier crujido que escuchara en la noche, convencido de que por fin habían llegado para matarle. Había creído firmemente que simularían un atraco para explicar su muerte y después colgarían a unos cuantos campesinos de cara a la galería. Sin embargo, la primera década había concluido sin que nadie llegara a ponerle un cuchillo en la garganta. El viejo emperador Song había fallecido y Xuan ni siquiera estaba seguro de que su hijo todavía recordara su existencia. Observó la arrugada piel

del dorso de sus manos y cerró los puños, estirándolas. ¿Realmente habían pasado dieciséis años desde que cruzara la frontera con los últimos restos de su ejército? Tenía cuarenta y nueve años y aún se acordaba del muchacho orgulloso que había sido una vez, arrodillado ante Gengis delante de su capital. Aún se acordaba de las palabras que el khan le había dicho: «Todos los grandes hombres tienen enemigos, emperador. Los tuyos sabrán que te puse la espada en el cuello y que ni todos los ejércitos y ciudades de los Chin pudieron retirar ese filo».

Los recuerdos parecían formar parte de otra época, otra vida. Los mejores años de Xuan habían transcurrido mientras era un prisionero, un esclavo, esperando ser recordado y asesinado con sigilo. Había visto cómo se marchitaba su juventud, empujada por silenciosos vientos.

Una vez más, contempló el lago y a los jóvenes hombres y mujeres que se estaban bañando. Sus hijos e hijas, que habían alcanzado la edad adulta. Su vista ya no era tan aguda como antaño y veía las figuras borrosas. Xuan suspiró para sí, inmerso en una melancolía que parecía arrebatarse los días y alejarlos girando de él, de modo que rara vez se sentía en el mundo y, en ocasiones, lo percibía solo de manera vaga. Los destinos de sus hijos le entristecían más que el suyo propio. Después de todo, él había conocido la libertad, al menos durante un tiempo. Su hijo mayor, Liao-Jin, era un joven amargado, de espíritu ruin, que constantemente ponía a prueba la paciencia de su hermano y hermanas. Xuan no culpaba a Liao-Jin por sus defectos. Recordaba cómo le había consumido su propia frustración, antes de conseguir por fin ser indiferente al paso de las estaciones. Leer le ayudaba. Había encontrado un pergamino recién copiado de las *Meditaciones* de Marco Aurelio en la biblioteca. Aunque no comprendía todo lo que decía, había algo en su mensaje de aceptar el propio destino que se ajustaba a su situación.

Xuan seguía echando de menos a su esposa, muerta diez años atrás de una enfermedad que la devoró por dentro. En aquellos días había escrito numerosas cartas, rompiendo su silencio para suplicar a la corte Song que le enviaran médicos que pudieran salvarla. Nadie había llegado y cada vez que le habían permitido visitarla, la había encontrado un poco más débil. Su mente se alejó bruscamente de aquel tema, como hacía con tantas otras cosas. No se atrevía a dejar que sus pensamientos deambularan por los airados caminos de su interior.

Una bandada de patos pasó volando por encima de su cabeza y Xuan alzó la vista para mirarlos, envidiando su capacidad para volar y aterrizar allí donde querían. Era algo tan sencillo, la libertad, y tan escasamente apreciado por aquellos que la tenían. Xuan recibía un estipendio mensual para ropa y manutención. Tenía criados que le atendían y sus habitaciones estaban siempre bien amuebladas, aunque rara vez se le permitía permanecer en un lugar durante más de un año. Tras la muerte de su esposa, le habían permitido incluso vivir con sus hijos, aunque descubrió que, por decir poco, la situación tenía sus pros y sus contras. Aun así, no sabía nada del mundo exterior, o de la política de la corte Song. Vivía en un aislamiento casi absoluto.

Liao-Jin salió del lago, su esbelto cuerpo chorreando agua. Su pecho desnudo estaba bellamente musculado y llevaba unos pantalones de lino con cinturón que se le pegaban a las piernas. Al salir del agua empezó a temblar, la piel del joven se erizó en la brisa y sacudió su larga melena negra. Se secó con la toalla con una brusca eficiencia y miró hacia su padre, recuperando su habitual ceño. Con veinte años, era el mayor de sus hijos, uno de los tres que Xuan se había llevado consigo cuando cruzó la frontera Song tantos años antes. La última, ahora una niña de doce años, había nacido sin conocer ningún otro modo de vida. Xuan le sonrió cuando la saludó con la mano desde el agua. Con sus hijas era un padre indulgente y cariñoso, pero le costaba serlo con sus dos hijos.

Liao-Jin se metió una prenda sencilla por la cabeza y se ató el pelo hacia atrás. Podría haber sido un joven pescador, sin signo alguno de rango o de riqueza. Xuan le observó, preguntándose cuál sería su humor después del baño. Por el rabillo del ojo, miró a su hijo subir hacia él por la pequeña playa de guijarros. En ocasiones, Xuan apenas podía recordar al muchacho brillante y alegre que había sido Liao-Jin. No había olvidado el momento en que su hijo comprendió su situación por primera vez. A partir de entonces, había habido lágrimas y ataques de furia y silencios enfurruñados casi a diario. Xuan nunca sabía qué se podía encontrar.

Liao-Jin se sentó en las piedras y recogió las rodillas, rodeándolas con las manos para mantenerse caliente.

—¿Le has escrito al prefecto, como dijiste que harías? —preguntó de repente.

Xuan cerró los ojos un instante, cansado de la conversación aun antes de que empezara.

—No dije que fuera a escribirle. Lleva mucho tiempo sin contestarme.

La boca de Liao-Jin se torció en una mueca desagradable.

—Bueno, ¿por qué iba a hacerlo? ¿Acaso le sirves para algo?

El muchacho agarró un puñado de guijarros y los arrojó al agua con un gesto destemplado. Una de sus hermanas chilló, aunque no le había dado. Cuando vio quién había lanzado las piedras, meneó la cabeza con gesto reprobatorio y avanzó unos pasos, adentrándose un poco más en el mar.

Cuando Liao-Jin volvió a hablar, su tono era casi un gemido.

—Sabes que no hay ninguna ley que me prohíba unirme al ejército Song, padre. Piensen lo que piensen de ti, podría ascender. Con el tiempo, tal vez podría tener una casa propia. Podría casarme.

—Eso me gustaría —coincidió Xuan, con voz distante.

—¿Te gustaría? No has escrito al único hombre que podría estar de acuerdo. No has hecho nada, como siempre, y entretanto los días pasan tan despacio que no puedo soportarlo más. Si mi madre estuviera viva...

—Pero no lo está —repuso Xuan, y su propia voz se endureció en consonancia con la de su hijo—. Y no hay nada que yo pueda hacer hasta que este prefecto se traslade a otro puesto, o se muera. Ahora mismo, no creo que lea mis cartas siquiera.

¡Hace ocho, no, diez años que no responde a ninguna! —Su humor se había agriado, la paz del día se había evaporado bajo la feroz mirada de su hijo.

—Preferiría estar en prisión que estar aquí contigo —le dijo Liao-Jin entre dientes—. Al menos allí podría soñar con la liberación. Aquí, no tengo ninguna esperanza. ¿Me haré viejo? ¿Esperas que te cuide cuando pierdas la cabeza y yo esté todo arrugado y no sirva para nada? No lo haré. Antes me sumergiría en el lago, o me ataría una cuerda al cuello. O al tuyo, padre. Quizá entonces me liberarían de este cautiverio.

—Tengo sirvientes que me cuidarían si enfermara —dijo Xuan con voz débil.

Odiaba la amargura que percibía en su hijo, pero la comprendía bien. Él había sentido lo mismo durante mucho tiempo; parte de él todavía la sentía. Liao-Jin era como un palo que removía el fondo fangoso de su alma y Xuan se resistió, retirándose físicamente y poniéndose en pie para no tener que escuchar nada más. Levantó la cabeza para llamar a sus otros hijos y se detuvo. Las torres distantes de Hangzhou se elevaban a su alrededor, un lago que había sido creado por alguna dinastía antigua más de mil años antes. En los escasos días en que le daban permiso para visitarlo, casi nunca le molestaba nadie y, sin embargo, distinguió una tropa de caballería descendiendo al trote hacia las riberas del lago. Mientras los observaba con vago interés, el grupo se desvió dirigiéndose hacia él. Xuan volvió en sí, sobresaltado.

—Salid del agua, todos —dijo—. Daos prisa, vienen unos hombres.

Sus hijas emitieron un breve chillido y Chiun, el hermano de Liao-Jin, salió a la carrera, salpicando las secas piedras de la orilla. Los jinetes rodearon la ribera en curva: Xuan cada vez estaba más seguro de que venían a por él. No pudo contener el espasmo de miedo que agitó su corazón. Incluso Liao-Jin se había quedado callado, y sus rasgos habían adoptado una expresión severa. No era imposible que los soldados hubieran recibido orden de hacerlos desaparecer por fin y ambos lo sabían.

—¿Has escrito a alguien por tu cuenta? —le preguntó Xuan a su hijo, sin retirar la vista de los desconocidos que se aproximaban a caballo. Liao-Jin vaciló lo suficiente para que su padre supiera que lo había hecho. Xuan soltó una maldición entre dientes.

—Espero que no hayas llamado la atención de alguien que desee nuestra desgracia, Liao-Jin. Nunca hemos estado entre amigos.

Los soldados pararon a solo veinte pasos de las temblorosas muchachas, que se desplazaron para acercarse más a su padre y hermanos. Xuan ocultó su miedo cuando el oficial, una figura baja y fornida de pelo canoso y rostro rubicundo y ancho, casi cuadrado, que rebosaba salud, desmontó, tiró las riendas por encima de la cabeza de su caballo y, bajo la mirada de toda la familia, avanzó con amplias zancadas hacia el pequeño grupo.

Cuando se inclinó ante él, Xuan se fijó en el diminuto símbolo del león grabado en la armadura de escamas del oficial. No conocía todos los rangos del ejército Song, pero sabía que aquel hombre había demostrado su valía como arquero y espada,

además de haber aprobado un examen de táctica en uno de los cuarteles de la ciudad.

—Este humilde soldado es Hong Tsaio-Wen —dijo el oficial—. Tengo orden de escoltar a su majestad Xuan, Hijo del Cielo, al cuartel Leopardo para equiparle con una armadura.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado? —exigió saber Xuan, incrédulo.

Tsaio-Wen le miró fijamente a los ojos, sin pestañear.

—Los hombres de su majestad se han reunido allí —contestó, manteniendo la jerga formal que le impedía dirigirse a Xuan directamente—. Su majestad querrá unirse a ellos —levantó un brazo para señalar a sus hombres y Xuan vio que habían traído un caballo extra, que le esperaba ensillado—. Su majestad deseará venir conmigo ahora.

Xuan notó cómo una aguja de hielo le atravesaba el corazón y se preguntó si había llegado el momento en el que el emperador Song finalmente se había cansado de su existencia. Era posible que le llevaran a algún lugar para ser ejecutado y que le hicieran desaparecer sin ruido. Sabía que discutir no serviría de nada. Xuan había conocido a muchos soldados y oficiales Song durante los dieciséis años de cautividad. Si pedía una explicación o los motivos de aquel viaje, Tsaio-Wen simplemente repetiría sus órdenes con plácida indiferencia, siempre con una cuidada educación. Xuan se había acostumbrado a los muros de piedra de las maneras Song.

Para su sorpresa, fue su hijo el que habló.

—Me gustaría acompañarte, padre —dijo Liao-Jin con voz suave.

Xuan hizo una mueca de dolor. Si se trataba de la orden de ejecutarle, la presencia de su hijo significaría únicamente que habría un segundo cadáver junto al suyo cuando se pusiera el sol. Negó con la cabeza, esperando que su gesto fuera respuesta suficiente. Sin embargo, Liao-Jin avanzó dos pasos, situándose frente a él.

—Han permitido que tus hombres se reúnan después de ¿cuánto tiempo? Esto es importante, padre. Déjame ir contigo, pase lo que pase.

El oficial Song podría haber estado hecho de piedra, tal fue su falta de reacción ante lo que había oído. Sin poder contenerse, Xuan le miró por encima del hombro de su hijo y habló.

—¿Por qué se me necesita ahora, después de tanto tiempo?

El soldado permaneció callado mirando al frente con unos ojos que parecían de cristal negro. Con todo, su actitud no era en absoluto agresiva. Hacía mucho tiempo que Xuan no tenía la oportunidad de juzgar el ánimo de los hombres que se dedicaban a la lucha, pero tampoco percibía violencia alguna en el resto de la reducida tropa. Se decidió.

—Liao-Jin, te nombro oficial yinzhan de segundo grado. Te explicaré tus deberes y responsabilidades más adelante.

Su hijo se ruborizó de placer e hincó una rodilla en el suelo, agachando la cabeza. Xuan apoyó la mano en la nuca de su hijo durante un momento. Años antes, habría reprimido cualquier tipo de gesto afectuoso, pero ahora le daba igual que un puñado

de indignos soldados Song le estuviera mirando.

—Estamos listos —le dijo Xuan a Tsaio-Wen.

El oficial negó brevemente con la cabeza antes de hablar.

—Solo tengo un caballo de refresco y mis órdenes son llevar a su majestad al cuartel. No tengo orden de llevar a nadie más.

Habló con un tono desabrido y Xuan notó que la antigua ira se removía en él, una ira que, durante años, no se había permitido sentir. Un hombre de su posición no podía tener honor, no podía permitirse ser orgulloso. Y, sin embargo, dio un paso hacia el soldado y se inclinó, con los ojos chispeantes de furia.

—¿Quién eres para hablarme de esa manera? ¿Tú, un soldado comeperros sin linaje? Lo que yo decida hacer no es asunto tuyo. Dile a uno de tus hombres que desmonte y regrese a pie, o cédeme tu propia montura.

Hong Tsaio-Wen había vivido toda su existencia sometido a una rígida jerarquía. Reaccionó ante la seguridad de Xuan como lo habría hecho ante cualquier otro oficial superior. Agachó la cabeza y el brillo desafiante desapareció de sus ojos. En aquel momento Xuan supo con certeza que no se trataba de un destacamento de ejecución. Un remolino de ideas empezó a girar en su cabeza mientras Tsaio-Wen, en tono seco y brusco, transmitía las órdenes a sus hombres y uno de ellos desmontaba.

—Dile a tu hermano que se lleve a sus hermanas a casa —dijo Xuan en voz alta a Liao-Jin—. Tú me acompañarás al cuartel. Así sabremos qué es eso tan importante que les ha movido a molestarme.

Liao-Jin apenas consiguió ocultar sus emociones mixtas de regocijo y pánico cuando les transmitió el mensaje a sus hermanos. Había cabalgado unas cuantas veces en su vida, pero nunca había montado un caballo entrenado para la guerra. Mientras corría hacia su montura y se encaramaba a la silla de un salto, temió avergonzar a su padre. El animal bufó al notar a un jinete desconocido y la cabeza de Xuan giró de repente, con gesto meditabundo.

—Espera —le dijo a su hijo. Recorrió con la vista los demás caballos y encontró uno que aguardaba la marcha plácidamente, sin rastro de la tensión acumulada de la primera montura. Xuan lanzó una mirada de reojo a Tsaio-Wen y percibió su disimulada rabia. Tal vez el oficial no hubiera escogido deliberadamente al animal menos dócil de su tropa, pero lo dudaba. Habían pasado muchos años desde la última vez que Xuan había tratado con soldados, pero enseguida recuperó los antiguos hábitos. Se dirigió con amplias zancadas hacia otro jinete y levantó la vista hacia él con absoluta certidumbre de que sería obedecido.

—Desmonta —ordenó.

El soldado casi ni miró a Tsaio-Wen antes de levantar una pierna y descender de un salto al suelo.

—Este —indicó Xuan a su hijo.

Liao-Jin no había entendido lo que su padre estaba haciendo, pero él también desmontó y se aproximó a la nueva montura, tomándola de las riendas.

Xuan asintió sin darle ninguna explicación y luego alzó la mano brevemente para despedirse del resto de su familia. El pequeño grupo parecía desamparado, con la mirada clavada en su padre y su hermano, que montaron y se alejaron por la orilla del lago, emprendiendo el regreso a la ciudad de Hangzhou.

Hangzhou contaba con numerosos cuarteles para los ejércitos del emperador. Los mejores incluían campos de entrenamiento e incluso baños para que los soldados pudieran aprender su oficio, fortalecer sus cuerpos y, después, dormir y comer en inmensos dormitorios.

El cuartel Leopardo presentaba signos de haber sido abandonado hacía muchos años. Los tejados estaban combados hacia dentro y el campo de entrenamiento estaba cubierto de maleza; las malas hierbas despuntaban entre la tierra y las losas. Xuan pasó con su caballo bajo un arco recubierto de líquen y se detuvo, junto con los hombres de Tsaio-Wen, al llegar a un patio. Estaba acalorado por la cabalgada y los deshabituados músculos de sus piernas y espalda empezaron a quejarse. Sin embargo, tras ese corto trago de libertad y mando, se dio cuenta de que hacía años que no se sentía tan bien.

Tsaio-Wen desmontó sin mirar ni decirles nada a los dos hombres que había traído consigo. Xuan percibió los restos de ira en los andares del oficial cuando se dirigió con pasos amplios hacia el primer edificio. Xuan miró hacia su hijo y le indicó con un gesto de la cabeza que se bajara del caballo prestado. No sabía qué le esperaba allí, pero había habido tan pocas novedades en sus últimos años que casi cualquier cosa sería bienvenida.

La tropa de jinetes guardó silencio y esperó. Al rato, Tsaio-Wen salió y tomó las riendas de su montura. Para sorpresa de Xuan, montó y giró a su caballo hacia la puerta por donde habían entrado. Dos de sus hombres recogieron las riendas de los caballos que Xuan y su hijo habían cabalgado e iniciaron la marcha, llevándoselos.

—¿Qué es esto? —preguntó Xuan. Supo que Tsaio-Wen le había oído por la forma en que su cuerpo se tensó. El oficial eligió vengarse utilizando la grosería y no hubo respuesta.

Un poderoso grito resonó cerca de ellos y Xuan se dio media vuelta con presteza. Corriendo hacia él vio rostros que conocía, recuerdos de una vida diferente. Liao-Jin se puso en guardia, preparándose para un ataque, pero su padre le puso una mano en el brazo. Cuando habló, tenía lágrimas en los ojos.

—Conozco a estos hombres, Liao-Jin. Son mi pueblo —sonrió, dándose cuenta de que su hijo no reconocería a ninguno de los hombres que habían salido del edificio y les estaban rodeando—. Son tu pueblo.

A Xuan le costó mucho mantener la sonrisa en la cara a medida que fue reconociendo a unos hombres que no había visto en dieciséis años. El tiempo nunca era bondadoso. La edad nunca ha hecho a un hombre más fuerte, o más rápido, o más vital. Sintió que algo se le desgarraba por dentro, mientras iba asimilando impresión tras impresión. Estaba viendo rostros que recordaba jóvenes, sin una línea y, de algún modo, todavía seguían allí, pero se habían arrugado y parecían cansados. Tal vez si hubieran permanecido en el hogar los años les habrían marcado menos. Dudaba de

que hubieran recibido buenos alimentos o que les hubieran permitido entrenar para mantenerse en forma.

Se acercaron todavía más y algunos de ellos incluso alargaron la mano para tocar sus ropas, casi para asegurarse de que era real. Luego, voces que llevaba demasiado tiempo sin oír gritaron una orden y los antiguos guerreros se retiraron unos pasos. El patio siguió llenándose: más y más hombres salían de los dormitorios, pero los que habían sido oficiales repartieron órdenes a voz en cuello indicándoles que formaran filas para una inspección. Los hombres obedecieron sonriendo y muchos de ellos le hicieron preguntas. Xuan no podía responder, apenas podía hablar por la mezcla de emociones que le embargaba. Se irguió en su sitio, con los ojos brillantes, mientras formaban grupos irregulares de cien y marchaban para tomar posiciones en el descuidado patio de armas.

No pasó mucho tiempo antes de que Xuan se percatara de que la cantidad de hombres que salía del barracón estaba disminuyendo. Se le cayó el alma a los pies. Cuando entró en territorio Song, llevaba consigo unos cuarenta mil hombres. Algunos habrían muerto, ya que los mayores debían de estar próximos a cumplir los setenta en aquellos días. Las causas naturales se habrían cobrado sus víctimas, pero cuando contó los silenciosos cuadrados, el total ascendía a solo ocho mil hombres.

—Y los demás, ¿adónde habéis ido a parar? —murmuró para sus adentros.

Las ropas de uno de los hombres que había estado impartiendo órdenes eran poco más que unos sucios andrajos. Estaba demacrado y en las partes del cuerpo que quedaban al descubierto tenía unos rastros de mugre que daba la impresión de llevar tatuados a la piel. Ver a aquel esperpento tratando de ponerse firme y levantar la cabeza despertaba compasión. Xuan no le había reconocido, pero se acercó a él y le miró a los ojos. El hombre le devolvió la mirada y en sus ojos brillaba una esperanza que no tenía ningún motivo para estar allí.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo Xuan. Estaba a punto de preguntarle cuál era su nombre, cuando lo recordó con el rango precediéndolo, un destello que llegaba hasta su mente desde tiempos lejanos—, Shao Xiao Bohai.

Xuan parpadeó reprimiendo su pena cuando Bohai sonrió y reveló un único par de dientes largos y amarillos en la mandíbula vacía. Aquel hombre había comandado miles de hombres una vez, había sido uno de sus expertos oficiales de espadas, pero era casi imposible reconciliar sus recuerdos con la figura esquelética que tenía delante.

—¿Son estos todos nuestros hombres? —preguntó Xuan.

Bohai inclinó la cabeza y a continuación se postró en el suelo, siendo imitado al instante por todos los demás hombres, de modo que solo Xuan y su hijo permanecieron en pie.

—Levantaos, todos vosotros —ordenó Xuan. Sus ojos estaban secos y supo que era el momento de guardarse sus emociones. Esos hombres necesitaban algo más de él.

—¿Y bien, Shao Xiao Bohai? No has respondido a mi pregunta. Puedes hablarme con libertad.

Al principio, la voz del soldado no fue más que un graznido. Se mojó los labios y las encías con la lengua para poder pronunciar las palabras.

—Algunos escaparon. La mayoría de ellos fueron capturados y ejecutados delante de nosotros. Otros nunca regresaron.

—Pero... ¿tantos? —preguntó Xuan, meneando la cabeza.

—Su majestad no querrá oír las quejas de los soldados —dijo Bohai, mirando al frente.

—Te ordeno que me lo expliques —respondió Xuan con suavidad. Aguardó mientras Bohai volvía a humedecerse los labios.

—Hubo brotes de fiebre todos los veranos y algunos murieron por comer alimentos en mal estado. Un año, unos seis mil fueron llevados a trabajar en una mina de carbón. Nunca volvieron. Cada mes, perdimos unos cuantos hombres a manos de los guardias, o de nobles Song en busca de diversión. No siempre conocemos el destino de los que se llevan de aquí. No regresan. Su majestad, hace dieciséis años que no veo a todo el grupo junto. No supe hasta hace tres días que habíamos perdidos a tantos —una chispa se encendió en los apagados ojos del soldado—. Hemos soportado las penurias con la esperanza de ver una vez más a su majestad antes de morir. Y se nos ha concedido. Si no va a haber rescate ni liberación, esto será suficiente.

Xuan se giró y vio la expresión de horror pintada en el rostro de su hijo.

—Cierra la boca, hijo mío —le dijo con voz amable—. Estos que ves son hombres buenos, hombres de tu propia sangre. No les avergüences haciéndoles notar lo que no está bajo su control. —Aumentó el volumen de su voz para que Bohai y los que estaban cerca pudieran oír sus palabras—. Están sucios porque no les han dado agua. Están desnutridos porque no les han dado comida. Mira más allá de los harapos, hijo mío. Son hombres de honor y de fuerza, hombres de probado aguante y entereza. Son tu pueblo y en el pasado lucharon por mí.

Xuan no oyó al oficial Song Tsaio-Wen acercarse por su espalda hasta que habló.

—Qué conmovedor. Me pregunto si su emperador les abrazará a todos, a ellos, a su roña y a sus piojos.

Como un rayo, Xuan se giró sobre sí mismo y avanzó hacia Tsaio-Wen, situándose muy cerca de él. Parecía haber olvidado la espada que colgaba del cinturón del oficial.

—¿Tú otra vez? ¿Es que no te he enseñado humildad? —para estupefacción de Tsaio-Wen, Xuan estiró el índice y se lo clavó en el pecho—. Estos hombres son aliados de tu emperador, pero ¿cómo han sido tratados? Han pasado hambre, les habéis dejado pudrirse en su propia mugre sin alimentarles bien... Mis enemigos les habrían tratado mejor que vosotros.

Durante un instante, la pura sorpresa mantuvo a Tsaio-Wen paralizado. Cuando su

mano descendió a su espada, Xuan se acercó todavía más a él, de manera que sus narices se juntaron y Xuan, colérico, le salpicó la cara con su saliva.

—He vivido suficientes años, escoria. Vamos, desenfunda tu hoja y verás lo que estos hombres desarmados te hacen con las manos vacías.

La mirada de Tsaio-Wen se elevó por encima del hombro de Xuan y, de repente, cobró consciencia de las numerosas filas de hombres furiosos que contemplaban la escena. Con cuidado, dio un paso atrás. Complacido, Xuan vio que un hilo de sudor aparecía en su frente.

—Personalmente, dejaría que todos os murierais de hambre —dijo Tsaio-Wen—. Pero, en vez de eso, os van a enviar a luchar contra los tumanes mongoles. Sin duda el emperador prefiere que las espadas mongolas os abran el cráneo a vosotros antes que a los soldados Song.

Entonces, le entregó a Xuan el fajo de órdenes que llevaba en la mano y este lo tomó, intentando disimular su asombro. Rompió el sello imperial que tan bien conocía y leyó rápidamente mientras Tsaio-Wen se alejaba. El oficial Song consiguió recorrer unos cuarenta pasos del patio antes de que Xuan levantara la mano.

—Para —gritó. El soldado, cuya tiesa espalda revelaba su ira, continuó avanzando. Xuan elevó la voz hasta convertirla en un bramido—. En estas órdenes se te menciona, Hong Tsaio-Wen.

Bruscamente, el oficial Song paró y se dio media vuelta, dejando una marca en el suelo. Con la cara roja de rabia, regresó hasta Xuan, que le ignoró y continuó leyendo mientras Tsaio-Wen temblaba de indignación.

—Parece que mi primo el emperador no es idiota del todo —dijo Xuan. Tsaio-Wen bufó al oír el insulto, pero no se movió—. Ha recordado que hay solo un grupo en estas tierras que se ha enfrentado a los mongoles con anterioridad... y los rechazaron. Tienes a esos hombres ante ti, Tsaio-Wen —complacido, comprobó que las primeras filas se enderezaron aún más al oírle—. Dice que pondrá a mi disposición expertos armeros y entrenadores para preparar a los hombres de nuevo para la guerra. ¿Dónde están esos hombres?

—En camino —masculló Tsaio-Wen apretando los dientes—. ¿Dónde se menciona mi nombre?

—Aquí —le respondió Xuan, enseñándole la página de grueso pergamino cubierto de diminutos caracteres negros. Le sorprendió que el oficial supiera leer. Las cosas habían cambiado desde su juventud.

—No lo veo —dijo Tsaio-Wen, forzando la vista frente a la página.

—Ahí, donde dice que puedo elegir a los oficiales Song que deseo que me ayuden con los suministros y el entrenamiento. Te elijo a ti, Tsaio-Wen. Disfruto demasiado de tu compañía para dejarte marchar.

—No puedes hacer eso —replicó Tsaio-Wen. Su mano volvió a tocar su espada para retirarse enseguida ante el gruñido de los hombres más próximos.

—Tu emperador ha escrito que sí puedo, Tsaio-Wen. Elige: o le obedeces o eres

ahorcado, cualquiera de las dos opciones me parece bien. El emperador ha dicho que volveremos a luchar. Tal vez seamos destruidos, no lo sé. Tal vez obtengamos el triunfo. Será más fácil decidir cuando hayamos comido bien y estemos más fuertes, lo sé. ¿Has tomado una decisión, Hong Tsaio-Wen?

—Obedeceré las órdenes de mi emperador —respondió el oficial, con un brillo letal en la mirada.

—Mostrar tanta obediencia y humildad demuestra que eres un hombre sabio —dijo Xuan—. Serás una lección para todos nosotros. Por otro lado, dice que hay fondos disponibles para nosotros, así que envía a unos recaderos a la ciudad a buscar comida. Mis hombres tienen hambre. Trae médicos para que atiendan a los débiles y a los enfermos. Contrata a criados para limpiar el cuartel y a pintores que le den nueva vida. Busca techadores para reparar las tejas rotas, carpinteros para reconstruir los establos, carniceros y vendedores de hielo para llenar los sótanos de carne. Vas a estar ocupado, Tsaio-Wen, pero no desesperes. Tu obra beneficia al último ejército Chin y no hay causa mejor que esa.

Los ojos de Tsaio-Wen se deslizaron hacia los papeles que Xuan sostenía en la mano. A pesar de la injusticia o humillación que estaba sufriendo, no se atrevía a negarse. Si alguno de sus oficiales superiores mencionaba siquiera que había ignorado una orden legalmente dictada, estaría acabado. Bajó la cabeza como si tuviera que romperse los huesos para hacerlo, luego giró sobre sus talones y se alejó.

Xuan se volvió hacia las sonrisas de incredulidad que habían aflorado en las caras de sus hombres. Su hijo solo era capaz de observarlo todo atentamente y menear la cabeza, atónito.

—Ninguno de nosotros creía que el día de hoy fuera a terminar como lo ha hecho —dijo Xuan—. En los meses venideros, cobraremos fuerzas de nuevo. Comeremos bien y volveremos a entrenar con la espada, la pica y el arco. Será duro. Ya no somos jóvenes. Cuando estemos listos, abandonaremos este lugar para no regresar jamás. No importa si luchamos contra los mongoles. No importa si nos adentramos en el infierno. Lo que importa... es que nos marcharemos.

Su voz se quebró al pronunciar las últimas palabras y sus hombres le vitorearon, hasta que sus voces, cada vez más recias y poderosas, resonaron ensordecedoras en todo el patio de armas y en los edificios que se extendían más allá.

En una de las gers de los curanderos del campamento, Kublai aguardaba en adusto silencio a que un chamán sobrecargado le vendara la herida del brazo. Las manos del curandero, hábiles y expertas, trabajaban por instinto. Kublai hizo una mueca de dolor cuando el chamán apretó el nudo; el hombre hizo una pequeña reverencia y pasó a otro herido. El general Bayar se encontraba a solo dos camillas de él, su rostro impassible mientras otro chamán se afanaba en coserle un profundo corte en la pierna del que manaba un lento hilo de sangre púrpura.

Yao Shu se aproximó con un fajo de papeles en el que se veían algunos números garabateados con prisas.

—¿Dónde están los cañones Song? —le preguntó Kublai a Bayar de improviso. No quería que Yao Shu le recitara las cifras de mutilados y muertos, no en ese momento. Todavía estaba temblando ligeramente por su propia lucha en la colina, un estremecimiento interno que había durado mucho más que la propia pelea. Bayar se puso en pie para responderle y flexionó la pierna con un gesto de dolor.

—Los encontramos cuando todavía los estaban subiendo, mi señor, a kilómetro y medio más o menos. Mis hombres los están revisando.

—¿Cuántos hay?

—Solo cuarenta, pero cada uno de ellos tiene suficiente pólvora y balas para disparar doce veces. Un proyectil más pequeño que los de los nuestros.

—Entonces abandona los nuestros. Que los restrieguen con aceite y los cubran con paños de lino impregnado en aceite, pero déjalos donde están hasta que tengamos un respiro o fabriquemos más balas y más pólvora.

Bayar le miró con expresión fatigada. Habían recibido noticia de que otros dos ejércitos se aproximaban al área, avanzando deprisa para respaldar a los que habían salido antes. Su única oportunidad era cabalgar hasta el primero y aplastarlo antes de verse envueltos en una batalla con dos frentes.

—¿Has recuperado las flechas? —preguntó Kublai.

Bayar se tambaleaba absolutamente exhausto. Kublai notó cómo hacía un esfuerzo de voluntad para responder, tan grande y evidente que le dejó impresionado.

—He enviado a un minghaan de hombres a pasear entre los muertos, recuperando todas las que puedan ser reutilizadas. Calculo que recuperaremos la mitad de las flechas. Ordenaré que envíen las que estén rotas al campamento para que las reparen. Nos las traerán cuando acaben el trabajo.

—Que las lleven los heridos que no puedan luchar —ordenó Kublai—. Y comprueba las reservas del campamento. Necesito que los artesanos trabajen en ellas día y noche. No podemos quedarnos sin ellas —apretó los puños y miró a Yao Shu, que seguía esperando pacientemente—. De acuerdo. ¿Cuántos hombres hemos perdido?

El anciano no necesitó consultar sus listas para darle el total.

—Nueve mil y varios cientos. Seis mil de ellos muertos y el resto con heridas demasiado graves para poder continuar. Los chamanes dicen que perderemos otros mil cuando llegue la mañana y otros tantos a lo largo de la próxima semana.

Bayar maldijo entre dientes y Kublai se estremeció, notando cómo su brazo palpitaba al compás de su pulso. Había perdido una décima parte de su ejército. Se sentía dolorido y cansado, pero sabía que el amanecer solo traería otra lucha contra soldados más descansados y frescos que ellos. Todo cuanto podía esperar es que la larga marcha hubiera rebajado el brío de las tropas Song.

—Diles a los hombres que coman y duerman lo mejor que puedan. Necesito que

estén listos antes del amanecer para enfrentarse a lo que quiera que venga. Dile a Uriang-Khadai que venga a verme.

—Señor, estás herido. Deberías descansar.

—Lo haré cuando esté seguro de que todos los exploradores han salido y que los heridos están siendo trasladados al campamento principal. Esta noche tomaré la cena fría.

Bayar se mordió el labio, pero después decidió hablar de nuevo.

—Necesitas estar alerta para mañana, mi señor. Uriang-Khadai y yo tenemos todo lo demás bajo control. Por favor, descansa.

Kublai le miró fijamente. Aunque le dolía todo el cuerpo y sentía una enorme debilidad en las piernas debido al cansancio, no podía imaginarse durmiendo. Había demasiadas cosas que hacer.

—Lo intentaré —prometió—. Cuando haya hablado con el orlok.

—Sí, mi señor —dijo Bayar.

Un explorador entró en el campamento, buscando entre los heridos y los que les atendían. Kublai fue el primero en verle y se le cayó el alma a los pies. Observó al hombre por el rabillo del ojo, viendo cómo preguntaba a alguien que señalaba en dirección a Kublai. Cuando el explorador se presentó, Kublai le fulminó con la mirada:

—¿Qué pasa?

—Un tercer ejército, mi señor. Llegando desde el este.

—¿Estás seguro de que este no es el mismo informe que me han dado antes? —inquirió Kublai, en tono autoritario. El batidor palideció al notar su ira y Kublai hizo un esfuerzo para contenerse.

—No, mi señor. Los tenemos marcados y localizados. Este es un ejército nuevo, con unos efectivos de cerca de sesenta mil hombres.

—El nido de avispas —murmuró Bayar, junto a Kublai, que asintió.

Kublai quería ponerse en marcha de inmediato, pero Uriang-Khadai se presentó ante él mientras Kublai comía. Llegó cuando se estaba metiendo una cucharada de estofado frío en la boca y masticando, y le miró con ojos vidriosos.

El orlok tenía una extraña expresión en la cara. En menos de una semana, habían sobrevivido a dos batallas espectaculares, en ambos casos luchando en inferioridad numérica. Uriang-Khadai había esperado que Kublai flaqueara cien veces, pero el hermano del khan siempre había estado allí, dando órdenes con calma, reforzando una línea que estaba empezando a vacilar, enviando refuerzos cuando era necesario. El orlok percibió el agotamiento en el rostro de Kublai, pero también vio que no se había desmoronado bajo la terrible tensión, al menos no todavía.

—Mi señor, el tercer ejército es más pequeño que los anteriores y no estará a distancia de ataque hasta mañana o el día después. Si cabalgamos hacia ellos ahora, podremos descansar antes de la batalla. Los hombres estarán más frescos y si tenemos que luchar dos veces mañana, tendrán más oportunidades de sobrevivir a la

batalla.

Uriang-Khadai estaba tenso mientras aguardaba la respuesta. Se había acostumbrado a que Kublai ignorara sus consejos, pero, impulsado por el sentido del deber, se los seguía dando. Estaba preparado para que su propuesta fuera rechazada.

—De acuerdo —concedió Kublai, sorprendiéndole—. Cabalgaremos hacia el este y romperemos el contacto con la fuerza más amplia.

—Sí, mi señor —dijo Uriang-Khadai, casi tartamudeando. No le pareció suficiente—. Gracias —añadió.

Kublai dejó a un lado el cuenco vacío y se frotó la cara con ambas manos. Aparte de haber estado inconsciente un tiempo, no podía recordar cuándo había sido la última vez que había dormido. Se sentía mareado y enfermo.

—Puede que no escuche siempre tus consejos, orlok. Pero tienes más experiencia que yo, eso no lo olvido. Trasladaremos el campamento principal para alejarlo de ellos también. Tenemos que encontrar un lugar seguro para los nuestros, un bosque o un valle donde puedan descansar. Tenemos que seguir moviéndonos y hacerlo más deprisa que ellos.

Uriang-Khadai murmuró una respuesta y se enderezó para hacer una reverencia. Quería decir algo que infundiera ánimos al joven que tenía delante, sentado con las piernas estiradas, demasiado cansado para moverse. No se le ocurrió nada y volvió a hacer una reverencia antes de retirarse.

Bayar había observado el intercambio y, con una sonrisa empezando a formarse en su boca, se acercó a grandes zancadas a Kublai, mientras observaba cómo el orlok empezaba a distribuir las nuevas órdenes.

—Le gustas, ¿sabes? —dijo Bayar.

—Cree que soy un idiota —repuso Kublai sin pensar y luego se mordió los labios, irritado. La fatiga hacía difícil mantener la boca cerrada. Tenía que liderar sin mostrar ningún signo de debilidad, no invitar a las confidencias.

—No, no lo cree —contestó Bayar y asintió para sí, con la vista todavía posada en Uriang-Khadai—. ¿Le viste esta mañana cuando los Song se abalanzaron sobre el ala? No perdió la serenidad, sino que simplemente dio orden de retroceder, hizo que los hombres volvieran a formar y reforzó su posición. Un trabajo excelente.

Kublai deseó que Bayar dejara de hablar. Lo último que deseaba era dar pie a un oficial a comentar las acciones de otro.

—No es un líder natural, Uriang-Khadai —dijo Bayar.

Kublai cerró los ojos con un suspiro y en la oscuridad aparecieron unas luces verdosas y móviles.

—Los hombres le respetan —continuó el general—. Han visto su capacidad. No le veneran, pero saben que no les dejaría jamás en la estacada. Eso significa mucho para la tropa.

—Basta, general. Es un buen hombre y tú también lo eres. Todos lo somos. Ahora, súbete al caballo y avanza con los tumanes unos treinta kilómetros para que

podamos interceptar a algún señor Song.

Bayar se echó a reír ante el tono de Kublai, pero corrió hacia su caballo y, antes de que Kublai abriera sus pesados párpados de nuevo, ya le había dado la vuelta a su montura y estaba dando órdenes a los hombres.

En los años transcurridos desde que Mongke fue nombrado khan, la población de la nación había aumentado más de lo que Gengis habría imaginado jamás. Su hermano Arik-Boke se había beneficiado de la paz que reinaba en las estepas de origen del pueblo mongol y la tasa de natalidad se había disparado. Karakorum se había convertido en una ciudad asentada y cada vez más familias se estaban estableciendo extramuros, en nuevos barrios de piedra y madera que ocultaban a la vista la ciudad original. La tierra era buena y Mongke había alentado la formación de familias numerosas, sabiendo que los hijos servirían para engordar los ejércitos del khan. Cuando partió de la ciudad aquella primavera, se llevó consigo a veintiocho tumanes, más de un cuarto de un millón de hombres, que viajaban ligeros y veloces. Dejaron en casa toda la artillería y cogieron solo el mínimo de suministros necesario. Con jinetes como aquellos, Gengis y Tsubodai habían barrido continentes enteros. Mongke estaba listo para hacer lo mismo.

Había intentado ser un khan moderno, continuar la labor que había iniciado Ogedai de crear una civilización estable en los vastos territorios de su khanato. Durante años, había contenido su urgencia por salir al campo de batalla, cabalgar, conquistar. Todos sus instintos habían desviado su mente de la insignificante y ruin tarea de gobernar las ciudades, pero él había ahogado todas sus dudas, obligándose a gobernar mientras sus generales, príncipes y hermanos se encargaban de abrir nuevos caminos. Habían conquistado el gran khanato con rapidez, en solo tres generaciones. No podía evitar tener la sensación de que podrían perderlo aún más deprisa a menos que se dedicara a construir y a redactar leyes duraderas. Había fomentado los vínculos comerciales y las estaciones del yan, tendiendo líneas a través de la tierra para unir a los hombres, de modo que el pastor más pobre supiera que había un khan y que era su señor. Mongke se había preocupado de que cada una de las vastas regiones que dominaba tuviera un gobierno que le enviara regularmente informes, de modo que los que hubieran tenido algún problema pudieran quejarse y tal vez incluso vieran aparecer a un grupo de guerreros para responder por ellos ante un abuso. A veces, pensaba que el sistema era demasiado grande, demasiado complicado y que nadie lo comprendería, pero, de algún modo, funcionaba. Donde existían casos evidentes de corrupción, enviaba a sus escribas para que los cortaran de raíz y los responsables eran depuestos de sus elevadas posiciones. Los gobernadores de sus ciudades sabían que respondían ante una autoridad superior que la propia y eso les mantenía callados, aunque Mongke no sabía si era por miedo o por garantizar su propia seguridad. Los impuestos entraban a raudales y, en vez de enterrarlos en las

cámaras del tesoro, los utilizó para construir escuelas, caminos y nuevas ciudades para la nación.

La paz exigía un esfuerzo mucho mayor que la guerra, Mongke se había percatado de ello al poco tiempo de iniciar su mandato como khan. La paz desgastaba a los hombres, mientras que la guerra podía llenarles de vida y de fuerza. A veces se había imaginado que sus hermanos regresaban a Karakorum y le encontraban convertido en una cáscara reseca, reducido a nada por el inmenso peso de la responsabilidad que reposaba siempre sobre sus hombros.

Cabalgando con sus tumanes, Mongke sintió que se desembarazaba del peso de los años. Era difícil no recordar su marcha con Tsubodai, cuando se enfrentaron a los caballeros cristianos y obligaron a los ejércitos extranjeros a someterse ante ellos. Tsubodai habría dado varios dedos de su mano derecha por tener un ejército como el que Mongke comandaba ahora. En aquella época, Mongke era joven y encontrarse de nuevo sobre la silla con filas de hombres armados adelante y detrás le rejuvenecía, era como un lejano eco de su juventud que le llenaba de gozo. Sus horizontes habían sido demasiado estrechos durante demasiado tiempo. Las tierras Chin se extendían hacia el sur y ahora vería esa nueva ciudad que Kublai había erigido sobre aquella tierra negra y fértil. Vería Xanadú y decidiría por sí mismo si Kublai se había extralimitado ejerciendo su autoridad. No podía ni siquiera imaginarse a Hulegu apartándose de él, de su hermano el gran khan, pero Kublai siempre había sido un hombre independiente, que necesitaba saber que estaba siendo observado. Mongke no podía librarse de la incómoda sensación de que no debía haber dejado a Kublai tanto tiempo solo.

La carta que Hulegu le había enviado utilizando su sello personal había sido el único momento amargo de los meses dedicados a los preparativos. Mongke se dijo que no debía temer a los Asesinos que su hermano había despertado de su apatía, pero ¿qué hombre no les temería? Sabía que podía mantener la sangre fría en una batalla, aunque todo a su alrededor empezara a ir mal. Podía liderar una carga y enfrentarse a otros hombres en la lucha. Su valor estaba probado. Y, sin embargo, la idea de que algún ejecutor enmascarado le pusiera una daga en la garganta mientras dormía le daba escalofríos. Si había Asesinos dedicados a conseguir su muerte, seguro que los había dejado atrás por un año o dos más.

Arik-Boke se había trasladado a Karakorum para hacerse cargo de la administración mientras él estaba fuera. Mongke se había asegurado de que él también entendiera el riesgo que corría, pero su hermano menor se había echado a reír, señalando a los guardias y criados que pululaban por todos los rincones del palacio y la ciudad. Nadie podía entrar allí sin ser visto. Mongke se había quedado más tranquilo sabiendo que su hermano estaría a salvo... y dejando la ciudad a sus espaldas.

En solo catorce días, sus tumanes estaban acercándose a Xanadú, a menos de trescientos kilómetros al norte de Yenking y las tierras septentrionales Chin. La mitad

de su ejército apenas había cumplido los veinte años y cabalgaba aquellas largas distancias con facilidad, mientras que Mongke sufría debido a que su cuerpo ya no estaba en forma. Solo su orgullo le mantenía en marcha mientras sus doloridos y agarrotados músculos le atormentaban constantemente, pero los peores días fueron los primeros y su cuerpo empezó a recordar su antigua fuerza tras nueve o diez jornadas sobre la silla.

Mongke movió la cabeza en admirado silencio al ver la nueva ciudad que se elevaba desde el horizonte. Su hermano había creado algo grandioso, que convertía las fantasías en realidad. Mongke se dio cuenta de que estaba orgulloso de Kublai y se preguntó qué cambios vería en él cuando se volvieran a encontrar. No podía negar su propia satisfacción por haber colaborado en esa transformación. Había enviado a Kublai al mundo, obligando a su hermano menor a mirar más allá de sus polvorientos libros. Sabía que era poco probable que Kublai se lo agradeciera, pero, al fin y al cabo, así eran las cosas.

Se detuvieron en Xanadú el tiempo suficiente para que Mongke recorriera toda la ciudad y leyera las docenas de mensajes del yan que habían partido o que había recibido mientras estaba de viaje. Se ocupó de ellos refunfuñando, pero había pocos lugares donde pudiera ir sin que los jinetes del yan le acabaran encontrando. Los khanatos no se quedaban parados simplemente porque Mongke hubiera abandonado Karakorum. Algunos días, se encontró con que estaba trabajando tanto como cuando estaba en la ciudad y disfrutándolo prácticamente en igual medida.

En el breve tiempo que estuvo allí, acabó con las reservas de alimento, sal y té de Xanadú. Los habitantes pasarían hambre por un tiempo, pero la suya era una necesidad mayor. Un número tan importante de tumanes no podía ir escarbando por ahí en busca de comida según avanzaba. Por primera vez desde que recordaba, Mongke tuvo que mantener una línea de suministro abierta a sus espaldas, de manera que siempre había cientos de carros dirigiéndose lentamente hacia el sur detrás de sus guerreros. Los carros de provisiones, pagados a miles de kilómetros de distancia de Karakorum y las ciudades septentrionales Chin, se acumularon mientras descansaba en Xanadú, pero cuando se marchó volvieron a dispersarse. Mongke esbozó una ancha sonrisa al pensar en lo lejos que llegaba su sombra. Sus víveres les alcanzarían cada vez que pararan y pensó que era poco probable que unos bandidos se arriesgaran a asaltar sus carros, con los exploradores del khan siempre rondando en las inmediaciones.

Llevó a los tumanes más al sur, disfrutando al comprobar las amplias distancias que podían recorrer, más rápidos que nadie excepto los jinetes del yan, que tenían la posibilidad de cambiar de caballos en cada una de sus estaciones. Por el gran khan, los tumanes cabalgarían hasta el fin del mundo sin emitir queja alguna. Al mantener las raciones al mínimo, había perdido parte de la carne que se le había adherido a la cintura y su resistencia estaba aumentando, lo que contribuía a su buen humor.

Mongke cruzó la frontera norte del territorio Song un frío día otoñal, mientras el

viento bramaba entre las filas de jinetes. Hangzhou se encontraba a unos ochocientos kilómetros al sur, pero había al menos treinta ciudades entre los tumanes y la capital del emperador, cada una de ellas bien guarnecida. Mongke sonrió sobre su caballo, al que clavó los talones para que acelerara, deleitándose con la ráfaga de aire que le golpeó el rostro. Le había encargado a Kublai una tarea sencilla, pero su hermano nunca habría podido llevarla a cabo con éxito él solo. Los veintiocho tumanes que Mongke había traído consigo serían el martillo que aplastaría al emperador Song. Era un ejército más poderoso que ninguno que Gengis hubiera sacado jamás al campo de batalla y, mientras galopaba por el polvoriento camino, Mongke sintió que los años pasados en Karakorum iban deshaciéndose poco a poco como sucios harapos, dejándole renovado y ligero. Por una vez, los jinetes de los yans habían quedado atrás. Sin las paradas de posta, no podían ir más deprisa que sus propios hombres y, por primera vez en años, se sintió realmente libre. Comprendió por fin las palabras de Gengis. Aquel era el mejor modo posible de pasar la vida.

XXVI

Kublai y Bayar estaban sentados en el suelo, con la espalda apoyada en una gigantesca roca de color gris blanquecino. Uriang-Khadai los observaba con expresión indescifrable. La hermana gemela de aquel descomunal pedrusco se elevaba allí cerca, de modo que, entre ambas, se formaba una zona resguardada que los rebaños locales debían de haber utilizado cada vez que lloviera. El terreno estaba tan plagado de excrementos de oveja que no se veía la hierba en absoluto y los que atravesaban esa zona notaban cómo sus botas se iban haciendo más y más pesadas.

Las ovejas ya no estaban, por supuesto. Los tumanes de Kublai habían acorralado a unas ochenta y para algunos guerreros afortunados esa noche habría comida caliente. El resto tendría que contentarse con beber un poco de sangre de sus monturas extra, junto con un trago de leche de yegua o de queso, lo que les quedara.

Los ponis pastaban a su alrededor, relinchando y bufando mientras mordisqueaban la hierba, que crecía en matas tan espesas que dificultaba el ascenso por las colinas. En una superficie tan irregular, no podían ni siquiera trotar. Los caballos, cuyas cabezas se inclinaban debido al cansancio, tenían que avanzar al paso.

—Podríamos trazar un círculo y regresar a la última posición —sugirió Bayar—. No se lo esperarían y necesitamos esas flechas.

Uriang-Khadai asintió con fatiga. Aunque era uno de los que había ido con Tsubodai hacia el oeste, nunca había experimentado una sucesión de batallas como aquella. Había habido una época en la que se había burlado de los informes que hablaban de las populosas ciudades Song, pero la realidad era todavía peor de lo que le habían contado. A los tumanes de Kublai se les había agotado la pólvora, las balas de cañón y las flechas, tantos eran los enemigos a los que se habían enfrentado. Uriang-Khadai casi no podía creer todavía que se hubieran visto obligados a retirarse, pero había perdido la cuenta de cuántos ejércitos habían derrotado y el que estaba aproximándose a ellos estaba descansado y bien armado. A la mayoría de los tumanes les quedaban solo las espadas, porque incluso sus lanzas estaban rotas y habían tenido que tirarlas. Al ver los nuevos regimientos avanzando a toda velocidad hacia ellos, Kublai se había retirado de inmediato, dirigiéndose hacia terreno elevado.

—¿Siguen ahí? —inquirió Kublai.

Con un gruñido, Bayar se puso en pie sobre sus doloridas piernas y oteó por encima del peñasco. Abajo, vio a los regimientos Song dispuestos en cuadrados irregulares, ascendiendo paso a paso las pendientes de la montaña.

—Siguen ahí y siguen avanzando —respondió Bayar, volviendo a desplomarse en su sitio. Kublai lanzó una maldición, aunque aquello no era más que lo que había esperado—. No podemos luchar en este terreno, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, pero podemos mantenernos por delante de ellos —dijo Kublai—. Encontraremos una salida de las colinas y, cuando caiga la noche, nos alejaremos de

ellos. No nos alcanzarán, al menos, no hoy.

—No me gusta dejar el campamento sin protección durante tanto tiempo —intervino Uriang-Khadai—. Si uno de los ejércitos se lo encuentra, será una masacre.

Kublai apretó la mandíbula, irritado con Uriang-Khadai por recordárselo. Chabi y Zhenjin estaban a salvo, se dijo a sí mismo una vez más. Sus batidores habían encontrado un bosque que se extendía cientos de kilómetros. Las familias y los seguidores del campamento se habrían adentrado hasta lo más profundo, alejándose cuanto pudieran de cualquier camino. No obstante, solo hacía falta un explorador enemigo para localizar una columna de humo de una fogata o para oír el balido de los rebaños. Lucharían, por supuesto. Sintió una presión en el pecho al recordar el sereno coraje de Chabi, pero coincidía con Uriang-Khadai en el desenlace del encuentro. Una vocecita dentro de él estaba igualmente preocupada por las reservas de flechas del campamento. Sin ellas, sus tumanes eran como lobos a los que les hubieran arrancado los dientes.

—Encuentra una forma de hacer que ese gusano Song desaparezca y cabalgaré hasta ellos a ver cómo va todo —espetó Kublai, irritado—. Hasta entonces, lo único que haremos será mantenernos por delante de ellos y confiar en no ir a parar a los brazos de algún otro noble que nos esté buscando.

—Me gustaría enviar a un grupo pequeño y rápido a por flechas —dijo Uriang-Khadai—. Incluso unos pocos miles de flechas marcarían la diferencia en este momento. Veinte exploradores cabalgando deprisa podrían atravesar las fuerzas Song.

Kublai se puso a multiplicar números mentalmente y luego expulsó aire despacio. No dudaba de que sus exploradores pudieran sobrevivir a la salida, pero ¿a la vuelta, con un carcaj bajo cada brazo, otro en la espalda y dos atados a la silla? Estarían indefensos, serían una presa fácil para el primer escuadrón de caballería Song que los avistara. Necesitaba más de dos mil flechas. Necesitaba medio millón como mínimo. Las mejores existencias de flechas emplumadas de abedul habían quedado desperdigadas en el último campo de batalla, a unos ochenta kilómetros detrás de ellos, y ya habrían empezado a combarse por la humedad y la exposición a la intemperie. Era exasperante. Se había enorgullecido de la excelente organización de su campaña, pero los ejércitos Song no habían dejado de aparecer, uno tras otro, sin darles a sus hombres tiempo para descansar.

—Necesitamos encontrar otra ciudad, una en la que haya cuarteles imperiales —dijo—. En ellos tendrán lo que necesitamos. ¿Dónde están los mapas?

Bayar rebuscó dentro de su túnica y sacó un trozo de piel de cabra manchado de sudor, de un color amarillo oscuro, que, cuando lo desplegó, reveló una cuadrícula de líneas blanquecinas de todas las veces que había sido doblada. En el mapa se veían decenas de ciudades que algún escriba que llevaría muchos años muerto había marcado pintando unos caracteres junto a ellas. Bayar señaló una que se encontraba al otro lado de la cadena de montañas en la que reposaban los exhaustos tumanes.

—Shaoyang —dijo, clavando el dedo en ella. Al inclinarse sobre el mapa,

cayeron varias gotas de sudor que se convirtieron en manchas oscuras sobre la piel. Con una maldición, se limpió la cara con las dos manos.

—Entonces está claro —sentenció Kublai—. Tenemos que llegar a esa ciudad, aplastar a su guarnición y, de algún modo, hacernos con sus reservas de armas antes de que el ejército que nos persigue nos alcance, o la población salga a la calle y acabe con nosotros. —Se rio amargamente para sí.

Uriang-Khadai habló mientras Kublai se echaba para atrás.

—Existe la posibilidad de que la guarnición ya haya salido —dijo, meditando—. Por lo que sabemos, podríamos haberles derrotado ya. O podrían estar buscándonos, como todos los demás soldados Song de la región.

Kublai se incorporó, esforzándose por pensar a pesar del agotamiento.

—Si están allí, podemos hacer que salgan. Tal vez podríamos enviar a unos cuantos hombres a los mercados simulando que quieren vender información. El rumor de que un ejército mongol se encuentra a ochenta kilómetros en la dirección equivocada seguro que les hace salir. Por ahora sabemos que tienen órdenes permanentes de atacarnos en cuanto nos avistan. No se quedarán en la ciudad si les ponemos el cebo adecuado.

—Si es que están allí siquiera —coincidió Uriang-Khadai.

—Si hacen caso omiso de las noticias, estaríamos preparándonos para entrar en una ciudad hostil, con otro ejército llegando a toda velocidad por detrás —señaló Bayar. Se sorprendió de ser el que instaba a la cautela, pero Uriang-Khadai parecía estar convencido con la idea.

Kublai se puso en pie, estirando sus doloridas piernas y, mirando pendiente abajo, observó a los regimientos Song que avanzaban pesadamente hacia ellos. El terreno era tan irregular, con sus matorrales y montículos de hierba, que no podían moverse más deprisa que los hombres a los que perseguían. Podía dar gracias por eso, al menos. Al moverse, notó cómo se le despejaba la mente y emitió un suave silbido para llamar a los oficiales minghaan más cercanos. Cuando le miraron señaló con un brusco movimiento de cabeza la dirección en la que avanzarían. Era hora de volver a ponerse en marcha.

—Sabéis que me encantaría meterme en sus almacenes —dijo—, pero incluso si la guarnición ya está fuera, el prefecto de la ciudad no nos permitirá entrar sin más y llevarnos lo que necesitamos.

—Los ciudadanos de Shaoyang no sabrán cómo va la guerra —replicó Uriang-Khadai—. Si les das la oportunidad de hacerlo, a lo mejor se rinden ante ti.

Kublai le observó con atención buscando algún signo de burla en la expresión de Uriang-Khadai, pero fue incapaz de leerlo en su impasible rostro. Kublai sonrió de oreja a oreja por un momento.

—A lo mejor —coincidió—. Pensaré en ello mientras cabalgamos. Venga, nuestros perseguidores se están acercando demasiado. ¿Qué os parece si recorremos quince kilómetros a toda velocidad hacia esa cima para aumentar la distancia entre

ellos y nosotros?

Todos los que le oyeron soltaron algún tipo de gruñido o queja ante la perspectiva, pero, con esfuerzo, se pusieron en pie. En un terreno tan abrupto, era lo único que podían hacer para que los regimientos Song dejaran de pisarles los talones.

Mongke odiaba los asedios, pero sin la formidable fuerza de las catapultas y los cañones, se enfrentaba a los mismos problemas que conoció Gengis en su tiempo. Las ciudades habían sido diseñadas para mantener a raya a ejércitos merodeadores como el suyo, aunque, por una vez, ellos no fueran su principal objetivo. En algún lugar hacia el sur, Kublai estaba luchando contra los ejército Song. A Mongke le habría gustado demoler violentamente las murallas de las ciudades que iba dejando atrás, pero su objetivo principal era alcanzar a Kublai. Después de todo, favorecía sus fines que todas las ciudades cerraran firmemente sus puertas ante él... y las guarniciones permanecieran a salvo en el interior. Su problema era la línea de suministros, que se volvía más y más vulnerable con cada kilómetro que se internaba hacia el sur. Esas ciudades que se escondían de un cuarto de millón de guerreros no tendrían ningún problema para organizar un ataque contra una larga columna de carros, protegida por unos pocos miles. Cuando la línea se había roto en algún punto a sus espaldas, se había visto obligado a reducir las raciones. Había enviado batidores a distancias de más de ciento cincuenta kilómetros para informar de la presencia de rebaños que pudieran robar. Era un recurso que las ciudades Song no podían proteger tras sus murallas y, cuando entró en una región de exuberantes praderas, Mongke se encontró con tanto ganado que sus líneas de suministros de repente se trocaron innecesarias. Durante unos días gloriosos y escasos, sus hombres se dieron festines de ternera a la brasa, que devoraban aún sangrante, y recuperaron parte de la grasa corporal que habían perdido en las duras cabalgadas. A su manera, los problemas de una campaña eran peores que los que Mongke tenía que solucionar en Karakorum, pero esos obstáculos sencillos, a los que podía hacer frente y superar, le producían mayor satisfacción.

En su avance, Mongke tomó nota de las ciudades a las que regresaría cuando hubiera acabado de arrasarse el sur con Kublai. Cada vez tenía más ganas de ver a su hermano y se imaginaba la cara que pondría cuando viera las huestes que Mongke había traído consigo.

Las ciudades pequeñas eran presas fáciles en comparación con las grandes. Los tumanes de Mongke podían talar algunos árboles y dejar las ramas mochas en solo una mañana, para utilizarlas luego como escalas improvisadas para escalar murallas bajas. Aun en esos casos, Mongke había dejado cientos de ciudades intactas y había continuado avanzando con sus tumanes. Seguirían allí cuando volviera.

Había transcurrido un poco más de un mes desde su entrada en tierras Song cuando sus batidores avanzados le informaron de que habían avistado un enorme

ejército Song marchando en dirección sur con las banderas ondeantes. La noticia se propagó tan rápido como le había llegado al propio Mongke, de modo que los hombres estaban listos para avanzar cuando él salió corriendo hacia su caballo. Ningún contingente de infantería podía mantenerse por delante de ellos durante demasiado tiempo y sus tumanes estaban deseando luchar.

Sus veintiocho tumanes progresaron a toda marcha en la dirección señalada por los exploradores y, al atardecer del tercer día de avance, divisaron al enemigo. Complacido, Mongke se fijó en que eran menos de la mitad de los efectivos de su ejército. Por una vez, sus generales no tendrían que devanarse los sesos para encontrar el modo de vencer a un ejército que los superaba en número. Siempre había planeado presentarse ante los Song con un martillo más grande que el que nadie hubiera conseguido esgrimir jamás. Los emperadores Song habían sobrevivido a Gengis, Ogedai y Guyuk. No sobrevivirían a su propio khanato.

Cuando cayó la noche, los tumanes arrearon a sus monturas de refresco para que se situaran tras ellos. Si el enemigo atacaba en la oscuridad, lo más probable era que los animales, presa del pánico, salieran en estampida o, al menos, que se interpusieran en el camino del contraataque. Como cena, los guerreros masticaron barritas de ternera seca hasta convertirla en una papilla que tragaban con un trago de airag o de agua, lo que tuvieran a mano. Después, se enroscaron las riendas en torno a las botas y se tendieron en la húmeda hierba para dormir. Todos los hombres presentes sabían que partirían antes del alba y que lucharían con la primera luz del día.

Mientras los guerreros acampaban, los criados de Mongke crearon una ger para él, tomando el fieltro y los palos de media docena de paquetes. Mientras trabajaban a la luz de la luna, el khan sacó una fina manta y se arrodilló en ella, cerrándose el deel sobre la armadura para mantenerse caliente. Vio su aliento convertido en vaho y se concentró en ralentizar los latidos de su corazón, dejando que las preocupaciones del día le abandonaran. Bajo un cielo de estrellas conmovedoramente nítidas, le rogó al padre cielo que la batalla fuera bien, que Kublai estuviera a salvo, que la nación prosperara. Incluso en sus rezos privados, pensaba como un khan.

No quería entrar en la tienda que le habían preparado. Sabía que tardaría en conciliar el sueño y se sentía fuerte y en paz. El rocío se había congelado sobre la hierba y podía oír los sigilosos pasos de sus guardias al cambiar de turno. Mongke estaba rodeado por su pueblo. Les oía roncar, pronunciar algún nombre en sueños, murmurar para sí. Se rio entre dientes mientras se estiraba sobre la manta y decidió pasar la noche al raso como el resto de sus guerreros.

Se despertó en silencio, con la cabeza resguardada en el hueco formado por su brazo doblado. El frío suelo parecía haberse filtrado en su interior, tenía los miembros tan rígidos que casi no podía moverse. Al incorporarse, notó un crujido en el cuello y se frotó la cara con las manos. Una sombra se movió en las inmediaciones y la mano de Mongke voló hacia su espada envainada, antes de darse cuenta, con la hoja medio desenfundada, que quienquiera que fuera aquella figura le estaba ofreciendo un

cuenco de té.

Sonrió con cierto pesar ante su propio nerviosismo. El campamento estaba empezando a cobrar vida a su alrededor, aunque todavía faltaba un tiempo para el amanecer. Los caballos bebían de los odres que los guerreros sostenían en alto para ellos, aunque habrían encontrado agua en el helado rocío. Todo estaba en movimiento y Mongke sorbió su té, dejando que una agradable expectación ante lo que estaba por suceder ese día fuera creciendo en su interior. No podía dejar con vida ni a un solo soldado de la fuerza Song que marchaba delante de sus tumanes. Por muy tentadora que fuera la idea de propagar el terror a través de unos cuantos supervivientes, necesitaba aprovechar la velocidad que podía llevar al campo de batalla. Su tarea era presionar a los hombres y los animales para que se esforzaran al máximo, despejando un vasto camino hacia el sur y adelantándose a las noticias hasta que tuviera Hangzhou a la vista. Los Song no tendrían tiempo para atrincherarse y pertrecharse para su llegada. Kublai tenía artillería, doscientos buenos cañones de hierro. Mongke los utilizaría para arrollar la ciudad del emperador.

Se puso en pie y se desperezó, pensando con asombro en el extraño estado de ánimo que le había llevado a dormir sobre la hierba congelada. Todavía tenía escarcha en el pelo y se sacudió los mechones con una mano mientras acababa el té. Notó cómo la sal y el calor llegaban a su estómago vacío y suspiró ante la perspectiva de romper su ayuno con un trozo de carne fría.

Sus sirvientes estaban terminando de preparar a su caballo, que ya había comido y bebido y tenía el pelaje recién cepillado y reluciente. Mongke se aproximó para inspeccionar los cascos del animal, aunque no era más que un antiguo hábito. Algunos de los hombres ya habían montado y, relajados sobre la silla, esperaban charlando con sus amigos. Mongke aceptó un pedazo grande de pan duro y cordero frío, junto con un odre de airag para ayudarle a pasarlo por la garganta.

—¿Quieres que hablemos sobre las tácticas, mi señor khan, o nos lanzamos sobre ellos sin más?

Su orlok, Seriankh, sonreía mientras le hablaba. Mongke soltó una suave risa con la boca llena. Alzó la mirada hacia el cielo, que estaba clareando, y respiró hondo.

—Va a ser una mañana estupenda, Seriankh. Dime en qué estás pensando.

Como correspondía a un oficial veterano, Seriankh respondió sin titubeos, acostumbrado a tomar decisiones rápidas.

—Cabalgaremos hasta sus flancos, permaneciendo al límite del alcance de sus flechas. No quiero rodearles y que adopten posiciones defensivas. Con tu permiso, formaré una caja de tres lados e igualaré su paso. La caballería Song tratará de liberarse y mantener la movilidad, así que les atacaremos primero con las lanzas. En cuanto a la infantería, podemos arremeter contra ellos desde atrás e ir mermandolos gradualmente hasta llegar al frente.

Mongke asintió.

—Me parece bien. Utilizad primero los arcos, antes de que los jóvenes inicien el

cuerpo a cuerpo. Mantén a los impetuosos atrás hasta que el enemigo empiece a desmoronarse. No son tantos. Deberíamos haber acabado con esto a mediodía.

Seriankh sonrió al oírle. No hacía demasiado tiempo que enfrentarse a un ejército de cien mil hubiera significado luchar hasta el último hombre, una batalla sangrienta y desesperada. Nunca antes se había visto una hueste de tumanes tan vasta como la que Mongke había traído y todos los veteranos estaban disfrutando de tener a tantos hombres a sus espaldas.

En algún lugar próximo, Mongke oyó el tintineo de las campanitas de una silla de montar y maldijo en voz baja. Otro jinete de los yans les había dado alcance. Sin las estaciones de posta para cambiar de caballo, sin duda habría cabalgado hasta el agotamiento para entregarle las cartas.

—Nunca puedo estar solo —masculló Mongke.

Seriankh le oyó.

—Podría hacer que un correo se perdiera por la retaguardia hasta que la batalla haya terminado.

Mongke negó con la cabeza.

—No. El khan nunca duerme, al parecer. ¿No es eso lo que dicen? Sé que yo duermo, así que la frase es un misterio para mí. Haz que formen las filas, orlok. El mando es tuyo.

Seriankh hizo una profunda reverencia y se alejó con pasos amplios, dándole ya a su personal las órdenes que irían transmitiéndose como una onda expansiva hasta alcanzar al último guerrero de los tumanes.

El jinete estaba tan recubierto de polvo y barro que formaba una especie de unidad con su caballo. Cuando desmontó, aparecieron unas rajadas en la mugre que lo cubría. Llevaba solo un pequeño paquete de cuero colgando del hombro y estaba muy delgado. Mongke se preguntó cuándo sería la última vez que habría comido en las tierras Song, sin las estaciones para ayudarlo en su marcha. En la estela de los tumanes habría encontrado poco o nada que llevarse a la boca, de eso estaba seguro.

Dos de los guardias del khan se acercaron al correo, que pareció sorprenderse, pero estiró los brazos con las palmas bien visibles mientras le registraban meticulosamente. Abrieron incluso la bolsa de cuero, entregándole al jinete el fajo de papeles amarillos antes de tirarla al suelo. Este alzó los ojos al cielo ante tanta precaución, claramente divertido. Por fin, acabaron y dieron media vuelta para unirse a los demás. Mongke aguardó con paciencia y tendió la mano para recibir los mensajes.

Se percató de que el jinete de los yans era mayor que la mayoría de ellos. Tal vez se estaba acercando al final de su carrera. Por lo que la suciedad de la dura cabalgada permitía vislumbrar, parecía realmente cansado. Mongke tomó el fajo de sus manos y empezó a leer. Al instante, arrugó el entrecejo, perplejo.

—Son listas de provisiones de Xanadú —dijo—. ¿Me has traído el paquete equivocado?

El correo se acercó unos pasos para escudriñar las páginas. Alargó la mano hacia ellas y Mongke no vio la estrecha navaja que había mantenido oculta entre los dedos estirados. No era más ancha que sus propios dedos, de modo que solo su extremo destelló cuando la pasó velozmente por la garganta de Mongke, primero hacia delante y luego hacia sí. La carne se abrió como una costura sometida a tensión, como una boca de labios blancos que los salpicó a ambos de sangre.

Mongke se atragantó y levantó la mano derecha hacia la herida. Con la izquierda, se quitó de encima al hombre, que cayó al suelo despatarrado. Gritos de furia y horror rasgaron el aire y un guerrero se lanzó desde la silla sobre el agresor del khan cuando intentó levantarse, aplastándolo contra el suelo.

Mongke notó cómo el calor salía de su cuerpo, transformando su carne en algo semejante a la piedra. Se puso en pie, apuntalándose con las piernas en el suelo. No conseguía mantener la herida cerrada con los dedos y en sus ojos brillaba la desesperación. Había hombres gritando por todas partes, corriendo de un lado a otro y llamando a Seriankh y al chamán del khan. Mongke veía sus bocas abiertas, pero no podía oírles, todo cuanto oía era un tambor resonando en sus oídos y un sonido similar al de un río. Se sentó con cuidado, enseñando los dientes cuando el dolor se agudizó. Notó que alguien le ataba una tira de tela al cuello y la mano, apretando con tanta fuerza la herida que casi no podía respirar. Intentó defenderse, pero su gran fuerza le había abandonado. Su visión empezó a estrecharse y todavía no podía creer que aquello estuviera ocurriendo realmente. Alguien lo pararía. Alguien le ayudaría. Su piel fue empalideciendo a medida que la sangre salía de su cuerpo en un reguero palpitante. Su peso resbaló hacia un lado y sus ojos se fueron apagando más y más.

Seriankh se inclinó sobre él, con los ojos desorbitados por el horror y la estupefacción. Había hablado con el chamán unos instantes antes y, con incredulidad, miraba fijamente a aquella retorcida figura que tenía la mano derecha atada al cuello con unas vendas ensangrentadas. La sangre resbalaba hasta la hierba, mojándola y oscureciéndola.

Seriankh se volvió lentamente hacia el jinete de los yans. Le habían desfigurado la cara con los puños mientras Mongke agonizaba. Tenía los dientes y la nariz rota y le habían sacado un ojo con un pulgar. Aun así, se rio de Seriankh y habló en una lengua que el orlok no conocía: su confuso discurso sonaba triunfante. Seriankh se dio cuenta de que, bajo el barro, sus mejillas estaban pálidas, como si se hubiera afeitado la barba y dejado a la vista una piel largamente escondida del sol. El Asesino seguía riéndose cuando Seriankh ordenó que le ataran para torturarlo. El ejército Song había quedado olvidado mientras Seriankh daba orden de que prepararan los braseros y los instrumentos de hierro. Los mongoles entendían tanto de sufrimiento como de castigo. Le mantendrían con vida el mayor tiempo posible.

XXVII

Kublai avanzaba al trote por el camino hacia Shaoyang, mirando al frente. La ciudad estaba situada en pleno corazón de las tierras Song y sospechaba que hacía siglos que no había sido atacada. En vez de estar circundada por una sólida muralla exterior, la ciudad se extendía a lo largo de kilómetros, constituida por un núcleo central rodeado de pueblos más pequeños que se habían acabado uniendo con el paso de los siglos. Sus dimensiones hacían que Xanadú pareciera una ciudad de provincias e incluso Karakorum se habría perdido en esa ingente urbe. Intentó hacer un cálculo de la cantidad de personas que debían de vivir en el vasto paisaje de edificios, tiendas y templos, pero era imposible asimilar cifras tan astronómicas.

Sus tumanes desfallecían de cansancio tras haberse forzado a trotar y marchar, trotar y marchar durante cien kilómetros o más, dejando a sus perseguidores tan lejos como pudieron. Kublai había enviado a unos exploradores ligeros a la ciudad, pero dudaba de que estuvieran a más de un día por delante de él, tal era el ritmo de avance que había marcado a su ejército. Tanto sus hombres como sus monturas estaban a punto de derrumbarse. Necesitaban un mes de descanso, buena comida y pasto antes de volver a la lucha, pero no lo encontrarían en Shaoyang, donde estaban rodeados de enemigos por todas partes.

Cuando el primero de los tumanes entró al paso con sus caballos en una calle abierta, no hallaron ni un solo signo de sus habitantes. Un lugar así no podía ser defendido y Kublai se maravilló ante una sociedad que había derribado las murallas para construir nuevos barrios. Era difícil imaginar una vida tan asentada.

Parecía que ninguna guarnición iba a salir tampoco a su encuentro. Los exploradores de Kublai ya habían interrogado a los habitantes, alternando entre los sobornos y las amenazas. Había tenido suerte, pero tras meses de dura lucha, se merecía un poco de suerte. Por lo visto, la guarnición estaba fuera de la ciudad, diez mil de los mejores espadas y ballesteros del emperador Song. Kublai les deseó una larga cacería, a muchos, muchos kilómetros de allí.

Oyó a Uriang-Khadai tocar el cuerno para indicar que el ejército se dividiría en dos grupos de tres tumanes para avanzar hacia el centro de la ciudad sin aproximarse todos por el mismo camino. Kublai suponía que Shaoyang tenía un centro, que sus zonas más antiguas habrían sido tragadas por los irregulares distritos. No le gustaba cabalgar por calles donde los tejados se cernían sobre él. Era demasiado fácil imaginarse que unos arqueros surgían allí de repente y disparaban contra hombres con escaso espacio para maniobrar. Una vez más, se alegró de llevar la armadura que Mongke le había obligado a ponerse.

Shaoyang parecía desierta, pero Kublai sentía multitud de ojos posándose sobre él en el silencio y vio que los oficiales que estaban más cerca de él se ponían nerviosos y giraban bruscamente la cabeza al menor indicio de movimiento. Estuvieron a punto

de desenfundar sus espadas cuando se oyó una voz aguda en las inmediaciones, pero era solo un niño llorando al otro lado de una puerta cerrada.

Los tumanes que cabalgaban con Kublai portaban sus estandartes, que colgaban lacios en las calles sin viento. Cualquiera que estuviera observando podría identificarle como el líder mediante esas banderas y Kublai sintió que el corazón se le aceleraba, convenciéndose en medio de esa quietud de que le estaban tendiendo una trampa. Cada vez que la calle principal atravesaba una secundaria, se ponía tenso y estiraba el cuello para otear su final, dirigiendo la vista más allá de las cloacas empedradas y las entradas a tiendas cerradas y altos edificios de piedra, a veces de tres o cuatro pisos. Nadie apareció corriendo e hizo a sus hombres bajar de sus caballos. Cuando oyó el repiqueteo de unos cascos, dio por supuesto que el sonido procedía de sus propios hombres. Había enviado a algunos guerreros solos como avanzada, pero las calles eran un laberinto y no había hallado ni rastro de ellos cuando vio a un reducido grupo de jinetes unos metros más adelante.

Los desconocidos, que guiaban a sus caballos con gesto tranquilo, no iban armados. Iban vestidos con unas sencillas calzas y una túnica y dos de ellos tenían los brazos desnudos. Kublai absorbió todos los detalles mientras miraba a su alrededor una vez más tratando de descubrir indicios de una emboscada. Los tejados seguían estando despejados y nada se movió. Los jinetes Song simplemente se detuvieron y se les quedaron mirando, después, uno de ellos le habló a los demás y el grupo empezó a avanzar despacio, al paso.

En torno a Kublai, las espadas salieron de sus vainas con un sedoso susurro y los arcos fueron tendidos con un crujido seco. Bajo esa extrema atención, los desconocidos se irguieron, rígidos, muy conscientes de que la calle podía convertirse en el escenario de su muerte con un solo paso en falso.

—Dejad que se acerquen —indicó Kublai con un murmullo a los que tenía más cerca—. No veo ningún arma.

La tensión creció mientras el pequeño grupo se aproximaba a la línea de guerreros mongoles. Uno de los hombres Song localizó a Kublai entre las filas, adivinando su identidad a partir de los portaestandartes que le flanqueaban. Como si hubiera oído la voz de Kublai, levantó los brazos muy despacio y se giró en la silla, primero a un lado y luego al otro para que pudieran ver que no llevaba nada oculto a la espalda.

—Bajad las armas —le ordenó Kublai a los guerreros.

Los brazos se cansaban de sostener los arcos en ristre; los dedos podían resbalar. No quería que mataran a aquel hombre que se había arriesgado tanto para hablar con él. Alrededor de Kublai, los guerreros bajaron sus arcos y espadas a regañadientes y los hombres Song volvieron a respirar.

—Ya estáis suficientemente cerca —dijo Kublai cuando vio que los Song estaban a una docena de pasos de distancia.

El grupo de hombres miró al que se había acercado más. Sus brazos desnudos eran musculosos aunque sus cortos cabellos eran blancos y su semblante estaba

surcado por profundas arrugas.

—Me llamo Liu Yin-San —dijo el hombre—. Soy el prefecto de Shaoyang. Soy la persona que se reunió con tus exploradores.

—Entonces eres la persona que me entregará la ciudad —contestó Kublai.

Para su sorpresa, Liu Yin-San negó con la cabeza, como si no se encontrara ante un ejército de miles de hombres armados que se extendía desde ese punto hasta los pueblos de la periferia de Shaoyang. Kublai tuvo una súbita visión de un cuchillo hundido en Shaoyang, con él en la punta. No, tres cuchillos, con Bayar y Uriang-Khadai. En la retaguardia de sus tumanes había guerreros que, impacientes por recibir noticias del frente, todavía no habrían entrado en la ciudad.

—He venido hasta ti desarmado para decirte que no puedo hacerlo —contestó Liu Yin-San—. El emperador ha dado órdenes a todas sus ciudades. Si me rindo ante ti, Shaoyang será quemada como lección para las demás.

—¿Te has reunido con el emperador? —preguntó Kublai.

—No, no ha visitado Shaoyang —repuso Liu Yin-San.

—Entonces, ¿cómo te exige fidelidad?

El prefecto frunció el ceño, preguntándose si podía explicarle el concepto de lealtad a unos hombres de los que había oído que eran poco más que fieras salvajes. El hecho de que Kublai le hablara en perfecto mandarín, la lengua y dialecto de las clases nobles Chin, le infundió esperanzas.

—Hice un juramento cuando fui nombrado prefecto de la ciudad —respondió—. Mis órdenes son claras. No puedo darte lo que quieres.

El hombre estaba sudando y Kublai comprendió perfectamente cuál era su dilema. Si se rendía, la ciudad sería destruida por su furioso amo. Si se resistía, suponía que Shaoyang sufriría el mismo destino a manos de los tumanes. Kublai se preguntó si Liu Yin-San tenía la solución a ese dilema o si se había dirigido hacia ellos esperando que lo mataran.

—Si yo me convirtiera en el emperador, ¿tu juramento de lealtad se extendería a mí? —inquirió.

Liu Yin-San se quedó muy quieto mientras reflexionaba.

—Es posible. Pero, mi señor... tú no eres mi emperador —respondió muy tenso, consciente de que su vida pendía de un hilo.

Kublai se esforzó por no sonreír ante su reacción. El prefecto habría adoptado otras decisiones si hubiera sabido que un ejército Song marchaba hacia la ciudad en aquel mismo momento. Kublai no permitiría que le atraparan en Shaoyang. Alzó la vista hacia el sol y pensó que pronto tendría que emprender la partida.

—No me dejas mucha elección, Liu Yin-San —dijo. El prefecto palideció levemente, leyendo su propia muerte en esas palabras. Kublai continuó antes de que pudiera responder—. No tengo la intención de detenerme en Shaoyang. Tengo otras batallas que atender. De ti solo necesitaba suministros para mis hombres, pero si decides que la ciudad no se rinda, me obligas a dar esta orden.

Kublai dio media vuelta en la silla y levantó la mano. De nuevo, sus hombres desenvainaron las espadas y levantaron sus arcos.

—¡Espera! —exclamó Liu Yin-San, con voz estrangulada—. Puedo... —Vaciló, mientras tomaba algún tipo de decisión interna—. No puedo guiarte hasta el cuartel que se encuentra a algo más de un kilómetro por este mismo camino.

Kublai se volvió lentamente hacia él, enarcando la ceja en muda interrogación.

—No entregaré Shaoyang —dijo Liu Yin-San. Sudaba profusamente, notó Kublai—. Ordenaré a mi pueblo que se atrinchere en sus hogares. Rezaré para que la tormenta atraviese la ciudad sin derramamiento de sangre. Llévate lo que sea que necesites y márchate.

Kublai sonrió.

—Esa es una sabia decisión, prefecto. Cabalga hasta tu casa dejando atrás el cuartel y disponte a luchar si te atacan. Pero no creo que eso suceda, no hoy.

Las manos de Liu Yin-San temblaban mientras daba media vuelta a su caballo y empezaba a alejarse. Sus hombres se encontraron avanzando delante del ejército mongol y cabalgaban con movimientos rígidos y torpes, temiendo sentir una flecha clavándose en su espalda a cada momento. Kublai esbozó una ancha sonrisa, pero los siguió de cerca, acercando un poco más todavía a su columna hasta que llegaron al cuartel de la guarnición de la ciudad. La amplia plaza suavizó ligeramente la tensión de los guerreros mongoles. En los extremos se elevaban varios edificios de dos pisos, con espacio para alojar a miles de hombres.

En aquel momento, Liu Yin-San se detuvo y Kublai notó que el prefecto seguía creyendo que le quitarían la vida.

—Llegaré un día —dijo Kublai— en el que me presentaré de nuevo ante ti y te pediré que entregues Shaoyang. Ese día no te negarás. Ahora vete a casa. Nadie morirá hoy.

Cuando Liu Yin-San se marchó con su pequeño grupo, muchos de ellos se volvieron varias veces mientras iban haciéndose más y más pequeños, hasta perderse en las calles de la ciudad. Kublai se dio cuenta de que no había nadie más a la vista. Realmente, la población de Shaoyang se había escondido tras sus puertas cerradas para no enfrentarse al invasor.

Sus hombres empezaron a abrir los portones de los edificios de la guarnición de Shaoyang, revelando amplios establos, armerías, dormitorios comunes y cocinas. Uno de ellos se llevó los dedos a la boca y lanzó un estridente silbido para llamar la atención de Kublai. Al atravesar el patio de entrenamiento con su caballo, vio a la columna de Uriang-Khadai entrando por el otro lado. Kublai se volvió hacia los exploradores que iban siempre junto a él.

—Uno de vosotros, corred hacia el orlok y decidle que me presente su informe. Que otro vaya hasta el general Bayar, donde quiera que esté.

Los exploradores salieron al galope sobre los adoquines creando un agradable tamborileo cuyo eco fue devuelto por los edificios que circundaban el espacio abierto.

Kublai desmontó y penetró en una larga sala que, desde los primeros pasos, le pintó una sonrisa de oreja a oreja en la cara: había miles y miles de picas; más adelante, encontró escudos amontonados uno encima de otro en armazones de madera. Pasó junto a una colección de arcos que no poseían el alcance de los arcos mongoles. Unas habitaciones daban a otras y, para cuando Uriang-Khadai estaba entrando en las estancias exteriores, Kublai había llegado a una sala dedicada a la fabricación de flechas en la que el olor a pegamento y madera flotaba intenso en el aire. Ante su vista había docenas de bancos donde los artesanos trabajaban todos los días, mientras que los resultados podían apreciarse en las pilas de perfectos carcajs situados a ambos lados de la sala. Sacó una flecha de uno de ellos y la inspeccionó, frotando las plumas con el pulgar. Los regimientos Song contaban con maestros artesanos.

Kublai desenganchó su arco del lazo que llevaba a la espalda y lo encordó con rápidos movimientos. Oyó a alguien entrar detrás de él y, al volverse, se encontró a Uriang-Khadai con una rara expresión de satisfacción en el rostro. Kublai le saludó con una inclinación de cabeza y tendió el arco, disparando una flecha contra la lejana pared. Atravesó la madera y desapareció al otro lado, dejando un visible punto de luz mientras las plumas caían al suelo de madera. Por primera vez en muchos días, Kublai sintió cómo su fatiga se disipaba.

—Ordena a tus hombres que las recojan rápidamente, Uriang-Khadai. Envía a los batidores a buscar un lugar donde podamos dormir y comer, algún lugar fuera de la ciudad. No pasa nada por que esperemos a mañana para salir de aquí luchando.

Mientras recorría la sala con la vista, Kublai sonrió. Alguien tendría que calcularlo, pero allí debía de haber un millón de flechas en carcajs nuevos, quizá incluso más.

—Volvemos a tener dientes, orlok. Usémoslos.

Xuan, Hijo del Cielo, nunca había visto a los Song en guerra. Solo la magnitud de los preparativos ya era impresionante, pero se dijo que el paso al que avanzaban era peligrosamente lento. Les había llevado un mes escoltarles hasta una asamblea de señores Song que se celebraba en la ciudad. Había más de cien señores presentes, instalados a distintas alturas de acuerdo con sus rangos, de modo que los más poderosos ocupaban posiciones en el propio espacio de debate y los menos poderosos se inclinaban sobre los balcones superiores para escuchar. Cuando entró, flanqueado por oficiales Song, todos se habían quedado en silencio.

Su impresión inicial había sido una masa de color, ojos clavados en él y tiasas túnicas de colores verde, rojo y naranja. Había tantos estilos diferentes como hombres en la sala. Algunos llevaban túnicas sencillas adornadas con perlas, mientras que otros se achicharraban en cuellos altos y tocados decorados con todo tipo de cosas, desde plumas de pavo hasta joyas gigantescas. Unos cuantos de los más jóvenes tenían aspecto de guerreros, pero la mayoría parecían pájaros ornamentales, apenas

capaces de moverse bajo las galas y las capas de seda.

La presencia de Xuan había aturullado a los criados, que carecían de instrucciones claras respecto a él. En términos de nobleza, superaba en rango a todos los hombres de la sala, pero era el gobernador nominal de una nación extranjera y comandaba una diminuta fuerza de soldados ya maduros. Los criados le habían encontrado un lugar en el piso inferior, pero hacia el fondo, una típica solución intermedia.

Al principio, Xuan se contentó meramente con observar y escuchar, aprendiendo quiénes eran las personalidades y los políticos mientras soportaba un mes más de detalladas conversaciones. Reconoció unas cuantas caras o nombres de su época en las tierras Song, pero sabía que los señores reunidos en aquella estancia podían poner un millón de hombres en el campo de batalla si así lo decidían o recibían una orden directa del emperador. Xuan todavía no había visto a su primo. El anciano emperador rara vez abandonaba su palacio y el asunto de la guerra en sí era cosa de los señores. No obstante, el emperador había insistido en que Xuan asistiera al consejo, siendo como era uno de los pocos hombres que se había enfrentado a las hordas mongolas y había sobrevivido. Su presencia era tolerada, aunque no le daban precisamente la bienvenida como a un hijo largamente perdido. A los orgullosos nobles Song les faltaba poco para volverle la cara cuando aparecía. Tenían que soportar su presencia, pero cuando no añadió su nombre a la lista de los oradores, muchos de ellos se sintieron secretamente complacidos, dando por sentado que se sentía intimidado por la poderosa asamblea.

Se reunían dos veces al mes, aunque era raro que hubiera tantos asientos ocupados como la primera vez que entró. Acudiendo con mayor regularidad a las reuniones que la mitad de los señores convocados, Xuan supo de la entrada del segundo y descomunal ejército que Mongke Khan había introducido en las tierras Song. Durante una mañana, la amenaza casi había logrado apartar a un lado los mezquinos pormenores de la política cortesana. Dos señores cuyas tierras lindaban entre sí hablaron sin la mordacidad, escasamente disimulada, que les caracterizaba. La cosa no había durado más allá de esa primera insinuación de tregua y, por la tarde, uno de ellos había abandonado la sala hecho una furia con su comitiva de criados mientras el otro se quedaba paralizado por la ira ante algún tipo de insulto que había percibido contra su casa y su rango.

A pesar de la caótica falta de liderazgo, se entablaban batallas reales. Xuan se informó de que en el sur, los tumanes liderados por Kublai habían aplastado once ejércitos, lo que equivalía aproximadamente a tres cuartos de un millón de hombres. Para evitar que se fortalecieran aún más con las armas capturadas, la única opción había sido enviar regimiento tras regimiento contra los mongoles, obligando a Kublai a mantenerse en movimiento y en constante lucha, agotándole. En el tiempo que pasó en la sala de debates, Xuan había visto a cuatro nobles ponerse en pie y despedirse para marchar hacia el campo de batalla. Ninguno de ellos había regresado y, cuando las nuevas llegaron hasta ellos, sus nombres fueron incluidos en un pergamino donde

estaban apuntados los muertos honorables.

Un día al inicio del tercer mes, Xuan entró en la cámara con paso ligero. Estaba medio vacía, pero había varios señores llegando detrás de él para ocupar sus lugares habituales. Xuan se dirigió hasta uno de los escribas que redactaban informes sobre los debates y se situó delante de él, esperando a que levantara la vista.

—Hablaré hoy —anunció Xuan, cuando el amanuense le miró.

Los ojos del escriba se agrandaron levemente, pero asintió, inclinando la cabeza mientras añadía el nombre formal de Xuan a la lista con sus pinceles y su tinta. Le llevó un tiempo completarlo pero el escriba conocía su oficio y no tuvo que consultar sus archivos. A los señores Song, que se iban acomodando en sus puestos, el acto no les pasó inadvertido. Muchos de ellos le miraron fijamente mientras Xuan retornaba a su asiento y otros enviaron corredores a sus aliados. Xuan esperó con paciencia a que el resto de señores llegara desde sus casas en la ciudad y, al final, la estancia estuvo tan abarrotada como el primer día.

Xuan se preguntó si alguno de ellos sabría que había sido llamado al palacio del emperador la noche anterior, que habían ido a buscarle al cuartel donde se alojaba con sus hombres. Había sido un encuentro breve, pero le había alegrado comprobar que su anciano primo estaba al tanto de la guerra, o de su falta de progreso. El emperador de los Song se sentía tan frustrado como el propio Xuan y le había despedido con una orden: sacar a los señores de su autocomplacencia. El resto de la noche lo había pasado con un grupo de escribas Song y, por una vez, le habían permitido consultar cualquier documento que deseara. Había renunciado a dormir para informarse de todo cuanto pudo y, cuando se sentó tranquilamente en la sala de debate, su mente bullía de datos y estratagemas.

Aguardó hasta que hubo concluido la apertura ritual del consejo, aunque las formalidades duraban una eternidad. Otros dos hombres hablaron antes que él y Xuan les escuchó educadamente hasta que terminaron y se llevaron a cabo unas votaciones de poca importancia. Uno de ellos parecía saber que los señores reunidos estaban esperando oír a Xuan y presentó su exposición de manera apresurada, mientras que el otro no parecía haberse dado cuenta de nada y divagó durante una hora acerca de las reservas de hierro de las provincias orientales.

Cuando los dos se hubieron sentado, el canciller del emperador pronunció su nombre y Xuan se puso en pie. Los señores estiraron el cuello para verle y, en un impulso, Xuan se adelantó hasta el centro de la estancia, de modo que los tenía a todos delante formando semicírculos ascendentes que culminaban en los balcones de arriba. Nadie susurró a su compañero ni se removió en su sitio. Tenía toda su atención.

—De acuerdo con los archivos imperiales de Hangzhou, el ejército cuenta con más de dos millones de soldados entrenados, sin contar las bajas sufridas hasta la fecha. En conjunto, los honorables señores presentes en esta cámara poseen once mil piezas de artillería. Y, sin embargo, una fuerza mongola de apenas cien mil ha hecho

que parecieran unos niños.

Un murmullo de indignación recorrió al instante toda la sala, pero la calculada referencia a los archivos no había caído en saco roto. Solo el emperador poseía esa información y eso silenció a aquellos que tal vez habrían intentado acallarle a gritos. Xuan hizo caso omiso del murmullo y continuó.

—Con el tiempo, creo que el elevado número de soldados nos habría garantizado la victoria a pesar de la ausencia de un mando unificado. Se han cometido errores, para empezar la suposición de que, dado que el ejército de Kublai está de campaña y lejos de sus cuarteles, en algún momento tendrá que regresar a casa para reabastecerse. Los mongoles no necesitan hacer eso, señores míos. Ellos no están de campaña como nuestro ejército lo estaría, ellos están simplemente en un sitio nuevo, como nuevos son todos los sitios para los mongoles. No podemos aguardar a que se marchen, como he oído proponer tan elocuentemente en esta cámara. Si no los destruimos, avanzarán sobre Hangzhou dentro de un año, o dos, o diez. Tardaron más tiempo todavía en controlar las tierras Chin en el norte, tierras que eran mucho más vastas que las de los Song.

Tuvo que hacer una pausa y esperar a que guardaran silencio los que habían hablado por encima de él, pero la mayoría de los asistentes quería oír lo que tenía que decir y las exaltadas intervenciones se apagaron por falta de respaldo.

—Aun así, habrían acabado siendo derrotados por los regimientos Song. Pero ahora el khan mongol ha traído un nuevo ejército a territorio Song, el mayor ejército que ha tenido nunca. Los informes hablan de más de un cuarto de millón de hombres... esta vez sin sus campamentos. No poseen artillería, por lo que queda clara cuál es su estrategia.

En aquel momento todos los señores se esforzaban en no perderse ni una sola palabra y en la cámara reinaba un silencio absoluto. Deliberadamente, Xuan bajó la voz para que nadie osara interrumpirle de nuevo.

—Pasa junto a las ciudades Song sin detenerse y avanza distancias increíbles. Si no hubiera leído los informes de los exploradores en las oficinas del emperador, no lo habría creído, pero están atravesando enormes tramos de territorio cada día, en dirección al sur. Su intención, claramente, es reunirse con los tumanes de Kublai, eliminando a todo ejército que se interponga en su camino. Es una estrategia arriesgada, una estrategia que delata desprecio por los ejércitos de los Song. Mongke Khan aplastará a los hombres que se encuentre en el campo de batalla y, a continuación, conquistará las ciudades a voluntad, o bien con los cañones capturados, o bien mediante el asedio. A menos que le detengamos, estará a las puertas de Hangzhou en menos de un año.

Todos a una, los señores empezaron a gritar, indignados ante aquel agravio contra su valor y su fuerza. Que un emperador fracasado les sermoneara de esa forma era demasiado, era intolerable. Las cabezas más frías volvieron a considerar que el emperador le escuchaba, que era su primo carnal. El alboroto se fue extinguiendo

hasta que solo se oyeron las voces de unos pocos que terminaron calmándose también y regresando a sus asientos con expresión airada. Xuan prosiguió como si no se hubiera producido interrupción alguna.

—No habrá más acciones independientes por parte de los distintos señores. Esas acciones individuales no han logrado acabar con la amenaza, una amenaza que ahora es todavía mayor. Únicamente la movilización total de las fuerzas Song lo logrará. — Dos señores Song se levantaron de su asiento en silencio, indicándole al canciller del emperador que deseaban hablar—. Este es el momento de atacar —continuó Xuan—. El khan mongol está con sus ejércitos. Si podemos detenerle, dispondremos de un periodo de tiempo durante el cual podemos conquistar las tierras Chin y las tierras mongolas. —Cuatro dignatarios más se pusieron de pie para hablar—. Dejará de ser una mera guerra defensiva, señores míos. Si reunís vuestros ejércitos bajo un solo líder, tenemos la oportunidad de volver a unificar a los Chin y a los Song.

Hizo una pausa. Una docena de señores Song estaban de pie, mirando alternativamente a Xuan y al canciller del emperador, cuya tarea era imponer algún tipo de orden en los debates. Hasta que Xuan se sentara, no podía ser oficialmente interrumpido, aunque la norma a menudo se infringía. Por una vez, los señores aguardaron, conscientes de la importancia del debate que se abriría a continuación. Xuan frunció el ceño, sabiendo que era poco probable que los hombres que iban a intervenir contribuyeran a alcanzar una resolución clara.

—No podemos seguir librando esta guerra como individuos. Nombrad un líder que comande con completa autoridad. Enviad a medio millón de hombres contra Kublai y un número igual contra el khan mongol. Rodead sus pequeños ejércitos y aplastadlos. De ese modo, no tendréis que ver Hangzhou arrasada por las llamas. He visto arder Yenking, señores míos. Es suficiente.

Xuan tomó asiento bajo la silenciosa presión de sus miradas, preguntándose si su mensaje habría llegado a alguno de los presentes.

La voz del canciller del emperador resonó en la sala.

—La cámara reconoce al señor Sung Win.

Xuan ocultó una mueca de disgusto al oír el nombre y aguardó. Tenía derecho a réplica cuando Sung Win acabara.

—Señores míos, tengo solo dos preguntas para el estimado orador —dijo Sung Win—. ¿Has recibido orden directa del emperador de reunir los ejércitos? Y la segunda: ¿es tu intención que el mando de los Song recaiga sobre tus manos?

Un rugido burlón se elevó del resto de los hombres de la sala y Xuan frunció el ceño todavía más. Recordó los ojos húmedos de su primo durante su breve reunión. El emperador era un hombre débil y Xuan todavía podía sentir cómo su mano le aferraba la manga. Le había pedido una carta de autoridad, un mandato imperial, pero su primo había rechazado la idea con un ademán. La autoridad residía en lo que los señores estuvieran dispuestos a aceptar y Xuan había sabido entonces que su primo temía dar una orden así. ¿Por qué si no habría convocado a un antiguo enemigo en

sus aposentos privados? Si el emperador daba la orden y los señores se negaban a obedecer, su debilidad quedaría expuesta y el imperio se desmoronaría en varias facciones armadas. La guerra civil provocaría todo lo que los mongoles no pudieran lograr.

Todo eso pasó como una exhalación por la mente de Xuan mientras se erguía una vez más.

—El emperador confía en que me escucharás, señor Sung Win. Tiene fe en que no permitirás que los Song sean destruidos por una política mezquina y estrecha de miras, que los leales señores Song reconocerán la amenaza real a la que se enfrentan. Y yo no soy el que os liderará contra los mongoles, mi señor. El que lo haga debe contar con la completa confianza de esta cámara. Si tú asumes esa responsabilidad, mi señor, yo te respaldaré.

El señor Sung Win parpadeó mientras volvía a levantarse: era evidente que se estaba preguntando si Xuan no acababa de arruinar su oportunidad de hacer exactamente eso. El emperador Chin era una espina que los señores tenían clavada y su respaldo no valía nada.

—Me habría gustado ver el sello personal del emperador —dijo el señor Sung Win, con un brillo de disgusto en los ojos—. En vez de eso, oigo un discurso formado por vagas palabras, sin sustancia, y no se nos ofrece la oportunidad de verificar cuánto de verdad hay en él.

La cámara se quedó en silencio y el señor Sung Win se percató de que, al casi acusar a Xuan de mentir, había ido demasiado lejos. Recordó la falta de estatus de Xuan y recuperó la calma: una figura derrocada como aquella no exigiría reparación o castigo.

La vacilación de Sung Win le costó que el canciller imperial, que sabía mejor que la mayoría de los presentes qué había sucedido entre su amo y el primo Chin, le quitara el turno.

—La cámara reconoce al señor Jin An —bramó.

Sung Win cerró la boca de golpe y se acomodó en su asiento con mal talante mientras un señor más joven hacía una inclinación de cabeza al canciller.

—¿Hay alguien entre los presentes que niegue la existencia del ejército del khan y su hermano menor en el sur y el oeste? —preguntó el señor Jin An, con voz clara y segura—. ¿Se negarán a aceptar la amenaza que se cierne sobre todos nosotros hasta que esos ejércitos estén aporreando las puertas de Hangzhou? Procedamos a la votación de inmediato. Me presento candidato a la comandancia de uno de los dos ejércitos que debemos enviar.

Por un instante, el ceño de Xuan se borró y levantó la vista, pero la voz del joven señor se perdió en el tumulto. Hasta el número de ejércitos estaba en disputa y Xuan sintió que el corazón se le encogía al darse cuenta de que era imposible sacarlos de su apatía. Poco después, el señor Jin An estaba prometiendo airadamente que llevaría a sus propios hombres contra Kublai, que actuaría solo si nadie más era lo

suficientemente sensato para ver que era necesario hacerlo. Xuan se frotó los ojos, empezando a notar la falta de sueño. Lo había visto cuatro veces antes, cuando los señores jóvenes partían para entablar batalla con los tumanes. Su fervor marcial no había bastado. En la cámara se estaba produciendo un intercambio de acusaciones y amenazas y todos se esforzaban en gritar más fuerte que su vecino. No habría resolución ese día, si es que llegaba a haberla alguna vez, y, entretanto, los ejércitos mongoles cada vez estaban más cerca. Xuan meneó la cabeza pensando que era una locura. Podía intentar volver a hablar con el emperador, pero estaba rodeado de miles de cortesanos que considerarían esa petición y decidirían si se la hacían llegar siquiera al emperador. Xuan había llegado a conocer demasiado bien la burocracia Song a lo largo de sus años como cautivo como para tener muchas esperanzas.

Cuando se levantó la reunión a mediodía, Xuan se aproximó al joven señor, que seguía hablando en tono airado con otros dos. Todos se quedaron callados al notar su presencia y el señor Jin An se volvió hacia él y, reaccionando instintivamente a su rango, hizo una reverencia.

—Confíaba en que el resultado sería mejor —dijo Xuan.

El señor Jin An asintió con pesar.

—Cuento con cuarenta mil, Hijo del Cielo, y la promesa de un primo de que me respaldará —suspiró—. He recibido información fidedigna de que ese Kublai ha sido visto alrededor de Shaoyang. No debería estar siquiera en esta cámara, discutiendo con cobardes. Mi lugar está allí, luchando contra el más débil de ambos ejércitos. Cuarenta mil hombres se perderían contra el ejército que el khan ha desplegado en el norte —torció la boca en un gesto de irritación y alargó el brazo para señalar con un movimiento amplio hacia la puerta, por donde desaparecía el último de los señores—. Quizá cuando estos idiotas le vean atravesando las calles de Hangzhou, entenderán la necesidad de trabajar unidos.

La expresión indignada del joven hizo sonreír a Xuan.

—Puede que ni siquiera entonces —respondió—. Ojalá tuviera un ejército poderoso para unirlo al tuyo, señor Jin An. Pero mis ochos mil están a tu disposición, si los aceptas.

El señor Jin An agitó la mano, como ante una bagatela. En realidad, el efecto de la presencia de la fuerza de Xuan sería prácticamente nulo y ambos hombres lo sabían. En su momento de esplendor, habrían supuesto una incorporación valiosa, pero tras años de mala alimentación y condiciones aún peores, unos pocos meses apenas habían empezado a recomponerlos. No obstante, el joven señor se mostró cortés.

—Saldré el día uno del mes que viene —anunció—. Sería un honor que hombres como ellos me acompañaran. Confío en que podré beneficiarme de tu consejo, también.

La sonrisa de Xuan se ensanchó. Estaba realmente encantado. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que un señor Song le trataba con cortesía.

—Me encantará prestarte cualquier servicio que esté en mi mano, señor Jin An. Tal vez para cuando partas hayas encontrado a otros señores que compartan tu opinión sobre la situación.

El señor Jin An giró la cabeza para mirar la cámara vacía.

—Tal vez —murmuró, con expresión dubitativa.

Mientras se dirigía a sus oficiales reunidos, Orlok Seriankh caminaba sin cesar arriba y abajo. Ante él había veintiocho generales de tumanes mientras que doscientos ochenta oficiales minghaan formaban tras ellos.

—He enviado unos exploradores al norte para unirse a las líneas del yan —les informó Seriankh. Se había quedado ronco de dar infinitas órdenes sin pausa, evitando que el ejército se hundiera en el caos mientras millares de voces discutían sobre lo que debían hacer. Mongke Khan estaba muerto, envuelto en una tela en el interior de una solitaria ger. El resto del ejército había levantado el campamento y estaba listo para desplazarse en cualquier dirección en cuanto Seriankh diera la orden.

—El señor Hulegu será informado de la muerte del khan dentro de un mes, dos como máximo. Regresará. El hermano del khan, Arik-Boke, recibirá la noticia más deprisa todavía, en Karakorum. Habrá otra quiriltai, otra asamblea, y elegiremos al próximo khan. He enviado a una docena de hombres hacia el sur para localizar a Kublai y darle la noticia. Él también irá a casa. Nuestro tiempo aquí ha terminado hasta que tengamos un nuevo gran khan.

Su general de más rango, Salsanan, se adelantó un paso y el orlok se volvió hacia él invitándole a hablar.

—Orlok Seriankh, me presento voluntario para liderar una fuerza que parta hacia donde se encuentra Kublai, para respaldar su retirada. No nos estará muy agradecido por abandonarle mientras está en el campo de batalla —hizo una pausa y luego continuó—. Podría ser el próximo khan.

—Vigila tus palabras, general —espetó Seriankh—. No te corresponde hacer conjeturas y propagar rumores —vaciló, reflexionando al respecto. Mongke tenía muchos hijos, pero, desde la muerte de Gengis, la sucesión de los khanes nunca había sido coser y cantar.

—Para respaldar su retirada, muy bien. Hemos perdido un khan, pero el señor Kublai ha perdido un hermano. Llévate ocho tumanes y asegúrate de que sale sano y salvo de territorio Song. Yo llevaré al khan a casa.

XXVIII

Kublai se sentó al aire libre, bajo la copa de unos antiquísimos robles. Soportaba en silencio el dolor mientras Chabi le limpiaba un corte en la mano derecha con un odre de airag, al que él mismo dio un par de tragos para mantenerse caliente. Ambos habían conocido hombres que volvían de las batallas con un único tajo y morían en un delirio febril días o semanas más tarde. Tarareando para sí, Chabi le olió la mano y arrugó la nariz. Kublai sorbió aire entre los dientes apretados mientras ella le presionaba los lívidos bordes de la herida, de la que brotó un chorro de pus que resbaló entre los dedos de su marido.

—Tengo chamanes que pueden ocuparse de esto, ¿sabes? —le dijo con afecto.

Chabi resopló.

—Están ocupados y tú no les molestarías hasta que tuvieras el brazo verde.

Apretó una vez más la herida bruscamente, haciéndole dar un respingo. El hilo de pus se tornó rojo y Chabi asintió, satisfecha, y apoyó una mano en la curva de su vientre, donde estaba creciendo una nueva vida. Kublai alargó la mano y le dio unos golpecitos cariñosos en la barriga mientras su mujer volvía a vendar el corte con una tira limpia de tela.

Las familias y los seguidores del campamento se habían adentrado más en el bosque mientras Kublai había estado luchando contra los Song, ocultando todos los indicios que podrían encontrar sus enemigos si decidieran ir a buscarles. Kublai se había visto obligado a enviar a cientos de sus hombres al interior de la espesura.

Solo para alcanzar la zona, había tenido que enfrentarse a dos ejércitos Song y comprobar cómo sus reservas de flechas y lanzas volvían a reducirse, aunque había recuperado tantas como había podido. Sin curanderos ni descanso, algunos de sus hombres heridos habían fallecido en cada una de las jornadas.

Miró hacia lo alto, sintiéndose extrañamente incómodo al notar cómo las gruesas ramas impedían que la luz llegara al suelo del bosque, reduciéndolo a una oscuridad perpetua. Por lo menos estaban escondidos. El tupido bosque había mantenido a salvo a las familias y a los seguidores del campamento, pero no conseguía deshacerse del temor de que también podría ocultar a unos enemigos que se acercaran con sigilo. Incluso para un hombre de Karakorum, el bosque resultaba sofocante en comparación con las llanuras abiertas.

Miró con más detenimiento a su esposa y descubrió unas manchas oscuras debajo de sus ojos. Estaba delgada y Kublai se maldijo por no haber preparado mejor la expedición. Debería haber sabido que las familias se verían obligadas a sacrificar al ganado mientras esperaban su retorno. Normalmente, las pérdidas de los vastos rebaños se reponían cada primavera, pero lo único que faltaba en el bosque era precisamente buen pasto. El suelo estaba cubierto de hojas en proceso de putrefacción y cualquier brote verde que hubiera habido había sido arrancado en el primer mes. Las familias habían comido ciervos y conejos, incluso lobos cuando los habían

encontrado, pero no había pasado mucho tiempo antes de que la caza hubiera desaparecido en un radio de ochenta kilómetros. Los rebaños de ovejas y cabras habían mermado hasta el punto de que todos los habitantes del campamento hacían una única comida al día y en ella había muy poca carne.

Cuando Kublai, por fin, había llegado al campamento, la visión de su pueblo no había sido demasiado inspiradora. Mujeres y hombres se habían ido concentrando en torno a los tumanes a medida que fueron entrando y Kublai se había preocupado de alabarles por haber logrado sobrevivir, aun cuando le hervía la sangre al ver lo mal que les había ido sin él. Se podían contar las costillas de los valiosos bueyes y se preguntó cuántos de ellos tendrían fuerza suficiente para tirar de los carros cuando llegara el momento. Su hijo y su mujer embarazada habían recibido apenas suficiente carne para sobrevivir y Kublai quería desahogar su rabia contra el resto de ellos. Lo habría hecho si no hubieran estado todos tan delgados y pálidos como la propia Chabi.

—Tenemos que trasladar el campamento —dijo Chabi con suavidad—. No quiero pensar lo que podría haber sucedido si hubieras tardado mucho más en venir.

—No puedo sacaros de aquí. Siguen viniendo y viniendo —replicó—. Nunca has visto nada como esto, Chabi. Son interminables.

La boca de Chabi se cerró con firmeza mientras Kublai hablaba.

—Aun así, no podemos quedarnos aquí. No hay un solo conejo en treinta kilómetros a la redonda y cuando los rebaños se agoten, nos moriremos de hambre. Algunos de los hombres estaban diciendo que emprenderían la marcha solos si no regresabas pronto.

—¿Quiénes? —exigió saber Kublai.

Chabi negó con la cabeza.

—Hombres que tienen sus propias familias. ¿Acaso puedes culparles por ello? Sabíamos que estábamos en apuros, Kublai.

—Traeré rebaños de las colinas y las aldeas Song. Conseguiré nuevos animales para tirar de los carros.

Maldijo entre dientes, sabiendo que eso no funcionaría. Incluso si pudiera conducir un rebaño a través del bosque, las marcas que dejaría a su paso podrían ser leídas por cualquier explorador Song. Él mismo ya había puesto en peligro aquella posición trayendo los tumanes hasta el campamento. Hacerlo de nuevo abriría un ancho camino en el bosque. Se apretó suavemente la parte superior de la nariz con la yema de los dedos, librándose de parte de su cansancio. El campamento constituía un apoyo para los guerreros, suministrándoles desde astiles de flecha hasta refugio y comida caliente, pero Kublai se encontraba en una situación imposible.

—Puedo mandar a los tumanes a recopilar comida y ordenarles que seleccionen a los animales que serán sacrificados, o que sustituyan a los más débiles del rebaño... —maldijo para sí—. ¡No puedo pararme a pensar en esto, Chabi! He hecho algunos avances con los Song, pero necesito continuar o todo lo que he hecho habrá sido en

vano.

—¿Tan terrible es descansar durante el invierno? Estarás aquí cuando nazca el niño, Kublai. Envía a tus hombres a buscar cualquier cosa viva, asalta los pueblos de los Song y estarás listo para volver a salir en primavera.

Kublai emitió un gruñido al oírla. Parte de él estaba deseando aceptar su idea de parar a descansar, sin más. Nunca se había sentido tan cansado.

—He despejado una ruta hasta Shaoyang y más allá, Chabi. Si puedo seguir avanzando, conseguiré llegar a su capital en primavera o verano. Si me detengo ahora, me encontraré con otra docena de ejércitos viniendo hacia mí, frescos y fuertes.

—Y si sigues adelante, perderás el campamento —dijo ella con brusquedad—. Perderás a los fabricantes de flechas, a los curtidores y a los guarnicioneros, a las laboriosas esposas y a los hombres que hacen que puedas mantenerte en el campo de batalla. ¿Seguirán luchando bien los tumanes sabiendo que dejan atrás a sus familias muriéndose de hambre?

—No os moriréis de hambre —afirmó Kublai.

—Decirlo no hará que se haga realidad. La cosa se estaba poniendo fea justo antes de que tus exploradores nos encontraran, marido. Algunos de los hombres estaban hablando de quedarse con las últimas reservas de comida y dejar que los más débiles se murieran de hambre.

Kublai se quedó muy quieto y sus ojos se endurecieron.

—Esta vez sí que me vas a decir sus nombres, Chabi. Les colgaré de estas ramas.

—¡Eso es una distracción! Ahora ya no importa. Encuentra un modo de solucionar el problema, marido. Sé la presión que tienes que soportar, o al menos eso creo. Sé que se te ocurrirá algo.

Kublai se alejó unos pasos de ella, mirando fijamente la espesura que los rodeaba por todas partes.

—Esta tierra es rica, Chabi —dijo, un tiempo después—. Puedo dedicar un mes a salir en busca de nuevos rebaños. Podemos traerlos de vuelta hasta aquí, pero entonces mandaré a la mitad del campamento a casa —levantó la mano para anticiparse a ella, que había abierto la boca—. Estas ya no son las batallas que Gengis conoció, en las que podía llevarse consigo a toda la nación y realizar incursiones con los tumanes desde el centro. Los Song son abundantes como hormigas, ejército tras ejército. Tengo que pensar como un asaltante al frente de una razia, con el mínimo de suministros. Las mujeres y los niños pueden irse a casa, acompañados por un grupo de guerreros suficiente para protegerles. Zhenjin y tú os marcharéis con ellos. Ahí tienes. Me pediste una solución y te la he dado. Puedo tardar un mes en llevarla a cabo, creo.

—Sí, pero yo no me voy. No perderé otro niño emprendiendo un duro viaje hacia casa, Kublai. Me quedaré en el campamento hasta que haya dado a luz.

Kublai vio la resolución en su rostro y suspiró.

—Estoy demasiado cansado para discutir contigo, mujer.

—Bien —respondió ella.

Kublai sufrió por cada día perdido mientras sus tumanes salían en busca de rebaños, alejándose ciento cincuenta kilómetros y hasta más en sus incursiones. Al ser invierno, tardaron más de lo que él habría deseado y vio dos veces la luna llena antes de poder sacar a las familias del bosque. Los meses oscuros fueron más fríos que el año anterior. El hielo crujía en las ramas de los árboles, hermosos y muertos al mismo tiempo. Siempre había madera para alimentar los fogones y las gers estaban circundadas de pilas de leña más altas que un hombre.

El suelo seguía estando congelado cuando recogieron todo y abandonaron las profundidades del bosque. A sus espaldas, dejaron las marcas habituales, desde los círculos negros bajo las gers desmontadas, a las tumbas de aquellos que habían muerto. La mayoría habían sido hombres heridos que los chamanes no habían podido salvar, pero también había numerosas tumbas más pequeñas, de los niños que no habían sobrevivido a su primer año de vida. En el bosque no había montañas para celebrar un entierro celestial y ofrecerles un festín a los pájaros carroñeros. Con las hogueras de la cremación existía el peligro de que el fuego se propagara o fueran vistas por el enemigo, de modo que se limitaron a romper el hielo y excavar lo suficiente en la tierra como para que los cadáveres quedaran cubiertos.

Kublai congregó a todos en una llanura abierta. Cientos de bueyes habían sido enyuntados y estaban mejor alimentados que cuando había llegado hasta el campamento. Junto con los rebaños, los guerreros habían traído grano de los pueblos Song y los formidables animales relucían lustrosos, con los hocicos sonrosados y húmedos. Había dado orden de que doscientos mil miembros de su pueblo partieran hacia el hogar, la mayoría de ellos esposas y niños. Diez mil hombres irían con ellos, los heridos o los que habían sido mutilados en alguna contienda del pasado. Todavía podrían luchar, si era necesario.

Sus hombres se quejaron, por la fuerza de la costumbre, pero ellos también habían visto los ejércitos Song y, en los abrazos finales, se notaba el alivio entre ellos. Las familias llegarían rápidamente a la frontera Chin y en primavera entrarían en tierras más seguras. Desde allí, Kublai había enviado varios exploradores a las tierras de su propiedad. Estarían a salvo en el trayecto hacia el norte. Había conservado solo a los artesanos y pastores más hábiles, a los mejores herreros, cordeleros y talabarteros. La mayoría de las tiendas se irían con ellos, de manera que los tumanes tendrían que dormir al raso, expuestos a la lluvia y la escarcha.

Kublai tenía que quedarse con algunos carros para las forjas y los suministros del equipo; se llevaría la plata en su camino hacia el este. Sabía que el campamento perdería su alegría a partir de ese momento. Dejaría de ser una nación en movimiento para convertirse en un campamento de guerra, en el que todos sus miembros estarían

entregados a satisfacer las necesidades de los tumanes.

Los dos gigantescos grupos se separaron lentamente, acompañados por los gritos de muchos, que intercambiaban con los suyos unas últimas palabras. Sobre sus caballos, los guerreros de los tumanes observaron con expresiones graves a sus familias, que se iban empequeñeciendo en la distancia. Chabi y Zhenjin se habían quedado con ellos, junto con sus criados, pero nadie osó poner objeciones a la decisión del hermano del propio khan. Los batidores habían reconocido el territorio que recorrerían hasta la frontera Chin y no habían encontrado ningún ejército en aquella dirección. El peligro acechaba solo en el este y todos y cada uno de los guerreros sabían que el trabajo no había terminado. Era difícil estar alegre en un día así.

El contingente que se adentraba pesadamente en el territorio Song seguía siendo una nutrida hueste, pero ya percibían la sensación de haber perdido la grasa. Mantenían un buen ritmo y, aunque no se oía cantar junto a las hogueras por las noches, al menos había en los hombres una callada determinación. Ahora que no tenían a sus esposas con ellos, los guerreros comían todas las noches de grandes ollas comunitarias, llenas hasta los bordes de un espeso caldo.

Cuando los días empezaron a ser más largos, Kublai pasó junto a varios escenarios de sus propias batallas. Con angustia y repulsión, atravesó campos de cadáveres en descomposición. Los zorros, los lobos y las aves se habían dado un banquete con los cuerpos y la carne estaba desprendida de los huesos, mientras enemigos y amigos resbalaban unos sobre otros, reblandecidos por el sol y la lluvia. Sus tumanes cabalgaban entre los muertos con absoluta indiferencia, mientras Kublai se preguntaba cómo podían mantener la comida en el estómago. Su imaginación le obligaba a pensar en su propia muerte, en ser abandonado en un campo de batalla extranjero. No sabía si ese tipo de preocupaciones inquietaba a hombres como Uriang-Khadai, o si lo admitirían aunque fuera verdad si se lo preguntaba.

Sus batidores le informaron de que habían establecido contacto visual con una fuerza de caballería a unos sesenta kilómetros de Shaoyang, pero quienquiera que fuera se había retirado a toda velocidad alejándose de los tumanes, manteniéndose fuera de su alcance y cabalgando como si les persiguiera el diablo. Sin que les diera la orden, los tumanes de Kublai empezaron a incrementar el ritmo cada día. Los carros del reducido campamento se quedaron atrás, manteniéndose a la distancia máxima de treinta kilómetros para poder estar accesibles si sufrían un ataque. Durante los días fríos, los hombres bebían la cálida sangre de las yeguas, repartiendo los superficiales cortes entre tres o cuatro de las monturas extra para no debilitar demasiado a ninguno de los animales. Estaban recorriendo la estela de sus propias batallas y no habría provisiones frescas hasta que hubieran pasado Shaoyang. Kublai se preguntó cómo reaccionaría el prefecto de la ciudad cuando le viera regresar. Sobreviviría a su paso una segunda vez, algo que pocos hombres podían decir.

Kublai había comprendido por fin que tenía demasiados pocos guerreros para

lanzarse de cabeza contra los muros Song. Con el tiempo, los enjambres enemigos acabarían aplastando a sus tumanes. Había tomado una decisión y ya no sabía siquiera si era el mismo hombre que había entrado en tierras Song lleno de confianza juvenil. Entonces no habría sido capaz de jugárselo todo a una carta. Ahora, llevaría a sus hombres hasta el centro mismo del imperio de un único y poderoso tirón. No pararía en Shaoyang. No pararía por nada.

Al pasar junto a ella, sus tumanes distinguieron a algunos hombres subidos a los tejados de la extendida ciudad. Kublai alzó una mano hacia ellos, no sabía si para saludarlos o para despedirse de ellos. Le arrancaría el corazón al dragón Song de un solo golpe. Las otras ciudades no tenían nada que temer de él.

Más allá de Shaoyang, las tierras todavía no habían sido despojadas de todo lo que un soldado hambriento pudiera considerar un posible alimento. Las primeras ciudades pequeñas fueron saqueadas en busca de comida, aunque Kublai prohibió que fueran destruidas. Cuando estaban en el campamento del bosque, los hombres habían visto las enormes reservas de plata en lingotes que había acumulado Kublai mientras eran descargados desde un millar de caballos y trasladados de hombre a hombre hasta el lecho de hojas húmedas, donde fueron apilados. Aunque hacía meses que los tumanes no recibían su paga, al menos sabían que esa plata existía y no refunfuñaban demasiado alto o con demasiada frecuencia.

No esperaba toparse con ningún correo, tan al sur. Las líneas de las paradas de posta acababan en las tierras Chin y, cuando vio, no a uno, sino a dos de ellos, apenas se asemejaban a los resistentes y veloces jinetes que conocía. Sus exploradores traían a ambos hombres juntos y, al oír el tintineo de los cascabeles de los sudaderos de sus cabalgaduras, Kublai hizo un alto en una espaciosa llanura. Hizo una seña con la cabeza a Uriang-Khadai y el orlok, con un bramido, dio la orden de desmontar y descansar.

—Parecen estar medio muertos —murmuró Bayar a Kublai mientras los jinetes se acercaban escoltados por sus exploradores.

Así era y Kublai se preguntó cómo habrían encontrado comida aquellos hombres sin las estaciones de los yans para alimentarles y proporcionarles monturas de refresco. Ambos estaban desaliñados y uno de ellos, claramente aquejado de algún dolor, emitía un quedo gemido a cada paso de su caballo. Se detuvieron y Bayar les dijo que desmontaran. El primero bajó deslizándose de la silla, tambaleándose un poco al aterrizar. Mientras le registraban, Bayar alzó la vista hacia el rostro grisáceo de su compañero.

—Tengo una flecha alojada en algún punto de la espalda —dijo con voz débil el jinete de los yans—. Está rota, pero no creo que pueda desmontar. —Bayar vio que su mano derecha colgaba sin fuerza, balanceándose entre las riendas, que se había atado a los dedos. Llamó a uno de sus hombres y, juntos, bajaron al jinete de la silla, que intentó no gritar, pero el ahogado quejido que emitió fue aún más terrible que un grito.

Ya en el suelo, Bayar ayudó al hombre a ponerse de rodillas y observó el cabo de astil que sobresalía entre sus hombros. El mero hecho de respirar debía de ser una tortura y Bayar emitió un suave silbido. Se agachó y movió la flecha, haciendo que el jinete se retirara bruscamente, mascullando una maldición.

—Está pudriendo la carne —dijo Bayar—. Puedo olerlo desde aquí. Haré que un chamán te la saque y cierre la herida con fuego. Has cumplido bien con tu misión.

—¿Ha llegado alguien más hasta vosotros? —preguntó el hombre. Se inclinó hacia delante sobre los brazos cruzados, jadeando como un perro. Bayar negó con la cabeza y el jinete de los yans juró y escupió—. Éramos doce. Llevo mucho tiempo cabalgando y buscando a vuestros tumanes —en su mirada brillaba la rabia y Bayar se impacientó.

—Sí, estábamos divirtiéndonos, conociendo un poco la naturaleza del país. Al final nos has encontrado. Ahora, ¿vas a entregar tu mensaje o hago que te quiten la flecha primero?

Tras ser registrado, el segundo correo había sido autorizado a aproximarse a Kublai, y había abierto su valija de piel y le estaba entregando una hoja doblada y cerrada con el sello de cera de Mongke. Bayar y el jinete herido observaron en silencio a Kublai mientras rompía el sello y leía.

—No hace falta. Ahora ya lo sabe.

Entonces el jinete herido se encorvó, como desinflándose, y Bayar lo cogió por las axilas, haciendo caso omiso del hedor a sudor y orina. Notaba el calor que irradiaba la carne, signo seguro de fiebre. Con todo, Bayar se sorprendió al notar lo poco que pesaba. El joven casi se había dejado morir de hambre para entregar el mensaje y se preguntó qué podía ser tan importante como para enviar a doce jinetes con el mismo mensaje. Bayar tenía suficiente experiencia para saber que las que llegaban así nunca eran buenas noticias. Llamó a uno de sus oficiales, que se acercó al instante.

—Trae a un chamán. Para que pueda vivir, hay que sacarle la punta de la flecha y limpiarle bien la herida. Llévatelo —le pasó al aturdido jinete y se puso de pie, limpiándose las manos en las calzas sin darse cuenta.

Mientras leía, Kublai había empalidecido. La hoja con el sello roto colgaba olvidada de su mano. Tenía la vista clavada en la distancia, sus ojos convertidos en dos vidrios empañados. El ánimo de Bayar se ensombreció aún más y se dirigió hacia él.

—¿Tan malo es? —preguntó el general el voz baja.

—Tan malo —confirmó Kublai, con la voz enronquecida por el dolor.

Durante la marcha hacia el oeste, Xuan se sintió vivo por primera vez en años. Las antiguas habilidades seguían ahí, tras permanecer largos años dormidas, como semillas bajo las hojas de otoño. Podía ver que a sus hombres les sucedía lo mismo.

Habían envejecido en cautividad, habían perdido y desperdiciado sus mejores años, pero, a cada kilómetro que se alejaban de Hangzhou, el pasado iba quedando más y más atrás. Más importantes todavía eran las noticias que habían llegado cuando salían de la ciudad. Habían capturado a unos exploradores mongoles que se dirigían hacia el sur, cada uno de ellos con un mensaje idéntico redactado en el alfabeto de su nación.

Xuan había visto uno de los originales, todavía manchado por la sangre de su portador. Solo una mente suspicaz habría visto los beneficios de anunciar la muerte del khan mientras cabalgaba hacia el sur. Xuan poseía ese tipo de mente, formada tras muchos años de cautividad. Aun así, deseó que la noticia fuera cierta. Conocía las tradiciones que los mongoles obedecían como borregos. Si regresaban a casa, sus rezos habrían sido respondidos y, desde luego, los rezos de la nación Song.

Meneó la cabeza en el viento, despejando sus pensamientos con el movimiento. No le importaba si Mongke Khan estaba realmente muerto o había iniciado algún tipo de oscuro juego. Xuan no sabía si sobreviviría cuando se toparan con los tumanes de Kublai, pero estaba seguro de que jamás retornaría a Hangzhou.

Miró hacia un lado, a su hijo mayor, que cabalgaba a su derecha. Liao-Jin seguía sumido en el puro éxtasis de la libertad, sin importarle hacia dónde cabalgaran o con quién pudieran enfrentarse. Se había metido en el entrenamiento con toda la energía de su juventud. Xuan sonrió para sí. A los hombres les gustaba. Habría sido un excelente emperador, si hubiera tenido un imperio que gobernar. Nada de eso importaba. Eran libres. A todos los que estaban allí, la palabra les sabía dulce como el verano.

En medio de la caótica actividad necesaria para preparar a ocho mil hombres para cabalgar junto a los regimientos Song, no había sido difícil liberar a los demás hijos de Xuan de la cautividad. Xuan, simplemente, había enviado a dos de sus hombres a caballo por las calles de la ciudad, con órdenes de su puño y letra. Nadie se había atrevido a cuestionar su nueva autoridad. Xuan había llegado a contratar unos criados para ellos con la plata de su primo. En cuanto hubiera una noche sin luna, les enviaría al norte con unos cuantos de los mejores hombres Chin que conservaba. Sobrevivirían en sus antiguas tierras, de algún modo. Todavía no le había dicho a Liao-Jin que él también viajaría con sus hermanos, lejos de los tumanes mongoles que se dirigían al este.

En los flancos de la fuerza Chin, cabalgaban varios señores Song. El señor Jin An había cumplido su palabra y les había proporcionado casi cincuenta mil soldados, la mitad de ellos, de caballería. Hasta aquel momento, Xuan no sabía que el joven señor fuera un hombre de tanto poder, pero, al parecer, los de su clan habían sido líderes en el campo de batalla durante muchas generaciones. El señor Jin An había logrado persuadir a otro de que se le uniera, un primo que añadía otros cuarenta mil a las filas. Xuan tenía la sensación de cabalgar en una hueste enorme, aunque ambos señores Song seguían estando furiosos por la falta de apoyo del consejo, o del propio emperador.

Traían consigo cientos de cañones que ralentizaban su avance a un tercio de lo que podía haber sido, pero la visión de aquellos tubos negros recorriendo los excelentes caminos Song le levantaba el ánimo a Xuan. Había veces en las que Xuan era incluso capaz de soñar un futuro en el que destruía al ejército mongol que se estaba abriendo paso por los territorios Song. Una sólida victoria podría llegar a unir al consejo de señores Song, impulsándolos a actuar como una sola fuerza contra la amenaza del norte. En sus días más optimistas, Xuan se permitía imaginar que le devolvían sus antiguas tierras. Era un pensamiento hermoso, pero él mismo sonreía ante su propia necedad. Hacía varias generaciones que los mongoles no habían sido derrotados. Solo deseaba que Tsaio-Wen estuviera allí para ver a los soldados Chin cabalgar con orgullo. El hosco oficial Song había conseguido desaparecer en el mismo momento en que se enviaron las órdenes que le conminaban a presentarse en el cuartel. Al final había resultado ser un cobarde, se dijo Xuan. Pero eso tampoco importaba.

Shaoyang no se encontraba ya demasiado lejos y los exploradores se habían adelantado, los ojos atentos ante el primer signo de los tumanes de Kublai. Los mongoles habían estado en esa zona meses atrás y Xuan no pensaba que fueran a estar cerca, pero les encontraría. Los arrollaría. Xuan alargó la mano y dio unas palmaditas en el pescuezo de su caballo, sintiendo de nuevo la exultación de haber logrado por fin salir de su encierro. Se giró hacia Liao-Jin y gritó por encima del ruido de caballos y hombres.

—Despliega los estandartes, Liao-Jin. Muéstrales a los Song quiénes somos.

Distinguió como un destello los blancos dientes de su hijo mientras pasaba la orden a los portaestandartes de ambos lados. En cierto modo, había sido la tarea más difícil de los anteriores meses. Encontrar una tela no había costado mucho, pero Xuan se había visto obligado a encomendarle la tarea a sus propios hombres, para evitar que su propósito llegara a oídos de los señores o de su primo el emperador y se lo prohibieran antes de que pudiera partir. Habían diseñado, cosido y cortado las alargadas banderas, pintando en la seda amarilla el sello de la noble casa de Xuan. Xuan se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento mientras los portaestandartes desenvolvían la tela. Por fin, los largos estandartes ondearon en el viento, extendiéndose como líneas de oro.

Los últimos soldados del ejército Chin alzaron la cabeza. Las lágrimas asomaron relucientes a los ojos de muchos de ellos ante aquella imagen que no habían esperado volver a ver jamás. Los hombres vitorearon los estandartes del emperador Chin, y Xuan, lleno de orgullo, pesar y gozo, notó que se le hacía un nudo en la garganta.

XXIX

Mientras iba transcurriendo la tarde, los tumanes permanecieron en el mismo lugar, a unos cuantos kilómetros al este de Shaoyang. Los guerreros vieron que varios hombres empezaban a montar la ger de Kublai y la leve pero constante tensión se desvaneció. No recibirían de repente la orden de montar y marchar mientras la tienda blanca estuviera en pie. Entre ellos, los ochenta mil hombres contaban con trescientos mil caballos de refresco que corrían juntos en manada como las hojas de un bosque, marrones, grises, negros y pardos. Además de proporcionarles sangre y leche a los jinetes, todos los ponis transportaban algún artículo del equipo, desde escamas extra para las armaduras, cuerdas y cola, hasta endurecidos pedazos de queso. El secreto de su éxito era que, de entre todas las naciones, solo la suya podía emprender incursiones a cientos de kilómetros de distancia de su campamento principal.

Cuando se puso en pie en la vacía pradera, rodeado por el mar de caballos y de hombres, Kublai parecía sumido en una especie de trance. A lo lejos se veían los carros de su campamento, avanzando despacio tras ellos. Había percibido la figura de Bayar acercándose de nuevo y hablando con él, pero no contestó sino que permaneció en silencio, replegado por completo en sí mismo.

La orden de levantar la ger había sido de Bayar. Un temor aprensivo embargaba al general. Fuera lo que fuese lo que Kublai había leído le había dejado blanco y aturdido sobre la verde llanura. Cuestionar a un jinete de los yans acerca de sus mensajes era un delito penado con la flagelación, pero, aun así, Bayar observó atentamente cómo el hombre aceptaba un té y un bolsillo de pan y carne. El jinete masticaba con la misma mirada perdida que Bayar había visto en Kublai y el general estaba impaciente por llevarse a aquel hombre a dar una vuelta y descubrir la verdad.

Los carros llegaron, recibidos sin fanfarria ni una gran bienvenida ahora que las esposas y los niños ya no estaban. Los hombres soltaron a los bueyes y los camellos para que pastaran, montaron las forjas en la hierba y las alimentaron con carbón vegetal hasta que el pesado hierro relució incandescente. Los guerreros que necesitaban algo se dirigieron hacia allí sin demasiada urgencia. Dispersos por la llanura, otros se sentaron para estirar las piernas y las espaldas. Muchos de ellos aprovecharon para defecar en un lugar donde no iban a quedarse o para orinar en la hierba. Otros afilaron sus armas y comprobaron los arcos y las flechas como les gustaba hacer a la menor oportunidad. Algunos de ellos comieron, otros hablaron, pero la extraña quietud que había brotado en el centro mismo de los tumanes iba propagándose poco a poco, de manera que cada vez había más hombres que sabían que algo andaba mal.

Cuando concluyó el montaje de la ger, Bayar volvió a aproximarse a Kublai.

—Hay un lugar para descansar, mi señor —dijo.

Kublai retiró con esfuerzo la mirada de algún punto interior.

—Tráeme mis fardos —pidió con voz suave—. Hay cosas que necesito en ellos.

Bayar se inclinó y se alejó al trote. La tarde estaba siendo tan extraña que se sentía impelido a regresar junto a Kublai cuanto antes. Envió a cuatro exploradores hacia los carros del bagaje a buscar los gruesos rollos, atados con cuerda.

—Metedlos ahí —le ordenó Bayar a los hombres. Kublai no se había movido—. Mi señor, ¿tan terribles son las noticias? ¿No vas a decirme qué ha pasado?

—El khan ha muerto, general —respondió Kublai, con un hilo de voz—. Mi hermano ha muerto. Nunca más le volveré a ver.

Bayar retrocedió, conmocionado. Movi6 la cabeza a un lado y a otro como si con ello pudiera negar las palabras que acababa de escuchar. Observ6 a Kublai agacharse para entrar en la ger y desaparecer en su penumbra. Bayar sintió como si le hubieran dado una patada en el pecho, como le estuvieran sacando el aire de los pulmones a martillazos. Se ech6 hacia delante, apoyando las manos en las rodillas mientras intentaba pensar.

Uriang-Khadai estaba lo suficientemente cerca como para ver el demoledor efecto que tenía sobre Bayar lo que Kublai le había dicho, fuera lo que fuera. Se aproxim6 al general con expresi6n recelosa: necesitaba saber pero, al mismo tiempo, le preocupaba terriblemente lo que podría oír.

Bayar se dio cuenta de que había muchos hombres cerca que habían notado su reacci6n ante las noticias. Casi habían dejado de fingir que no estaban escuchando. A pesar del castigo, dudaba de que los dos jinetes del yan fueran a estar tranquilos mucho más tiempo. Era imposible contener la noticia. Bayar empez6 a sudar de solo pensarlo. Se extendería por todo el mundo. Las campañas se detendrían, las ciudades se pararían al escucharla. Los hombres de poder de los khanatos sabrían que volvían a estar sumidos en el caos. Algunos de ellos temerían el futuro; otros estarían afilando sus espadas.

—Mongke Khan ha muerto —inform6 Bayar a su superior.

Uriang-Khadai se puso pálido, pero al instante se repuso.

—¿Cómo ha sucedido? —pregunt6.

Bayar levant6 las manos en un gesto de impotencia. Todo lo que Kublai había logrado en tierras Song había sido arrojado al caos por un solo mensaje. Apenas podía pensar. Observándole, los labios de Uriang-Khadai se adelgazaron hasta convertirse en una costura de carne blanca.

—Contróláte, general. No es la primera vez que perdemos a un khan. La naci6n continúa. Ven conmigo, hablaremos con los jinetes del yan. Sabrán más de lo que nos han contado.

Bayar clav6 la mirada en el orlok y le sigui6 cuando este se alejó a grandes zancadas en direcci6n al jinete que no estaba herido, que le mir6 como un conejo miraría a un lobo.

—Tú. Dime lo que sepas.

El jinete de los yans trag6 el bocado de pan y carne que estaba masticando,

arañándose el esófago, y, a continuación, se puso de pie.

—Fue un Asesino, general.

—*Orlok* —corrigió con brusquedad Uriang-Khadai.

Temblando, el hombre repitió el título.

—*Orlok*. Me enviaron junto con doce más. Otros se dirigieron al norte hacia las líneas del yan en territorio Chin.

—¿Qué? —Uriang-Khadai se acercó un paso más—. ¿Estabais en territorio *Song*?

—El khan venía hacia el sur, *orlok* —tartamudeó el jinete, cada vez más nervioso. Sabía que, en principio, los jinetes del yan eran intocables, pero, antes o después, iba a tener que decirles cómo había muerto el khan. Era un golpe en el seno mismo del estamento de los jinetes del yan. Nunca volverían a confiar en ellos.

—¿A qué distancia están? —exigió saber Uriang-Khadai—. ¿Cuántos hombres? ¿Tengo que preguntarte yo por cada detalle o vas a soltar lo que sabes de una vez?

—Lo... lo siento, *orlok*. Veintiocho tumanes, pero no avanzarán más. *Orlok Seriankh* los está llevando de regreso a Karakorum. Los demás hermanos del khan habrán sido informados ya, desde luego el señor Arik-Boke sí, ya que estaba en la capital. El señor Hulegu lo sabrá en los próximos días, si no lo sabe ya —el correo trató de encontrar algo más que decir bajo la fría mirada de Uriang-Khadai—. Yo estaba allí cuando descubrieron el cadáver de Guyuk Khan, señor. La nación se retirará a Karakorum hasta que sea nombrado un nuevo khan.

—Y yo estaba allí cuando Tsubodai recibió la noticia de la muerte de *Ogedai*, muchacho. No me digas lo que ya sé.

—No, *orlok*, lo siento.

Uriang-Khadai se volvió hacia Bayar, frustrado con el jinete de los yans y su nerviosismo.

—¿Tienes alguna pregunta que hacerle?

—Solo una —contestó Bayar—. ¿Cómo llegó un Asesino hasta el khan en medio de un ejército de tales dimensiones?

Por la cara del extenuado joven, se diría que el pan y la carne se le habían quedado atascados en la garganta.

—Se... se disfrazó de jinete de los yans. Le dejaron pasar. Le registraron, pero he oído decir que consiguió esconder una pequeña navaja.

—Por los clavos de Cristo —rugió Uriang-Khadai.

Bayar le miró, sorprendido, aunque los juramentos cristianos estaban popularizándose incluso entre aquellos que no conocían la propia fe.

Durante largo tiempo, Kublai se quedó en la ger, sin moverse. Deseó que Chabi estuviera junto a él, pero no conseguía reunir fuerzas para ordenar que la llamaran. Oía el ruido de los hombres moviéndose alrededor de la tienda, pero, al menos, ese pequeño espacio le protegía de sus miradas. Era un alivio estar separado de ellos,

aunque no estaba llorando. Sus pensamientos avanzaban con lentitud y torpeza. Cuando era un niño, una vez que había estado nadando en un río helado sintió cómo se le entumecían los brazos y las piernas, quedando inservibles, inútiles. Creyó que iba a ahogarse. Había sido Mongke el que le sacó, el hermano mayor, que se echó a reír mientras él temblaba y se hacía un ovillo sobre la orilla.

Cientos de recuerdos, miles de conversaciones luchaban por hacerse un sitio en su mente. Recordó a Mongke enviándole a aplastar a los Song, pero también la antigua ger que habían encontrado en un valle cuando tenían unos quince años. Mientras el resto de la familia dormía, Kublai y Mongke habían cogido unas barras de hierro y la habían destruido. La madera y el fieltro podridos se habían derrumbado sobre sí mismos mientras ellos, que tuvieron suerte de no aporrearse el uno al otro en su entusiasmo, agitaban los brazos como aspas y asestaban golpes como locos.

No era una historia grandiosa como las que se cuentan en los funerales de un khan, sino solo dos chiquillos comportándose como idiotas una noche, para divertirse. Más adelante, habían sabido que la ger no estaba abandonada en absoluto. Cuando su propietario había regresado, su cólera había sido descomunal y había jurado encontrar a los responsables. Pero nunca lo logró. A pesar de todos los años de adulto que habían transcurrido desde ese día, Kublai sonrió al recordarlo. Había perdido a varios amigos, pero había creído que sus hermanos estarían allí siempre, para lo bueno y para lo malo. Perder a Mongke era recibir un hachazo en los mismos cimientos de todo cuanto era el propio Kublai.

Cuando las piernas le fallaron, Kublai casi ni se percató de que se estaba cayendo. Se encontró a sí mismo despatarrado sobre unos gruesos rollos de alfombra, mientras una nube de polvo se elevaba en el aire a su alrededor. Sintió que se asfixiaba y, de forma inconsciente, llevó las manos a los lazos de cuero de su armadura y tiró de ellos hasta que el peto de escamas lacadas se abrió. Desató el último nudo con un espasmo de ira, tirándolo al suelo. El movimiento le espabiló y se quitó con gestos bruscos el casco y las protecciones de los muslos, que cayeron con un estrépito metálico sobre las otras piezas de la armadura amontonadas en el suelo de tela. Poco después, todas las piezas estaban en la pila y Kublai se sentó, vestido con unas sencillas calzas y una rígida túnica de seda, cuyas mangas eran tan largas que le cubrían las manos y que se había recogido formando unos puños. Sin la armadura, se sintió mejor y se rodeó las rodillas con los brazos, meditando sobre lo que debía hacer.

Bayar localizó al explorador que llegaba al galope antes que Uriang-Khadai. Le dio una palmada a su superior en el hombro y ambos se giraron para observar cómo el jinete desviaba su montura hacia la única tienda que podía ver en aquella multitud de caballos pastando y hombres descansando.

El explorador desmontó junto a la ger, pero Bayar le interceptó cogiéndolo del

brazo y alejándole de allí lo suficiente como para estar seguro de que Kublai no oiría la interrupción.

—Informa —ordenó Bayar.

El rostro del batidor estaba rojo y relucía de sudor. Había cabalgado a toda velocidad durante muchos kilómetros. Tras lanzar una sola mirada a la ger, inclinó la cabeza ante ambos hombres.

—Orlok, general. Hay un ejército Song en las inmediaciones. Diez regimientos de infantería o más. Cinco de caballería y numerosos cañones. Han adelantado a sus propios exploradores y solo tuve tiempo para hacer unos cálculos aproximados antes de regresar.

—¿A qué distancia están? —preguntó Uriang-Khadai. Su mirada se posó en la solitaria ger.

—A unos cincuenta kilómetros al este, más o menos —el batidor hizo un ademán indicando un movimiento del sol en el cielo.

—Con la artillería, no llegarán aquí hasta mañana —dijo Bayar, aliviado.

—A menos que, a raíz de haber establecido contacto, sigan adelante dejando atrás los cañones —repuso Uriang-Khadai con gesto malhumorado—. En cualquier caso, da igual. Tenemos que retirarnos.

El explorador desplazó su mirada de uno a otro con sorpresa. Se había alejado de los tumanes en su labor de reconocimiento y no sabía nada de las noticias que habían llegado durante su ausencia. Ninguno de los dos se preocupó de informarle.

—Cambia de montura y vuelve allí tan deprisa como puedas —le ordenó Uriang-Khadai al batidor—. Necesito unos ojos cerca de ellos. Mejor todavía, llévate a otros tres y vete dejando a uno de ellos en cada cuarto de la distancia para que puedan transmitirme cualquier cosa que veas con la máxima rapidez.

El explorador hizo una reverencia y se alejó a la carrera.

Bayar iba a decir algo, pero su frase quedó olvidada cuando Kublai salió de la tienda. Había dejado su armadura dentro y ambos hombres contemplaron boquiabiertos el cambio que se había producido en él. Llevaba una túnica de seda dorada con un ancho cinturón de color rojo oscuro. En el pecho llevaba bordado un dragón verde oscuro, el símbolo más alto de la nobleza Chin. De su cadera pendía una larga espada y sus nudillos se veían blancos sobre la funda cuando alzó la mirada y se acercó a sus dos hombres de más rango.

Bayar y Uriang-Khadai hincaron una rodilla en el suelo, inclinando la cabeza ante él.

—Mi señor, lamento profundamente lo sucedido —dijo Uriang-Khadai. Vio que Kublai levantaba la vista hacia los cuatro exploradores que, cerca de allí, montaban a sus caballos y partían al galope hacia el este. Uriang-Khadai decidió explicar la situación antes de que Kublai le preguntara.

—Hay un ejército Song viniendo hacia el oeste, mi señor. No llegarán a tiempo de impedir nuestra retirada.

—Nuestra retirada —repitió Kublai, como si no entendiera. Uriang-Khadai titubeó bajo la ambarina mirada.

—Mi señor, podemos mantenernos por delante de ellos. Podríamos estar de nuevo en tierras Chin en primavera. El jinete de los yans dijo que tus hermanos ya habrán recibido las noticias. Ya habrán emprendido el camino de vuelta a casa.

—Orlok, no me entiendes en absoluto —replicó Kublai con suavidad—. Estoy en casa. Este es mi khanato. No lo abandonaré.

Los ojos de Uriang-Khadai se agrandaron cuando comprendió el significado de las ropas de Kublai.

—Mi señor, habrá una quiriltai, una asamblea de príncipes. Tus hermanos...

—Mis hermanos no tienen ni voz ni voto en lo que sucede aquí —le atajó Kublai. Su voz se endureció—. Acabaré lo que he comenzado. Ya lo he dicho: este es mi khanato —pronunció las palabras con una especie de fascinación, como si solo entonces hubiera comprendido el tumulto que bullía en su interior. Mientras continuaba, a la luz del sol, sus ojos refulgían como lascas de oro—. No, este es mi imperio, Uriang-Khadai. No conseguirán que me marche. Prepara a los tumanes para la batalla, orlok. Me enfrentaré a mis enemigos y les derrotaré.

Xuan caminaba arriba y abajo en la oscuridad. Su mente funcionaba demasiado deprisa para poder descansar, abrumándole, a voz en cuello, con preguntas y recuerdos. Los ejércitos eran cosas extrañas, a veces mucho más grandes que las fuerzas individuales de los soldados que los componían. Hombres que, de estar solos, podrían haber echado a correr, resistían con valor cuando estaban junto a sus amigos y sus líderes. Y, sin embargo, todos ellos tenían que dormir y todos ellos tenían que comer. Xuan había acampado cerca de un enemigo con anterioridad y esa seguía siendo una de las experiencias más extravagantes de su vida. Los ejércitos estaban tan próximos que podía ver las fogatas mongolas como puntos de luz en la crepuscular llanura. Los dos señores Song habían apostado guardias y batidores en lugares estratégicos alrededor del campamento, pero nadie esperaba que los mongoles emprendieran un ataque nocturno. Su fuerza residía en la velocidad y las maniobras, cualidades que se perderían en la ciega oscuridad. Xuan sonrió al pensar en los hombres que dormían apaciblemente junto a aquellos a los que intentarían matar por la mañana. Solo la humanidad podría haber concebido una forma tan rara y artificial de morir. Tal vez los lobos desgarraran la carne del ciervo, pero nunca dormían y soñaban cerca de su presa.

En algún lugar de las inmediaciones, Xuan oyó el profundo ronquido de un soldado que debía de estar durmiendo boca arriba. El sonido le hizo reír entre dientes, aunque desearía poder encontrar él mismo el bálsamo del sueño. Ya no era joven y sabía que lo acusaría al día siguiente, cuando resonaran los cuernos. Lo único que podía esperar es que la batalla no fuera tan larga que su cansancio hiciera que le

mataran. Era una de las grandes verdades de la batalla, que nada agotaba a un hombre tan rápidamente como la agitación y el forcejeo de las luchas cuerpo a cuerpo.

Unas sombras se movieron en la oscuridad y Xuan levantó la cabeza, súbitamente espantado. Oyó la voz de su hijo y se relajó.

—Estoy aquí, Liao-Jin —susurró.

El pequeño grupo se acercó a él y, aunque estaba oscuro, reconoció a todos ellos. Sus cuatro hijos eran toda la huella que había dejado en el mundo. El señor Jin An lo había entendido. Xuan pensó con afecto en el joven noble. Podría haber sacado a sus hijos de su cautiverio sin hablar con Jin An, pero era muy probable que les hubieran descubierto. Xuan se había arriesgado a hablar honestamente con Jin An, y no se había equivocado con él. El señor Jin An le había comprendido al instante.

Con una suave presión, Xuan puso una bolsa de monedas en la mano de su hijo. Liao-Jin le miró sorprendido, esforzándose por distinguir los rasgos de su padre a la luz de las estrellas.

—¿Qué es esto? —inquirió en voz baja.

—Un regalo de un amigo —respondió Xuan—. Suficiente para sustentarnos a todos durante algún tiempo. Sobrevivireis y estaréis entre personas de vuestro propio pueblo. No tengo ninguna duda de que encontraréis a otros dispuestos a ayudaros, pero pase lo que pase, tenéis la oportunidad de vivir una vida y tener hijos propios. ¿No es eso lo que querías, Liao-Jin? Tal vez alguien estuviera escuchando aquel día... Ahora, marchaos. Os he conseguido unos caballos y solo dos hombres para acompañaros, hijo mío. Son leales y desean ir a casa, pero no quiero enviar a muchos para que no se les ocurra la idea de robaros —Xuan suspiró—. He aprendido a no confiar. Me avergüenza.

—¡Yo no me voy! —dijo Liao-Jin, elevando demasiado la voz. Sus hermanas le conminaron a bajar la voz, pero él les entregó la bolsa de monedas y se acercó a su padre, inclinando la cabeza para hablarle al oído.

—Los demás deben irse. Pero yo soy un oficial de tu regimiento, padre. Permíteme quedarme. Permite que luche a tu lado.

—Preferiría saber que vivirás —dijo Xuan con sequedad—. Muchos de los que están aquí morirán mañana. Puede que yo sea uno de ellos. Si eso sucede, déjame tener la certeza de que mis hijos y mis hijas están libres y a salvo. Como tu comandante, te ordeno que vayas con ellos, Liao-Jin, con todo mi amor y mis bendiciones.

Liao-Jin no contestó. En vez de eso, aguardó mientras sus hermanas y hermano abrazaban a su padre por última vez, manteniéndose alejado de todos ellos. Sin decir una palabra más, Liao-Jin los guio hacia la oscuridad, hacia donde esperaban los caballos. Xuan apenas veía nada, pero les oyó montar y el sollozo de su benjamina, que lloraba por su padre. El sonido le rompió el corazón.

El pequeño grupo se alejó a través del campamento y, una vez más, Xuan se alegró de haber pensado en pedirle permiso al señor Jin An. Los gritos sobresaltados

de los centinelas Song no horadarían el aire nocturno. A Jin An le había complacido el plan e incluso había firmado algunos papeles para Xuan que serían de ayuda si los retoños del Hijo del Cielo eran detenidos en tierras Song. Todo lo demás estaba en manos del destino. Xuan había hecho cuanto había podido para darles una oportunidad.

Oyó unos pasos aproximándose y una triste certeza le llenó de desaliento. No se sorprendió cuando la oscura figura habló con la voz de Liao-Jin.

—Se han ido. Si has de morir mañana, yo estaré a tu lado —dijo su hijo.

—No deberías haberme desobedecido, hijo mío —contestó Xuan. Su voz se suavizó al continuar hablando—. Pero ya que lo has hecho, quédate a mi lado mientras recorro el campamento. No voy a dormir.

Para su sorpresa, Liao-Jin alargó la mano y la posó fugazmente en su hombro. Nunca habían sido una familia proclive a dar muestras abiertas de afecto, lo que hacía su gesto aún más valioso. Xuan sonrió en la oscuridad mientras empezaban a andar.

—Déjame que te hable sobre nuestros enemigos, Liao-Jin. Los conozco bien: han estado conmigo durante toda mi vida.

Karakorum estaba llena de guerreros, los tumanes volvían a cubrir las llanuras que se extendían frente a la ciudad y todas las habitaciones albergaban como mínimo a una familia. Doscientos mil hombres habían vuelto a casa e innumerables partidas de caza esquilaban la tierra en un radio de más de cien kilómetros. En los abarrotados campos, la conversación giraba a menudo en torno a Xanadú, en el este, que, al parecer, estaba clamando por recibir habitantes.

Arik-Boke se encontraba en los más profundos sótanos del palacio, mientras la vida y el movimiento bullían sobre su cabeza. Hacía frío en aquel lugar y se estremeció, frotándose la piel de gallina de los brazos. El cuerpo de su hermano estaba allí y Arik-Boke no podía retirar los ojos de él. Tradicional hasta el final, Mongke había dejado instrucciones respecto a su muerte, pidiendo ser llevado a la misma montaña donde yacía su abuelo y ser enterrado con él. Cuando estuviera listo, Arik-Boke le llevaría personalmente. La patria envolvería a su hermano, devolviéndole a la tierra.

El cadáver estaba amortajado y habían cosido el terrible tajo de blancos bordes. Aun así, al encontrarse allí solo, en la mortecina luz de la estancia, frente a esa mera farsa del hermano que había conocido y amado, a Arik-Boke le recorrió un escalofrío. Mongke había confiado en él para hacerse cargo del gobierno de Karakorum durante su ausencia. Le había entregado la patria ancestral. Mongke había comprendido que la sangre y la fraternidad eran una fuerza tan poderosa que nada podía romperla, ni siquiera la muerte.

—He hecho lo que querías, hermano —le dijo Arik-Boke al cadáver—. Me confiaste tu capital y no te he decepcionado. Hulegu está de camino para honrarte y

honrar todo lo que hiciste por nosotros.

Arik-Boke no lloraba. Sabía que Mongke se habría burlado si hubiera visto a sus hermanos ponerse sentimentales, con los ojos enrojecidos por las lágrimas. Su intención era beber hasta perder el sentido, caminar entre los guerreros mientras ellos también se emborrachaban y cantar y vomitar y volver a beber. Tal vez entonces podría derramar algunas lágrimas sin vergüenza.

—Kublai llegará pronto a casa, hermano —dijo Arik-Boke. Suspiró para sí. Dentro de poco tendría que volver al banquete funerario que se estaba celebrando arriba. Solo había querido decirle unas palabras a su hermano. Era casi tan difícil como si Mongke hubiera estado vivo y escuchando.

—Desearía haber estado allí cuando nuestro padre dio su vida por Ogedai Khan. Desearía haber podido dar mi vida para salvarte. Ese habría sido mi propósito en el mundo. Lo habría hecho, Mongke, lo juro.

Escuchó el eco de su propia voz en el sótano y alargó la mano para tomar la de hermano, asombrándose de su peso.

—Adiós, hermano mío. Intentaré ser el hombre que deseabas que fuera. Estoy dispuesto a serlo en tu memoria.

XXX

Antes de que saliera el sol, antes incluso de la luz grisácea que anunciaba el amanecer, ambos campamentos empezaron a despertar y a prepararse. El té hirvió en diez mil cacharros y los estómagos recibieron un sólido desayuno. Los hombres vaciaron sus vejigas, a menudo más de una vez, pues el nerviosismo tensaba los músculos. En el bando Song, los equipos de artilleros revisaron sus preciosas armas por enésima vez, frotando las pulidas balas y comprobando que las bolsas de pólvora no habían quedado inutilizadas por la humedad.

Cuando llegó la pálida luz conocida como el alba del lobo, ambos ejércitos por fin pudieron verse. Los mongoles ya habían montado, adoptando formaciones de minghaans de mil hombres que actuarían de forma independiente en la batalla. Algunos hombres desentumecieron las tensas espaldas cabalgando arriba y abajo entre las líneas. Muchos de ellos comprobaron las cuerdas de sus arcos tendiéndolos sin flecha, relajando los poderosos músculos de sus hombros.

Algunas cosas tenían que esperar a que hubiera más luz, pero en cuanto pudo distinguir un hilo blanco de uno negro, el señor Jin An ordenó que la artillería fuera colocada en posición en la línea del frente. Otros cañones fueron llevados a los flancos, donde dirigirían sus negras bocas contra cualquier ataque lateral. Podía ver a los oficiales mongoles escudriñando sus regimientos desde la distancia, tomando nota de sus posiciones y señalándose detalles de la formación entre sí. El señor Jin An sonrió. Por muy valientes o veloces que fueran los mongoles, tendrían que cabalgar a través de los rugientes disparos de sus cañones para alcanzar sus filas. Había aprendido de las derrotas de otros hombres. Trató de ponerse en la piel de los mongoles para intuir cómo podrían responder a esa exhibición de fuerza, pero no pudo. Eran unos salvajes piojosos, mientras que él pertenecía a la nobleza de un antiguo imperio.

Los regimientos Song formaron tras las hileras de cañones. Jin An, desde su caballo, observaba cómo sus subordinados reunían a los soldados encargados de la artillería ligera en la trasera de las primeras filas. La recarga de sus no tan livianos cañones de mano era lenta y los disparos eran notoriamente inexactos, pero sería difícil que fallaran disparando al lado de los cañones de artillería pesada. Cuando se agotaran los proyectiles y la pólvora, saldrían sus filas de caballería. Todavía más atrás a continuación de los cañones de mano, en disciplinado silencio, los espadas aguardaban en su lacada armadura de hierro y madera. Jin An había situado al contingente Chin allí, tras la protección de sus cañones.

Le gustaba aquel hombre que una vez había sido emperador. Jin An había dado por sentado que Xuan sería uno de esos nobles que, tras haberlo perdido en buena medida, vivían obsesionados por su estatus. Sin embargo, Xuan le recordaba al señor Song que había sido su propio padre, muerto hacía casi una década. Había hallado en ambos el mismo hastío melancólico, atemperado con un humor incisivo y la

sensación de que había visto más de lo que querían recordar. Jin An no pensaba que los soldados Chin fueran a salir corriendo, pero, al mismo tiempo, no se atrevía a confiar su estrategia en hombres tan mayores. Al amanecer se habían mostrado entusiastas, desde luego, pero si la lucha se prolongaba durante todo el día, no serían capaces de mantener el ritmo de hombres a los que doblaban en edad. Jin An se propuso preocuparse de tenerlos vigilados durante el combate para asegurarse de que esa posible debilidad no se propagara por las líneas.

Parecía que el sol no iba a llegar nunca a lo alto del horizonte oriental. Jin An imaginó cómo su radiante rostro se presentaba ante los ciudadanos de Hangzhou y ante los señores que todavía desdeñaban la amenaza que se cernía sobre su cultura y su emperador. Eran unos necios. Antes de que el sol se pusiera, confiaba en haber vencido al ejército extranjero que había osado penetrar en tierras Song. Con una victoria así a sus espaldas, un hombre podía llegar verdaderamente lejos. No era más que un día, se dijo a sí mismo, notando cómo empezaba a sudar. Un único, largo día.

Kublai observaba al enemigo desde su caballo, flanqueado por Bayar y Uriang-Khadai. Los demás oficiales ya habían hecho formar a los tumanes, aunque los guerreros permanecerían atentos para recibir cualquier contraorden de los tres hombres que estudiaban las posiciones Song.

—No entiendo cómo puede haber estandartes Chin ondeando allí —dijo Kublai, frunciendo el ceño—. ¿Se están burlando presentando los colores de hombres a los que hemos derrotado? Si es así, son idiotas. Derrotamos a los Chin. No nos dan ningún miedo.

—Mi señor, es más importante considerar el hecho de que las filas de cañones reducen su capacidad para maniobrar —dijo Uriang-Khadai. En su interior ardía una indignación latente por el hecho de que Kublai se hubiera negado a oír hablar siquiera de retirarse. En su frustración, sus maneras se tornaron todavía más forzadas, y adoptó un tono sermoneador—. Depositán una fe excesiva en la artillería pesada, mi señor, pero todavía podemos movernos. Con el debido respeto, tengo que señalar que me he opuesto a enfrentarnos a ellos desde el principio. Esta formación no hace sino reafirmar mi punto de vista. ¿Por qué suicidarse contra sus cañones?

A Kublai le irritaba reconocer que Uriang-Khadai tenía toda la razón. Antes de recibir la noticia de la muerte de su hermano, sabía que habría evitado a los regimientos Song, obligándoles a salir tras él y dejar atrás sus cañones, o bien a avanzar tan despacio con ellos que nunca les habrían dado alcance. Así, habría podido elegir el mejor terreno para atacar.

Era puro sentido común no permitir que el enemigo saque provecho de su principal ventaja. Todos los cañones de Kublai, tanto los que había capturado como los que había traído desde casa, se encontraban a cientos de kilómetros de allí, oxidándose. El poder de las armas era terrorífico cuando se utilizaban en el lugar y el

momento adecuados, pero, hasta que alguien descubriera una forma de trasladarlas con rapidez, con frecuencia acababan resultando un obstáculo para la veloz caballería. El comandante Song no parecía comprender eso, en absoluto.

No obstante, bajo su aparente calma, Kublai sentía que una parte de él clamaba y luchaba con uñas y dientes por exteriorizarse. Con la boca ensangrentada y el corazón de un salvaje, exigía que atacara justo donde el enemigo era más fuerte. Quería coger todo el dolor y el pesar por la muerte de su hermano y arrojarlo contra aquellos cañones de hierro. Quería demostrarle a Mongke que tenía valor, tanto si el espíritu de su hermano le observaba como si no.

—Sun Tzu dijo que hay siete condiciones para la victoria —dijo Kublai—. ¿Tengo que enumerártelas?

—Sun Tzu nunca estuvo en una guerra en la que se utilizara pólvora, mi señor —insistió con terquedad Uriang-Khadai.

—Una. ¿Cuál de los dos soberanos está imbuido de Ley Moral? ¿Quién tiene la razón, orlok? A los hombres eso les importa. Los Song están defendiendo sus tierras, así tal vez el primer punto debe ser para ellos. Por otro lado, yo soy el nieto de Gengis Khan y todas las tierras me pertenecen.

Uriang-Khadai le miró, preocupado, y guardó silencio. Nunca había visto a Kublai tan intensamente concentrado. El erudito que una vez fuera había muerto apaleado y Uriang-Khadai temió los posibles efectos de su dolor.

—Dos. ¿Cuál de los generales tiene más habilidad? Te doy un punto, Uriang-Khadai, y otro a ti, Bayar. Esos Song han construido una casa que no puede moverse, construida con muros de cañones. Tres. ¿A quién benefician los cielos y la tierra? Ahí estamos iguales, porque la tierra es plana y los cielos están despejados.

—Mi señor... —trató de interrumpirle Uriang-Khadai.

—Cuatro. ¿En qué bando se aplica la disciplina con mayor rigor? Ese sería para nosotros, orlok, porque contamos con hombres cuyas vidas son duras desde que nacen, hombres que tienen que soportar penurias. No se han ablandado en las ciudades Song. Cinco. ¿Qué ejército es el más fuerte? En cifras, tal vez los Song, pero hemos derrotado a sus ejércitos antes. Ese me lo quedará para mí, yo creo. Seis. ¿Qué bando cuenta con los oficiales y hombres mejor entrenados? Ese es para nosotros. Todos nuestros hombres han luchado y vencido muchas veces. Somos soldados veteranos, Uriang-Khadai. Somos los tumanes de élite de la nación. Los Song han estado en paz durante demasiado tiempo —hizo una pausa—. La última es extraña. ¿Qué ejército demuestra más constancia en la recompensa y el castigo? Sun Tzu valoraba a los buenos líderes, creo, si lo he entendido correctamente. Sin conocer a los Song, no puedo estar seguro, así que en este punto diremos que estamos iguales. El resultado nos favorece, orlok.

—Mi señor, los cañones...

—Los cañones hay que limpiarlos entre disparo y disparo —dijo Kublai con sequedad—. Hay que retirar de los tubos los restos de tela ardiendo o las brasas. Hay

que meter otra bolsa de pólvora y agujerearla con cuidado con una caña hueca rellena de pólvora negra. Hay que levantar la bala hasta el tubo y meterla dentro. Todo eso lleva su tiempo, orlok, y nosotros no les daremos tiempo. Dispondrán de un disparo y, después, habremos avanzado suficiente como para que nuestras flechas maten a los artilleros. Podemos hacer frente a un disparo.

Su mirada amarilla se había mantenido fija en el regimiento Song que les aguardaba, pero ahora se giró hacia Uriang-Khadai, con los ojos centelleantes.

—¿Acaso debería tratarlos con respeto, a esos Song que no saben nada de la guerra? ¿Debería temer sus armas, su pólvora negra? No, orlok. No los temo y no los temeré.

—Mi señor, te ruego que reconsideres la situación. Hagamos que aguarden en formación y dejémosles unos cuantos días sin agua. Hagamos que pasen hambre mientras nosotros recorremos la zona en busca de comida y nos mantenemos fuertes. No pueden permanecer en un sitio para siempre, dejándonos cabalgar libremente a su alrededor. Déjame quemar las ciudades más próximas y se verán obligados a responder, a salir.

—Y para entonces otro ejército Song se habrá puesto en camino para apoyarles —dijo Kublai con amargura—. ¿Todavía no has aprendido que este pueblo es interminable? Hoy, creo que responderé ante su arrogancia con mi propia arrogancia. Cabalgaré hacia las bocas de sus cañones.

Al oírle, Uriang-Khadai se quedó horrorizado.

—Mi señor, debes permanecer lejos de la batalla. Los hombres te consideran su líder. Si murieras...

—Entonces moriría. La decisión está tomada, orlok. Lucha a mi lado o únete a la tropa bajo las órdenes de otros.

Lentamente, Uriang-Khadai inclinó la cabeza, comprendiendo por fin que no haría que Kublai cambiara de idea. Volvió a mirar hacia los cañones Song: ahora que sabía que cabalgaría hacia ellos los veía bajo una nueva luz.

—En ese caso, mi señor, sugiero avanzar en filas espaciadas y regresar tras el primer disparo lanzando una tupida lluvia de flechas y una carga de lanzas. Si me lo permites, señor, también reservaría dos grupos de quinientos jinetes de caballería pesada para atacar en cuanto las primeras brechas aparezcan en sus líneas.

De repente, Kublai esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—Eres un hombre interesante, Orlok Uriang-Khadai. Espero que sobrevivas a este día.

—Yo también, mi señor —dijo Uriang-Khadai haciendo una mueca—. Con tu permiso, pasaré estas órdenes a los minghaans, diciéndoles que disparen primero sobre los equipos de artilleros —cuando Kublai asintió, continuó—. Los Song no han situado demasiados cañones en su retaguardia, mi señor. El general Bayar es razonablemente competente. Sería conveniente que rodeara a sus regimientos con un tumán y que les atacara desde atrás.

Bayar se rio entre dientes al oír esa descripción tan poco entusiasta de sí mismo.

—Muy bien —contestó Kublai. Tras haber tomado la decisión, se sentía más ligero. Ya estaba hecho. Cabalgaría contra los cañones Song junto a sus hombres. Las tabas de su destino volaban muy altas en el aire.

Uriang-Khadai repartió las nuevas órdenes a los oficiales minghaan. A través de ellos, la información llegó a los comandantes de los jagun de cien hombres y a los oficiales de menor rango, al cargo de solo diez hombres. El sol apenas se había desplazado antes de que todos los guerreros hubieran comprendido lo que Kublai quería que hiciesen. No dio ningún discurso ante ellos. Aunque lo hubiera hecho, solo unos pocos habrían oído sus palabras. Aunque observó atentamente su reacción, no parecieron sorprenderse ante las órdenes, sino que se prepararon sin más para la lucha, comprobando sus monturas y armas una última vez. Kublai rezó una oración silenciosa al espíritu de su hermano. Ese día morirían muchos hombres que tal vez habrían vivido si él hubiera hecho distintas elecciones.

Se detuvo y el momento se alargó en su mente: sintió cómo si se levantara un velo, como si el sol brillara a través de su dolor por primera vez. Casi podía oír la voz de Mongke hablando con ira o con burla. Durante un instante, fue como si su hermano estuviera detrás de él. Kublai clavó los talones en su montura y se dirigió hacia donde Uriang-Khadai y Bayar repasaban el plan de batalla con otro grupo de hombres. Kublai no desmontó.

—Tengo nuevas órdenes, Orlok Uriang-Khadai. Rodearemos a su ejército y marcharemos sobre Hangzhou. Si el enemigo deja sus cañones para perseguirnos, daremos media vuelta y los aplastaremos. Si los traen consigo, atacaremos mientras los cañones estén todavía sujetos a los tiros de bueyes.

—Gracias a Dios —dijo Uriang-Khadai.

Los hombres que le rodeaban estaban sonriendo y, de repente, Kublai se dio cuenta de la enorme presión que habían estado soportando hasta entonces. Sin embargo, no habían rehusado hacer lo que les había pedido. Su corazón se llenó de orgullo.

—Somos los tumanes de Mongke Khan —dijo Kublai—. Avanzamos, atacamos y volvemos a avanzar. Montad. Dejemos atrás a estos estúpidos Song.

Se oyeron risas entre los hombres a medida que la noticia fue propagándose por las filas y las palabras de Kublai fueron repetidas cientos de veces. Los tumanes partieron al trote y los regimientos Song, a poco más de un kilómetro, observaron confundidos cómo se desviaban y alejaban del campo de batalla, dejando a su paso únicamente polvo, excrementos y pastos cortados al raso.

El general Salsanan no había pensado que la tarea sería tan compleja cuando se presentó voluntario para dejar los tumanes del khan y dirigirse al sur. Aunque no sabía exactamente dónde se encontraba Kublai, esperaba rastrearlo siguiendo la estela

de pueblos y ciudades incendiados. En vez de eso, el campo apenas parecía haber sufrido por el paso de los ejércitos. Cierto que había muy pocos animales pastando y que los campesinos corrieron a esconderse de sus soldados cuando estos registraron la zona buscando algo que comer. Aun así, lo que vio estaba muy lejos del rastro de devastación que había esperado encontrar.

Sus ochenta mil ni siquiera habían traído consigo la cantidad habitual de suministros. Cada hombre llevaba solo dos monturas extra y, en su avance, los tumanes de Salsanan perdían unos cuantos ponis al día a causa de la cojera. Cuando los guerreros comprobaban que eran incapaces de seguir el ritmo de la marcha, esos animales eran sacrificados enseguida, proporcionando suficiente carne para ofrecer una comida caliente a doscientos hombres. Los tumanes no dejaban de los caballos más que los huesos y, a menudo, los abrían para aprovechar el sustancioso tuétano antes de proseguir.

Después de un mes de búsqueda, Salsanan pasaba buena parte del día deseando que Mongke Khan todavía estuviera vivo. La tierra era ancha y el interminable rosario de pequeñas ciudades representaba una tentación constante para pararse y saquear. Solo su sentido del deber le impulsaba a seguir adelante. Sus hombres eran disciplinados, pero estaba empezando a preguntarse dónde se habría metido Kublai. Parecía imposible perder a cien mil hombres, incluso en los vastos territorios Song. Interrogó a los jefes de todos los pueblos y a los cabecillas de todas las ciudades, que le respondieron temblorosos, pero había tenido que llegar a la ciudad de Shaoyang para dar con un prefecto que le proporcionara una pista sólida. Mientras cabalgaba, Salsanan se obligó a recordar que el hombre al que buscaba para hacer que volviera a casa podría ser el próximo khan. Tendría que ir con pies de plomo con ese príncipe erudito.

En el camino hacia el este, los exploradores de Salsanan le hicieron adelantarse a los tumanes para confirmar con sus propios ojos la extraña visión de la que habían dado parte. Cientos de piezas de artillería pesada yacían boca abajo en el camino y sus respectivos animales de tiro habían sido sacrificados. Las carcasas de las bestias habían sido descuartizadas con mano experta y les habían quitado la mayor parte de la carne. En muchos casos, había enjambres de moscas girando en torno a poco más que una cabeza y unas pezuñas y la tierra ensangrentada. Había hombres muertos junto a ellos, campesinos desarmados con las manos inertes todavía aferradas a los látigos y a las riendas. Salsanan sonrió al verlo, reconociendo el trabajo de su propio pueblo.

Unos pocos kilómetros más adelante, halló los primeros restos de un ejército arrasado: montones de cadáveres tirados en el polvo. Sobre la cumbre de una colina, la densidad de los cuerpos aumentó, como si hubieran organizado una resistencia en aquel punto. Salsanan pasó con cuidado entre ellos con su montura y luego, con un tirón de riendas, frenó al abrirse ante él la totalidad del campo de batalla. Había hombres muertos por todas partes, repartidos en montones desperdigados como

insectos resecos.

A lo lejos, Salsanan distinguió varias figuras caminando entre los cadáveres, que se pararon y alzaron la vista atemorizados al divisar a sus guerreros. Sabía que, en una batalla, siempre sobrevivían algunos hombres. En el caos de la lucha, un golpe los deja inconscientes o se desmayan a causa de una herida. Siempre habrá unos cuantos que se levanten al día siguiente y vuelvan cojeando a sus casas mientras los ejércitos y la guerra continúan camino sin ellos. Al adentrarse más en el campo de cadáveres, Salsanan vio que los maltrechos supervivientes Song levantaban las manos, con expresión agotada, mientras sus hombres empezaban a rodearlos.

Asintió fascinado mientras leía en lo que veía el desarrollo de la batalla que había tenido lugar. Había sido dura. Identificó numerosos cadáveres mongoles y pudo discernir el patrón de sus cargas por la disposición de los cuerpos y las lanzas rotas. Los tumanes de Kublai habían sido rechazados más de una vez, se dijo, y tal vez incluso habían estado a punto de rodearlos por los flancos. Se notaba que el comandante Song conocía las tácticas mongolas y había respondido ante ellas sin pánico.

Salsanan recogió una flecha rota del suelo y se rascó la cabeza con la punta. Hablaría con los magullados y deslomados supervivientes, pero primero recorrería el campo, averiguando a través de ese sangriento rastro de signos cómo era el hombre que tal vez un día gobernara la nación.

Encontró una zona donde la hierba había sido pisoteada y convertida en barro, a escasa distancia de las principales líneas de la batalla. Un tumán había sido convocado allí para luego ser enviado de nuevo a la refriega. Salsanan casi podía ver la línea de ataque en su mente. Frunció el ceño mientras avanzaba entre los ecos de la batalla y su opinión sobre el hermano de Mongke Khan fue cambiando paso a paso. La carga había dado lugar a una reñida pugna, pero la disciplina de los suyos había sido excelente. Las líneas Song se habían combado hacia dentro y la mirada de Salsanan registró las lanzas rotas y manchadas de sangre que marcaban el lugar donde habían intentado organizar una resistencia. Sus años de entrenamiento le impulsaron a mirar a derecha e izquierda en busca de las huellas de la segunda carga que él habría hecho entrar en el momento oportuno. Allí estaban. Guio a su caballo tomándolo de las riendas para pasar por encima de los cadáveres, afianzando con precaución cada paso mientras los cuerpos se deslizaban y desplazaban bajo sus botas.

Encontró el punto donde la batalla se había decidido. Había virotes de las ballestas y balas abolladas por doquier y todavía se percibía el sabor a pólvora en el aire. Los hombres de Kublai habían cabalgado entre las andanadas de los cañones para luego retirarse y, haciendo un círculo, lanzarse de nuevo sobre el enemigo a galope tendido. Salsanan encontró signos de la determinación de su carga y asintió, satisfecho. No había habido vacilación ni duda alguna en el hombre que los comandaba.

Uno de los hombres de Salsanan le hizo una seña y el general montó para dirigirse a aquella sección de la batalla.

—¿Qué pasa? —preguntó desde el caballo.

Su hombre señaló los cuerpos que yacían en derredor. El hedor de las vísceras desparramadas era espantoso y varias moscas se acercaron zumbando al rostro de Salsanan, que las ahuyentó agitando la mano. Aun así, se inclinó a mirar.

—Son muy viejos —dijo el explorador.

Salsanan observó atentamente a su alrededor, confirmando las palabras del joven. Las arrugas surcaban todos los rostros y los muertos que tenía más cerca estaban flacos y desmejorados.

—¿Por qué los Song lucharían con soldados tan mayores? —murmuró. Vio que había puesto el pie sobre un estandarte amarillo y se agachó a recoger la desgarrada tela. Distinguió parte de un símbolo pintado, pero Salsanan no lo reconoció. Dejó caer la tela arrugada.

—Fueran quienes fueran, no deberían haberse enfrentado a nosotros.

Su mirada se posó en el centro del grupo de cadáveres, en un hombre de pelo corto y canoso que aparecía rodeado de muchos otros muertos, como si estos hubieran perdido la vida intentando protegerle. Un hombre mucho más joven yacía casi sobre el cuerpo del anciano, la única cara juvenil que Salsanan pudo encontrar allí. Todos ellos exhibían heridas de flecha y de espada, aunque las propias flechas habían sido arrancadas posteriormente de la carne.

Salsanan se encogió de hombros, sin preocuparse más por aquel pequeño misterio.

—No podemos estar muy lejos de ellos. Diles a los hombres que emprendan la marcha a buen ritmo. Y asegúrate de que los exploradores se hacen ver enseguida. No quiero ser atacado por mi propio pueblo.

Salsanan alcanzó a los tumanes de Kublai en las afueras de la ciudad de Changsha. Como cuando un lobo penetra en el territorio de otro lobo, ambos grupos se mostraron precavidos al principio. Los exploradores avanzados se cruzaron y regresaron al galope a su tropa con mensajes para sus respectivos líderes. Los ejércitos se detuvieron lo suficientemente lejos uno del otro para que no hubiera sensación alguna de amenaza. Cuando fue informado de la presencia de otro ejército mongol, Kublai salió acompañado de Bayar y Uriang-Khadai, interrumpiendo sus negociaciones con el prefecto de Changsha casi a mitad de frase.

El general Salsanan y él se reunieron en una tarde primaveral: en el cielo no se veían más que unas cuantas nubes semejantes a colas de caballo y soplaba una cálida brisa. Entre los dos contingentes, había dieciséis tumanes. El lado de Kublai estaba compuesto de guerreros veteranos, feroces y cubiertos de mugre y sangre seca. En el otro, los guerreros estaban frescos, con la armadura resplandeciente. Ambas fuerzas

se miraban entre sí con asombro y se oyeron muchas exclamaciones burlonas.

Kublai se ruborizó de placer al ver a tantos tumanes de la nación juntos. Dejó que Salsanan desmontara primero y se inclinara ante él antes de descender del caballo.

—No sabéis hasta qué punto sois bienvenidos —dijo Kublai.

—Mi señor, parece que ha recaído sobre mis hombros la tarea de entregar las peores noticias posibles —dijo Salsanan.

La sonrisa de Kublai se desvaneció.

—Ya sé que mi hermano ha muerto. Los jinetes del yan dieron conmigo, dos de ellos.

Una arruga apareció en la frente de Salsanan.

—Entonces no entiendo, mi señor... Si te encontraron, ¿por qué no has iniciado el viaje hacia casa? La nación se está reuniendo en Karakorum. El funeral del khan...

—Mi hermano Mongke me encomendó una tarea, general. He tomado la decisión de llevarla a término.

Al principio, Salsanan no respondió. Era un hombre habituado a la autoridad, que se encontraba cómodo con la cadena de mando. Con el khan muerto, sentía como si una viga vital hubiera sido retirada y su acostumbrada certidumbre había desaparecido. Al volver a hablar, tartamudeó ligeramente, nervioso bajo la pálida mirada del hermano del khan.

—Mi señor, me encargaron la misión de escoltarte a casa. Esas son mis únicas órdenes. ¿Estás diciendo que no vas a venir?

—Estoy diciendo que no puedo ir —contestó Kublai con sequedad—. No hasta que haya puesto a los Song en su sitio. El padre cielo te ha enviado hasta mí, Salsanan. Tus tumanes son un regalo divino, cuando creía que algo así ya no existía.

Salsanan comprendió lo que estaba dando por sentado Kublai y se apresuró a hablar para atajarle antes de que le diera unas órdenes que ya no podrían ser contravenidas.

—No somos refuerzos, mi señor. Mis órdenes eran llevarte a casa a Karakorum. Dime dónde está tu campamento e iniciaré los preparativos. El khan ha muerto. Se celebrará una asamblea en Karakorum...

Mientras Salsanan hablaba, Kublai se había sonrojado, esta vez por la ira.

—¿Estás sordo? He dicho que no regresaré hasta que el trabajo esté terminado. Hasta que tenga la cabeza del emperador Song. Fueran cuales fueran tus órdenes, quedan canceladas por mi contraorden. Sois mis refuerzos, y os necesitamos como el agua. Con vosotros, lograré cumplir los deseos del khan.

Salsanan apretó la mandíbula, tratando de calmarse sin lograrlo. Notó cómo él mismo se llenaba de ira y su voz se endureció al contestar.

—Con respeto, no estoy bajo tu mando, mi señor. Ni tampoco los tumanes que comando. Si no regresas a casa, tendré que dejarte aquí y regresar. Llevaré cualquier mensaje que desees a Karakorum.

Kublai se giró, dándose un momento mientras enrollaba las riendas en torno a su

mano. Observó a los tumanes de Salsanan extendiéndose en la distancia en filas silenciosas. Ansiaba que se unieran a él, de modo que sus fuerzas, de un plumazo, se vieran duplicadas. A su espalda, sus veteranos aguardaban animados, convencidos de que ese nuevo ejército había llegado para servirles de refuerzo. Verles marchar, ser abandonados en el momento del triunfo, sería como una pequeña muerte. Kublai sacudió la cabeza: no podía permitirlo. Cada kilómetro que habían recorrido hacia el este había traído consigo un aumento del número de pueblos, mejores caminos y gente pululando por todas partes. Quedaban unos ochocientos kilómetros para llegar a Hangzhou, pero ya se podía apreciar la riqueza y el poderío de las ciudades de su órbita. Necesitaba a los hombres de Salsanan. Eran la respuesta a sus oraciones, la señal de que había espíritus benevolentes que le brindaban ayuda cuando más la necesitaba.

—No me dejas alternativa, general —dijo Kublai, con los ojos destellantes de furia. Montó a su caballo con ligereza, saltando sobre la silla—. General Bayar, Orlok Uriang-Khadai, sois mis testigos —Kublai elevó la voz, haciendo que llegara hasta los dos grupos de guerreros a la espera.

—Soy Kublai de los Borjigin. Soy nieto de Gengis Khan. Soy el hermano mayor de Mongke Khan.

—¡Mi señor! —exclamó Salsanan alarmado, al darse cuenta de lo que estaba sucediendo—. ¡No puedes hacerlo!

Kublai continuó como si no hubiera hablado.

—Ante todos vosotros, en las tierras de mis enemigos, me declaro gran khan de la nación, de los khanatos bajo el gobierno de mis hermanos Hulegu y Arik-Boke, del khanato de Chagatai y de todos los demás. Me declaro gran khan de las tierras Chin y de las tierras Song. ¡He hablado y siempre cumplo mi palabra!

Durante un instante, un hondo silencio siguió a sus palabras y, a continuación, sus tumanes bramaron llenos de gozo, levantando sus armas. Al otro lado, los hombres de Salsanan respondieron aclamando a Kublai con un potente rugido.

Salsanan intentó hablar de nuevo, pero su voz se perdió en el tumulto. Kublai desenfundó su espada y la levantó hacia lo alto. El volumen del estruendo pareció duplicarse, golpeándoles como una avalancha.

Kublai bajó la vista hacia Salsanan mientras envainaba la espada.

—Dime otra vez lo que no puedo hacer, general —dijo—. ¿Y bien? Es mi derecho. Lo reclamo por vínculo de sangre. Ahora préstame juramento de lealtad o haré que te decapiten —se encogió de hombros—. A mí me da igual.

Salsanan se le quedó mirando con la mandíbula descolgada, estupefacto ante lo que había presenciado. Recorrió con la vista a sus hombres, que vitoreaban y aclamaban a Kublai, y los últimos vestigios de su resistencia se evaporaron. Con movimientos lentos, se arrodilló en la hierba y alzó la vista hacia el khan de la nación.

—Te ofrezco gers, caballos, sal y sangre, mi señor khan —dijo, con los ojos

vidriosos.

XXXI

Al amanecer, Arik-Boke se encontraba en las llanuras que se extendían frente a Karakorum. A los dos hijos mayores de Mongke se les había concedido un lugar cerca de su tío. Asutai tenía dieciséis años y Urung Tash catorce, pero sus anchos hombros dejaban intuir que heredarían la enorme fuerza de su padre. Todavía tenían los ojos enrojecidos por el dolor. Arik-Boke se había mostrado amable con ellos en los días que siguieron a la llegada de la terrible noticia y ambos jóvenes bebían cada palabra que pronunciaba con obnubilada veneración.

Hulegu, con la tez todavía morena por el tiempo pasado en Persia y Siria, estaba al lado derecho de su hermano. Había dejado solo una reducida fuerza al mando del general Kitbuqa para guardar las nuevas ciudades, el nuevo khanato que había conquistado en aquellas tierras. Arik-Boke casi podía sentir el orgullo de su hermano. A Hulegu le había ido bien en Bagdad, pero la región distaba mucho de haber sido pacificada. No podía permanecer mucho tiempo en Karakorum.

Arik-Boke se frotó la cicatriz que le atravesaba la estropeada nariz, un gesto que se había convertido en un hábito. Se pilló a sí mismo haciéndolo y retiró la mano, resuelto a comportarse con dignidad, especialmente en un día como aquel. Observó las interminables filas de los tumanes de la nación, a los príncipes que habían cruzado medio mundo para estar allí cuando supieron de la muerte del khan. Habían recorrido un larguísimo camino desde que Gengis creara una incipiente nación a partir de un grupo de tribus independientes.

El cadáver de Mongke Khan yacía oculto en un enorme carro cubierto, construido específicamente para esa labor, para ese día. Tirarían de él cuarenta caballos blancos y miles de hombres y mujeres lo seguirían a pie. Sus lágrimas salarían el suelo en su avance hacia el lugar del último descanso del abuelo de Mongke. Los orgullosos príncipes caminarían en la procesión, dejando a un lado la parafernalia de su rango en su duelo por el padre de la nación.

Arik-Boke contempló el sol, que empezaba a ponerse. En la oscuridad, se encenderían antorchas a lo largo de un sendero que se alejaba de la ciudad y, a continuación, la marcha comenzaría. Antes de eso, le estaban esperando. Se volvió hacia Hulegu y su hermano asintió. Arik-Boke sonrió, rememorando la tensión de la primera vez que se reunieron tras el regreso de Hulegu. Por primera vez en años, habían salido de la ciudad como un par de pobres pastores, llevando unos odres de airag sobre los hombros. Había numerosas fogatas en torno a la ciudad, muchos hombres y mujeres apiñados a su alrededor para protegerse del frío. Hulegu y Arik-Boke se habían sentado con ellos para unirse a la vela, hablando sin cesar del khan y del hermano que habían perdido. Habían honrado a Mongke escupiendo tragos de airag al aire y ambos se habían emborrachado, cayendo en una especie de sopor etílico.

Hulegu se había quemado la piel bajo el sol implacable de Persia. Estaba casi

negro e incluso olía distinto, su piel desprendía un aroma a clavo y especias extrañas. A lo largo de esa primera noche, había descrito con los ojos brillantes las tierras que había visto, sus soleadas montañas y antiguos secretos. Le habló a Arik-Boke sobre las mujeres persas, de ojos perfilados con kohl, que había visto bailar hasta la extenuación, lanzando gotitas de sudor como relucientes joyas a la luz de las hogueras de los banquetes. Habló de los amplios mercados; de serpientes y de magos, de bronce y de oro. Se había quedado ronco recordando con fervor todas aquellas cosas.

Antes de que saliera el sol, Arik-Boke había comprendido que Hulegu no quería el imperio del gran khan. Su hermano se había enamorado de las tierras del desierto y estaba deseando regresar a ellas, lamentando cada día perdido en las frías estepas de la patria. Por la mañana, se habían puesto en pie entre quejidos y crujidos de articulaciones, pero la paz reinaba entre ellos.

Arik-Boke ralentizó su respiración, obligándose a relajarse. Era el momento: la nación aguardaba sus palabras. Respiró hondo, llenando sus pulmones con el incienso que flotaba denso en el aire.

—Mi hermano Mongke me confió la tierra natal, las estepas donde el propio Gengis nació. En su ausencia, dejó Karakorum en mis manos. Continuaré su trabajo, sus ambiciones, su visión sobre los khanatos pequeños. Las naciones no pueden quedar desatendidas, en esto estamos de acuerdo —su corazón latió con fuerza y volvió a tomar aire.

—Yo seré el gran khan, continuando el linaje de Gengis, el de Ogedai, Guyuk y mi hermano Mongke. Prestadme juramento de lealtad y honrad los deseos de mi hermano.

El primero en arrodillarse fue Hulegu, a su lado, y Arik-Boke apoyó una mano en su hombro. Le siguieron los hijos de Mongke, para que todos pudieran ser testigos de su libre juramento. Arik-Boke les había ofrecido tierras y riqueza y apenas había tenido que explicarles cuál era la alternativa. Tras una demostración pública como aquella, no habría nadie susurrando en su oído que podrían haberse hecho con el khanato.

Ahora era el turno de los tumanes, que se extendían todo lo que alcanzaba la vista. En una inmensa onda, como la de una roca hundiéndose en un estanque tranquilo, los príncipes reunidos se arrodillaron y ofrecieron gers, caballos, sal y sangre. Arik-Boke se estremeció levemente, cerrando los ojos. Solo faltaba Kublai en aquella vasta multitud congregada delante de Karakorum. Su hermano recibiría la noticia de boca de los jinetes del yan que estaban esperando para salir al galope, pero, para entonces, el mundo entero sabría que había un nuevo khan. Al menos, Kublai no era un hombre de gran ambición, o si no seguramente habría desafiado a Mongke cuando todavía eran jóvenes. Arik-Boke trató de acallar la picazón de sus dudas. Kublai debería haber vuelto a casa cuando fue informado de la muerte de Mongke, pero no lo había hecho. Era un soñador, más apto para las bibliotecas y los

pergaminos que para liderar la nación. Si su hermano mayor decidía desafiarle, Arik-Boke respondería con toda la fuerza de la nación.

Arik-Boke sonrió al pensar en aquel erudito yendo a la guerra. Kublai había enviado a casa a las mujeres y a los niños de sus tumanes. Ellos también le habían prestado juramento de lealtad, hincando una rodilla en el polvo que se acumulaba frente a Karakorum. Al igual que los hijos de Mongke habían elegido su camino, Kublai se vería obligado a aceptar el nuevo orden. Suspiró complacido ante la visión de tantas decenas de miles arrodillados ante él. El benjamín de Tolui y Sorhatani se había atrevido a extender su mano cuando el pueblo necesitaba un khan. Era el día de Arik-Boke y el sol no había hecho sino empezar a ascender.

TERCERA PARTE
AÑO MCCLX

XXXII

En la cámara imperial de reuniones, situada en el mismo centro de Hangzhou, reinaba un tremendo alboroto. Los señores Song se habían congregado sin haber sido convocados, cuando se propagó la clara sensación de que no debían perderse lo que estaba sucediendo, fuera lo que fuese. A lo largo de toda la mañana, distintos recaderos y criados se encargaron de mantener informados de manera constante a aquellos que se hallaban en sus viviendas de la ciudad, fuera del recinto. Más y más señores tomaron la decisión y llamaron a sus portadores y palanquines. Los señores más jóvenes llegaron a lomos de sus caballos, con espadas en la cintura y rodeados de guardias leales. La sala no transmitía ningún tipo de paz o seguridad. La tensión y el ruido se acrecentaban por momentos.

Habían viajado hasta Hangzhou desde sus propiedades para acudir al funeral del viejo emperador, pero, cuando finalizó, se habían quedado en sus casas de la ciudad, esperando ser convocados para celebrar un consejo. Los ejércitos mongoles se encontraban a escasa distancia de la capital. El terror había invadido Hangzhou y una tensión febril flotaba en el ambiente. Sobre las murallas, los soldados clavaban la mirada en la lejanía, esforzando la vista, como si los batidores mongoles pudieran surgir de la niebla matutina de repente, sin previo aviso. La información cambiaba de manos por varias ristas de monedas de plata: los mercaderes de rumores convertían sus exiguos datos en formidables beneficios.

Ese día el cónclave había comenzado a partir de un rumor que afirmaba que el nuevo emperador estaba listo para llamarles a todos. Nadie sabía quién lo había iniciado, pero la noticia había llegado a todas las casas nobles antes del alba. La luz del día no trajo consigo ninguna convocatoria formal y apenas una docena de señores se habían presentado en el recinto imperial y se habían acomodado en sus sitios. Corrió la voz de que estaban allí y, a medida que avanzó la mañana, la cifra de señores reunidos se duplicó y, después, se duplicó otra vez, cuando los señores de más edad temieron verse excluidos de algún acontecimiento importante. El punto álgido llegó a principios de la tarde. De forma independiente, las últimas ocho cabezas de las casas Song decidieron que no podían aguardar más a que el nuevo emperador los convocara. Entraron en la sala de reuniones acompañados de espadachines y sirvientes, y, cuando el sol empezó a deslizarse hacia el oeste, hasta el último asiento había sido ocupado y hasta el último balcón estaba abarrotado.

El señor Sung Win se encontraba en el centro de todo aquello, alto y delgado en sus blancos ropajes de luto. Muchos de los demás señores vestían el menos tradicional azul oscuro para marcar el fallecimiento del emperador, pero la serenidad fúnebre brillaba por su ausencia. El gong que solía anunciar el cónclave permanecía callado y muchos ojos se volvían hacia él, todavía esperando que su larga y sonora nota restaurara el orden. El gong no podía golpearse si el emperador no daba la orden de reunirse, pero allí estaban todos, esperando algún tipo de acto o de voz. Nadie

sabía cómo comenzar.

Cuando declinó el día, Sung Win se había ubicado en medio de la sala y los otros señores se dirigían hasta él para hablar. A través de sus criados y señores vasallos, repartía información, observando las facciones que se congregaban brevemente y luego se dispersaban como las cáscaras de los gusanos de seda en el viento. A pesar de las largas horas transcurridas, no mostraba signo alguno de fatiga, sino que, de hecho, parecía cobrar cada vez más energía y su altura y su confianza dominaban la estancia. El número de los que le circundaban fue aumentando y el nivel de ruido llegó a ser casi doloroso al oído. Los sirvientes trajeron comida y bebida, que los señores consumieron allí mismo, sin que nadie abandonara su puesto.

Había tensión e incluso miedo en los rostros de los que habían acudido a la cámara. Estaba prohibido reunirse sin orden del emperador y, para muchos, la decisión de hacerlo hacía peligrar sus nombres y patrimonios. No habrían osado acudir si el emperador Lizong siguiera con vida. El heredero del trono del dragón era un desconocido para ellos, un muchacho de solo once años. Era ese hecho, por encima de todo lo demás, lo que le había permitido unirse a la muchedumbre de la sala. La luz del cielo se había extinguido, el imperio había quedado súbitamente a la deriva. Ante tal augurio, existía un frágil consenso. No podían ignorar al enemigo por más tiempo.

Sung Win sentía el efecto del caos en su sangre como el de una bebida fuerte. Todo el que entraba podía verle allí, representando a una de las más antiguas casas del imperio. Hablaba en voz baja con sus vasallos, como un centro de calma y tradición en medio del creciente temporal. Flotaba en la cámara un penetrante olor a opio y observó divertido cómo varios señores instalaban sus ornadas bandejas frente a ellos y trataban de calmar sus nervios con el ritual que comenzaba formando blandas bolitas de opio en los recipientes de bronce y acababa con ellos echándose hacia atrás, aspirando largas e intensas bocanadas de las pipas y envolviéndose en una espiral de acre humo. Sus propios dedos se crisparon por la urgencia de fumar, pero se controló. Aquella reunión era algo nuevo y no se atrevía a renunciar ni siquiera a una parte de su ingenio.

Cuando el sol empezó a desaparecer tras el horizonte, muchos de los señores presentes se acuclillaron sobre las vasijas de porcelana que trajeron sus criados. Las túnicas ocultaban el proceso de vaciado de las vejigas y las tripas largamente contenidas, y los sirvientes retiraban enseguida los humeantes contenidos dejando que los señores regresaran a su sitio. Sung Win aguardó el momento apropiado. Había al menos otros dos grupos que aún podían inaugurar el cónclave. Uno podía ser rechazado por falta de apoyo, pero el joven que ocupaba el centro de la otra facción tenía las mejillas ardientes ante su repentino ascenso al poder. El hermano del señor Jin Feng había muerto en el más reciente ataque contra las fuerzas mongolas. Esa muerte debería haber debilitado su casa durante una estación, pero el nuevo señor había asumido las responsabilidades con gran destreza.

Sung Win frunció el ceño al recordar un acuerdo comercial que había intentado que aceptara la familia. Había hecho que pareciera el apoyo de un amigo, un regalo económico con pocas condiciones para que salieran adelante en esos tiempos difíciles, hasta que la casa recuperara la estabilidad. Una única cláusula le habría permitido anexionarse parte de sus tierras si no hubieran pagado. Había sido una idea perfecta, sutil a la vez que potente. El rechazo de su oferta habría supuesto una ofensa para él y Win había esperado que le reenviaran el documento sellado. Cuando llegó, había apreciado encantado las líneas perfectas del sello de la casa en el grueso pergamino. Había dejado que sus ojos resbalaran hasta la única línea que convertía el acuerdo en un arma tan afilada como cualquier daga. No la había encontrado.

Sung Win meneó la cabeza, irritado por el recuerdo, mientras Jin Feng daba unas palmaditas en el hombro a uno de sus partidarios. Copiar un documento y sus sellos con tanta perfección, incluida la caligrafía del propio escriba de Sung Win, era ingenioso. Casi no podía protestar. Había quedado en su mano aceptar el acuerdo alterado o dejar que fuera destruido accidentalmente en algún incendio y enviar sus disculpas. Había aceptado, reconociendo la finura del gesto.

Sung Win observó a su vecino desde sus párpados entornados y se preguntó si habría sido mejor dejar que Jin Feng sufriera todo el peso de la desaprobación imperial. El primero que hablara oficialmente sería el que más se arriesgara, pero tenía la impresión de que era una ventaja a la que no podía renunciar. Sung Win sonrió para sí, disfrutando de la tensión de sus hombros y del latir de su pulso en las venas. Toda vida implicaba riesgo.

Se puso de pie poco a poco en medio del tumulto y sus vasallos guardaron silencio, girándose hacia él. Dada la enorme tensión de todo el grupo, ese simple acto fue suficiente. El círculo de silencio fue notado en el resto de la sala y se expandió rápidamente. Los hombres interrumpieron sus susurros o sus abiertas discusiones, alargando el cuello sin dignidad para ver quién se atrevía a ser el primero en hablar a pesar de carecer de la orden formal del emperador.

Sung Win lanzó una mirada al arco de la entrada por última vez ese día, buscando al heraldo del emperador, o a su canciller. No tenía ninguna duda de que, para entonces, el pequeño Huaizong había tenido noticias del cónclave. Los espías del viejo emperador estarían en la sala para servir a su nuevo amo, listos para transmitirle cada palabra y la identidad de quienes las pronunciaban. El señor Sung Win respiró hondo. No obstante, había llegado el momento y el silencio se había extendido por toda la sala. Más de cien señores le observaban, sus ojos relucientes a la luz de las lámparas nocturnas. La mayoría de ellos eran demasiado débiles para influir en el resultado del día, pero había otros treinta y dos que tenían poder en la nación, el señor Jin Feng entre ellos. Tal vez fuera la imaginación de Sung Win, pero esos treinta y dos parecían destacarse de la multitud. Aunque todos los presentes iban vestidos de blanco o de azul oscuro, casi podía sentir los puntos de poder que había en la habitación.

—Señores míos —dijo. El silencio era tan profundo que apenas necesitó elevar la voz—. Vuestra presencia revela que comprendéis la situación. Sigamos adelante, seguros de que el emperador Lizong no habría querido que nos quedáramos cruzados de brazos mientras nuestras tierras son asaltadas y destruidas por un invasor. Nos encontramos ante una dura prueba, señores, nos enfrentamos a un terrible enemigo. Hemos perdido grandes y antiguas casas. Otras han pasado a nuevos herederos, quedando rotos los auténticos linajes de sangre.

Se oyeron algunos cuchicheos y habló más alto, conteniéndolos. Había planeado cada palabra de su discurso durante las largas horas del día.

—Acepto mi parte de la culpa que todos compartimos por habernos permitido distraernos con juegos de poder mientras el imperio sufría. He visto a varios señores salir de esta cámara y he visto sus nombres cincelados en la piedra de honor, tras haber caído para proteger nuestras libertades.

Posó la vista en Jin Feng y, a regañadientes, el joven le dirigió un gesto de asentimiento.

—Mediante nuestra debilidad, mediante nuestra desconfianza mutua, hemos permitido que un enemigo se acerque más a la capital imperial de lo que ningún otro lo había hecho hasta ahora. Nuestras tentativas de detenerle han sido endebles e inútiles y hemos desperdiciado nuestras energías en intrigas políticas y venganzas personales. El precio ha sido alto. Señores míos, el cielo nos ha retirado su favor. El emperador se ha marchado de este mundo. En este momento de debilidad, de caos, llega el enemigo, el lobo de las fauces sangrientas. Lo sabéis.

Una vez más, respiró profundamente. Jin Feng podría haber hablado en ese momento. No había canciller imperial que ordenara a los oradores o controlara el debate. Pero el joven permaneció callado, esperando.

—Sin la voz del emperador —prosiguió Sung Win—, no tenemos poder para llamar al imperio a las armas como un solo ejército. Lo sé. Lo acepto. He intentado ponerme en contacto con el emperador Huaizong y no he recibido noticia alguna de la corte. Sé que muchos de vosotros habéis sido rechazados por cortesanos ignorantes. Por eso estoy aquí, señores. Sabemos que el lobo se dirige a Hangzhou y sabemos qué debemos hacer. Tenemos que luchar contra él o hacer que pague un tributo para abandonar nuestras tierras. No hay una tercera elección. Si no hacemos nada, habremos fracasado en nuestro deber y nuestro honor quedará reducido a polvo. Si no hacemos nada, mereceremos la destrucción que sin duda llegará.

Sung Win hizo una pausa, sabiendo que sus próximas palabras le adentrarían en el terreno de la traición. Su vida, su casa, su historia estarían perdidas si el emperador niño decidiera castigarle como ejemplo para los demás. Sin embargo, si pudiera derrotar a los ejércitos mongoles, obtendría la gratitud de la casa imperial. Se situaría más allá del castigo, sería intocable. Sung Win no se atrevía a soñar que sus hijos ascendieran hasta convertirse ellos mismos en emperadores, pero sus acciones de ese día le aproximarían más al trono del dragón de lo que ninguno de sus antepasados

había estado. O eso, o harían que le mataran.

—He llegado a la conclusión de que debemos actuar. Por tanto, convoco el consejo. Convoco a todos los señores Song a defender el imperio. Treinta y tres casas nobles están reunidas aquí hoy. Entre nosotros, y nuestros vasallos, controlamos más de un millón de soldados. Convoco una votación en cónclave.

Uno de sus criados se dirigió a un cofre de madera situado junto a la pared opuesta. Era un objeto hermoso y antiguo, con incrustaciones de marfil. El criado levantó una vara de hierro y, en el último momento, se volvió hacia Sung Win, vacilante. Sung Win asintió y el sirviente insertó la vara y tiró hacia atrás, rompiendo la cerradura.

Un grito ahogado brotó de todas las gargantas, propagándose por la enorme sala. Todos los señores, fascinados y horrorizados, observaron cómo el criado de Sung Win sacaba un hondo cuenco de cristal, más grande que su cabeza. Lo sostuvo en alto mientras regresaba al centro de la cámara. Otros criados se inclinaron sobre la caja y extrajeron varias bolitas de vidrio negro y claro de los estantes donde se hallaban ordenadas en pulcras filas. Los sirvientes se dispersaron entre la muchedumbre, entregándoselas en parejas a las casas más poderosas del imperio. Los señores empezaron a hablar en voz más alta y Sung Win agudizó ojos y oídos para captar lo que estaba sucediendo en la cámara. En aquel momento no lograba valorar el ánimo general y se sintió frustrado. Algunos de ellos no votarían por miedo a la desaprobación imperial. Su cobardía y debilidad les llevaría a abstenerse. No podía saber cómo actuaría Jin Feng. El ejército de su hermano había sido aplastado por el invasor mongol, pero la suya era una casa antigua y su decisión sería importante.

Sung Win levantó las manos para mostrarles las dos canicas que sostenía, una negra y otra clara.

—Que el color neutral sea para el tributo —dijo, alzando la bola negra—. Que el agua clara sea para la guerra —dejó caer la bolita clara en la esfera de cristal y una larga nota ronroneante se oyó en toda la sala mientras la canica trazaba lentos círculos hasta detenerse en el fondo del recipiente—. Ese es mi voto, con mis casas vasallas. Esa es mi promesa de noventa y dos mil soldados, caballos, todo el equipo y los avíos de guerra bajo mi mando. Destruyamos al enemigo que nos amenaza en nombre del señor Nación Perpetua, el Hijo del Cielo. En nombre del emperador Huaizong y el trono del dragón.

Hasta ese momento, Sung Win había dominado la cámara. Cuando la clara bola de cristal se detuvo con un tintineo, los presentes cobraron de pronto consciencia de que se esperaba que respondieran. Sung Win notó el picor de una gota de sudor partiendo de su frente y se mantuvo perfectamente quieto para que no la vieran rodar por su cara y se percataran de la tensión que estaba soportando.

El jefe de la casa más antigua del imperio estaba sentado en una de las primeras filas en torno al espacio central. El señor Hong era un hombre corpulento, a quien sus ropajes oficiales hacían parecer todavía más fornido. Estaba sentado con las piernas

firmeramente plantadas en el suelo y las muñecas apoyadas en las rodillas. En el silencio, se oía brotar un sonido rítmico y seco de su mano derecha, en la que hacía girar las canicas una sobre otra. Sung Win estaba esperando que Hong se moviera y se sobresaltó cuando el señor Jin Feng se puso en pie en un extremo de su campo de visión y avanzó hasta el criado que sostenía el cuenco de cristal. El señor Hong le observó con cautela, inmóvil excepto por su mano.

—Este es un día de novedades —dijo Jin Feng—. Mi hermano el señor Jin An dio su vida para proteger nuestras tierras y nuestro honor. Xuan, el Hijo del Cielo, murió a su lado, y con él también su noble linaje Chin. En defensa del imperio, ¿puedo acaso ofrecer algo menos que mi propia vida? —recorrió con la mirada a los nobles reunidos y asintió como si les comprendiera—. Tenemos el deber de quemar los espinos que han brotado en nuestros campos. Mis vasallos y yo votamos a favor de la guerra.

Dejó caer otra bola clara en el cuenco y, con un repiqueteo, esta resbaló por el vidrio, atrapando la mirada de todos los presentes en sus giros. Jin Feng hizo una breve inclinación de cabeza en dirección a Sung Win. Ni le gustaba ni confiaba en él y, cuando sus miradas se encontraron, Jin Feng no pudo reprimir las sospechas que bullían en su interior. Con todo, por una vez, Sung Win estaba en el bando correcto. Jin Feng le entregó la bola negra a un criado y regresó a su sitio mientras otros dos señores se ponían en pie. Ambos depositaron sus bolitas claras en el recipiente y devolvieron las otras.

Sung Win empezó a relajarse cuando otros tres hombres se acercaron e introdujeron sendas bolas claras en el cuenco. Vio que el señor Hong se levantaba de su asiento. Se movía con facilidad, lleno de gracia y de fuerza. Hong era uno de los pocos de la sala que no había descuidado su entrenamiento diario con la espada y el arco.

El señor Hong sostuvo las dos canicas sobre el cuenco.

—No veo aquí al canciller del emperador —dijo, con voz grave—. No he oído ningún *gong* convocándonos a este consejo, a este cónclave.

Al oír sus palabras, Sung Win empezó a sudar de nuevo. Aunque era un primo lejano del antiguo emperador, Hong seguía siendo un miembro de la familia imperial. Todavía podía darle la vuelta al resultado si decidía ejercer su influencia.

Hong barrió la cámara con una rápida mirada.

—Mi corazón se rebela ante la idea de pagar un tributo a este enemigo, pero si lo hacemos, ganaremos tiempo para que el emperador Huaizong imponga orden. Me gustaría liderar un ejército si el voto apoya la guerra, pero, sin la aprobación imperial, no puedo añadir el destino de mi casa a esa decisión. Por todo ello, elijo el tributo.

Dejó caer una bola negra en el cuenco y Sung Win tuvo que hacer un esfuerzo para no fulminar a Hong con la mirada. Todo cuanto había mostrado en su discurso era debilidad, como si pudiera mantenerse a salvo de la ira imperial, pero al mismo tiempo confiara en liderar si el resultado del voto le fuera contrario. Era exasperante,

pero típico de la política que se practicaba en aquella cámara. El señor Hong les había recordado la perspectiva de granjearse la desaprobación del emperador y el efecto de sus palabras había empezado a propagarse como una ola entre los reunidos. Sung Win no dejó traslucir ninguna emoción cuando otros cuatro señores introdujeron bolas negras en el recipiente. Interiormente, le hervía la sangre.

Sin sirvientes imperiales para rellenarlas de aceite, las lámparas fueron quedando reducidas a meros parpadeos de luz de un tono amarillo oscuro. El señor Sung Win se mantuvo firme y erguido mientras los señores del imperio Song iban acercándose al cuenco uno a uno. Pocos de ellos hablaron, aunque el primero que se abstuvo justificó su decisión con unas palabras que, a juicio de Sung Win, no hicieron sino revelar su cobardía. Aun así, otros siete se abstuvieron de votar, devolviéndoles las dos canicas a los criados.

La intervención de Hong había sido desfavorable, lo suficiente para asustar a los débiles e infundir precaución en los fuertes. Sung Win notó cómo cambiaba el ánimo de la cámara cuando eligieron el camino más seguro del tributo en vez del de la guerra. Apretó la mandíbula, rechinando los dientes mientras las bolas negras caían en el cuenco, una tras otra. Cuando el voto del tributo superaba a su opción por once a siete, pensó en volver a hablar, pero eso habría supuesto otra ruptura de la tradición. Su oportunidad había llegado y había pasado. Se permitió lanzar una mirada hostil a todos aquellos que se habían abstenido, pero permaneció en silencio mientras el cuenco se llenaba. Dos bolitas negras cayeron y, a continuación, otras dos claras. En los helados pensamientos de Sung Win se formó una esperanza distante. Siguieron otro voto a favor del tributo y dos abstenciones, hombres que no se atrevieron siquiera a mirarle a los ojos mientras regresaban a su sitio arrastrando los pies.

Cuando las treinta y tres casas principales hubieron votado o se hubieron abstenido, el cuenco de cristal estaba prácticamente lleno. Sung Win había llevado la cuenta en su cabeza, pero no mostró ninguna emoción durante el cálculo de resultados, que todos siguieron con atención.

—Diez abstenciones. Hay catorce votos a favor del tributo y nueve a favor de la guerra —anunció con una voz tan clara y sonora como la de los heraldos imperiales. Respiró aliviado—. La votación da la victoria a la guerra.

Sung Win sonrió, mareado por la tensión sufrida. Catorce era el número más desafortunado que había, un número que sonaba como las palabras «querer morir» tanto en cantonés como en mandarín. Nueve era un número de fuerza, asociado con el propio emperador. El resultado no podía haber sido más claro y muchos de los hombres de la cámara se relajaron visiblemente ante ese signo de favor celestial. Continuar bajo el número nueve era una bendición. Nadie se atrevería a actuar bajo el catorce, por temor a un desastre absoluto.

Una grave nota resonó en toda la estancia, interrumpiendo las excitadas conversaciones que habían brotado en la sala de reuniones tras el anuncio. Sung Win giró la cabeza con brusquedad y su boca se abrió ligeramente. El canciller imperial se

hallaba allí, junto al *gong*, sujetando la vara que había utilizado para golpearlo. Tenía la cara roja, como si hubiera corrido un largo trecho. Vestido con una túnica y unos pantalones de seda blanca, sostenía su báculo oficial en la mano derecha. Una cola de yak teñida de amarillo le cubría el puño mientras observaba con furia a los señores reunidos en la sala.

—Levantaos para recibir al emperador Huaizong, el señor de la Nación Perpetua, gobernador del reino medio. ¡Mostrad obediencia al Hijo del Cielo!

El impacto se extendió como la pólvora por toda la cámara. Todos los presentes se pusieron de pie de un salto, como si alguien hubiera tirado de ellos. El emperador no asistía al cónclave de los señores. Aunque estos se reunían por orden suya, la voluntad imperial siempre era cumplida a través de sus representantes en esa cámara. De los cien señores congregados allí, apenas tres o cuatro habían estado alguna vez en presencia del emperador y, cuando el *gong* sonó de nuevo, un profundo temor reverencial se apoderó de todos.

Se arrodillaron sin orden ninguno. La delicada percepción del estatus y la jerarquía de los señores se perdió cuando el terror vació sus rostros y sus mentes. Sung Win se arrodilló como si le hubieran fallado las piernas y sus rótulas chocaron con un fuerte golpe contra el suelo. Por toda la cámara, los demás señores le imitaron, aunque algunos de ellos tenían tantos criados a su alrededor que les costó encontrar hueco para hacerlo. Sung Win vislumbró a un muchacho vestido con una túnica blanca decorada con dragones dorados antes de bajar la cabeza y tocar en tres ocasiones la antigua madera del suelo con su húmeda frente. Todos sus planes y estratagemas se hicieron pedazos en su mente cuando se incorporó un momento para volver a agacharse al instante y tocar el suelo con la cabeza otras tres veces. Antes de haber completado del tercer *kowtow* del ritual, el emperador Huaizong se encontraba entre ellos junto con sus guardias, caminando con paso confiado hacia el centro de la sala.

Sung Win se levantó con esfuerzo, aunque mantuvo la cabeza gacha como el resto. Luchó por contener su confusión, intentando entender qué podía significar que el nuevo emperador hubiera entrado en la cámara. Huaizong era una figura menuda, frágil en comparación con los recios espadas que le circundaban. No fue necesario dar orden de despejar la sala: ante la presencia imperial, todos los señores se habían retirado para hacerle sitio, Sung Win entre ellos.

De nuevo se reinstauró el silencio y Sung Win tuvo que reprimir el loco impulso de sonreír. Se acordó de una ocasión siendo niño en que su padre se había enfadado con él cuando le descubrió robando orejones de manzana. Era ridículo sentir lo mismo en presencia de un muchacho, pero Sung Win podía ver muchas otras caras enrojecidas por una ardiente vergüenza, mientras la dignidad de todos ellos quedaba olvidada.

El emperador Huaizong se plantó ante los señores muy erguido y sin miedo, tal vez consciente de que con una palabra suya podría ordenar la muerte de cualquiera de

ellos. No se resistirían. La obediencia estaba demasiado arraigada en ellos. Sung Win se puso a pensar furiosamente mientras esperaba que el chico hablara. El emperador, con la cabeza rapada brillando a la luz de las lámparas, casi parecía un muñeco animado. Cuando la luz aumentó en la cámara, bañándolos a todos en un tono dorado, Sung Win se dio cuenta de que los criados imperiales estaban reponiendo el aceite. Se fijó en los nueve dragones amarillos que se enroscaban en la túnica de Huaizong, símbolo de su autoridad y su linaje. Contuvo un suspiro. Sung Win sabía que, si Huaizong rechazaba la votación que habían llevado a cabo, su vida estaría arruinada. Se percató de que estaba temblando al pensar que su casa dependía de las palabras de alguien a quien no conocía.

Cuando Huaizong habló, su voz sonó alta y clara, firme.

—¿Quién ha convocado esta reunión?

El estómago le dio un vuelco a Sung Win, cuyo temor se acrecentaba por momentos. No necesitaba alzar la mirada para saber que todos los ojos de la cámara estaban clavados en él. Todavía con la cabeza gacha, notó que un espasmo le retorció la boca. El silencio se prolongó y Sung Win asintió para sí, recobrando su dignidad. El chico había roto la tradición entrando en la cámara. Era la única acción que no podría haber previsto y Sung Win apretó los puños, que tenía a la espalda, mientras levantaba la cabeza. Sabía que no debía mirar al niño a los ojos y no retiró la vista del suelo.

—Hijo del Cielo, nos hemos congregado para responder ante los enemigos que nos amenazan.

—¿Quién eres? —preguntó el chico.

—Este humilde servidor es Sung Win, Hijo del Cielo, Casa de...

—¿Hablas en nombre de estos otros, Sung Win? ¿Asumes la responsabilidad en su nombre?

Para no condenarse respondiendo, Sung Win volvió a dejarse caer de rodillas y tocó la cálida madera con la frente.

—Ponte en pie, Sung Win. Te han hecho una pregunta.

Sung Win se arriesgó a echar una ojeada a la cámara, seguro de tener las miradas de los señores sobre él. No había ni una sola cabeza levantada. Todos ellos eran presa de un abyecto terror por la presencia del emperador. Aunque Huaizong era solo un muchacho, representaba al cielo mismo, era divino en una estancia de meros hombres. Sung Win suspiró con suavidad. Le habría gustado ver a los potros recién nacidos de su finca, resultado de una cuidadosa selección de las líneas de sangre. Había invertido más tiempo y esfuerzo en su cría que en ninguna otra cosa en su vida. Sintió una punzada de dolor al pensar en sus esposas e hijos. Si el emperador decidía darle un castigo ejemplar a su casa, sus muertes llegarían en órdenes atadas con cintas de seda amarilla. Sus hijas serían ejecutadas, la finca de su familia, quemada.

—Hablo en su nombre, Hijo del Cielo. Soy yo quien ha convocado hoy la votación. —Cerró la boca con fuerza, notando que su miedo, como un traidor,

amenazaba con moverle a empezar a balbucear excusas.

—Y haciéndolo has cumplido con tu deber, señor Sung Win. ¿Votaron mis señores a favor de enarbolar los estandartes?

Sung Win parpadeó y tragó saliva mientras trataba de comprender.

—S-sí, Hijo del Cielo.

—Entonces, enorgullécete, Sung Win. Hoy has actuado con el emperador.

Sung Win, abrumado, tartamudeó una respuesta mientras el chico se dirigía a los señores reunidos.

—Antes de su muerte, mi tío me dijo que erais un nido de víboras —les confió el muchacho—. Que preferirías ver Hangzhou envuelta en llamas a arriesgar vuestra dignidad y vuestro honor. Veo que estaba equivocado.

Sung Win tuvo el inmenso placer de ver cómo aquellos que habían votado a favor del tributo se revolvían incómodos en sus sitios, entre ellos el señor Hong. El emperador continuó, con voz segura.

—No comenzaré mi reinado bajo una amenaza, señores míos. Abandonaréis este lugar y reuniréis vuestros regimientos. Vuestras guardias personales marcharán con ellos. Mi paz está con las casas y prometo que no quedarán indefensas en vuestra ausencia.

Se giró hacia Sung Win una vez más.

—Has hecho un buen trabajo, señor mío. En la paz tal vez habría considerado que cometías un error. Pero no estamos en paz. Dispondré que tu casa sea honrada cuando regresemos.

—¿Cuándo regresemos, Hijo del Cielo? —preguntó Sung Win, agrandando los ojos.

—Por supuesto. No soy un anciano, Sung Win. Quiero conocer la guerra.

Por un instante, Sung Win vio que los ojos del chico relampagueaban. Se estremeció y lo ocultó con una profunda reverencia.

—Señor Hong, tú liderarás nuestras huestes —dijo el emperador Huaizong. El hombretón se arrodilló y apoyó la frente en el suelo—. ¿Cuánto tiempo necesitas antes de que pueda salir de Hangzhou con mis ejércitos?

El señor Hong, cuya tez había adquirido un tono enfermizo, se sentó sobre sus talones. Sung Win sonrió al verle tan incómodo. El traslado de un millón de hombres implicaba acumular suministros, armas, un equipo tan grande como una ciudad.

—Un mes, Hijo del Cielo. Si me concedes la autoridad necesaria, puedo estar listo para la luna nueva.

—Tienes la autoridad que necesites —respondió Huaizong, endureciendo la voz—. Que todos los que puedan oír comprendan que habla con mi voz en este tema. Moveos con rapidez, señores míos.

Dándose media vuelta de repente, el muchacho abandonó la cámara. Mientras los demás evitaban su mirada, tal vez Sung Win fuera el único en notar el ligero temblor que agitaba a la delgada figura que se alejaba.

XXXIII

Una lluvia torrencial caía sobre el tejado de la casa que Kublai había tomado prestada. Su propietario aguardaba en los campos, junto a su familia, y una multitud de aldeanos. Kublai había pasado a su lado al entrar al trote en el pueblo: todos ellos parecían unos cachorrillos medio ahogados. Al menos conservarían la vida. Solo necesitaba esa aldea de madera durante un día.

Una enorme hoguera crepitaba en la chimenea y Kublai se situó junto a ella, dejando que el calor le secara la ropa. El vapor iba brotando de él en pequeños jirones. A intervalos, se ponía a andar arriba y abajo por delante del fuego, gesticulando mientras hablaba sobre el futuro.

—¿Cómo podría detenerme ahora? —preguntó, impaciente.

Su esposa Chabi se estiró sobre un antiguo sofá, muy remendado, al que se notaba que le habían cambiado el relleno varias veces. El bebé dormía en sus brazos, pero seguía revolviéndose y parecía que podía despertarse en cualquier momento. Chabi miró con cansancio a su marido, fijándose en cómo los años pasados en las tierras Song le habían desgastado hasta dejarlo casi en los huesos. En aquel momento, ni él mismo hubiera reconocido al joven erudito que había sido en el pasado. El cambio iba más allá de la apariencia física, aunque había desarrollado sus músculos y tendones y sus movimientos habían ganado en gracia y ligereza. El auténtico cambio se debía a las batallas que había ganado, además de a las tácticas que había empleado para obtener la victoria. Chabi le amaba desesperadamente, pero también le tenía miedo. Fuera cual fuera su intención en su momento, Mongke había endurecido a su esposo, le había cambiado. Aunque el antiguo khan estaba muerto, Chabi aún podía odiarle por eso, al menos. No podía recordar cuándo había sido la última vez que Kublai había abierto un libro. Su colección estaba amontonada en carros cubiertos con lino engrasado: era demasiado valiosa para abandonarla, pero una vercosa capa de moho había empezado a aparecer en los libros debido a las lluvias primaverales.

—¿Duerme? —preguntó Kublai, con la voz todavía áspera por la ira.

—Por fin, sí, pero te estoy escuchando. Has dicho que habías tomado una decisión. ¿Por qué sigues dándole vueltas?

—¡Porque estoy tan cerca, Chabi! Podría llegar a Hangzhou, ¿entiendes? ¡Todo lo que he hecho en los últimos cinco años me ha traído hasta este punto y ahora mi maldito hermano se declara khan! ¿Se supone que tengo que abandonar todo lo que he conseguido y marcharme a casa, arrastrándome sobre el estómago como un perro? ¿Cómo podría marcharme ahora?

—¿Y cómo podrías no marcharte? Por favor, baja la voz o empezará de nuevo a llorar —contestó Chabi. Estaba agotada por la falta de sueño y los pezones le dolían de darle de mamar a la niña, pero no podía dejar que Kublai entrara en pánico o bebiera hasta caer inconsciente.

—Cuando llamaron a Tsubodai para que volviera a casa desde el oeste, ya nunca

regresó —dijo Kublai, empezando de nuevo a caminar arriba y abajo—. ¿Lo entiendes? Esta es mi oportunidad, mi momento. Si desaparezco, los Song no volverán a caer con tanta facilidad nunca más, aunque consiguiera volver. Aprenderían de esto y tendríamos que luchar con denuedo a cada paso que diéramos. Si es que vuelvo alguna vez. ¡Si es que no me matan en algún lejano campo de batalla luchando contra mi propio hermano! ¿Cómo ha podido hacerme esto, Chabi? Ese inútil, arrogante...

—No digas palabrotas delante de la niña —le advirtió Chabi. Kublai la miró frunciendo el ceño.

—Pero si no puede entender nada, mujer.

—Ni mujer ni nada, marido. Querías que te escuchara y te estoy escuchando, pero me habías dicho que habías tomado la decisión de volver a casa. ¿Por qué nos hemos parado en este frío lugar? ¿Por qué nada está resuelto aún?

—¡Porque la cuestión no es sencilla! —soltó Kublai. Su esposa empezó a levantarse—. ¿Dónde vas?

—A la cama.

En aquel momento, el estado de ánimo de Kublai cambió y se acercó a ella, arrodillándose junto al sofá.

—Lo siento. Es que no creí que tuviera que vigilar mis espaldas para protegerme de mi propio hermano. No de él. Pensé que Arik-Boke siempre me apoyaría.

Chabi pasó su mano por la mandíbula de su esposo, acariciándole con afecto.

—¿Sabes cuánto has cambiado desde que te fuiste de Karakorum? Tal vez a él le haya pasado lo mismo. Cinco años es mucho tiempo, Kublai. Probablemente piense que sigues siendo su hermano el estudioso, que ama más los libros y las ideas extrañas que nadie de tu familia. No sabe quién eres ahora. Y tú no sabes quién es él, ya no.

—He recibido una carta suya —dijo Kublai, con voz fatigada. Su esposa se incorporó y le miró fijamente a los ojos.

—Por eso estás tan furioso. ¿Qué te dice?

Kublai suspiró.

—Parte de mí esperaba que se tratara de un error. Arik-Boke se ha declarado khan casi al mismo tiempo que yo. No tenía ni idea de lo que he estado haciendo por aquí. Confiaba en que comprendiera que mi derecho precede al suyo, pero me escribe como si todo cuanto hiciera estuviera ya grabado en piedra —al recordar las palabras de su hermano, escritas por algún lejano escriba, su cólera retornó—. Me ordena que vuelva a casa, Chabi. El tonto de mi hermano pequeño me escribe como si fuera su igual.

—Ya no sois unos niños, Kublai —dijo Chabi con suavidad—. Ahora no importa quién naciera antes. Ha alcanzado la edad adulta y ha sido el khan de la patria, haciéndose cargo de la herencia de tu propia madre, que le entregó Mongke. Está habituado a gobernar una nación. No dudo de que considerara tu reacción, pero tú has

acumulado tu experiencia en el campo de batalla, luchando contra tus enemigos.

—Una dura prueba que le haré entender si es que nos enfrentamos en batalla —replicó Kublai, formando un puño con la mano derecha. Respiró hondo, controlando la ira que le embargaba—. No estarás diciendo que tiene razón, ¿verdad? —exigió saber.

Chabi negó con la cabeza.

—Por supuesto que no, marido. Debería haberlo planteado ante los príncipes y los hombres de más rango. Debería haber considerado que tú podrías presentarte como candidato al gran khanato antes de declararse khan. Pero eso ya forma parte del pasado. Ahora tienes que verle como a un hombre, no como al niño que ayudabas a levantarse del suelo cuando se caía o al que le contabas cuentos. Su madre también fue Sorhatani, que prácticamente gobernó la nación durante años. Tuvo también el mismo padre que tú, que dio su vida por un khan. Gengis fue el abuelo de ambos. Si sigues pensando en Arik-Boke como un pelele o un idiota, podría destruirte.

—Le mataré antes —dijo Kublai—. No tenía expectativas de ser khan, Chabi. Mongke tenía una docena de hijos. Si hubiera vivido unos cuantos años más, habría nombrado un heredero y su linaje se habría continuado sin más. Pero murió y ahora no está y en vez de eso... en vez de eso... —No podía expresar la furia que sentía y todo cuanto hizo fue apretar el aire vacío entre sus puños cerrados.

—Tienes que calmarte —dijo Chabi—. Tienes que dejar a un lado la ira y la sensación de haber sido traicionado y pensar como un khan —meneó la cabeza—. Y tienes que tomar una decisión. O bien le tratas como a un enemigo o cedes el khanato y le prestas juramento de lealtad a Arik-Boke. O una cosa o la otra. No tiene sentido que sigas volviéndote loco. En cualquier caso, no puedes quedarte en tierras Song.

En un abrir y cerrar de ojos, la ira de Kublai se disipó y su tenso cuerpo se desinfló frente a Chabi. Se volvió hacia ella, con los hombros caídos.

—Es un desperdicio tan inmenso —dijo con voz suave—. He perdido a hombres buenos. Todos hemos sufrido llevando a cabo las órdenes que Mongke me dio. No sé si confiaba o no en que tendría éxito. Tal vez sea verdad que creía que iba a fracasar y que tendría que venir hasta aquí a rescatarme. Pero aquí estoy, todavía en pie. Podría tomar su capital, Chabi.

—Y perderías el mundo entero si lo haces —murmuró ella, cansada—. Todo esto ya lo has dicho antes. Aunque derrotaras a los Song, aunque te convirtieras en el emperador de estas tierras, tendrías que hacer frente a Arik-Boke. Habrías conquistado un khanato para la nación, pero serías el vasallo de tu hermano. Aun así tendrías que ir a Karakorum y jurarle lealtad. —El bebé empezó a lloriquear y a revolverse, y Chabi suspiró, metiéndole el meñique con cuidado en la boca. Sin despertarse, el bebé lo chupó con avidez.

—No puedo hacer eso —contestó Kublai, clavando la mirada en la lejanía, como si pudiera divisar las tierras de la patria—. Soy khan, Chabi. Tengo el derecho a serlo y no renunciaré a él. ¿En qué estaba pensando cuando se proclamó khan? ¿Has visto

lo que me ha hecho? No tiene derecho, Chabi. Ningún derecho en absoluto —sacudió la cabeza, volviéndose hacia la chimenea y mirando con fijeza las llamas—. Cuando era pequeño, solía soñar que seguiría el camino que había trazado Ogedai, pero no era más que una fantasía. Su hijo Guyuk sería el heredero. Lo sabía. Lo entendía. Cuando Guyuk murió, Mongke era la elección evidente. Era mayor que yo, era un hombre respetado. Había cabalgado junto a Tsubodai hacia el oeste... era todo lo que yo no era, Chabi. En aquel momento yo no estaba preparado. Mongke solía burlarse de mí por cómo me vestía y cómo hablaba, por los libros que leía.

—Me acuerdo... —dijo Chabi, con suavidad.

—¡Pero tenía razón, Chabi! Las cosas que he visto... ¡No! Las cosas que he hecho —se estremeció ligeramente mientras los recuerdos pasaban por su mente—. Era un inocente. Creía que entendía el mundo, pero era poco más que un niño.

Kublai cogió un atizador de hierro y empezó a remover con él los troncos encendidos, creando una estela de chispas que salió volando por la habitación. Chabi protegió a la niña del calor con la mano.

—Pero ya no soy un niño —repuso, y su voz sonó grave y áspera. Dejó el atizador junto a la chimenea y se giró hacia su mujer—. Entonces éramos tan jóvenes... pero, por el padre cielo, ya no soy ese jovencito que nunca había visto los cadáveres hinchados. Soy khan. Está hecho y no lo cambiaría —apretó el puño, comprobando su propia fuerza con placer—. No permitiré que otro ocupe mi lugar.

Ambos volvieron la cabeza al oír a un hombre carraspear al otro lado de la puerta abierta. Uno de los guardias de Kublai había aparecido en el umbral, con su capa aceitada chorreando agua de lluvia y sendos charcos bajo las botas.

—Orlok Uriang-Khadai está aquí para verte, mi señor khan —dijo, e hizo una profunda reverencia.

Nadie se acercaba a Kublai sin haber sido registrado para comprobar que no llevaba armas y pasar antes por, al menos, dos guardias. Incluso los jinetes del yan eran obligados a desnudarse antes de poder volverse a vestir para presentarse ante él. Los que habían llegado hasta él habían sido obligados a permanecer junto a sus tumanes, para que no pudieran comunicar la noticia de su propia proclamación. La lección aprendida con la muerte de Mongke seguía muy presente en toda la nación. Eso explicaba por qué Uriang-Khadai estaba rojo de indignación cuando entró en la casa tras aguardar bajo la lluvia.

—Habías mandado llamar, mi señor khan —dijo el orlok, con una línea delgada y fina por boca. En ese momento vio a Chabi e inclinó la cabeza ante ella, relajándose lo suficiente para sonreír al bebé que tenía en brazos.

—Mi señora, no te había visto. ¿Está bien tu hija?

—Duerme todo el día y me mantiene despierta toda la noche, pero sí, está bien. Es hora de despertarla y darle de comer.

Uriang-Khadai asintió, casi afable. Kublai le observó sorprendido, descubriendo una faceta del hombre que no había visto jamás. Uriang-Khadai no había traído

consigo a sus esposas o retoños a la campaña y a Kublai sencillamente no se le había ocurrido que el severo oficial pudiera ser también un padre amante de sus hijos.

Kublai se aclaró la garganta y Uriang-Khadai volvió a inclinar la cabeza ante Chabi antes de acercarse al fuego de la chimenea, donde aguardaba su khan. Kublai le indicó con un gesto que se calentara y el orlok extendió las palmas hacia las llamas, clavando en ellas la mirada.

—Eras el hombre de mi hermano Mongke, Uriang-Khadai. Lo sé y no me preocupa —dijo, lanzando una mirada de soslayo al orlok, pero Uriang-Khadai no dijo nada—. Has demostrado tu lealtad hacia mí luchando contra los Song... Pero eso es pasado. Parece que tendré que llevarme mis tumanes a casa. Si tenemos que entrar en batalla, lucharemos contra tumanes mongoles en su propia tierra. Nos enfrentaremos a nuestro propio pueblo, hombres que quizá conozcas y respetes.

Uriang-Khadai retiró la vista de las llamas, y sus ojos y sus rasgos quedaron en sombra. Asintió brevemente.

—Y deseas saber si puedes confiar en mí, mi señor. Lo comprendo —reflexionó un momento, secándose algunas gotas de lluvia de la cara—. No sé cómo puedo borrar todas tus dudas, señor. Es cierto que tu hermano Mongke me eligió para liderar tus ejércitos, pero he obedecido todas tus órdenes. He sido leal y he prestado el juramento de lealtad junto al resto cuando te proclamaste khan. Si eso no es suficiente, no sé qué más puedo ofrecerte.

—Tu familia está en Karakorum —dijo suavemente Kublai.

Uriang-Khadai asintió, y los músculos de su mandíbula se tensaron.

—Es cierto. Lo mismo le pasa a la mayoría de los hombres, tanto a los nuevos tumanes como a los veteranos. Si tu hermano Arik-Boke utiliza a los miembros de mi familia como rehenes, no hay nada que pueda hacer para salvarlos. Pero esperaré que me des la oportunidad de vengarlos.

Durante un instante, en sus ojos brilló una furia desnuda que desveló a Kublai una verdad que le hizo sentir algo semejante a la culpa. Su familia había manipulado a ese hombre durante años. En un primer momento, Kublai retiró la mirada. Había enviado a las mujeres y a los hijos de sus tumanes a Karakorum y habría dado su mano derecha por deshacer esa inocente decisión. Le daba a Arik-Boke una ficha extra en el juego que le rompería el corazón a aquellos que luchaban junto a Kublai. No sabía todavía si Arik-Boke usaría esa amenaza, pero, como decía Chabi, ya no sabía quién era su hermano.

—Tengo que planificar una campaña contra la patria —dijo Kublai, casi asombrado—. ¿Me ayudarás en esto?

—Por supuesto, mi señor. Eres el khan. Mi lealtad es tuya —Uriang-Khadai pronunció cada una de sus palabras con tan tranquila certidumbre que Kublai notó cómo sus propias dudas se desvanecían.

—¿Cómo la iniciarías? —le preguntó.

Uriang-Khadai sonrió, consciente de que la crisis había pasado.

—Me retiraría de inmediato de las tierras Song, mi señor. Establecería mi base de operaciones en territorio Chin, en torno a Xanadú. Allí hay alimento suficiente para sustentarnos en el campo de batalla. Tu hermano tiene que ir a buscar el grano y la carne al khanato de Chagatai y a las tierras rusas, así que, para empezar, emprendería incursiones para cortar esas líneas de suministro. Las provisiones desempeñarán un papel clave en esta guerra —el orlok empezó a caminar arriba y abajo, imitando inconscientemente los movimientos que hacía Kublai antes de que él entrara—. Tu hermano contará con varios príncipes vasallos, que le habrán jurado lealtad personal. Debes acabar con los más fuertes de ellos enseguida, para enviarle un mensaje al resto. Quítale a tu hermano su poder, su respaldo, y cuando te enfrentes a él en batalla, se desmoronará.

—Has estado pensando sobre ello —dijo Kublai con una sonrisa.

—Desde el mismo momento que recibimos la noticia, mi señor. Debes regresar a casa y, si es necesario, echar abajo Karakorum. Eres el khan. No puedes permitir que otro reclame como suyo ese título.

—¿No te preocupa la idea de luchar contra tu propio pueblo en una guerra? —preguntó Kublai.

Uriang-Khadai se encogió de hombros.

—Hemos estado luchando casi sin parar durante cinco años, mi señor. Los tumanes que posees eran los mejores que Mongke podía haberte entregado, y se han fortalecido todavía mucho más. No lo digo por halagarles. Nadie con quien tu hermano pueda presentarse en el campo de batalla podría derrotarnos. Así que, no, no me preocupa. Si deciden trazar una línea en el suelo, pasaremos por encima de ella y los destrozaremos —Uriang-Khadai hizo una pausa, sopesando sus siguientes palabras—. No sé cuáles son tus intenciones respecto a tu hermano. Deberías saber que si Arik-Boke amenaza a las familias de nuestros tumanes, no podrás salvarle la vida al final. He visto cómo concedías el perdón a ciudades enteras, pero, cuando lo hiciste, tus guerreros perdieron únicamente plata y botín. Si tu hermano tiene sangre en las manos cuando lleguemos hasta él... —Se interrumpió. Kublai hizo una mueca.

—Te entiendo —intervino Kublai. Su subalterno le observaba atentamente—. Si esto comienza, yo le pondré fin. No quiero matarle, orlok, pero, como tú dices, hay algunas cosas que no pasaré por alto.

Uriang-Khadai asintió, satisfecho ante lo que veía en el rostro de Kublai.

—Bien. Es importante comprender lo que estamos arriesgando. Esto no es un juego, ni una disputa familiar que pueda resolverse con una buena discusión y una bebida de alta graduación. Esto implicará derramamiento de sangre, mi señor. Doy por supuesto que no has informado a tu hermano de tus intenciones... He visto que retenías a los jinetes del yan.

Kublai negó con la cabeza.

—Eso nos ayudará, al menos —prosiguió Uriang-Khadai—. Podremos sorprenderle y eso equivale a una docena de tumanes. Sugiero que hagas de Xanadú

tu baluarte, mi señor. Se encuentra a una distancia que nos permite atacar a tu hermano y podemos dejar allí al resto de seguidores del campamento. Moviéndonos deprisa, podemos interrumpir sus líneas de suministros y tomar las tierras de los príncipes que le apoyen, sean quienes sean. Necesitamos información sobre esos hombres, pero, con un poco de suerte, la guerra podría haber terminado antes de que tu hermano se dé cuenta de lo que está sucediendo.

Kublai notó cómo le animaba la confianza de su veterano orlok. Pensó una vez más en la carta de Arik-Boke. Su hermano había presumido de los príncipes que le habían prometido lealtad.

—Creo que tengo una lista, orlok. Mi hermano fue tan amable de darme los nombres de sus principales partidarios.

Uriang-Khadai parpadeó y, a continuación, esbozó una lenta sonrisa.

—No había líneas del yan cuando te proclamaste khan, mi señor. Puede que todavía tarde meses en saber lo que has hecho. Podemos adelantarnos a las noticias y ser bienvenidos por los príncipes antes de que sepan nada sobre nuestras intenciones.

Al pensarlo, Kublai apretó los labios. No le gustaba la idea de acercarse a unos hombres que le consideraban un aliado para entonces destruirlos, pero su hermano no le había dejado elección.

—Si tiene que ser así —dijo—. Los dos hijos mayores de Mongke, Asutai y Urung Tash, se declararon a favor de mi hermano. ¿Los conoces?

—No, mi señor. Les habrán concedido tierras a cambio de su respaldo. ¿Quién más?

—El nieto de Chagatai; Alghu; el hijo de Jochi, Batu. Esos son los más poderosos entre sus nuevos aliados.

—Entonces, los derrotaremos a ellos los primeros. No me preocupan los hijos de Mongke, señor. Serán unas piezas menores en el juego y todavía no se han hecho un gran nombre. Batu controlará los suministros de alimento y equipo que lleguen desde el norte. A él es a quien debemos atacar primero y luego a Alghu.

Kublai se quedó pensando unos momentos.

—Batu... me debe mucho. Tal vez podamos conseguir que se una a nuestro bando —Uriang-Khadai le miró inquisitivamente, pero Kublai meneó la cabeza, reacio a hablar sobre ello—. Con todo, eso supondría rodear el territorio de la patria. Miles de kilómetros.

—Tsubodai logró recorrer tres veces esa distancia, mi señor. Envía una pequeña fuerza, dos o tres tumanes, para realizar esa incursión. El general Bayar se pondría a dar saltos de alegría si le ofrecieras la oportunidad de actuar en tu nombre. Nosotros dos asaltaremos el territorio de Chagatai en el oeste.

—Mi hermano Hulegu posee un nuevo khanato en torno a Damasco. Enviaré a alguien allí. Después, a Karakorum —dijo Kublai con suavidad—. Cada uno en una temporada, orlok. No quiero dedicar años a esto. Quiero acabar con ello rápidamente para poder regresar a conquistar a los Song.

—Como deseas, mi señor khan —dijo Uriang-Khadai, inclinando la cabeza ante él.

Arik-Boke abrió la puerta y se apoyó en el marco mientras contemplaba la sala del palacio. La estancia era muy espaciosa y el menor ruido resonaba en sus paredes, pero la hueste de escribas sentados en sus pupitres permanecía en un silencio casi completo. Solo se oía el arañar de las plumas y el sordo golpear de los tampones entintados. Los escribas trabajaban con la cabeza gacha, copiando y leyendo. De vez en cuando, uno de ellos se levantaba de su asiento con un pergamino en la mano y cruzaba la habitación para, entre susurros, comprobar su calidad con su superior.

Batu observaba la escena desde el umbral. Era mucho mayor que Arik-Boke, aunque también él era nieto de Gengis, descendiente directo de Jochi, el primogénito del gran khan. Su pelo negro estaba entreverado de gris y tenía la cara tan curtida como la de cualquier pastor que pasara sus días bajo el viento y la lluvia. Solo su piel, más pálida, revelaba que sus tierras se encontraban en el norte de Rusia. Enarcó las cejas al ver a los escribas y Arik-Boke soltó una risita entre dientes.

—Querías ver el lugar donde late el pulso del imperio, Batu. Es este. Lo admito, no es lo que imaginaba cuando me hice khan.

—Creo que me volvería loco si tuviera que trabajar en una sala así —respondió Batu con seriedad. Se encogió de hombros—. Pero es necesario. Me imagino que la cantidad de información que pasa a través de Karakorum debe ser inmensa.

—Es el nuevo mundo —contestó Arik-Boke, cerrando la puerta sin ruido tras de sí—. Creo que Gengis no lo habría entendido.

Batu sonrió y su semblante cobró de pronto un aspecto juvenil.

—Lo habría odiado, de eso estoy seguro.

—No soy de los que le da demasiadas vueltas al pasado, Batu. Por eso te he invitado a Karakorum. Eres mi primo y los hombres hablan bien de ti. Deberíamos conocernos un poco más.

—Me honras —dijo Batu en tono alegre—. Aunque me siento bastante cómodo en mis tierras. Pagar mi tributo supone una carga, por supuesto, pero no he dejado de hacerlo ni una sola vez.

La indirecta fue bastante clara y Arik-Boke asintió.

—Enviaré a un escriba a verte para revisar las cantidades. Tal vez podamos llegar a un nuevo acuerdo, para mi khanato. Todo puede rehacerse, Batu. A mí me han hecho falta varios meses solo para comprender el alcance de mi influencia y mi poder, pero no es todo trabajo. No veo por qué no debería recompensar a los que me son leales.

—Liderar es mejor que seguir —continuó Batu—. Es más cansado, pero las recompensas...

Arik-Boke sonrió con expresión astuta

—Déjame mostrarte las recompensas —intervino, indicándole a Batu con una seña que le siguiera—. Mi hermano Hulegu me describió un serrallo en el que había entrado en Bagdad. He iniciado algo parecido aquí.

—¿Un serrallo? —preguntó Batu, pronunciando con cuidado la palabra extranjera.

—Una congregación de mujeres hermosas y jóvenes, dedicadas a mí. He enviado a hombres con dinero a los mercados de esclavos para traerme las mejores y más jóvenes. Vamos, te dejo elegir, cualquiera que te captive. O más de una, si quieres.

Condujo a Batu a través de una serie de pasillos hasta que llegaron a una puerta custodiada por dos fornidos guardias. Ambos se mantuvieron firmes en presencia del khan y Arik-Boke pasó por su lado y abrió la puerta: del interior brotaron sonidos de risas y el murmullo del agua. Batu entró tras él, cada vez más interesado.

Al otro lado del umbral, apareció un pequeño patio en el que crecía una exuberante vegetación, atravesada por un pasaje cubierto. Batu vio a seis o siete jóvenes y notó cómo se ensanchaba la lobuna sonrisa de Arik-Boke. En torno al patio había varias estancias sencillas con camas y algunos adornos.

—Las tengo aquí hasta que se quedan embarazadas. Entonces las traslado a unas habitaciones exteriores del palacio para que tengan los niños.

—Son... ¿esposas? —preguntó Batu.

Las mujeres ya habían empezado a levantarse al notar la presencia del khan y algunas de ellas se habían arrodillado sobre las pulidas piedras. Arik-Boke se echó a reír.

—Tengo cuatro esposas, primo. De esas no necesito más.

Hizo una seña a una muchacha y esta se aproximó con ojos asustados. Arik-Boke le levantó la barbilla con la mano extendida, girando su cabeza a derecha e izquierda para que Batu pudiera apreciar su belleza. La joven se quedó muy quieta mientras él dejaba caer la mano por debajo del fino cuello y le abría la túnica, revelando sus pechos. Levantó uno con sus ásperos dedos y el cuerpo de la chica se tensó. Cuando Arik-Boke volvió a hablar su voz sonaba más ronca.

—Qué peso más delicioso en mi mano. No, Batu, estas son para el placer y para darme hijos. Tendré miles de herederos. ¿Por qué no? Un khan debe poseer un linaje fuerte. Elige a una, a las que quieras. Te harán pasar una noche inolvidable.

Batu había visto las pupilas agrandadas de la joven y comprendió que el olor dulzón que flotaba en el aire era opio. Asintió con gesto amable, sin dejar traslucir sus pensamientos ante Arik-Boke.

—Mis propias esposas no son tan indulgentes como las tuyas, mi señor khan. Creo que si aceptara tu oferta se lanzarían con un cuchillo hacia mi virilidad.

Arik-Boke resopló, indicando con un gesto a la muchacha que se alejara.

—¡Qué tontería, primo! Todo hombre debería ser un khan en su propia casa.

Batu sonrió con pesar, esforzándose por hallar un modo de salir de aquella situación sin ofender a Arik-Boke. No quería sus mujeres.

—Todo hombre tiene que dormir, mi señor. Prefiero levantarme sabiendo que todos mis miembros seguirán unidos a mi cuerpo.

Soltó una risita entre dientes y Arik-Boke le imitó, relajándose un poco. Continuó acariciando los pechos de la chica, distraído.

—Mi hermano Hulegu describió unas habitaciones totalmente dedicadas a los placeres de la carne —dijo Arik-Boke—. Con trajes y extrañas sillas e instrumentos; cientos de mujeres hermosas, todas para el sah.

Batu hizo una mueca a sus espaldas. Mientras Arik-Boke la manoseaba, la muchacha miraba hacia el frente con ojos apagados. Sus labios parecían magullados e hinchados y, en realidad, Batu la encontraba extremadamente atractiva. Sin embargo, como Ogedai Khan le había dicho un día, todo era una cuestión de poder. Batu no quería deberle nada a Arik-Boke. Podía percibir la excitación del menudo cuerpo de su primo desprendiéndose de él en oleadas, casi como el calor. Arik-Boke jadeaba respirando por la boca y la lujuria había pintado una fea mueca en su rostro atravesado de cicatrices. Batu contuvo las náuseas y mantuvo la sonrisa en su rostro.

—¿Y Kublai, señor? Hace años que no le veo. ¿Va a regresar a Karakorum?

Arik-Boke perdió parte de su excitación al oír mencionar a su hermano.

Se encogió de hombros, con deliberación.

—Tan rápido como pueda, primo. Le he ordenado que vuelva a casa.

—Me gustaría volver a verle, mi señor —dijo Batu, con inocencia—. Él y yo éramos amigos, hace años.

XXXIV

—**G**uardad silencio, llega el Hijo del Cielo, emperador de los Song, el señor de la Nación Perpetua —anunció el canciller imperial. Dirigiéndose hacia las primeras filas, su amo alzó la mano para saludar a los señores Hong y Sung Win. El juvenil rostro de Huaizong estaba colorado por el placer de ir a la guerra con unas huestes tan inmensas. Cabalgaba un semental de edad avanzada, tan ancho como una mesa. La dócil montura había sido considerada apropiada para un niño de once años que no puede ser arrojado al suelo por su caballo. Era necesario fustigarlo sin piedad para que hiciera cualquier cosa que no fuera avanzar al paso, pero eso no empañó el entusiasmo del chico.

—¡Mirad cómo huyen al vernos! —les gritó a sus señores. Huaizong había salido de la seguridad del centro hacia las líneas del frente para confirmar la noticia que le habían dado sus mensajeros imperiales. A lo lejos, distinguió a los tumanes mongoles cabalgando hacia el norte, en dirección a la frontera Chin. Al verlos, sintió ganas de reír de alegría. Su primera acción como emperador había sido expulsarlos de sus tierras. En verdad, el cielo le sonreía a un reino que empezaba con tan buen pie.

No importaba que sus señores se hubieran visto obligados a acelerar el paso solo para lograr ver al enemigo. Para entonces, el emperador Huaizong era consciente de que los mongoles habían iniciado la retirada antes de que su vasto ejército hubiera estado en posición de ataque.

—Se van a casa —dijo. Ninguno de los señores más cercanos respondió a lo que no era una pregunta clara.

Huaizong se puso de pie en la silla de montar, manteniéndose allí con el despreocupado equilibrio de los muy jóvenes. Su caballo caminaba tranquilamente bajo el muchacho, al mismo paso que la multitud de soldados y jinetes que se extendía a ambos lados y por detrás, ocupando todo lo que alcanzaba su vista. Cuando se giró y echó una ojeada por encima del hombro, Huaizong no pudo evitar menear la cabeza, maravillado ante la fuerza de la nación que había heredado. Los soldados marchaban en líneas perfectas, con los vistosos estandartes ondeando en el aire. Los que estaban más próximos apartaban la mirada del emperador, mientras que los que estaban más lejos siguieron marchando impasibles, demasiado distantes para ver a la pequeña figura observando al ejército por encima de sus cabezas. Oteó más lejos aún, hasta que los colores se oscurecían y las líneas de soldados se parecían a olas distantes de un mar pardo, ondulando a través de la tierra bajo el ancho cielo azul. Una muchedumbre de campesinos avanzaba lenta y pesadamente tras ellos, a pie y en carros, transportando los víveres y el equipo que necesitaban los soldados. Huaizong no les prestó atención. Sus pueblos y ciudades estaban plagados de gentes como ellos. Cuando los veía siquiera, los miraba solo como a bestias de carga, que podía usar y desechar a voluntad.

Huaizong se volvió hacia el frente y se dejó caer en la silla de montar con un

gruñido complacido. Sung Win acercó su caballo al del emperador.

—¿No van a luchar contra nosotros? —preguntó Huaizong, alargando el cuello para ver a los tumanes mongoles. Su voz revelaba que estaba contrariado.

El señor Sung Win negó con la cabeza.

—Puede que sepan que el Hijo del Cielo cabalga con nosotros hoy —dijo, aprovechando la ocasión para halagar al chico de cuyo poder dependían su casa y su linaje—. Llevan días avanzando, sin dar muestras de ir a parar.

—Es que estoy decepcionado por no haber entrado en batalla, Sung Win —dijo Huaizong.

Sung Win le lanzó una mirada fugaz, preocupado de que el muchacho pudiera ordenar que cruzaran la frontera y entraran en tierras Chin solo para saciar su inmaduro deseo de ver sangre. Sung Win, con muchos más años que él, tenía una idea muy clara sobre los costes que eso supondría. Como la mayoría de hombres que han librado guerras en su juventud, no tenía ningún problema en ver cómo se retiraba el enemigo y no hacer nada al respecto. Habló antes de que el niño pudiera sacrificar sin sentido las vidas de miles de hombres.

—El reinado del emperador Huaizong ha empezado bien —dijo—. Has expulsado al enemigo y ahora tendrás tiempo de reforzar tu posición y completar tu entrenamiento.

Tal vez no fuera el comentario adecuado para un chaval de once años. El señor Sung Win frunció el ceño al ver cómo la boca del chico se torcía en una mueca desdeñosa.

—¿Crees que debería volver junto a las antiguallas de mis tutores? Ellos no están aquí, Sung Win. ¡Me he librado de ellos! Mi ejército avanza. ¿Por qué tendría que detenerme ahora? Podría expulsarlos de las tierras Chin. Podría mandarlos derechos a su casa.

—El Hijo del Cielo sabe que hemos dejado desprotegidas nuestras ciudades —dijo Sung Win buscando las palabras justas—. En circunstancias normales, contamos con poderosas guarniciones, pero ahora mismo o bien las hemos perdido ante el enemigo o bien se encuentran aquí con nosotros. Estoy seguro de que el Hijo del Cielo conoce las historias de esos ejércitos que se adentraron demasiado en las tierras de sus enemigos y, en un primer momento, quedaron aislados allí y, después, desaparecieron.

El emperador Huaizong le miró con expresión irritada, pero se quedó callado, mordiéndose el labio mientras meditaba. Sung Win rezó en silencio para que el muchacho no comenzara su reinado con una campaña improvisada. Con cautela, decidió volver a hablar.

—El Hijo del Cielo sabe que en sus propias tierras dispondrán de buenas líneas de suministros, mientras que nosotros tenemos que cargar con víveres y equipo durante cientos de kilómetros. Ese tipo de campañas merecen la pena en el segundo o tercer año de reinado, pero no en el primero, no sin una planificación previa. El Hijo del

Cielo lo sabe mucho mejor que sus humildes sirvientes.

El chico emitió un gruñido malhumorado con la garganta.

—Muy bien, Sung Win. Empieza a trabajar en una campaña. Perseguiremos a esos hombres hasta la frontera, pero al año que viene liderarás la guerra. No soy ningún viejo enfermo, Sung Win. Recuperaré las tierras de mis antepasados.

Sung Win, sobre la silla de montar, hizo una profunda reverencia lo mejor que pudo.

—El Hijo del Cielo me honra compartiendo conmigo su gran sabiduría —añadió. Una gota de sudor resbaló por su nariz y se la limpió con discreción. Era como los chicos de pueblo que jugaban con serpientes, riendo como locos ante el peligro cuando la cobra se lanzaba hacia ellos. Un único error podía significar la muerte, pero seguían haciéndolo de todos modos, reuniéndose en círculo cada vez que encontraban una. Sung Win se sintió como uno de esos muchachos mientras mantenía la vista clavada en la tierra que pasaba bajo su caballo, sin atreverse a alzar los ojos.

De tanto mirar por encima del hombro desde su caballo, a Kublai, visiblemente frustrado, le había empezado a doler el cuello. Notó la mirada de Uriang-Khadai sobre él y suavizó su ceño.

—No te preocupes, no voy a ordenarles a los tumanes que den la vuelta y carguen contra ellos. Nunca he visto tantos soldados en movimiento. Teniendo en cuenta que Bayar se ha adelantado, tenemos, ¿qué?, ¿una décima parte de sus efectivos? ¿Una veinteava? Tengo suficiente experiencia como para saber cuándo atacar y cuándo meter la cola entre las piernas y correr.

Habló en tono despreocupado, pero Uriang-Khadai se dio cuenta de que las miradas que echaba hacia atrás eran calculadoras y buscaban defectos en las líneas Song. Estaban demasiado lejos para poder juzgarlos con precisión, pero Kublai había pasado mucho tiempo frente a esos mismos soldados. Conocía sus virtudes y defectos tan bien como los propios.

—¿Ves cómo protegen el centro? —preguntó Kublai—. Esa formación es nueva. ¡Son tantísimos, orlok! Tiene que ser el emperador, o al menos uno de sus parientes. Pero yo tengo que dejarlos atrás para enfrentarme a mi propio hermano —se inclinó sobre la silla de montar y escupió como si quisiera deshacerse del sabor de sus palabras—. A pesar de todo, continuaremos —dijo—. ¿Crees que se detendrán en la frontera? —En su pregunta había un deje de esperanza, pero Uriang-Khadai se apresuró a contestar.

—A menos que su líder sea un hombre como tu abuelo, casi con toda seguridad. Han reunido todas las fuerzas que tienen para emprender una campaña breve en sus propias tierras. Dudo que cuenten con comida suficiente para alimentar a tantos soldados más allá de un par de semanas.

—Si cruzan la frontera, me veré obligado a luchar contra ellos —dijo Kublai,

observando a su orlok con atención. Se echó a reír al ver la mueca que hacía Uriang-Khadai—. Bueno, es verdad, ¿no? Libraré la batalla mientras avanzamos hacia Xanadú y, para cuando lleguemos a mis tierras, estarán agotados. Esquilmaré las tierras a mi paso y los obligaré a pasar hambre y a seguir avanzando. Podríamos hacerlo, orlok. ¿Qué suponen unas probabilidades de diez a uno para nosotros?

—Sospecho que la destrucción, mi señor khan —respondió Uriang-Khadai. Creía que Kublai, en realidad, le estaba tomando el pelo, pero notaba una avidez latente en él. Había entregado buena parte de los mejores años de su vida a la tarea de derrotar a los Song. A Kublai le había dolido tener que marcharse y, por mucho que bromeara, el orlok se dijo que posiblemente recibiera con alegría la oportunidad de acabar lo empezado contra el propio emperador.

Al atravesar la frontera, marcada por una serie de pequeños templos blancos, y entrar en tierras Chin, más y más hombres empezaron a mirar hacia atrás para comprobar si las fuerzas que los seguían irían tras ellos. Para Kublai, fue un momento agrídulce ver cómo la vanguardia Song se detenía. Había aminorado deliberadamente la marcha, de modo que, en aquel momento, se encontraban a poco más de un kilómetro. Distinguió las filas delanteras, que se mantuvieron en perfecta quietud mientras observaban cómo se alejaban los mongoles, e imaginó su júbilo. Hacia el este y el oeste, hombres y caballos inmóviles oscurecieron la frontera a lo largo de muchos kilómetros, una clara declaración de fuerza y confianza. Estamos aquí, decían. No tenemos miedo de enfrentarnos con vosotros.

—Con un ejército así tan cerca, tendré que dejar unos tumanes aquí —le dijo Kublai a Uriang-Khadai.

—No tiene sentido. Una pequeña parte de nuestras fuerzas no podría resistir ante una hueste tan inmensa —contestó Uriang-Khadai—. El dominio Chin posee sus propios tumanes. Ahora eres su khan, mi señor. Puedes usarlos como desees. Sin embargo, si los Song emprenden una invasión mientras estamos luchando contra tu hermano, tus ciudades podrían ser saqueadas. Podrías perder Xanadú y Yenking.

—¡Soy demasiado mayor para reconquistarlo todo otra vez! ¿Qué sugieres?

—Nombra a Salsanan tu orlok en las tierras Chin. Encomiéndale la tarea de defender el territorio y dale autoridad para reunir y liderar ejércitos en tu nombre. Tienes diez veces más tierras que ese emperador Song. No le resultará fácil, si es tan necio de entrar en tus dominios.

Kublai asintió, tomando una rápida decisión.

—Muy bien. También dejaré un tumán aquí, para vigilar la frontera y dar la impresión de que estamos listos para enfrentarnos a ellos.

—O para comunicarte la noticia si el ataque comienza —dijo Uriang-Khadai, negándose a abandonar su tono severo.

Kublai suspiró mientras seguía alejándose más y más de la frontera. Era el final de su campaña contra los Song. Rezó pidiéndole al padre cielo poder ver de nuevo las tierras del sur antes de morir.

Al atravesar la frontera, Kublai sabía que había penetrado en un territorio que estaba perfectamente conectado con Karakorum. Ya no tenía ninguna posibilidad de desplazar a sus tumanes sin que los jinetes del yan informaran al respecto, partiendo al galope en la primera etapa del recorrido que les llevaría ante la presencia de Arik-Boke. Solo había hallado una forma de abordar el problema y lo había hablado con el general Bayar, además de con Uriang-Khadai. Solo Salsanan se había manifestado contrario a la idea y Kublai había hecho caso omiso de él. Salsanan no había compartido con ellos los años de guerra entre los Song y todavía no se había ganado el respeto de los demás. Kublai se dio por satisfecho con la idea de darle orden de defender el khanato Chin.

Encontraron la primera estación de posta en una encrucijada a unos quince kilómetros de la frontera. Había sido saqueada, los establos estaban vacíos y Bayar se había llevado consigo los jinetes para utilizarlos como guerreros. Kublai dejó atrás la parada de posta con una sensación de aprensión. Sería la primera de muchas: su general interrumpiría las líneas del yan de todo el territorio Chin. Esa acción, por sí sola, hizo que Kublai fuera consciente de que le había declarado la guerra a su hermano. Ya no podía echarse atrás. Había iniciado un camino que acabaría con su muerte o en Karakorum. Apretó la mandíbula mientras cabalgaba y le inundó una oleada de alivio. Xanadú estaba situada al norte, donde dejaría al resto de los seguidores de su campamento, así como a Chabi y a su hijita. Su hijo Zhenjin ya era lo suficientemente fuerte como para soportar las largas distancias y se quedaría a su lado. Kublai asintió para sí. Desde Xanadú, sus guerreros partirían cargados únicamente con provisiones para un mes y monturas de refresco. Saldrían casi como unas tropas incursoras, moviéndose tan deprisa como las fuerzas que Gengis comandaba. Coger las riendas del propio destino era una buena sensación. La elección estaba hecha; las dudas formaban parte del pasado.

Arik-Boke se llevó el arco hasta los labios, dejando que las plumas de la flecha le rozaran antes de disparar. La flecha se elevó hacia donde había apuntado, atravesando el cuello de un gamo y derribándolo al suelo, donde quedó pataleando con desesperación. Sus portadores lanzaron un grito de admiración por el disparo, hicieron avanzar a sus monturas hincándoles los talones y, una vez allí, bajaron para degollar al animal. Uno de ellos levantó al gamo por los cuernos, cuyo largo cuello se arqueó, mientras el guerrero le enseñaba a Arik-Boke la envergadura de la cornamenta. Era un animal magnífico, pero Arik-Boke ya se había vuelto a poner en marcha. La caza en círculo organizada por Alghu estaba en pleno apogeo: las bestias eran empujadas hacia el centro a lo largo de decenas de kilómetros. Había empezado antes del amanecer, ya que el calor de la región que circundaba Samarcanda y Bujará hacía que la tarde fuera un momento de quietud y descanso. El sol caía de pleno sobre ellos y Arik-Boke estaba sudando a chorros. Todo tipo de animal, desde cerdos

gruñendo a una alfombra de liebres corredoras, se precipitaba bajo los cascos de su montura, pero el khan hizo caso omiso de todos ellos al oír el áspero rugido de un leopardo en algún lugar de las inmediaciones. Se giró sobre la silla y maldijo entre dientes al ver que la hija de Alghu ya había iniciado la carga, sosteniendo la lanza en la mano en posición baja y holgada. El nombre de la joven, Aigiarn, significaba hermosa luna, pero, en su interior, Arik-Boke pensaba en ella como en un *hainag*, un musculoso yak de mal genio y pelaje tupido y enmarañado. Como mujer, era un fenómeno de la naturaleza, tan alta y ancha de hombros que sus pechos no eran más que unos sacos planos sobre sus poderosos músculos.

Arik-Boke le gritó que se marchara cuando vio una fugaz mancha de color amarillo oscuro entre la masa de animales. Solo un leopardo persa podía moverse con tanta rapidez y a Arik-Boke se le aceleró el corazón. Se abalanzó hacia delante y estuvo en un tris de chocar con Aigiarn, cuya montura se revolvió frente a él, arruinando su disparo. El ruido de hombres y animales rugiendo les envolvía y Aigiarn no había reaccionado ante su grito. Mientras el khan volvía a chillar, la mujer bajó la lanza y atacó cuando un fogonazo de oro y negro intentó escabullirse bajo los cascos de su caballo. El leopardo gruñó y aulló, y, cuando el arma penetró en su pecho, pareció que se enroscaba en la larga lanza de abedul. Aigiarn lanzó un grito de triunfo y a Arik-Boke su voz le resultó tan fea como el resto de la joven. Mientras él soltaba un juramento, ella descendió de un salto de su montura y sacó una espada corta que se parecía más a una cuchilla de carnicero que a ninguna otra cosa. A pesar de la lanza que le atravesaba el pecho, el leopardo seguía siendo peligroso y Arik-Boke volvió a gritarle a la mujer que se separara para poder disparar, pero ella, que murmuraba para sí en tono airado mientras preparaba su arco, o bien le ignoró, o bien no le oyó. Arik-Boke se sintió tentado de clavarle una flecha a la joven yak por su insolencia, pero había recorrido un largo camino para adular y halagar a su padre y se contuvo. Disgustado, vio cómo le cortaba la garganta al leopardo; le dio media vuelta a su montura y se alejó.

El ardiente sol estaba ya muy alto y la caza en círculo estaba a punto de concluir. Ya no quedaban grandes presas en la agitada masa de pelo y garras que rodeaba a los jinetes. Arik-Boke derribó a un jabalí verrugoso con un proyectil disparado con precisión que se le clavó detrás del hombro, hundiéndose en sus pulmones, de modo que, cada vez que respiraba, una neblina rojiza salía de la boca del animal. El khan acabó con otros dos ciervos, aunque ninguno de ellos tenía la envergadura de cuernos que deseaba. Todavía estaba malhumorado cuando se oyó un grito y los niños echaron a correr entre los guerreros, matando liebres y rematando a las bestias heridas. Sus risas solo sirvieron para irritarle aún más y le pasó el arco a sus criados antes de desmontar y sacar a su caballo del ensangrentado círculo.

El príncipe Alghu había sido lo bastante listo como para no derribar a los mejores animales. Sus criados estaban ya preparando las carcasas de ciervo para el banquete que se celebraría aquella noche, pero ninguno de ellos contaba con unas astas

demasiado grandes. Arik-Boke se percató de que el único leopardo había sido cazado por la hija del príncipe. La joven había alejado a los criados agitando la mano y se había sentado sobre una pila de sillas de montar para empezar a despellejar al animal con su propio cuchillo. Arik-Boke hizo una pausa al pasar por su lado.

—Pensé que el disparo era mío, para el leopardo —dijo—. Lo grité bien alto.

—¿Mi señor? —respondió ella. Estaba ya ensangrentada hasta los codos y, una vez más, Arik-Boke quedó impresionado por su enorme tamaño. Su constitución le recordaba casi a la de su hermano Mongke—. No te oí, mi señor khan —continuó—. Nunca le había quitado la piel a un leopardo.

—Sí, bueno... —Arik-Boke se interrumpió al ver al padre de la muchacha atravesar la sangrienta hierba con amplias zancadas y expresión preocupada.

—¿Disfrutaste de la caza, mi señor? —preguntó Alghu. Sus ojos se posaron un instante en su hija, claramente nervioso de que pudiera haber ofendido a su invitado. Arik-Boke tomó aire por la nariz.

—Sí, sí, Alghu. Solo le estaba diciendo a tu hija que se atravesó delante de mí cuando estaba preparándome para disparar al leopardo.

El príncipe Alghu palideció ligeramente, aunque Arik-Boke no pudo distinguir si se debía a la ira o al miedo.

—Debes quedarte con la piel, mi señor. Mi hija puede estar ciega y sorda en una cacería. Estoy seguro de que no pretendía insultarte.

Arik-Boke levantó la vista, dándose cuenta de que, realmente, Alghu temía que exigiera algún tipo de castigo. No por primera vez, sintió la emoción de su nuevo poder. Vio que Aigiarn alzaba la mirada, consternada, y abría la boca para responder antes de que la mirada de su padre la fulminara, haciéndole bajar la cabeza.

—Es muy generoso de tu parte, príncipe Alghu. Es una piel de especial calidad. Tal vez cuando tu hija haya acabado de despellejar al animal, podrían llevarla a mis aposentos.

—Por supuesto, mi señor khan. Me ocuparé yo mismo de que así sea.

Arik-Boke se alejó, satisfecho. También él había sido uno de los muchos príncipes de la nación, cada uno con sus propios pequeños khanatos. Tal vez había disfrutado de un estatus mayor que la mayoría debido a su condición de hermano del khan, pero en aquella época no había tenido la oportunidad de deleitarse en la obediencia instantánea. Era embriagador. Se volvió un momento y se encontró la hostil mirada de la joven clavada en él, pero, en cuanto se dio cuenta de que el khan la había visto, la retiró a toda prisa. Arik-Boke sonrió para sí. Haría que la piel fuera curtida y suavizada y, antes de marcharse, le haría algún regalo a la muchacha. Necesitaba a su padre y ese regalito produciría recompensas de importancia. Era evidente que Alghu adoraba a esa hija yak suya y Arik-Boke necesitaba los alimentos que generaba su khanato.

Se frotó las manos y la sangre seca empezó a caer en briznas. Había sido un buen día, el final de su recorrido de meses por los pequeños principados que componían el

gran khanato. Allí donde había ido, había sido agasajado y su tren de bagaje gemía bajo el peso de los regalos de oro y de plata. Incluso su hermano Hulegu había dejado a un lado por un tiempo el conflicto de sus nuevas tierras, a pesar de que el general Kitbuqa había sido arrollado por los soldados islámicos cuando Hulegu regresó a Karakorum para participar en el funeral de Mongke. Su hermano había conquistado un khanato muy difícil, pero había hecho desfilar a sus hombres ante Arik-Boke y le había regalado una armadura de valioso jade como muestra de su afecto.

Acompañado por la corte del príncipe Alghu, Arik-Boke entró en el recinto del palacio de Samarcanda, caminando bajo la sombra de una ancha puerta. Por todos lados se veían carros cubiertos por las pesadas carcasas de los animales que habían abatido aquel día. De las cocinas salieron varias mujeres a saludarles, riendo y bromeando mientras afilaban sus cuchillos.

Arik-Boke las saludó con una inclinación de cabeza y una sonrisa, pero sus pensamientos estaban muy lejos. Kublai todavía no le había respondido. La ausencia de su hermano mayor era como una espina que llevara clavada en la túnica, picándole cada vez que se movía. No bastaba con tener a hombres como Alghu inclinándose ante él. Arik-Boke sabía que la continuada ausencia de Kublai era tema de conversación en todos los pequeños khanatos. Su hermano contaba con un ejército que no le había jurado lealtad al nuevo khan. Hasta que lo hicieran, la posición de Arik-Boke seguía siendo incierta. Las líneas del yan guardaban silencio. Se planteó enviar otra lista de órdenes a su hermano, pero luego meneó la cabeza, desechando la idea como un signo de debilidad. No le rogaría a Kublai que regresara a casa. Un khan no pedía, exigía. Y eso ya lo había hecho. Se preguntó si su hermano se habría quedado hipnotizado contemplando alguna ruina Chin, olvidado de las preocupaciones del khanato. La verdad es que no le sorprendería.

Bajo el aguacero, el caballo de Kublai, resoplando, avanzaba despacio y con esfuerzo a través del viscoso fango. Cada vez que se detenían, Kublai tenía que cambiar de caballo. Aquellos resistentes animales eran el secreto del poder de su ejército y nunca había sentido envidia de los sementales árabes, de un tamaño mucho mayor que sus ponis, ni de los caballos de labranza rusos, cuyos hombros eran más altos que un hombre. Los ponis mongoles podían cabalgar hasta el horizonte y, al día siguiente, volver a repetir la hazaña. No estaba tan seguro de poder hacerlo él mismo. Sus entumecidas manos temblaban en el frío y tosía sin cesar, mientras daba sorbos de un odre de airag para aliviar su garganta irritada y sentir el hilo de calor expandirse por su pecho. No necesitaba estar sobrio para cabalgar y la bebida le proporcionaba un cierto consuelo.

Doce tumanes cabalgaban con él, incluyendo los ocho que se habían abierto paso luchando hasta llegar a las proximidades de Hangzhou. No había camino suficientemente amplio para una horda de esas dimensiones y el ejército iba dejando un rastro de campos pisoteados de casi un kilómetro de anchura. A lo lejos, sus exploradores cabalgaban sin armadura ni equipo, asaltando las estaciones del yan y reteniendo a los jinetes el tiempo suficiente para que llegaran los tumanes y los absorbieran en sus filas. Kublai calculaba la distancia que recorrían cada día por el número de estaciones que pasaban: la separación entre ellas había sido establecida legalmente por el propio Gengis. Pasar junto a dos significaba que habían recorrido ochenta kilómetros, pero en un buen día, cuando el terreno era firme y brillaba el sol, podían dejar atrás hasta tres estaciones.

No era uno de esos días. A las filas delanteras no les iba tan mal, pero para cuando el segundo o tercer tumán cabalgaba por el mismo terreno, se había transformado en una masa desigual de barro apelmazado que extenuaba a las monturas y reducía la distancia que podían avanzar.

Kublai levantó la mano, haciendo una seña a uno de sus vasallos personales. Sobre sus camellos, los chicos de los tambores no habrían podido mantener el ritmo de los anteriores quince días de duras cabalgadas. No había camello en el mundo que pudiera correr entre ochenta y cien kilómetros diarios por terrenos abruptos. Kublai sonrió al ver a su hombre: estaba tan cubierto de barro que su rostro, sus piernas y pecho se habían vuelto casi completamente negros y solo destacaban sus ojos, que parecían agujeros rodeados por un borde rojo. El vasallo vio su gesto y se llevó el cuerno a los labios, soplando una nota grave que fue repetida al instante por otros hombres a lo largo de las líneas.

Detener a tantos hombres, o simplemente conseguir que todos oyeran la orden, llevaba su tiempo. Kublai aguardó con paciencia mientras, delante y detrás de él, las líneas empezaban a aminorar la marcha hasta ponerse al paso y, por fin, pudo desmontar, gruñendo incómodo al sentir el quejido de sus músculos. Habían

avanzado al galope toda la mañana y si sus hombres se sentían la mitad de cansados que él mismo, era el momento de descansar y comer.

Trescientos mil caballos necesitaban pacer varias horas al día para mantener el ritmo. Kublai siempre elegía lugares de buen pasto junto a los ríos para hacer un alto, pero, a medida que se adentraban en el oeste, cada vez les estaba resultando más difícil encontrarlos. Xanadú, en la que ya era posible entrever la ciudad en la que se convertiría en unos cuantos años, había quedado a más de mil quinientos kilómetros a sus espaldas. Las anchas calles estaban pavimentadas con losas lisas y de la mejor calidad, perfectas y listas para ser desgastadas. Había grandes secciones terminadas y Kublai había insuflado vida a las silenciosas calles entregándoselas a su pueblo. El entusiasmo que se leía en sus rostros mientras reclamaban para sí las distintas casas vacías y se mudaban a su interior, comentando animadamente cada nueva maravilla que descubrían, le había llenado de gozo. Sonrió mientras su mente embellecía los recuerdos, construyendo parques y avenidas donde todavía no había más que estacas y arbolillos. Sin embargo, era algo real y crecería. Aunque no dejara ninguna otra herencia en la tierra, al menos habría creado una ciudad de la nada.

Desde su partida, el terreno había cambiado en innumerables ocasiones y habían atravesado tanto llanuras fluviales como escabrosas colinas en las que solo crecían arbustos espinosos. Habían dejado atrás cientos de pequeñas ciudades, cuyos habitantes habían corrido a esconderse al avistarlos. Cabalgar con doce tumanes tenía esa ventaja: Kublai no tenía nada que temer de los bandidos o los maleantes. Marchaban a través de paisajes vacíos porque todo enemigo potencial se ocultaba de su vista.

Cada grupo de diez guerreros contaba con dos o tres hombres cuyo trabajo era conducir a treinta caballos hasta una fuente de agua y de hierba. Los tumanes transportaban grano, pero los problemas de peso implicaban que solo podían llevar lo suficiente para poder sustentarse en una emergencia. Kublai le entregó sus riendas a un guerrero y estiró la espalda con un gemido. Bajo el chaparrón, no se había preocupado de buscar una zona boscosa para recopilar combustible. La mayoría de los hombres tendría que contentarse con una comida fría compuesta de pan rancio y unos cuantos trozos de carne. Xanadú les había proporcionado carne salada de cordero y cabra para un mes, una cantidad tan inmensa que había dejado a toda la población de la ciudad comiendo medias raciones hasta que los rebaños se repusieran. Todavía no habían llegado al punto de beber la sangre de las yeguas que cabalgaban, pero no faltaba demasiado para que lo alcanzaran.

Kublai suspiró, deleitándose en la observación de las rutinas que se desarrollaban a su alrededor, disfrutando de poder relajar la vista concentrándola en algo próximo en vez de mantenerla fija en la lejanía, a kilómetros de distancia. Echaba de menos a su esposa y a la niña, aunque había aprendido a no apegarse demasiado a un bebé hasta estar seguro de que iba a sobrevivir. Su hijo Zhenjin cabalgaba con sus vasallos, blanco de fatiga al final del día, pero obstinadamente resuelto a no decepcionar a su

padre. Estaba al borde de convertirse en un auténtico hombre, pero era delgado y nervudo como su padre. Había peores modos de crecer para un hombre... y peores compañeros que los tumanes que le circundaban.

Mientras Kublai se desperezaba, Uriang-Khadai apareció ante él, arrojando terrones de barro desde la punta de los pies al andar. Todos los hombres estaban cubiertos del fango que levantaban los cascos de las bestias y Kublai no pudo evitar esbozar una sonrisa de oreja a oreja al ver a su circunspecto orlok con pinta de haberse caído rodando por una colina encharcada. La fuerza de la lluvia se incrementó de repente, llevándose consigo buena parte del barro mientras ambos se quedaban quietos uno frente al otro. En medio del diluvio se oyó un sordo trueno y, en algún lugar cercano, un relámpago resquebrajó el cielo, un débil fulgor tras los densos nubarrones. Kublai se echó a reír.

—Creí que íbamos a atravesar desiertos, orlok. Un hombre podría llegar a ahogarse si se queda aquí.

—Lo prefiero al calor, mi señor, pero no puedo sacar los mapas con esta lluvia. Hemos tomado dos estaciones yan hoy. Sugiero que dejemos a los hombres y a los caballos descansar hasta mañana. Dudo de que dure mucho más.

—¿Cuánto queda para Samarcanda? —preguntó Kublai. Vio que su subalterno alzaba los ojos al cielo y recordó que había hecho la misma pregunta en numerosas ocasiones ya.

—Unos mil cien kilómetros, mi señor. Unos ochenta menos que esta mañana.

Kublai hizo caso omiso del tono malhumorado del orlok y se puso a hacer cálculos. Doce días más, tal vez diez si llevaba a los hombres hasta el límite del agotamiento y cambiaban de montura más a menudo. Había sido cuidadoso con sus recursos hasta ese momento, pero quizá hubiera llegado el momento de presionarles para alcanzar la máxima velocidad posible.

El khanato de Chagatai era un territorio bien establecido y habría líneas del yan atravesándolo en todas direcciones. Aunque Kublai se había llevado a los jinetes de todas las estaciones, seguía preocupado de que alguien se le adelantara. Haría falta un jinete espléndido para mantener la ventaja frente a sus tumanes, pero un hombre sin armadura sobre un caballo fresco solo tenía que alcanzar una estación antes que ellos y luego cambiar de caballo en las siguientes. Podía hacerse y temía recibir la noticia de que alguien efectivamente se les había escapado y corría ya delante de ellos.

Uriang-Khadai, que conocía bien a Kublai, había esperado pacientemente mientras el khan pensaba.

—¿Qué puedes decirme de las tierras que nos vamos a encontrar? —inquirió Kublai.

El orlok se encogió de hombros, lanzando una breve mirada hacia el sur. Si no hubiera sido por la lluvia, habría visto las cumbres blancas de las montañas que conducían hacia la India. Los tumanes estaban bordeando las estribaciones de la cordillera, tomando un camino casi directo hacia el suroeste que les llevaría hasta el

corazón del khanato de Chagatai y sus ciudades más prósperas.

—Los mapas muestran un paso a través de la última cadena montañosa. No sé cuánto tenemos que subir para superarlo. Al otro lado de las cimas, la tierra es suficientemente llana para recuperar el tiempo que perdamos en la ascensión.

Kublai cerró los ojos un instante. Sus hombres podían resistir el frío mucho mejor que el calor y él llevaba túnicas de extra en los caballos de tiro. El problema, como siempre, era conseguir comida para tantos hombres y animales. Ya habían empezado a repartirse las raciones reducidas y no quería que sus tumanes llegaran al khanato de Chagatai como refugiados escapados de algún tipo de desastre. Tenían que llegar lo suficientemente frescos para luchar y vencer con rapidez.

—Quince días, entonces. En quince días, quiero ver las murallas de Samarcanda frente a mí. Pernoctaremos aquí, donde crece buena hierba, para que los caballos se llenen la panza. Diles a los hombres que salgan a buscar leña para el fuego; casi no nos queda.

Había adoptado la costumbre de transportar suficiente leña vieja para encender un fuego todas las noches, si podía. También eso se les estaba acabando. Kublai se preguntó si Tsubodai se había enfrentado a los mismos problemas mientras avanzaba hacia el norte y el oeste, más allá de las fronteras de la nación de Gengis.

Volvió a estirarse mientras sus hombres levantaban un toldo básico sujeto con unos postes. Les protegería de la lluvia el tiempo suficiente para encender una hoguera con la leña seca que estaban desarrollando. ¿Quién hubiera sabido lo valiosos que podían resultar unos cuantos palos y troncos? La boca de Kublai se llenó de saliva al pensar en la comida caliente. La mayoría de los hombres comerían un aguachirle de queso que obtenían mezclando con agua los trozos duros como piedras. Unos cuantos palitos de carne seca les darían fuerza, aunque nunca era suficiente. Continuarían. Soportarían cualquier cosa mientras lucharan junto a su khan.

El general Bayar amaba el frío norte. Desde su juventud, había fantaseado imaginándose lo que habría sido cabalgar junto a Tsubodai hacia aquella vastedad blanca, aquella tierra sin fin. De hecho, le había sorprendido comprobar lo verdes que estaban las estepas rusas en la primavera, al menos las tierras bajas. Su madre le había criado contándole las historias de las victorias de Tsubodai, cómo tomó Moscú y Kiev, cómo derrotó a los caballeros de Cristo con sus relucientes armaduras. Cabalgar siguiendo sus pasos le llenaba de gozo. Bayar sabía que los cristianos y los musulmanes visitaban lugares sagrados como parte de su fe. A Bayar le divertía pensar en su viaje hacia las tierras de Batu como su propia peregrinación. Las erupciones e infecciones que habían atormentado a sus hombres en el húmedo sur iban desapareciendo poco a poco, pudiendo por fin formar cicatriz una vez que el pus se secaba. Hasta los piojos y las pulgas eran menos activos en el frío y muchos de los hombres ahumaban sus ropas sosteniéndolas sobre hogueras descubiertas para

obtener alivio el mayor tiempo posible.

Bayar comprendía que tenía que ser un cabecilla severo con sus hombres. Sabía que le esperaba una batalla y que los guerreros de tres tumanes esperaban de él que se comportara como un líder. Sin embargo, mientras su caballo se hundía en la nieve, rodeado de blancas colinas, sentía deseos de gritar de alborozo como un niño.

A esa altura siempre era invierno, aunque las estepas se convertían en un horizonte verde y pardo en las zonas más bajas. Era un terreno desnudo, sin la parafernalia de la civilización que había llegado a odiar en la época pasada entre los Song. No había caminos que seguir y sus tumanes iban abriendo su propia ruta. El frío hacía que le dolieran los huesos y, cada vez que respiraba, el aire helado le mordía los pulmones, pero se sentía vivo, como si los años transcurridos en las tierras Song hubieran sido una manta de cálida humedad que solo ahora estuviera retirándose de su pecho. Nunca se había sentido más en forma y cada día se levantaba con energía renovada, saltando sobre la silla y repartiendo órdenes a gritos entre sus oficiales. Kublai dependía de él y, mientras continuara con vida, Bayar no le decepcionaría.

Sus tumanes no habían estado con Kublai en el sur. Todos ellos eran guerreros del ejército que Mongke había traído consigo para luchar contra los Song. Carecían del aspecto enjuto de aquellos que habían guerreado durante años, pero Bayar estaba satisfecho con ellos. Habían jurado lealtad al khan y, después de eso, su fidelidad ya no le preocupaba. Parte de él se sentía exultante por estar él solo al mando de tantos hombres, una fuerza que sembraría el terror entre los enemigos de Kublai. Eso era la nación: una fuerza de asalto formada por guerreros implacables armados con espada, lanza y arco.

El khanato de Batu formaba parte de la historia, y sus vicisitudes habían sido relatadas miles de veces en torno a los fuegos. Su padre, Jochi, se había rebelado contra Gengis, convirtiéndose en el único hombre que lo había hecho jamás. Su rebelión le había costado la vida, pero su khanato, que Ogedai Khan había entregado a Batu, perduraba. Bayar tuvo que hacer un esfuerzo para moderar su sonrisa ante la idea de conocer a un nieto de Gengis, el primogénito de su primogénito. Batu era uno de los muchos que podrían haber sido khanes, con más derecho que la mayoría. Sin embargo, el linaje había continuado con Ogedai, Guyuk y luego Mongke, descendientes de hijos diferentes. Bayar confiaba en percibir algún rastro de la casta de Gengis en el hombre que estaba a punto de conocer. Confiaba en que no tendría que acabar con él. Se dirigía hacia sus tierras para proclamar el khanato de Kublai y exigir obediencia. Si Batu se negaba, Bayar sabía lo que tenía que hacer. Dejaría su propia huella en la historia de la nación como el hombre que terminó un noble linaje descendiente del propio gran khan. Era una idea desagradable y no quiso demorarse en ella. Kublai era el khan, su hermano un débil aspirante. No había otro modo de verlo.

En los meses de frío, Batu no podría mantener a sus exploradores fuera varias semanas seguidas sin que perdieran los dedos de las manos y los pies por congelación. Bayar no se sorprendió al ver unas cuantas casas de piedra aisladas mientras guiaba a sus hombres colina abajo. Desde una amplia distancia, distinguió las columnas de humo saliendo de las moradas: estaban provistas de gruesos muros y de unos tejados a dos aguas de marcada pendiente diseñados para permitir que la nieve cayera en vez de acumularse y llegara a hundirlos con su peso. También pudo ver a unos jinetes alejándose de sus tumanes al galope en cuanto los avistaron, sin duda con la intención de informar a Batu de la amenaza. Bayar había destruido su última estación del yan unos cuantos kilómetros antes, llevándose consigo a los furiosos jinetes. Ahora que se había producido el contacto, las órdenes de Kublai ya no estaban vigentes. Arik-Boke se enteraría enseguida, como querían que se enterara, y sabría que habían cortado las líneas de suministro con sus tierras septentrionales. Bayar esperaba que Kublai y Uriang-Khadai hubieran alcanzado Samarcanda. Entre ellos, aislarían Karakorum, arrebatándole a Arik-Boke los dos grandes proveedores de grano y rebaños de la capital.

Acompañado por el monótono sonido de los cuernos de batalla, Bayar aceleró el paso y, a pesar de la cola de caballos extra que arrastraba el ejército, sus treinta mil hombres le imitaron con eficiencia. En el extremo de la retaguardia, había apostado a varios hombres provistos de largos palos para obligar a avanzar a los rebaños cuando quisieran pararse a pastar. Tendrían ocasión de descansar y comer cuando hubiera concluido sus asuntos con el príncipe Batu.

Bayar pudo juzgar al hombre al que iba a enfrentarse por la rapidez de su respuesta a la incursión. Tuvo que admitir que la celeridad con la que aparecieron los tumanes de Batu había sido impresionante. A pesar de no haber sido advertidos por las líneas del yan, en una tierra que llevaba ya muchos años establecida y sin enemigos cercanos, Bayar recorrió apenas quince kilómetros de un valle de hierba coronada de hielo antes de oír las notas de unos cuernos distantes y ver las líneas negras de unos caballos al galope llegando a toda velocidad. El general de Kublai observó fascinado cómo se iban incrementando ante sus ojos los efectivos, que se desparramaban por el valle desde dos o tres direcciones diferentes. La antigüedad del khanato de Batu era de una sola generación y no tenía ni idea de cuántos hombres podía llevar al campo de batalla para contrarrestar su incursión. Había elaborado sus planes contando con un único tumán de guerreros, posiblemente dos. Para cuando los guerreros de Batu hubieron formado en sólidas filas, bloqueando su camino, sospechó que casi igualaban en número a su fuerza: unos treinta mil hombres dispuestos a defender las tierras y el pueblo de su amo.

Bayar se dio cuenta de que Kublai llevaba demasiado tiempo lejos de casa. Cuando había partido hacia tierras Song, el khanato de Batu apenas había contado en la política de Karakorum. No obstante, el pueblo de Batu se había reproducido y había absorbido a muchos más habitantes a lo largo de los años. Por primera vez,

Bayar se planteó la posibilidad de no ser capaz de aplastar a Batu con su ejército. Había visto cómo se movían sus tumanes, reconociendo los patrones de desplazamiento de los contingentes menores, los jaguns y los minghaans, en la hueste. No se enfrentaba a una horda salvaje, sino a hombres entrenados, equipados con arcos y espadas exactamente iguales a los suyos.

Bayar alzó un puño para darle el alto a sus tumanes. Kublai le había dado mano libre, pero, por primera vez en años, fue consciente de su inexperiencia. Aquellos eran hombres de su propio pueblo y no sabía cómo adoptar de manera instantánea el papel de comandante hostil para dirigirse a ellos. Aguardó un tiempo en la fila del frente, y después respiró aliviado al ver que un grupo se destacaba desde otro lado y cabalgaba hacia un punto intermedio. Portaban las banderas rojas del khanato de la Horda de Oro, pero también estandartes completamente blancos. No se había pactado símbolo alguno para indicar una tregua en los khanatos, pero el blanco estaba ganando aceptación y todo cuanto Bayar podía hacer era desear que para ellos significara lo mismo que para él. Bayar hizo una seña a sus vasallos.

—Enarbolad los estandartes blancos. Que dos jaguns avancen conmigo —ordenó, hincando los talones en su montura antes de que sus hombres se movieran siquiera. Se concentró en los guerreros que tenía ante sí mientras cabalgaba, preguntándose si podía pensar en ellos como enemigos. Había un hombre de más edad en el centro del grupo, rodeado por guerreros provistos de armadura completa, con arcos en la mano. Bayar se dirigió hacia él, sabiendo que, detrás, sus hombres estaban formando sin necesidad de recibir nuevas órdenes.

La tensión pareció acumularse en el ambiente cuando sus doscientos se aproximaron al destacamento. Al superar el punto a partir del cual sabía que estaba al alcance de sus flechas, a Bayar le sacudió un ligero escalofrío. Llevaba una armadura de escamas al estilo Chin, pero sabía tan bien como cualquiera que las largas flechas mongolas podían perforarla. Notó unas gotas de sudor resbalando por sus axilas pero mantuvo la expresión impassible del guerrero. Kublai dependía de él.

A unos cien metros, Bayar sintió el deseo de ordenar un alto, pero estaban demasiado lejos para hablar con quienquiera que los comandara y se obligó a sí mismo a seguir cabalgando como si no se hallara ante un contingente de hombres armados capaces de clavarle una flecha en la garganta desde esa distancia. El destacamento de Batu observó cómo se acercaba sin alterar su gesto, aunque, cuando llegó a apenas veinte pasos de ellos, algunos arcos se movieron, revelando la creciente tensión de los hombres. En el repentino silencio, podía oír los estandartes ondeando en el viento, plegándose y desplegándose con un chasquido. Inspiró profundamente, controlando sus nervios para que su voz sonara fuerte y firme.

—Bajo la bandera de la tregua, busco al señor Batu Borjigin —gritó.

—Le has encontrado —contestó el hombre situado en el centro—. Ahora, ¿por qué has venido a mis tierras con tus tumanes? ¿Acaso el gran khan ha declarado la guerra a mi pueblo?

Por un instante, Bayar tuvo que hacer un esfuerzo para no sonreír. Se enfrentaba a una muerte inminente y su reacción física era esbozar una sonrisa de oreja a oreja.

—No sé lo que el aspirante está haciendo, mi señor. Sé que Kublai Khan os ofrece la paz a cambio de tu lealtad.

Batu le miró con la boca abierta y habló farfullando, olvidado de su dignidad.

—¿Qué? ¿Kublai Khan? ¿Quién eres tú que vienes aquí y hablas de Kublai?

Bayar se echó a reír ante la confusión de Batu y, por fin, sintió cómo se aliviaba parte de la tensión que le oprimía.

—Ofréceme derechos de huésped en tu campamento, mi señor. He recorrido un largo camino y tengo la garganta seca.

Batu le miró fijamente un instante que a Bayar se le antojó interminable hasta que la amenazante carcajada se apagó dentro de él. Bayar calculó que Batu, que tenía profundas arrugas en torno a la boca y los ojos y cuyo cabello había adquirido un tono gris oscuro, tendría unos cincuenta años. Mientras esperaba, se preguntó si se parecía a Gengis, memorizando la cara.

—Muy bien, te concedo derechos de huésped por esta noche, pero no más. Hasta que haya oído lo que tienes que contarme.

Bayar se relajó un poco. Nunca estaría completamente a salvo, incluso después de esa oferta de paz temporal, pero esta nunca se concedía a la ligera. Hasta la siguiente mañana, Batu sería su anfitrión, hasta el punto de defenderle en el caso de que Bayar fuera atacado. Desmontó e indicó a sus hombres con una inclinación de cabeza que hicieran lo mismo. Batu imitó su acción y avanzó a grandes zancadas por la hierba helada, con el rostro desbordante de curiosidad.

—¿Quién eres? —exigió saber Batu.

—El general Bayar, mi señor. Oficial de Kublai Khan.

Batu meneó la cabeza, confuso.

—Ordena a tus hombres que se retiren y acampen en un valle que hay a unos tres kilómetros hacia el este. No toleraré que amedrenten a mis aldeas. No habrá pillaje ni ningún tipo de contacto con mi pueblo, general. ¿Está claro?

—Daré la orden, mi señor —respondió Bayar.

Batu, en cuyo rostro todavía perduraba la expresión de estupor, parecía estar estudiándole. Bayar observó cómo unos hombres tendían unas mantas de fieltro sobre la hierba y ponían té a hervir. Envió a alguien a que pasara la orden a sus tumanes y, a continuación, se acomodó. Confiaba en saber encontrar las palabras adecuadas para impresionar al hombre que tenía sentado delante de él.

Bayar aguardó hasta que Batu hubo tomado un cuenco de té en la mano derecha y le dio un sorbo al suyo, paladeando la sal.

—Ahora, explícamelo todo, general. ¿Sabes? Casi espero que no seas más que un loco. Eso sería mejor que las noticias que creo que traes.

XXXVI

Samarcanda era una ciudad hermosa, con blancas montañas elevándose en la distancia y muros tan gruesos que tres jinetes podían cabalgar uno junto al otro sobre su adarve. Unas torres azules destacaban tras los muros color arena, pero las grandes puertas estaban cerradas. Los tumanes de Kublai habían expulsado a los granjeros y aldeanos de sus casas y los arreaban como a gansos delante de su ejército, formando una muchedumbre creciente que recorrió con ellos los últimos kilómetros. Al no poder entrar en la ciudad, los campesinos se sentaron y se lamentaron frente a ella, levantando las manos hacia los del interior. Los guerreros de Kublai los ignoraron.

A lo largo de los muros, numerosos guerreros mongoles y persas provistos de armadura miraban hacia abajo con estupefacción. Ningún ejército había puesto sitio a Samarcanda desde los tiempos de Gengis. Y, sin embargo, todavía había muchos hombres vivos que recordaban los horrores de aquella ocasión. Cientos y, más tarde, miles de los habitantes de la ciudad ascendieron los escalones interiores de las murallas para ver a los tumanes con sus propios ojos.

Kublai alzó la vista hacia ellos, sentado cómodamente en un flaco caballo que olisqueaba el suelo en busca de algo que mereciera la pena comer. Todavía le dolían la cara y los dedos por el frío que había soportado en los puertos de montaña. Aunque el sol lucía con fuerza, sabía que perdería parte de la piel de las mejillas, que ya habían adquirido un tono más oscuro que el resto de su rostro y habían empezado a pelarse y cuartearse.

Sobre su caballo, Zhenjin se acercó al trote hasta su padre, pero no habló, sino que permaneció callado él también contemplando las imponentes murallas. Kublai sonrió al ver la expresión de su hijo.

—Mi abuelo tomó una vez esta ciudad, Zhenjin —le dijo.

—¿Cómo? —preguntó el muchacho, admirado. Apenas recordaba Karakorum, y Samarcanda había sido diseñada para impresionar exactamente al tipo de ejército que Kublai comandaba.

—Con catapultas y un asedio —contestó Kublai—. En aquella época no tenía artillería.

—Nosotros no tenemos artillería, padre —replicó Zhenjin.

—No, pero si es necesario, haré que los hombres construyan pesadas máquinas para derribar los muros. No será un proceso veloz, pero la ciudad caerá. Pero ese no es el motivo por el que he venido aquí, Zhenjin. No tengo ningún interés en matar a gentes de mi propio pueblo, a menos que me obliguen. Hay maneras más rápidas, si conocen su historia.

Hizo una seña a Uriang-Khadai y, por su parte, el hombre dio una breve orden a dos de los guerreros, que saltaron de sus sillas y empezaron a desempaquetar el equipo de los caballos de refresco. Zhenjin observó cómo se cargaban unos rollos de

tela y unos postes sobre los hombros, gruñendo bajo su peso.

—¿Qué llevan ahí? —preguntó.

—Ya lo verás —contestó Kublai, sonriendo extrañamente para sí. El estudioso que había sido se encontraba muy lejos en ese momento, aunque le complacía recordar la historia de su familia y la de la ciudad. La historia era más que un mero conjunto de relatos, se recordó a sí mismo mientras los hombres avanzaban con su cargamento. También enseñaba lecciones.

Bajo la mirada de su khan, los guerreros trabajaron con presteza, subiendo capas de tela a un armazón de madera y clavando estacas amarradas a cuerdas en el pedregoso suelo. Se habían adentrado en la zona de alcance de las flechas y sus rígidas espaldas delataban cómo se esforzaban por reprimir el miedo de que alguien los atravesara con una saeta mientras trabajaban.

Cuando se levantaron y retrocedieron unos pasos, los tumanes soltaron un rugido desafiante, no planeado, un enorme estruendo cuyo eco volvió a ellos tras rebotar en las murallas. Una tienda blanca había sido erigida frente a Samarcanda.

—No entiendo —dijo Zhenjin, gritando para hacerse oír por encima del ruido.

—Los hombres de mayor edad de la ciudad lo entenderán —respondió Kublai—. La tienda blanca exige la rendición, es un signo que les enviamos de que los tumanes del khan han declarado la guerra. Cuando el sol se ponga, si las puertas siguen cerradas ante mí, levantaremos una tienda roja. La mantendremos durante un día frente a sus murallas. Si la ignoran, levantaré una tienda negra ante ellos.

—¿Qué significan las tiendas roja y negra? —inquirió Zhenjin.

—Significan la muerte, hijo mío, aunque no llegaremos hasta ahí.

Todavía no había terminado de hablar cuando las enormes puertas empezaron a abrirse. Un grito de esperanza brotó de la multitud de aterrorizados refugiados que circundaban las murallas. Se dirigieron hacia ese punto como si una presa hubiera estallado, empujándose unos a otros en su desesperación e interponiéndose en el camino de los jinetes que intentaban salir de la ciudad. Kublai miró a su hijo con una ancha sonrisa en el rostro.

—Todavía recuerdan a Gengis, al menos en Samarcanda. Mira, hijo mío. Están saliendo.

El príncipe Alghu sudaba profusamente, aunque se había dado un baño de agua fría al salir el sol. Unos hombres de alto rango, con los rostros pálidos de miedo, le habían ido a buscar a sus aposentos de palacio. Todavía le costaba dar crédito al tamaño del ejército que se había reunido frente a Samarcanda. Por primera vez en su vida, comprendió cómo debían de sentirse los enemigos de la nación al despertarse y ver a los tumanes esperando por ellos. Deseó que su padre, Baidar, aún estuviera vivo. Él habría sabido qué hacer ante una amenaza así.

Alghu se había precipitado a lo alto de las murallas, apoyándose en un pilar de

piedra mientras escudriñaba la distancia. ¿Es que había ofendido de alguna manera a Arik-Boke? El príncipe Alghu tragó con dificultad, sintiendo la sequedad que la brisa había provocado en su garganta. Si el khan decidía darle un castigo ejemplar, sus preciadas ciudades serían incendiadas y su pueblo aniquilado. Alghu no trataba de engañarse a sí mismo acerca del poder destructivo de un ejército mongol en el campo de batalla. Los tumanes que habían tomado posiciones frente a Samarcanda arrasarían el khanato de Chagatai como una imparable plaga. Vio su propia muerte escrita en los ondeantes estandartes.

Sus oficiales habían ascendido por los escalones de arenisca para ver al enemigo y esperaban sus órdenes. El príncipe Alghu hizo un esfuerzo de voluntad y se obligó a pensar. Era el líder de todos ellos y sus vidas estaban en sus manos. No culpaba a su hija. Aigiarn era joven y testaruda, pero fuera cual fuese el insulto que Arik-Boke creyera haber sufrido no justificaba el envío de un ejército. La alejaría de la ciudad para impedir que la maldad de Arik-Boke cayera sobre ella. Alghu se estremeció de solo imaginarlo.

—Mi señor, no veo los estandartes del khan ahí fuera —dijo de repente uno de sus hombres.

El príncipe Alghu ya se había dado media vuelta y encaraba los escalones para descender. Se detuvo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, regresando y estudiando de nuevo al ejército que les amenazaba. El día era claro y, desde lo alto de las murallas, su vista alcanzaba a ver muy lejos.

—No entiendo —murmuró Alghu al confirmarlo con sus propios ojos. Los estandartes de Arik-Boke no estaban allí y no reconocía los otros que flotaban en la brisa. Parecían tener algún tipo de animal bordado sobre seda amarilla. Estaban demasiado lejos para estar seguro, pero el príncipe sabía que nunca antes había visto esas banderas.

—Tal vez debería salir y preguntarles qué quieren —les dijo a sus hombres, esbozando una pequeña y tensa sonrisa.

Sus expresiones no se relajaron como respuesta. Todos ellos tenían familia en Samarcanda o en las ciudades que había a su alrededor. El khanato de Chagatai llevaba décadas sin ser atacado, pero todos conocían las historias de masacres y destrucción que habían brotado con Gengis. Era imposible vivir en el khanato y no oírlas.

Un pequeño grupo de guerreros se separó de los tumanes situados frente a su ciudad, cada uno de ellos portando rollos de tela. Confuso, Alghu observó con atención cómo se acercaban a los muros. Uno de sus soldados empezó a tender su arco en las inmediaciones pero le ordenó con un grito que se mantuviera quieto.

Miles de hombres contemplaron con curiosidad cómo empezaba a tomar forma la tienda, mientras, abajo, los guerreros clavaban estacas y estiraban cuerdas para sostenerla. No era tan sólida como una ger y sus lados ondeaban en la brisa. Cuando

el príncipe Alghu la reconoció, retrocedió un paso, sacudiendo la cabeza.

—No puede ser —suspiró. Aquellos que recordaban se habían quedado paralizados, mientras sus amigos les pedían que explicaran lo que estaba sucediendo—. ¡Preparad las puertas! —gritó de pronto Alghu—. Saldré a hablar con ellos. —Se giró hacia sus hombres, con expresión de extrema preocupación.

—Tiene que ser un error. No lo entiendo, el khan no destruiría Samarcanda.

Casi se cayó al bajar las escaleras, notando la debilidad de sus piernas bajo su peso. Su caballo se encontraba en el calle principal dentro de la ciudad, esperando junto a sus guardias personales. No sabían nada de lo que había visto y decidió no contarles nada. La tienda blanca exigía la rendición absoluta y tenía que recibir respuesta o le seguiría la tienda roja. Mientras montaba, Alghu se dijo que contaba con todo un día, pero el miedo apenas le dejaba pensar. La tienda roja implicaría la muerte de todo varón en edad de luchar que hubiera en la ciudad. La tienda negra era la promesa de que todo ser vivo de la ciudad sería masacrado, incluyendo a las mujeres y a los niños. La ciudad de Herat había ignorado a Gengis cuando la había amenazado de esa manera y, para cuando el gran khan terminó con ella, lo único que quedaba con vida en ella eran lagartos y escorpiones.

—¡Abrid las puertas! —bramó el príncipe Alghu. Tenía que dar respuesta a la exigencia de la tienda blanca de inmediato. Sus soldados retiraron la pesada tranca de roble y hierro y empezaron a empujar las dos hojas del portón. Cuando apareció una línea de luz, su señor se volvió hacia uno de sus hombres de más confianza.

—Ve a buscar a mis hijos, a mi hija. Ponles a salvo en... —vaciló. Si el khan había decidido acabar con su linaje, no habría lugar seguro en el mundo para ellos. Arik-Boke les daría caza y nadie se atrevería a brindarles refugio por miedo a las represalias del khan.

—Mi señor, el pueblo de Harethm está a ciento cincuenta kilómetros al noroeste —dijo su vasallo—. Viví allí una vez y se encuentra junto a la frontera del khanato de Hulegu. Nadie sabrá que están allí excepto tú. Los protegeré con mi vida.

—Muy bien —respondió Alghu, respirando aliviado—. Vete ya, por otra puerta. Enviaré a buscarlos si puedo.

Cuando las puertas acabaron de abrirse, el príncipe Alghu vio una masa de hombres y mujeres empujándose para entrar, con las manos extendidas, presa del pánico. Sus soldados empezaron a retirarlos a empujones para abrir paso a su amo. Mientras pasaban en tropel junto a sus guerreros, Alghu no tenía ojos para ellos. La ciudad no era más segura que el exterior de donde provenían.

Clavó la mirada en las oscuras líneas de tumanes que le aguardaban. Notó el miedo como un nudo en el estómago mientras hincaba los talones en su caballo y salía al trote hacia ellos. Al pasar bajo la sombra del arco, vio que sus portaestandartes comenzaban a desplegar sus propias banderas.

—Estandartes blancos —exclamó, a punto de entrar en pánico—. Salimos bajo bandera de tregua.

Sus hombres le miraron fijamente, percibiendo su miedo. No tenían ninguna bandera blanca, pero uno de los refugiados llevaba una túnica de ese color. En un abrir y cerrar de ojos, el desgraciado fue derribado a palos y desnudado por los guerreros: su ropa fue atada a una lanza y ondeó tras el príncipe Alghu cuando este reanudó la marcha.

—¿Te gustaría venir conmigo? —le preguntó Kublai a su hijo. Zhenjin esbozó una sonrisa de oreja a oreja, enseñando sus blancos dientes. Como respuesta, clavó los talones en su caballo y este se adelantó al instante. Kublai hizo una seña con la cabeza a Uriang-Khadai y el orlok emitió un silbido dirigido al jagun más cercano. Los cien guerreros se destacaron de las filas, formando a ambos lados de sus dos superiores. Los portaestandartes de Kublai se unieron ellos, enarbolando unas banderas amarillas con dragones chinos que lanzaban destellos en el sol.

—Mantente callado y escucha —murmuró Kublai a Zhenjin, que iba a su lado, mientras se acercaban al contingente que había salido de la ciudad.

—¿Vamos a matarlos? —preguntó Zhenjin. La idea no parecía perturbarle demasiado y Kublai sonrió. Había visto la bandera blanca serpenteando sobre ellos.

—No, a menos que me obliguen a hacerlo. Necesito que este khanato esté de mi lado.

Se detuvieron a la vez, demostrando su disciplina a los que observaban desde las murallas. Los hombres del príncipe Alghu frenaron con menos precisión, y su chapucera parada fue una exhibición del tipo de dejadez que los tumanes de Kublai esperaban de los soldados de la ciudad.

Alghu se adelantó con sus hombres de más rango y Kublai le imitó acercándose con Uriang-Khadai. Los dos pequeños grupos se enfrentaron bajo el luminoso sol, dibujando largas sombras en el arenoso terreno. Kublai aguardó, acogiendo a su dignidad por una vez y forzándoles a hablar en primer lugar.

El silencio duró apenas unos momentos antes de que el príncipe Alghu se aclarara la garganta.

—¿Quién eres para levantar una tienda blanca frente a mi ciudad? —exigió saber.

—Soy Kublai Borjigin, nieto de Gengis, gran khan de la nación. Dame tu nombre y reconóceme como tu señor y no habrá disputa entre nosotros.

Alghu se le quedó mirando boquiabierto, desinflándose sobre la silla de montar. Había conocido a Kublai de niño, pero los años le habían cambiado tanto que estaba irreconocible. El hombre que tenía delante llevaba una túnica de seda Chin con unos dragones bordados. Sin embargo, llevaba una espada sujeta a la cintura y parecía fuerte y peligroso. El príncipe Alghu esforzó la mirada en la brillante luz solar y vio los ojos amarillo claro que tan a menudo distinguían al linaje de Gengis. Tragó saliva.

—Soy Alghu Borjigin —tartamudeó—, líder del khanato de Chagatai. Si eres... —vaciló. Había estado a punto de decir que dudaba de lo que Kublai había dicho,

pero no podía permitirse insultar a un hombre con doce tumanes respaldándole—. Soy tu primo, el hijo de Baidar, hijo de Chagatai, hijo de Gengis.

—Te conocí cuando era pequeño, ¿verdad? ¿Antes de que Guyuk fuera proclamado khan en Karakorum?

El príncipe Alghu asintió, tratando de reconciliar su recuerdo de un muchacho delgado con el hombre que tenía enfrente.

—Te recuerdo. Entonces, ¿has regresado de las tierras Song?

Kublai se rio entre dientes.

—Eres un hombre de rara perspicacia... recordarme teniéndome delante. Ahora, entrega tu ciudad, príncipe Alghu. No lo pediré de nuevo.

La boca de Alghu se abrió, pero de ella no brotó sonido alguno. Meneó la cabeza, sencillamente incapaz de asimilar lo que acababan de decirle.

—Arik-Boke es el khan —balbuceó por fin. Horrorizado, vio que la expresión de Kublai se endurecía y sus ojos parecían llamear de ira.

—No, príncipe Alghu. No, no lo es. Yo reivindico mi derecho sobre el khanato y todas las naciones que lo componen. Mi hermano hincará la rodilla ante mí o caerá. Pero eso será otro día. Dame tu respuesta o tomaré esta ciudad y pondré a otro en su lugar —Kublai se volvió hacia Uriang-Khadai, hablándole en tono ligero—. ¿Te interesaría gobernar Samarcanda, orlok?

—Si ese es tu deseo, mi señor khan —respondió Uriang-Khadai—. Pero preferiría cabalgar a tu lado cuando te enfrentes al usurpador.

—Muy bien. Encontraré a otro —se volvió hacia Alghu, que seguía observándole con la boca ligeramente abierta—. ¿Tu respuesta, príncipe Alghu?

—Yo... He prestado juramento de lealtad a Arik-Boke. A tu hermano, mi señor. No puedo desdecirme de mis palabras.

—Te libero de tu juramento —replicó Kublai al instante—. Ahora...

—¡No es tan sencillo! —exclamó Alghu. La ira empezaba a sacudirle de su pasmo.

—¿Ah, no? ¿Quién si no tiene autoridad para liberarte de tu juramento si no es tu khan?

—Mi señor, esto es... necesito tiempo para pensar. ¿Entrarías en la ciudad en paz durante una noche? Te concedo derechos de huésped a ti y a tus hombres.

Durante un instante, Kublai lo sintió por aquel hombre a quien había colocado en una posición imposible. Doce tumanes aguardaban frente a su ciudad, una promesa de destrucción segura. No podía romper su juramento a Arik-Boke, pero Kublai no le brindaba ninguna otra elección. Su voluntad se reforzó.

—No, príncipe Alghu. Tomarás una decisión aquí y ahora. Decidiste jurar fidelidad al usurpador, pero no te considero responsable de sus crímenes. Soy el khan legítimo de la nación. Soy el gur-khan. Nunca falto a mi palabra y mi palabra es ley. Te repito que estás libre de tu juramento, de tu promesa. Está hecho. En este momento, no tienes ningún señor. ¿Comprendes lo que te he dicho?

El príncipe Alghu había empalidecido. Asintió.

—Entonces, como hombre libre, tienes que tomar una decisión. No debería estar aquí. Tengo otras preocupaciones aparte de este khanato, pero no puedo dejar a un enemigo a mis espaldas mientras busco al estúpido de mi hermano. No puedo dejar una línea de suministro abierta hacia Karakorum cuando ponga sitio a esa ciudad. ¿Lo entiendes?

Alghu asintió de nuevo, incapaz de hablar. La voz de Kublai se suavizó, adquiriendo un tono casi cordial.

—Entonces, elige, príncipe Alghu. En nuestras vidas hay tan pocas elecciones reales... Yo no tengo otra elección que destruir Samarcanda si tomas la decisión equivocada aquí, esta mañana, pero no pretendo amenazarte. La nación ha cometido un error, príncipe Alghu. Yo únicamente voy a subsanar ese error.

Alghu pensó en sus hijos, que ya estaban en camino hacia un pueblo donde estarían seguros. No se hacía ilusiones acerca de lo que Kublai estaba describiendo. Arik-Boke poseía un vasto ejército y nunca se rendiría ante su hermano, no ahora que era khan. Ninguna fuerza mongola se había enfrentado jamás en batalla a miembros de su propio pueblo, pero eso era lo que estaba a punto de suceder, y la destrucción que se desencadenaría alcanzaría una escala que apenas podía imaginar.

Lentamente, con cuidado, bajo la atenta mirada del orlok de Kublai, el príncipe Alghu desmontó y se quedó junto a su caballo, alzando la vista hacia el hombre que afirmaba gobernar el mundo. El khanato de Chagatai solo era una pequeña parte de ese mundo, se dijo. Y, sin embargo, si hacía un nuevo juramento, Arik-Boke enviaría a sus propios tumanes para tomar represalias. No habría piedad ni cuartel para un señor que había roto su juramento. Alghu cerró los ojos un momento, atrapado entre dos fuerzas imposibles.

Por fin, habló.

—Señor —dijo—, si te juro lealtad, sería un acto de guerra contra el gran khanato y mis ciudades se encuentran al alcance de los ejércitos de Karakorum —parpadeó al darse cuenta de las palabras que había utilizado, pero Kublai, simplemente, se echó a reír.

—No puedo prometerte que estarás a salvo, príncipe Alghu. La seguridad no existe en este mundo. Puedo decirte que este verano mantendré la atención de mi hermano sobre mí. Después de eso, el khanato será restaurado y seré benévolo con tus ciudades.

—Si pierdes, mi señor...

—¿Si pierdo? No tengo ningún miedo de ese hermanito que tengo que cree que puede suplantarme y al que le quedan dos días. El sol está pegando con fuerza, príncipe Alghu, y he sido paciente contigo. Entiendo tus temores, pero si yo estuviera en tu lugar, sabría qué hacer.

El príncipe Alghu se alejó de su caballo y se postró de hinojos en el polvoriento terreno.

—Te ofrezco gers, caballos, sal y sangre, mi señor khan —dijo, prácticamente susurrando—. Aquí tienes mi juramento.

Al contestar, la tensión había desaparecido del cuerpo de Kublai.

—Ha sido la decisión correcta, príncipe Alghu. Ahora, da la bienvenida a mis hombres en tu ciudad, para que podamos descansar y beber para quitarnos el polvo que llevamos pegado a la garganta.

—Muy bien, mi señor khan —dijo Alghu, preguntándose si tal vez acababa de perder su honor, así como su vida. Durante unos momentos, había considerado hacer que sus hijos regresaran a la ciudad, pero no les haría daño pasar una estación con los aldeanos, tan a salvo del peligro como alguien podía estarlo en unos khanatos donde estaba a punto de estallar la guerra civil.

Con expresión sombría, el general Bayar observó cómo Batu caminaba arriba y abajo por la casa de madera. No se había tomado bien las noticias y Bayar seguía buscando las palabras apropiadas para convencerle. Conocía casi todos los detalles del plan de Kublai y parte de él consistía en asegurarse de que los príncipes de la nación no se entrometerían en una lucha entre hermanos. Era una petición difícil que afectaba a la raíz misma de su honor y sus juramentos, pero las instrucciones de Kublai habían sido claras.

—Nunca ha habido una guerra civil en la nación —le había dicho Kublai—. Asegúrate de que Batu comprende que las reglas normales quedan suspendidas hasta que mi familia haya llegado a una conclusión. Su juramento de lealtad está vinculado al cargo de gran khan. Hasta que la disputa se resuelva, hasta que solo haya un khan, Batu no puede honrar su juramento. Dile que permanezca en sus tierras y no habrá problemas entre nosotros.

Bayar repasó mentalmente las palabras por centésima vez mientras Batu se sentaba a su gran mesa de roble y hacía una seña a los criados que traían unas humeantes bandejas de carne y patatas con mantequilla.

—Come conmigo, general —dijo Batu mientras separaba un banco de la mesa para acomodarse—. Es ternera de mi propio rebaño.

Bayar contempló los sangrientos filetes y la boca se le hizo agua. Se encogió de hombros y se sentó, acercándose varios trozos con los dedos, que fue metiéndose en la boca y masticando sin preocuparse de los jugos que le chorreaban por la barbilla.

—Está buena —dijo Bayar, reprimiendo un gemido de satisfacción. La carne se deshacía entre sus dientes sin casi tener que masticarla y se acercó más pedazos, dejando un rastro rosa en la antigua madera.

—Nunca probarás nada mejor —respondió Batu—. Confío en vender la carne a las ciudades del khan dentro de unos años, cuando haya reunido un buen rebaño.

—Harás una fortuna —dijo Bayar—, pero no mientras la lucha continúe. Todavía necesito que me des una respuesta, mi señor.

Batu masticó con parsimonia, saboreando cada bocado, pero sin dejar de vigilar al hombre que tenía enfrente. Por fin, se aclaró la garganta con un largo trago del pálido vino y volvió a sentarse.

—Muy bien. Tengo tres opciones, general, tal y como yo lo veo. Puedo dejarte ir, hacer lo que Kublai quiere y mantenerme apartado de la lucha, cuidando de mis propias tierras y de mi propio pueblo hasta que acabe. Si Kublai pierde, el khan... — Alzó una mano cuando Bayar abrió la boca—. Arik-Boke vendrá hasta aquí hecho una furia, preguntándome por qué mantuve la cabeza gacha mientras mi legítimo señor estaba siendo atacado. Si ese es el resultado, podría perderlo todo.

Bayar no contestó. Ni él ni Batu sabían a ciencia cierta qué sucedería si Kublai perdía. Arik-Boke bien podría decidir vengarse de algún modo. Un hombre sensato podría declarar una amnistía sobre los pequeños khanatos, pero nada en su linaje sugería que Arik-Boke fuera a comportarse de una manera sensata.

—Mi segunda opción es montarme en mi caballo junto a mis tumanes y luchar del lado de mi legítimo khan. Sospecho que te opondrías a tal decisión, así que lo primero sería aniquilar a tus hombres.

—Si piensas... —empezó a decir Bayar.

De nuevo, Batu le frenó con la palma abierta.

—Estás en mis tierras, general. Mi gente está sirviendo a la tuya una carne excelente y bebida cada día. Podría dar una sola orden y hacer que todo acabara antes de la puesta del sol. Esa es mi segunda opción.

—Solo dime qué has decidido —dijo Bayar, irritado.

Batu le miró con una ancha sonrisa en la cara.

—No eres un hombre paciente, general. Mi tercera opción es no hacer nada y mantenerte aquí conmigo. Si Kublai gana, no he hecho nada para perjudicarlo. Si Arik-Boke triunfa, he impedido a tres tumanes que se unan a la lucha. Eso me permitiría conservar mi vida y mis tierras, al menos.

Bayar palideció ligeramente al oír hablar al otro hombre. Ya había desperdiciado demasiado tiempo en el khanato de Batu. Kublai le había hecho repetir sus órdenes de partir hacia Karakorum y Bayar conocía, en parte, su papel en los planes del khan. Su retención como prisionero durante meses marcaría la diferencia entre el éxito y el desastre.

Batu había estado observando sus reacciones con la máxima atención.

—Veo que esa opción no te gusta demasiado, general. La mejor opción para mi pueblo es tal vez la peor para ti.

Bayar clavó en él la mirada, adusta y cargada de ira. Todo lo que Kublai había planeado se reducía a una batalla delante de Karakorum. Los tumanes de Bayar eran la última taba que lanzar al aire, la reserva que atacaría la retaguardia del enemigo exactamente en el momento oportuno. Tragó con dificultad, sintiendo la sustanciosa carne como una piedra en el estómago. Kublai le esperaría cuando llegara el momento. Si no estaba allí, su amigo sería aplastado.

Lentamente, Bayar se puso en pie.

—Voy a marcharme —anunció—. Elegirás la opción que te parezca conveniente, pero no me retendrás aquí.

Se volvió con celeridad al oír cómo eran desenfundadas unas espadas detrás de él. Dos de los vasallos de Batu le miraban con expresión hostil, bloqueando la puerta, por la que, de pronto, ya no entraban la luz ni el aire del exterior.

—Siéntate, general. Todavía no he terminado contigo —dijo Batu, echándose hacia atrás y separándose de la mesa. Vio que los ojos del general se posaban en el pesado cuchillo que habían empleado para cortar la carne. Batu soltó una risita mientras lo recogía y ensartaba con él otro grueso filete.

—Te he dicho que te sientes —insistió.

XXXVII

Arik-boke tensó su arco y volvió a intentar controlar sus latidos y su respiración. No podía hacerlo. Cada vez que sentía que la calma empezaba a aparecer, se apoderaba de él una furia rabiosa que le aceleraba el pulso y hacía que le temblaran las manos.

Soltó con un grito de frustración y vio cómo la saeta golpeaba demasiado alto en la diana de paja. Con disgusto, arrojó el arco al suelo, ignorando el gesto de dolor de su maestro de armas al ver cómo trataba un arma tan valiosa. Tellan tenía más de sesenta años y había servido a tres khanes antes que a Arik-Boke, a uno de ellos en el campo de batalla. Había tres chicos barriendo en torno al perímetro del cuadrado de entrenamiento y todos ellos se quedaron paralizados al ver ese acto que a ellos les habría costado unos cuantos azotes con el látigo.

Tellan no dejó traslucir sus emociones mientras, lleno de paciencia, recogía el valioso arco, aunque sus manos recorrieron la madera con deliberada atención, buscando alguna grieta o daño. Cuando se dio por satisfecho, volvió a tendérselo a su khan. Pero Arik-Boke lo rechazó con un gesto de la mano.

—Vamos a dejarlo. No puedo mantener la mente despejada —dijo.

A su lado, entretanto, el orlok de sus ejércitos había tensado ya su propio arco. Alandar se encontró ante una elección delicada. Su propio corazón latía lentamente y sus manos y brazos eran firmes como la madera. Podría haber clavado su flecha en cualquier lugar que eligiera, pero, bajo la malhumorada mirada del khan, Alandar decidió no disparar. Dejó salir la tensión poco a poco, sintiendo cómo los músculos de su pecho se contraían provocándole una sensación incómoda.

Alandar desató el carcaj de su hombro y le entregó el equipo al maestro de armas del campo de entrenamiento de Karakorum. Había pensado que a Arik-Boke le vendría bien una mañana de sudor y de práctica, pero cada disparo errado no había hecho más que aumentar la ira del khan.

—¿Preferirías trabajar con las espadas, mi señor khan? —preguntó.

Arik-Boke resopló. De lo que tenía ganas era de despedazar a alguien a hachazos, no de seguir una serie de rutinas y posiciones que acabarían causándole dolor en los músculos. Asintió de mala gana.

—Muy bien —dijo.

—Vete a buscar las espadas de entrenamiento del khan, Tellan.

Cuando el maestro de armas dio media vuelta, Arik-Boke levantó la cabeza, con una súbita inspiración.

—Trae la espada con la cabeza de lobo también —murmuró—. Y el traje de entrenamiento.

Tellan salió al trote con los arcos en dirección a los edificios que circundaban el campo de entrenamiento. Volvió con dos espadas en sus vainas y un bulto de rígido cuero entre las manos. Arik-Boke cogió las espadas y las sopesó una a una.

—Ponte el traje, Tellan. Me apetece cortar algo.

El maestro de armas era un guerrero veterano. Había luchado junto a Tsubodai y se había ganado su puesto en la corte del khan. Sus cejas descendieron ligeramente y su expresión se tornó adusta. Para uno de sus alumnos, ese habría sido un signo de que se acumulaban nubes de tormenta, pero Arik-Boke no se dio cuenta de nada.

—¿Le digo a uno de los chicos que se lo ponga, mi señor khan? —preguntó Tellan.

Arik-Boke casi ni le miró.

—¿Te he pedido que hicieras venir a uno de los chicos? —soltó en tono brusco.

—No, mi señor.

—Entonces, haz lo que te han dicho.

Tellan empezó a abrocharse las tiras de cuero. El traje de prácticas había nacido como una versión del delantal del herrero con mangas largas, una prenda compuesta de unas capas de cuero cosido tan rígidas que casi no se doblaba en la cintura. A eso se le había añadido un casco acolchado con piezas para el cuello y unas pesadas protecciones que se abrochaban bajo las mangas y a las espinillas. Tellan se colocó la parte principal por la cabeza y se mantuvo inmóvil mientras Alandar empezaba a cerrar las hebillas.

Arik-Boke desenfundó una espada de prácticas y la agitó en el aire. Era más pesada que una hoja normal, se le había añadido plomo para que las muñecas y los antebrazos de los guerreros se fortalecieran. No tenía demasiado filo y la punta era redondeada. Al verla, frunció el ceño y sacó su propia espada, recuperada del cadáver de Mongke.

Las miradas de Alandar y de Tellan se deslizaron hacia él al oír el sonido del resplandeciente acero al ser desenvainado. No se trataba solo de que ambos hombres fueran unos veteranos. La espada había pertenecido a la familia del khan durante varias generaciones. La empuñadura tenía la forma de una esquemática cabeza de lobo y, a su manera, era uno de los más potentes símbolos de la nación. Gengis la había llevado, como también su padre antes que él. La espada estaba pulida y terriblemente afilada: carecía de cualquier tipo de mella o desperfecto. Parecía exactamente lo que era, un tramo de afilado metal diseñado para cortar la carne. Arik-Boke la sacudió en el aire con un gruñido.

Alandar y Tellan intercambiaron una mirada y el orlok sonrió con ironía al ver la expresión de su cara. Le gustaba Tellan y había pasado unas cuantas noches bebiendo con él. El maestro de armas no era alguien que se desmayara ante unas gotas de sangre o la perspectiva de recibir una paliza, pero se veía que no estaba contento. Alandar acabó de abrochar las hebillas y dio un paso atrás.

—¿Le doy una espada? —preguntó.

Arik-Boke dijo que sí con la cabeza.

—Dale la tuya.

Los tres sabían que eso no cambiaría demasiado las cosas. El traje había sido

diseñado para resistir ataques múltiples, para permitir que un joven guerrero intentara conservar la calma y se centrara mientras media docena de sus amigos le maltrataba. No permitiría que Tellan se moviera con la suficiente agilidad como para poder defenderse.

Alandar le entregó su espada al maestro de armas y esbozó una gran sonrisa durante el breve instante que le dio la espalda al khan. Como respuesta, Tellan alzó los ojos al cielo, pero aceptó el arma.

Cuando Alandar se retiró, Arik-Boke se adelantó y golpeó el cuello de Tellan con todas sus fuerzas. La sonrisa de Alandar se desvaneció y Tellan trastabilló hacia atrás. La parte del traje que protegía la cabeza contaba con varias pesadas piezas que se solapaban sobre la zona del cuello, pero la espada con cabeza de lobo casi las había cercenado y una de ellas colgaba, unida precariamente por unos pocos hilos.

Haciendo un enorme esfuerzo, utilizando toda su energía para doblar lo suficiente los brazos de cuero, el maestro de armas bloqueó el siguiente golpe. Arik-Boke gruñó y su rostro se cubrió de sudor, pero avanzó, golpeando arriba y abajo, la ingle y el cuello. Su espada dejó unos brillantes tajos en el traje y, a través de las aberturas, Alandar alcanzó a ver la ropa de Tellan. El orlok se planteó hacer un comentario al respecto, pero decidió permanecer callado. Arik-Boke era el khan.

Tellan pareció darse cuenta de que estaba inmerso en una pelea y, cuando Arik-Boke se acercó demasiado, invirtió su movimiento de retroceso, empleando la envergadura del traje para lanzar su cadera contra el khan y hacer que se tambaleara. La respuesta fue otro golpe plano en el cuello que acabó de arrancar la pieza de cuero, que cayó al suelo. La garganta de Tellan, atravesada de abultadas venas, había quedado expuesta y él lo sabía, notando el aire en su carne en cuanto la protección se desprendió. Trató de echarse hacia un lado y hacia atrás, pero Arik-Boke le presionó a cada paso, agitando la espada como si fuera un garrote en vez de un arma blanca. Varios de sus salvajes golpes resbalaron contra el cuero, retorciéndole los dedos y haciéndole soltar un bufido de dolor.

Parecía que había pasado un siglo hasta que Arik-Boke por fin se detuvo. El traje de cuero estaba hecho jirones, la mitad de él colgaba a trozos y el resto había caído a los pies de Tellan. La sangre goteaba por las piernas del maestro de armas y, poco a poco, fue formando un charco mientras Arik-Boke jadeaba, vigilándole a la espera de un movimiento repentino. Horrorizando por igual a Tellan y a Alandar, Arik-Boke apoyó la punta de la espada en el suelo, dejando caer su propio peso sobre ella como si fuera un simple palo en vez de la espada más famosa de la historia de la nación. El khan sudaba a chorros y respiraba tomando largas y roncadas bocanadas de aire.

—Basta por hoy —dijo, enderezándose con esfuerzo y lanzándole la espada a Alandar, que la cogió con facilidad—. Dile a mi chamán que te mire esos cortes, Tellan. Alandar, sígueme.

Sin decir una palabra más, salió a grandes zancadas del cuadrado de entrenamiento. Alandar recogió la vaina y apenas tuvo tiempo de dirigirle una breve

mirada de disculpa a Tellan antes de marcharse tras él.

El maestro de armas se quedó solo, jadeando, en el centro del cuadrado. Llevaba algún tiempo sin moverse cuando uno de los muchachos que barrían se atrevió a aproximarse a él.

—¿Te encuentras bien, maestro? —le preguntó, captando con una mirada circular los restos esparcidos del protector de la cabeza.

Los labios de Tellan estaban ensangrentados y le sonrió al chico mientras intentaba dar un paso.

—Coge mi brazo y ayúdame, chico. No puedo regresar por mí mismo.

Admitirlo le dolía tanto como las propias heridas, pero su orgullo impedía que se desplomara. El chico llamó a un amigo y entre los dos ayudaron a Tellan a salir tambaleándose del soleado campo de entrenamiento.

Arik-Boke recorrió a buen paso los pasillos del palacio. Parecía que la tensión provocada por su ira se hubiera suavizado ligeramente y movió en círculos sus hombros mientras caminaba. Mientras le daba una paliza al maestro de armas, se había imaginado que era Kublai a quien tenía ante sí y, durante un momento, su rabia había perdido parte de terrible intensidad. Mientras avanzaba, fue volviendo a crecer en su interior, como una roja espiral que le llenaba de ganas de golpear.

Llegó hasta unas pulidas puertas de cobre y las abrió de un empujón sin mirar siquiera a los guardias que las custodiaban. Alandar le siguió al interior de la sala de reuniones, viendo cómo los hombres de más rango se ponían de pie de repente, como si alguien hubiera dado un súbito tirón a las cuerdas de unas marionetas. Desde que el khan se marchara hecho una furia unas horas antes, habían estado aguardando su regreso en la propia sala, de la que no podían salir sin su permiso. Al hacer una reverencia ante él, sus gestos no mostraron ningún signo de impaciencia. Alandar se fijó en que la única jarra de vino estaba completamente vacía, pero nada más indicaba que Arik-Boke había tenido a una docena de hombres esperando durante la mayor parte de la mañana.

Arik-Boke caminó entre ellos hacia la mesa y lanzó una maldición al ver que la jarra estaba vacía. La agarró y la llevó hasta las puertas de cobre, donde la puso con brusquedad en las manos de uno de sus guardias de día.

—Trae más vino —dijo, haciendo caso omiso del hombre, que intentaba hacer una reverencia y sostener la jarra al mismo tiempo. Cuando se volvió de nuevo hacia sus oficiales, en sus ojos brillaba una ira latente y todos evitaban su mirada.

—Bien, caballeros —dijo, con voz crispada—. Habéis tenido tiempo para pensar. Sabéis cuánto está en juego —esperó un instante antes de continuar—. Mis exploradores han encontrado varias estaciones del yan destrozadas. Mis órdenes no reciben respuesta. Los suministros han dejado de llegar desde el norte y, a menos que mis espías se hayan vuelto contra mí, mi hermano Kublai ha librado una guerra en un khanato. Mi propia sangre ha vuelto a sus tumanes contra su legítimo gobernante. —Hizo una pausa, recorriendo sus rostros con la mirada—. ¿El mundo se ha quedado

tan callado como un conejo con una serpiente en su madriguera y vosotros no tenéis nada que ofrecerle a vuestro khan? ¿Nada? —Pronunció la última palabra como un rugido, salpicando saliva. Los hombres presentes en la sala eran guerreros experimentados, pero se echaron hacia atrás. Su aliento jadeante resonaba en la habitación y la cicatriz que atravesaba el arruinado puente de su nariz se había teñido de rojo.

—Decidme cómo es posible que un ejército entre en mis khanatos sin que hayamos sabido nada al respecto hasta ahora. ¿Es que mi abuelo estableció las líneas del yan para nada? Llevo meses preguntándoles a mis consejeros por qué han dejado de llegar las cartas, por qué llegan tarde los informes. Les he preguntado a mis oficiales superiores qué fallo pensaban que podría haber provocado que Karakorum haya quedado aislada de ese modo del resto del mundo. Ahora decidme vosotros a mí cómo ha podido suceder algo así a mil quinientos kilómetros de esta ciudad sin que nosotros nos hayamos enterado de nada.

Por precaución, su guardia regresó con dos jarras rebosantes de vino, prefiriendo pasarse a quedarse corto. Arik-Boke esperó a que le sirvieran una copa y luego se la bebió en un par de tragos. Cuando había apurado una segunda copa, pareció más calmado, aunque un intenso rubor había ido cubriéndole el cuello, donde las venas resaltaban con claridad.

—Eso forma parte del pasado. Cuando esto haya acabado, mandaré decapitar a aquellos que me dijeron que las líneas del yan no podían ser interrumpidas, que me brindaban una seguridad y una alerta anticipada como ningún otro khan los había disfrutado jamás. Haré que decapiten al príncipe Alghu y le daré a su hija a mis vasallos para su diversión —respiró hondo nuevamente, consciente de que el mero hecho de despotricar ante sus hombres no produciría el efecto deseado—. Quiero que las reconstruyan. Orlok Alandar se reunirá con vosotros para que le cedáis vuestros mejores exploradores y serán ellos quienes se ocupen de las líneas. Necesito saber dónde están los tumanes de mi hermano, para poder responder a su traición con la mayor contundencia posible.

Miró a los hombres que llenaban la estancia, asegurándose de que notaran su desprecio.

—Alandar, dame un recuento de nuestros efectivos —dijo por último.

—Sin los tumanes del khanato ruso, o del de Chagatai... —empezó a decir.

—Dime lo que tengo, orlok, no lo que no tengo.

—Veinte tumanes, mi señor khan. Dejando solo a la guardia para mantener la paz en la ciudad.

—¿Y mi hermano?

Alandar titubeó, sabiendo que, en todo caso, sería un cálculo aproximado.

—Puede tener hasta dieciocho tumanes, mi señor, aunque lleva años guerreando con los Song y habrá perdido muchos, tal vez seis o siete.

—O más, orlok. Mi hermano el estudioso fácilmente podría haber perdido la

mitad de sus huestes mientras leía sus libros Chin, mientras aprendía a vestirse como una puta Chin.

—Es como dices, mi señor. No podemos saberlo con certeza hasta que las líneas yan sean reestablecidas.

—No venció a los Song, Orlok Alandar. Simplemente mantuvo su posición durante cinco años, esperando a que Mongke Khan llegara en su auxilio. Ese es el tipo de hombre al que nos enfrentamos. Ese es el falso khan, mi hermano, que ha cortado nuestras líneas de suministros y cabalga por el mundo con despreocupada confianza, haciendo que el khan de la nación de Gengis no tenga más opción que reaccionar. ¡Eso se acabó, Alandar! Me he hartado de esos andrajosos jinetes que me dicen, aterrorizados, que todos los khanatos se están desmoronando. Saldremos a buscar a mi hermano el erudito. Y haré que se arrastre a mis pies antes de acabar con él.

—Como desees, mi señor —dijo Alandar, inclinando la cabeza.

—Podemos situar al traidor en Samarcanda hace dos meses —dijo Arik-Boke, haciendo una seña a uno de los veinte generales que aguardaban sus órdenes, rígidos y nerviosos—. Traedme mis mapas, caballeros. Veremos cuánta distancia podría haber recorrido desde ese momento.

Algunos de los hombres intercambiaron una mirada, sabiendo por experiencia que un tumán mongol descansado podría haber cubierto mil quinientos kilómetros o más en ese tiempo. Alandar decidió hablar, sabiendo que, de todos ellos, él era el más inmune a la ira de Arik-Boke.

—Mi señor, podría estar prácticamente en cualquier sitio. Sospechamos que envió unos tumanes contra Batu hacia el norte, así que es probable que ya haya dividido sus fuerzas. Pero sabemos que vendrá a Karakorum.

—Esto es solo una ciudad —dijo Arik-Boke.

—Es la ciudad que alberga a las mujeres y los hijos de sus tumanes, mi señor. Kublai vendrá a por ellos. ¿O acaso tiene elección?

Arik-Boke se quedó callado, pensando. Por fin, asintió.

—Sí, al menos tenemos eso. Sabemos hacia dónde se dirige y tenemos algo que es muy valioso para él. Eso nos servirá como punto de partida, orlok. Pero no quiero librar una batalla defensiva. Nuestra fuerza reside en el movimiento, en la velocidad. No permitiré que me inmovilice. ¿Entiendes? Así es como piensan nuestros enemigos. Quiero salir de Karakorum y encontrarle mientras está avanzando. Quiero abalanzarme sobre él como si estuviéramos en una cacería en círculo, cerniéndome poco a poco sobre sus hombres hasta que no tengan ningún lugar adonde huir.

—Las estaciones del yan más próximas ya están en funcionamiento, mi señor —respondió Alandar—. Estamos reponiendo una docena al día, ahora que sabemos lo que les ocurrió. Nos alertarán en cuanto avisten a sus tumanes.

—Ya me dijeron eso antes, Alandar. No confiaré en ellos de nuevo —Arik-Boke inspiró una honda bocanada de aire—. Envía a los tumanes hacia el khanato de

Chagatai, con exploradores corriendo entre ellos. Cinco grupos de batalla de cuarenta mil para cubrir el terreno. Que los exploradores permanezcan adelantados, listos para entablar el primer contacto. Cuando avisten al enemigo... —Hizo una pausa, saboreando el hecho de utilizar esa palabra en relación con su estúpido hermano—. Cuando le vean, no entablarán batalla hasta que toda la fuerza se haya reunido. Aplastaremos a ese falso khan. Y yo estaré allí para verlo.

—Como desees, mi señor. Dejaré a mil hombres para patrullar los campos y custodiar Karakorum y les daré orden de que establezcan antes de nada las estaciones del yan entre la ciudad y las líneas de Chagatai. —Aquella era una reinterpretación de las órdenes recibidas y Arik-Boke, irritado, saltó al instante.

—Esto es solo una ciudad, orlok. Ya lo he dicho. Soy el khan de la nación. Una ciudad no significa nada para mí.

Alandar vaciló. El khan no estaba de humor para escuchar sus argumentos, pero tenía que hablar. Su posición lo exigía con el fin de atemperar la furia, justificada a entender del khan, con la lógica estratégica.

—Mi señor, si tu hermano ha enviado algún tumán hacia el norte, se encontrarían a nuestras espaldas mientras avanzamos hacia su fuerza principal. Karakorum podría ser destruida...

—Tengo rehenes para conseguir que se muestren pacíficos, Alandar. Haré que les pongan un cuchillo en la garganta a sus esposas e hijos si tocan siquiera la primera piedra de Karakorum. ¿Te das por satisfecho con eso? ¿Qué general de mi hermano daría una orden así? No atacarán la ciudad por miedo a la matanza que se produciría a continuación.

Alandar tragó saliva, incómodo. No estaba seguro de que Arik-Boke llegara a cumplir la amenaza y sabía que era mejor no presionarle respecto a ese punto. Ningún khan había considerado jamás masacrar a su propia gente, pero, al mismo tiempo, nunca antes se había producido una guerra entre ellos, no desde que Jochi traicionara a Gengis. Eso no era nada en comparación con lo que le esperaba a Arik-Boke y el orlok no manifestó en voz alta ninguna de sus dudas, prefiriendo mantenerse en silencio.

Arik-Boke asintió como si el orlok le hubiera dado la razón.

—Dejaré suficientes hombres para llevar a cabo mis órdenes, orlok, hombres que me hayan jurado lealtad y comprendan el significado de su juramento. Es suficiente por hoy. Mi sangre está clamando a gritos poder responder a estos insultos. Envía unos mensajeros a Hulegu. Dile que apelo a su juramento. Y reúne a mis tumanes en la llanura. Saldré a buscar a mi hermano Kublai y elegiré la forma de su muerte cuando esté en mi poder.

Alandar inclinó la cabeza. No podía deshacerse de la sensación de que el khan estaba subestimando los tumanes enemigos. Eran tan rápidos como sus propios hombres y, pese a las bravuconerías de Arik-Boke, no podía conseguir creerse que estuvieran lideradas por un necio, por un erudito. Un necio no habría interrumpido la

entrada de suministros en Karakorum antes del ataque. Un erudito no habría eliminado a los señores más poderosos del bando de Arik-Boke antes siquiera de que hubiera empezado la verdadera lucha. Aun así, le habían inculcado la obediencia desde una temprana edad.

—Como desees, mi señor khan —dijo.

XXXVIII

Hulegu maldijo el recuerdo de su general mientras galopaba a lo largo de la línea de batalla. Kitbuqa había muerto luchando años atrás, pero su legado seguía viviendo en los musulmanes que habían prometido no aceptar jamás su khanato. La celebración de la misa cristiana en mezquitas había resultado ser un idea nefasta a la hora de intentar pacificar la región, aunque, a decir verdad, muchas de las tribus también gritaban el nombre de Bagdad cuando capturaba y castigaba a alguno de los suyos.

Nunca había conocido un hervidero de problemas de la magnitud del khanato que había elegido. Desde que destruyera la ciudad de Bagdad, no habían dejado de aparecer hombres y más hombres venidos desde miles de kilómetros de distancia para luchar por la tierra que había conquistado. Sonrió de oreja a oreja mientras cabalgaba. Su abuelo había dicho que no había mejor modo de pasar una vida que guerreando y el khanato nunca estaba en calma, nunca estaba en paz, como si vomitara nuevos enemigos cada año. Era bueno para los tumanes que comandaba. Sus hombres mantenían sus habilidades a punto y estaban siempre alerta para luchar contra los dementes de tez oscura que morían aullando el nombre de su ciudad o de su dios.

Hulegu se agachó al oír el zumbido de una flecha pasar cerca de él. La línea de jinetes enemigos se desdibujó mientras él corría a lo largo de su flanco. Disponía de apenas unos instantes antes de que empezaran a reaccionar ante su súbita maniobra. Oyó sus rugidos y notó el polvo y el sudor que flotaban en el aire, en el que, bajo el abrasador sol, también se percibía un rastro de ajo.

Hulegu hizo una mera seña y la línea de sus jinetes, al galope, se desvió hacia el flanco enemigo y, en el último momento, arrojaron sus lanzas. Las afiladas armas penetraron entre los caballos y los hombres, clavándose a cien pasos en la bullente masa como si fueran un cuchillo que se hundiera en la carne. Los persas se desmoronaron ante ellos y Hulegu dio mandobles a izquierda y a derecha, buscando romper y cegar con cada golpe, ver a sus rivales desplomándose a su espalda.

Oyó el chasquido de las ballestas y algo le golpeó en lo alto del pecho, perforando su armadura y chocando contra su clavícula. Gimió, confiando en que no se le hubiera roto otra vez. Mientras se adentraba entre las líneas rivales, solo sintió cómo el área se le iba entumeciendo, pero el dolor llegaría. A pesar de estar en inferioridad numérica, sus tumanes seguían frescos y fuertes y el día apenas acababa de comenzar. Su carga le había rebanado una importante sección a las líneas enemigas y le hizo una señal a sus oficiales minghaan para que la cercaran y la desprendieran por completo del grupo. Era una labor de pastores: separar a los carneros jóvenes del rebaño y eliminarlos. La principal fuerza de jinetes y soldados de infantería avanzó para enfrentarse a las flechas mongolas y, durante un tiempo, se abrió un espacio en el medio.

Hulegu se limpió el sudor de la cara con la mano húmeda, parpadeando al notar el

picor de la sal en sus ojos. Estaba sediento, pero cuando miró en derredor, no vio rastro alguno de los chicos de los camellos con sus odres de agua.

Un movimiento captó su atención y Hulegu se quedó mirando fijamente a una oscura masa de soldados que llegaba al trote por encima de la cima de una colina. Se movían con rapidez y ligereza a pesar del calor y pudo ver que iban armados con arcos y espadas. Hulegu se alejó al trote unos veinte o treinta pasos del foco principal de la batalla, valorando cuál sería la mejor respuesta ante la aparición de ese contingente de infantería. Para entonces todos sus tumanes estaban luchando en el campo de batalla y no contaba con reservas. Cuando vio que los soldados persas seguían llegando, como si no tuvieran fin, frunció el ceño. Con su armadura de hierro y bronce, resplandecían bajo el sol. Mientras les observaba, un grupo de jinetes apareció en sus flancos, adelantando a los hombres a pie.

Había pasado por alto un ejército que había permanecido oculto tras las colinas. Fuera quien fuese el líder local que los había llevado allí y los había escondido, había elegido el momento con cuidado. Hulegu se humedeció los labios con la lengua, mirando a su alrededor e intentando no perder la noción del desarrollo general de la batalla. Tendría que destacar todo un tumán para enfrentarse a ellos e impedir que se unieran a sus hermanos.

Hulegu notaba cómo el sudor le caía sobre los ojos mientras los hombres que le circundaban terminaban de masacrar a los cientos que habían separado de la fuerza principal. Era un trabajo que conocían bien y sus guerreros se sentían seguros de su poder, habituados a batallar después de años de guerra.

Semejante a una mancha de aceite derramado, el flujo de hombres que descendía la colina no cesaba. Hulegu buscó con la mirada un tumán que pudiera retirar de su posición, pero todos ellos estaban inmersos de lleno en la batalla. Los afganos y los persas alzaron la cabeza al ver a sus refuerzos y lucharon con más energía, sabiendo que podían despilfarrar sus fuerzas y caer jadeantes cuando los mongoles se vieran obligados a responder a la nueva amenaza. Uno de los tumanes tuvo que retroceder, empujado por miles de hombres gritando, y no tuvo otra opción que separarse y recuperar espacio a su alrededor para lanzar otra carga.

Hulegu soltó una maldición. Tendría que aprovechar esa oportunidad, pero era consciente del peligro que engendraba retirarlos de allí. Los hombres que habían estado atacando se abalanzarían sobre ellos y, al hacerlo, flanquearían al siguiente tumán. Durante un instante, se imaginó la amenaza.

—Por la sangre de Cristo —murmuró. Se le había contagiado del viejo hábito de blasfemar de Kitbuqa. Hulegu sabía que le habría venido de perlas tener a su amigo en el campo de batalla ese día. Había sido un golpe de mala suerte que Kitbuqa se hubiera tenido que enfrentar a un ejército gigantesco mientras él estaba en Karakorum para participar en la ceremonia de proclamación como khan de su hermano. Al menos, las tribus habían pagado un alto precio por la vida del general mongol. Se había ocupado de ello personalmente liderando organizadas represalias

masivas.

Hulegu hizo una seña a sus portaestandartes y se quedó observando: el guerrero enarboló la bandera del tumán y la hizo girar en un amplio círculo, ondeando. El tumán respondió en breves momentos ante su bandera, deteniéndose casi en el mismo instante en que iniciaban la carga otra vez. Hulegu podía ver las caras vueltas hacia su posición e intentó ignorar la sensación de pánico mientras el enemigo empezaba a llegar.

—Segunda bandera. Atacar al enemigo —indicó con sequedad a su portaestandarte. Las señales eran demasiado pocas y no contaba con nada que le permitiera señalar hacia la nueva fuerza que estaba entrando desde las colinas. Sin embargo, sus hombres eran guerreros experimentados y sabrían que no les hubiera detenido solo para ordenarles que volvieran a incorporarse a la refriega.

Hicieron que sus caballos dieran media vuelta y empezaron a ascender la pendiente al trote. Hulegu gruñó aliviado y, a continuación, se quedó sin aliento al ver que el flujo de enemigos no paraba. Habían aparecido miles más y Hulegu maldijo el laberinto de valles de la zona, capaz de esconder a tantos hombres de sus batidores.

Abajo, las líneas persas corrían aullando de júbilo, con la sensación de que estaban expulsando al tumán del campo de batalla. Su ímpetu les llevó junto a un ala de su propio tumán, como había temido. Hulegu respiró hondo para bramar nuevas órdenes al único minghaan de mil que había venido con él.

—¡Refuerzos! —rugió—. ¡La línea del tumán de Bronce necesita refuerzos! —repetió la orden mientras clavaba los tacones en su caballo, impulsándole a acelerar. Había demasiados soldados enemigos, pero no estaba dispuesto a retirarse, no ante ellos. Todavía podían volverse las tornas de la batalla y los enemigos podían desmoronarse. Esperaría ese momento, rezaría por él. El tumán de Bronce estaba siendo presionado por el frente y por el flanco, a punto de ser arrollado. Por primera vez ese día, Hulegu sintió el gusano de la duda en el estómago. Nunca había perdido una batalla planificada contra esas salvajes tribus, aunque cada día le desafiaban en mayor número, gritando: «¡Bagdad!», y «¡Allahu Akbar!», mientras avanzaban. Enseñó los dientes y se lanzó a auxiliar a su tumán. Sus hombres no se desmoronarían ante unos granjeros follaperros. Podían ser derrotados, pero nunca saldrían huyendo.

Los mil hombres que cabalgaban con él iniciaron el galope tendido. Muchos de ellos habían perdido sus lanzas y vaciado sus carcajs en la lucha, pero desenfundaron sus espadas y se abalanzaron sobre el enemigo, intentando abrirse paso en el caos, lanzando sus gritos de batalla. Hulegu repartió golpes a izquierda y a derecha con todas sus fuerzas, aplastando cascos con su espada y golpeando los escudos que se levantaban para protegerse de él. Desde los lomos de su caballo, podía ver el encontronazo de los soldados recién llegados con su tumán en la pendiente de la colina. El tumán se había transformado en una amplia línea de carga, con las lanzas bajas, pero mientras Hulegu los observaba, empezó a vacilar ante el abrumador peso

de los números. Como una red de pesca agujereada, la línea de ataque fue desgarrada en una docena de sitios. No podían defender la posición y los aullantes persas estaban pasando a través y alrededor de ellos, perdiendo a cientos de hombres en su afán por llegar al núcleo principal de la batalla.

Hulegu soltó un juramento, transformando su ira en un rápido y violento tajo que le partió el cráneo a un hombre de barba que se había arrojado sobre él, enseñándole su roja boca en un alarido salvaje. Su tarea era mantener una visión general de la batalla y no perderse en ningún momento en el dolor y la furia. Las filas enemigas seguían descendiendo la colina y a Hulegu le recorrió un escalofrío a pesar del calor. Los sahs le habían atrapado hábilmente con su estratagema, haciendo que invirtiera a todas sus fuerzas en la batalla para luego lanzar sobre él sus masivas fuerzas emboscadas.

Hulegu se había abierto un hueco a golpes y estaba volviendo a reunir el minghaan a su alrededor para iniciar otra carga en un punto débil cuando vio a sus exploradores llegar corriendo a través de la hierba ensangrentada. Con la mano derecha, señalaban hacia un valle en sombras y Hulegu emitió un gruñido entre dientes. Si había otro ejército allí, estaba acabado.

No había finalizado siquiera ese pensamiento cuando las primeras filas salieron de las colinas en sombra, casi pisándoles los talones a los exploradores, a quienes seguían. Hulegu se limpió el sudor de los ojos, boquiabierto. Lo que veía era imposible, pero, aun así, sintió cómo su pecho se llenaba de esperanza. Sólidas filas de mongoles brotaban de los collados con las lanzas enhiestas formando un bosque de espinas. Los reconoció por sus estandartes y sacudió la cabeza en una especie de estupor maravillado antes de volverse a mirar al enemigo. Lentamente, sus labios se retiraron y dejaron al descubierto sus dientes, pero aquel gesto no era una sonrisa.

Los tumanes de las colinas habían cabalgado en formación apretada, presionados por los estrechos valles que los circundaban. Cuando llegaron a espacio abierto, se desplegaron como un abanico y Hulegu gritó de alegría al identificar las maniobras que conocía de su propio ejército. Con un súbito movimiento, los tumanes enteros tomaron una nueva dirección, abalanzándose sobre la fuerza que resbalaba desde la cima de la colina. Dos más aumentaron la velocidad al llegar al terreno llano y se colocaron en posición como un martillo blandido sobre las filas persas.

Hulegu vio una descarga de flechas ascender desde los arcos de sus hombres, que rasgaron sus cuerdas una y otra vez haciendo que emitieran su grave nota y llenaran el aire con decenas de miles de saetas mientras las fuerzas se aproximaban. Las filas persas se encogieron bajo el nuevo asalto, pero sus abollados escudos salvaron solo a unos pocos. Hulegu se puso de pie sobre los estribos para ver el ataque de las lanzas. Una fila de quinientos en fondo golpeó a sus enemigos y se arrojó sobre ellos, aplastándolos y aniquilándolos. Enardecido, lanzó un bramido y luego, con sequedad y concisión, repartió nuevas órdenes a sus oficiales. Tenía a los persas a ambos lados, una trampa tan perfecta como si él mismo la hubiera planeado. Una última mirada a

lo alto de la colina le permitió ver que los nuevos tumanes estaban arrollando a la reserva persa, atacando a su caballería y barriendo su primera línea con lluvias de flechas negras, una y otra vez.

La batalla había terminado, pero la matanza no había hecho más que comenzar. Muchos de los persas tiraron al suelo sus armas e intentaron salir corriendo, o simplemente levantaron las manos hacia el cielo y rezaron su última oración. Los tumanes iban acabando con ellos mientras cabalgaban a su alrededor, sin aceptar la rendición, disparándoles sus mortíferas flechas a corta distancia.

Los tumanes de Hulegu alzaron la cabeza, dejando a un lado el agotamiento que sentían: su orgullo los impulsaba a erguirse en presencia de los guerreros de su propio pueblo. El enemigo los había llevado al límite y se mostraron inmisericordes cuando fueron ellos quienes retrocedieron. Imparable, la masacre continuó mientras el sol empezaba a ponerse y los soldados enemigos eran arreados para que formaran grupos más reducidos. Había heridos que aún se mantenían en pie entre los muertos y Hulegu empleó una lanza rota como garrote al pasar junto a uno de esos hombres, al que le rompió el cuello con la fuerza del golpe, derribándole.

Los minghaans atravesaban el campo de batalla como hormigas morderas, adelantándose para hallar nuevos blancos, hasta que todos y cada uno de sus enemigos huyeron aterrorizados, esperando que llegara la oscuridad y les escondiera. El calor del sol empezó a menguar y Hulegu se quitó el casco, frotándose el húmedo cuero cabelludo. Había sido un buen día. Se levantó una brisa cálida que se llevó consigo el hedor de la sangre. Hulegu cerró los ojos con alivio, girándose hacia ella. Dio las gracias al padre cielo por haberle salvado y, a continuación, en un arrebato, le dio también las gracias al dios cristiano. Kitbuqa habría disfrutado de la escena que le rodeaba y Hulegu lamentaba que no hubiera vivido para verla.

Abrió los ojos al oír los cuernos mongoles anunciando la victoria por todo el campo de batalla, una nota baja y larga que, de inmediato, fue repetida por cada tumán que la escuchaba. El sonido hizo que se le erizara el vello de los brazos. Emitió un silbido entre dientes para llamar la atención de sus oficiales y observó cómo se izaban sus estandartes, convocando a los hombres de más rango a su alrededor. El bullicioso ruido de la victoria continuaba incesante, llenando los valles y resonando en un eco que llegaba de todas direcciones. Era un buen sonido.

Los tumanes de Hulegu empezaron a saquear a los muertos y, en la distancia, cuando sus hombres se disputaron los derechos sobre las armas y las armaduras con los recién llegados, vio que estallaba más de una riña. Hulegu soltó una carcajada al ver rodando por el suelo a hombres que, momentos antes, habían estado luchando como hermanos. Su pueblo era un pueblo feroz, compuesto exclusivamente de lobos.

Mientras sus oficiales se reunían, se fijó en un grupo de unas pocas docenas de jinetes que se destacó de uno de los tumanes y se aproximó a él al trote. Sus estandartes se agitaban en la brisa mientras avanzaban, guiando con cuidado a sus monturas por entre los cadáveres.

Uriang-Khadai había ido leyendo la batalla a medida que entraba en ella. Cuando su mirada se encontró con la de Hulegu, ambos sabían que Hulegu estaba en deuda con él. Aunque Hulegu era un príncipe de la nación y un khan por propio derecho, habló en primer lugar para honrar al general.

—Estaba empezando a pensar que tendría que invertir otro día para acabar con ellos, orlok —dijo Hulegu—. Te doy la bienvenida. Te concedo derechos de huésped y espero que cenes conmigo esta noche.

—Me alegro de haberte sido de ayuda, mi señor. No dudo de que habrías obtenido la victoria al final, pero si te he ahorrado aunque sea solo medio día, estupendo.

Ambos sonrieron y Hulegu volvió a limpiarse el sudor de la cara.

—¿Dónde está mi hermano Kublai, orlok? ¿Está contigo?

—Hoy no, mi señor, aunque soy uno de sus hombres. Me complacerá explicártelo todo mientras comemos.

El sol se había puesto para cuando los tumanes abandonaron el campo de batalla. Cuando el sol calentaba durante largo tiempo las armaduras de metal, estas tendían a crujir al ir enfriándose y los cadáveres se retorcían, a veces horas después de muertos. Todos los veteranos podían relatar historias de muertos a los que habían visto eructar e incluso incorporarse en un espasmo antes de caer nuevamente hacia atrás. No era un lugar agradable para pasar la noche y Hulegu sabía que tendría que enviar más hombres otro día para completar el pillaje. Llevó a Uriang-Khadai y a sus hombres a una llanura de hierba a unos cuantos kilómetros al oeste, casi al final de las colinas. Allí había establecido un campamento base y, antes de que la luna subiera a su cenit, había un burbujeante guiso preparado para todos ellos, con un pan tan duro que podía usarse como cuchara hasta que se deshacía.

Mientras los hombres de más rango de Uriang-Khadai se quitaban las armaduras y atendían a sus caballos, Hulegu se sentía pletórico. Tenía la túnica manchada de sudor, pero había sido un alivio salir de la armadura y sentir el frescor nocturno en sus brazos y rostro desnudos. Se sentó enfrente del orlok de Kublai, ardiendo de curiosidad, pero dispuesto a dejar que el hombre comiera y bebiera antes de exigirle respuestas. Nada cansaba a un hombre más que la batalla y los tumanes nunca desperdiciaban la oportunidad de comer bien después de luchar, cuando podían. Eran profesionales, a diferencia de los persas muertos que habían dejado atrás.

Cuando Uriang-Khadai hubo terminado, le pasó su cuenco a un criado y se limpió los dedos en sus calzas, ensanchando una vieja mancha de grasa.

—Mi señor, soy un hombre franco. Permíteme que hable con franqueza —dijo. Hulegu asintió con la cabeza—. Tu hermano Kublai te pide que te apartes de las batallas que van a tener lugar próximamente. Se ha declarado khan y luchará contra el señor Arik-Boke. Todo cuanto pide es que permanezcas en tu khanato y no participes.

A medida que el orlok hablaba, los ojos de Hulegu se fueron agrandando. Sacudió la cabeza, confuso y sorprendido.

—Arik-Boke es khan —dijo con voz ronca, tratando de asimilar lo que había oído

—. Yo estaba allí, orlok. Presté juramento.

—Estas son las palabras que me han encargado que te transmitiera, mi señor. Tu hermano Kublai apela a ti para que te mantengas al margen mientras él resuelve esta disputa con su hermano pequeño. No tiene ningún problema contigo, pero no querría obligarte a escoger entre tus hermanos de sangre en estos tiempos de guerra.

Uriang-Khadai observó al otro hombre con callada esperanza. Kublai no había dado orden de atacar, pero los tumanes de Uriang-Khadai ya se encontraban entre las fuerzas de Hulegu. Con un solo grito suyo, miles morirían. Viendo los rostros sonrientes y relajados de los hombres de Hulegu, Uriang-Khadai sabía que podía vencer.

Los ojos de Hulegu vagaron por el campamento y tal vez él también fue consciente de la amenaza. Volvió a menear la cabeza, y su expresión se endureció.

—Hoy me has sido útil, orlok. Por eso me siento agradecido. Te ofrezco derechos de huésped en mi campamento, pero eso no te da derecho a decirme cuál debe ser mi juramento. Cuando salga el sol... —se interrumpió, su furia estaba mermando a medida que su confusión se incrementaba—. ¿Cómo es algo así siquiera posible? —preguntó—. Kublai no ha regresado a Karakorum. Lo habría sabido.

Uriang-Khadai se encogió de hombros.

—Mi amo es khan, mi señor. Tu hermano Arik-Boke no debería haberse proclamado. Esto se habrá resuelto en una estación y la nación continuará... bajo su legítimo khan.

—¿Por qué no ha venido el propio Kublai a verme? ¿Por qué te ha enviado a ti, Uriang-Khadai?

—Tiene una guerra que librar, mi señor. No puedo revelarte todos sus planes. Hablo en su nombre y todo cuanto he dicho es cierto. No te pide que violes tu juramento. Por amor a ti, te pide que esperes hasta que el asunto esté resuelto.

Hulegu apoyó la cabeza en sus manos, pensativo. Tanto Arik-Boke como Kublai eran sus hermanos. Deseaba reunirlos cogiéndolos a los dos por el cuello y darles una buena sacudida. Por milésima vez, deseó que Mongke siguiera con vida, para decirle qué debía hacer. Había dado su palabra, pero ¿y si Arik-Boke había hecho mal reclamando el khanato? Incluso en aquel momento la gente había hablado, se habían levantado voces que se preguntaban por qué no había esperado a que Kublai regresara a casa. Ese era el resultado. La posibilidad de que se produjera un desastre no hacía más que crecer y crecer en su mente, y Hulegu no conseguía asimilarlo.

En el mejor de los casos, perdería a uno de sus hermanos, un dolor que, tan poco tiempo después de haber perdido a Mongke, sería como un cuchillo clavándosele en el pecho. En el peor, la nación se desgarraría en el conflicto, haciéndoles vulnerables ante los enemigos que los rodeaban. Todo lo que Gengis había creado sería destruido en una sola generación. No había bien o mal en la disputa, ninguna de las reivindicaciones se elevaba por encima de la otra bajo la clara luz del sol. Y, sin embargo, Arik-Boke era khan. Independientemente de lo que dijera Kublai, eso

estaba escrito en la piedra, inmutable. Hulegu se hundió todavía más.

—Este es mi khanato —murmuró, casi para sí mismo.

Uriang-Khadai inclinó la cabeza.

—Y lo seguiré siendo, mi señor. Lo conquistaste y no te será arrebatado. Mi amo sabía que las noticias te perturbarían. Tu dolor es el suyo, multiplicado mil veces. Solo desea que la disputa se resuelva con rapidez.

—Podría apartarse a un lado —dijo Hulegu, casi susurrando.

—No puede, mi señor, es khan.

—¿Y eso qué me importa a mí, orlok? —preguntó Hulegu, levantando la cabeza—. No hay reglas en la vida. Ni lo que está escrito ni lo que dicen los chamanes, nada ata a un hombre aparte de a sí mismo. Nada, salvo las cadenas que él mismo acepta. Las leyes y las tradiciones no significan nada, si posees fuerza.

—Kublai posee fuerza, mi señor. Mientras estamos manteniendo esta conversación, estará avanzando sobre Karakorum. El asunto quedará resuelto antes del invierno, de un modo u otro.

Hulegu tomó su decisión y su boca se convirtió en una delgada línea.

—Mis hermanos están jugando, orlok. No quiero ser parte de ello. Hay ciudades al norte de mi khanato que todavía se resisten a mi poder. Pasaré una estación poniéndoles sitio. Cuando haya concluido con eso, me dirigiré al este, hacia Karakorum, y veré quién está al mando.

Uriang-Khadai sintió cómo se liberaba de una gran tensión al oír sus palabras.

—Es una sabia decisión, mi señor. Siento haberte traído estas dolorosas nuevas.

Hulegu gruñó, irritado.

—Busca otra hoguera, orlok. Me he cansado de tu cara. Cuando salga el sol, te marcharás de aquí. Tienes tu respuesta. Cumpliré.

Uriang-Khadai se puso en pie, haciendo una mueca al notar el quejido de sus rodillas. Ya no era joven y se preguntó si podía confiar en la palabra de un hombre que no reconocía a ningún poder en el mundo aparte de su propia capacidad de destruir y liderar. La respuesta honesta era que no podía.

Por un momento, Uriang-Khadai consideró gritar su orden a los hombres expectantes. Todos estaban preparados. De un plumazo, podía eliminar a un hombre poderoso de la lucha.

Emitió un breve suspiro. O bien podía aceptar la palabra que le habían dado y quizá lamentarlo más tarde. Kublai ya había perdido un hermano. Uriang-Khadai hizo una pequeña reverencia y se dirigió a otra fogata. No dormiría esa noche, lo sabía.

En lo alto de las colinas verdigrises, Kublai era incapaz de descansar. Se levantó y se asomó a las espaciosas llanuras del valle, que aparecía engañosamente calmo y apacible desde aquella altura. El delgado hilo de un arroyuelo pasaba por su derecha, de modo que podía sacar el brazo y ahuecar la mano para beber cuando sentía sed. Era un día caluroso y el cielo estaba azul y sin una sola nube. Conocía aquella tierra y, después de haber pasado tanto tiempo en territorios Song, estar en casa todavía le conmovía en lo más profundo de su ser.

Detrás de él, oyó jurar a uno de sus hombres, un guerrero que estaba trepando con esfuerzo por rocas resbaladizas, pero no se volvió, deleitándose en la contemplación de aquella cálida vastedad, absorbiendo la sensación de espacio y de silencio. Tras días y noches de duras cabalgadas, estaba cansado, pero era presa de una febril expectación y le temblaban las manos. Arik-Boke estaba en algún lugar ahí fuera, donde no podía verle. Kublai había elaborado sus planes y preparado a sus hombres, pero por ahora todo se reducía a esperar. Si Arik-Boke salía de Karakorum en su busca estarían preparados. Si permanecía en la ciudad, lo aplastarían como a una pulga atrapada en la costura de una prenda.

Después de haber pasado tanto tiempo junto a ellos, era raro no tener a sus hombres de más rango a su lado. Bayar seguía en el norte ruso, mientras que Uriang-Khadai se hallaba en las distantes colinas, tras regresar de su misión con Hulegu. Los echaba de menos a ambos, pero a ninguno tanto como a Yao Shu. Debido a su avanzada edad, el monje Chin era demasiado frágil y delicado para cabalgar con los tumanes. Yao Shu había partido por fin hacia su monasterio. El tiempo y la edad nos arrebatan hasta las llamas más luminosas, se dijo Kublai. Elevó una plegaria silenciosa pidiendo al cielo que le permitiera volver a ver a su amigo.

Por primera vez en años, Kublai estaba solo con sus guerreros. Contra él, Arik-Boke contaba con los tumanes de Mongke, que habían jurado prestarle leal servicio. Kublai hizo una mueca al pensarlo. La fuerza no haría que su hermano entrara en vereda, no por sí sola.

Había corrido un gran riesgo al ponerse en contacto con Hulegu. Su hermano mayor podría haber escuchado lo que Uriang-Khadai tenía que decir y haber partido de inmediato a defender el khanato de Arik-Boke. Uriang-Khadai le había transmitido las palabras de Hulegu, pero Kublai era consciente de que no podía confiar en ellas ciegamente. Si Hulegu prestaba su apoyo a Arik-Boke, otro año más y otro hermano muerto se sumarían al costo de la guerra. Kublai había perdido toda ilusión. En el silencio, mientras sus tumanes se desperezaban y descansaban y comían a su alrededor, rezó porque su hermano mayor conservara el sentido común y se mantuviera bien lejos.

Kublai alzó la cabeza al oír el tintineo de unas campanas, perceptible en la quietud de las montañas pese a la lejanía. En esta ocasión, no era un correo de los

yans, sino el pequeño rebaño que había enviado a pastar con un par de exploradores. A pie, confiaba que serían capaces de aproximarse a Karakorum sin que nadie los interpelase. No esperaba su regreso hasta un mes después y había emplazado su campamento en los collados, lejos de la ciudad de su hermano. Durante un momento, trató de adivinar lo que podría significar ese retorno anticipado, pero enseguida lo dejó. Observó la empinada pendiente de rocas herbosas que llevaba hasta su elevada posición y vio las figuritas de unos hombres arreando a unas cabras y ovejas. Tendría que esperar un tiempo todavía hasta saber qué información tenían para él.

Kublai se giró y vio a su hijo inclinado sobre las rocas en una postura precaria para tomar un trago de agua.

—Cuidado —advirtió—. Esto es muy resbaladizo.

El rostro de Zhenjin adoptó una expresión desdeñosa ante la sugerencia de que pudiera caerse. Sorbió un poco de agua del arroyuelo, recibiendo más en su túnica que en su garganta. Kublai le sonrió, pero cuando recuperó su mirada de centinela, Zhenjin se quedó donde estaba, echándose hacia atrás lo bastante como para apoyarse en las rocas con algo parecido a la comodidad.

—He oído a los hombres hablar sobre lo que vas a hacer —dijo Zhenjin.

Kublai no le miró.

—Estoy seguro de que sabes que no me gustan las habladurías —contestó.

El joven se revolvió en su asiento, doblando una pierna, que apoyó en la roca, para descansar los codos en la rodilla elevada.

—No se están quejando —dijo—. Solo están hablando, eso es todo.

Kublai se armó de paciencia. Al fin y al cabo, no tenía nada que hacer hasta que sus espías le informaran.

—¿Qué están diciendo, entonces? —preguntó.

Zhenjin le miró con una sonrisa de oreja a oreja.

—Dicen que, cuando todo esto termine, serás emperador.

—Si sobrevivo, eso... es cierto —respondió Kublai—. Seré khan de la nación y emperador de China.

—¿Significa eso que yo seré emperador después de ti? —inquirió el joven.

Al oírle, Kublai le miró, con la boca temblándole de ganas de reír.

—¿Es eso lo que quieres? ¿Gobernar el mundo?

—Creo... Creo que sí, que me gustaría —dijo Zhenjin, con expresión reflexiva.

—Entonces haré lo que pueda para que eso suceda, hijo mío. Eres sangre de mi sangre, huesos de mis huesos. Le daré nombre a una dinastía y tú la continuarás.

—¿Por eso vamos a luchar, entonces? ¿Para ser emperadores?

Kublai se rio entre dientes.

—Hay cosas peores por las que luchar —miró por encima de su hombro a los vasallos que reposaban en los riscos de la montaña, la gran mayoría de ellos ocultos en los valles y grietas que había a sus espaldas—. Creo que sería mejor khan que Arik-Boke, Zhenjin. Esa es otra de las razones. Pero un padre trabaja por sus hijos e

hijas. Dedicar su fuerza y juventud a criarlos, a proporcionarles cuanto puede. Cuando tengas tus propios hijos, lo entenderás.

Zhenjin consideró la idea con gran seriedad.

—Ofreceré la amnistía a las ciudades cuando sea emperador. Seré amado y no temido.

Kublai asintió.

—O ambas cosas, hijo mío, si tienes suerte.

—Me gustaría cambiar el mundo, como has hecho tú —dijo Zhenjin.

Kublai sonrió, pero había una sombra de amargura en su sonrisa.

—Solía hablar sobre estas cosas con tu madre, Zhenjin. Es una mujer de una rara capacidad —por un momento, recordándola, sus ojos se perdieron en la distancia—. ¿Sabes? Una vez le dije algo parecido y ella me respondió que cualquiera podía cambiar el mundo, pero que nadie podía cambiarlo para siempre. Dentro de cien años, nadie que conozcas estará vivo. ¿Qué importará entonces si luchamos o si simplemente pasamos los días durmiendo al sol?

Zhenjin le miró parpadeando, incapaz de comprender el extraño estado de ánimo de su padre.

—Si no importa, entonces, ¿por qué vamos a luchar contra tu hermano? —preguntó.

—Tal vez no me haya expresado bien. Quiero decir que no importa si cambiamos el mundo. El mundo seguirá adelante y nuevas vidas llegarán y partirán. El propio Gengis dijo que sería olvidado y, créeme, dejó una larga sombra. ¡Sí importa cómo vivimos, Zhenjin! Importa que, durante nuestro breve momento bajo el sol, usemos lo que se nos ha dado —sonrió al ver que su hijo se esforzaba por asimilar la idea—. Es todo lo que puedes decir, cuando llega el final: «No desperdicié mi tiempo». Creo que eso importa. Creo que tal vez sea lo único que importa.

—Entiendo —dijo Zhenjin.

Kublai alargó una mano y le revolvió el pelo con rudeza.

—No, no lo entiendes. Pero lo entenderás, quizá, dentro de unos años —miró por encima de los peñascos hacia donde estaban sus pastores, progresando lentamente—. Disfruta de los momentos apacibles, Zhenjin. Cuando comience la lucha, este será un recuerdo agradable.

—¿Puedes derrotarles? —preguntó Zhenjin, mirando a su padre a los ojos.

Kublai se dio cuenta de que su hijo tenía miedo y se obligó a sí mismo a relajarse.

—Creo que sí, sí. No existen las certezas.

—Tienen más tumanes que nosotros —continuó Zhenjin, insistiendo para provocar una reacción en su padre.

Kublai se encogió de hombros.

—Los enemigos siempre nos superan en número. No creo que supiera qué hacer si me topara con un ejército más pequeño que el mío —se percató de que aquella forzada despreocupación no estaba sirviendo para tranquilizar a su hijo y su tono se

tornó serio—. No soy el primer hombre que intenta discurrir cómo contrarrestar las ventajas de un tumán mongol en batalla. No obstante, soy el primero de nosotros que lo intenta. Conozco nuestras tácticas mejor que ningún otro hombre vivo. Creo que puedo idear unos cuantos trucos nuevos. Los guerreros de mi hermano han pasado los últimos años ablandándose en las inmediaciones de la capital. Mis tumanes están habituados a luchar todos los días, a cada paso. Y están habituados a ganar. Nos los comeremos vivos.

Su hijo esbozó una ancha sonrisa ante su bravuconada y Kublai se rio con él.

—Ahora, vete a practicar tus movimientos, Zhenjin. No vamos a ir a ninguna parte durante un tiempo.

Su hijo refunfuñó un poco, pero, bajo la mirada de su padre, encontró un espacio llano entre las rocas y empezó la fluida serie de movimientos y posturas que había aprendido de Kublai. Yao Shu le había enseñado las secuencias años atrás, cada una de ellas con su propio nombre e historia.

Kublai le observaba con mirada crítica, recordando a Yao Shu, que nunca se había dado por satisfecho. La perfección en una secuencia de movimientos, sencillamente, no existía, pero la meta era siempre aproximarse a ella lo más posible en cada patada, bloqueo o giro.

—Gira la cabeza antes de moverte —indicó Kublai. Zhenjin titubeó.

—¿Qué? —preguntó sin mover la cabeza.

—Tienes que imaginarte que tus oponentes te atacan desde más de una dirección. No es una danza, recuérdalo. El objetivo es romper un hueso cada vez que des un golpe o lo rechaces. Imagínatelos a todos ellos rodeándote y responde a la amenaza.

Kublai gruñó, aprobador, al ver que su hijo giraba la cabeza con rapidez y luego rechazaba una patada imaginaria con un amplio bloqueo circular. Bajo la atenta mirada de Kublai, su hijo clavó una mano-cuchillo con los dedos estirados y rígidos en una garganta invisible.

—Mantente ahí y fíjate en tu pierna retrasada —dijo Kublai. Observó cómo Zhenjin ajustaba su postura, agachándose ligeramente antes de continuar. Una oleada de afecto por su hijo atravesó a Kublai. Sería estupendo poder darle un imperio.

Mientras cabalgaba, Arik-Boke podía oler su propio sudor, el agrio olor de un animal saludable. No se había permitido debilitarse durante su periodo como khan. Su cuerpo, achaparrado, nunca había poseído gracia, pero era fuerte. Se enorgullecía de ser capaz de agotar a hombres más jóvenes en cualquier competición. Desde temprana edad, había sido consciente de una gran verdad, que la resistencia residía tanto en la voluntad como en la condición física. Emitió un gruñido entre dientes, resoplando a través de su destrozada nariz. Poseía la voluntad, la capacidad para hacer caso omiso del dolor y la incomodidad, para llevarse a sí mismo más allá de los límites de hombres más débiles. La justificada ira que había sentido cuando le

informaron de la traición de Kublai no le había abandonado ni por un solo momento desde ese día. Los sufrimientos y las quejas de la carne no le importaban nada mientras su hermano estuviera atravesando las llanuras para desafiarse.

Sus tumanes se habían contagiado de su ánimo y cabalgaban con adusta determinación mientras recorrían por separado la tierra en busca de cualquier rastro del traidor. Arik-Boke apenas conocía a los hombres que le seguían, pero le era indiferente siempre que obedecieran a su khan. Sus oficiales superiores estaban distribuidos a lo largo de una inmensa línea, cada uno de ellos al mando de su propia fuerza de cuarenta mil. Dos de ellos igualarían a cualquier ejército que Kublai pudiera llevar al campo de batalla, estaba seguro. Cuando los cinco se reunieran como dedos formando un puño, Arik-Boke aplastaría la arrogancia de su hermano.

Resultaba placentero planear su venganza mientras cabalgaba. Había habido demasiados hombres en la nación que creían que podían gobernar. Incluso los hijos de Gengis se habían declarado la guerra entre ellos. Guyuk Khan había sido asesinado en una cacería, aunque Arik-Boke sospechaba que Mongke había preparado su muerte. Ese tipo de cosas ya eran historia, pero podía emplear la muerte de Kublai como un hoja candente para sellar una herida. Podía crear una historia que propagara el miedo allí donde sus enemigos se reunieran a conspirar. Sería bueno darle a Kublai un castigo ejemplar. Sus rivales dirían que el khan había destruido a su propio hermano y sentirían miedo. Arik-Boke asintió para sí, saboreando las sensaciones que estaba experimentando. Kublai tenía esposa e hijos. Todos ellos seguirían a su hermano a la muerte cuando la rebelión hubiera sido sofocada.

Cuando distinguió a sus batidores, que llegaban a galope tendido desde el oeste, se enderezó sobre la silla. Los tumanes que acompañaban al khan eran el núcleo central de un total de cinco, mientras que su orlok, Alandar, comandaba el ala derecha en dirección al sur. Arik-Boke empezó a respirar más deprisa y sintió cómo subía la temperatura de su cuerpo. Alandar conocía las órdenes. No habría enviado a los exploradores a menos que hubiera avistado por fin al enemigo.

Los veloces jinetes atravesaron por delante de la primera fila de los tumanes, desviándose para penetrar entre los hombres hacia el lugar donde ondeaban los estandartes de Arik-Boke. Miles de guerreros les observaban mientras se acercaban al khan y maniobraban con sus monturas entre las líneas. Los vasallos del khan utilizaron sus caballos para bloquear su paso e impedir que llegaran demasiado cerca, un signo del nuevo miedo que había nacido en la nación desde la muerte de Mongke.

Arik-Boke no necesitaba esperar a que les registraran y les hicieran pasar hasta él. El explorador más próximo estaba a solo un par de caballos de distancia y le gritó una pregunta.

El explorador asintió.

—Les hemos visto, mi señor khan. A unos sesenta y cinco kilómetros, más o menos.

Era todo cuanto necesitaba oír y despidió al batidor con un gesto de la mano,

enviándole de vuelta con su jefe. Sus propios exploradores habían estado esperando a que les diera la orden. En cuanto la oyeron, espolearon a sus monturas para que iniciaran el medio galope. Las noticias serían retransmitidas a través de distintos puntos, haciendo que todos los tumanes se congregaran: un martillo formado por las más peligrosas fuerzas de combate que nadie hubiera reunido jamás. Arik-Boke esbozó una ancha sonrisa mientras desviaba a su caballo hacia el oeste y le hincaba los tacones. Tras él, los bloques de guerreros girarían también, transformándose en una lanza que se hundiría de lleno en las esperanzas de su hermano.

Alzó la vista hacia el sol, calculando el tiempo que tardarían en establecer contacto con Kublai. La llamarada de entusiasmo se apagó tan rápido como se había encendido. El explorador había recorrido ya sesenta y cinco kilómetros, lo que significaba que las fuerzas de Kublai habían actuado con libertad durante medio día. Para cuando los tumanes de Arik-Boke le alcanzaran, habría caído la tarde o incluso la noche.

Arik-Boke empezó a sudar otra vez, preguntándose qué orden debería dar para atacar a una fuerza que todavía no podía ver, una fuerza que, sin lugar a dudas, se habría movido para cuando llegara a la zona. Cortó por lo sano sus dudas. El plan era bueno y, si no conseguía que su hermano entrara en batalla hasta el día siguiente, al final tampoco importaría.

Kublai fijó la mirada en un único punto de las distantes colinas, esperando confirmación. Allí. Una vez más, vio el fugaz destello amarillo, apareciendo y desapareciendo en un instante. Dejó salir el aire lentamente. Estaba sucediendo, por fin. Las tabas habían sido lanzadas y él tendría que observar cómo caían.

—Responde con una bandera roja —le dijo a su explorador. A kilómetros de distancia, aquel que había enviado la señal estaría aguardando una respuesta. Kublai mantuvo la vista fija en el borroso punto mientras su hombre desplegaba una tela roja tan larga como él mismo y la agitaba durante un momento.

—Espera... espera... ahora, amarillo —ordenó Kublai. Ahora que sus planes realmente iban a ser puestos en práctica, sintió que se liberaba de parte de la tensión. Las banderas de señales no eran una herramienta nueva para comunicarse a larga distancia, transmitiendo el mensaje de valle a valle mediante hombres situados en las cumbres de las colinas. Con todo, Kublai había refinado la técnica, utilizando un sistema de cinco colores que podía combinarse para enviar una sorprendente cantidad de información. El lejano observador habría visto las banderas y habría transmitido el mensaje, cubriendo los kilómetros con más celeridad de lo que podía hacerlo un caballo.

—Bien —dijo Kublai. El explorador alzó la vista, pero Kublai estaba hablando consigo mismo—. Ahora, veremos si los hombres de mi hermano tienen estómago para luchar por un khan débil.

Alandar murmuró para sí, irritado, al ver a sus exploradores regresar a la carrera. Era evidente que esperaban que él partiera al galope de inmediato, nada más oír las noticias que traían. Pero no lo haría, tenía que mantener el equilibrio entre obedecer sus órdenes y adoptar las mejores decisiones tácticas sobre el terreno. No era una posición agradable y no estaba disfrutando de la mañana. Karakorum se encontraba a más de trescientos kilómetros a sus espaldas y ya se había hartado de dormir bajo las estrellas y despertarse tieso y congelado. Su bloque de tumanes había avanzado a buena velocidad, cubriendo una amplia extensión de terreno y manteniéndose en contacto con Arik-Boke, pero Alandar no lograba deshacerse de la sensación de desazón que le reconcomía. Todo lo que sabía de Kublai le decía que no era ningún tonto y, sin embargo, Arik-Boke estaba convencido de que podría atraparlo como a un ciervo en una caza en círculo. Los propios hombres de Alandar esperaban que empezara a rugir órdenes de batalla al primer signo de contacto y, mientras le informaban, podía sentir los ojos de los exploradores posados en él, inquisitivos. Clavó la mirada en el horizonte mientras cabalgaba.

Sus cuatro generales estaban cerca y silbó para llamar a su oficial de más rango. Ferikh era un oficial sólido, con los cabellos blancos y veinte años de experiencia bajo tres khanes distintos. Se dirigió hacia él trotando entre las filas con expresión circunspecta.

—¿Tienes nuevas órdenes, orlok? —preguntó mientras se aproximaba.

—Todavía no. Me da la impresión de que es una trampa, Ferikh.

El general se giró automáticamente hacia el lugar donde los tumanes de Kublai habían sido avistados, galopando a través de un puerto entre dos valles. El contacto había sido breve, pero había durado el tiempo suficiente para que los batidores de Alandar regresaran a toda velocidad con la noticia. De posición en posición, las nuevas estarían siendo retransmitidas por todos los bloques que formaban la amplia línea de ataque de Arik-Boke.

—No tienes que responder, orlok —dijo Ferikh. Alandar hizo una leve mueca al ver la decepción en el rostro de su veterano oficial—. El khan puede decidir cuándo avanzan los tumanes intermedios.

—Lo que no sucederá hasta la noche —dijo Alandar.

Ferikh se encogió de hombros.

—Un día más no supondrá ninguna diferencia.

—¿Crees que se trata de una trampa? —preguntó Alandar.

—Tal vez. Un fugaz avistamiento de un grupo pequeño... no eran más de seis o siete mil. Podrían querer que cargáramos tras ellos y luego tendernos una emboscada. Es lo que yo haría.

Alandar se estiró cuanto pudo sobre la silla de montar, escudriñando las colinas que los circundaban.

—Si se trata de una emboscada, contarán con una fuerza numerosa en algún lugar cercano, lista para saltar sobre nosotros en cuanto nos movamos.

Se encontraba en una posición difícil y Ferikh comprendía su dilema. Los hombres esperaban que sus oficiales mostraran valor y pensaran con rapidez. Habían oído las noticias y estaban aguardando la orden de cabalgar lo más rápido que pudieran, pero Alandar no la había dado. Si caía en algún tipo de estratagema, pondría en peligro a los tumanes que comandaba y se arriesgaría a sufrir la ira de Arik-Boke. Ahora bien, si se había topado con la cola del ejército de Kublai y no había aprovechado la oportunidad para atacarle, parecería un estúpido o un cobarde. Estaba atrapado entre dos elecciones imposibles y, en consecuencia, no hacía nada, dejando que el tiempo tomara la decisión por él.

A lo lejos, a su izquierda, su atención se vio atraída por un borrón en el aire. Alandar se dio media vuelta para mirarla directamente y su expresión fue cambiando poco a poco a medida que comprendía qué era lo que estaba viendo.

—Dime si tengo razón: veo polvo al otro lado de aquellas colinas, Ferikh.

El general entornó los ojos. Su larga vista no era tan aguda como lo fuera una vez, pero, utilizando un viejo truco de explorador, formó un tubo con las manos y se centró en aquel punto.

—Tiene que ser una fuerza de grandes dimensiones para levantar una nube como esa —dijo—. Calculando a partir del lugar en el que vimos a los primeros, diría que se encuentran más o menos en la posición apropiada para golpear nuestro flanco.

Alandar soltó aire, aliviado. Después de todo, tendría una victoria que presentar al khan.

—En ese caso, creo que hoy tendremos un poco de acción. Envía a cinco mil a internarse entre las colinas para perseguir a los que vimos primero. Déjales pensar que nos han engañado. Los principales tumanes pueden atravesar por... aquí —señaló una abertura en las verdes colinas que le permitiría dar un rodeo y atacar al ejército, levantando su propia nube de polvo—. Ve despacio, general. Si es la principal fuerza de Kublai, nos mantendremos fuera de su alcance, listos para alejarnos a voluntad. Bastará con inmovilizarlos en un lugar hasta que el khan nos alcance.

Alandar miró hacia el este, a sus espaldas, de donde llegaría para respaldarles el resto del ejército de Arik-Boke.

—Cuatro tumanes deberían llegar dentro de poco y, después, los tumanes del propio khan. El último estará aquí en algún momento después del mediodía, mañana. Daré nuevas órdenes cuando lleguen.

Ferikh percibió el alivio que sentía el orlok al ser capaz de adoptar al fin una decisión. Incluyó la cabeza brevemente, disfrutando ya de la idea de confundir a aquellos que habían intentado engañar al propio ejército del khan.

Cinco minghaans avanzaron hacia el primer valle y, a continuación, Alandar dio la orden de que sus tumanes principales giraran y se lanzaran a toda velocidad hacia

la abertura en las colinas. Se alejaron al galope y en las alegres expresiones de los guerreros se leían sus deseos de entrar en combate. Para entonces, todos ellos habían visto el tenue rastro de polvo y habían empezado a imaginarse la confusión del falso khan cuando les viera aparecer desde una dirección diferente, cayendo como lobos sobre su flanco.

Alandar se encontraba en la primera línea que penetró en la grieta, con sus tumanes cabalgando con estruendo detrás de él. Se dijo que, aunque había adivinado que Kublai les había preparado una trampa y se le había adelantado, no debía olvidar que la fuerza completa de Kublai superaba en número a la suya. Aun así, no podía dejar de sentirse satisfecho por poder tenderle una trampa a aquellos que habían intentado tomarle el pelo. No había ascendido hasta obtener el mando de los ejércitos del khan cometiendo errores. Por un momento, pensó en el orlok de Mongke, Seriankh. Se le había retirado la autoridad por haber perdido a su amo y ahora luchaba en la tropa. Con todo, Alandar creía que había tenido suerte de conservar la vida.

Alandar entró en el terreno en sombra, formado por pronunciadas pendientes a ambos lados. En algún lugar más adelante y a la derecha habría un contingente de guerreros avanzando con la intención de sorprender a sus tumanes. Se inclinó hacia delante en la silla de montar, dejando caer la mano hasta la larga espada que golpeaba el flanco de su montura. La abrupta brecha entre los riscos estaba terminando y, bajo la luz del sol, vio un valle verde abrirse ante él. En la distancia, creyó oír los sonidos de batalla producidos por el encontronazo entre sus minghaans y el falso grupo que se suponía que debía atacar. Los arcos se tensaron a su izquierda y derecha y sus guerreros prepararon una arrolladora descarga de flechas. Durante un tiempo, cabalgarían a galope tendido sin riendas, empleando solo las rodillas para guiar a los ponis. Alandar percibía ese momento en el que los cuatro cascos abandonaban el suelo como un ritmo bajo su cuerpo. No utilizaría el arco ese día, aunque llevaba uno sujeto a su silla de montar. Notó la exaltación de los hombres que le rodeaban, las respiraciones cortas de un aire que, de repente, cuando su primera fila salió de las colinas y se sumergió en el sol, pareció más frío. Sus tumanes no temían a nada en el mundo y él les lideraba. Cuando alargó el cuello para captar la primera visión del enemigo, le pareció que la gloria iluminaba.

La sorpresa y la decepción atravesaron como un rayo los tumanes de Alandar cuando rodearon la falda del monte y pudieron observar el valle que se extendía hacia el este. Gritaron y se señalaron unos a otros lo que veían mientras seguían avanzando, y miles de gargantas emitieron un bronco lamento que fue apagándose poco a poco.

Había caballos en el valle, miles de ellos. Pero no hacía falta ser un soldado de la experiencia de Alandar para darse cuenta de que los que estaban sobre sus lomos no eran guerreros mongoles. El orlok se quedó boquiabierto al ver a un montón de críos

árabes gritando alborozados y repartiendo patadas entre los ponis de la gigantesca manada para que no dejaran de moverse. Cada animal parecía llevar algún tipo de rama ancha atada a la cola, que arrastraba sobre el polvoriento terreno cuando el caballo avanzaba.

Alandar sintió que el estómago se le encogía de miedo. Si aquello era una mera distracción, ¿dónde estaban los tumanes de Kublai? Casi sin pensar, aminoró el paso y los tumanes le imitaron, pasando al galope medio y después al trote. Tras haber descubierto la trampa, estaban nerviosos, sabiendo que habían caído en ella, pero sin poder ver todavía el peligro.

Alandar se giró bruscamente sobre la silla al oír gritos y el aviso de los cuernos de batalla a sus espaldas. Sus tumanes no habían acabado de salir de la grieta entre las colinas y sus guerreros seguían formando una larga fila. Algo estaba ocurriendo a apenas un kilómetro de él y lanzó una maldición en voz alta, tirando violentamente de las riendas para frenar a su caballo. Percibió el sonido de numerosos arcos disparando a la entrada del valle y también el eco del sonido, semejante al zumbido de las abejas.

Durante un momento, fue incapaz de pensar. El valle era demasiado estrecho para que sus tumanes dieran la vuelta. El enemigo les estaba atacando y Alandar no podía utilizar a sus hombres. Levantó el brazo y ordenó a los tumanes que avanzaran. Si podía sacarlos a todos del valle, podrían maniobrar de nuevo. Las líneas se lanzaron hacia delante con él a la cabeza, haciendo caso omiso de los muchachos, que les gritaron y les abuchearon, burlones. Sus líneas se extendieron y Alandar vio movimiento a su izquierda. Al identificar la posición, estuvo a punto de gritar de frustración. Junto con una docena de hombres de su guardia personal, sacó a su caballo de la fila. Dejando a un lado al pequeño núcleo de hombres, sus tumanes siguieron avanzando, vaciando el valle poco a poco mientras a Alandar se le caía el alma a los pies.

Desde aquellas colinas, un contingente de guerreros mongoles descendía a galope tendido en dirección a su flanco. Todo cuanto Alandar pudo hacer fue avisarles con un bramido, pero, aun alertados, la posición de sus hombres era altamente vulnerable, atacados desde la retaguardia y el flanco al mismo tiempo. Enseñó los dientes en una terrible mueca y, a continuación, desenfundó la espada. El enemigo le había llevado al lugar que quería, pero el juego no había terminado y era el momento de pelear. Sus generales empezaron a dar órdenes a pleno pulmón y las primeras descargas de flechas se elevaron en dirección a la fuerza atacante como una mancha borrosa. Aquella era su única ventaja sobre una columna volante: que podía utilizar más arcos contra su fila frontal.

Cuando los primeros proyectiles les alcanzaron, ya estaban ampliando su línea a cincuenta. Alandar observó estupefacto cómo las filas del enemigo levantaban unos engorrosos escudos y parecían capturar con ellos las flechas en el aire. Nunca había visto a guerreros mongoles llevar algo tan pesado al campo de batalla. Los mongoles utilizaban el arco y este requería las dos manos a la vez. Los generales de Alandar ya

habían hecho que sus hombres se volvieran hacia la amenaza: las órdenes habían sido transmitidas con celeridad a los comandantes de los minghaan y a los líderes de cada cien hombres de los tumanes. Sus hombres estaban transformando su formación de un flanco en un amplio frente, pero aquella era una de las maniobras más difíciles que había y exigía que miles de guerreros se detuvieran de un modo ordenado y preciso. Con todo, estaba empezando a suceder.

Alandar sintió que la esperanza crecía en su pecho pero, en aquel momento, los guerreros enemigos arrojaron sus escudos y tendieron sus arcos. Las flechas atravesaron vibrantes el menguante espacio entre ambos ejércitos. Alandar se dio cuenta de que sus filas no podrían formar a tiempo y su gesto se crispó mientras los arqueros rivales lanzaban cientos de saetas contra el eficiente remolino de sus líneas. Una raya negra oscureció fugazmente su visión y chocó con fuerza contra su hombro, empujándole hacia atrás en la silla antes de salir despedida dando vueltas. Otra flecha alcanzó a su caballo, hundiéndose hasta las plumas en su garganta: el animal empezó a toser y a echar sangre por los ollares.

Alandar, presa del pánico, desmontó dando un traspie justo cuando el caballo se desplomaba. Sus hombres tenían que salir del valle y el único modo que tenían de hacerlo era cabalgar deprisa y alejarse de sus atacantes. Al mismo tiempo, él debía formar una potente línea estacionaria para responder al ataque envolvente del enemigo hasta que su fuerza principal fuera capaz de finalizar el amplio giro y escapar del valle.

Podría haber bastado para salvar la batalla, pero los tumanes a los que se enfrentaban eran los veteranos del territorio Song. Cuando la fluidez de la contienda aumentó, avanzaron en líneas que se entretejían y solapaban, de manera que arrojaban siempre la máxima fuerza contra los puntos más débiles. Cuando llegó la hora de combatir con espadas y lanzas, no cedieron terreno y los tumanes de Alandar fueron rechazados con rotundidad.

Los guerreros de Alandar salieron por fin del valle y el orlok meneó la cabeza, incrédulo, cuando vio el contingente que les presionaba desde atrás. Había dado por sentado que estaría compuesto solo por los seis o siete mil que había visto en el falso avistamiento de esa mañana. Sin embargo, las colinas empezaron a vomitar más y más guerreros bajo los estandartes de Kublai, una avalancha tal que le hizo comprender que debería haberse concentrado en mantenerlos entre las colinas, donde el daño que podían hacer era menor. Les superaban en número en una proporción de al menos dos a uno y los chicos árabes encargados de levantar el rastro de polvo observaron con la boca abierta cómo sus tumanes eran atacados, encerrados y destruidos.

Todo cuanto Alandar veía era caos, demasiados grupos desplazándose a toda velocidad de un lado para otro. Ahora sabía que, desde su primera acción, había estado bailando al son de los planes de Kublai y esa certeza le quemaba las entrañas. Las flechas volaban en todas direcciones y había hombres cayendo por doquier.

Apenas podía distinguir a amigos de enemigos en la aglomeración de guerreros y caballos, aunque los tumanes de Kublai parecían conocer a los suyos. Sus guardias tuvieron que defenderle de un guerrero que se había lanzado como una centella sobre él, utilizando sus espadas para detener y desviar de Alandar la embestida de su lanza. Cuando el hombre siguió adelante, Alandar se encontró pensando con claridad, a pesar de que la angustia le retorció las tripas. No había modo de evitarlo: tendría que tocar a retirada.

Su propio cuerno se había quedado en el caballo caído y tuvo que llamar a gritos a uno de sus oficiales. Cuando este entendió lo que le ordenaba, una especie de desmayo desfiguró su expresión, pero hizo sonar la secuencia de notas descendentes, una y otra vez. La respuesta pareció perderse en la turbulenta masa de combatientes, excepto para llamar la atención sobre ese punto del campo de batalla. Nuevas saetas se elevaron en el aire con aparente lentitud para caer súbitamente sobre ellos con un zumbido. Una de ellas se clavó en lo alto del pecho del oficial que había hecho sonar el cuerno, perforando la armadura de escamas. Alandar rugió, airado, y, mientras el joven se desplomaba, volteó bruscamente a su caballo y se hizo con el cuerno de un tirón.

Resollaba con fuerza, pero levantó el cuerno y repitió la señal. Poco a poco, la reacción de sus hombres, que estaban sometidos a una presión demasiado intensa como para poder liberarse con facilidad de la lucha, fue haciéndose visible. Los tumanes empezaron a retirarse pasando por encima de los cadáveres de sus amigos, colocando las espadas y las lanzas en posición horizontal para mantener a distancia al enemigo.

Los huecos que dejaron al replegarse fueron inmediatamente ocupados por un enjambre de flechas silbantes. Otro centenar de guerreros fueron derribados y murieron asfixiados con un palo de madera atravesando su pecho o su garganta. Unas cuantas filas consiguieron llegar hasta Alandar y formaron a su alrededor, jadeantes y con los ojos vidriosos. Mantuvieron la posición el tiempo suficiente como para que sus números ascendieran a mil y, a continuación, prosiguieron la retirada, a lo largo de la cual se les fueron uniendo varios jinetes solos, hasta que fueron unos tres mil los hombres que atravesaban aquel campo de muertos.

De sus generales, al único que Alandar podía ver a su lado era a Ferikh, aunque había unos veinte oficiales minghaan en el grupo. Todos ellos habían participado en el combate y estaban maltrechos y exhibían diversas heridas y cortes. Alandar vio a varios hombres señalando hacia ellos: los tumanes enemigos habían localizado su grupo en el fondo del valle. Sintió cómo se le iba la sangre de la cara al ver que miles de ojos feroces se volvían para observar la retirada del orlok.

Su pequeño contingente seguía recogiendo rezagados que luchaban por abrirse paso hasta él, pero, para entonces, el enemigo estaba formando filas, preparándose para una nueva carga. Alandar recorrió con la vista el campo de batalla. Las pérdidas eran tan espantosas que se sintió enfermo: millares de muertos, arcos quebrados,

caballos pataleando y los penetrantes alaridos de hombres heridos que vertían su sangre en la tierra. Uno de sus rivales cabalgó hasta la fila del frente y le dijo algo a los que tenía más cerca. Todos ellos gritaron un desafío al unísono y el ronco rugido hizo que Alandar diera un respingo sobre la silla.

No más de cinco mil hombres maltrechos cabalgaban junto a él. Había pensado unirlos al resto de sus tumanes, pero la lucha parecía haberse detenido en todo el valle. Cuando ochocientos pasos separaban a ambos ejércitos, sus hombres hicieron un alto, extenuados y asustados, y aguardaron expectantes sus órdenes. Frente a él, el valle se había llenado de tumanes enemigos, que mantenían su posición en sobrecogedor silencio y se volvían a observar. Alandar tragó saliva, nervioso, y sin que diera la orden, el resto de su ejército se detuvo. Oía la trabajosa respiración de sus hombres, los murmullos que intercambiaban, todavía incrédulos. Habían sido superados en la lucha y superados en la estrategia. El sol aún lucía en el cielo y Alandar no acababa de asimilar lo deprisa que había sucedido todo.

—El khan está llegando con suficientes hombres para destruir a estos —dijo, alzando la voz para que la oyeran tantos como fuera posible—. Hemos perdido solo la primera escaramuza. Confortaos con la certeza de que habéis luchado con coraje.

Mientras pronunciaba esta última palabra, el líder enemigo bramó una orden y sus tumanes se lanzaron hacia delante.

—¡En marcha! —gritó Alandar—. ¡Si caigo, buscad al khan! —Le dio la vuelta a su caballo y clavó los talones en el animal para que acelerara al máximo. Los muchachos árabes se dispersaron delante de sus hombres, chillando y mofándose de ellos mientras corrían.

En cuanto Alandar hubo abandonado el valle, Kublai ordenó a sus hombres que se detuvieran. Al poco, Uriang-Khadai apareció junto a él y ambos se saludaron con una inclinación de cabeza.

—Arik-Boke no mantendrá esa formación ahora que nos ha encontrado —dijo Kublai. No felicitó a su orlok, sabiendo que Uriang-Khadai se lo tomaría como un insulto. Más allá de un cierto nivel de habilidad y autoridad, el orlok no necesitaba elogios que le dijeran lo que ya sabía.

—A menudo he deseado mostrarle a Alandar los errores de su forma de pensar —dijo Uriang-Khadai—. No reacciona bien bajo presión, siempre lo he dicho. La experiencia de hoy ha estado bien como primera lección. ¿Te dirigirás ahora a Karakorum?

Kublai vaciló. Su ejército seguía estando relativamente descansado. La victoria les mantenía animados mientras desmontaban y comprobaban sus monturas y sus armas. Le había dicho a su orlok que intentaría asestar un rápido golpe en la cabeza de la línea de barrido de Arik-Boke en el momento en que se convirtiera en una columna y se volviera hacia ellos. Después de eso, el plan había sido cabalgar lo más

deprisa posible hacia la capital e ir a buscar a las familias que se habían refugiado allí.

Uriang-Khadai notó su indecisión y puso su poni junto al de su khan, para evitar que pudieran oírles.

—Quieres continuar —dijo, afirmándolo más que preguntándolo.

Kublai asintió con recelo. Su propia esposa e hija se encontraban a salvo en Xanadú, a miles de kilómetros al este. No era ninguna menudencia pedirles a sus hombres que siguieran luchando mientras la incertidumbre respecto a la suerte de sus familias seguía pesando sobre sus hombros.

—Disponemos de muy poco tiempo antes de que mi hermano vuelva a reunir sus tumanes en un solo ejército. Podemos arrollarlos, orlok. Si las mujeres y los niños no estuvieran en las inmediaciones de Karakorum, ¿no sería ese tu consejo? ¿Atacarles de nuevo, y rápido? Si nos dirigimos hacia el norte ahora, estaré desperdiciando la oportunidad de vencer. Puede que sea la única oportunidad que se nos presente.

Uriang-Khadai le escuchó con expresión impasible, sin dejar traslucir sus emociones.

—Eres el khan —dijo en voz baja—. Si lo ordenas, continuaremos.

—Necesito que me des algo más en este momento, Uriang-Khadai. Nunca hemos luchado contra un enemigo que tuviera las vidas de nuestras esposas e hijos en su poder. ¿Me seguirán los hombres?

Durante un tiempo que pareció prolongarse infinitamente, el experimentado guerrero guardó silencio. Por fin, contestó:

—Por supuesto que te seguirán. Saben tan bien como tú que los planes cambian. Es posible que continuar y volver a luchar, mientras todavía conservemos la ventaja, sea la mejor opción.

—Pero tú quieres avanzar hacia el norte, a pesar de todo.

El orlok se encontraba visiblemente incómodo. Había prestado un juramento de obediencia, pero la idea de que su mujer y sus hijos estuvieran en manos de la guardia de Arik-Boke suponía un constante desgaste de sus fuerzas.

—Yo... acataré las órdenes, mi señor khan —dijo, formalmente.

Al principio, Kublai apartó la mirada. Había pasado por numerosos momentos en los que, al mirar hacia atrás, la perspectiva de la experiencia le había mostrado una opción, una oportunidad para llevar su vida por un camino o por otro. Era extraño sentir que se encontraba en un momento así al mismo tiempo que estaba sucediendo. Cerró los ojos, dejando que la brisa le acariciara. Sintió la muerte en el norte, pero el olor de la sangre se percibía con intensidad en el aire y no sabía si se trataba de un auténtico augurio o no. Cuando se giró hacia el este para encarar los distantes ejércitos de su hermano, sintió el mismo escalofrío. La muerte les esperaba en todas direcciones, de repente estaba seguro de ello. Sacudió la cabeza como para arrancar las telarañas de su pensamiento. Gengis no habría malgastado ni un momento. Sus hombres conocían la muerte, vivían con ella todos los días. Sacrificaban animales con

sus propias manos y sabían reconocer en un niño el tipo de tos que podía significar que se lo encontrarían frío y quieto por la mañana. No temería a una compañera tan constante. No podía permitir que le influyera. En aquel momento él era el khan y tomó una decisión.

—Mis órdenes son continuar, orlok. Recoged todas las flechas que podáis y perseguid a Alandar hasta que nos encontremos con los tumanes que vienen hacia aquí. Atacaremos al siguiente grupo de combate con todo cuanto tenemos.

Uriang-Khadai dio media vuelta a su caballo sin decir una palabra más y empezó a dar órdenes a gritos a los tumanes, que aguardaban. Sus expresiones reflejaron su confusión, pero montaron con presteza y formaron, ignorando a los heridos y moribundos que les rodeaban. El sol se estaba poniendo, pero por delante aún había varias horas de gris luz estival. Tiempo suficiente para volver a luchar antes de que oscureciera.

Cuando avistó a cuatro tumanes cabalgando a máxima velocidad hacia él, Kublai dio gracias por las erróneas decisiones de su hermano. El gran general Tsubodai había empleado en una ocasión el mismo sistema: cinco dedos extendidos sobre el terreno para localizar a sus enemigos. Era una formación poderosa contra los lentos soldados de infantería. Contra los tumanes que él comandaba, era una debilidad. Su hermano había formado una columna dividida de ciento cincuenta kilómetros de largo con el fin de cubrir más territorio. Kublai y Uriang-Khadai habían atacado el extremo de la línea de barrido y, cuando la columna giró para enfrentarse a ellos, Kublai consiguió recorrerla en dirección descendente, presentando casi doce tumanes contra cada grupo de combate cuando estos fueron llegando hasta él. Arik-Boke podía ordenar un alto y hacer que sus tumanes se reunieran, pero hasta que lo hiciera, sus guerreros eran vulnerables a la mera ventaja de los números y a la abrumadora superioridad de su fuerza.

En conjunto, incluso después de masacrar a los hombres de Alandar, el ejército de Arik-Boke superaba en mucho al de Kublai y Uriang-Khadai. Esa desventaja disminuiría a medida que fueran cortando la serpiente rodaja a rodaja. En su cabeza, Kublai revisó sus planes por enésima vez, buscando una vez más alguna forma de mejorar sus probabilidades. No necesitaba comprobar si Uriang-Khadai estaba en posición. El orlok tenía más experiencia que nadie que Arik-Boke pudiera llevar a la batalla y sus tumanes lo demostraban en la fluidez y precisión con que se desplazaban en grupo por el terreno.

El segundo bloque de los tumanes de su hermano estaba demasiado lejos para que Kublai pudiera oír sus cuernos, pero, al otro lado de la vasta llanura de verde hierba, podía verlos empezando a maniobrar y adoptar formaciones de batalla, reaccionando ante su presencia. Frunció el ceño al sentir el azote del viento en la cara y comprobó la posición del sol. El suave crepúsculo gris duraba varias horas en esa época del año, pero podría no ser suficiente. Odiaba la idea de tener que retirarse antes de que la contienda hubiera concluido, pero no podía dejar que le retuvieran en un punto. Todas sus maniobras perseguían reducir la movilidad de su hermano y, a la vez, incrementar la suya. No podía quedar atrapado en la oscuridad, con unos ejércitos avanzando hacia su posición.

Contra los hieráticos soldados Song, habría mantenido sus órdenes finales hasta el último momento, cuando fuera demasiado tarde para que el enemigo pudiera reaccionar ante ellas. En la situación actual, los tumanes mongoles a los que se enfrentaba podían maniobrar y responder tan rápidamente como los suyos. Aun así, contaba con la superioridad numérica. Mientras Uriang-Khadai mantenía el orden, envió a sus hombres hacia delante en una columna, de modo que ambos contingentes parecían dos ciervos corriendo el uno hacia el otro para entrechocar su cornamenta. Cuando se encontraba a kilómetro y medio, con el corazón batiendo en el pecho con

violencia, sintió la urgencia de dar la orden definitiva, pero se contuvo. Los tumanes de Arik-Boke avanzaban con fluidez, moviéndose con celeridad de un lado a otro mientras se aproximaban. No sabía quién los lideraba, o si Alandar había alcanzado la aparente seguridad de sus filas. Kublai deseó que lo hubiera conseguido, con la esperanza de hacerle salir corriendo dos veces en el mismo día.

A ochocientos metros, solo los separaban sesenta latidos. Kublai dio la orden en el mismo momento en que vio a los tumanes enemigos abriéndose para envolver la cabeza de su columna. Sonrió al viento mientras Uriang-Khadai y sus generales adoptaban la misma formación. Ambas cabezas de martillos se ensancharon, pero Kublai tenía más tumanes y podía imaginar cómo los veía el enemigo desde su punto de vista, desplegados como alas a su espalda, extendiéndose más y más a medida que el total de sus fuerzas quedaba revelado.

Un instante después, las flechas volaron desde ambos bandos. Al ser tan amplias, las líneas podían hacer uso de numerosos arcos y decenas de miles de proyectiles se elevaron en el aire: hombres que habían sido entrenados para ello toda su vida dispararon una flecha tras otra exactamente cada seis latidos. Por primera vez, Kublai sintió lo que era ser sometido a ese aluvión de rabia y tuvo que esforzarse para no encogerse ante la zumbante amenaza. Las descargas emergían con la cadencia de un tambor de guerra, cruzándose entre sí en el aire. Podía oír las golpear contra la carne y el metal, podía oír los gemidos y los gritos de los guerreros brotando a su izquierda, a su derecha y delante. Su propia posición, en la cuarta fila, no estaba libre de peligro, y varias saetas iniciaron su arqueado descenso al pasar por encima de sus cabezas, cayendo sobre ellos. No obstante, sus líneas, más anchas, podían responder con miles de flechas más y, con los guerreros disparando hacia dentro, sin preocuparse apenas de apuntar contra tantos blancos, el cielo estaba más negro de su lado.

Las primeras descargas abrieron agujeros en las veloces filas del frente; la segunda y la tercera derribaron a hombres y caballos, haciendo que los que los seguían se tropezaran y cayeran sobre ellos. A ambos lados, la tormenta de flechas atravesaba las armaduras. Hacía mucho que los pesados escudos que Kublai había cogido en Samarcanda habían quedado atrás, en el valle en el que habían derrotado a Orlok Alandar, donde estarían acumulando óxido. Había merecido la pena probar esa táctica, pero la verdadera fuerza de sus tumanes residía en los arqueros, en el terrible poder de los arcos de cuerno y abedul, tendidos con un anillo de pulgar de hueso y disparados en el momento mismo en que los cuatro cascos de la montura abandonaban el suelo. La cuarta descarga fue brutal, el aire estaba tan saturado de proyectiles que les parecía que costaba respirar. Miles fueron alcanzados en los dos bandos y muchos caballos se derrumbaron, heridos y, al caer girando velozmente sobre sí mismos, estrellaron a sus jinetes contra el suelo con una violencia potencialmente letal.

Los tumanes de Kublai mantenían la formación mejor que sus oponentes. Habían pasado años guerreando contra los Song, contra bosques de ballestas y picas

enemigas. Las líneas estaban más amontonadas donde la lluvia de flechas había arreciado más, pero el resto se abrió paso sin aminorar apenas la velocidad. En los últimos momentos antes del impacto, repitieron las rutinas que les habían inculcado a lo largo de los años: colgaron los arcos de los ganchos de la silla de montar y desenvainaron miles de espadas mientras frenaban ligeramente, permitiendo que las filas traseras se adelantaran.

A través de las filas frontales de Kublai aparecieron sus lanceros y, mientras avanzaban, todos ellos bajaron los largos troncos de abedul que portaban. Era necesaria una tremenda fuerza en el brazo y el hombro para mantener las lanzas en equilibrio cuando las adelantaban al máximo. En el último instante, los lanceros bajaban la punta de su arma, dirigiéndola al frente y apoyando sobre ella su peso, preparándose para el impacto. Con media tonelada de caballo, jinete y armadura tras ellas, las lanzas atravesaban con estrépito los petos de escamas que vestían los tumanes. Los jinetes de Kublai no llevaban correas para sujetarlas. Tras golpear, las soltaban para impedir romperse la clavícula o un brazo intentando sostenerlas. El aire se llenó de esquirlas girantes cuando diez mil lanzas se estrellaron contra sus blancos y muchas se hicieron pedazos o se quebraron por la empuñadura. La fila enemiga se desmoronó: los guerreros del hermano de Kublai quedaron en el suelo tosiendo sangre, o inmóviles y blancos debido a hemorragias internas.

El choque de millares de guerreros a toda velocidad se transformó en un ronco fragor de cascos y bramidos humanos. Los dos frentes se enzarzaron en una lucha de espadas, asestando golpes como hachazos con una violencia desenfrenada. La ancha línea de Kublai se extendió rápidamente hacia los flancos mientras Uriang-Khadai continuaba repartiendo órdenes con calma. Sus tumanes habían conservado sus arcos y lanzaron otra docena de descargas de flechas desde distintas direcciones, derribando a muchos de los hombres leales a Arik-Boke.

El enemigo contraatacó y, desde los flancos, los guerreros, disparando flecha tras flecha, respondieron con disparos tan poderosos como los suyos. Para entonces ambos bandos se encontraban muy cerca y los hombres seguían luchando, tensando y soltando la cuerda de su arco con adusto estoicismo, ignorando las muertes de los que les rodeaban. En el frente, los tumanes de Kublai mantenían la presión, matando y avanzando, aplastando la cabeza de la serpiente. Los flancos empezaban a desmoronarse y retroceder, y los arqueros de Arik-Boke iban fallando más y más blancos a medida que los guerreros de la cabeza se veían obligados a ceder terreno. Sobre su caballo, Uriang-Khadai recorría arriba y abajo sus filas a unos doscientos metros de las líneas principales. Cuando la cabeza de martillo se comprimió, sus hombres mantuvieron el ritmo del ataque. La lluvia de flechas enemigas comenzó a disminuir, pero los guerreros dispararon hasta vaciar sus carcajs, después de haber lanzado más de un millón de saetas hacia el núcleo principal de sus rivales.

Los tumanes enemigos no se retiraban, no se rendían, pero las fuerzas de Kublai les estaban arrollando. Sus guerreros veteranos avanzaban cada vez que notaban una

ligera cesión, obligándoles a retroceder un paso, y luego otro, y luego una docena más mientras dos filas colapsaban. No podían desplazarse hacia los lados, donde estaba Uriang-Khadai, observándoles con mirada fría. Los tumanes que comandaba, a la derecha, desenfundaron sus espadas con un roce sibilante, provocando un estremecimiento en los flancos. Uriang-Khadai bramó una orden y sus tumanes se cerraron sobre ellos y las espadas empezaron a caer, asestando tajos duros y cortos.

La cabeza de la columna se hundió y, cuando notaron el movimiento, el pánico empezó a propagarse entre los hombres de los flancos. Intentaron hacer girar a sus caballos tirando salvajemente de las riendas mientras eran zarandeados por hombres a pie y monturas sueltas que corrían por doquier. Las líneas exteriores de los flancos fueron retrocediendo bajo el brutal ataque de los tumanes de Uriang-Khadai y los que se hallaban en el centro le dieron la espalda a la batalla y azuzaron desesperadamente a sus monturas. Aun así, a pesar de haber tomado la decisión de retirarse, no lograban abrirse paso. No había espacio para moverse y el agolpamiento de los hombres situados detrás de ellos los inmovilizaba en su posición, mientras aullaban de terror o dolor. La matanza continuó: los flancos estaban tan comprimidos que los hombres apenas podían moverse. Los tumanes de Kublai hicieron caso omiso de aquellos que intentaron rendirse. No había lugar para la clemencia. Los hombres que levantaban las manos eran aniquilados en el sitio. Por todas partes había guerreros corriendo y los caballos lanzaban relinchos de dolor al sufrir nuevas heridas en sus costados.

Kublai no había participado en la lucha más allá de la primera carga. Con un grupo de vasallos, se había quedado esperando a un lado, observando con atención y repartiendo órdenes destinadas a reforzar las líneas guía de su ejército. Era como contemplar una enorme ola cayendo sobre una roca, pero la roca se iba desmoronando y convirtiéndose en arena bajo sus ojos. Durante un momento, alcanzó a vislumbrar al orlok de su hermano peleando y dando órdenes en el centro de la batalla, esforzándose ya por escapar. Alandar recordaría ese día, pensó Kublai con satisfacción, si sobrevivía a él.

Kublai alzó la vista cuando Uriang-Khadai sopló su cuerno, haciendo sonar una nota que se extendió por todo el campo de batalla. En la menguante luz gris, vio que estaban llegando otros tumanes. Sería la formación central de la línea de barrido de Arik-Boke y Kublai supuso que su hermano estaría en esos cuadrados, cabalgando con todas sus fuerzas hacia él. El sol se había puesto mientras se desarrollaba la batalla. Si hubiera sido mediodía, habría sido un momento adecuado para continuar. Sus hombres habían arrollado a los tumanes del segundo grupo de batalla y ya se veían jinetes solitarios alejándose en un flujo constante, dirigiéndose hacia la seguridad de su khan, que entraba en el campo de batalla.

Uriang-Khadai hizo sonar el cuerno de nuevo y Kublai murmuró para sí. No estaba ciego, ni sordo. Diversos planes y estratagemas atravesaron volando su mente y se quedó inmóvil, atrapado por la oportunidad. Sus hombres estaban cansados, se recordó a sí mismo. Sus flechas se habían agotado y sus lanzas estaban rotas. Sería

una locura hacerles luchar de nuevo, en la oscuridad. Y, sin embargo, podía acabar con todo en un solo día y pensarlo le consumía por dentro. Apretó los puños alrededor de las riendas, haciendo crujir sus guanteletes. El cuerno de batalla resonó por tercera vez, sacándole de golpe de su ensoñación.

—¡Ya te he oído! —gritó enfadado. Kublai hizo un ademán a sus vasallos, que esperaban junto a él—. Enviad la señal de retirada. Por hoy hemos hecho suficiente.

Mientras la nota descendente vibraba a través de sus tumanes, siguió mirando fijamente a lo lejos. En la penumbra, los guerreros, que habían estado esperando esa orden, se retiraron con diligencia, formando filas y apoyándose sobre las perillas de madera de sus sillas mientras se alejaban, riéndose y llamándose unos a otros. Los muertos yacían entre los moribundos y Kublai oyó a un hombre aullar a un volumen asombroso en algún punto de los convulsos montones que iban dejando atrás. Debía de tener las piernas rotas para lanzar un alarido así. Kublai no vio al guerrero que desmontó y se dirigió hacia el herido, pero el sonido quedó interrumpido en mitad de un grito. De pronto se acordó de Zhenjin, preguntándose, intranquilo, dónde estaría. Ser khan y padre era siempre un camino difícil. Los hombres comprendían que se preocupara por su hijo de catorce años, pero no podía dar ninguna muestra de miedo, ni retirar a Zhenjin de las zonas de peligro. Uriang-Khadai solía situarle en la retaguardia de cualquier formación sin hacer ningún comentario al respecto. Kublai recorrió con la vista el campo de batalla buscando a su hijo, pero no pudo verle. Apretó la mandíbula y elevó una silenciosa plegaria al padre cielo pidiéndole que estuviera bien. Uriang-Khadai lo sabría. A aquel hombre no se le pasaba nada.

Miles de guerreros de Arik-Boke habían escapado al mazazo que les había propinado. Siguieron avanzando mientras sus hombres formaban y empezaban a trotar hacia el norte. Kublai se volvió y miró por encima del hombro a los hombres y caballos muertos, al lugar donde su hermano todavía cabalgaba envuelto en una nube de polvo seco. Los distantes tumanes de Arik-Boke ya habían empezado a fundirse con la penumbra, devorados por la oscuridad. Kublai inclinó la cabeza en un gesto de respeto fingido. Orlok Alandar había logrado escapar a la muerte en los últimos momentos y Kublai deseó poder estar allí mientras le explicaba a su hermano cómo había perdido una cantidad tan inmensa de hombres en un solo día.

Furioso, Arik-Boke se echó hacia delante en su silla y le gritó «¡chu!», a su montura, a la vez que le clavaba brutalmente los talones en el costado para que mantuviera la velocidad. Gotas de sudor rodaban hacia sus ojos y parpadeó para aliviar el escozor de la sal, sin dejar de mirar al frente. Casi no había luz y los tumanes que luchaban a lo lejos palpitaban y se desdibujaban como sombras temblorosas. Todo cuanto podía oír era el estruendo de los caballos de sus propios hombres al galopar, de modo que la batalla que se desarrollaba más adelante, sin el estrépito metálico de las espadas y los gritos de los hombres, casi parecía un sueño.

El general de uno de sus tumanes había desviado a su montura para alcanzar al khan y la cabeza del animal subía y bajaba en su esfuerzo por avanzar. Arik-Boke, absolutamente concentrado en lo que tenía delante, hizo caso omiso de él. Sabía que había perdido el contacto con los tumanes de retaguardia, que su larga formación había sido atacada en uno de sus extremos. Sabía muy bien que la fuerza que le acompañaba podría no ser suficiente para hacer huir a su hermano, que podría pararse y volver a formar. Tenía con él únicamente a cuatro tumanes en formación cerrada, pero otros ocho estaban llegando desde atrás. Juntos serían suficientes, independientemente de lo que hubiera logrado Kublai ese día. Cuando el nombre de su hermano se cruzó en sus pensamientos, Arik-Boke escupió en el viento. Notaba la saliva como sopa en la boca y, mientras seguía cabalgando, más deprisa y más lejos de lo que había galopado en años, su cuerpo desprendía calor por todos sus poros. Tenía que haber sido Uriang-Khadai quien había organizado el ataque. Arik-Boke sabía que tendría que haber previsto que su hermano podría ceder el mando a un oficial más experimentado. Durante un buen rato, lanzó maldiciones a voz en cuello, haciendo que los hombres más cercanos a él apartaran la vista para no presenciar su exhibición de cólera. Debería haber hecho mil cosas de forma diferente. Kublai era un débil erudito y Arik-Boke había creído que su hermano sembraría el caos entre sus excelentes tumanes. Por el contrario, sus hombres habían atacado en el lugar oportuno, en el momento preciso. Habían vencido a Orlok Alandar y él todavía no podía creérselo. En principio, el ala derecha de su línea de barrido era su punto más fuerte y, sin embargo, la habían arrollado. Ahora la noche estaba cayendo y los tumanes de Kublai escaparían a su venganza.

La llanura era larga y llana, pero, aun así, la batalla no era más que una abultada nube de polvo bajo la creciente oscuridad. En los últimos momentos antes de perderlos de vista, Arik-Boke vio a varios tumanes dirigiéndose hacia el norte, estaba seguro. Apretó la mandíbula y el calor de su cuerpo pareció alimentar la ira que ardía en su interior. Con todo su ejército en el campo, las defensas de Karakorum eran escasas. El estómago le dio un vuelco al pensar que su hermano pudiera tomar la capital en un rápido ataque. Había ignorado las inquietudes del pusilánime de Alandar, convencido de que su hermano no osaría acercarse a la poderosa capital. La importancia de Karakorum, por sí misma, era mínima, pero Arik-Boke sintió deseos de gritar de frustración. Quienquiera que tuviera el poder sobre Karakorum podía reivindicar el derecho a gobernar. Era algo que importaba a los ojos de los príncipes y de los pequeños khanatos.

Su general había llegado hasta él y cabalgaba a su lado, gritando preguntas al viento. Al principio, Arik-Boke ni le miró, pero, cuando la oscuridad se cernió sobre ellos, se vio obligado a aminorar la marcha y reducir la velocidad al medio galope y luego al trote. Los caballos resoplaron y jadearon y la punzante energía que había sentido hasta entonces abandonó a Arik-Boke, dejando una frialdad más honda que nada que hubiera sentido nunca. Hasta ese mismo momento, no se había planteado

seriamente la posibilidad de que Kublai pudiera derrotarle en batalla. Su mente se llenó de imágenes en las que se enfrentaba a aquel erudito con su espada. Era una visión satisfactoria, pero vacía, y sacudió la cabeza para despejar su mente de tonterías. Continuó cabalgando, adentrándose en la noche.

Por ambos lados de su caballo iban pasando más y más guerreros en dirección contraria. Todos ellos mantenían la cabeza gacha, avergonzados, al cruzarse con hombres que conocían. Se estaban uniendo a sus tumanes por la retaguardia en grupos de diez y hasta de cien, brotando de la oscuridad. Arik-Boke vio que uno de ellos daba media vuelta a su caballo, girando para adoptar el ritmo de trote de la línea mientras trataba de atravesarla. El hombre se encontraba a un caballo de distancia de él y le estaba llamando antes de que Arik-Boke se diera cuenta de que se trataba de Alandar. Cuando su orlok le alcanzó, trayendo consigo un tufo a sudor y sangre recientes que le envolvía como una capa, los nudillos de su khan se aferraron, blancos, a las riendas de su montura.

—Mi señor khan —dijo Alandar.

Ya no necesitaba gritar para hacerse oír por encima del ruido de los caballos. Para entonces el paso se había reducido hasta un suave trote y la negra hierba fluía invisible bajo los cascos de los caballos. Arik-Boke estuvo a punto de pedir que le trajeran unas antorchas, pero todavía había cientos de guerreros llegando desde el campo de batalla y no sabía si todos ellos eran de los suyos. No era apropiado iluminar su posición en la línea.

—Orlok, quedas destituido de tu rango. No volverás a liderar en mis ejércitos. —Arik-Boke trató de mantener la voz calmada, pero no sabía si podría contener su rabia. Quería ver la cara de Alandar, pero la oscuridad era completa.

—Como desees, mi señor —respondió Alandar, con la voz indeciblemente cansada.

—¿Vas a presentar tu informe o qué? ¿Es que tengo que sacarte yo las palabras una a una? —la voz de Arik-Boke fue elevándose a medida que hablaba, hasta que prácticamente estaba gritando. Notó cómo Alandar se encogía, acobardado ante él.

—Lo siento, mi señor. Nos tendieron una trampa para hacer salir a mis guerreros, creando una segunda posición para hacerme pensar que había adivinado su estrategia. —Para entonces, Alandar había comprendido los entresijos de la treta, aunque, tras un día así, seguía estando aturdido y tan agotado que apenas podía hablar. No podía dar la impresión de estar elogiando al enemigo, pero, cuando prosiguió, había un deje de reacio respeto en su voz—. Después de que les hubiéramos seguido hasta un valle, le tendieron una emboscada a mis fuerzas. En total vi unos doce tumanes, liderados por Kublai y Uriang-Khadai.

—¿No había dado orden de esperar hasta que el ejército principal llegara hasta vosotros si veíais al enemigo? —preguntó Arik-Boke—. ¿No me planteé la posibilidad de que sucediera exactamente lo que ha sucedido hoy?

—Lo siento, mi señor. Pensé que había adivinado sus planes y que podría ganar

una victoria para ti. Vi la oportunidad de destruirles y decidí aprovecharla. Me equivoqué, mi señor khan.

—Te equivocaste —repitió Arik-Boke. No podía soportar por más tiempo sus quejumbrosas disculpas. Se volvió hacia el general que tenía al otro lado.

—Oirakh, quítale las armas a este hombre y átalalo. Me ocuparé de él cuando tengamos luz de día y podamos ver. —Hizo caso omiso de los sonidos de lucha que se oyeron cuando los guerreros se echaron sobre Alandar. ¿Es que realmente había creído que conservaría la vida? Aquel hombre era un tonto.

Cuando la luna creciente apareció en el cielo, despidiendo su pálida luz, sus tumanes llegaron a los bordes del campo de batalla del que Kublai había huido en el último momento. Algunos de los hombres y caballos caídos seguían vivos, pidiendo lastimosamente ayuda a los que pasaban por su lado. Arik-Boke eligió su camino con cuidado, reduciendo la velocidad hasta ir al paso. A medida que avanzaba, los montones de muertos se iban multiplicando y podía oír los sollozos de dolor de los heridos. Su furia se convirtió en una dura bola en su pecho y estómago, y a duras penas conseguía mantener derecha la espalda. Aquello lo había hecho el orlok de Kublai.

En el centro del campo de cadáveres, Arik-Boke desmontó y pidió que acercaran unas lámparas. El hedor era atroz y, a pesar de la oscuridad, ya había moscas por todas partes, zumbando junto a los rostros de sus hombres y obligándoles a ahuyentarlas con un ademán cada dos por tres. Arik-Boke inhaló profundamente, cerrando los ojos mientras las lámparas eran encendidas a su alrededor y situadas en lo alto de los postes. El fulgor dorado que arrojaban reveló ojos fijos y cuerpos fríos a diestro y siniestro. Arik-Boke se estremeció levemente mientras daba la vuelta sobre sí mismo, absorbiéndolo todo. Sus labios se adelgazaron en una mueca de disgusto y la ira le cegó. Su hermano era responsable de todo aquello.

—Traedme a Alandar —dijo. No se había preocupado de mirar en ninguna dirección en concreto, pero, aun así, la orden fue obedecida rápidamente. Unos guerreros trajeron a Alandar a rastras y lo arrojaron boca abajo a los pies de Arik-Boke.

—¿Se dirigían hacia el norte al final? —preguntó Arik-Boke.

El hombre que había sido su orlok se puso de rodillas con esfuerzo y asintió, manteniendo su cabeza agachada, tan baja como le era posible.

—Eso creo, mi señor.

—Karakorum, entonces —murmuró Arik-Boke—. Todavía puedo alcanzarle. —Sabía que Kublai deseaba esa ciudad. Decenas de miles de mujeres y niños habían construido sus propios poblados de casuchas en torno a Karakorum, donde esperaban a que regresaran sus maridos. Arik-Boke extrajo un largo cuchillo de una funda que llevaba atada al muslo. La carne desgarrada de sus hombres yacía por todas partes y sentía que hacía falta desquitarse de algún modo, que se pagara un precio por todo aquello. Entonces supo lo que tenía que hacer.

Alandar había oído cómo desenvainaba el cuchillo y alzó la vista asustado.

—Mi señor khan, yo... —su frase quedó interrumpida cuando Arik-Boke le cogió por el pelo y le cortó la garganta con varios tajos poderosos, serrando la carne.

—Ya has hablado bastante —le murmuró Arik-Boke al oído—. Ahora, cállate.

Alandar se agitó y debatió mientras el penetrante olor de la humeante orina iba llenando el aire. Arik-Boke lo empujó a un lado.

—¡Exploradores! ¡A mí! —rugió hacia la noche.

Dos de los más cercanos se presentaron al instante, saltando de sus caballos. Sus miradas se posaron fugazmente en el cadáver de Alandar, pero la retiraron rápidamente.

—Hoy habéis cabalgado mucho —dijo Arik-Boke—, pero esta noche no descansaréis.

Ambos batidores eran chicos que no habían cumplido los dieciocho años de edad. Asintieron sin hablar, impresionados por la presencia del khan.

—Coged unos caballos descansados y corred hacia Karakorum. Utilizad las estaciones del yan para obtener monturas de refresco —se quitó el anillo del dedo de un tirón y se lo lanzó a uno de los muchachos—. Tendréis que adelantar a los ejércitos de mi hermano, así que cabalgad lo más rápido que podáis. Quiero que lleguéis a la ciudad antes que él. Buscad al capitán de la guardia de palacio y decidle que he dicho que la hora ha llegado. ¿Entendéis? Esas palabras, exactamente. Repetid vuestras órdenes.

Los dos exploradores recitaron sus palabras ante él y Arik-Boke asintió, dándose por satisfecho. Había que pagar un precio por todas las cosas. Para cuando Kublai llegara a la ciudad, sabría cuál era el coste de la rebelión. Arik-Boke sonrió al pensarlo. Tal vez los hombres de Kublai se amotinaran cuando se dieran cuenta de lo que les había hecho perder. Arik-Boke podría regresar a su ciudad y encontrarse con que su hermano ya había muerto, asesinado a manos de sus propios guerreros.

XLII

Kublai cabalgaba hacia Karakorum a través de una noche fría y tranquila. Él y sus hombres iban compartiendo pedacitos de carne negra mientras avanzaban y pasándose odres de leche agria o de airag claro para aliviar las resacas gargantas. No había tiempo para detenerse y celebrar las victorias del día, no con los tumanes de Arik-Boke pisándoles los talones. Kublai había visto a su hijo durante un breve momento: Zhenjin había pasado por su lado cuando iba a hacer un recado para su oficial minghaan. Sin duda el oficial le había sugerido que pasara cerca del khan. Era el tipo de atención sutil que tenían sus hombres hacia él y Kublai sabía que se sentían orgullosos de que el hijo del khan cabalgara con ellos, con toda la confianza que eso implicaba. Kublai se compadecía del enemigo que intentara atacar a ese minghaan en concreto. Aniquilarían a cualquiera que se aproximara siquiera al heredero de su khan.

Aunque sus pensamientos avanzaban perezosa y pesadamente, Kublai repasó sus planes durante la cabalgada. Tenía que haberse alejado lo suficiente antes de que amaneciera, pero sus hombres habían luchado o montado durante todo el día y se caían de cansancio. Si no les permitía reposar, les estaría arrebatando su fuerza, inutilizando su ejército justo cuando necesitaba que sus guerreros estuvieran lo más despiertos y en forma posible. Ya había dado orden de que cabalgaran en parejas, con un hombre dormitando sobre el caballo mientras el otro sujetaba las riendas, pero les hacía falta desmontar y dormir al menos durante unas horas.

Uriang-Khadai era posiblemente el hombre de más edad bajo su mando, pero a la débil luz de la luna, su aspecto era tan fresco y sólido como siempre. Kublai le dirigió una sonrisa fatigada mientras trataba de contener el blando vaivén de su cabeza, que acababa en un sobresalto cuando, de repente, descubría que se había dormido. Era una de las ventajas de las sillas de perilla alta, que sostenían a un hombre dormido mejor que otros diseños, pero seguía teniendo la impresión de que podría caerse si el sueño le invadía. A cada rato, daba un enorme bostezo.

—¿Tenemos ya un recuento de las pérdidas? —preguntó, más para mantenerse despierto que porque realmente quisiera saberlo.

—No puedo estar seguro hasta que haya luz —respondió Uriang-Khadai—. Creo que unos dos tumanes, o un poco más.

—¿En un día? —saltó Kublai, sin poder reprimirse.

Uriang-Khadai no bajó la mirada.

—Nosotros hemos matado más. Cuentan con los mismos arcos y las mismas destrezas que nosotros. Era de esperar que el número de muertos fuera alto.

El rostro de Kublai se torció en una mueca y alzó la mirada a las estrellas. Las cifras eran espantosas, tan altas como sus pérdidas contra los Song. Muchos de ellos estarían con vida todavía, sintiéndose helados y solos entre los cadáveres mientras aguardaban a que los guerreros de Arik-Boke los encontraran y les clavaron una daga

en la carne. La idea de esa terrible vigilia final le provocó un escalofrío. Después de pasar años con ellos en los territorios Song, le pesaba la pérdida de todos y cada uno de sus hombres. Arik-Boke no comprendía el tipo de lealtad que había crecido en sus tumanes a lo largo de los años. Apartó de su mente la idea, sabiendo que lo único que conseguiría era volver a enfadarse con el necio de su hermano. La profundidad de su ira todavía podía sorprenderle, pero darle rienda suelta le parecía mera autocomplacencia.

—Cuatro días y estaremos en Karakorum —dijo en voz alta—. Y los hombres de mi hermano estarán detrás de nosotros todo el tiempo.

Uriang-Khadai no contestó y Kublai se dio cuenta de que no le había hecho ninguna pregunta. Después de todo lo que habían pasado juntos, le hacía sonreír lo reservado que el orlok podía llegar a ser.

—Todavía tengo una taba que tirar, orlok. Cuando llegemos a Karakorum, podemos convertirnos en los defensores de la ciudad y de nuestro pueblo. Convertiré a Arik-Boke en el enemigo a los ojos de la nación. Y cuando la batalla alcance su apogeo, Bayar le atacará. —En el prolongado silencio, Kublai suspiró—. ¿Qué opinas al respecto?

—Creo que tienes diez tumanes o menos frente a los doce o más de tu hermano —dijo por fin Uriang-Khadai—. Creo que se nos están acabando las flechas y las lanzas. No puedo hacer planes contando con una fuerza de reserva que tiene que recorrer más de tres mil kilómetros para alcanzarnos.

—Tú regresaste después de reunirte con Hulegu. Bayar llegará hasta aquí —dijo Kublai.

—Y yo me alegraré de verle, pero debemos prepararnos para lo peor. Necesitamos armas.

Kublai soltó un gruñido. Debería haber previsto que no recibiría palabras de ánimo. El khanato de Chagatai les había proporcionado gran parte de los suministros de la campaña. Había sido el príncipe Alghu el que envió a los chicos árabes a crear la falsa nube de polvo que había desempeñado un papel primordial en su primera batalla, y la comida y la bebida que todavía tenían procedía de sus ciudades. No obstante, Uriang-Khadai tenía razón, las flechas y las lanzas eran las existencias más importantes de un ejército y, con una sola carga, habrían acabado con ellas.

—Si puedes hacer que aparezca un cargamento de flechas y lanzas en los próximos días, te lo agradecería con la rodilla hincada en el suelo, orlok. Hasta entonces, no tiene sentido hablar sobre ello.

Uriang-Khadai se quedó callado durante largo tiempo, pensando.

—Hay existencias en Karakorum, suficientes para llenar todos nuestros carcajs —dijo finalmente.

Kublai se abstuvo de burlarse de la idea. El veterano soldado conocía la situación tan bien como él.

—¿Crees que podríamos hacernos con ellas? —preguntó.

—No, pero Arik-Boke Khan sí.

Al oírle, Kublai hizo una mueca, pero asintió.

—La ciudad no sabe nada de las batallas que estamos librando, todavía no. Podría enviar a unos hombres en su nombre con orden de llevarse un cargamento de flechas y lanzas con unos carros. Es una buena idea, creo. Podría funcionar.

—Con tu permiso, les daré la orden a unos cuantos exploradores, hombres que sé que desempeñarán bien el papel.

—Lo tienes —respondió Kublai. En silencio, dio las gracias por el hombre que tenía al lado. De algún modo, en la oscuridad resultaba más fácil hablar con él que de costumbre. Ninguno de los dos podía ver bien al otro y Kublai se planteó compartir el secreto que había descubierto años atrás, en los archivos de Karakorum. Estaba tan cansado que arrastraba las palabras al hablar pero, en un impulso, decidió hablar.

—Encontré un archivo sobre tu padre, una vez —dijo. El silencio pareció dilatarse a su alrededor hasta tal punto que Kublai llegó a preguntarse si Uriang-Khadai le habría oído siquiera—. ¿Sigues despierto?

—Sí. Sé quién era. No es algo que acostumbre a... —La voz de Uriang-Khadai fue apagándose hasta desaparecer.

Kublai pugnó por ordenar sus pensamientos, por encontrar las palabras adecuadas. Hacía años que sabía que Uriang-Khadai era el hijo de Tsubodai, pero nunca había hallado el momento de traerlo a colación. Enterarse de que el orlok ya lo sabía era extrañamente desmoralizador.

—Me gustaba, ¿sabes? Era un hombre extraordinario.

—He... he oído contar muchas historias sobre él, mi señor. No me conocía.

—Vivió sus últimos años como un sencillo pastor, ¿habías oído eso?

—Sí —Uriang-Khadai se quedó pensando un tiempo y Kublai permaneció en silencio—. Tú creciste teniendo por abuelo a Gengis, mi señor. Supongo que sabrás lo que significa vivir bajo la larga sombra de un hombre.

—Parecen gigantes —murmuró Kublai—. Conozco muy bien la sensación. —Estaba conociendo un aspecto de Uriang-Khadai que no se esperaba. Había ido ascendiendo en el ejército sin la ayuda del nombre de nadie. Por primera vez, Kublai sintió que comprendía qué era lo que movía a aquel hombre.

—Creo que estaría orgulloso de ti —dijo Kublai.

Desde la oscuridad, Uriang-Khadai se rio entre dientes.

—Y Gengis estaría orgulloso de ti, mi señor. Ahora vamos a dejar las sombras para la noche. Tenemos que encontrar un río para los caballos y, además, me voy a caer de la silla si no descanso pronto.

Kublai soltó una carcajada y, solo de pensar en dormir, volvió a bostezar.

—Como deseas, orlok. Haremos que nuestros padres y abuelos estén orgullosos, nosotros dos.

—O nos uniremos a ellos —respondió Uriang-Khadai.

—Sí, o nos uniremos a ellos, o una cosa o la otra —Kublai se calló un instante y

se frotó los ojos, limpiándose los del polvo del camino—. Arik-Boke no se detendrá ahora, no con nosotros avanzando hacia la capital. Llevará a sus hombres al límite del agotamiento en su esfuerzo por alcanzarnos.

—Querías que se sintiera desesperado, que concentrara todas sus fuerzas en la ciudad. Si Bayar no aparece...

—Aparecerá, orlok.

Los tres días que siguieron fueron de los más extraños que Kublai hubiera vivido jamás. Había acertado al suponer que Arik-Boke llevaría a los tumanes hasta el límite de sus fuerzas. Al segundo día, los ejércitos dejaron atrás cuatro estaciones del yan y supieron que habían cubierto más de ciento cincuenta kilómetros entre el alba y el crepúsculo. Los exploradores pululaban en los extremos de ambos contingentes, llegando a veces a pelearse con los guerreros enemigos, o penetrando en la zona del alcance de las flechas, donde eran derribados de sus monturas y caían al suelo despatarrados para regocijo de los hombres más próximos. Al atardecer del tercer día, los dos ejércitos se encontraban a apenas quince kilómetros el uno del otro, sin que ninguno consiguiera reducir o ampliar esa distancia. Kublai había perdido la cuenta de los cambios de montura que había ordenado, pues Uriang-Khadai y él hacían cuanto podían para que los animales estuvieran frescos, aunque nunca había suficiente tiempo para pastar y se vieron obligados a dejar atrás a cientos de caballos por problemas respiratorios o por cojera. Durante todo ese tiempo, podía sentir el aliento de su hermano en la nuca, incapaz de hacer otra cosa que alargar el cuello y fijar la vista en Karakorum.

La puesta del sol era el momento más duro para los hombres. Kublai no podía ordenar un alto hasta estar absolutamente seguro de que su hermano había dado el día por terminado. Con los ejércitos a tan escasa distancia entre sí, no se atrevía a descansar cuando Arik-Boke podía organizar un ataque y saltar de repente sobre ellos. Sus propios batidores le comunicaban las posiciones enemigas en cadena, una y otra vez, hasta que traían la buena nueva de que sus perseguidores se habían detenido. Aun entonces, Kublai insistía en continuar, sacando cada valioso kilómetro de más solo gracias al sudor y el aguante de sus hombres. Los guerreros dormían como muertos bajo las estrellas y los centinelas, que cambiaban a lo largo de la noche, tenían que despertarlos a patadas. Algunos hombres gritaban en sueños, desgastados por la constante amenaza de sus perseguidores. A aquellos cazadores natos les desazonaba verse convertidos en presa, mientras que los que los seguían iban cobrando confianza, como una manada de lobos, sabiendo que, con el tiempo, les darían alcance.

Kublai había recibido la buena noticia de sus exploradores mucho antes que los tumanes que comandaba, pero no se la comunicó, sabiendo el placer que les produciría ver los carros cargados de armas llegando desde Karakorum. Fueron

conducidos hacia el centro de su espartano campamento mientras el sol del tercer día moría tras las montañas, y sus hombres los acogieron con vítores y exclamaciones. Uno de ellos se subió a cada uno de los carros y empezó a arrojar lanzas y carcajs repletos hacia las manos extendidas, riéndose al pensar que la ciudad les había dado ese vital regalo por error. Los hombres que guiaban los carros no sufrieron ningún daño y, por su parte, ellos se cuidaron bien de no protestar mientras los hacían a un lado a empujones y los mandaban de regreso a la ciudad. Karakorum se hallaba a unos sesenta y cinco kilómetros y Kublai sabía que la alcanzaría al mediodía del día siguiente. Deseó haber pensado en pedir que incluyeran unos odres de airag junto con las flechas y las lanzas, pero era suficiente contemplar el júbilo en las caras de sus hombres al ver lo que habían obtenido con artimañas.

Cuando se tumbó a dormir esa noche, Kublai notó cuánto había disminuido la terrible tensión que había soportado, y se tomó un momento para aplastar la hierba que sería su lecho al notar un bulto clavándosele en la cadera. Sus hombres lucharían con Karakorum a la vista. Se enfrentarían a un enemigo que estaba tan extenuado como ellos y darían lo mejor de sí mismos, estaba seguro. Aun así, temía por todos ellos.

Doce hombres luchando contra diez estaban casi igualados. Los dos tumanes extra que su hermano todavía podía llevar al campo de batalla eran una cuestión diferente. Veinte mil hombres podrían lanzar flechas hacia sus flancos, o cargar una y otra vez contra sus hombres mientras ellos estaban inmersos en la lucha. Si se tratara de los Song, se habría reído de los números, pero al enfrentarse contra su propio pueblo, tenía que hacer un esfuerzo para no dejarse llevar por la desesperación. Había hecho cuanto estaba en su mano y volvió a pensar en la última taba que tenía que lanzar al aire cuando avistara Karakorum. En algún lugar al otro lado de las colinas, Bayar tenía que estar aproximándose a la ciudad. Sin duda, sus tres tumanes bastarían para volver las tornas de la lucha.

Todavía le estaba dando vueltas a la batalla cuando el sueño se lo llevó en su ola negra. Kublai no supo nada más hasta que notó que su hijo le estaba sacudiendo por el hombro y poniéndole en la mano un paquete de carne fría y pan duro. Todavía no había amanecido, pero los cuernos de los exploradores estaban anunciando que el campamento de Arik-Boke se estaba preparando para avanzar.

Kublai se sentó, atajando un bostezo cuando se percató de que era el último día. Independientemente de lo que sucediera, habría un final antes de que el sol que empezaba a asomar se pusiera tras las montañas. La idea le resultó extraña, después de tanto tiempo.

Su adormilamiento se evaporó y se puso de pie a trompicones, dando un bocado al pan y haciendo una mueca de dolor cuando el mordisco coincidió con un diente que estaba suelto. Karakorum tenía sacamuelas, recordó con un escalofrío. Tenía la vejiga llena y sujetó el pan entre los dientes mientras se retiraba el deel y orinaba en el suelo, emitiendo un gruñido de satisfacción.

—Mantente a salvo hoy —le dijo a Zhenjin, que sonrió como toda respuesta.

El joven había adelgazado en los días de lucha y de viaje y tenía la piel más oscura de lo que Kublai la recordaba. También él masticaba el grueso trozo de pan, duro como una piedra y casi igual de apetecible. La espesa grasa del cordero se convirtió en una pasta arenosa en su boca y Kublai estuvo a punto de ahogarse hasta que Zhenjin le pasó un pequeño odre de agua y le dio un trago.

—Lo digo en serio. Si la batalla va mal, no vengas a buscarme. Aléjate al galope. Prefiero verte salir corriendo y con vida a que te quedes y mueras. ¿Me has entendido?

Zhenjin le dirigió su mirada más lograda de hosco desdén, pero asintió. Los cuernos de los exploradores volvieron a sonar y su campamento improvisado aceleró el ritmo, con los hombres montando y comprobando sus armas por última vez. Los tumanes de Arik-Boke estaban en marcha.

—Ahora, date prisa. Vuelve a tu jagun —dijo Kublai con brusquedad.

Para su sorpresa, antes de salir como un rayo hacia su caballo, Zhenjin se abalanzó sobre él y le dio un breve e impetuoso abrazo.

Cabalaron deprisa durante la larga mañana, cubriendo kilómetros al medio galope o al trote mientras los exploradores vigilaban a las fuerzas de Arik-Boke y traían informes constantes sobre ellas. Sesenta y cinco kilómetros no habrían sido nada para un grupo de caballos y hombres descansados, pero, después de días sobre la silla, todos ellos estaban anquilosados y fatigados. Kublai los imaginaba sangrando caballos lisiados cada dos por tres, o soltando a los animales cuando empezaban a cojear o se desplomaban. Pero los pequeños y resistentes ponis habían sido criados para aguantar y continuaban avanzando, exactamente igual que los hombres que los montaban, haciendo caso omiso de los dolores de su espalda y sus piernas.

Para Kublai, empezar a reconocer las colinas que circundaban Karakorum fue un momento surrealista. Las verdigrises pendientes llamaban a gritos a sus recuerdos. Había crecido en la ciudad y conocía sus alrededores mejor que nadie en el mundo. Sorprendido, se quedó sin aliento ante la poderosa emoción que le embargó al saber que había llegado a casa. En todos sus planes y maniobras no había tenido en cuenta la fuerza de algo tan pequeño. Estaba en casa. La ciudad que su tío había construido se encontraba a escasos kilómetros de allí y era el momento de enfrentarse a su hermano, de poner a prueba a los hombres a los que había enseñado y de los que había aprendido a lo largo de miles de kilómetros en las tierras Song. Sintió el escozor de las lágrimas en los ojos y, echando la cabeza hacia atrás, se rio de sí mismo.

Originalmente, Karakorum había sido construida con una muralla de aproximadamente la altura de un hombre. Eso había cambiado cuando la pequeña ciudad fue amenazada: los muros habían sido elevados y reforzados, y se les habían

añadido torres de vigilancia y puertas de gran solidez. Kublai ya no sabía cuántos habitantes acogía ni cuántas personas más se apiñaban a su alrededor en las barriadas de tiendas. Había caminado entre ellas más de una vez cuando era joven y los recuerdos eran, a la vez, vívidos y tristes. A su pueblo no le iba bien cuando se reunía en un solo lugar. Aunque acudían a Karakorum para trabajar y hacer fortuna, no disponían de alcantarillado y las gers estaban tan amontonadas bajo el sol que el hedor a orina y excremento podía provocarle arcadas a un hombre fuerte. Cuando eran nómadas, sus campamentos eran frescos y estaban llenos de verdor, pero cuando se veían atrapados en la pobreza, construían barriadas donde ninguna mujer y pocos hombres se atrevían a salir después del anochecer.

Cuando por fin dio la orden de alto, podía ver las blancas murallas a lo lejos. Había reprimido cualquier tipo de pensamiento sobre el futuro mientras su hermano Arik-Boke estuviera en el campo de batalla luchando contra él. Hacer planes para años venideros cuando fácilmente podía morir en la lucha se le antojaba una excesiva y peligrosa muestra de orgullo. Y, sin embargo, mientras contemplaba el paisaje brumoso que quedaba a sus espaldas, pensó en las amplias tierras Chin que circundaban Xanadú. Podría encontrar un lugar para ellos allí. Podía darles la oportunidad de expandirse y vivir como hombres en vez de como animales, hacinados en un espacio demasiado pequeño, en una ciudad demasiado pequeña. Su pueblo enfermaba cuando no podía moverse, y no solo por las enfermedades que asolaban la ciudad todos los veranos. Bajo un sol de justicia, le recorrió un estremecimiento al pensar en alguna de aquellas pestilencias haciendo estragos en Karakorum mientras esta se cocía en su propia inmundicia. Si sobrevivía, podía hacerlo mejor, estaba seguro.

Esa tarde, Uriang-Khadai se movió como una avispa, cabalgando de un lado a otro y repartiendo órdenes con sequedad para que los tumanes formaran como era debido. Los estandartes de Kublai fueron enarbolados a mucha distancia de donde él se encontraba, rodeado por sus vasallos. Con una sonrisa irónica, observó los muros de seda amarilla ondeando a lo lejos, decorados con un dragón que trepaba por la tela como si estuviera vivo. Las flechas arreciarían sobre aquellos hombres, todos ellos voluntarios. Eran los únicos que seguían llevando los pocos escudos que había conservado, mientras que los pechos de sus caballos iban protegidos por paneles de escamas. El propio Kublai cabalgaría lejos de ellos, en la cuarta fila, invisible mientras daba las órdenes.

A pesar de las elevadas pérdidas, nueve tumanes y unos seis minghaans aguardaban listos para enfrentarse al ejército de Arik-Boke. La mayoría de ellos habían combatido juntos durante años, contra ejércitos mucho mayores. Cada oficial se había reunido con sus colegas y se había emborrachado hasta perder el sentido un millar de veces. Conocían a los hombres que les rodeaban y estaban más dispuestos que nunca para la lucha. La ciudad del khan se alzaba tras ellos y tenían que conquistarla por él. El propio khan luchaba entre las filas. Ese día habría un final.

Arik-Boke todavía debía recorrer quince kilómetros cuando Kublai ordenó el alto. Era tiempo suficiente para evacuar las vejigas y beber unos tragos de agua de los odres que iban pasando entre las tropas hasta que quedaban vacíos y eran arrojados al suelo. Cien mil arcos fueron examinados para comprobar si tenían alguna raja, mientras que las cuerdas eran puestas a prueba y desechadas si estaban dadas de sí o demasiado gastadas. Los hombres frotaron con grasa la hoja de sus espadas para que penetraran fácilmente en sus vainas y muchos de ellos desmontaron para comprobar las bridas y las cinchas de su silla buscando puntos débiles que pudieran soltarse bajo su peso. Se oían escasas risas y muy pocos llamaron a sus amigos para hacer algún comentario. La larga cabalgada hacia la ciudad les había endurecido y estaban listos.

Kublai mantuvo su espalda tan recta como una lanza mientras observaba a los primeros jinetes de la avanzadilla de los tumanes de Arik-Boke. Aparecieron a lo lejos como moscas negras, moviéndose de un lado a otro en la turbia calina. Tras los batidores, venía el grueso de los tumanes, oscuros bloques de jinetes que cabalgaban bajo una nube de polvo anaranjado que se elevaba de ellos en alargadas espirales.

Volvió a comprobar su manejo de la espada, metiendo y sacando el arma de la vaina con un chasquido. La náusea que le encogía el estómago era una sensación familiar y dejó que su ira se encendiera para acallarla. El cuerpo tenía miedo, pero no permitiría que la débil carne le gobernara.

La visión del ejército de su hermano hizo que su corazón se acelerara y la furia fluyó tumultuosa por su sangre, convocada por su voluntad y más fuerte que el miedo. Gotas de sudor brotaron en su frente mientras permanecía sentado como una estatua, observando cómo se iban aproximando. Podía oler a los caballos que le circundaban y su olor se mezclaba con el hedor animal de hombres que no se habían bañado en meses. Sus hombres, ligados a él por un juramento y por la experiencia. Muchos de ellos morirían ese día y la deuda sería de Arik-Boke. Kublai se recordó que conocía a su hermano, por mucho que hubiera cambiado en los años que habían estado separados. La falsa posición respecto a los estandartes provenía de ese convencimiento.

Arik-Boke no solo quería ganar la batalla. Las pérdidas de su orlok le habían humillado. Si Kublai todavía le conocía, estaría medio cegado por el orgullo herido y la rabia, y ordenaría a sus arqueros que apuntaran hacia ese punto. Los portaestandartes absorberían la lluvia de flechas. Recuerdos de la adolescencia de ambos se sucedieron velozmente por su mente, y no fue agradable, pero Kublai utilizaría cualquier cosa, cualquier debilidad. En silencio, elevó una oración de disculpas hacia su madre y su padre, confiando en que no pudieran ver la batalla que libraría ese día.

Kublai miró a derecha e izquierda, repasando las filas de hombres silenciosos. No llevaba ningún símbolo de su autoridad y sus vasallos le observaban con expresiones de sereno orgullo. Estaban listos. Rezó otra plegaria a los espíritus de sus antepasados pidiéndoles que Bayar llegara a tiempo.

Vio que Uriang-Khadai alzaba una mano y Kublai imitó su gesto. Había llegado la hora. Miró hacia delante, hacia el vasto ejército que venía hacia ellos mientras su orlok daba la orden. Los cuernos empezaron a resonar a través de las filas, una única y larga nota que provocó un temblor en las manos de Kublai y que solo cesó cuando aferró con fuerza las riendas. Cien mil guerreros espolearon a sus monturas e iniciaron el trote en dirección al enemigo, su hermano menor.

XLIII

Arik-boke alargó el cuello, echándose hacia delante en la silla para tratar de vislumbrar a través del polvo el lugar donde sabía que su hermano le estaba aguardando. Hacía mucho que los exploradores le habían comunicado la posición de Kublai, pero seguía esperando que sus propios ojos la confirmaran. Aunque las murallas de Karakorum estaban pintadas de blanco, apenas distinguía un indicio de palidez tras las oscuras líneas de los tumanes de Kublai, como un reflejo del metal. Asintió para sí, cerrando los dedos con fuerza en torno a la empuñadura de la espada.

Sus doce generales, que cabalgaban a ambos lados de él, ya estaban volviendo la vista hacia sus tumanes, deseosos de que les diera permiso para unirse a sus hombres. Arik-Boke guardó silencio. Su orlok le había fallado y no había nombrado a otro, incapaz de soportar la idea de verle fallar a su vez. Era el khan y él comandaría la batalla. Podía percibir la inquietud de sus hombres de rango superior, como si aquellos idiotas pensaran que les iba a mantener en su misma línea hasta que las primeras flechas ascendieran en el aire.

Ese día, sus tumanes habían recorrido ochenta kilómetros sin parar. Estaban cansados, pero la imagen del enemigo listo para enfrentarse a ellos haría que la fatiga se evaporara como por arte de magia. Arik-Boke no sentía fatiga alguna. Cuando la distancia disminuyó a tres kilómetros o menos, la furia y la emoción corrieron veloces por sus venas. Para entonces podía ver las formaciones de Kublai, todavía inmóviles, como si hubieran echado raíces mientras le esperaban. Luchó contra la colosal oleada de ira que le embargó al imaginárselos bloqueando el camino hacia su propia ciudad, interponiéndose en el camino del legítimo khan. Se prometió que su hermano pagaría por su arrogancia.

Sus tumanes avanzaban a la misma velocidad que él, aunque no permanecían ociosos mientras galopaban. Miles de caballos de refresco estaban siendo adelantados desde la retaguardia y obligados a correr al lado de los guerreros para que estos pudieran montarse de un salto sin necesidad de aminorar la marcha. Los que habían cabalgado durante toda la mañana, sin los talones y las fustas impulsándolos a seguir, se quedaron atrás enseguida. Arik-Boke estaba lo suficientemente cerca como para ver las brillantes banderas amarillas que marcaban la posición de su hermano elevándose como púas sobre unas lanzas. Desde aquella distancia, no podía distinguir el símbolo que exhibían, pero por fin vio la posición del falso khan. Imaginó que Kublai estaba mirando hacia él a través de la vacía llanura y le recorrió un escalofrío, como si sus miradas se hubieran encontrado.

—Ahí está vuestro objetivo —les dijo a sus generales—. Le daré una provincia a aquel hombre que me traiga su cabeza. ¿Cuál de vosotros será khan cuando acabe este día?

En sus semblantes se pintó una expresión de asombro y Arik-Boke supo que le

habían entendido. Azuzarían a sus hombres sin piedad para obtener esa recompensa, cayendo sobre Kublai como una montaña que se desplomara desde lo alto del cielo. Era un pensamiento agradable.

Les dijo que regresaran con sus tumanes y no tardó mucho en notar el cambio que se había producido en ellos cuando les oyó bramando órdenes a sus guerreros. La velocidad aumentó y todos los tumanes adoptaron el galope tendido al tiempo que, sutilmente, trataban de maniobrar con el fin de situarse en la mejor posición para atacar el pequeño grupo de estandartes amarillos.

Mientras la brisa le azotaba el rostro, Arik-Boke esbozó una ancha sonrisa. Los ejércitos se encontraban a poco más de un kilómetro de distancia y acababa de arrojarles a los lobos un pedazo de carne sanguinolenta. Sus hombres eran más numerosos y luchaban por el gran khan de la nación. Luchar en aquella batalla era lo más similar al gozo que había sentido jamás.

El explorador, encorvado sobre su silla mientras su caballo entraba en la última parada de posta, situada en pleno centro de Karakorum, estaba totalmente agotado. No había sido fácil avanzar lo más rápido posible y, a la vez, evitar a los tumanes de Kublai. Había tenido que abrirse mucho, alejándose de las líneas de exploradores, y luego seguir cabalgando a través de la oscuridad cada vez que encontraba un sendero o camino. Llevaba tres días sin dormir, pues hacerlo habría sido una locura con los batidores enemigos rastreando cada ruta y cada senda. Había pasado parte de la noche anterior con una daga clavada en el bíceps, utilizando el dolor para mantenerse despierto mientras espiaba desde detrás de unos matorrales y esperaba a que un grupo de guerreros continuara su avance. Se rascó el vendaje mientras guiaba a su exhausta montura por la calle que llevaba a la estación del yan. Su mente había empezado a jugarle malas pasadas, haciéndole oír cuchicheos y murmullos y ver extraños colores que era incapaz de nombrar cuando se obligaba a abrir nuevamente los ojos. Ignoraba qué suerte habría corrido su compañero. Tal vez la fortuna no le hubiera sonreído y una flecha le hubiera derribado mientras galopaba.

El explorador tenía dieciocho años y había creído que su fuerza era infinita hasta que la cabalgada le había revelado la verdad. Le dolía todo el cuerpo y percibía su mente como un bulto sólido dentro de su cráneo, estúpido y de reacciones lentas. Quizá por eso la sensación de triunfo fue tan pequeña cuando prácticamente se derrumbó en los brazos extendidos de los jinetes del yan. No se rieron ante su estado y su hedor, ni hicieron ningún comentario sobre las manchas de la silla, todavía húmeda de su orina después de que hubiera vaciado la vejiga repetidas veces sin pararse a desmontar. Había un ejército tomando posiciones al otro lado de las murallas y era evidente que estaban inquietos. Uno de ellos sacó un trapo mojado de un cubo y le frotó la cara con rudeza, despertándole un poco además de limpiarle la mugre y el polvo endurecido.

—No lleva bolsa de mensajes —dijo uno de ellos, torciendo la boca.

Ninguno de ellos esperaba buenas noticias de esos mensajes que no podían ser escritos. Le dio una suave bofetada en la cara al muchacho.

—Despierta, chico. Ya estás aquí, has llegado. ¿Con quién tienes que hablar?

El explorador levantó las manos irritado por el tosco trato recibido y les empujó, levantándose solo.

—Me envía el khan. Con el capitán de la guardia —dijo con voz rasposa. Uno de los hombres le entregó un odre de agua limpia y el chico le dio un trago, agradecido, y después escupió en el suelo para limpiarse la boca pastosa. Sus palabras habían surtido efecto y ahora todos, espabilados, actuaron con su habitual eficiencia.

—Llévale tú, Lev —dijo el jefe del yan—. Yo me ocuparé del caballo.

El animal estaba destrozado, acabado, en un estado muy similar a su jinete. Con expresión sombría, el jefe de la estación lo tomó por las riendas para sacarle al patio. No quería sangre en el interior del edificio.

—Espero que esta noche me sirvas unos buenos filetes —le dijo uno de los otros.

El jefe de la estación ignoró el comentario y un hombre acompañó afuera al explorador, que se alejó dando traspiés, con una mano en su hombro.

El jinete de los yans sabía mejor que nadie que no debía interrogar al explorador y atravesaron las calles en silencio en dirección al palacio del khan. El enorme edificio podía verse desde muy lejos, con su torre recubierta de oro. El muchacho alzó la vista y lo miró con gratitud mientras seguía caminando, renqueante, sintiendo dolorosos pinchazos en las piernas a cada paso que daba.

Las puertas del palacio estaban custodiadas por la Guardia de Día, en su pulida armadura. Saludaron con una inclinación de cabeza al jinete de los yans y observaron de reojo a su sucio acompañante.

—Órdenes del khan. El capitán de la guardia, ¡rápido! —les informó el jinete de los yans, disfrutando de la oportunidad de hacer que se movieran con prisa por una vez. Uno de los guardias silbó y el otro entró corriendo a toda velocidad, mientras el explorador y el correo de los yans seguían su progreso durante un tiempo por el repiqueteo de sus botas contra los pasillos de piedra.

—¿Alguna novedad sobre ese ejército? —preguntó el guardia.

El explorador se encogió de hombros, antes de responder, con la voz todavía áspera.

—La última vez que los vi, estaban volviéndose para enfrentarse al khan. Hoy acabará todo.

Parecía que el guardia deseaba preguntarle más cosas, pero oyeron los pasos de su compañero regresando a la carrera, y los de otro a su lado. El capitán no se había preocupado por su dignidad, no con un mensaje del khan aguardando y un ejército hostil apostado frente a Karakorum. Llegó al límite de sus fuerzas y, tras detenerse con un breve patinazo, alargó la mano hacia el portón para sujetarse.

—¿Necesitas informarme en privado? —preguntó, jadeando.

—No me dijeron nada al respecto. El khan me pidió que te dijera: «Ha llegado la hora».

Para sorpresa del explorador, el capitán palideció e inspiró lenta y profundamente mientras recuperaba la compostura.

—¿Nada más?

—Eso es todo, señor. «Ha llegado la hora».

El capitán asintió y se alejó sin decir nada más, con las miradas de los otros cuatro hombres clavadas en su espalda.

—Eso son malas noticias para alguien —murmuró uno de los hombres del yan.

La mirada de Kublai saltaba adelante y atrás, entre los tumanes que corrían hacia él y sus propios tumanes. Ambos bandos se movían con fluidez, maniobrando y entrelazándose cuando se reunían, localizando puntos débiles en el otro y obligándoles a reaccionar. Para un espectador ajeno, podría parecer que los dos grandes ejércitos se abalanzaban mecánicamente el uno sobre el otro, pero la verdad era que se trataba de una lucha constante y vertiginosa. Si los generales de Arik-Boke reforzaban una de sus alas, Kublai o Uriang-Khadai respondían ante su maniobra. Enviaban a un nuevo tumán hacia allí para apuntalar la posición, manteniendo al enemigo a raya antes que arriesgarse a sufrir un ataque masivo sobre una parte debilitada de sus formaciones. Los movimientos se iniciaban al trote y luego se pasaba al galope, y en ese momento cada oficial buscaba obtener la menor ventaja al entrar en la zona de alcance de los arcos.

A trescientos pasos de distancia, ambos bandos disparaban las primeras flechas. Si lograban la máxima distancia de alcance y velocidad de aproximación, podrían golpear a las filas situadas más atrás. Kublai vio una tupida descarga de flechas ascender hacia donde cabalgaban sus portaestandartes y rugió una última orden al general más próximo. Solo disponían de instantes para reaccionar, pero se desplazaron hacia la izquierda, fortaleciendo sus propias filas y debilitando la falsa posición.

Era demasiado tarde para que Arik-Boke pudiera contraatacar. Kublai y Uriang-Khadai habían ido estudiando sus formaciones y habían descubierto la acumulación de fuerza en su ala izquierda. Estaba bien escondida, con miles de hombres cubriendo el cambio principal, pero Arik-Boke había mordido el cebo. Atacaría la falsa posición, donde creía que Kublai estaría esperándole.

Kublai apenas fue consciente de las terribles descargas lanzadas desde ambos ejércitos, una cada seis latidos, causando muerte y destrucción. Solo tenía ojos para los movimientos enemigos. Los tumanes de su hermano estaban concentrando su fuerza en un lado para llegar adonde creían que estaba él, desviando sus formaciones para enviar la máxima cantidad de efectivos contra ese punto de sus líneas y abrirse camino hacia allí.

En los últimos instantes, decenas de miles de silbantes flechas se habían entrecruzado en el aire entre ambos ejércitos. Los caballos y los hombres se

desplomaban contra el suelo y Kublai tuvo que dar un tirón de las riendas para evitar que su montura pisoteara a un jinete caído y, a continuación, clavó los talones en su lomo para saltar a duras penas sobre otro guerrero derribado. Se encontró con que estaba en la segunda fila cuando las lanzas bajaron en ambos bandos. Desenfundó su espada.

A su derecha, los tumanes de Arik-Boke habían esgrimido sus lanzas demasiado pronto, recibiendo la tormenta de flechas en su intento de penetrar a través de la masa enemiga hacia las banderas amarillas. Kublai podía leer la ira de su hermano en sus formaciones y lanzó un bramido sin palabras, un rugido que se perdió en los aullidos y encontronazos que se sucedían a su alrededor.

Alguien le arrojó una lanza, apuntando directamente a su pecho. Al principio, le pareció que el arma avanzaba despacio, pero entonces su mente se reajustó y la vio volar como un raudo pájaro y adquirir la velocidad de dos caballos galopando uno contra otro. Con un gruñido, rechazó la punta, abriendo su trayectoria de modo que el lancero pasó por su lado derecho. Kublai le lanzó un tajo a la cara y notó una única mancha de sangre salpicar su mejilla.

Sus propios lanceros aprovecharon el debilitamiento de las líneas que tenían delante. Arik-Boke había dirigido a su fuerza principal hacia un ala y, en los últimos momentos, sus tumanes formaban casi una lanza sobre el terreno. Kublai desnudó los dientes en el viento. No podía salvar a los hombres que portaban sus estandartes, pero podía atacar el flanco que se había tornado repentinamente vulnerable gracias a ellos.

En apenas unos instantes, los dos ejércitos se habían cruzado en el campo de batalla como dos bailarines. Era un nivel de maniobra y formación que solo podían alcanzar los excelentes jinetes de la nación y, sin embargo, Arik-Boke había cometido un error. A medida que sus tumanes se adentraban en las filas enemigas, arrojando lanzas justo antes de dispersarse, su flanco había ido quedando expuesto ante el principal contingente de Kublai. Uriang-Khadai vociferó nuevas órdenes exactamente en el mismo momento en que Kublai y sus tumanes lanzaron nuevas descargas de flechas hacia la móvil masa de enemigos, derribando a cientos de hombres de sus monturas.

Que los tumanes dieran media vuelta era un proceso que llevaba su tiempo y no dejó de sufrir ni un solo momento mientras veía pasar más y más guerreros del flanco enemigo por su lado. Kublai frenó como un salvaje, utilizando su fuerza para arrastrar al animal en un reducido giro. El caballo volvió a tropezar con un cadáver, pero se enderezó, bufando asustado. Kublai dirigió su espada hacia los tumanes de su hermano y sus hombres azuzaron a sus monturas gritando: «¡Chu!», y partieron con un rugido que resonó en toda la llanura.

En el breve espacio que tenían que recorrer solo alcanzaron el medio galope, pero los tumanes de Arik-Boke estaban concentrados en avanzar y las espadas de Kublai abrieron una profunda brecha en sus filas, asestando tajos y mandobles con la enorme fuerza de los brazos entrenados en el tiro con arco.

Kublai se unió a ellos, atravesando la primera fila que pasaba al galope junto a él, para adentrarse después aún más, mientras las líneas empezaban a desmoronarse. Sus minghaans mantuvieron la amplitud de su línea de ataque de manera que ningún punto pudiera adelantarse al resto y encontrarse a su vez con que el enemigo le había flanqueado. Había hombres muriendo en ambos bandos y sus oficiales debían mantener la calma y repartían órdenes sin cesar. El mando del khan había pasado súbitamente a sus manos y ellos eran guerreros veteranos, firmes y serios en el desempeño de su trabajo.

El flanco de Arik-Boke se hundió, hecho pedazos, bajo el ataque de los tumanes de Kublai. Sus hombres habían abierto un redondeado hueco en el ejército enemigo y, a pesar de los esfuerzos de los oficiales minghaans, corrían el riesgo de adentrarse demasiado en las amontonadas filas. Antes de que Kublai pudiera repartir nuevas órdenes, Uriang-Khadai había enviado hacia allí a dos tumanes más, ampliando el ataque y hostigando el flanco con flechas y, a continuación, con una carga de lanceros. Estos últimos tuvieron tiempo para alcanzar velocidad y se abalanzaron sobre el enemigo a galope tendido, con las lanzas bajadas, de modo que numerosos hombres y caballos quedaron destrozados en el suelo.

Por el rabillo del ojo, Kublai vio cómo caían sus estandartes amarillos. Un abrumador rugido brotó de los tumanes de Arik-Boke al verlo y empezaron a contraatacar con ferocidad renovada. El impulso conjunto que, en su ciega persecución de un único objetivo, había arruinado sus formaciones, había desaparecido. Poco después percibió la diferencia cuando se replegaron ante sus hombres y volvieron a formar. Soltó una maldición. Las flechas seguían volando y supo que, si daba la orden, se convertiría en su blanco.

Dos de los tumanes de Arik-Boke se habían separado de la batalla para situarse en una buena posición. Bajo la mirada de Kublai, volvieron a entrar disparando flechas y luego colgaron sus arcos en los ganchos de la silla y desenvainaron sus espadas. Creían que Kublai ya estaba muerto y eso les animaba para continuar luchando. Hizo una mueca para sí, después asintió y se volvió a sus vasallos.

—Levantadlos —gritó—. Que vean cómo les hemos engañado.

En las caras de sus hombres se dibujó una enorme sonrisa mientras desenrollaban unas amplias banderas amarillas, deslizando unos anillos de metal por los mástiles con experimentada eficiencia. Tras hacerse un gesto los unos a los otros, seis de ellos elevaron los mástiles al mismo tiempo y los estandartes de Kublai empezaron a aletear al viento.

Sus tumanes levantaron las espadas y los arcos al verlos, rugiendo a pleno pulmón. El estruendo fue como una ola que pareció empujar hacia atrás a los guerreros de Arik-Boke, pero, en realidad, fueron los hombres de Kublai los que saltaron hacia delante. Nada les gustaba más a los mongoles que una buena triquiñuela en el campo de batalla. No solo Kublai estaba vivo, sino que Arik-Boke había desperdiciado las vidas de muchos miles de hombres para destruir una falsa

posición. Por un corto momento, los guerreros de Kublai se rieron mientras tendían los arcos y golpeaban con sus espadas; luego, la fugaz embriaguez se disolvió y volvieron a ser los adustos ejecutores de los tumanes.

Por encima de millares de cabezas, Kublai divisó los estandartes de su hermano a menos de un kilómetro de distancia. Había dejado al margen aquella posición: no deseaba ver a su hermano muerto. Quería que viviera si era posible, aunque si el padre cielo se lo llevaba con una saeta o un golpe, no lamentaría la pérdida. En aquel momento, sus propios vasallos se apiñaron en torno a Kublai mientras los arqueros de Arik-Boke que le tenían al alcance de sus flechas disparaban hacia lo alto, probando su suerte. Kublai apretó la mandíbula y observó cómo, sobre él, el aire se llenaba de proyectiles silbantes. Deseó tener un escudo, pero no habría podido llevar uno y mantener el engaño. Uno de sus portaestandartes fue abatido y otro hombre recogió la bandera cuando estaba a punto de caérsele de la mano al herido. Kublai emitió un ronco gruñido al ver que tendría que retroceder. La carga contra el flanco expuesto había arrastrado a su fila hasta el corazón del enemigo, dejándole en situación vulnerable frente al contraataque que sin duda se produciría ahora que su hermano conocía su auténtica posición.

Mientras el mundo parecía pararse por un instante, Kublai recorrió con la vista el horizonte buscando algún signo de los tumanes de Bayar. Sus hombres habían luchado bien y sus oficiales habían demostrado que eran unos líderes de élite. Calculaba que unos cuatro de los tumanes de su hermano habían sido masacrados frente a la mitad de esa cifra en sus propios ejércitos, pero la batalla estaba mucho de haber terminado y Kublai se hallaba en grave peligro.

En el preciso momento en que en su mente se formaba ese pensamiento, Uriang-Khadai apareció con unos tumanes que se colocaron delante de él, forzando al enemigo a replegarse y dándole tiempo para salir de allí.

Kublai gritó a sus hombres que tenían que retirarse a una posición lejos de las filas del frente y empezaron a desplazarse por entre los guerreros con él en medio. Los hombres le vitorearon cuando pasó por su lado, disfrutando todavía del ardid que les había permitido humillar a Arik-Boke. Guerreros que conocía de sus años entre los Song alzaban sus espadas a su paso para saludarle y luego seguían adelante con sus tumanes.

El campo de batalla se había extendido más de un kilómetro desde su localización original debido a los movimientos y cargas de los tumanes, que se retiraban para volverse a abalanzar sobre sus rivales. Cuando los hombres de Arik-Boke volvieron a avanzar llenos de furia, Uriang-Khadai retiró cuatro tumanes, abriendo un repentino hueco en sus filas. Los guerreros enemigos salieron corriendo tras ellos, sumidos en la urgencia por eliminar a los socarrones jinetes, que seguían soltando risotadas y llamándose entre ellos.

Uriang-Khadai les hizo meterse de cabeza en una continua lluvia de flechas, decenas de miles de saetas que partieron de una línea parada de arqueros, vaciando

sus carcajs. Las desiguales líneas que corrían hacia ellos se desmoronaron, creando líneas de muertos. Sus propios arqueros respondieron, pero sus disparos carecían de la fuerza concentrada de una descarga y fueron rápidamente derribados de sus sillas. Uriang-Khadai alzó y dejó caer su brazo para marcar los disparos, y después ordenó la rotación de las filas frontales para permitir que aquellos que todavía tenían proyectiles se adelantaran a la carrera. En el fragor de la batalla, la perfección de la maniobra había hundido el centro de las fuerzas de Arik-Boke. Los que habían sobrevivido se retiraron de la furiosa carga y volvieron a formar en torno al khan, listos para volver a entrar de nuevo en la lucha.

Kublai había retrocedido trescientos pasos, frustrando a los arqueros enemigos que le buscaban. Desde esa posición, vio a Uriang-Khadai asumir el mando y oyó una vez más el rítmico sonido de las descargas al partir. Giró la cabeza y vio que un enorme bloque de guerreros descansados se destacaba de la posición de su hermano y se aproximaba haciendo un giro. Rodearon el vacilante centro y Kublai tragó saliva con dificultad al ver que Uriang-Khadai podía sufrir un ataque por el flanco y, después, por la retaguardia. Comprobó con una mirada circular de qué fuerzas disponía y envió corredores a sus distintos generales tras informarles y despacharles con premura.

De nuevo, buscó a Bayar en el horizonte. Desde que regresó de las tierras Song, había temido con toda su alma que la batalla fuera tan reñida que los ejércitos de la nación se destruyeran entre sí. Ya había perdido la cuenta de los muertos y, si la lucha continuaba, el imperio de Gengis quedaría indefenso, con los lobos acechándoles desde todas direcciones. Necesitaba a esos hombres que sus guerreros estaban matando. Los necesitaba a todos. Buscó a Bayar otra vez y, de pronto, se quedó paralizado sobre su silla, con la mano derecha apretando con fuerza el puño de su espada. Unos tumanes habían aparecido en la distancia: varias líneas oscuras de jinetes que avanzaban al galope hacia allí.

Kublai sintió que su enorme exaltación inicial cedía al comprobar su número. Eran demasiados. Su respiración se aceleró y el miedo volvió a hundir los dientes en su ánimo. ¡Eran demasiados! Solo había enviado tres tumanes hacia Rusia con Bayar. El ejército que venía hacia él al galope era mucho mayor.

Kublai cerró los ojos y agachó la cabeza, jadeando de tal modo que sintió cómo le subía la temperatura de la sangre y la cara se le ponía más roja con cada latido de su corazón. Podía rendirse, o podía luchar hasta el último hombre, la peor de todas las decisiones. Se limpió una mancha de sangre de la mejilla en un espasmo de rabia, pero entonces notó que los hombres de Arik-Boke estaban gritando y las formaciones se ponían otra vez en movimiento, como para contrarrestar una nueva amenaza. La cabeza de Kublai se levantó con un respingo y su agitada respiración se detuvo un instante.

¡Entonces no se trataba de una fuerza de reserva! Arik-Boke ya había empezado a desplazar sus estandartes, alejándolos bajo un escudo de tumanes. Kublai se sintió

mareado y enfermo mientras el redoble de su pulso iba suavizándose en sus oídos. Había experimentado la agonía de la derrota, la había aceptado. No estaba seguro de qué es lo que habría hecho, aun entonces, pero cuando a su alrededor los hombres gritaron y lanzaron vítores, él se desgañitó con ellos, agitando su espada hacia los tumanes que entraban en el campo de batalla a toda velocidad.

—¡Deponed vuestras espadas! —le gritó al enemigo.

Sus generales repitieron el grito, luego sus oficiales minghaan y, por fin, los hombres que lideraban cada jagun de cien. En solo unos instantes, miles de voces vociferaban la orden a los hombres de Arik-Boke y, mientras lo hacían, los seis tumanes seguían aproximándose al galope, frescos y letales con sus carcajs repletos y sus flamantes lanzas. Kublai volvió a gritar la orden y sus tumanes la repitieron a coro. Uriang-Khadai hizo que se retiraran más atrás, abriendo un nuevo espacio entre los ejércitos. Nadie se adelantó para cerrar la brecha y los tumanes de Arik-Boke permanecieron inmóviles en sus monturas, enmudecidos por el estupor, observando a los sesenta mil hombres que se abalanzaban como un alud sobre ellos.

Kublai no vio al primero de los hombres de Arik-Boke arrojar su espada al suelo, seguido por el carcaj vacío que colgaba a su espalda. El oficial era un veterano líder de un minghaan y sus mil imitaron el gesto. Muchos de ellos desmontaron y, con el pecho palpitante, permanecieron de pie junto a sus caballos. La acción se fue propagando por los tumanes de Arik-Boke, uno después de otro, empezando por los que estaban más lejos de su khan. Para cuando Kublai fue capaz de distinguir los estandartes de Bayar y de Batu Khan junto a él, un solo tumán de Arik-Boke continuaba armado y listo, rodeado por sus propios compañeros, que les instaban a rendirse.

El último tumán de Arik-Boke aguardaba en sombrío silencio mientras Uriang-Khadai hacía formar a sus propios tumanes, igualmente silenciosos, y Bayar y Batu se aproximaban con los arcos en ristre.

Bajo aquella amenaza, con todo un ejército de hombres descansados ante ellos, el último tumán lanzó al suelo sus espadas y se alejó del apretado grupo de portaestandartes que acompañaba a Arik-Boke. Este emitió un rugido lleno de furia hacia sus espaldas, pero le ignoraron.

Cuando puso en marcha a su caballo, Kublai tuvo la sensación de que nunca había corrido más peligro que aquel día. No tuvo que ordenar a sus generales que formaran a su alrededor. Una sola flecha podía quitarle la vida y, entonces, Arik-Boke podría aún volver a reunir a sus tumanes. No le cabía ninguna duda de que su hermano lucharía hasta el final, dejando a la nación debilitada y herida. Espoleó suavemente a su caballo para que atravesara el campo de batalla, sin mirar ni a derecha ni a izquierda a sus hombres, que le abrían paso empujando a un lado a los guerreros que, un minuto antes, habían intentado matar.

Tuvo la sensación de que tardaba una eternidad en llegar hasta Arik-Boke. Le pareció que su hermano, cuya nariz brillaba roja por la emoción, había envejecido.

Todavía sujetaba una espada desnuda en la mano y Kublai murmuró una orden hacia los que le seguían. Sus vasallos tensaron sus arcos con un audible crujido, dirigiendo una docena de flechas hacia el hombre que clavaba su torva mirada en Kublai.

—Ríndete, hermano —le dijo Kublai—. Todo ha terminado.

El odio centelleaba en la mirada con la que Arik-Boke recorrió sus tropas. Su rostro adoptó una expresión de infinito desprecio y se inclinó para carraspear y escupir en el suelo. Por un instante, Kublai pensó que azuzaría a su caballo contra él y moriría, pero su hermano meneó la cabeza, como si pudiera leerle el pensamiento. Lentamente, abrió la mano y dejó que la espada con cabeza de lobo cayera sobre la hierba.

XLIV

Kublai se encontraba solo en la sala del trono del palacio de Karakorum, contemplando los tejados de la ciudad que se extendía a sus pies a través de una ventana abierta. Antes de entrar en el palacio no había notado la suciedad y el hedor que traía consigo. Las limpias estancias, con sus suelos de losas pulidas, le hicieron sentirse extrañamente fuera de lugar, como un mono en un jardín. La idea le hizo sonreír, imaginándose el aspecto que debía de tener. La armadura que llevaba no tenía nada que ver con la túnica de erudito que había vestido durante buena parte de su juventud. Las palmas de sus manos, en un tiempo manchadas de tinta, exhibían ahora los callos de la espada. Levantó la mano derecha con expresión sardónica, observando las pálidas cicatrices de su piel. La mugre que se le había metido en cada rendija y juntura de las uñas era una mezcla de sangre, tierra y aceite.

Llevaba años sin ver la ciudad de su juventud y, tras franquear la puerta, desde los primeros pasos le impresionó vivamente comprobar lo familiar que le era todo y, a la vez, las diferencias que encontraba con su recuerdo. La breve cabalgada por las calles hasta llegar al palacio había sido una experiencia surrealista. En los años que había pasado fuera, había entrado en numerosas ciudades Song, demasiadas para contarlas o recordarlas. Hubo un tiempo en que Karakorum le había parecido grande y espaciosa, un lugar de calles anchas y sólidas casas. Al hombre que regresaba ahora a su hogar le resultó en cierto modo pequeña y descuidada. Ninguna de las personas que habitaban dentro de sus murallas habían visto jamás los delicados jardines y arroyos de una ciudad Song, o los vastos parques dedicados a la caza que se estaban construyendo en Xanadú. Incluso la biblioteca de palacio, donde había pasado incontables horas, había encogido en su ausencia, y tesoros que antaño le parecieran valiosísimos traicionaban con su modestia la memoria que de ellos guardaba. Caminando solo por los pasillos de palacio, había visitado muchos de los escenarios de su juventud. En la habitación que fuera su dormitorio, encontró el lugar donde había grabado su nombre en el roble. Durante un tiempo, mientras sus dedos recorrían la primitiva caligrafía allí de pie, se había quedado sumido en una ensoñación.

Hasta los jardines de palacio eran diferentes: las hileras de árboles habían crecido y daban amplia sombra, alterando las vistas y la impresión general del jardín con sus dibujos de sombra, que hacían que nada pareciera lo mismo. Se había sentado un rato en el banco y la pérgola construidos tras la muerte de Ogedai. Había sentido paz en aquel lugar, mientras el viento agitaba las pálidas flores de un cerezo a su alrededor. La guerra había acabado. Se había dado cuenta realmente mientras estaba allí sentado, rodeado de silencio. Todo cuanto tenía que hacer era gobernar.

La idea tendría que haberle llenado de gozo, pero no podía desembarazarse de la sensación de decepción que pesaba sobre sus hombros. Había intentado achacarlo a la nostalgia, pero la realidad flotaba en el pesado aire estival, ya dulcificado por el

humo de las hierbas cuya lenta combustión, supuestamente, mantenía a raya a la enfermedad.

Con esfuerzo, se alejó de la ventana que daba a las calles de Karakorum. Aunque la ciudad tuviera defectos, seguía siendo la primera ciudad de su pueblo, el hito en la frontera que Ogedai Khan había erigido para convertir a las tribus nómadas en una nación estable. El suyo había sido un sueño grandioso, pero Kublai lo haría mejor en Xanadú. Lo haría mejor como emperador de la China, con toda la riqueza de aquellas vastas tierras a su disposición. Kublai se dio cuenta de que tendría que elegir un gobernador para Karakorum, alguien en quien pudiera confiar para limpiar la ciudad y devolverle su esplendor. El nombre de Uriang-Khadai apareció en su mente y consideró esa posibilidad con cuidado, asintiendo finalmente para sí.

El lugar que Kublai consideraba su hogar se había convertido en una ciudad de desconocidos. Su lugar estaba en Xanadú, un puente entre las tierras de los Chin y la patria de los mongoles, exactamente tal y como la había planificado. Desde allí, enviaría a sus tumanes a dominar a los Song por los siglos de los siglos. Apretó el puño en silencio. Habían estado a punto de caer ante un general mongol y caerían definitivamente ante el gran khan.

Oyó el sonido de pasos que se aproximaban tras las pulidas puertas de cobre que aislaban la habitación del resto del palacio. Kublai se armó de voluntad una vez más, haciendo caso omiso de la fatiga que había transformado en plomo sus brazos y sus piernas. Había cabalgado y luchado durante todo el día. Apestaba a caballos y a sangre y, aunque el sol del verano se estaba poniendo por fin, todavía le quedaba por hacer una cosa antes de poder bañarse, comer y dormir.

No había criados para responder al primer golpe exterior en la puerta. Sin duda todos ellos se habían evaporado cuando el conquistador entró en la ciudad, esperando masacre y destrucción. Como si fuera a hacer daño a uno solo de los miembros de su pueblo, la nación a la que pertenecía... Atravesó la estancia con presteza y abrió las enormes puertas de cobre de un tirón. No fue consciente de cómo su mano derecha se deslizó hasta el puño de su espada, un gesto que había pasado a formar parte de él.

Uriang-Khadai y Bayar aparecieron ante él, con su hermano entre ambos. Sus expresiones eran hoscas y Kublai no habló, sino que les indicó que entraran con una seña. Arik-Boke, que llevaba los pies atados, fue obligado a avanzar dando pasos diminutos y estuvo en un tris de caerse, pero el general Bayar le agarró por el hombro para mantenerlo derecho.

—Esperad fuera —le dijo Kublai a los dos hombres.

Inclinaron brevemente la cabeza, sin objeción alguna, y enfundaron las espadas mientras daban media vuelta para marcharse. Tirando con ambas manos, Uriang-Khadai cerró las puertas tras de sí y Kublai observó cómo la abertura se empequeñecía sobre la fría mirada del orlok.

Estaba a solas con su hermano, por primera vez en muchos años. Arik-Boke tenía las manos a la espalda, y se mantenía fuerte y erguido mientras paseaba la vista por la

estancia. El único sonido de la sala era la respiración sibilante producida por la antigua cicatriz que cruzaba su nariz. Kublai le miró buscando algún indicio del niño que había conocido, pero los rasgos de Arik-Boke, cuyos ojos destellaban bajo la inspección, se habían tornado más toscos, más duros y marcados.

Era difícil no pensar en la última vez que se habían reunido en aquel lugar, con Mongke lleno de vida y de planes y el mundo ante ellos. Mucho había cambiado desde entonces y Kublai sintió que el corazón se le rompía al pensarlo.

—Bueno, hermano, dime —empezó—. Ahora que la guerra ha terminado, ¿quién tenía razón, tú o yo?

Arik-Boke giró la cabeza despacio y la cara se le fue llenando de pequeñas manchitas rojas producto de la ira.

—Yo tenía razón... —respondió, con voz áspera—, pero ahora tú tienes razón.

Kublai meneó la cabeza. Para su hermano, no había moralidad más allá del derecho de la fuerza. De algún modo, aquellas palabras y todo lo que revelaban le encolerizaron. Tuvo que esforzarse para volver a calmarse. Un brillo de triunfo chispeaba todavía en los ojos de Arik-Boke.

—Diste orden, hermano —dijo Kublai— de matar a todas las mujeres y los hijos de mis hombres que vivían en los campamentos en torno a la ciudad.

Arik-Boke se encogió de hombros.

—Todas las cosas tienen su precio —contestó—. ¿Debería haber permitido que destruyeras mis tumanes sin reaccionar? Soy el khan de la nación, Kublai. Si ocupas mi lugar, sabrás que es necesario tomar decisiones difíciles.

—No creo que fuera una decisión difícil para ti —repuso Kublai con voz tranquila—. ¿Todavía crees que la orden fue cumplida? ¿Crees que el capitán de la Guardia mataría a mujeres indefensas mientras sus hijos se les abrazaban a las piernas?

Cuando comprendió lo que su hermano le decía, la expresión desdeñosa de Arik-Boke se apagó. Sus hombros se hundieron ligeramente y parte de su rencor y su furia le abandonaron, haciéndole parecer exhausto y aplanado.

—Por lo visto, confié en el hombre equivocado.

—No, hermano. Tú eras el hombre equivocado. Aun así, me resulta difícil verte así. Me habría gustado que los acontecimientos se hubieran desarrollado de otra manera.

—¡Tú no eres el khan! —estalló Arik-Boke—. Llámame como quieras, pero tú y yo sabemos cuál es la verdad. Has conseguido la victoria, Kublai. Ahora, dime qué pretendes y no pierdas el tiempo echándome un sermón. De ti, el estudioso, no tengo nada que aprender. Solo recuerda que nuestra madre mantuvo en pie esta ciudad y que nuestro padre dio la vida por la nación. Ambos te están observando mientras adoptas esa falsa expresión de pena. Nadie te conoce como yo, así que no me quieras dar lecciones. Tú habrías hecho lo mismo en mi lugar.

—Te equivocas, hermano, pero eso ya no importa —repuso Kublai. Caminó hasta

las puertas de cobre y las golpeó una vez con el puño—. Tengo un imperio que gobernar, un imperio que se ha debilitado bajo tu mando. No me faltarán fuerza ni voluntad. Consuélate con ello, Arik-Boke, si es que te importa en algo la nación. Seré un buen amo para nuestro pueblo.

—¿Y me exhibirás todos los meses en un desfile para presumir de haberme derrotado? —preguntó Arik-Boke, enrojeciendo de nuevo—. ¿O me mandarás al exilio para que tus campesinos conozcan tu famosa clemencia? Te conozco, hermano. En el pasado te admiraba, pero ya no. Eres un hombre débil y, a pesar de tus bonitas palabras, a pesar de tu erudición, fracasarás en todo lo que hagas.

Ante el despecho de su hermano, Kublai cerró los ojos un momento, tomando la decisión con un dolor semejante al de arrancarse la costra seca de una herida. La familia era algo extraño y, aunque sentía el odio de Arik-Boke azotándole con fuerza, todavía recordaba al chiquillo que se había zambullido con él en una catarata y le había mirado con simple adoración. Habían reído y se habían emborrachado juntos un millar de veces, compartían preciados recuerdos de sus padres. Kublai notó cómo una enorme tristeza le cerraba la garganta.

Uriang-Khadai y Bayar entraron de nuevo en la habitación.

—Sácale de aquí, general —ordenó Kublai—. Orlok, quédate un momento conmigo.

Bayar se lo llevó al pasillo y la imagen de su hermano arrastrando los pies, de algún modo, le resultó lastimosa.

Kublai miró a Uriang-Khadai y tomó una larga y lenta bocanada de aire antes de hablar.

—Si no hubiera ordenado la muerte de las familias, podría perdonarle la vida —dijo Kublai.

Con una mirada profunda como un oscuro lago, Uriang-Khadai asintió. Su propia esposa e hijos se encontraban en la ciudad, en la casa del orlok.

—Los tumanes esperan que lo haga matar, orlok. Están esperando que dé la orden.

—Pero la decisión es tuya, mi señor. Al final, la elección es tuya.

Kublai apartó la mirada del veterano guerrero. No recibiría consuelo de él, no intentaría hacérselo más fácil. Uriang-Khadai nunca le había mostrado el camino de la debilidad y le respetaba por ello, por mucho que doliera. Kublai asintió.

—Sí. No será algo público, Uriang-Khadai. No para mi hermano. Deja a un lado tu ira si quieres honrarme y haz que su muerte sea rápida y limpia, tanto como eso sea posible —su voz sonó ronca al pronunciar las últimas palabras.

—¿Y el cadáver, mi señor?

—Ha sido khan, orlok. Que tenga una pira funeraria que llegue hasta el cielo. Que la nación llore su muerte si lo desea. Nada de eso importa. Es mi hermano, Uriang-Khadai... Solo te pido... que sea rápido.

El sol estival calentaba la nuca de Kublai, que estaba sentado en los jardines del palacio con su hijo Zhenjin al lado. A lo lejos, una columna de humo negro se elevaba hacia el cielo, pero Kublai no había deseado estar presente durante el funeral de su hermano. En vez de eso, descansaba en un banco con los ojos cerrados, disfrutando del sencillo placer que le brindaba la compañía de su hijo.

—Me marcharé a Xanadú dentro de unos días —dijo Kublai—. Volverás a ver a tu madre allí.

—Me alegro de haber podido ver esta ciudad antes —respondió Zhenjin—. Está tan llena de historia...

Kublai sonrió.

—Para mí no es historia, chico. Es mi familia y los echo de menos a todos. Cabalgué con Gengis cuando tenía menos años que tú y apenas era capaz de sostenerme sobre la silla.

—¿Cómo era? —preguntó Zhenjin.

Kublai abrió los ojos y se encontró con la mirada de su hijo posada en él.

—Era un hombre que amaba a sus hijos y a su pueblo, Zhenjin. Obligó a los Chin a levantar el pie de la garganta de la nación y nos hizo ver más allá de las luchas entre las tribus. Cambió el mundo.

Zhenjin bajó la vista, jugando con una ramita de cerezo, doblándola para un lado y para otro con los dedos.

—Me gustaría cambiar el mundo —dijo.

Kublai sonrió, con una leve sombra de tristeza en los ojos.

—Lo harás, hijo mío, lo harás. Pero nadie puede cambiarlo para siempre.

NOTA HISTÓRICA

Pocos son los datos del khanato de Guyuk que se conservan. Es cierto que Guyuk llevó a un ejército para atacar a Batu en sus propias tierras después de que Batu no apareciera para prestarle juramento de lealtad en una quiriltai, o asamblea de tribus. Sabemos que Batu fue alertado por Sorhatani y que, después, Guyuk falleció en circunstancias desconocidas, mientras los ejércitos se encontraban uno frente al otro. Evidentemente, a veces la gente muere sin más, pero, como con la muerte del hijo de Gengis, Jochi, algunos finales resultan un poco demasiado fortuitos para dar crédito a la versión oficial. Debería añadir que no existe ninguna prueba de que Guyuk fuera homosexual. Necesitaba explicar cómo se enemistó con Batu en el camino de regreso de Rusia, un detalle que no se menciona en el relato histórico de los hechos. Como fue khan durante solo dos años y murió convenientemente temprano, me lo imaginé como un personaje similar a Eduardo II de Inglaterra, que sí era homosexual. El giro narrativo se me ocurrió de forma natural. Guyuk no logró nada reseñable.

La muerte de Guyuk despejó el camino para que Mongke se convirtiera en khan, lo que dio pie a un conflicto dentro de la nación mongola entre las fuerzas de la modernización, representadas por la influencia Chin, y la cultura y el punto de vista tradicional mongol. Mongke recibió el apoyo de Batu, que le debía la vida a Sorhatani.

Mongke tenía unos treinta y seis años cuando fue nombrado khan: era fuerte, estaba en forma y tenía muchos años por delante. Es verdad que comenzó su reinado con una reunión en Avraga y que, a continuación, ordenó la matanza de sus opositores, librándose incluso de la esposa de Guyuk, Oghul Khaimish, que fue acusada de brujería.

Mongke inició su khanato con un impulso hacia fuera, reinstaurando la máquina mongola de guerra y enviándola en todas direcciones. Gobernó entre 1251 y 1259, ocho años de expansión y masacres. Su hermano Hulegu se dirigió al oeste para aplastar el mundo islámico, mientras Kublai, por orden de Mongke, partía hacia el este y el sur, en dirección hacia la China de los Song. Su madre, Sorhatani, falleció en 1252, con más de setenta años. Durante su vida, había gobernado Mongolia por propio derecho y había visto a su hijo mayor convertido en khan. Aunque ella misma era una cristiana nestoriana, educó a sus hijos en el budismo y fundó mezquitas y madrazas en las regiones islámicas. Por el alcance de su imaginación y de su poder, Sorhatani fue, sencillamente, la mujer más extraordinaria de su era. La ficción histórica me depara el placer de toparme en ocasiones con personajes que merecen libros enteros: uno es el tío de Julio César, Mario; Sorhatani es otro de esos personajes. Estoy casi seguro de que no le he hecho justicia.

Si no hubiera sucedido realmente, acometer el relato ficticio del ataque de Kublai sobre las tierras Song sería ridículo. No tenía experiencia en batalla y había llevado una vida mayoritariamente dedicada al estudio. En aquella época, una sola ciudad del

territorio Song contaba con más habitantes que toda la nación mongola. Era, para decirlo suavemente, una tarea inmensa, incluso para un nieto de Gengis. Como curiosidad, balsas hechas a mano con pieles de oveja, similares a las que he descrito, fueron utilizadas por Kublai y siguen empleándose hoy en día para cruzar ríos en China.

Es cierto que los generales que Mongke le cedió a Kublai eran hombres de amplia experiencia. Por cuestiones argumentales, en anteriores libros describí a Tsubodai como un hombre sin hijos. De hecho, Uriang-Khadai era el hijo de Tsubodai y un general de renombre por méritos propios. Para su primera campaña, Mongke le entregó a Kublai lo mejor que tenía, así como un primer objetivo menor que pudiera alcanzar con facilidad. Allí, una vez más, fue Gengis el que mostró el camino. Tal y como Gengis había atacado el reino Xi Xia con el fin de establecer una puerta trasera hacia el territorio Chin, Mongke consideró que la región Yunnan, con su única ciudad de Ta-li, era la entrada hacia los Song. Seguramente, el ejército de Kublai se encontraba en inferioridad numérica, pero eso no les habría parecido demasiado preocupante: siempre lo estaban. Es interesante señalar que la popular idea de una horda de mongoles arrollando a ejércitos más pequeños es casi completamente falsa.

Mongke le ofreció a Kublai la posibilidad de elegir entre dos vastos estados en China. Según las fuentes históricas, Kublai tuvo ocasión de pedirle consejo al respecto a Yao Shu y el anciano le recomendó Ching-chao, en el norte, por la riqueza de su suelo. Con el tiempo, Kublai establecería allí miles de granjas que producirían una inmensa fortuna, lo que llegó a provocar una disputa con su hermano acerca de sus ingresos. Fue en esas tierras donde inició la construcción de su «Capital Superior», conocida como Shangdu o, en la forma más común en español, Xanadú. Puede que no poseyera una «cúpula del placer» como en el poema de Samuel Coleridge, pero sí contaba con un enorme parque con ciervos dentro de sus murallas, donde Kublai podía cazar.

La fortaleza de los Asesinos en Alamut fue atacada por las fuerzas de Hulegu en torno a 1256. El jefe de la secta musulmana que mantenía la fortaleza de Alamut se llamaba, realmente, Ala Ad-Din. Evité utilizar su nombre verdadero por la similitud con «Aladino» y porque había empleado un nombre muy similar en un libro anterior. Aquí he utilizado Suleimán. Los Asesinos eran una secta ismaelita de los musulmanes Shia, muy poderosa en la región en aquella época, que poseía al menos cuatro baluartes importantes, aunque Alamut era el más imponente, un bastión inexpugnable colgado en las montañas situadas al sur del mar Caspio. Como dato interesante, podemos mencionar que la historia que gira alrededor de Hasan y el líder ismaelita procede de los anales mongoles escritos por Ata al-Mulk Juvaini, un escritor e historiador persa que acompañó a Hulegu tanto a Alamut como a Bagdad y más tarde se convertiría en gobernador de esa ciudad derrotada. No sabemos si fue Hasan quien mató a su amo, pero parece el candidato más probable. Hacía años que su amo le torturaba por diversión, hasta el punto de abusar de él y su esposa en el

dormitorio. El hecho de que el líder de los Asesinos fuera asesinado en el peor momento posible, facilitándole la tarea a Hulegu, es una de esas curiosidades de la historia. Los Asesinos se vieron obligados a rendirse y su nuevo líder, Rukn-al-Din, fue pateado hasta la muerte por orden de Hulegu: un gran honor desde el punto de vista mongol, ya que no se derramaba sangre y, por tanto, se reconocía su estatus como líder de la secta.

La caída de Bagdad ante Hulegu es una de las más atroces matanzas perpetrada por un miembro del linaje de Gengis Khan. Hulegu insistió en que la ciudad se desarmara y, a continuación, pasó a masacrar al menos a ochocientos mil personas de una población de un millón. Se dice que las aguas del Tigris se tiñeron de rojo con la sangre de sus sabios. Al califa se le permitió salvar a cien de las setecientas mujeres de su harén, después de lo cual, Hulegu ordenó que lo asesinaran y las mujeres fueron incorporadas a las gers de Hulegu.

He intentado contrastar a Hulegu con Kublai, porque los estilos de ambos eran muy diferentes. Desde muchos puntos de vista, Hulegu se esforzaba por ser como Mongke y Gengis, mientras que Kublai se volvió tan chino como el más tradicional señor entre los Chin, y todavía más. Bagdad fue registrada de arriba a abajo y saqueada, ya que, al parecer, el oro despertaba en Hulegu una codicia que Gengis nunca habría comprendido. En comparación, es cierto que Kublai fue clemente con aquellas ciudades que se rendían, convirtiendo la clemencia en una parte fundamental de su estilo como dirigente. Prohibió a sus hombres que llevaran a cabo una masacre indiscriminada de los Chin y los Song, bajo pena de ser ejecutados si le desobedecían. Es preciso observar su carácter en el marco de la tradicional brutalidad de su cultura para comprender hasta qué punto fue un hombre diferente. Sin duda en ese punto fue influenciado por Yao Shu, un hombre que sigue siendo reverenciado en China por sus principios budistas y por las vidas que salvó.

Al final, Mongke sintió la necesidad de unirse al ataque contra los Song desde un frente diferente. Una fuente afirma que el tamaño del ejército que llevó a tierras Song era de sesenta tumanes: una auténtica horda de seiscientos mil hombres, aunque es mucho más probable que la cifra fuera inferior. Los enemigos de los khanes siempre tuvieron problemas para calcular el tamaño de los ejércitos mongoles por los nutridos rebaños de monturas de refresco que viajaban con ellos. No sabemos si Kublai se estaba demorando o si Mongke había acordado desde el principio con su hermano que sería necesario lanzar un ataque con dos frentes para unir los imperios chinos.

No hay consenso respecto al modo en que Mongke murió cuando se dirigía hacia la China Song. Lo mató o bien una herida de flecha que se infectó, o bien la disentería o bien el cólera: un abanico tan amplio de posibilidades que me permitió darle forma a la idea de que el ataque de Hulegu contra los Asesinos bien podría haber provocado un acto final de venganza por su parte. Kublai sabía que tenía que

retirarse cuando recibió la noticia de la muerte de Mongke. Era una tradición establecida e incluso las conquistas de Tsubodai en Europa occidental fueron abandonadas cuando Ogedai falleció. Es probable que los generales Song se enteraran casi al mismo tiempo que el propio Kublai, sintiendo un alivio cuyo alcance solo podemos imaginar. Sin embargo, Kublai se negó a marcharse de China. Ya había empezado a independizarse de la política de su patria. China era su khanato, su imperio, incluso entonces.

El ejército de Mongke no sentía tal renuencia y de inmediato abandonó su avance hacia el sur por tierras Song. Cuando Hulegu recibió la noticia, también él regresó de Oriente Medio, leal hasta el final. Dejó solo unos veinte mil hombres bajo el mando del general Kitbuqa (que, en efecto, insistió en celebrar misas cristianas en las mezquitas conquistadas). Sin el respaldo de los demás tumanes, fueron destruidos por un resurgido ejército musulmán, utilizando, de entre todas las tácticas posibles, la retirada fingida que tanto apreciaban las fuerzas mongolas. No obstante, Hulegu se había hecho con su propio khanato, que, más adelante, se convertiría en el actual Irán. Solo Kublai desoyó la llamada.

Entretanto en Karakorum, Arik-Boke tomó una decisión que afectaría a todas las futuras generaciones de su familia. Había gobernado la capital en ausencia de Mongke y ya se había establecido como khan de la patria mongola. Con el retorno del ejército de Mongke, se convenció a sí mismo de que no había mejor candidato que él y se proclamó gran khan: el hijo menor de Sorhatani y Tolui había asumido el mando.

Ese mismo año, 1260, su hermano Kublai se proclamó khan mientras se encontraba en suelo extranjero. Kublai no podía saber que estaba sembrando la semilla de una guerra civil entre hermanos, una guerra que pondría de rodillas al imperio de Gengis.

He alterado el orden de los emperadores Song para no omitir ciertas escenas con el emperador niño, Huaizong, que gobernó algo más tarde. El emperador Lizong había reinado durante unos cuarenta años cuando finalmente murió sin descendencia en 1264. Fue sucedido por su sobrino, el emperador Duzong, un hombre de inmensos apetitos. Solo vivió diez años más, hasta 1274, cuando fue sucedido por su hermano menor, de ocho años, que, a su vez, sobreviviría solo otros cuatro años y presenciaría el triunfo de Kublai sobre su casa.

Respecto a la cuestión de las cifras: catorce es un número que la cultura china considera extremadamente desafortunado, ya que suena muy similar a las palabras «querer morir» tanto en cantonés como en mandarín. El nueve, el mayor número entero de una sola cifra, es uno de los números más afortunados y está asociado con el emperador.

Llegados a este punto, había sencillamente demasiados príncipes para incluirlos a todos. El príncipe Alghu era hijo de Baidar, nieto de Chagatai, bisnieto de Gengis.

Gobernó el khanato de Chagatai y, al principio, respaldó a Arik-Boke en la guerra civil, pero después se volvió contra él. Es cierto que fue el primero de su linaje que se convirtió al islamismo, una acción táctica bastante sensata teniendo en cuenta la confesión del pueblo al que gobernaba en el khanato de Samarcanda y Bujará, en la actual Uzbekistán. Un siglo después de esos acontecimientos, Samarcanda pasaría a ser la capital del conquistador Tamerlán.

La respuesta que Arik-Boke le dio a su hermano, «yo tenía razón y ahora la tienes tú», forma parte de los registros históricos y resulta fascinante por lo que revela sobre él. Como Guyuk Khan antes que él, la muerte de Arik-Boke sigue siendo uno de esos sucesos extrañamente convenientes de la historia. Estaba en la flor de la vida, sano y fuerte, y, sin embargo, poco después de ser derrotado por Kublai, murió. No es difícil sospechar que hubo juego sucio.

Cuando empecé esta serie, mi intención era relatar toda la vida de Kublai Khan. Los acontecimientos más famosos —su relación con Marco Polo, los dos ataques sobre Japón— parecían partes vitales de la narración. Aun así, es una verdad de la ficción histórica que todos los personajes llevan mucho tiempo muertos; todas las vidas e historias han concluido y, por lo general, no demasiado bien. Muy pocas vidas acaban en gloria y ya he contado las muertes de Julio César y de Gengis Khan. Por una vez, pensé que podría acabar una serie con un personaje cuando todavía estuviera vivo y tuviera todos sus sueños y esperanzas por delante. Puede que yo sepa que la esposa y el hijo de Kublai murieron antes que él, lo que le convirtió en un hombre roto que bebía y comía en exceso, pero en este momento de su vida no lo hace... y así es como quería dejarlo.

Al tomar esa decisión, siempre quedarán cabos sueltos. Kublai, finalmente, derrotó a los Song y estableció la dinastía Yuan de una China unida, un nombre que todavía se usa para nombrar a la moneda actual. Sus descendientes gobernaron durante casi cien años antes de desaparecer de los titulares de la historia, aunque el linaje de Gengis mantuvo el poder sobre otros khanatos durante mucho más tiempo.

Esta serie de novelas históricas empezó con una única familia a punto de morir de hambre, perseguida y sola en las estepas de Mongolia... y termina con Kublai Khan gobernando un imperio mayor que el de Alejandro Magno o Julio César. Con su paso de la miseria a la riqueza a lo largo de solo tres generaciones, se trata, simple y llanamente, de la mayor historia de superación de la historia de la humanidad.

CONN IGGULDEN

GLOSARIO DE TÉRMINOS

- Airag/Airag negro:** Alcohol blanco, destilado a partir de la leche de yegua.
- Arban:** Pequeño grupo de asalto, normalmente formado por diez hombres.
- Chamán:** Curandero de una tribu, cuya misión es sanar y que está en comunión con los espíritus.
- ¡Chu!:** Representación fonética de la orden que los mongoles le gritan a sus caballos para que aumenten la velocidad.
- Deel:** Túnica ligeramente acolchada, de mangas anchas, que se ata a la cintura y llega hasta los pies.
- Derechos de huésped:** La oferta de una protección o tregua temporal por parte de un hombre a otro/otros mientras el segundo/s está bajo el techo del primero.
- Estaciones del yan:** Paradas de posta donde los veloces exploradores y correos mongoles podían cambiar de caballo, separadas a cuarenta kilómetros unas de otras.
- Gers:** Hogares circulares fabricados con fieltro y un entramado de mimbre, llamados a veces, equivocadamente, yurtas.
- Gur-khan/gran khan:** Khan de khanes, líder de la nación.
- Jagun:** Unidad militar de cien hombres.
- Khan:** Líder de la tribu. En mongol no existe el sonido «k», de modo que se pronunciaría «haan», con «h» aspirada.
- Madre tierra:** Espíritu de la tierra, pareja del padre cielo.
- Minghaan:** Unidad militar de mil hombres.
- ¡Nokhoi Khor!:** Pronunciado «ner-hoy Hor», con «h» aspirada. Literalmente «¡sujeta al perro!», se utiliza como saludo para un desconocido que se está aproximando.
- Orlok:** Comandante general de un ejército mongol.
- Padre cielo:** En ocasiones llamado tēngri. Deidad mongola, pareja de la madre tierra.
- Quiriltai:** Asamblea de príncipes que se celebra con el fin de elegir un nuevo khan.
- Tumán:** Unidad de diez mil hombres.
- Vasallos:** Guerreros vinculados por un juramento al khan, guardia personal del khan.

ÍNDICE DE PERSONAJES

Ala-ud-Din Mohammed: Sah de Corasmia. Murió de extenuación en una isla del mar Caspio.

Alkhun: Oficial superior de los guardias del khan en Karakorum.

Arslan: Maestro espadero que en el pasado trabajó como armero para la tribu de los naimanos. Padre de Jelme. Murió de enfermedad en Samarcanda.

Baabgai: El Oso. Recluta Chin que llega a ser un luchador de éxito.

Baidar: Hijo de Chagatai. Gobierna el khanato de su padre, que se corresponde aproximadamente con la actual Afganistán.

Barchuk: Khan de los uighurs.

Basan: De la tribu de los Lobos. Vasallo de Yesugei en *El lobo de las estepas*.

Batu: Hijo de Jochi y nieto de Gengis Khan. Lidera un tumán con Tsubodai y acaba estando al mando de vastos territorios en Rusia.

Bayar: General de Kublai.

Bekter: Hijo primogénito de Yesugei y Hoelun. Asesinado por sus hermanos.

Bela IV: Rey de Hungría en la época en la que Tsubodai atacó el país con sus tumanes.

Borte: De la tribu de los olkhun'ut. Hija de Sholoi y Shria. Se convierte en esposa de Temujin/Gengis y da a luz a cuatro hijos: Jochi, Chagatai, Ogedai y Tolui.

Califa al-Nayan: Líder de la caballería de élite árabe del sah Mohammed.

Chagatai: Viejo contador de historias de la tribu de los Lobos.

Chagatai: Con el mismo nombre que el contador de historias, Chagatai era el segundo hijo de Gengis y Borte. Padre de Baidar.

Chakahai: Hija de Rai Chiang, de los Xi Xia, Chakahai fue una princesa entregada como parte de un tributo a Gengis, que la convirtió en su segunda esposa.

Chen Yi: Líder de una banda criminal de la ciudad Chin de Baotou.

Chulgetei: General de un tumán bajo el mando de Tsubodai.

Conrad von Thuringen: Gran maestro de los caballeros teutónicos.

Eeluk: Vasallo de Yesugei Khan. Se convierte en khan de los Lobos a la muerte de Yesugei.

Enq: De la tribu de los olkhun'ut. Padre de Koke. Hermano de Hoelun. Tío de Temujin/Gengis y sus hermanos.

Gengis Khan (ver asimismo **Temujin**): Primer khan de la nación mongola. Marido de Borte. Padre de Jochi, Chagatai, Ogedai y Tolui. Muere en *Los huesos de las colinas*.

Guyuk: Hijo de Ogedai Khan y Torogene.

Hasan: Criado que es sometido a todo tipo de vejaciones en la fortaleza de los Asesinos de Alamut.

Ho Sa: Oficial de los Xi Xia. Se convierte en emisario y oficial bajo el mando de

Gengis. Muere en *Los huesos de las colinas*.

Hoelun: Esposa de Yesugei. Madre de Bekter, Temujin, Kachiun, Khasar, Temuge y Temulun.

Hulegu (o **Hulagu**): Tercer hijo de Sorhatani y Tolui. Nieto de Gengis Khan.

Ilugei: General de un tumán bajo el mando de Tsubodai.

Inalchuk: Gobernador de la ciudad de Otrar. Inalchuk muere cuando Gengis le vierte plata fundida en la boca.

Jebe (originalmente **Zurgadai**): Sucesor electo de Arslan. Se convierte en uno de los generales más fiables y capaces de Gengis. Líder del tumán «Piel de oso». Amigo de Jochi, hijo de Gengis.

Jelaudin: Hijo y heredero del sah Ala-ud-Din Mohammed.

Jerme: Hijo de Arslan. Más tarde, se convierte en uno de los generales de más confianza de Gengis.

Jochi: Hijo primogénito de Gengis y Borte. Existen ciertas dudas acerca de la paternidad de Gengis. Se convierte en general al mando del tumán «Lobo de Hierro». Fue el único general que se rebeló contra Gengis. Muere asesinado en *Los huesos de las colinas*.

Josef Landau: Maestre de los Hermanos Livonios, una orden de caballeros europeos.

Kachiun: Cuarto hijo de Yesugei y Hoelun. Es nombrado general bajo el mando de Gengis.

Khasar: Tercer hijo de Yesugei y Hoelun. Es nombrado general a las órdenes de Gengis.

Kokchu: Chamán del khan naimano y posteriormente de Gengis Khan. Muere asesinado en *Los huesos de las colinas*.

Koke: De la tribu de los olkhun'ut. Sobrino de Hoelun. Primo de Temujin y sus hermanos.

Köten: Líder de los cumanos, un pueblo de refugiados que se asentó en Hungría y se convirtió al cristianismo.

Kublai: Segundo hijo de Sorhatani y Tolui. Nieto de Gengis Khan.

Lian: Maestro de albañilería e ingeniero de Baotou, que construye máquinas de asedio para Gengis.

Mohrol: Chamán de Ogedai Khan.

Mongke: Hijo mayor de Tolui y Sorhatani.

Ogedai (u **Ogodei**): Tercer hijo de Gengis y Borte. Marido de Torogene, padre de Guyuk.

Oghul Khaimish: Esposa de Guyuk Khan. Ejecutada en las purgas ordenadas por Mongke Khan.

Rai Chiang: Gobernador del reino autónomo de Xi Xia, en el norte de China.

Rukn-al-Din: Hijo de Suleimán. Hereda brevemente Alamut.

Samuka: Segundo al mando de Ho Sa en su tumán. Muere en *Los huesos de las*

colinas.

Sansar: Khan de la tribu de los olkhun'ut. Asesinado por Gengis en *El lobo de las estepas.*

Sholoi: De la tribu de los olkhun'ut. Padre de Borte. Marido de Shria.

Shria: De la tribu de los olkhun'ut. Madre de Borte. Esposa de Sholoi.

Sorhatani: Esposa de Tolui, el benjamín de Gengis. Madre de Mongke, Kublai, Hulegu y Arik-Boke. Durante un tiempo, estuvo al mando de la patria ancestral mongola y fue cogobernante de la capital. Tres de sus cuatro hijos llegaron a ser khanes.

Temuge: Hijo menor de Yesugei y Hoelun, hermano de Gengis. Chamán y administrador.

Temujin (también **Gengis**): El primer gran khan, o gur-khan. Segundo hijo de Yesugei y Hoelun.

Temulun: Única hija de Yesugei y Hoelun. Contrae matrimonio con Palchuk. Es asesinada por Kokchu en *Los huesos de las colinas.*

Togrul: Khan de la tribu de los keraítas. Muere en *El lobo de las estepas.*

Tolui: Vasallo de la tribu de los Lobos.

Tolui: Mismo nombre. Cuarto hijo de Gengis y Borte. Marido de Sorhatani y padre de Mongke, Kublai, Hulegu y Arik-Boke.

Torogene: Esposa de Ogedai, madre de Guyuk. Gobernó la nación mongola en calidad de regente.

Tsubodai (o **Subotai**): Originalmente, de la tribu de los uriankhai. Llega a ser el mejor general de Gengis y su orlok: el líder de todos sus ejércitos.

Uriang-Khadai: Orlok de Kublai.

Viejo de la montaña: Título tradicional del líder de la secta de los Asesinos. Padre de Suleimán, que hereda su posición.

Wei: Emperador de los Chin. Padre de Xuan, el Hijo del Cielo.

Wen Chao: Embajador de la corte Chin, enviado a tierras mongolas.

Xuan, Hijo del Cielo: Emperador de los Chin tras la muerte de su padre, el emperador Wei.

Yao Shu: Monje budista que Khasar y Temuge se traen consigo desde China. Llega a ser el canciller de los khanes.

Yaroslav: Gran Duque de Moscú en la época del ataque de Tsubodai.

Yesugei: Khan de los Lobos. Marido de Hoelun. Padre de Temujin, Kachiun, Khasar, Temuge y Temulun.

Yuan: Maestro espadero y guardia de Wen Chao, diplomático Chin en tierras mongolas.

Zhi Zhong: General de los ejércitos del emperador Wei. Se convierte en el regente de Xuan tras asesinar a su amo.



CONN IGGULDEN, londinense, nacido en 1971, estudió en la St. Martin's School y en la Taylor's School, para licenciarse en Filología Inglesa en la Universidad de Londres, enseñando dicha materia en la St. Gregory's Roman Catholic School de Londres durante siete años, dedicándose posteriormente a la escritura a tiempo completo.

Irrumpió con fuerza en la escena literaria con *Emperador*, una serie de gran éxito sobre Julio César. Dentro del género de no ficción, su obra *El libro peligroso para los chicos*, escrita en colaboración con su hermano, fue el *best seller* del año en Reino Unido.

La serie *Conquistador*, sobre Gengis Khan y sus descendientes, una apasionante saga épica iniciada con *El lobo de las estepas* le ha reportado un gran éxito internacional.

Vive en Hertfordshire con su esposa y sus hijos.